

ROMAN OYARZUN



HISTORIA
DEL
CARLISMO

196.

76

2.I94

HISTORIA
DEL
CARLISMO

HISTORIA DEL CARLISMO

SEGUNDA EDICION

EDITORIAL NACIONAL
MADRID, ESPAÑA

HISTORIA DEL CARLISMO

ROMAN OYARZUN

HISTORIA
DEL
CARLISMO

SEGUNDA EDICION

EDITORA NACIONAL
Madrid, MCMXLIV

ROMAN GYARZUM

HISTORIA
DEL
CARLISMO

SEGUNDA EDICION

EDITORIA NACIONAL

DIANA.—Artes Gráficas. Larra, 6. Madrid.

CAPITULO PRIMERO

Antecedentes.—Guerra de sucesión entre Austrias y Borbones.—Pleito dinástico.—Expulsión de Don Carlos.—Empieza la guerra de los Siete Años.

LA guerra de sucesión de España entre Don Felipe de Borbón, nieto de Luis XIV, y el Archiduque Carlos, hermano del Emperador de Austria, empezó en 1704, poco después de la muerte, sin sucesión, de Carlos II, *el Hechizado*, y terminó con el triunfo del primero, que dominó a su rival después de serias alternativas.

Las tropas de Felipe V, al mando del Duque de Berwick, derrotaron a las huestes del Archiduque en la batalla de Almansa (1707). El Archiduque obtuvo los señalados triunfos de Almenara y Zaragoza (1710), que le facilitaron la conquista de Madrid. Poco después sus Capitanes Stanhope y Starhemberg perdían las batallas de Brihuega y Villaviciosa, y Felipe V afianzaba sobre sus sienes la corona de España. Nótese que esta guerra fué sostenida y conducida por potencias extranjeras que ventilaban en España pleitos de sucesión y de alianzas internacionales. En un principio eran tres los aspirantes al trono español; pero muerto el elector de Baviera, que contaba con más probabilidades de éxito, quedó la lucha circunscrita a dos: al Archiduque y al segundo hijo del Delfín de Francia, Duque de Anjou, que se llamó Felipe V.

Un grupo de Estados se oponía a la proclamación de Felipe V, como Rey de España, por temor a que al ceñir dos coronas, se agrandara desmesuradamente el poderío borbónico, que

era ya excesivo bajo Luis XIV. Es posible que la causa psicológica determinante de la derrota del Archiduque Carlos fuese su proclamación de Emperador de Austria, al morir, prematuramente, su hermano mayor, pues si no se quería tolerar que Felipe V ciñese dos coronas, tampoco se asentiría a que Carlos resucitase el gran imperio del primer Austria español, el glorioso Carlos V.

En 1711 el Archiduque Carlos fué elegido Emperador a la muerte de su hermano José; y aunque su causa se veía perdida en la Península, siguieron luchando por él los catalanes, con fidelidad y constancia que les honra, hasta 1714, año en que capituló Barcelona al no llegar los auxilios que esperaba de Austria. Esta guerra de sucesión costó a Aragón y Valencia la pérdida de los fueros (1707), así como a Cataluña y Baleares, que se vieron privados de ellos por un Decreto de 1714, ratificado definitivamente por el llamado de *Nueva Planta*.

Lo extraordinario es que un Borbón aboliese estos fueros y que ciento veinte años más tarde (en 1833) los partidarios de otro Borbón (el Carlos V de la dinastía carlista) que defendían los fueros, a la vez que la religión y la monarquía contra el Gobierno centralista y liberal, se reclutaran principalmente en Cataluña, Aragón, Valencia, Vascongadas y Navarra, regiones todas ellas eminentemente forales, y que se sentían agraviadas por el despojo que sufrieron las tres primeras.

Triunfante Felipe V de su rival, merced al apoyo entusiasta y decidido que le prestaron los castellanos y a la ayuda de Luis XIV, quien envió al Duque de Vendôme para dirigir las operaciones militares contra los lugartenientes del austríaco, se le planteó un grave problema con la muerte inesperada del Duque de Borgoña, heredero de la corona de Francia. Se hicieron tanteos para ofrecer el trono de San Luis a nuestro nuevo Monarca; pero éste, encariñado con los castellanos, contestó a su abuelo Luis XIV con estas palabras: "Está hecha mi elección, y nada hay en la tierra capaz de moverme a renunciar la corona que Dios me ha dado; nada en el mundo me hará separarme de España y de los españoles."

Consecuente Felipe V con estas palabras, convocó al Consejo de Castilla para el 22 de abril de 1712, y le anunció su renuncia a la corona de Francia, hecho que, unido al nacimiento

del Infante Felipe, produjo verdadera satisfacción en sus consejeros. Ganado el afecto de éstos y la simpatía de sus nuevos vasallos, Felipe V trató de establecer una nueva ley de sucesión y decidió pedir para ello el consentimiento de las Cortes que se hallaban reunidas; pero como se percatase de que éstas no tenían poderes para la resolución de un caso tan grave, dirigió a las ciudades y villas representadas una carta, de la que transcribimos algunos párrafos.

“El Rey. Consejo, Justicia, Regidores, Caballeros, Escuderos, Oficiales y hombres buenos de la noble (ciudad o villa de...) .

”Con el motivo de hallarse el reino junto en Cortes (como sabéis) para restablecer y confirmar con fuerza de ley las renunciaciones recíprocas de mi línea a la sucesión de la corona de Francia, y de las líneas existentes y futuras de aquella real familia a la sucesión de mi monarquía, exclusión absoluta de esta sucesión de todas las líneas de la casa de Austria y llamamiento y preferencia de los varones de la casa de Saboya a la sucesión de esta monarquía, en el caso, que Dios no permita suceda, de que faltasen todas las líneas masculinas y femeninas de mi descendencia, el Consejo de Estado... me propuso en larga, bien fundada y nerviosa consulta los justos, reglados y convenientes motivos que le obligaban al uniforme dictamen de que puedo y debo con las Cortes pasar a la formación de una nueva ley que regle en mi descendencia la sucesión de esta monarquía por las líneas masculinas, prelación a las líneas femeninas, prefiriendo mi descendencia masculina, de varón en varón, a la de las hembras, de suerte que el varón más remoto, descendiente de varón, sea siempre antepuesto a la hembra más próxima y sus descendientes...”

De esta forma se pedía a las ciudades y villas que elegían representantes en Cortes que autorizasen la promulgación de una nueva ley sucesoria.

Como era de esperar, las ciudades y villas confirieron a sus diputados los poderes que se les exigían, y así se votó por las Cortes la nueva ley, de la que copiamos estos párrafos:

“Mando que de aquí adelante la sucesión de estos reinos y todos sus agregados y que a ellos se agregaren vaya y se regule en la forma siguiente: que por fin de mis días suceda en esta corona el Príncipe de Asturias, Luis, mi muy amado hijo, y por

su muerte su hijo mayor varón legítimo y sus hijos y descendientes varones legítimos y por línea recta legítima, nacidos todos en constante legítimo matrimonio por el orden de primogenitura y derecho de representación conforme a la Ley de Toro; y a falta de hijo mayor del Príncipe y de todos sus descendientes varones de varones que han de suceder en la orden expresada, suceda el hijo segundo varón legítimo y sus descendientes varones de varones legítimos..., etc. Y siendo acabadas íntegramente todas las líneas masculinas del Príncipe, Infante y demás hijos y descendientes míos legítimos, varones de varones y sin haber por consiguiente varón agnado legítimo descendiente mío en quien pueda recaer la corona según los llamamientos antecedentes, suceda en dichos mis reinos la hija o hijos del último reinante varón agnado mío en quien feneciere la varonía y por cuya muerte sucediere la vacante, nacido en constante legítimo matrimonio, la una después de la otra, prefiriendo la mayor a la menor y respectivamente sus hijos y descendientes legítimos por línea recta y legítima, nacidos todos en constante y legítimo matrimonio; observando entre ellos el orden de primogenitura y reglas de representación... Siendo mi voluntad que la hija mayor o descendientes suyos que por su premorería entraren a sucesión de esta monarquía se vuelva a suscitar, como en cabeza de línea, la agnación rigurosa entre los hijos varones que tuviesen nacidos en constante legítimo matrimonio y en los descendientes legítimos de ellos, etc..."

Algunos afirman que la cuestión dinástica no tuvo importancia en las guerras carlistas. La verdad histórica nos obliga a sostener lo contrario: sólo un afán partidista y político puede defender la teoría de que las guerras carlistas fueron pura y simplemente guerras de religión, de tal forma que se hubieran producido del mismo modo con un sucesor legítimo, aspirante al trono, que sin sucesor.

Esta teoría, que algunos escritores de tendencia integrista han sostenido en los últimos años, no tiene la menor consistencia histórica, y no puede ser mantenida por quienes desean hacer historia y no política. Un historiador dice que en el llamado partido carlista existían tres matices: el de los legitimistas, el de los absolutistas y el de los teocráticos, también llamados *apostólicos*. Acaso fuera más acertado decir que cada carlista

contenía mezcladas en su espíritu esas tres tendencias, predominando el amor a la legitimidad, unido a un profundo amor a la religión católica, sobre el ideal absolutista y teocrático.

Terminada la guerra de sucesión con el triunfo de Felipe V, España vivió tranquila y sosegada en el interior (salvo alguna revuelta popular, provocada por validos ambiciosos, como Godoy) hasta la invasión napoleónica.

La inmensa conmoción que trajo al mundo entero la Revolución francesa y tras ella el reinado de Napoleón, tuvieron fuerte influjo en nuestro país.

En la guerra de la Independencia vencimos a Napoleón; pero las ideas que sus granaderos iban sembrando por la Península germinaron poderosamente en ciertas esferas, principalmente en las más altas de la política y del ejército. La intelectualidad y la milicia se sumaron en gran parte a la tendencia revolucionaria; la masonería hizo lo demás con su actividad sinuosa, subterránea, misteriosa, antipatriótica y altamente perturbadora. Episodios de esta lucha fueron: la Constitución de Cádiz, la sublevación de Riego, la pérdida de las Indias y aquellas contiendas esporádicas de constitucionalistas y realistas que tanto turbaron el reinado de Fernando VII. Ni la expedición de los *cien mil hijos de San Luis*, al mando del Duque de Angulema en 1823, ni otras medidas de diversa índole, fueron bastantes para traer a nuestra pobre España la tranquilidad y sosiego que tan necesarios le eran para reponerse de los graves quebrantos sufridos en su lucha por la independencia.

El país vivía en completo sobresalto; las persecuciones y el terror, aplicados con esa furia clásica en nuestra raza, le tenían postrado y abatido. Las veleidades del monarca, que una vez juraba la Constitución y otra se declaraba su enemigo, que un día se entregaba a los liberales (1) y otro a los realistas, hacían más trágico el cuadro.

La ley promulgada por Felipe V, de la que emanaban todos los derechos al trono de la rama borbónica española, era clara y terminante.

(1) La palabra liberal se empezó a emplear en 1810 al decretarse la libertad de imprenta, llamándose *liberales* a los partidarios de ella y *serviles* a sus adversarios.

En 1789 las Cortes propusieron a Carlos IV la abolición de dicha ley; pero por razones que se desconocen no se publicó la Real orden de derogación.

A poco tiempo de morir su tercera mujer, Fernando VII decidió hacer reina de España a María Cristina, hija del Rey de las Dos Sicilias. Temeroso, sin duda, de no tener sucesión masculina de su cuarto matrimonio, quiso prevenirse para dejar el trono a una hembra, y se propuso derogar la Ley Sálica, para lo cual publicó el 29 de marzo de 1830 la Pragmática Sanción, ordenando se promulgara lo acordado en Cortes de 1789, y que en su día no lo fué, adoleciendo, por lo tanto, del vicio de nulidad, pues ninguna ley obliga sin el requisito de la promulgación. Fernando VII quiso derogar la ley dictada por el primer Borbón español y restablecer la de *Partidas*, según la cual heredan el trono de España los hijos del rey difunto, prefiriéndose los varones a las hembras y éstas a los hermanos y demás parientes del monarca. Pero el deseo del Rey no cuajó en ley.

Todos los elementos de tendencia revolucionaria y liberal del país, apoyados por las potencias extranjeras de tipo constitucional, como Francia e Inglaterra, se movieron activamente para cerrar el paso a Don Carlos, quien agrupaba a su lado la mayoría del pueblo, que se mantenía hostil a los principios revolucionarios.

Fernando VII vivió sus últimos días en perpetua tortura moral y mental. Su conciencia y aun su inclinación política le impulsaban a respetar los derechos de su hermano; el amor de padre le empujaba a colocar en el trono a su hija.

Añádase a esto que unos Ministros sostenían al Infante Don Carlos y otros a la niña Isabel, y, por último, que su mujer y sobre todo su cuñada, la Infanta Doña Carlota, ejercían sobre él gran influencia en favor de la niña.

¿A quién correspondía el derecho al trono?

No cabe contestar a esta pregunta siguiendo las preferencias o las inclinaciones de cada uno. Para contestarla en derecho es preciso acomodarse a los preceptos de la ley. Habrá español que prefiera la ley de sucesión que establecen las *Partidas*; otro que sea partidario de la Ley Sálica o semisálica, promulgada por Felipe V con el concurso de las Cortes; pero con igual fundamento podría decir un tercero que prefiere la República.

No puede haber Monarquía sin legitimidad: legitimidad viene de *lex*, y, por lo tanto, hemos de consultar la ley y someternos a la ley.

Felipe V promulgó en 10 de mayo de 1713, después de consultados y oídos los organismos adecuados, la llamada Ley Sálica, por la que se derogaban todas las leyes anteriores del reino y se establecía que heredarían el trono con preferencia a las hembras todos los descendientes varones por línea recta de varonía, aunque ellas y los suyos fuesen de mejor grado y línea.

Es cierto que en 1789 acordaron las Cortes derogar el auto de Felipe V y restablecer la Ley de Partida; pero no es menos cierto que el Rey Carlos IV jamás promulgó dicho acuerdo, el que quedó, por lo tanto, nulo y sin valor, pues, como decía Aparisi y Guijarro, lo que el Rey con las Cortes ha acordado y promulgado, sólo puede ser derogado por las Cortes con el Rey.

Esta es la verdadera doctrina tradicionalista española y no la de los que sostienen que lo que un rey hizo otro lo pudo deshacer. Esto es cesarismo puro, y en nuestra Monarquía tradicional no germinó el cesarismo.

Si alguien pretendiera que la Pragmática Sanción de 1830 se limitaba a ordenar se publicase lo acordado en Cortes de 1789, con lo que se suman los dos elementos Rey y Cortes, diremos que esto es un puro sofisma, pues un rey no tiene el poder de resucitar en 1830 lo que quedó muerto en 1789 por falta de promulgación.

Los historiadores y tratadistas liberales hacen gran hincapié en el hecho de que Felipe V rompió con su pragmática la legislación que reguló la sucesión al trono en las monarquías españolas anteriores al advenimiento de la rama Borbónica, pues la historia nos demuestra que en varias ocasiones ciñeron la corona real hijas de reyes con preferencia a hermanos de reyes; pero este argumento tendrá fuerza en el terreno filosófico-político, mas no la tiene en absoluto en el terreno legal.

Muchos invocan la tradición como argumento poderoso contra la innovación introducida en España por Felipe V, pero no debe confundirse la tradición con el estancamiento total de la legislación y de la vida de un pueblo.

Si nos remontamos a través de los siglos de nuestra historia, nos encontraremos que, aparte del origen divino en que

fundan gloriosos tratadistas católicos el derecho al trono de los reyes (quien más brillantemente ha expuesto este tema es Santo Tomás de Aquino), contamos en nuestra Monarquía con monarcas alzados sobre el trono por elección y reyes proclamados por herencia, y así como unos monárquicos prefieren la Ley Sálica, habría quien prefiriese un monarca elegido por sufragio restringido, y aun otros que votarían por un monarca elevado al trono por sufragio universal, en cuyo caso sería un presidente de República con corona.

Por lo tanto, no procede enfocar la legitimidad o ilegitimidad de las pretensiones de Don Carlos al trono de España basándose en preferencias de cada escritor o tratadista, sino en razones de índole puramente legal, pues como dijimos anteriormente, la legitimidad no puede sostenerse contra la ley, y la ley que promulgó Felipe V nunca fué derogada *legalmente*, ya que no puede considerarse como derogación de la misma ni el *acuerdo secreto* tomado por Carlos IV con las Cortes en 1789, que nunca fué promulgado, ni la Pragmática Sanción firmada por Fernando VII en 1830, la que fué revocada por él mismo de acuerdo con su esposa María Cristina, por medio de un codicilo en forma de Decreto (18 de septiembre de 1832).

Al leer la historia de esta época, resalta con toda claridad que tanto el Rey como la Reina creían que el derecho estaba de parte del Infante Don Carlos. Los elementos revolucionarios y masónicos pudieron más que el derecho y desviaron el rumbo de España, apoderándose de los mandos de gobierno y, sobre todo, de los institutos armados, minados por las sectas, e impusieron a la mayoría del país un régimen que éste repugnaba.

Se hicieron gestiones reiteradas para que Don Carlos compartiese con la Reina Cristina la regencia en caso de defunción del Rey; pero Don Carlos se mantuvo siempre en una actitud firme y digna, diciendo que él tenía un derecho legítimo al trono y que no podía renunciarlo.

Se le hizo ver la gravedad que encerraba su determinación; pero él se limitaba a contestar con serena altivez: "Yo no deseo ser Rey; por el contrario, desearía desembarazarme de una carga tan pesada y que reconozco superior a mis fuerzas; pero Dios, que me ha colocado en esta situación, me asistirá"; y al preguntarle los partidarios de la futura Isabel II: "Entonces,

vuestra Alteza, ¿quiere provocar la guerra civil?", él contestaba imperturbable: "No soy yo quien quiere la guerra civil; sois vosotros, ya que os obstináis en sostener una causa injusta."

Ante la inquebrantable decisión de Don Carlos, comunicada por María Cristina al moribundo Rey con estas palabras: "Es necesario que revoques la Pragmática para que España sea feliz", el Rey pidió un poco de reposo, y al día siguiente firmó la derogación de dicha Pragmática; pero este documento, leído en Consejo de Ministros por Calomarde, no se publicó.

La enfermedad del Rey se agrava tanto que se le da por muerto; se hace el vacío en derredor de María Cristina; se susurra que ésta se prepara para abandonar España con la Princesa de Asturias y la Infanta. Los salones de Don Carlos y de su esposa, María Francisca de Asís de Braganza, hermana del Rey Don Miguel de Portugal, rebosan de cortesanos; Don Carlos espera sin impaciencia, dando pruebas de serenidad, legalidad y buen gusto. Así las cosas, la Infanta Luisa Carlota, enterada de la gravedad del Rey, llega precipitadamente de Andalucía a Madrid. He aquí cómo describe su intervención en estos decisivos momentos un historiador extranjero: "El Ministro de Guerra Zambrano le entera de lo ocurrido en La Granja. Ella se precipita en el Real Sitio como una furia. Sin consideración para el augusto enfermo, quien, por otra parte, parecía volver a la vida, la grande y rubia Princesa llena el palacio con los estallidos de su cólera. Después de haber apostrofado a la Reina, emocionada y temblorosa, hizo llamar a Calomarde, que le presentó el codicilo; le arranca de la mano el pergamino, lo rompe y pega una sonada bofetada en la mejilla del Ministro Calomarde, quien se limitó a decir con gran dignidad aldeana estas palabras: "Manos blancas no ofenden."

Hoy calificaríamos más bien de cínico que de aldeano a Calomarde por intentar mantenerse en su puesto, a pesar de la bofetada de la hermana de la Reina.

Esta bofetada cambió el rumbo de España, y la decidida e intrigante Luisa Carlota, apoyada por liberales y masones, arrebató el trono a quien de derecho le correspondía y desencadenó sobre España la guerra civil de los Siete Años y las guerras civiles sucesivas.

Hasta la Infanta Doña Eulalia, hermana de Alfonso XII e hija, por lo tanto, de Isabel II, en su obra *Memorias* reconoce que a Don Carlos V se le privó de sus derechos al trono... (1).

Después de la grave enfermedad de La Granja, que tuvo en trance de muerte a Fernando VII, éste, instigado siempre por Luisa Carlota y la camarilla masónica y masonizante, dió las gracias a su esposa Cristina por los decretos y disposiciones que promulgó durante su enfermedad y la asoció a las funciones de gobierno. Cristina se inclinó más y más del lado liberal y actuó cada día con mayor intensidad en la política española, formándose entonces el partido *cristino* como contrapuesto al *carlista*, pues unos y otros hacían ya caso omiso de Fernando, a quien se consideraba con un pie en la sepultura y sin esperanzas de vida, como realmente era.

La Infanta Doña Carlota iba a vengarse del feo que le hicieran en el Puerto de Santa María, a la llegada del Duque de Angulema, la Reina y su hermana, la Infanta Doña Francisca de Asís, mujer del Infante Don Carlos, por una cuestión de trajes. En su afán vengativo consiguió nada menos que Don Fernando desterrase a Portugal a su hermano Carlos V y a las dos Princesas de Braganza, su esposa y su cuñada, la Princesa de Beira.

Hallándose desterrado en el vecino reino, en el que el Regente Don Miguel luchaba por ceñir la corona, con un programa anticonstitucional y antirrevolucionario, contra su sobrina Doña

(1) En una extensa Memoria clandestina (que contiene duros ataques a Don Juan, escrita a fines de 1939, pero que no fué repartida, salvo algún ejemplar, hasta 1940), atribuida unánimemente al Delegado del Regente carlista Don Javier y destinada a las altas jerarquías y personalidades del país, según en ella se dice, y bajo el epígrafe *La dinastía isabelina fué la usurpadora del trono*, además de la cita histórico-aneecdótica tomada de la obra de la Infanta Eulalia, se copia una supuesta carta de María Cristina a su hija Isabel II, de la que resalta claramente que Carlos V fué despojado de sus derechos al trono por la coacción ejercida por la Infanta Luisa Carlota sobre el moribundo Fernando VII.

Aparte de estos argumentos de indole histórico-aneecdótica, se alega en dicha Memoria que la Ley sucesoria de marzo de 1713 aparece en la *Novísima Recopilación*, promulgada en 1805, lo que invalidaría la supuesta derogación de 1789.

María de la Gloria, recibió Don Carlos una comunicación de su hermano el Rey pidiéndole acudiera a prestar juramento en el acto de la proclamación de la niña Isabel, su primogénita, como Princesa de Asturias.

He aquí la respuesta de Don Carlos, llena de amor fraternal, de respeto y de dignidad: "Mi muy querido hermano de mi corazón, Fernando mío de mi vida: He visto con el mayor gusto por tu carta del 23 que me has escrito, aunque sin tiempo, lo que es motivo de agradecerte más, que estabas bueno, y Cristina y tus hijas; nosotros lo estamos, gracias a Dios. Esta mañana a las diez, poco más o menos, vino mi secretario Plazaola a darme cuenta de un oficio que había recibido de tu Ministro en esta corte, Córdoba, pidiéndome hora para comunicarme una Real orden que había recibido; le cité a las doce, y habiendo venido a la una menos minutos, le hice entrar inmediatamente; me entregó el oficio para que yo mismo me enterase de él; le leí y le dije que yo directamente te respondería, porque así convenía a mi dignidad y carácter, y porque siendo tú mi Rey y Señor eres al mismo tiempo mi hermano y tan querido toda la vida, habiendo tenido el gusto de acompañarte en todas tus desgracias.

"Lo que deseas saber es si tengo o no intención de jurar a tu hija por Princesa de Asturias. ¡Cuánto desearía poder hacerlo! Debes creerme, pues me conoces y hablo de corazón, que el mayor gusto que pudiera tener sería el de jurar el primero y no darte este disgusto y los que de él resulten; pero mi conciencia y mi honor no me lo permiten. Tengo unos derechos tan legítimos a la corona, siempre que te sobreviva y no dejes varón, que no puedo prescindir de ellos; derechos que Dios me ha dado cuando fué su santa voluntad que naciese, y sólo Dios me los puede quitar concediéndote un hijo varón, que tanto deseo yo, puede ser que aún más que tú. Además, con ello defiende la justicia del derecho que tienen todos los llamados después que yo, y así me veo precisado a enviarte la adjunta declaración que hago con toda formalidad a ti y a todos los Soberanos, a quienes espero se la harás comunicar. Adiós, mi muy querido hermano de mi corazón; siempre lo será tuyo, siempre te querrá, siempre te tendrá presente en sus oraciones este tu amante hermano, *Carlos*."

A esta carta acompañaba la siguiente protesta:

“Señor: Yo, Carlos María Isidro de Borbón y Borbón, Infante de España, hallándome bien convencido de los derechos que me asisten a la corona de España, siempre que, sobreviviendo a Vuestra Majestad, no deje un hijo varón, digo: Que mi conciencia y mi honor no me permiten jurar ni reconocer otros derechos, y así lo declaro. Señor, a los reales pies de Vuestra Majestad. Su más amante hermano y fiel vasallo.—
El Infante Don Carlos.”

La oposición ya queda clara y terminantemente marcada: la guerra civil apunta. Ya nadie podrá evitarla a la muerte del Rey. Ya no se dirá: “El Rey ha muerto; viva el Rey”, en la Corte de las Españas. Este grito tradicional tendrá que repercutir en las montañas de Navarra y Vascongadas, de Aragón y Cataluña, de Valencia y Toledo, entre el resplandor de los fogonazos de la fusilería carlista, al relampaguear de las hogueras de los montes donde se preparan a morir por su Rey legítimo los voluntarios de Don Carlos.

Mientras tanto se proclamará Reina a una tierna niña, que sumirá al país en una larga y cruenta guerra y que dividirá a los españoles en dos bandos irreconciliables que se destrozarán entre sí y destrozarán a la Patria común durante largo tiempo.

Tan pronto murió Fernando VII, publicó Don Carlos un manifiesto, fechado en Abrantes el 1 de octubre de 1833, en el cual decía que no ambicionaba el trono, “pero la religión, la observancia y cumplimiento de la ley fundamental de sucesión y la singular obligación de defender los derechos imprescriptibles de mis hijos y todos mis amados sanguíneos me esfuerzan a sostener y defender la corona de España del violento despojo que de ella me ha causado una sanción tan ilegal como destructora de la ley que legítimamente y sin alteración debe ser perpetua”.

A los pocos días firmó Don Carlos los Decretos de Santarem, confirmando en sus cargos a los ministros de Fernando VII y actuando como si fuera Rey en ejercicio; pero esta noble actitud no encontró en Madrid el eco y apoyo que esperaba el bondadoso y rectísimo Infante.

Cristina había sido nombrada Reina Gobernadora y Regen-

te del Reino y se hallaba entregada totalmente a los elementos anticarlistas.

Se decretó el secuestro de todos los bienes de Don Carlos y se decidió perseguirlo y capturarlo, si esto era posible, aun dentro de Portugal, para lo cual se dieron instrucciones a Rodil, que mandaba un ejército en la frontera portuguesa. A fe que Don Carlos estuvo a punto de ser capturado por una patrulla de caballería, y dícese que debió su salvación a la oportuna intervención del General Maroto, quien en dicha ocasión profirió una frase poco protocolaria, que ofendió grandemente a su Señor, que la tuvo grabada durante mucho tiempo.

Desde Portugal fué trasladado Don Carlos V con toda su familia y servidumbre a Inglaterra, a bordo del *Donegal*, y en Inglaterra vivió muy considerado y recibiendo tratamiento real, hasta que un buen día se evadió hábilmente y se trasladó a través de Francia a la frontera de Navarra, acompañado por aquel inquieto e ingenioso Auguet de Saint Sylvain, que más tarde fué condecorado por Don Carlos con el título de Barón de los Valles y que gozó de popularidad y ocupó cargos importantes en las Corte vagabunda de su Rey y Señor.

Don Carlos penetró en España por Dancharinea el 12 de julio de 1834; pero el país ardía en plena guerra desde octubre del año 1833.

CAPITULO II

Alzamiento en Navarra, Rioja, Burgos y Vascongadas.—Don Santos Ladrón.—Zumalacárregui.—Batalla de Nazar y Asarta.—Toma de Orbaiceta.—Sorpresa de Zubiri.—Correspondencia con Quesada.—Su derrota en Alsasua.—Su destitución.

Los partidarios de Don Carlos esperaban el momento de la muerte de Fernando VII, acaecida en 29 de septiembre de 1833, para proclamar como Rey de España a su hermano el Infante Don Carlos, y, ¡cosa rara! (1), el primer pueblo donde se levantó la bandera en su favor no estaba en aquellas regiones donde sus partidarios tenían más fuerza, sino todo lo contrario; el primer grito de ¡Viva Carlos V! resonó

(1) Quien hizo la crítica de mi obra en "La Voz de España" (me imagino que es el autor de otra historia sobre el mismo tema, aparecida dos años después) La querido rectificarme este ¡cosa rara!, afirmando que nada tiene de raro que el primer grito se diera en Talavera, porque en la Mancha había muchas fuerzas carlistas y que Talavera está junto a la Mancha.

Mi malévoló crítico anda mal de geografía. En avión, efectivamente, se puede hacer el viaje desde Talavera al Toboso (que cita como foco de la insurrección en otro lugar) en menos de media hora, pero en 1833 se invertían varios días para hacer ese viaje y la distancia no es menor de 150 kilómetros por carretera, extensión que no llegó a tener todo el territorio carlista en Vascongadas y Navarra, en su línea más larga. Además, durante los siete años de guerra civil, ni Talavera ni sus alrededores, en muchos kilómetros a la redonda, fueron teatro de operaciones militares.

en las orillas del Tajo y lo dió don Manuel María González, administrador de Correos de Talavera de la Reina, quien el día 3 de octubre de 1833 se alzó al frente de las tropas realistas de dicha ciudad, depuso a las autoridades y proclamó a Carlos V como Rey legítimo de España.

Como dato curioso diremos que en su primera juventud González fué liberal y estuvo afiliado a una sociedad masónica, y merced a la influencia que en él ejerció un hermano suyo, alto funcionario de Hacienda, ingresó en el partido realista primero y en el carlista después. González pagó con su vida su heroica determinación, y con él fueron inmolados por la causa carlista varios de los que le acompañaron en su hazaña, tan legendaria como la del alcalde de Móstoles, pero menos conocida y celebrada por la Historia, porque el de Móstoles vió triunfar su causa y, en cambio, la de González fué vencida, si no por las armas, sí por la traición y por la intervención extranjera. Al poco tiempo se levantaban partidas carlistas, formadas por los antiguos realistas, en casi todas las provincias españolas; pero en varias de ellas, como Galicia, Ciudad Real, Toledo, Extremadura, León, Palencia, etc., y a causa de carecer de jefes aptos e inteligentes, se malogró el movimiento o careció de amplitud, y las partidas y las batallones adheridos a Don Carlos fueron dispersos y maltrechos, terminando en varias de ellas la sublevación pocos meses después de iniciada. En algunas de estas provincias, como Ciudad Real y Toledo, la lucha se prolongó durante años, en circunstancias difíciles, merced a la audacia y energía de Pablillos, Locho y otros bravos jefes, pero sin adquirir gran importancia, a causa de no haber surgido un verdadero caudillo entre ellos y sí tan sólo guerrilleros audaces, errabundos, carentes de espíritu organizador y disciplina.

El movimiento adquirió fuerza extraordinaria en toda la España septentrional (salvo Asturias y Galicia) y en el antiguo reino de Valencia, en Cataluña y en Aragón. Con Don Carlos estaba la mayoría del país; pero el Ejército, el Tesoro y la Administración, unidos, pudieron más que el número y el derecho.

Acaso quienes acusan al carlismo de oscurantista y retrogrado no se han percatado de que Navarra, Vascongadas, Va-

lencia, Cataluña y Aragón fueron los baluartes de la causa carlista, o sea que las provincias más progresivas, ilustradas y ricas del país defendían con las armas un régimen que sus detractores han calificado de reaccionario, retrógrado y oscurantista, y téngase en cuenta que esto ocurrió no solamente en la primera guerra civil, sino en la última, y que en la actualidad donde el partido carlista tiene más fuerza es en esas mismas zonas. Esto supone un mentís categórico para quienes sostienen con ligereza que son incompatibles el carlismo y el progreso, el carlismo y la cultura, como sostienen también que son irreconciliables la cultura y la religión. Las zonas más ricas y cultas de España son las más carlistas. Las más atrasadas son y siguen siendo hostiles al carlismo.

Vizcaya y Alava fueron las primeras en alzarse en el Norte, y el 5 de octubre de 1833 se proclamó en Bilbao a Carlos V por Zabala, Valdespina, Batiz, Bengoechea y La Torre; el mismo día lo hizo Alava con Berástegui, Uranga y Villarreal, que eran dueños de Vitoria. Guipúzcoa el 8, con Alzáa y Lardizábal; Navarra y Rioja, casi a la vez, con don Santos Ladrón, Iturralde, Sarasa, Eraso, el cura Echeverría y otros. Burgos, con Merino y Cuevillas. Todos estos caudillos o eran militares de profesión, como Ladrón, que fué Capitán General de Cartagena, o guerrilleros que se distinguieron en la guerra de la Independencia o en las luchas posteriores entre realistas y constitucionalistas.

El más destacado en categoría militar de los sublevados fué el Mariscal de Campo Ladrón de Guevara, natural de Lumbier (Navarra), y casado con una distinguida señora de Lodosa, razón por la cual algunos historiadores lo consideran como nacido en esta última villa.

Don Santos Ladrón salió sigilosamente de Valladolid, donde se hallaba de cuartel, y seguido de unos amigos leales se dirigió a caballo, por caminos poco frecuentados, a Burgos y Logroño, levantando a su paso algunos batallones realistas y apoderándose de esta última capital. De allí marchó con pocas fuerzas a Navarra, con el fin de dar impulso a su alzamiento. Llegó a Los Arcos, desde donde destacó a Iturralde, con una parte de la fuerza, en dirección de Lodosa. Este fué su primer error; el segundo fué presentar batalla con muy pocos, mal

instruidos y peor equipados voluntarios al Brigadier Lorenzo, quien le derrotó e hizo prisionero y fusiló en la ciudadela de Pamplona.

De documentos que hemos leído parece deducirse que su salud se hallaba quebrantada, y que a causa de la zozobra y del insomnio producidos por la persecución de que era objeto, su cerebro, visiblemente debilitado, le falló en sus cálculos y previsiones en este momento crítico, solemne y decisivo en que a veces nos encontramos los hombres y que suele decidir el rumbo de la vida y de la muerte.

El fusilamiento de don Santos Ladrón de Guevara, que tanto se había distinguido al frente de la división realista de Navarra (cuyo mando más bien nominal tuvo Quesada) causó profunda indignación en su patria chica y tuvo la virtud de nutrir las filas de la *facción* con cientos de nuevos *facciosos*.

El movimiento, iniciado con fuerza, pero sin plan bien concertado en Navarra y Vascongadas, hubiera fracasado, como fracasó en el resto de España, de no haber surgido inesperadamente el caudillo genial capaz de coordinar, organizar y llevar a la victoria todas las fuerzas que se movían sin dirección ni plan hasta el momento en que las recogió con su férrea mano, guiando sus pasos con tal fortuna y acierto que causaron la admiración del mundo. Este caudillo extraordinario fué don Tomás de Zumalacárregui e Imaz, Coronel retirado en Pamplona, donde vivía, postergado y olvidado, a causa de sus ideas antiliberales y sobre todo de su conducta austera e intransigente con todo lo que fuera ilegalidad e inmoralidad. Zumalacárregui, como es bien sabido, nació de pobre pero noble familia, en Ormaiztegui, en 29 de diciembre de 1788. En su juventud estudió humanidades; pero al iniciarse la guerra contra el gran corso se alistó como voluntario, distinguiéndose en el sitio de Zaragoza, donde fué hecho prisionero. Pudo evadirse y regresar a su tierra, donde se alistó a las órdenes de Jáuregui, más conocido por el apodo de "el Pastor" (*Archaya* en vascuence). Se dice que Zumalacárregui enseñó a escribir a su jefe.

Terminó la guerra de la Independencia con el grado de Capitán y quedó definitivamente adscrito al Ejército.

Los últimos puestos que ocupó Zumalacárregui, al servicio de Fernando VII, fueron los de Coronel del 14.º regimiento de

línea y Gobernador militar de El Ferrol, cargo este del que fué arrojado por las intrigas y maniobras de gentes que vivían al margen de la ley o contra la ley. He aquí cómo describe su actuación en El Ferrol don Carlos Vargas, ayudante del Capitán General de Galicia don Nazario de Eguía, citado por el historiador Pirala:

“Desde tiempo inmemorial—dice Vargas—existía en el distrito de El Ferrol una gavilla o sociedad de ladrones, con ramificaciones en todo el país, organizados y juramentados en secreto y tan bien dirigidos que jamás podía concluirse con ellos ni averiguarse quiénes la componían; pues cuando se recelaba que alguno iba a espontanearse y delatarlos, o se veía titubear en lo que se le encargaba, era asesinado, y casi siempre de un modo horrendo. Había en esta asociación toda clase de personas, hasta mujeres, ancianos y altos funcionarios. En el tiempo que medió desde el año 1816 a 1832 estaba a la cabeza de ella un comerciante llamado C..., muy rico, y que no se sabía cómo en pocos años había hecho su fortuna. Los empleados públicos que correspondían a tan infame gremio habían sido atraídos a él o por el interés de un salario, o por un defecto de su cobardía, o quizá por ambas cosas, de modo que en lugar de evitar los robos protegían a los autores y tal vez hacían mucho más fáciles los medios de la ejecución. El General Eguía, a pesar de su conocido celo y rigor, no había podido jamás alcanzar el exterminio de aquella numerosa gavilla, ni aun el descubrimiento de sus estatutos.

“La actividad tan conocida de dicho general, su rigor e inexorable justicia contra esta especie de delincuentes habían sido inútiles, porque engañado por los servicios que aparentaban prestar don N... G... D..., alcalde mayor de El Ferrol, elevado después a Oidor de la Audiencia, y un escribano llamado R..., capitán de voluntarios realista, denunciando, persiguiendo a algunos rateros que no pertenecían a la gran asociación, no pudo ocurrírsele que ellos dos eran los que se entendían y hacían ilusorios todos sus esfuerzos.

“Como en medio de todo esto los robos se seguían, el General Eguía dió órdenes y encargos particulares al Coronel del 15.º de línea, Sanjuanena, que interinamente desempeñaba el gobierno de El Ferrol, para que sin descanso persiguieran a los

delincuentes; pero Sanjuanena, hombre débil y lento, nada hizo. El General Eguía, que no ignoraba la diferencia entre este jefe y Zumalacárregui, Coronel del 14.º de línea, viendo el poco efecto de las diligencias de Sanjuanena relevó con este último regimiento al del 15.º de línea y por consecuencia Zumalacárregui se encargó interinamente del gobierno de la plaza y del distrito.

"Corregir y cortar los excesos fué siempre el elemento de Zumalacárregui; así, apenas se enteró de lo que pasaba, se dedicó a descubrir la raíz, principiando por buscar un fiscal en quien, sobre las demás virtudes necesarias, resaltase la integridad; y no obstante la diversidad de opinión, se atrevió a proponer al Capitán general, al Teniente general graduado don Miguel Casanova, que en el momento de que hablamos estaba indefinido y fuera de toda consideración por haber sido *impurificado* (1) a causa de su conducta política; prueba bastante clara de que Zumalacárregui buscaba los hombres de bien de cualquier opinión que fuesen. Pocos días después de haberse hecho este nombramiento, se descubrió la complicidad de C... y de otros sujetos ricos, a los cuales se les prendió, y hubieran sido presentados en juicio y castigados muy pronto a no haberse cruzado las grandes novedades políticas que por entonces sobrevinieron. Como Zumalacárregui era realista, los acontecimientos ocurridos en La Granja en 1832 facilitaron a la sociedad de ladrones, numerosa, rica e influyente, los medios de derribarle. En verdad que antes de abrazar este partido se valieron de otros muchos, sobre todo el de ofrecerle sumas cuantiosas de dinero por anónimos, o bien por indicaciones indirectas; pero no teniendo el resultado que esperaban, recurrieron al de amedrentarle con la amenaza de asesinarle; mas nada de eso retuvo un solo instante el curso de sus deberes."

Zumalacárregui vivía humilde y callado en Pamplona hasta que un buen día salió por el portal de Francia (llamado también del Carmen, por hallarse situado al final de esta calle). No lejos del puente Nuevo, sobre el río Arga, le esperaba una persona de toda confianza con un caballo, en el que montó rá-

(1) También entonces había comisiones purificadoras o depuradoras, de dudosa eficacia.

pidamente, tomando la dirección de Huarte-Araquil, donde le aguardaban los señores Mongelos y el párroco de dicho pueblo, Irañeta, con los que se trasladó al día siguiente a Piedramillera, donde se encontraban las pocas y desaharrapadas fuerzas carlistas de Navarra, al mando de Iturralde, Sarasa, etc.; de allí pasaron a Estella. Iturralde no quiso reconocer a Zumalacárregui como superior suyo y hasta se dice que dió orden a dos de sus compañías de prenderle; pero se opuso a esto el Comandante don Juan Manuel Sarasa, quien, espada en mano, proclamó a Zumalacárregui por Comandante general interino de Navarra.

He aquí el acta de la proclamación:

“En la ciudad de Estella, a 14 de noviembre de 1833, juntos y congregados los señores jefes y oficiales cuyos nombres aparecerán por sus firmas a continuación, después de haber conferenciado largo rato, unánimemente dijeron: que consecuente al general levantamiento de este reino, cuyos naturales se han armado para sostener y defender los derechos de la corona de España del Señor Rey Don Carlos VIII de Navarra y V de Castilla, se ha reunido en este punto un número de fuerza tan considerable que imperiosamente se hace necesario se encargue del mando un jefe de conocida experiencia y pericia en el arte militar, que reúna a la esencial cualidad de fidelidad a los soberanos derechos del Rey Nuestro Señor la de adhesión a los fueros y las leyes de este Reino, quien desde luego deberá proceder a la organización de las fuerzas reunidas para ponerlas en un estado imponente al enemigo; y de común acuerdo, convenidos de las sobresalientes virtudes militares que adornan al Coronel vivo y efectivo don Tomás Zumalacárregui, perteneciente a este ejército, cuyos servicios así en este Reino como fuera de él le han merecido siempre el más alto concepto, unánimemente han dispuesto que desde luego se encargue del mando superior de estas tropas y que sin tardanza se pida al Rey Nuestro Señor por medio de una reverente exposición la confirmación de esta gracia, ínterin no se presente el Coronel don Francisco Benito Eraso, que se cree ya la obtiene y se halla ausente.

”Asimismo han dispuesto dichos señores que se oficie al señor Comandante Francisco Iturralde cese en el momento en las funciones que hasta ahora ha desempeñado en este cargo,

respecto a que es de inferior graduación al citado Coronel Zumalacárregui, y carece de la competente autorización para obtener el citado mando. Y para que conste, mandaron hacer esta acta, que la firmaron dichos señores, recomendando se remita copia de ella para los efectos que puedan convenir a la ilustrísima Diputación de este Reino y de las provincias vascongadas. *Martín Luis Echevarría, Joaquín Marichalar, Juan Manuel Sarasa, Manuel Fuertes, Fermín Ripalda, Luis Eyaralar, Félix Ichaso, Irineo Sala, Casimiro Ilzarbe, Tomás Tarragual, Francisco García, Juan Antonio Zeratiegui, Dámaso Berdiel, Juan Bernardo Zubiri, Bernardo Echarte, Ramón Goñi, Martín Ullbarri.*"

El primer acto de habilidad y tacto supremos de Zumalacárregui fué el de nombrar a Iturralde segundo jefe de sus fuerzas.

Los carlistas no tenían ni armas, ni uniformes, ni dinero; pero desde aquel día contaban con un hombre capaz de hacer surgir de la nada todo eso y más que todo eso: el triunfo y la victoria.

En los primeros meses de la guerra los voluntarios carlistas se vieron obligados a huir de su poderoso adversario, a marchar y contramarchar, para escapar a la total derrota, y de ese modo, burlando al enemigo en Navarra y Vascongadas, Zumalacárregui creó un ejército con el que batió a los generales isabelinos de tal manera, que en 1835 era dueño y señor de todo el territorio vasconavarro, exceptuadas las cuatro capitales y la parte baja de Navarra, y dueño también del este de la provincia de Santander y de parte de la de Burgos.

El primer cuidado de Zumalacárregui fué instruir, vestir y armar a sus voluntarios, y crear batallones capaces de entrar en fuego sin exponerse a un desastre, que hubiera sido fatal al iniciarse la insurrección.

Mientras que Zumalacárregui creaba y organizaba batallones en Navarra y se atrevía a enfrentarse con las tropas de la Reina, aunque con cierta prudencia—no fuera un revés a destruir el edificio antes de terminar la obra—, las cosas no marchaban bien en las provincias vascongadas, donde el levantamiento se había iniciado con más entusiasmo, si cabe, y mayor número de fuerzas que en Navarra. El núcleo principal de

éstas, reunido en Oñate con sus jefes más prestigiosos, Zabala, Villarreal, La Torre, etc., fué dispersado por la columna de Lorenzo, que operaba por aquellos contornos en combinación con la columna Castañón. Los voluntarios y jefes de Alava, Guipúzcoa y Vizcaya huyeron en todas direcciones, sembrando el desaliento en el país que les era adicto. Entonces pudo decir Valdés—que mandaba en jefe el ejército del Norte—a su Gobierno que los núcleos rebeldes eran dispersados y perseguidos, haciéndole concebir esperanzas de un rápido aplastamiento de la insurrección. Pero los carlistas no se desalentaban por los contratiempos y volvían a rehacerse al poco tiempo; así ocurrió con La Torre, que se atrevió a atacar a Linaje dentro del pueblo de Amurrio con sólo 250 hombres, penetrando en las calles y casi aprisionando al jefe liberal. Más grave fué la sorpresa en Guernica del Barón de Solar de Espinosa, donde Zabala y La Torre le pusieron en grave aprieto causándole una gran derrota.

Pero, a pesar de ello, la causa carlista no progresaba ni en Guipúzcoa, ni en Vizcaya, ni en Alava, y los jefes de estas provincias tuvieron que acallar sus celos y rivalidades y recurrir al apoyo del hombre que en Navarra iba destacándose sobre todos por momentos. Zumalacárregui fué el refugio de todos los perseguidos y dispersos del territorio vasco, y sin él la insurrección habría terminado con el paseo de Saarsfield por Alava y Vizcaya, donde no encontró quien se le opusiera.

Las Diputaciones carlistas de Vizcaya y Guipúzcoa hicieron acto de sumisión ante Zumalacárregui en Echarri-Aranaz en 7 de diciembre de 1833. Uranga y Villarreal, jefes de Alava; Lardizábal y Alzáa, de Guipúzcoa; Zabala y Valdespina, de Vizcaya, todos reconocieron al nuevo caudillo y se pusieron a sus órdenes.

Saarsfield creyó que su presencia en Navarra bastaría para terminar con la insurrección, al igual que ocurrió en Vascongadas; pero no sospechaba con quién se las iba a ver. Una vez tomó posesión de su cargo de Virrey de Navarra, salió de Pamplona en persecución de Zumalacárregui, quien se le escurría como una serpiente. Cansado de buscar a su rival sin encontrarlo, delegó el mando del ejército de operaciones en Oráa, quien unido a Lorenzo trató de aniquilar al jefe carlista, que

aún contaba con escasas y poco aguerridas fuerzas; pero éste maniobró de tal manera, que llevó al adversario al terreno más propicio para su primera batalla campal. Situó sus fuerzas en las posiciones de Nazar y Asarta, y el 29 de diciembre se verificó el encuentro, en el cual los bisoños carlistas, mal armados y peor municionados, hicieron frente con valor extraordinario a las columnas de Oráa y Lorenzo reunidas, cediendo terreno después de larga pelea, en la que causaron al enemigo enorme mortandad. Se dice en una Memoria de Oráa: "En el campo quedaron más de 350 cadáveres, de los cuales la mayor parte eran de las tropas liberales."

Después de esta batalla, Zumalacárregui se retiró a descansar al valle—que hizo famoso—de las Amezcoas, que fué durante toda la campaña su arsenal, su ciudadela y su fortaleza. Lorenzo y Oráa no se atrevieron a perturbar la paz de este descanso.

El caudillo carlista, por medio de marchas rápidas y desconcertantes, se trasladó de las Amezcoas a Lumbier, y desde allí destacó un batallón a Sangüesa, otro a Nagore y otro, fil-trándose por entre las fuerzas liberales, a Cirauqui, y él, sigilosamente, partió con un batallón y una compañía de Guías para Domeño. Los liberales no se dieron cuenta de este último movimiento y creyeron que Zumalacárregui iba en una de las tres columnas antes mencionadas, a las que persiguieron Oráa y Lorenzo incansablemente.

Desde Domeño, donde le dejaron tranquilo sus perseguidores, sabiamente burlados, cayó don Tomás como un halcón sobre la fábrica real de Orbaiceta, cuya guarnición, al mando del Coronel Bayona, se le rindió en 27 de enero de 1834. Se apoderó de un cañón, 200 fusiles y 50.000 cartuchos.

Alarmado Valdés por la pérdida de Orbaiceta, se trasladó a Navarra; tuvo un encuentro con el jefe carlista en Huesa, pero sin importancia, tras el cual Zumalacárregui se le perdió de vista.

Don Tomás permaneció varios días en Navascués, donde aumentó su fuerza, y desde allí se trasladó en una de aquellas marchas impresionantes, en las que fué maestro, a Zubiri (valle de Esteribar), situado sobre el río Arga, perseguido por Oráa y Lorenzo, sus incansables rivales.

Al aproximarse éstos, salió para Olagüe; pero a las dos horas dividió su fuerza, quedando él en un bosque con cuatro compañías y la de Guías, continuando el resto para el punto antes citado. Oráa y Lorenzo se alojaron en Zubiri, Urdániz y pueblecillos próximos. Enterado el caudillo carlista por sus espías de la distribución de las fuerzas liberales, formó su escasa fuerza a media noche, a la luz de grandes hogueras, en pleno bosque, y les enteró de su audaz proyecto, que consistía en volver al punto de partida, en medio de la más grande oscuridad, y sorprender a las fuerzas liberales dentro de sus casas, después de arrollar a guardias y centinelas.

Para evitar que los carlistas se matasen unos a otros, a causa de la oscuridad, les mandó colocar las camisas blancas sobre los uniformes, para distinguirse mutuamente, y a las dos de la madrugada las cinco compañías escogidas sembraron el terror entre las fuerzas cristinas. Zumalacárregui se apoderó de parte de la caballería y de un gran botín de todas clases y marchó tranquilamente a Olagüe, donde se reunió con el resto de sus fuerzas (1).

El Gobierno de Madrid, desconcertado ante lo que ocurría en Navarra, decidió mandar a otro general en jefe, a Quesada, quien intentó atraer a su antiguo subordinado, que en pocos meses alcanzó gran celebridad.

La correspondencia cruzada entre ambos es muy interesante: la inició Quesada, con palabras suaves y amables, y viendo que éstas no surtían efecto, empleó la amenaza. He aquí algunos párrafos de sus cartas:

“Si ustedes no acceden a esta proposición, considero que no proceden de buena fe y empiezo a perseguirles a todo trance; tan suave y humano como he sido hasta aquí, otro tanto seré de inflexible y duro.” Y le previene que “los males que han de

(1) En mi niñez oí relatar este sangriento episodio a los ancianos de mi pueblo, Olagüe, quienes decían que, desde aquella sorpresa, bastaba pronunciar el solo nombre de Zumalacárregui, cuando los liberales se hallaban sentados a la lumbre, para que se levantaran aterrorizados y se prepararan a la huida, pues cuando lo creían a diez leguas de camino caía de improviso en los acantonamientos donde los soldados de la Reina se creían más seguros.

caer sobre Navarra no tendrán límite". Y le anuncia que "el ejército francés está anheloso de entrar en España, y si veo que en la persecución corren ustedes tanto que no pueda alcanzarles, pediré que entren a ocupar el Baztán, Alduides y demás puntos necesarios, para contener sus correrías y dejarlos limitados a un corto radio, en que me será más fácil exterminarlos".

A estas amenazas contestó nuestro héroe, sereno y altivo, con esta carta:

"Lumbier, 7 de marzo de 1834.

"Excelentísimo señor don Vicente Quesada. Mi respetable y antiguo General: No dando usted lugar a tratar y discutir sus proposiciones en la forma que le ofrecí, y en vista del perentorio término en que exige la contestación a la suya de este día, la he leído a la oficialidad del primero y segundo batallón de Navarra, y todos, unánimes y conformes, me han manifestado que están decididos a vencer o morir, sosteniendo los sagrados y legítimos derechos del Rey, nuestro señor, Don Carlos V de Castilla y VIII de Navarra.

"La buena fe es el patrimonio de todos los hombres que componen este ejército...

"Desde luego, puede usted empezar las operaciones y reclamar el auxilio de la Francia, si lo tiene por conveniente; pero viva persuadido de que los males que se propone causar a este Reino sólo le servirán para darle un odioso renombre, y a medida que ejerza sus rigores, se aumentará también el número de sus enemigos.

"Queda de usted suyo afectísimo, *T. Zumalacárregui*."

Visto el fracaso de sus amenazas, Quesada trató de dividir a los jefes carlistas, y a este fin se dirigió a Iturralde, que mandaba el tercer batallón de Navarra, llamado del *Requeté* (1). La carta a Iturralde, que interceptó Zumalacárregui merced a sus poderosos medios de información y espionaje, decía así:

"Cuartel General de Villaba, 16 de abril de 1834.

"Iturralde:

"He sabido los sentimientos de usted, y que se halla arrepen-

(1) Unos dicen que este nombre viene del sonido de las cornetas de dicha unidad, *re-que-té*; otros, como Anastasio de Tandé, a quien ha descubierto el distinguido bibliófilo y literato señor Azcona, dicen que el

tido de la locura que ha cometido; ya debe usted conocer que están perdidos sin remedio; que la cuádruple alianza firmada por Inglaterra, Francia y Portugal en Londres el 22 del pasado les quita toda esperanza, pues debe saber que es ya constante que Don Carlos de Borbón ha consentido en pasar a una isla británica (alude a la marcha de Don Carlos a Inglaterra a bordo del "Donegal") a vivir bajo la custodia inglesa y vigilancia de un representante español, con la pensión que la generosidad de la Reina ha querido dejarle para la subsistencia. Usted y sus compañeros pueden así salvar sus vidas y haciendas, si desde luego se me presenta usted con su tercer batallón, a cuya cabeza se halla, a entregarnos las armas.

"Si me prenden y entregan ustedes al *vil, ladrón, cobarde y asesino* Zumalacárregui, para el que nunca habrá perdón, también lo obtendrán los individuos de los demás batallones. Terminadas ya casi enteramente las cosas de Portugal, marchará todo nuestro ejército de aquella frontera a ponerse a mis órdenes. Terminada ya la quinta en todo el Reino, vendrán también numerosos refuerzos; ocuparé militarmente el país con numerosas guarniciones; cortaré todos los recursos; aumentaré las columnas de operaciones y los cazaré a ustedes por los montes como a fieras. Esta es la perspectiva que les espera; nada exagera el que se compadece aún de la suerte de tantos desgraciados.—*El Virrey de Navarra, el Marqués de Moncayo.*"

nombre viene de este verso, que cantaban los voluntarios cuando caminaban harapientos:

"Vamos andando; tápate,
que se te ve... el requeté."

Otro verso muy popular era éste:

El primero, la SALADA;
el segundo, la MORENA;
el tercero, el REQUETE,
y el cuarto, la HIERBABUENA.

Son los nombres de cuatro batallones carlistas del tiempo de Zumalacárregui.

¡Cuánto anuncio de lo que iba a hacer para no hacer nada! Así son los palabreros; incapaces para la acción.

Quesada quedó en el más espantoso ridículo, pues quien tuvo que correr fué él, vencido y humillado por su antiguo subordinado Zumalacárregui. Vil debía de ser este personaje, cuando a tan viles medios apelaba: antes fué jefe de la división realista de Navarra; después enemigo furibundo de sus antiguos compañeros de armas, y por fin fué asesinado por sus mismos partidarios en Hortaleza, pueblecillo próximo a Madrid.

Irritado y humillado, Quesada trató de conseguir por las armas lo que no pudo alcanzar por la intriga, y al verse burlado por la estrategia de su rival, y vencido por él, sació su sed de venganza cometiendo excesos en pueblos indefensos.

De la lucha epistolar se pasó a la redacción de bandos tremebundos y terribles, que publicaron ambos generales.

El 21 de abril de 1834 tuvo lugar el primer encuentro serio entre Zumalacárregui y Quesada, en Alsasua, donde el jefe carlista, teniendo a sus órdenes a Uranga y Villarreal, esperó el paso del liberal en posiciones próximas a la citada villa.

Quesada marchaba de Salvatierra a Navarra; pero acosado por los voluntarios carlistas, perdida la formación de sus tropas, de las que se apoderó el pánico, tuvo que cambiar de rumbo y huir precipitadamente hacia Segura, para no caer en la red preparada por su genial rival. Quesada sufrió en esta acción gran número de bajas y dejó en manos de su adversario más de cien prisioneros, entre ellos al coronel Leopoldo O'Donnell y varios oficiales, todos los cuales fueron fusilados a los pocos días, siguiendo aquel terrible sistema de represalias que se inauguró por entonces y que no cesó hasta el convenio de lord Elliot. Quesada, Rodil, Mina y otros jefes cristinos creyeron que la guerra civil terminaría por el terror y la crueldad, y fueron ellos quienes inauguraron los horribles procedimientos guerreros que sólo sirvieron para aumentar las fuerzas contrarias y las desdichas del país.

Mientras que Zumalacárregui dejaba maltrecho a Quesada en Alsasua, sus lugartenientes Eraso e Iturralde sostenían importantes encuentros con éxito para sus bisoñas tropas, el primero en Lumbier y el segundo en Los Arcos, en cuya villa se apoderó de varios prisioneros de la columna del general Linares.

A los pocos días tuvo lugar la sorpresa de Muez, donde Quesada estuvo a punto de ser hecho prisionero en el alojamiento que ocupaba; la intervención oportuna de Linares libró del copo al Virrey de Navarra. También tuvo lugar en esta época la acción de Gulina, que fué muy importante y sangrienta, y si no consiguió en ella Zumalacárregui derrotar totalmente a las columnas de Linares y Villacampa, fué porque le faltaron las municiones. Se demostró entonces que los batallones carlistas podían enfrentarse con los mejores de la Reina y vencerlos. Zumalacárregui se retiró a Ulzama, y Linares y Villacampa se concentraron bajo los muros de Pamplona, después de sufrir terribles pérdidas. La derrota de Alsasua, la sorpresa de Muez y el terrible encuentro de Gulina, dieron gran renombre a nuestro héroe en todo el país y quebrantaron totalmente la autoridad de Quesada, cuya gestión fué catastrófica para el Gobierno de Madrid.

CAPITULO III

Mando de Rodil.—Llegada de Don Carlos a Navarra.—Encuentro de Artaza. Sorpresa de las Peñas de San Fausto.—Mando de Mina.—Revés de Echarrri-Aranaz.—Aniquilamiento de la columna de O'Doyle.—Villafranca de Navarra.—Batalla de Asarta y Mendaza.—El puente de Arquijas, Celandieta.—Mina es derrotado en Ulzama.

EL 26 de junio recibió Quesada orden de entregar el mando a don José Ramón Rodil, que venía precedido de fama de valiente y cruel; los dos generales cristinos se entrevistaron el 8 de julio en Mendavia. Creían en Madrid que los fracasos de Quesada se debían tan sólo a su incapacidad y que con un cambio de general en jefe, la *facción* sería exterminada en poco tiempo; no se daban cuenta de lo que era la *facción* y de la calidad del primer *faccioso*, que al poco tiempo iba a inutilizar al nuevo general en jefe y a todos cuantos Madrid le pusiera delante.

El movimiento carlista adquiría nuevos vuelos en Alava, Guipúzcoa y Vizcaya, a pesar de los desastres de las primeras semanas de alzamiento. Los jefes alaveses casi siempre luchaban a las órdenes directas de Zumalacárregui; no tanto los guipuzcoanos y vizcaínos.

En Vizcaya, sobre todo, adquirió gran impulso el alzamiento; los nombres de Simón de la Torre y de Cástor Andéchaga iban adquiriendo fama y popularidad, y estos jóvenes caudillos eclipsaban la gloria de los Zabala, Valdespina, etc., que acaso tuvieron celos, ya que de otro modo no se explicaban las desavenencias entre ellos.

Vizcaya organizó en menos tiempo más y mejores fuerzas que las demás provincias vascongadas, y les infundió extraordinario brío. En Guipúzcoa los hombres que más sonaban, a la sazón, eran los de Iturriaga y Guibelalde.

Tristes episodios de aquella época fueron los fusilamientos que tuvieron lugar en ambos bandos, los cuales se culpaban mutuamente de la crueldad con que se llevaba la lucha.

Quesada inauguró los procedimientos de terror, creyendo que así terminaría rápidamente con la guerra. Esto no lo decimos nosotros: lo dice el mismo historiador liberal Pirala, en varios pasajes de su obra, aunque trata siempre de aminorar la culpabilidad de los generales de la Reina, entre los que se distinguieron por la ferocidad de sentimientos y de conducta Rodil y Mina.

Rodil nació en Santa María de Trovo (Galicia) el 5 de febrero de 1789, y como ocurrió con muchos jefes de aquella época, de uno y otro ejército, estudió en su juventud humanidades; pero al llegar la invasión napoleónica se alistó como voluntario, incorporándose al ejército de Blacque.

Más tarde tomó parte en las guerras del Perú y en la heroica defensa de Callao, donde se distinguió por su valor, al mismo tiempo que por su temperamento sanguinario.

Desde la frontera de Portugal, donde mandaba las fuerzas españolas que luchaban contra don Miguel y donde estuvo a punto de hacer prisionero a Don Carlos, fué trasladado al ejército del Norte, donde llegó lleno de esperanzas y de ilusiones, que muy pronto se iba a encargar Zumalacárregui de truncar y destruir. Publicó una proclama al estilo de la época, brindando clemencia, pero conminando severamente a los partidarios de Don Carlos si, al verse abandonados, desvalidos, sin abrigo y sin esperanzas, rehusasen acogerse a la clemencia soberana de la Reina.

Zumalacárregui, sereno e impávido, también leyó una proclama a su ejército, exponiendo la nueva y peligrosa situación en que se verían ante la aproximación de Rodil, que avanzaba con un ejército imponente, pues además de las fuerzas que le entregó Quesada en Mendabia, y que sumaban 14.000 hombres, contaba con las divisiones de Córdoba y otras.

Zumalacárregui infundió tal brío a los suyos, que no sola-

mente no se acobardaron, sino que se aprestaron a luchar con más fe que nunca.

Por entonces ocurrió además un hecho que ejerció gran influencia en el campo carlista: fué la llegada de Don Carlos a Navarra. El caudillo recibió un breve mensaje que le entregó en mano el abad de Lecumberri, señor Legarra, que decía así: "Zumalacárregui: Estoy cerca de España y mañana espero en Dios estaré en Urdax. Toma tus medidas, y te mando que nadie lo sepa absolutamente sino tú.—*Carlos.*"

Desde las Amescoas se trasladó Zumalacárregui a Elizondo a recibir a su Rey, y aunque llegó a este bellissimo pueblo el día 12 de julio cerca de media noche, fué recibido en el acto.

Un destacado político liberal, Martínez de la Rosa, dijo en Madrid, al enterarse de la llegada de Don Carlos: *Un faccioso más*. La frase es prueba evidente de la ignorancia en que se vivía en la Corte sobre el espíritu carlista, y sobre la repercusión que tendría en el movimiento la presencia de aquel por cuyos derechos, por cuya legitimidad y por cuyo programa de Dios, Patria y Rey, luchaban sus heroicos voluntarios.

Para Zumalacárregui constituyó una gran traba la presencia del Rey, cuya guarda y escolta le distraerían fuerzas, y le privarían de aquella libertad de movimientos en él característica. Con el fin de proseguir las operaciones con todo el brío necesario, se acordó dar a Don Carlos una escolta, y confiar a Erasó la protección y seguridad del Rey, continuando Zumalacárregui su plan de operaciones contra Rodil. Don Carlos fué tenazmente perseguido por éste, hasta el extremo de estar a punto de caer en sus manos en las montañas próximas a Saldias y Labayen, donde, a no ser por la fidelidad y fuerza muscular, a la vez que conocimiento del terreno, de un labrador de Larrainzar (valle de Ulzama) llamado Esain, que lo llevó en hombros a un lugar seguro, entre riscos y matorrales espesísimos, donde no había ni sendas, hubiera caído prisionero. Reconocidísimo Don Carlos a Esain por haberle salvado la vida, le concedió el título de Conde de Casa Esain; pero, como la vida es así, los titulares de condados, marquesados y ducados dados por la Reina usurpadora gozaron siempre de los mismos y forman parte de la aristocracia española, mientras que los descendientes de los títulos dados por los Reyes carlistas, como los de Esain, a quienes

conocemos, se dedican a cavar la tierra, honrada y humildemente (1).

Rodil entró en funciones e hizo magníficos planes; pero, como a la lechera del cuento, se le frustraron todos; y es que a todos los generales liberales les ocurría lo mismo: que creían que se las habían con un *jefe de bandidos* o con un *audaz guerrillero*, como tantos hubo en la guerra de la Independencia, y nunca sospecharon que tenían enfrente a un gran capitán, a un caudillo extraordinario.

Rodil se movió con tres columnas en persecución de su adversario, quien siempre conservaba la iniciativa, y en un descuido le atacó Zumalacárregui en el puerto de Artaza (Amezcoas), logrando sostenerse valerosamente contra fuerzas infinitamente superiores en número y en armamento, a las que hizo gran número de bajas. Ambos contendientes quedaron dueños del terreno que ocupaban, pero esto fué considerado por todos como un triunfo enorme para los carlistas. Rodil era el primero en pensar así, y no salía de su asombro al ver cómo su rival, con cuatro batallones, mal armados, osaba hacer frente a tres brillantes columnas del ejército de la Reina.

Aún no podía Zumalacárregui presentar batallas campales y tomar la ofensiva contra los generales de la Reina, y se dedicaba a prepararles sorpresas que sembraban el terror en sus filas, a la vez que el desaliento. Así ocurrió con la del brigadier Figueras en Eraul, a quien le arrebató toda la impedimenta, viéndose obligado a huir con ella para no enfrentarse con Oráa y Lorenzo, quienes se hallaban muy próximos. Esto le costó a Figueras la pérdida del mando. A los pocos días, y cuando el brigadier barón de Carandolet salía de Estella al encuentro de Oráa y Figueras, Zumalacárregui le preparó una terrible emboscada en las peñas de San Fausto, donde a la vez que la vanguardia liberal recibía una descarga casi a quemarropa, la retaguardia fué atacada por Zariategui. Carandolet tuvo 250 muertos; cayeron bastantes prisioneros, entre ellos el Conde de Vía Manuel, grande de España, que fué fusilado a los pocos días, con gran dolor de Zumalacárregui, que le invitó a su mesa y trabajó por

(1) Uno de los hijos de Esain, llamado don Carlos, fué maestro de la Misericordia de Pamplona y muy popular en la capital navarra.

salvarle la vida; pero como Rodil impuso la guerra sin cuartel, hubo que aplicar el terrible principio de "quien a hierro mata a hierro muere".

Esto ocurría en el mes de agosto.

El mismo Carandolet, que descansaba en Viana, a pocos kilómetros de Logroño, confiado y sin sospechar jamás que Zumalacárregui se atreviese a llegar hasta allí, se encontró un día con que los carlistas estaban ya en las eras del pueblo. Entonces, por primera vez, entró en fuego la caballería carlista, compuesta de tres escuadrones de lanceros, que llevaban enormes e imponentes lanzas, haciendo correr a 400 jinetes de la Reina, que dejaron en el campo más de 200 cadáveres y la bandera del regimiento de Castilla. Carandolet llegó en la huída hasta Mendavia.

El hecho extraordinario de que la caballería carlista, temibles lanceros, de aspecto tremebundo, que entraban por primera vez en fuego, derrotasen de lleno a las tropas más brillantes de la Guardia Real, dió un prestigio enorme a Zumalacárregui y a sus voluntarios.

Como el prestigio y el entusiasmo se contagian, al igual que el pánico, los jefes carlistas de las Vascongadas iban adquiriendo vuelos extraordinarios y conquistando triunfos resonantes. Así Guibelalde atacó a Vergara, que se hallaba muy bien fortificada, y estuvo a punto de tomarla después de penetrar en varias casas de la población. La defensa obstinada de la guarnición le hizo retirarse.

Zabala, Valdespina, Simón de la Torre y otros, aumentan sus fuerzas en Vizcaya y tienen en jaque a Espartero, Olivares, etc.

La osadía de los jefes carlistas vizcaínos y cántabros iba aumentando, y el 18 de septiembre se presentaron Andéchaga, Sopelana y Mazarrasa con 3.000 hombres delante de Villarcayo, en cuya plaza penetraron, aunque sin poder rendir la casa Ayuntamiento y algunos edificios contiguos donde se hizo fuerte la guarnición, retirándose ante la aproximación de Iriarte, a quien pudieron haber batido. Incendiaron parte de la población al retirarse y cometieron algunos excesos.

Persuadido Rodil de que sus proyectos todos se derrumbaban, maltrecho y humillado, colocó al frente de sus fuerzas

a Córdoba y a Espartero; pero el Gobierno de Madrid le destituyó al poco tiempo y acordó nombrar a Mina.

Mina fué como desenterrado a la sazón, pues se hallaba enfermo y disgustado en Francia; se esperaba que su solo nombre, tan popular antes en Navarra, realizaría el milagro de terminar con el levantamiento carlista. ¡Nuevo error que iba a producir sangrientos resultados y crueles desengaños!

El doloroso episodio del ataque frustrado al fuerte Echarri Aranaz es, en pequeño, de lo más impresionante de esta guerra civil.

Echarri Aranaz se halla en la carretera real de Pamplona a Vitoria, paso obligado de las columnas de ambos combatientes; allí existía una fortificación que Zumalacárregui quiso tomar.

Tuvo éste confidencias, por un oficial pasado, de que podría apoderarse del fuerte merced a la ayuda que le prestarían algunos de sus defensores. Eligió el caudillo dos compañías de su confianza, y se dirigió con ellas y otras fuerzas, a altas horas de la noche, al citado pueblo: dos paisanos debían de llamar a la puerta del fuerte, y al abrirse ésta, las dos compañías debían penetrar en tromba dentro del mismo. Se abrió la puerta y el oficial comprometido salió fuera; pero las compañías preparadas vacilaron, y el sargento que mandaba la guardia del fuerte la volvió a cerrar, quedando fuera el oficial y siendo fusilado un hermano suyo que quedó dentro. Zumalacárregui, furioso ante este contratiempo, formó las dos compañías delante de los batallones, les dirigió una alocución, fustigándoles duramente por su cobardía, y mandó fusilar a suerte a algunos soldados de los que formaban la cabeza de las dos compañías, con el fin de mantener la moral de sus tropas, determinación dolorosa que dicen le costó lágrimas, pero necesaria para proseguir la guerra con éxito.

Más tarde estas compañías se acercaron suplicantes a Zumalacárregui para que les permitiese asaltar las murallas de Villafranca de Guipúzcoa, para borrar aquella mancha, y fué un oficial francés quien hizo esta súplica y quien las mandó en aquel asalto donde se cubrieron de gloria.

En una rápida expedición se presentó Zumalacárregui al sur del Ebro, sorprendió un convoy cerca de Cenicero y se apoderó

de 2.000 fusiles, con los que pudo armar nuevos batallones; y aunque los generales Córdoba, Lorenzo y López intentaron cerrarle el paso del río, pudo burlarles y regresar a sus bases. Y entonces tuvo lugar lo que el capitán Henningsen llama la primera batalla campal, en la que Zumalacárregui se presentó de improviso en las llanuras situadas entre Salvatierra y Vitoria, donde destrozó totalmente una división, fuerte de 3.500 hombres, mandada por el general O'Doyle, que fué hecho prisionero y fusilado, así como muchos oficiales y soldados de su columna.

O'Doyle no esperaba que en campo abierto le presentara batalla el carlista, en primer lugar; y en segundo, confiaba en que los demás generales de la Reina le tendrían a raya y vigilado. Pero nuestro héroe de tal modo preparó las cosas, que se despegó por marchas hábiles y rapidísimas de Oráa y de Lorenzo y cayó como un león sobre su presa.

Cuando O'Doyle desplegaba sus batallones contra Zumalacárregui, el lugarteniente de éste, Iturralde, atacó su retaguardia, que, dominada por el pánico, se dispersó. Tan sólo se salvaron 400 soldados que se refugiaron en la iglesia de Arrieta.

Al día siguiente salió de Vitoria el general Osma con una fuerte columna a socorrer a los sitiados y a vengar la derrota del día anterior; pero los batallones de Zumalacárregui, ebrios de gloria, se lanzaron impetuosamente contra él y, causándole más de 600 muertos, le hicieron refugiarse precipitadamente en la plaza. Es opinión general que si los carlistas hubieran dejado avanzar más a Osma, dominando su impaciencia, hubieran podido liquidar su columna al igual que la de O'Doyle.

Parece que Zumalacárregui extremó su rigor con algunos de los prisioneros de la columna de O'Doyle.

La guerra de bandos y proclamas (como ahora la de radio) estaba en su apogeo: así Zumalacárregui decía en su bando del 1 de noviembre de 1834, fechado en el Cuartel General de Lecumberri, entre otras cosas:

“El cruel Quesada y el incendiario Rodil son humanos en comparación del fratricida Lorenzo; la sola lectura del bando por él publicado el día 14 del mes próximo pasado manifiesta con evidencia sus ideas sanguinarias y los deseos de exterminar los inocentes pueblos con su feroz despotismo. ¡Cuán diferente ha sido la conducta que los defensores de la legítimi-

dad han observado con sus enemigos!" Y después de un largo preámbulo dicta unos artículos terribles, anunciando en el primero que todos los prisioneros serán pasados por las armas como traidores a su legítimo Soberano; en el segundo, que todos los batallones llevarán escrito el emblema de *Victoria o Muerte* hasta que el enemigo reclame por convenio la concesión de cuartel; en el quinto establece la pena de muerte para los alcaldes, regidores y justicias que circulen órdenes del Gobierno revolucionario, etc., etc.

Este terrible bando fué la réplica a otro de mayor ferocidad publicado por Lorenzo.

Mina no fué más suave que sus antecesores; su biografía es suficientemente conocida; aunque navarro (nació en Idocin), se distinguió por su adhesión al régimen constitucional y sus ideas avanzadas. Se destacó mucho en la guerra de la Independencia, adquiriendo gran celebridad. Su rival Zumalacárregui era entonces un oficial joven y desconocido que servía a las órdenes de un lugarteniente de Mina; pero ahora las cosas habían cambiado: el héroe de Ormaiztegui iba a destrozarse y aniquilar no sólo las columnas de Mina, sino su renombre y fama. Zumalacárregui trituraba las grandes reputaciones, muchas veces falsas, como las enormes piedras de molino Trituran los granos que pasan entre ellas.

Mina contaba a sus órdenes con las columnas que mandaban los generales Oráa, Lorenzo, Córdoba, Espartero, Jáuregui y O'Donnell, con un total de unos 45 batallones, más la caballería de las columnas de la Ribera de Navarra y la artillería consiguiente. Zumalacárregui disponía a la sazón de unos 22 batallones, tres escuadrones y una artillería incipiente.

Siguiendo la costumbre de la época, Mina publicó su proclama, fechada en Pamplona en 4 de noviembre de 1834. Uno de sus párrafos dice así: "Por decontado prevengo desde ahora que todo individuo que se encuentre por la tropa extraviado del camino real en las horas que median desde que el sol se pone hasta que sale, y no justifique en el acto su procedencia legal, será incontinentemente pasado por las armas." Y a la vez que esta proclama al pueblo, dirigió una alocución a su ejército, prometiéndole grandes triunfos.

Llegamos a uno de los episodios de los que se ha abusado

más en novelas y libelos dedicados a Zumalacárregui: al sacrificio de los urbanos defensores de la torre de la iglesia de Villafranca de Navarra (1).

Despreciando Zumalacárregui las amenazas y bravatas de Mina, abandonó las montañas que le servían de refugio en los días de peligro y se dirigió, llevando consigo a Don Carlos, prueba de la confianza que tenía en sí mismo y en sus fuerzas, a la Ribera de Navarra. Parece ser que esta marcha tenía por objeto apoderarse de un enorme convoy que se iba a trasladar desde Calahorra a Pamplona; pero por confidencias que dieron el alcalde y el secretario de Miranda de Arga, la presa pudo salvarse, lo que motivó el fusilamiento de ambas autoridades.

El *Intelligence Service* de Zumalacárregui era extraordinario; acaso más perfecto que el que ahora se estila en Inglaterra.

Pasando por delante de Sesma, donde se refugió precipitadamente el Brigadier López, marchó a Peralta, de cuya población se apoderó sin conseguir dominar su fuerte, que defendió heroicamente el Comandante Fermín Iracheta.

Cuentan las crónicas que hallándose Zumalacárregui en Peralta pidió a Villafranca víveres y vino, y que los infatuados urbanos de dicha población le contestaron que fuera a buscarlos.

Se dirigió rápidamente a esta villa navarra, de la que se apoderó en el acto, retirándose los urbanos a la torre aspillerada de la iglesia, donde se hicieron fuertes. Entablada la lucha, los carlistas pegaron fuego a la iglesia y a la torre, acumulando abundancia de materias inflamables que arrojaban un humo atosigante, lo que obligó a los urbanos a pedir cuartel, que se

(1) Como botón de muestra de cómo informan los historiadores liberales acerca de las guerras carlistas, diremos que don Carlos Cambroneró, en su magníficamente editada obra "Isabel II íntima" (aunque no tiene de íntima más que el título), dice que Zumalacárregui fusiló a los defensores de Villafranca de *Guipúzcoa*, y que en represalia el Gobierno de Madrid dispuso que se fusilara a todos los Oficiales enemigos cogidos prisioneros.

Esto dice Cambroneró, ¡como si para entonces no hubieran fusilado a cuantos cayeron en sus manos!

les negó. Los pocos defensores que quedaron fueron fusilados, dándose el caso dolorosísimo de que el jefe de la fortaleza era el hijo del primer espía y confidente de Zumalacárregui, Giménez, pero de ideas totalmente opuestas a las de su padre y hermanos, que luchaban en las filas legitimistas.

La acción más importante del Norte, hasta aquel momento, tuvo lugar en Mendaza, como preludeo de la que al día siguiente había de desarrollarse en el puente de Arquijas, sobre el río Ega, lugar que se había de hacer célebre en esta guerra civil, y que, según hemos leído en obras escritas por críticos militares ingleses, fué admirablemente escogido por el caudillo carlista.

Zumalacárregui acampaba con 13 batallones y tres escuadrones en el valle de la Berrueza; allí acudieron Córdoba y Oráa, dispuestos a batirle si, como parecía, les presentaba batalla.

Zumalacárregui colocó sus batallones entre Asarta y Mendaza, pueblecitos situados a ambos lados del camino de Los Arcos al puente de Arquijas y Vitoria.

Iturralde, que mandaba cuatro batallones en el flanco izquierdo, colocados en los montes de Mendaza y Piedramillera, con orden de permanecer casi oculto para dejar al enemigo avanzar por el centro y caer entonces sobre su flanco derecho, cometió la imprudencia de atacar antes de tiempo, lo que hizo modificar la disposición de las unidades de Córdoba, las que cargaron con fuerza sobre los batallones de Iturralde, que lo hubieran pasado muy mal si Zumalacárregui no hubiera corrido en su ayuda con tres batallones alaveses, el tercero de Navarra (o sea el del Requeté) y la caballería. Estas fuerzas permitieron a Iturralde salir del atolladero en que se metió, aunque con graves pérdidas. Al llegar la noche, Zumalacárregui se retiró con toda su fuerza a Zúñiga, Orbiso y Santa Cruz de Campezu.

El batallón de Guías tuvo en la acción de Mendaza cuatro oficiales muertos y cinco heridos, y fué el que mejor se portó, como siempre. Las bajas carlistas fueron de unos 400 muertos, y aproximadamente iguales las del enemigo. Este echó a volar las campanas en señal de triunfo. Consideraron como tal una acción en la que por primera vez obtuvieron alguna ven-

taja. Llevado Córdoba de su imaginación exaltada, creyó que había acabado con Zumalacárregui, o poco menos.

El caudillo carlista, convencido de que Córdoba y Oráa vendrían a buscarle para aniquilarle, les esperó en orden de batalla en el puente de Arquijas. Parece que don Tomás tenía muy mal humor aquel día.

El 15, Córdoba avanzó con una fuerte columna, de frente, sobre el citado puente, que cortaron los carlistas, y mandó a Oráa que avanzase por la derecha y que, cruzando el río Ega, cayese sobre la izquierda carlista por la parte del valle de Lana. Otra columna más reducida avanzó por el lado de Santa Cruz de Campezu.

Zumalacárregui comprendió perfectamente que podía dejar avanzar a Oráa, siempre que tuviera seguridades de derrotar a Córdoba, y por esto destacó a Villarreal con tres batallones para obstaculizar el avance de aquél, aprestándose él a hacer frente al grueso de la columna mandada por éste. El liberal llegó hasta el pequeño espacio de terreno llano que hay junto al puente por la parte de Acedo; colocó cuatro piezas de campaña junto a la ermita; pero por más esfuerzos que hizo no pudo atravesar el río, que defendían vigorosamente los batallones apostados en la orilla opuesta; algunos valientes cruzaron el Ega, pero fueron acuchillados sin piedad por los Guías, que cargaban a la bayoneta. Córdoba insistió y repitió los asaltos, y entonces Zumalacárregui en persona tomó el mando del primero de Navarra y del primero de Guipúzcoa, con los que avanzó arrollándolo todo y poniendo en dispersión a las fuerzas cristinas. Una vez hubo rechazado totalmente a éstas en el puente, y comprendiendo que por aquel lado no había peligro, enterado por sus enlaces de que Villarreal no podía contener a Oráa, que avanzaba por el flanco izquierdo, le envió refuerzos al mando de Iturralde, obligando al *Lobo Cano* a retirarse con muchas pérdidas.

Zumalacárregui interceptó un parte reservado de Córdoba, en el que no aparecía tan optimista como en las proclamas y artículos de periódicos. En él daba cuenta de la muerte de varios jefes carlistas en la batalla de Asarta y Mendaza, y don Tomás le puso algunas apostillas, llenas de fina ironía; terminaban así: "Celebre, pues, el público una época en que suce-

den cosas tan peregrinas (se refería a que los jefes dados por muertos por Córdoba, como Sagastibelza, García, Goñi, Aranguren y L'Espinasse, mandaban brillantes batallones) y prepárese a ver otra escena en que los derrotados agonizantes sean causa de nuevos milagros."

Esta escena fué el combate de Celandieta, entre Ormaiztegui y Segura, donde con sólo cinco batallones, de los cuales dos colocó en reserva, tuvo inmovilizadas a las columnas de Carratalá, Espartero, Lorenzo y Jáuregui durante todo el primer día, produciéndoles bajas increíbles y haciéndoles huir, después, camino de Zumárraga, picándoles la retirada. Zumalacárregui colocó en buenas posiciones, defendidas por las paredes de la heredades del camino entre Ormaiztegui y Segura, al batallón de Guías de Navarra, al sexto de ídem y al cuarto de Guipúzcoa, dejando de reserva en Segura a dos más, por si se veían precisados a retirarse al citado pueblo, ante la enorme superioridad de las fuerzas que les iban a atacar.

Aunque parezca increíble, con tan ligeras fuerzas Zumalacárregui mantuvo todas sus posiciones contra las masas atacantes, y cuando las hubo gastado completamente, aún tuvo coraje para lanzar sobre ellas a la bayoneta a sus admirables Guías, haciéndolas huir en derrota.

La batalla duró siete horas; las fuerzas liberales ascendían lo menos a 12.000 hombres, y los carlistas apenas llegaban a 2.000. Al verse derrotados los generales antes citados, empezaron a acusarse mutuamente por el desastre. En esta acción se distinguió extraordinariamente uno de los legitimistas franceses que militaba en el campo carlista, llamado Gautier de Lacour.

Las cuatro columnas cristinas volvieron completamente desalentadas a sus acantonamientos al día siguiente, sin atreverse a continuar la lucha contra el caudillo carlista, que alojó las suyas en Segura y Cegama, mandando aviso a Iturralde para que cayese sobre la retaguardia enemiga, si persistía en volver a atacar.

Nuevamente se luchó en el puente de Arquijas el 5 de febrero, donde Lorenzo, sin duda para emular y mejorar a Córdoba, se decidió a atacar a Zumalacárregui. El liberal colocó sus tropas frente a Arquijas, Santa Cruz de Campezu y Moli-

nos de Santa Cruz. En lo más recio de la batalla, al ver Lorenzo que no obtenía ningún resultado, se puso en persona al frente de un batallón y atacó a la bayoneta, consiguiendo sembrar el desorden en las avanzadas carlistas; pero observando Zumalacárregui lo que ocurría, se colocó a la cabeza del batallón de Guías, y encendido en ira y furor se lanzó a una carga tan arrolladora, que rechazó completamente a sus contrarios. Por segunda vez el puente de Arquijas presencié la derrota de las mejores tropas de la Reina.

Mientras esto ocurría, Mina envió al general Ocaña al Baztán con el fin de levantar el cerco de Elizondo, pequeña villa que tenía sitiada Sagastibelza. La columna de Ocaña pasó por Olagüe y Lanz al lugar designado. Hostigado en las alturas del puerto de Belate, pudo llegar, sin embargo, hasta Ciga, donde quedó sitiado por los batallones carlistas, que estuvieron a punto de coparle; pero se vieron obligados a levantar el cerco al enterarse de la aproximación de fuertes columnas enemigas que venían en su auxilio. Ocaña pudo guarecerse en Elizondo, donde quedó sitiado por Sagastibelza.

Preocupado Mina por la embarazosa situación de su lugar teniente, intentó socorrerle, y para ello emprendió la marcha por el valle de la Ulzama, Oroquieta, Donamaria y Santesteban, dando un rodeo. Zumalacárregui le esperó entre Harregui y Larraizar, le atacó y le hizo huir desordenadamente.

Previendo el caudillo carlista el desarrollo de la operación, dió orden a Elío de que se acercase al lugar de la acción y atacase por la retaguardia; pero, según unos, Elío no llegó a tiempo por la apatía característica de este distinguido jefe y noble navarro, y según otros porque Mina, al verse perdido, falsificó una comunicación con la firma de Zumalacárregui dando orden a Elío de que se moviese en dirección contraria a la que le había ordenado su general, y merced a este ardid de zorro viejo, pudo Mina llegar por las Siete Fuentes a Santesteban y al Baztán.

Su entrada en este bellísimo valle dejó un terrible recuerdo en los habitantes del mismo, principalmente en los de Lecaroz, cuyas casas incendió, fusilando además a uno por cada cinco vecinos varones, porque no quisieron o no pudieron descubrir dónde se hallaban escondidos los dos cañones y dos morteros

con los que disparaban sobre Elizondo. También quemó la ferrería de Donamaría, punto, al parecer, donde el distinguido oficial Reina fundía los cañones carlistas.

Asegura Zarategui que ni los fusilamientos ni los incendios consiguieron arrancar a los leales habitantes de Lecaroz un secreto que podía perjudicar a la noble causa que defendían.

Mientras que Mina saciaba su sed de venganza en el Baztán, Iturralde y Montenegro, siguiendo órdenes de Zumalacárregui, se apoderaban de Los Arcos y de su fuerte.

Mina se volvía loco y no sabía adonde acudir, ni cómo distribuir sus columnas, que se dedicaban a marchar y contramarchar, manejadas como muñecos por quien contando con un número muy inferior de soldados poseía en cambio un talento infinitamente superior. Es que, como dice un crítico militar, Zumalacárregui sabía mandar a la perfección pequeñas columnas como perfecto guerrillero, y divisiones completas como gran general, y Mina tan sólo era guerrillero. Nuestro caudillo no se dedicaba a correr de una parte para otra con sus batallones, como antaño, sino que se sentía lo bastante fuerte para irse adueñando rápidamente de los pueblos fortificados del enemigo, y así tras Los Arcos, se apoderó de Echarri-Aranaz y Olazagutia, como preludeo de las importantes conquistas que iba a efectuar en breve plazo. Con la toma de estas plazas, dejó libre de enemigos el camino real de Pamplona hasta Vitoria, excepto Irurzun, y esto facilitó mucho sus movimientos.

Aunque el interés principal de la guerra se hallaba concentrado en Navarra y personificado en Zumalacárregui, también ocurrieron hechos importantes en las provincias vascongadas. Eran jefes, de Vizcaya, Eraso (1), y de Guipúzcoa, Guibelalde, quienes tenían a sus órdenes batallones perfectamente equipados y disciplinados.

Eraso tenía casi bloqueada la plaza de Bilbao y se atrevía a

(1) Don Francisco Eraso, natural de Garinoin (Navarra), nació en 1793; era un distinguido militar que tomó parte muy destacada en la guerra de la Independencia y en la lucha de realistas contra constitucionales; venció a *Chapelangarra* cuando éste intentó penetrar por la frontera francesa en 1830 como segundo de Mina, y en 1833 se sublevó en Roncesvalles, al frente de 20 carabineros. Llegó a Coronel, bajo Fernando VII.

enfrentarse con Espartero. Así ocurrió en Villaro, donde se libró una batalla muy reñida, retirándose por escalones y con el mayor orden las tropas carlistas ante la superioridad numérica de sus contrarios, que reunían tres columnas contra una.

Mina fué el cuarto de los generales en jefe de la Reina que quedó maltrecho y machacado al enfrentarse con Zumalacárrgui. Como estratega, sólo recogió fracasos, y como hombre, levantó en todas partes protestas por su crueldad y espíritu sanguinario.

CAPITULO IV

Mando de Valdés.—Combate de las Amezcoas.—Tratado de lord Elliot. Desastre de Zazpi-Iturrieta.—Conquista de Villafranca de Oria.—Derrota de Espartero en Descarga.—Conquista de Vergara, Tolosa, Eibar, etcétera.—Sitio de Bilbao.—Muerte del héroe.

SUSTITUYÓ a Mina en el ejército del Norte el entonces Ministro de la Guerra don Jerónimo Valdés, quien, por lo menos, tuvo la prudencia de no anticipar triunfos maravillosos, ni de publicar proclamas rimbombantes y amenazadoras. Sus proclamas y manifiestos se distinguían por la moderación, sobre todo si se les compara con los de Quesada, Rodil y Mina.

Convencido de que la *facción*, como aún se venía denominando a los carlistas en Madrid, no era un partido de trabucaires, analfabetos, ni de audaces bandoleros, sino un ejército respetable y perfectamente disciplinado y organizado, lo primero que hizo el nuevo general en jefe de la Reina fué acumular más y más elementos para poder batir con éxito a su temible adversario.

El 19 de abril de 1835 salió Valdés de Vitoria, dirigiéndose a Contrasta. Contaba con una fuerza de 32 batallones, artillería, etc., e iba decidido a coger a Zumalacárregui, vivo o muerto. Este, con la vista certera que le caracterizaba, mandó concentrar parte de sus fuerzas en los pueblos de las Amezcoas, y le dejó penetrar en la Amezcoa alta. Llegados los batallones de Valdés a dicho valle, con gran sorpresa de Zumalacárregui, se

encaminaron a las alturas que lo dominan y que constituyen la sierra de Urbasa, situada entre Estella y Alsasua. Esta marcha de Valdés a la sierra desconcertó en parte a Zumalacárregui, y, ¡caso asombroso!, el jefe carlista le dejó tranquilo, acampado en la altiplanicie, alojado en la venta o palacio de Urbasa, y distribuyó sus fuerzas en Zudaire, Baquedano, Gollano, Artaza, etc. El caudillo carlista sabía muy bien que lo que intentaba Valdés era no sólo batirle, sino socorrer a Estella, que se hallaba amenazada, para lo cual tenía que descender, o por el puerto de Zudaire, o por el de Artaza. El carlista se sentía provocador a pesar de su inferioridad numérica, de uno a tres. ¡Tal era la confianza que le daba su genio guerrero y la valentía de sus soldados! Mandó a Carmona con su batallón a lo alto de la sierra, a provocarle. Cuando Valdés comenzó a bajar por el puerto de Artaza, se inició la batalla, que fué muy dura, y aunque el Ministro de la Guerra cristino pudo bajar al valle y seguir el camino de Estella, no es menos cierto que llegó a esta ciudad acosado por los carlistas y en gran desorden, dejando en el camino parte de su impedimenta. Uno de sus generales, Buerens, ni siquiera consiguió refugiarse en Estella y tuvo que guarecerse, presa de gran pánico, con su columna, en Abarzuza, pueblo situado a seis o siete kilómetros de Estella, de donde sólo pudo salir el día siguiente, merced al socorro de otras columnas.

La crueldad de esta guerra, debida al espíritu sanguinario de los generales en jefe que precedieron a Valdés (afirmación ésta que hacemos después de bien documentados, y teniendo en nuestro favor no sólo el testimonio de la historia imparcial, sino también las consideraciones de orden filosófico, pues no es presumible que empiece a obrar con crueldad quien manda fuerzas insignificantes contra ejércitos organizados, ya que su mayor afán es el de reclutar combatientes y atraérselos), llamó la atención de las potencias extranjeras, y fué Inglaterra la que, llevada de un noble afán humanitario, trató de suavizar los rigores de la lucha, para lo cual envió a España a lord Elliot, acompañado del coronel Gurwood, quienes, siguiendo instrucciones del entonces Ministro de Relaciones Exteriores, lord Palmerston, trataron de obtener la firma de un convenio que obligase a ambos contendientes a humanizar la guerra. Lord

Elliot, con el citado coronel y el de artillería Wylde, observador permanente británico cerca de las fuerzas de la Reina, se trasladaron al campo carlista, y mientras Wylde conferenciaba con Zumalacárregui, lord Elliot y Gurwood visitaban a Don Carlos en su palacio de Segura, de donde marcharon los tres a Logroño para recabar la firma de Valdés, y de allí a Eulate o Asarta (hay las dos versiones) a recoger la firma del caudillo carlista. Por cierto que al relatar el coronel Gurwood, en una obrita que leímos en el British Museum, su visita al cuartel general de Zumalacárregui, en Asarta, dice que le tocó acostarse en la misma habitación que los ayudantes del general carlista, y agrega que *no oían a rosas*. Seguramente que mediaba un abismo entre los alojamientos de Londres y los de una aldea insignificante, donde se cobijaba el Warwich de los carlistas, como le llaman los ingleses, comparándolo al gran caudillo que luchó por la legitimidad en la Gran Bretaña. El tratado de lord Elliot dice textualmente lo siguiente:

"Convenio para el canje de prisioneros propuesto por lord Elliot, comisionado al efecto por S. M. Británica, que ha de servir de regla a los generales en jefe de los ejércitos beligerantes en las provincias de Guipúzcoa, Alava y Vizcaya y en el Reino de Navarra.

"Artículo 1.º Los generales en jefe de los dos ejércitos actualmente en guerra en las provincias de Vizcaya, Guipúzcoa y Alava, y en el Reino de Navarra, convienen en conservar la vida a los prisioneros que se hagan de una y otra parte, y en canjearlos del modo siguiente:

"Art. 2.º El canje de los prisioneros será periódico, dos o tres veces al mes, y más frecuente si las circunstancias lo exigen o lo permiten.

"Art. 3.º El canje se hará en justa e igual proporción del número de prisioneros que presente cada parte, y los excedentes permanecerán en el partido que se hallen hasta nueva ocasión de canje.

"Art. 4.º En cuanto a los oficiales, el canje se hará de grado a grado, entre los oficiales de todas las categorías, empleos, clases y dependencias que sean canjeados por ambas partes, según el rango respectivo de cada uno.

"Art. 5.º Si terminado un canje entre los dos partidos beligerantes, uno de ellos tuviese necesidad de un sitio seguro para guardar él los prisioneros excedentes que no hubiesen sido canjeados, para seguridad, buen tratamiento y honor de estos mismos prisioneros, se ha convenido que sean guardados en un depósito por el partido en cuyo poder se hallasen en uno o más pueblos, que serán respetados por el partido contrario; en caso de que éste pudiese penetrar allí, no podrá perjudicarlos en manera alguna durante el tiempo que permanezcan en dicho depósito: bien entendido que en las ciudades o pueblos donde estén los prisioneros no se podrá fabricar armas, municiones ni efectos militares.

"Las plazas serán designadas con anticipación por los dos partidos beligerantes.

"Art. 6.º Durante esta lucha no se quitará la vida a persona alguna civil y militar por sus opiniones sin que haya sido juzgada y condenada conforme a los reglamentos y ordenanzas militares que rigen en España.

"Esta condición debe entenderse únicamente para aquellos que realmente no son prisioneros de guerra; con respecto a éstos, se observará lo estipulado en los artículos precedentes.

"Art. 7.º Cada partido beligerante respetará religiosamente y dejará en plena libertad a los heridos y enfermos que se hallasen en los hospitales, pueblos y ciudades, cuarteles o cualquier otro paraje, con tal de que estén provistos de un certificado de uno de los cirujanos de su ejército.

"Art. 8.º Si la guerra se extiende a otras provincias se observarán las mismas condiciones que en las de Guipúzcoa, Vizcaya, Alava y el Reino de Navarra.

"Art. 9.º Estas condiciones se observarán religiosa y rigurosamente por todos los comandantes que puedan sucederse en ambos partidos.

"Habiendo sido firmado este tratado por duplicado, se ha cambiado el puesto de las firmas de los generales, a fin de que hubiese paridad perfecta entre los dos partidos.—Cuartel general de Logroño, a 27 abril de 1835.—El general en jefe del ejército de operaciones del Norte, *Jerónimo Valdés*.—Cuartel general de Eulate, 28 de abril de 1835, *Tomás Zumalacárregui*.—Firmado, *Elliot*."

Hay quien dice que el primer convenio lo firmó Zumalacárregui en Asarta el 25, pero pareció mal a los generales de la Reina y, sobre todo, a Córdoba, que el *cabecilla* firmase antes que el Ministro de la Guerra, y se alteró el orden, para dejar bien parado el protocolo.

Hallándose lord Elliot en el domicilio de Zumalacárregui, dos o tres días antes de la firma del convenio, vió un grupo de prisioneros que le movió a compasión, y rogó al jefe carlista que no les fusilasen, viéndose complacido en el acto, lo que causó gran satisfacción al lord inglés. Antes de regresar a Londres lord Elliot regaló a Zumalacárregui un magnífico antejo, que éste empleó hasta su muerte.

En este mismo mes de abril obtuvieron los carlistas vizcaínos un gran triunfo contra la columna de Iriarte en Guernica. Mandaba a aquéllos su nuevo comandante general, don Juan Manuel Sarasa, quien llevaba como segundo a don Miguel Gómez, a la cabeza este último de dos batallones guipuzcoanos.

Sarasa se parapetó en Guernica, anticipándose a Iriarte, que intentaba ocuparla; rompióse el fuego por ambas partes, desarrollándose la acción al principio de modo favorable a Iriarte; éste consigue penetrar en las calles, pero al llegar ya de noche a la plaza de la villa fué cargado con gran intrepidez por los voluntarios vizcaínos, que le produjeron una desastrosa derrota. La columna de Iriarte dejó más de 500 cadáveres en Guernica y sus alrededores; además se ahogaron muchos más al arrojar-se, llenos de pánico, al río.

Cayeron prisioneros más de 200 y fueron apresadas por los carlistas dos piezas de artillería, municiones, armamento, etc.

De los prisioneros, en represalia del asesinato de algunos voluntarios carlistas, fueron fusilados dos coroneles, un teniente coronel, dos capitanes y varios tenientes. De haber ocurrido la acción una semana después, el convenio de lord Elliot hubiera ahorrado todas estas víctimas en ambos bandos.

El territorio carlista se iba extendiendo; nuevas posiciones caían ante el empuje de sus tropas. Treviño fué sitiado y tomado por Zumalacárregui, eficazmente ayudado por Villarreal, Guergué y Montenegro. Allí cogieron prisioneros unos 500 soldados y urbanos con armamento.

Deseando Don Carlos premiar los eminentísimos servicios

de su general, le ofreció un título de Castilla, y le dijo que eligiese el nombre del mismo. Zumalacárregui, con esa osquedad y altivez propias de la admirable raza vasca, contestó: "Después de entrar triunfantes en Cádiz, lo pensaremos; por ahora no estamos seguros ni aun en el Pirineo, y un título cualquiera no sería sino un paso hacia lo ridículo." ¡Admirable lección la que daba aquel hombre de grandes y nobles ambiciones, exento de ridícula vanidad, a tantos rastacueros como pululaban entonces y han pululado siempre cerca de las alturas!

También fué abandonado en aquel mes el fuerte y pueblo de Irurzun por los liberales, por no poder resistir las acometidas de sus adversarios.

Asimismo se evacuó el Baztán definitivamente, vista la imposibilidad de comunicar con dicho valle, sin que costase a los liberales grandes pérdidas el paso de cada convoy desde Pamplona al mismo. En esta definitiva retirada que hizo Oráa, sufrió un desastre en el paraje denominado *Zazpi Iturrieta* (Siete Fuentes), lugar situado entre el valle de Ulzama y los pueblos de Saldías, Labayen y Santesteban. Oráa y su lugarteniente Goyeneche, que mandaba los urbanos en Baztán, fueron atacados violentamente por Sagastibelza, y a pesar de contar éste con fuerzas inferiores, lo dejó maltrecho, obligándole a refugiarse, lleno de espanto, en Elzaburu, de donde el día siguiente marchó a Marcalain, donde pernoctó para seguir a Villaba. Al llegar a este último pueblo se encontró con Goyeneche, que había huído en desorden con cerca de 1.000 hombres por camino distinto, presa del mayor pánico.

Se impusieron sanciones a algunos jefes de la columna de Oráa por su actuación en este descalabro que acabamos de relatar (1).

Todos eran triunfos y victorias para las tropas carlistas y desastres para los generales de la Reina; esto dió grandes vuelos a los primeros, quienes se sintieron capaces de todo. Tras meses y meses de zozobras y temores, de amenazas y peligros,

(1) En el valle de Ulzama y limítrofes, el autor de estas líneas oyó hablar en su niñez a los muy ancianos de este desastre de Oráa en *Zazpi Iturrieta*, que por su importancia quedó muy grabado en la imaginación popular.

siempre expuestos a ver aniquiladas sus unidades de lucha antes de formadas y fogueadas, con los soldados medio desnudos y casi desarmados, sin poder descansar tranquilos en ningún poblado ni reponerse de sus fatigas agotadoras, luchando y creciendo en condiciones tan adversas, lo que sólo es concebible en un titán de la mitología, pudo llegar Zumalacárregui a aquella primavera de 1835 con un ejército que parecía surgir, como por ensalmo, del fondo de los bosques y barrancos y marchar en todas direcciones, arrollando con asombrosa facilidad cuantos obstáculos le oponían los generales cristinos. Aquel mayo, después de liberada toda la zona entre Pamplona y Vitoria, decidió Zumalacárregui apoderarse totalmente de la provincia de Guipúzcoa, en la que había varias plazas fuertes aún en poder del enemigo, como Vergara, Villafranca, Tolosa, etc. La primera que atacó fué Villafranca. La sitió, y en seguida Jáuregui y Espartero se encaminaron a socorrerla. Para detener a Jáuregui, envió a Gómez, quien llevaba orden de no dejarle salir de Tolosa; Espartero se dirigió desde Vergara hacia la villa sitiada por numerosas fuerzas, y para obstaculizar la marcha de éste ordenó Zumalacárregui a Eraso que se situara en Zumárraga y Villarreal de Urrechua. La columna de Espartero llegó ya de noche al alto de Descarga, situado entre Anzuola y Villarreal.

Con la confianza que dan los triunfos repetidos, mandó Eraso a reconocer aquellas alturas tan sólo a un batallón alavés y unos cuantos lanceros. Vivaqueaban los cristinos tranquilos y confiados en derredor de grandes fogatas, cuando tras el resplandor de las hogueras vieron a los jinetes e infantes carlistas arrojar sobre ellos. Fué tal el pánico que les entró por el cuerpo, que como locos huyeron sin rumbo ni dirección, contagiando su espanto a toda la columna, la que se refugió precipitadamente en Vergara, dejando en poder de Eraso 2.000 prisioneros, muchos de los cuales fueron cazados a la mañana siguiente por aquellos parajes, escondidos en los matorrales. Por un pelo escaparon Espartero y su lugarteniente el Conde de Mirasol.

Zumalacárregui dió cuenta a los defensores de Villafranca de la derrota de Espartero y de la impotencia de Jáuregui para salir de Tolosa. Les aseguró que no podían esperar auxilio alguno; los sitiados no podían creerlo: entonces les invitó a que

enviaran emisarios que comprobasen cuanto les afirmaba. Estos emisarios pudieron ver hasta 2.000 prisioneros de la columna de Espartero que se hallaban acantonados en Zumárraga; volvieron a la villa con noticias fidedignas del desastre acaecido a su libertador, y entonces la guarnición de Villafranca capituló. Jáuregui, temeroso de otra sorpresa irreparable, huyó precipitadamente de Tolosa a San Sebastián, y Gómez ocupó la antigua capital de Guipúzcoa con los batallones primero y tercero de esta provincia.

A los dos días sucumbía Vergara, al verse totalmente abandonada por las columnas de la Reina, entregándose su gobernador con los 1.000 hombres que la guarnecían. Tras Vergara cedió Eibar, y a poco Durango se entregaba a Eraso. Quedaba Ochandiano como último baluarte entre Alava, Guipúzcoa y Bilbao. Defendía esta plaza el Marqués de San Gil, no con gran acierto, según dice la historia, y en el ataque a la misma los carlistas sufrieron la pérdida del distinguido y heroico coronel guipuzcoano don José Francisco Alzáa, que murió de herida de bala que le produjeron los sitiados, desde la torre de dicha villa.

Como si fuera una hilera de naipes en pie, cayeron en una semana todas las plazas fuertes de Guipúzcoa y Vizcaya, excepto las capitales respectivas, y alguna pequeña villa de la segunda de estas provincias.

La causa carlista llegaba a su apogeo: Zumalacárregui conquistó tal renombre, que su fama se extendió por toda Europa. Aparecía el hijo de Ormaiztegui como un nuevo Napoleón que surgía en nuestra Patria, capaz de vencer y arrollar todos los obstáculos, capaz sobre todo de llevar a la práctica, con mano segura y paso firme, todos sus planes y proyectos.

Todos admiraban al héroe, que surgía de la nada; todos se inclinaban ante él, todos, excepto unos cuantos miserables palaciegos, que roídos por la envidia iban a amargarle la vida y prepararle la muerte.

¡Que la muerte no sólo viene de las enfermedades del cuerpo, sino más bien de las heridas del alma! Entre los enemigos de Zumalacárregui eran los principales Cruz Mayor, Ministro casi universal, y el francés Villemur, Ministro de la Guerra, según testimonio de todos los historiadores, concordes en este punto. Con ellos colaboraban algunos destalentados títulos de

Castilla y tal cual religioso simplista, que creía que las victorias del gran capitán carlista eran fruto solamente de sus rezos y devociones y regalo que la Divina Providencia les concedería, lo mismo teniendo al frente de los ejércitos a un incapaz que a un gran genio militar.

Después de la toma de Villarreal, Zumalacárregui se presentó en la corte de Segura, cuyo ambiente le produjo disgusto.

Los cortesanos recurrieron al diabólico sistema de despertar celos en Don Carlos, haciéndole creer que su fiel subordinado Zumalacárregui trataba nada menos que de suplantarle, proclamándose rey de Navarra y Vascongadas con el título de *Tomás I*.

Le acusaron de haber firmado la capitulación de Villafranca sin contar con el consentimiento real y de haber sido demasiado generoso con los Urbanos de dicha villa. Todo esto hizo que presentara su dimisión en Vergara a su Rey, quien no se la aceptó.

El porvenir de la causa carlista iba a decidirse en Vergara. Del rumbo que allí se tomara, camino de Bilbao, como quería la camarilla palaciega, o camino de Vitoria y Castilla, como deseaban Zumalacárregui, Villarreal y los jefes más inteligentes, dependería el éxito o el fracaso. Bilbao podía proporcionar dinero, que era sin duda muy necesario; pero la invasión de Castilla, en aquel momento tan favorable, cuando el entusiasmo de los voluntarios rayaba en lo más alto y la confianza de los jefes era ilimitada, hubiera arrastrado enormes masas de combatientes, con los que irremediamente Zumalacárregui, en poco tiempo, se hubiera presentado en Madrid. Vitoria podía ser tomada con rapidez y seguridad, ya que las columnas más activas del ejército de la Reina, las de Jáuregui y Espartero, quedaron incapacitadas para enfrentarse con los carlistas, y Vitoria también proporcionaría recursos y tras ella las demás capitales castellanas, que caerían seguramente a la sola presencia de las huestes carlistas triunfadoras.

La historia no aclara si Zumalacárregui se opuso terminantemente a emprender el sitio de Bilbao, sometiéndose tan sólo ante un mandato de su Rey, o si por exceso de disciplina y sumisión a su Señor tan sólo opuso una débil resistencia al proyecto de los palaciegos. Se cuenta que al hacer observaciones

Zumalacárregui en contra del sitio de Bilbao, y como para arrancarle su consentimiento, Don Carlos le preguntó concisamente: “¿Puede usted tomarla?”, a lo que el general contestó, picado en su amor propio: “Puedo tomarla, pero costará muchos hombres y, sobre todo, tiempo, que ahora es muy precioso.”

Con el ceño fruncido y el mal humor en el semblante, don Tomás se dirigió a Bilbao, a morir y a enterrar con su muerte el triunfo de su causa, que en aquel momento crecía lozana y esplendorosa, como un árbol preñado de promesas para la Patria.

A fuer de sinceros, hemos de confesar que también había otros partidarios del sitio de la capital vizcaína que creían que con su conquista se reconocería la beligerancia a las tropas de Don Carlos, y se obtendría con ello ventajas inestimables.

Con 14 batallones emprendió la marcha sobre Bilbao desde Ochandiano y Durango; llevaba además ocho piezas de artillería; número insignificante para batir una plaza que contaba con más de 30 cañones. Villarreal quedó con algunas fuerzas observando la orilla del Ebro. Los batallones carlistas se presentaron ante Bilbao el 10 de junio, el mismo día en que Don Carlos hizo su entrada triunfal en Vergara, y bloquearon la plaza. Eraso, que los mandaba, intimó la rendición al gobernador militar, don Ramón Solano. Mandaba las fuerzas cristinas de Vizcaya, a la sazón, el Conde de Mirasol, quien arengó a los vizcaínos animándoles a la defensa de la capital sitiada.

Los carlistas colocaron sus cañones por la parte de Begoña, así como parte de sus batallones, y fueron tan certeros los disparos de la artillería sitiadora, que ya el primer día de bombardeo apagaron los fuegos del fuerte del Circo y abrieron tres brechas en el mismo. Las baterías liberales de Mallona, El Emparrado, Solocoeche y Larrinaga siguieron disparando sobre los cañones y morteros carlistas.

Temían los defensores de la villa que el 14 se diera el asalto; pero Zumalacárregui no quiso precipitarse; avaro de la sangre de sus voluntarios, quiso economizarla, aumentando los elementos de ataque y mejorando las defensas de sus soldados.

No faltaban quienes le animaban a bombardear la ciudad, calculando que sus habitantes se desmoralizarían y pedirían la rendición en cuanto cayesen unas cuantas granadas en el casco

viejo. Pero a esto contestó Zumalacárregui con estas palabras, que le honran: "Mientras el enemigo se sostenga en la línea de fortificaciones exteriores, yo no puedo mandar arrojar proyectiles sobre las casas; pero sí lo haré en el momento en que, rechazado de los fuertes, trate de defenderse en ellas."

Sin duda no esperaba el caudillo carlista tanta acometividad de parte de los sitiados. Deseoso de apresurar la conquista de Bilbao, preparaba el asalto de las líneas de fortificaciones, para lo que se ofrecían voluntarios todos sus batallones, a porfía. Ya estaban elegidas las compañías que debían ir en vanguardia; ya tenía señalado el premio que se iba a conceder a los primeros asaltantes de la capital; pero Zumalacárregui, con ese espíritu inquieto y observador que le caracterizaba, con esa su costumbre saliente de inspeccionarlo todo para evitar deficiencias y descuidos que en la guerra suelen ser funestos, en la madrugada del 15 se colocó en la parte interior de uno de los balcones de la casa situada delante del santuario de Begoña, en el terreno donde se halla hoy la casa de la madre política del recientemente fusilado don José María Urquijo, ilustre patricio, y desde la cual podía observar las fortificaciones de Bilbao y parte del casco de la población. Una bala que rebotó en los hierros del balcón se fué a alojar en el tercio superior de la pierna derecha, a cinco centímetros de la rodilla. Zumalacárregui procuró disimular lo ocurrido; pero sus ayudantes conocieron que algo raro le pasaba, y entonces se enteraron de la desgracia.

Creyó todo el mundo que la herida no tenía importancia mayor, y fué trasladado el héroe a su alojamiento de Bolueta. Pero ansioso de soledad y acaso repugnándole quedar en cama cerca del Cuartel Real, donde tantos envidiosos se agitaban contra él, mandó que le trasladaran a Cegama, donde tenía familiares, buscando también acaso un sitio más fresco y tónico que las afueras de Bilbao.

A su paso por Durango lo visitó Don Carlos y le prodigó palabras de afecto y consuelo: quiso convencerle de que quedara allí hospitalizado, pero no pudo. Le acompañaban dos médicos españoles, Grediaga y Gelos, y el cirujano inglés Burgess, y al llegar a Cegama se les unió Boloqui, que había sido cirujano de Guías y estaba asistiendo a Vargas, ayudante del general.

Parece ser que Grediaga se oponía a la extracción de la bala;

pero Gelos y Boloqui, así como el curandero Petriquillo, en quien el general tenía acaso excesiva confianza, y que fué llamado por él, optaron por extraerla, creyendo, con una mente simplista, que desaparecida la bala del cuerpo la curación vendría inmediatamente. Después de varios sondeos que le martirizaron mucho, por fin sacaron el proyectil, haciéndole gran carnicería en la pierna. Colocada la bala en un plato, fué llevada de casa en casa con gran alborozo y alegría, creyendo que todo estaba resuelto; pero antes de las veinticuatro horas el héroe entregó su alma a Dios.

La operación la practicaron Gelos, Boloqui y Petriquillo. Además, parece ser que clandestinamente le daban alimentos prohibidos por Grediaga, y también aseguran las crónicas que le administraron una cantidad excesiva de opio para evitarle los horribles dolores que le atormentaban tras la salvaje operación.

He aquí cómo describe Henningsen lo ocurrido después de la herida:

“Cuando llegué al pueblo de Zornoza se me hizo saber que había sido llamado tan temprano porque el general estaba herido y querían que acompañara a Burgess, cuya asistencia médica se precisaba, y quien tenía dificultades para hacerse entender. El había salido hacía ya media hora. Salí de prisa, pero sólo llegué a Bilbao cuando el general era llevado, con cama y todo, por la carretera, por doce soldados. Parecía que sufría, pero hablaba y fumaba su cigarrillo durante todo el camino como si nada hubiese sucedido. Burgess no había examinado la herida, pues sólo había llegado a tiempo de unirse a la comitiva; pero por la descripción dada por el médico que le atendía era de escasa importancia. A pesar de esto, la necesidad de separarse del Ejército y el no poder dirigir las operaciones del sitio, parecía que turbaban su mente. A lo largo de la carretera, la noticia de que Zumalacárregui había sido herido corrió veloz como la pólvora; los campesinos y soldados se agrupaban alrededor de su lecho; tomó chocolate dos veces durante el camino, diciendo: “Supongo que no podré tomar nada más.” Lo que los doctores confirmaban. Debido a la lentitud de nuestra marcha, era ya anochecido cuando llegamos a Durango. Una de las mejores casas de la ciudad, enfrente del palacio donde se

alojaba el Rey, fué preparada para recibirle; todos los Ministros estaban esperándole. Como Zumalacárregui—lo que creo ya he mencionado—no había estado nunca en buenas relaciones con los que rodeaban al Rey, los recibió con bastante aspereza. Cuando le preguntaron si sentía dolor, contestó bruscamente: “¿Se imaginan que una bala a través de la pierna no duele?” Al examinar la herida se encontró ser como ya la he descrito; tenía algo de fiebre, que aumentó durante la noche; su primera observación, cuando le dejaron los compañeros del Rey, fué: “Tanto va el cántaro a la fuente, que al fin se rompe. Dentro de dos meses no me hubiera importado ninguna clase de herida.” Fué asistido por el médico de su Estado Mayor (un hombre que había desertado de los cristinos unas semanas antes y en el que parecía tener gran confianza), el propio médico del Rey y Burgess. Los dos primeros opinaban que en un mes, ¡tan ligera era la herida!, podría de nuevo montar a caballo; el último afirmó que bastaba con menos tiempo para su curación, y dijo que en dos o tres semanas debía, si se le trataba como era debido, poder volver a sus ocupaciones. También era Burgess de opinión que la bala se debía sacar en seguida; a esto se opusieron los otros dos, y hasta la cura de la herida fué dejada para la siguiente mañana. También se negó Zumalacárregui a que le pusieran una venda o un bálsamo samaritano de vino y aceite, que decía era innecesario. Los tres dormían en el mismo cuarto, velando por turnos; por mi parte, no encontrándome bien, y además muy cansado, ordené al alcalde que me diera alojamiento, y a la mañana siguiente, temprano, volví al cuarto del General.

“A las seis Don Carlos visitó a Zumalacárregui, y ambos conversaron durante largo rato; había lágrimas en los ojos del Rey, y la entrevista fué muy tierna; Zumalacárregui estaba muy pálido y exhausto por haber dormido muy poco durante la noche. Leyó y firmó varios documentos. Entonces me dijo que deseaba que yo informara a Mr. Burgess que como su herida era de muy poca importancia, y que, además de su médico de cabecera, el Rey había mandado el suyo para atenderle, sería mejor que Burgess volviera a Puente Nuevo, donde sus servicios serían más útiles a los heridos. También me mandó que me uniera al Estado Mayor de Eraso, quien, *ad interim*, era Comandante en

jefe. Fué llevado en una litera a Segura, y de allí a Cegama, pasando a través de la villa de Ormaiztegui. Tres veces, durante un lapso de muchos años, había pasado por el lugar de su nacimiento, que había dejado a una edad muy temprana: una, durante la derrota del enemigo, el 3 de enero, cuando pasamos a toda velocidad en su persecución; otra, después de la derrota de Espartero, la rendición de Villafranca y la evacuación de Tolosa y Salvatierra, cuando avanzaba para tomar Vergara, y la tercera, echado en una litera a causa de una herida que fué mortal, cuando fué a dejar sus huesos a poca distancia del lugar de su nacimiento, que estaba oculto por una montaña que había sido teatro de uno de sus primeros triunfos.

"Murió, si recuerdo bien, once días después de haber recibido la herida. Deliraba entonces, y expiró de un modo que era característico de su vida. Parecía imaginarse, en su enajenación temporal, que iba a la cabeza de sus partidarios, en una acción desesperada, y exhaló su último suspiro llamando a los Oficiales por sus nombres y dando órdenes de cargar o retirarse a su batallón favorito, como si hubiera estado librando la última batalla que debía decidir la suerte de España, y en la que le hubiéramos visto caer con menos pena. Con él, no sólo los carlistas, sino España, perdió un hombre como el que no se había visto durante largos años y como el que deseo pueda ver pronto otro de nuevo.

"Cuando me separé de él en Durango, yo nunca esperé esto. Siempre le habíamos visto escapar tan providencialmente, y estaba tan unido a nuestra causa, que nunca soñamos que pudiera morir. Nos hubiera extrañado menos que un terremoto hubiera tragado a la mitad del ejército. Yo volví a Puente Nuevo; pero todas las operaciones languidecían visiblemente; Zumalacárregui había abierto brecha el segundo día. A pesar de que se trajeron nuevas piezas, esto nunca se consiguió después."

Las circunstancias de su muerte han dado lugar a muchas discusiones y conjeturas. Para evitar el apasionamiento o el prejuicio en escritores españoles, vamos a copiar lo que escribe un autor inglés muy bien documentado, el Comandante de artillería Duncan (*The English in Spain*) en un capítulo titulado "La muerte de Zumalacárregui":

“Antes de consagrarnos a estudiar la historia de la legión inglesa en España, aludiremos a un hecho que dió al General Córdoba grandes ventajas sobre sus predecesores en el mando de las tropas de la Reina, el acontecimiento importante y que puede difícilmente sobrestimarse de la muerte de Zumalacárregui, el General que había despertado entre sus hombres un respeto y veneración casi supersticiosos. El más grande de los caudillos carlistas nació en Ormaiztegui (Guipúzcoa) en diciembre de 1788. Ingresó en el Ejército español como cadete en el año 1808, y en el año 1820, siendo Capitán, fué denunciado por sus ideas absolutistas. En junio de 1831, cuando mandaba un regimiento, se le arrestó, acusándole de sospechoso al régimen, y se le permitió que fuese de cuartel a Pamplona. Después de la muerte de Fernando, en 1833, se adhirió abiertamente a los carlistas; y tal era su energía, que se afirmaba que aunque comenzó su campaña con 800 infantes, 14 soldados de caballería y un Oficial de artillería, al cabo de un año tenía en el campo carlista 35.000 soldados de las distintas armas. Era robusto y activo, de aspecto que imponía, más bien taciturno, y aunque cruel, casi nunca injusto.

“Se ha visto cuán inútiles fueron los esfuerzos de los Generales como Rodil, Mina y Valdés para contrarrestar la influencia de Zumalacárregui o para imitar su actividad en campaña, que era tan grande como su dominio de todos los detalles de aprovisionamiento y economía interior relacionados con sus tropas.

“Tenía, sin embargo, enemigos en su mismo campo, en la corte de Don Carlos, que tuvieron éxito en contrarrestar y contrariar sus planes. Sus victorias le dieron gran poder sobre el ejército y los campesinos, lo que despertó la envidia y las sospechas de los curas, los cortesanos y las mujeres a quienes Don Carlos prestaba oídos. Recibían fríamente sus frecuentes victorias, atribuyéndolas a la santidad de la causa y a la protección celestial. Su muerte se debe indirectamente a esta influencia hostil. Después de la toma de Vergara, los ejércitos de la Reina se hallaban en un estado de depresión que rayaba en el pánico; y Zumalacárregui vió que había llegado el momento de hacer un audaz movimiento hacia Vitoria y Burgos, que obligaría a los

cristinos a presentar batalla o abrirle las puertas de Madrid. El menor retraso sería fatal, pues daría tiempo a que llegasen las esperadas legiones extranjeras de Inglaterra, Francia y Portugal. El caudillo carlista y sus tropas, que estaban llenas de ardor y luchaban unidas con cordialidad y alegría, sin envidia ni murmuración, confiaban ciegamente en el éxito, y ya se hacían rápidamente los preparativos para esta ofensiva, cuando se le trajo a Zumalacárregui la noticia de que Don Carlos había decidido suspender el paso del Ebro hasta haber tomado la rica villa de Bilbao, una operación que esperaba llenase las arcas de la administración. Zumalacárregui invocó en vano el inmenso sacrificio de hombres y tiempo precioso que exigiría un tal cambio de plan. Los cortesanos y los curas habían persuadido a Don Carlos de lo contrario, y le habían animado con la esperanza del botín y de la fácil victoria. Se hizo el cambio de planes, y las tropas carlistas marcharon sobre Bilbao.

"Un testigo de vista describe el semblante de Zumalacárregui como nublado con tristes presentimientos cuando salió para el que había de ser su viaje de muerte.

"Los biógrafos acostumbra, con el acierto que da el conocimiento de hechos pasados, a ver presentimientos y tristes pronósticos que no hubieran sido apercibidos de no haber acontecido el hecho que los explicase. Pero aparte de la cuestión de presentimientos personales, aunque éstos se dan diariamente, había suficientes razones para que la naturaleza severa y dura del caudillo carlista se hallase deprimida. Su fe en el derecho divino de Don Carlos era completa; su adhesión leal hacia su persona era grande, y si en un corazón tan fiero y cruel como el suyo había lugar para una emoción suave, un afecto tierno como el de una mujer, éste era en Zumalacárregui para su Rey.

"Y ahora se le había demostrado prácticamente que aquel jefe prefería los consejos ajenos a los suyos; que sus servicios y sus victorias, sin los cuales aún estaría Don Carlos errando en algún país extranjero, habían sido olvidados, y que los hombres que ahora gozaban de esta confianza del caudillo que proporciona el poder, eran los que no habían ocultado los celos que les inspiraba el brillante soldado. Bien podía Zumalacárregui mostrarse sombrío; bien podía salir este grito de sus labios: "¿Cui

bono?" "*¿Para qué fin mi labor?*" y "*¿De qué sirve mi penoso trabajo?*" Desgraciadamente, Don Carlos era un hombre de talento y educación deficientes; no tenía conocimientos políticos, ni tacto en gobernar; era débil e irresoluto y fácil al halago de los que le rodeaban. Como era también un fanático religioso, se dejaba influir mucho por los curas de la corte. Las operaciones de sitio no habían avanzado mucho cuando los carlistas descubrieron que no tenían municiones suficientes y que los habitantes de Bilbao habían recibido una ayuda importante de dos buques de guerra ingleses que habían llegado, bajo el mando de lord John Hay. Se había decidido intentar el asalto de la plaza el 16 de junio; pero la víspera Zumalacárregui, que imprudentemente se había asomado a un balcón, a pesar de las advertencias de su Estado Mayor, fué herido. Lo llevaron por etapas a Cegama, que estaba a una distancia de unas 30 millas, y murió el 25 de junio.

"Esta narración de su herida y de su muerte parece sencilla y natural, y no despertaría ninguna sospecha en la mente del lector. Pero en el diario de un comisionado inglés, Wylde, que estaba en la corte de Don Carlos a raíz de un asunto que surgió como consecuencia del convenio de lord Elliot, hay un párrafo sorprendente. "Hay—dice—muy buenas razones para creer que Zumalacárregui fué envenenado y que no murió a consecuencia de su herida. Era odiado por los consejeros de Don Carlos; pero su pérdida será amargamente sentida." Hubo, evidentemente, más que sospechas acerca del asunto, o estas palabras no habrían sido escritas, y cuando se fija uno en las circunstancias de la muerte del General carlista, se ve que confirman dolorosamente la teoría de que se obró con perfidia.

"En primer lugar se puede preguntar: ¿por qué se llevó a un hombre herido 30 millas por las carreteras españolas, lejos del ejército que él había mandado con tal brillantez, el que se hubiese alegrado de festejar su curación o rendir todos los honores a su entierro? Pero cuando nos fijamos en nuevas circunstancias como las que se dan en el caso, cómo este valiente y casi invencible caudillo fué enterrado con precipitación y secretamente antes de transcurridas las veinticuatro horas de su muerte, y de noche, que hasta se había despedido la guardia, y sola-

mente habían quedado cuatro soldados rasos para depositar su cadáver en la tumba, y que no se solicitó ni se permitió un examen para confirmar la causa de su muerte, la persona menos sospechosa empezaría a dudar. Sus dudas le llevarían a investigaciones más profundas, y sabría que el doctor Burgess, el médico particular de Zumalacárregui, "se hubiese encargado al momento de este asunto, pero no se le permitió tenerlo bajo su dirección. La opinión general era que si el doctor Burgess hubiese extraído la bala inmediatamente, Zumalacárregui se hubiese salvado". Esto lo dice Bollaert. Aquel que sospechase se hubiese enterado también que los cirujanos españoles que extrajeron la bala, operación que se había retardado cruelmente, lo hicieron con tanta torpeza, que bajo su brutal tratamiento el paciente se desmayó. Entonces viene la frase que deja perplejo: "Para aliviar el dolor parece que le dieron una dosis excesiva de opio, y poco después de extraerle la bala murió delirando." Naturalmente que es muy posible confundirse sin obrar de mala fe; un cirujano poco afortunado no siempre es un asesino; pero uno tiene derecho a esperar que la narración del fracaso sea por lo menos verosímil. En el caso de Zumalacárregui no fué así. Cuando su propio médico, a quien no se le había permitido curarle, se enteró de su muerte, preguntó por la causa inmediata de este triste desenlace, y el cirujano le aseguró "que murió de fiebre, a la que no dieron importancia, tres horas después de haberle extraído la bala". Parece innecesario decir más; pero la misma autorizada persona continúa diciendo sin comentario: "El mencionado cirujano desertó de los carlistas poco tiempo después."

"Pudiera parecer—aunque no se debe dar demasiada importancia a las palabras de los moribundos—que el mismo Zumalacárregui sospechaba o temía un trato desleal. Entre sus últimas palabras, antes de su confesión final al sacerdote, se citan las siguientes: "¿Muere un hombre por una sola bala?" Las molestias causadas por la herida habían sido ligeras hasta tres días antes de morir; por lo tanto, su asombro fué extremo cuando se le anunció la inminencia del fatal resultado.

"Su cuñado, que le vió el día 22, escribía de él: "Tomás continúa bien; la fiebre ha cesado, la herida no está ya inflamada y uno de estos días le extraerán la bala."

"Si a estas circunstancias sospechosas se pudiera añadir algún motivo que indujera a cometer un crimen tan atroz, nos hallaríamos frente a un caso de evidencia circunstancial (término jurídico inglés). Pero hay también una dificultad: la muerte de Zumalacárregui sería tan claramente perjudicial a la causa de Don Carlos, que parece increíble que ningún leal carlista fuera causa deliberada de ella. Por otra parte, no debe olvidarse que el criminal nunca es perspicaz, y que los enemigos de Zumalacárregui eran muchos. *El éxito influye más para alejar a los amigos y crearse enemigos que la misma injuria directa.* La misma envidia que indujo a los cortesanos a apresurar el sitio de Bilbao se debió intensificar por el fracaso inminente de este sitio, lo cual hubiera constituido un triunfo para Zumalacárregui en un sentido, aunque una derrota en otro.

Se ha dicho más arriba que el misterio envolvió la muerte del General carlista. La escueta narración de los hechos lo confirma, aunque no consiga hacer responsable del crimen a ningún individuo.

"El motivo no fué el afán de apoderarse de la fortuna del muerto; esto es evidente, porque sus últimas palabras, al aconsejarle que hiciera el testamento, fueron: "Dejo mi mujer e hijas; esto es todo lo que tengo." Estas palabras, pronunciadas con estricta sinceridad por un hombre que tuvo oportunidades excepcionales para el saqueo, son prueba de una lealtad y desprendimiento que debe modificar los términos del epitafio al que por su crueldad se había hecho acreedor."

Hasta aquí el autor inglés.

He aquí cómo describe la muerte de Zumalacárregui un Coronel que fué testigo ocular:

"A las siete de la mañana, el General salió de la iglesia y se dirigió hacia el palacio de Begoña, donde le esperábamos X y yo.

"Las tropas se hallaban dispuestas a un nuevo asalto, a pesar del fracaso del día anterior, y el General esperaba terminar durante aquel día con la resistencia de los vizcaínos. Su catalejo, regalo de lord Elliot, enfilaba a la ciudad, y de este modo vigilaba los movimientos de las tropas enemigas y de vez en cuando daba órdenes a sus oficiales.

"De repente apareció en los puestos de vanguardia un Comandante inglés vestido de uniforme rojo.

"—¡Caray! Ese bellaco no tiene miedo. ¿Quién podría dar en tierra con él?

"—Yo—replicó un gran mozo, de bella constitución, como el Hércules de Farnesio, y que acababa de traer un oficio.

"Era un sencillo voluntario navarro.

"—Muy bien; coge el fusil y afina la puntería.

"El soldado se echó el fusil al hombro lentamente e hizo fuego. Se vió que el inglés se doblaba sobre sí mismo.

"—¡Bravo, chico!—gritó Zumalacárregui—. He aquí una onza de oro para ti; bien la mereces.

"Y dicho esto, el General se colocó en la ventana desde la cual acababa de disparar el navarro. Esto era una imprudencia, pues podía muy bien hacerse una descarga y poner en peligro la vida del General, que era preciosa para todos. Yo me atreví a hacer una observación tímida. El me miró con un aire enojado y no respondió palabra. Uno de los amigos del General insistió.

"—Está bien—contestó Zumalacárregui secamente—. Cállense ustedes.

"Y volvió a colocarse en el balcón.

"Pasaron unos minutos y el enemigo hizo fuego. Zumalacárregui cayó.

"—¡Ah, esa Junta de Vizcaya; ya decía yo que ella nos perdería.

"Estas fueron sus últimas palabras; aquel mismo día se le transportó a su alojamiento y Eraso fué nombrado General en jefe."

CAPITULO V

*González Moreno sustituye a Zumalacárregui.—Batalla de Mendigorria.
Eguía reemplaza a Moreno.—Batallas de Arlabán contra Córdoba.—
Muerte de Sagastibelza.—Mando de Villarreal.—Muerte de Iturralde.*

No se levantó el sitio de Bilbao por la muerte de Zumalacárregui, y las tropas sitiadoras quedaron bajo el mando interino de Eraso, aunque estuvo a punto de ser designado Marotó para sustituir al gran caudillo muerto.

Don Carlos, en la duda entre Eraso y Maroto, el primero Mariscal de campo y el segundo Teniente general, resolvió la dificultad nombrando a un tercero, al también Teniente general don Vicente González Moreno.

Las operaciones del sitio prosiguieron hasta el día 1 de julio, en que se retiró el ejército sitiador a causa de la pérdida de las alturas de Castrejana, por donde los Generales Latre y Espartero rompieron el cerco y establecieron contacto con la guarnición de Bilbao, abriendo también la comunicación con Portugalete. Se dice que este descalabro fué debido a la orden de Moreno de enviar once batallones de la línea sitiadora a atacar por retaguardia a las tropas de Espartero, lo que debilitó mucho al ejército carlista, haciéndole ceder ante la presión de las vanguardias liberales.

González Moreno era, como hemos dicho, Teniente general y había sido antes del levantamiento carlista Capitán general de Málaga, donde se dió a conocer por la represión del alzamiento acaudillado por Torrijos, a quien fusiló con bastantes

de sus compañeros. Nació en Cádiz el 9 de diciembre de 1778, e ingresó de cadete en la Academia de Ingenieros de Barcelona, donde estudió con gran brillantez. Luchó en la guerra de la Independencia, y hallándose de guarnición en Valencia se sumó a los partidarios del régimen absoluto contra el constitucional, actuando a las órdenes de Elío. Tomó parte en las luchas entre constitucionales y realistas, y a la muerte de Fernando VII se trasladó a Portugal, donde ofreció su espada a Don Carlos. Desde Portugal pasó a Francia, y en 1835, al igual que el Teniente general Eguía, pasó a las Vascongadas, alistándose en el ejército carlista. Salta a la vista que estos Tenientes generales no quisieron militar a las órdenes de Zumalacárregui, por ser de graduación muy superior a él, aunque de talento y condiciones muy inferiores, como nos enseña la Historia.

El Gobierno cristino puso al frente de sus tropas a don Luis Fernández de Córdoba, que había nacido en la ciudad de San Fernando, hijo de un ilustre marino. Ya le hemos visto actuar anteriormente contra Zumalacárregui, sin éxito ni gloria. Ahora le esperan uno y otra, y la batalla de Mendigorria, feliz para las tropas de la Reina, va a colmar sus ambiciones.

Como el nombramiento de Moreno no fué bien recibido en el campo carlista por el elemento guerrero del mismo, quiso el nuevo General en jefe conquistar laureles y triunfos que, de no haberse malogrado sus planes, lo hubieran colocado en situación privilegiada. Concentró todas las fuerzas disponibles, que ascenderían a unos 18.000 hombres, con el marcado propósito de derrotar en una batalla campal a los ejércitos de la Reina y de acelerar de este modo el triunfo definitivo de Don Carlos.

Seríamos injustos si dijéramos que el plan de Moreno estaba mal concebido. Situó sus fuerzas delante de Mendigorria, cara a Artajona y Larraga, dejando unos batallones en Obanos, al mando de Eraso; colocó la división alavesa, a las órdenes de Villarreal, al otro lado del puente que conduce de Mendigorria a Cirauqui, para defender el paso de aquél, si las cosas venían mal dadas.

La circunstancia de tener a su retaguardia un río de cierto caudal, con sólo un puente para cruzarlo, colocaba a las fuerzas de Moreno en situación peligrosa, y es increíble que

el nuevo General carlista arrostrase la grave responsabilidad que suponía el tener alojado a Don Carlos en Mendigorriá, durante la batalla. La línea carlista se extendía a lo largo de unos cerros, apoyada su derecha sobre el río, y la izquierda en unas colinas próximas al camino de Obanos. Córdoba, que llevaba a sus órdenes las divisiones de Espartero, Méndez Vigo (don Santiago), Gurrea y Méndez Vigo (don Froilán), más la división de caballería de López y algunas baterías de artillería, atacó con gran denuedo y conquistó rápidamente el cerro de la Corona, junto al río, y las alturas de la derecha, o sea de la izquierda carlista, y aunque en el centro encontró más resistencia, pudo vencerla, obligando a los batallones carlistas a retirarse con cierto desorden. Esto ocasionó un gravísimo peligro, pues los que se retiraban se aglomeraban en desorden en el puente para ponerse a salvo, cruzando el río, y a no ser porque el mismo Moreno, al frente de dos batallones, contuvo durante algún tiempo a las tropas fugitivas, hubiera caído prisionero el propio Don Carlos, con varios batallones. Villarreal, con su división alavesa, luchó admirablemente para defender el paso del puente y evitar que las tropas de Córdoba se apoderasen de él, y de este modo se evitó que la derrota se convirtiera en desastre.

Los carlistas se retiraron en dirección de Cirauqui, débilmente perseguidos por los cristinos, quienes no se comprende cómo no lanzaron su numerosa caballería en su persecución para hacer más definitivo su triunfo.

Moreno y Maroto no se llevaban bien; ambos eran Tenientes generales del Ejército y seguramente muy celosos de sus grados, categorías y entorchados. Es este defecto clásico y viejo de la administración española, y hay quien por defender su puesto en el escalafón es capaz de arruinar a la Patria.

En todo caso no deja de ser rara la coincidencia de que ninguno de los tres Tenientes generales del Ejército que se pasaron al campo de Don Carlos no se presentase en sus filas hasta después de la muerte del que empezó la campaña siendo Coronel y la terminó siendo Teniente general; pero un Coronel de muchas campanillas que todos los Tenientes generales juntos no pudieron jamás igualar. Aquél creó un maravilloso ejército lleno de brío y acometividad, y los orgullosos Tenientes gene-

rales lo único que hicieron fué: unos, pavonearse al frente del mismo, y otros, entregarlo traidoramente al enemigo.

Maroto quería el mando supremo; pero la camarilla venció y tuvo que conformarse con el puesto de Comandante general de Vizcaya. Seríamos injustos si dijéramos que carecía de condiciones. Durante su mando se volvió a bloquear Bilbao, aunque con escasa fuerza; pidió refuerzos a Moreno y esperaba apoderarse de la plaza, si hubieran puesto a su disposición ocho o diez batallones más; pero lo que hizo Moreno fué ordenarle que destacase uno de sus batallones vizcaínos para reforzar la línea de San Sebastián. Esto, que interpretó Maroto como un acto de mala voluntad de parte de Moreno, le produjo gran contrariedad e irritación.

Por aquellos días tuvo lugar la acción de Arrigorriaga, en la cual Maroto derrotó completamente a Espartero, quien tuvo que retirarse precipitadamente a Bilbao, no sin haber sufrido terribles cargas en el puente de Bolueta, en las afueras de la capital.

La columna de Espartero tuvo más de mil bajas y fué perseguida por los carlistas hasta las casas de Achuri.

Moreno pudo haber destrozado y copado a la columna del General Ezpeleta, que se vió en situación muy apurada en Medina de Pomar. Debió aquélla su salvación a la circunstancia de que Moreno recibió un parte urgente del jefe de su vanguardia Cuevillas, muy entrada la noche, el que dejó debajo de la almohada sin leerlo. Parece evidente que si hubiera enviado a Cuevillas los refuerzos que le pedía, la columna Ezpeleta hubiera sido totalmente copada o aniquilada en los campos de Medina de Pomar.

Este descuido de Moreno, esa calma e indiferencia que demostró en esta ocasión, aumentaron su desprestigio. Para rehabilitarse de sus fracasos anteriores, intentó tomar Vitoria, para lo cual concentró sus fuerzas sobre el río Zadorra, en las proximidades de Armiñón y Puebla de Arganzón; pero Córdoba, que se hallaba en Miranda, le obligó a retirarse, dejando el paso expedito para Vitoria.

Continuó la lucha entre Moreno y Maroto, aliándose el primero con poderosos elementos de la Corte para desprestigiar y anular al segundo, quien por fin tuvo que resignar el mando

de las fuerzas de Vizcaya, que pasó a manos de Sarasa, su segundo.

Al repasar las incidencias de esta lucha entre ambos Generales, y al leer los documentos que Maroto dirigió al Ministro de la Guerra de Don Carlos y los diálogos que sostuvo con su Rey, llama poderosamente la atención el hecho de que en aquella época, considerada como absolutista, y ante aquel Rey, reputado como la quintaesencia del absolutismo, los generales, aun los disidentes, gozaran de una mayor libertad de expresión, infinitamente mayor que la que se ha empleado en la época constitucional y liberal, y en todas las épocas y regímenes que ha vivido España desde entonces hasta hoy.

Hoy no se concibe que un Comandante general de una provincia dirija a su Ministro de la Guerra una comunicación como la que don Rafael Maroto le dirigió en 10 de septiembre de 1835, ni que hable con su Rey como habló este Teniente general días antes de resignar el mando. Maroto pidió permiso para pasar al extranjero, pero se le negó, por lo cual tuvo que resignarse a vivir como un particular en Tolosa, en expectativa de destino.

Visto el poco éxito de su actuación, Moreno, cuyo mando sólo acarreó derrotas, como la de Mendigorriá, y cuya desgraciada dirección exacerbó la funesta plaga de las maniobras e intrigas de la Corte, vióse obligado a dimitir. Su jefatura no reportó a la causa carlista ventaja alguna y fué calificada de estéril y perniciosa por los críticos militares.

Sucedióle don Nazario Eguía. Nació en Durango en 28 de julio de 1777. Empezó a estudiar la carrera eclesiástica, pero la abandonó muy joven para ingresar en una de las mejores academias militares del país. Tomó parte activa en todas las guerras habidas en la Península; pero donde se distinguió extraordinariamente fué en la dirección de la defensa de Cádiz, refugio de la *Junta Suprema* cuando Napoleón invadió toda España. Por el acierto y valor con que actuó en Cádiz fué declarado *benemérito de la Patria*, y al terminar la guerra de la Independencia fué ascendido a Mariscal de campo. Ejerció diversos e importantes mandos bajo Fernando VII, siendo el último el de Capitán general de Galicia, en el que se distinguió por su rigor contra los elementos liberales y revolucionarios.

Cuando María Cristina, activamente secundada por doña Carlota, empezó a intervenir en la cosa pública, Eguía fué destituido; pero en premio a sus méritos y para tenerlo propicio, se le concedió el título de Conde de Casa Eguía. Al morir Fernando VII hallábase en situación de cuartel, y aunque se acordó su deportación a un castillo, pudo emigrar a Francia, donde permaneció hasta después de la muerte de Zumalacárregui, acaso por no reconocer la jefatura de éste, que había servido a sus órdenes. Presentóse a Don Carlos en Estella en julio de 1836, y al poco tiempo fué nombrado Virrey de Navarra; pero la Junta de este antiguo reino protestó ante Don Carlos, diciendo que hallándose el Rey en su territorio, constituía un *contrafuero* el nombramiento de Virrey. Bajo su mando se atacó Guetaria, pequeño puerto guipuzcoano, patria del famoso navegante Sebastián Elcano, se tomó el pueblo y la guarnición se retiró al castillo, situado sobre un peñón, unido a tierra por una estrecha lengua, pero donde no pudo mantenerse por mucho tiempo, a pesar de los refuerzos que le fueron enviados por mar desde San Sebastián.

Córdoba, ufano y orgulloso por su triunfo de Mendigorriá, que le valió el marquesado, al frente de todas las fuerzas cristinas disponibles en el Norte de España, atacó las líneas de Arlabán, llevando a su derecha a la Legión Británica (formada por aventureros en su mayor parte, semejantes a los que ahora luchan en las filas rojas, y mandada por el Teniente general sir Lacy Evans), en el centro a la Legión Francesa—que acababa de llegar, al mando del General Bernelle—y a las columnas de los Generales Ribero y Cleonard, y a la izquierda a Espartero.

Las líneas se extendían por las proximidades de Villarreal de Alava, Guevara (cuyo castillo era la principal fortaleza carlista), Ulíbarri, Gamboa, etc., hasta Salvatierra. Córdoba tenía además a sus órdenes directas una división.

El encuentro no se decidió el primer día, y ésta es una de las pocas batallas de esta guerra, en campo abierto, que se prolongó bastante. Córdoba tuvo éxitos iniciales que causaron alguna zozobra y desaliento en el ánimo del pundonoroso Eguía; pero merced a la decisión del intrépido y magnífico General alavés don Bruno Villarreal, Eguía pudo rechazar al enemigo

en toda la línea. Alguien sostiene que el resultado fué dudoso. No caben dudas en la calificación de una batalla cuando el atacante, con fuerzas muy superiores al atacado, tiene que replegarse, acosado por éste, a su punto de partida. Córdoba se retiró, pisándole los talones el enemigo, a Vitoria, de donde había partido ufano y esperanzado, dispuesto a entrar en Guipúzcoa por el puerto de Arlabán.

Siguiendo Eguía su plan de ensanchar el territorio carlista y de dominar nuevas poblaciones, sin comprometer demasiado sus fuerzas, atacó y tomó Valmaseda, haciendo 400 prisioneros y apoderándose de importante botín; poco después Mercadillo, donde hizo 100 prisioneros. No tardó mucho en pasar a su dominio Plencia, con su ría y su puerto, de gran utilidad para futuros alijos de armas; en Plencia se le entregaron 800 prisioneros y, ¡caso extraordinario!, una compañía de milicianas urbanas; *la historia se repite*.

El 12 de abril de 1836 fué conquistada la plaza fuerte de Lequeitio con su poderoso castillo, situado en una isla, a pesar de hallarse defendidos pueblo y castillo por 800 soldados, que capitularon ante las fuerzas carlistas, que se hallaban dotadas ya para entonces de bastante artillería que organizó y adiestró Montenegro, destacado jefe que ocupó puestos muy importantes en el campo carlista.

Episodio saliente y muy doloroso del período cuya historia reseñamos fué la muerte prematura del valiente Sagastibelza, frente a San Sebastián. Sagastibelza, que en la época de Zumalacárregui mandaba en el bello y riquísimo valle del Baztán, donde formó y organizó algunos batallones navarros, sitiaba a San Sebastián y dominaba todas las alturas inmediatas a la antigua ciudad, cuyas casas se apretujaban a la sombra del monte Urgull. Lacy Evans le atacó con su Legión Británica y algunas tropas españolas el 5 de mayo de 1836. El jefe carlista, previendo una fuerte embestida, pidió refuerzos, que Eguía no le pudo enviar; a pesar de ello se aprestó con toda energía a sostener el choque. Los ingleses avanzaron con toda decisión y ya se creían victoriosos; pero Sagastibelza les hizo frente con gran coraje en Ayete; los británicos redoblaron sus esfuerzos y el heroico jefe carlista se replegó con todo orden al grupo de casas fortificadas de Lugariz, y allí los batallo-

nes 1.º y 5.º de Guipúzcoa, en una carga impetuosa a la bayoneta, hicieron correr a los ingleses, que dejaron más de cien muertos delante de sus posiciones.

Cuando Sagastibelza iba a cosechar un triunfo espléndido y corría hacia sus soldados para animarles a dar la última y arrolladora carga, una bala le atravesó la cabeza, matándole instantáneamente.

A pesar de su muerte, los batallones carlistas mandados por su segundo consolidaron su triunfo; pero los buques de guerra británicos de lord John Hay destruyeron con su artillería las casas de Lugariz y desembarcando dos nuevos regimientos los lanzaron a la pelea, y ante la superioridad enorme de las fuerzas británicas tuvieron que abandonar la línea y retirarse al fuerte de Oriamendi.

Casi simultáneamente con esta batalla de San Sebastián tuvo lugar la segunda de Arlabán, librada por Córdoba, quien se propuso llegar a todo trance a Oñate, corte de Don Carlos. En ésta, como en la anterior, tuvo Córdoba éxitos iniciales; pero la seguridad y firmeza con que Eguía defendió sus posiciones y el valor extraordinario con que Villarreal actuó de nuevo en esta ocasión desbarataron los planes del General en jefe cristino, quien se retiró otra vez mohino y cabizbajo a Vitoria, dejando un triste recuerdo de su retirada, pues durante ella sus desmoralizadas huestes saquearon e incendiaron Villarreal de Alava y otros pueblos limítrofes.

Lo incomprensible es cómo los carlistas no atacaron Vitoria decididamente, ni en esta ni en otras ocasiones aún más propicias que se les ofrecieron en la contienda que historiamos.

Para premiar a Eguía por sus triunfos de Plencia, Lequeitio, Valmaseda, etc., y su acertada dirección en las batallas de Arlabán, le nombró Don Carlos Caballero de la Gran Cruz de Carlos III por Real decreto del 28 de mayo, y a Villarreal, Iturralde y La Torre les concedió la Gran Cruz de Isabel la Católica, por su acertada y brillante cooperación.

El General Eguía, si no alcanzó gran celebridad por hechos extraordinarios durante su mando, tiene en su haber éxitos locales muy brillantes y entregó a su sucesor un ejército aumentado y bien organizado, pues sus tropas ascendían a 33.000 infantes, más de 1.000 caballos y bastante artillería. Procuró

atraer a la causa carlista a oficiales y soldados del campo cristino, para lo cual dictó bandos con promesas que cumplió fiel y lealmente; de este modo aumentó sus huestes con elementos muy eficaces.

Eguía se oponía al plan de las expediciones, muy en boga a la sazón entre los miembros más destacados del cuartel real, donde había demasiados estrategas que nada sabían de ciencia militar. Dándose cuenta de que el ambiente de la *camarilla* palaciega le era hostil, pidió permiso para cuidar de su salud y tomar las aguas de Cestona, forma suave de justificar su demanda de relevo.

Le substituyó en el mando su lugarteniente don Bruno Villarreal, quien nació en Larrea (Alava) en 1802 y tomó parte activa en las luchas realistas, abrazando después la carrera militar, en la que fué postergado por sus ideas antiliberales.

Villarreal se distinguió muchísimo durante el mando de Zumalacárregui y obtuvo por sus méritos relevantes rápidos ascensos. El fué quien salvó del desastre al ejército carlista en la batalla de Mendigorria, defendiendo valerosamente el único puente por donde se retiraron las tropas reales con Don Carlos y su General en jefe González Moreno. Villarreal fué el brazo derecho de Eguía durante las dos batallas de Arlabán, las que merced a su tesón y valentía fueron triunfos carlistas en lugar de ser, como la de Mendigorria, éxitos de Fernández de Córdoba. Era joven, valiente, sereno y prudente; de reputación hecha a puño y no usurpada, como la de muchos que se encaraman a los puestos de mando. Villarreal se negó con gran insistencia a aceptar un puesto de tanta responsabilidad, pues este alavés sencillo, austero y eficiente, incapaz de la intriga y de la adulación, se encontraba mejor mandando sus batallones en el combate que venciendo las tortuosas maniobras de palacios encumbrados.

Hallándose en la emigración, pobre y necesitado, la Diputación de Alava, cuya mayoría era entonces liberal, le ofreció una pensión como premio a su ejemplar comportamiento en la guerra, y hasta sus mayores enemigos en la lucha que acababa de terminar le rogaron que aceptase; pero él prefirió vivir en pobreza, y con digna altivez rechazó el ofrecimiento.

Villarreal era jefe interino y no fué confirmado definitiva-

mente en su alto puesto hasta que alcanzó un gran triunfo en los alrededores de Villasana contra la columna del Coronel Clavería, a la que dispersó completamente, haciéndole más de 300 prisioneros. Para premiarle por este triunfo se le nombró Teniente general; a don Pablo Sanz se le ascendió a Mariscal de campo, y a don Cástor Andéchaga a Brigadier (no se olvide que en aquella época el grado de Mariscal de campo correspondía al de General de división de ahora, mientras que hoy en Alemania, Francia, etc., el grado de Mariscal equivale al máximo de categoría de todo el Ejército).

Bajo el mando de Villarreal se inició la era de las expediciones, de que luego hablaremos.

Por estas fechas el ya General navarro don Francisco García alcanzó un triunfo de importancia sobre el General Bernelle, que mandaba la Legión Francesa, en las proximidades de Oteiza, pueblo navarro próximo a Estella, que saqueó el francés, cometiendo excesos repugnantes, quemando las mieses, etc., tras lo cual se retiró a Larraga.

Esto fué causa de que Villarreal dirigiera un escrito muy severo al General Córdoba, amenazándole con duras represalias si las tropas a sus órdenes persistían en sus criminales métodos, llevando la ruina y la desolación a los pobres campesinos, que no eran culpables de la guerra.

En la mayoría de las ocasiones los jefes carlistas dieron lecciones de humanitarismo y de respeto al derecho y a la justicia, aunque la prensa española (entendamos por tal tanto el periódico como el libro y el grabado), que era liberal en su casi totalidad, falseando los hechos, ha querido presentarles como feroces y sanguinarios, atribuyendo a las tropas liberales sentimientos angelicales.

Hora es de que se rectifique la falsa historia de las guerras civiles del siglo XIX, pues salvo contados autores liberales bien documentados, entre los que descuellan Buenaventura Córdoba y Pirala, la mayoría de los libros escritos, y sobre todo los relatos de prensa, sólo merecen el desprecio de quienes serena e imparcialmente tratan de enjuiciar aquel período de la vida azarosa de nuestra Patria.

Don Francisco Iturralde, aquel jefe valiente e impetuoso que tuvo celos de Zumalacárregui y que luego fué su mejor

auxiliar en los momentos duros y ásperos de la campaña de 1834, había desaparecido de la escena; su nombre no sonaba y ¡ojalá hubiera permanecido en silencio!

Iturralde, con poco más de 1.000 infantes y 500 caballos, se filtró entre las guarniciones liberales de la Ribera de Navarra y se apoderó de Carcar, donde se alojó. No tomó las debidas precauciones y los Generales cristinos León e Iribarren, que mandaban grandes masas de caballería, sorprendieron, dispersaron y destrozaron su columna, cogiendo prisionera a casi toda su infantería.

El Coronel carlista Letona murió al hacer una descubierta sobre Lodosa, y otro de los jefes de caballería, Sacanell, huyó a uña de caballo.

A consecuencia de este desastre, Iturralde fué sometido a proceso y confinado a Zalduendo, donde Zurbano, guerrillero liberal que luego adquirió nombradía, lo cogió prisionero, merced a una rápida marcha nocturna de caracteres novelescos. Lo llevó prisionero a Vitoria, donde murió durante su cautiverio. ¡Pobre don Francisco Iturralde, que hubiera preferido morir al frente de sus batallones en una de aquellas cargas decididas y corajudas que tanto le gustaban, en vez de ser hecho preso, jugando una partida de naipes, cuando rumiaba las tristezas de su procesamiento! Este General era navarro también, natural de Arróniz.

Córdoba, el romántico, el exaltado, el brillante y joven General cristino, mandaba las tropas liberales desde la muerte de Zumalacárregui, el que no había dejado en pie a ninguno de los contrincantes que le presentó el Gobierno de Madrid, ni siquiera al mismo Córdoba, quien mientras vivió don Tomás no pudo conquistar laureles ni alcanzar títulos honoríficos.

Ya hemos visto que bajo el mando de este General se dieron las dos batallas de Arlabán, con resultados negativos para el mismo; tras la segunda entregó provisionalmente el mando a Espartero y se fué a Madrid a conferenciar con las autoridades de la capital. Al regresar, después de larga permanencia en la corte, habiéndose extendido el rumor de que los carlistas preparaban expediciones hacia el centro de España, tomó medidas para evitar su salida del país vasconavarro, fortificando su derecha, o sea la llamada línea de Zubiri, sobre el Arga su-

perior, donde se hallaba la Legión Francesa; robusteció la línea del valle de Mena, o sea su ala izquierda, situando en ella las divisiones de Tello y de Espartero; colocó en Vitoria la Legión Portuguesa, al mando del Barón Das Antas, situándose el mismo General en jefe en la capital alavesa con otras fuerzas. Disponía además de las divisiones de la Ribera de Navarra.

A pesar de estas precauciones, Gómez consiguió burlar sus líneas y salir con su expedición. Tello y Albuin le pisaban los talones, pero el audaz General andaluz les derrotó completamente en Villasanta, a pesar de contar aquéllos con fuerzas superiores, y este fracaso decidió a Córdoba a dimitir. Aún permaneció algún tiempo al frente de las tropas, pero por fin pasó la frontera francesa por Valcarlos el 25 de agosto de 1836. Le obligó a abandonar el mando, en parte la ineficacia de sus esfuerzos, en parte la insubordinación que se iba produciendo en sus fuerzas, mal atendidas y peor pagadas, y en parte su repugnancia a jurar la Constitución de 1812, contra la que había luchado anteriormente. Bien es verdad que la juró después en el consulado de España en Bayona, pero decía que lo hizo como ciudadano español y leal a la Reina Isabel, pero no como jefe del ejército del Norte. ¿Disquisiciones políticofilosóficas? Quizá; pero en todo caso, son hechos reales.

Por esta época tuvo lugar la famosa y vergonzosa sublevación de La Granja, preparada y dirigida por tres sargentos, García, Gómez y Lucas, quienes obligaron a la Reina Gobernadora a jurar restablecer la Constitución de 1812, en contra de su Consejo de Ministros y de las altas jerarquías de la milicia, presentes en el Real Sitio de La Granja, donde a la sazón veraneaba la Corte.

Tuvo una parte muy activa, de intermediario, o de correvedile, entre los sargentos sublevados y la Reina Cristina, el Ministro de la Guerra don Santiago Méndez Vigo, quien gozaba de simpatía especial entre la soldadesca sublevada, y cuya conducta durante los sucesos fué vacilante y sospechosa. Los sargentos impusieron, tras la proclamación de la Constitución, la formación de un Ministerio a su gusto, presidido por Calatrava, y en el que sólo quedaron, del dimitido a la fuerza, Méndez Vigo y Barrio Ayuso, personas gratísimas a los revolucionarios. Estos pidieron las cabezas de Istúriz, ex Presidente del

Consejo, y de Quesada, Capitán general de Madrid. Aquél pudo salvarse ocultándose; pero Quesada trató de huir y fué descubierto en Hortaleza y bárbaramente asesinado por sus propios soldados.

Al ausentarse Córdoba, le substituyó interinamente el General Oráa, que tan activa y prolongada parte tomó al principio de la guerra civil, en la que se destacó como un buen jefe de columna, aunque nunca llegó a adquirir la celebridad de otros caudillos.

Este General, liberal cien por cien, nació en Beriain (Navarra) y recibió el apodo de *El Lobo Cano*, por sus marchas rápidas y arriesgadas y su movilidad extraordinaria.

El mando interino de Oráa duró poco tiempo, y durante el mismo obtuvo el triunfo de Arróniz y puso la planta, aunque en precario, en Montejurra. El 24 de septiembre de 1836 asumió el mando de las fuerzas del Norte don Baldomero Espartero, y dirigió una larga alocución, como era costumbre en todos los Generales en jefe que iban desfilando por aquel escenario, a sus tropas, que se hallaban decaídas y minadas por el desaliento.

CAPITULO VI

Segundo y tercer sitio de Bilbao.—Espartero rompe el cerco.—El Infante Don Sebastián.—Batalla de Oriamendi.—Expedición real.

A pesar del fracaso del primer sitio de Bilbao, que costó la vida al gran Zumalacárregui; a pesar de que muchos opinaban que lo más acertado era intentar la conquista de Vitoria y el paso del Ebro, tomando los puentes de Miranda y Puentelarrá, los personajes de la corte no desistían de su tenaz propósito de apoderarse de Bilbao, de cuya posesión esperaban no sólo grandes recursos económicos para continuar la guerra, sino hasta el reconocimiento de la beligerancia por parte de las grandes potencias del Norte, Rusia, Austria y Prusia, que les eran adictas.

Reunióse un Consejo extraordinario en Durango a mediados de octubre, al que acudieron Don Carlos, el Infante Don Sebastián, el Ministro Universal Erro y los Generales García Moreno, Conde de Casa Eguía, Uranga, Villarreal, Simón de la Torre y Montenegro.

Moreno presentó un voto particular, que demuestra sus conocimientos militares y es prueba de su brillante estilo. El Consejo acordó poner sitio a Bilbao, y en 15 de octubre se iniciaron los movimientos preliminares para cercar la capital vizcaína. A causa de las disensiones y discusiones suscitadas entre los jefes carlistas, no se llevaron las operaciones del sitio con la energía necesaria, y en primero de noviembre se suspendió el cerco, pero sin renunciar a él. A los pocos días Eguía fué nombrado jefe de

las fuerzas sitiadoras, continuando Villarreal con el cargo de General en jefe de las fuerzas carlistas del Norte de España. Eguía inició las operaciones con gran decisión y energía y vió coronados sus esfuerzos con la conquista de los fuertes de Banderas, de Capuchinos y San Mamés. A los pocos días caían Burceña y Desierto, y después de una enconada y sostenida lucha se apoderó del convento fortificado de San Agustín, situado en el campo Volantín, a pesar de que los buques de guerra ingleses y las tropas de desembarco de los mismos coadyuvaron con gran decisión a su defensa.

Los liberales tenían colocados grandes cartelones en el convento de San Agustín que decían: "Batería de la muerte" y "Tránsito de la muerte". Los carlistas sufrieron pérdidas considerables al atacarlo, pero triunfaron en el empeño; no así en el convento fortificado de la Concepción, que nunca pasó a sus manos.

El cerco se fué estrechando más y más y la situación de los defensores de la plaza se hacía angustiosa. Espartero, con las divisiones que llevaba consigo, intentó romper el círculo de hierro de los carlistas por el puente de Castrejana, y a pesar de las numerosas fuerzas con que atacó fué completamente rechazado, y esto le llenó el alma de tristes presagios y le hizo temer el desastre final y definitivo.

Durante lo más recio del sitio llegó el General Gómez, de regreso de su famosa expedición, lleno de gloria por lo extraordinario y maravilloso de su marcha a través de casi toda España; pero trayendo consigo un ejército medio desnudo, medio desmoralizado, que sólo podía proporcionar al Cuartel General carlista nuevas preocupaciones.

Es verdad que parte de los batallones que volvían de la expedición fueron llevados a la pelea; pero no eran aquellos batallones bien nutridos y equipados que salieron hacía unos meses de Orduña, sino unidades de pocas plazas, cansadas y fatigadas de tanto caminar, con gloria, pero sin provecho.

¿Por qué se abarcaba tanto durante el año 1837 con peligro de apretar tan poco? ¿Por qué, en lugar de las expediciones de Basilio García, de Batanero, de Sanz, de Andéchaga, de Guergué, de Miguel Gómez, de Zariatogui y de la Real, no se preparó una sola expedición con 20.000 hombres sacados del Norte y

otros 20.000 de Cataluña y el Maestrazgo, llevando consigo armas suficientes para equipar a los miles de voluntarios que se les hubieran unido a su paso (pues el país sentía muchas más simpatías por la causa carlista que por la de la Reina) y con un ejército de 50.000 hombres no atacaron Madrid con seguridad de éxito? Visto desde esta distancia todo aquello, creemos que los carlistas tuvieron el triunfo al alcance de la mano y no supieron cosecharlo, por faltarles un genio guerrero como el de Zumalacárregui, cuya muerte no significó para Don Carlos y su séquito lo que realmente fué. Creyeron que se le podía sustituir fácilmente, y en la historia hay hombres, aunque poquísimos, que no tienen sustituto, y don Tomás Zumalacárregui fué uno de ellos.

La plaza de Bilbao ya no podía resistir mucho tiempo, y Espartero intentó libertarla llevando sus fuerzas al lado derecho de la ría, a cuyo fin le ayudaron muy eficazmente los buques de guerra ingleses, franceses y españoles. Como don Baldomero se hallaba enfermo, se puso al frente de las fuerzas atacantes el General Oráa, y después de diversas tentativas infructuosas, suspendió el ataque, para reanudarlo al día siguiente. El creía que con soldados batidos y extenuados era temerario intentar nuevos esfuerzos, y, según cuenta Pirala, mandó tocar *alto* al corneta, pero éste se equivocó y lanzó el sonido de *ataque*. Al oírlo Oráa se puso furioso; pero vió con sorpresa que los desfallecidos y desalentados poco antes se reanimaban y daban gritos entusiastas y que los carlistas abandonaban sus atrincheramientos y empezaban a ceder. Al frente de éstos se hallaba en aquel punto de la línea un sudamericano, el Coronel Noboa, quien no estuvo a la altura de las circunstancias. Cuando vió que cedía su vanguardia y que los liberales se apoderaban del puente de Luchana, envió refuerzos y pidió nuevos batallones; pero ya era tarde, y aunque lucharon bravamente algunas de las fuerzas castellanas que volvieron con Gómez, Espartero, que acudió al lugar de la batalla de noche, enfermo y con mucha calentura, supo enardecer a sus soldados y sembrar el pánico entre las tropas carlistas, que se retiraron, dejándole libre el camino del fuerte de Banderas, llave de Bilbao.

Esto ocurría en la Nochebuena del año 1836, y este triunfo

proporcionó a Espartero el título de Conde de Luchana y una inmensa popularidad.

Cuando se examinan los detalles de estas operaciones se ve claro que el éxito de Oráa y Espartero en Luchana y Banderas, muy ensalzado y novelado por nuestros escritores, fué debido al descuido, al abandono punible de las fuerzas allí destacadas, al mando de Noboa. Si en aquella noche fría y tormentosa del 24 de diciembre hubieran contado los carlistas en las posiciones de Luchana tan sólo con un par de batallones bien mandados, por jefes acreditados por su valor y energía, jamás Espartero hubiera ostentado el título de Conde de Luchana ni hubiera liberado Bilbao.

En esta guerra, como en todas las guerras, circunstancias insignificantes traen a veces consecuencias de enorme trascendencia.

Los liberales no supieron aprovecharse de su triunfo ni se dieron cuenta de él, y por ello los carlistas pudieron retirarse de sus posiciones frente a Bilbao con toda su impedimenta, sin ser molestados por sus enemigos.

Así terminó el tercero y último sitio de Bilbao.

La moral carlista descendió notablemente con este fracaso. Villarreal dimitió y fué nombrado General en jefe de todas las tropas del Norte el Infante Don Sebastián Gabriel de Borbón y Braganza, nacido en Brasil el 11 de febrero de 1811.

Don Sebastián juró a favor de Isabel II, a pesar de las súplicas y amonestaciones de su madre, la Princesa de Beira, que más tarde casó en segundas nupcias con Don Carlos; pero este Infante, en quien no era característica muy saliente la firmeza de convicciones, a los dos años de guerra civil se arrepintió sin duda de su adhesión a la Reina constitucional y se presentó en el Cuartel General de Don Carlos. Era persona culta, amante del estudio y de trato agradable: más tarde había de proporcionar nuevos disgustos a su augusta madre, abandonando la causa legitimista.

Nombró a Villarreal su primer ayudante y a González Moreno jefe de su Estado Mayor, y secretario militar de campaña a don Joaquín Elío.

Los dos hechos más salientes ocurridos durante el mando del Infante Don Sebastián fueron la batalla de Oriamendi y la ex-

pedición real. La primera, tan popularizada por el himno de su nombre, fué consecuencia de los ataques que desencadenó Lacy Evans contra las alturas de Ametzagaña, entre San Sebastián y Astigarraga, de las que se apoderó con cierta facilidad, por haberse desconcertado el Brigadier Iturbe; pero no le fué tan fácil apoderarse de la altura de Antondegui, que pasó siete veces consecutivas a poder de unos y otros adversarios: ¡tal era la furia con que luchaban!

Como Evans mandaba muchas fuerzas, tanto inglesas como españolas, los carlistas, temerosos de ser arrollados en su línea sobre San Sebastián, pidieron ayuda al Infante. Este, que se encontraba a más de 100 kilómetros de aquel frente, en las cercanías de Puente la Reina, se dirigió a marchas forzadas a Hernani, a pesar de que algunos jefes opinaban que debiera ir al encuentro de Espartero, que desde Bilbao se movía hacia San Sebastián.

Evans, queriendo aprovechar los éxitos parciales de los días anteriores, atacó el 15 de marzo con redoblada decisión; llevaba a su derecha al famoso Jáuregui (*Archaya, El Pastor*) más un batallón con abundante artillería, al mando del Almirante John Hay, e iban a la izquierda las columnas del Brigadier Rendon y las de Chichester y Fitzgerald. *El Pastor* tomó a la bayoneta, con dos regimientos ingleses y uno español, las alturas de Oriamendi, y poco después el fuerte del mismo nombre. Estas victorias hicieron, como era natural, concebir grandes esperanzas a Evans y llenaron de tristes presagios el ánimo de los carlistas. En la mañana del 16 continuaron los éxitos de Evans, viéndose obligados los carlistas a refugiarse en Hernani y en el fuerte de Santa Bárbara; cuando más comprometida se veía su situación, cuando Evans tenía al alcance de la mano la victoria final, vió avanzar por la carretera de Tolosa a Hernani grandes refuerzos al mando del joven y animoso Infante. Sus batallones se desplegaron inmediatamente, a pesar de la fatiga ocasionada por marchas asombrosas en medio de un horrible temporal. Iturriza y Sopelana mandaban la derecha; Iturriaga y Quílez (el bravo Brigadier rival de Cabrera, que había de encontrar después la muerte en los campos de Villar de los Navarros), la izquierda, y Villarreal, el centro. Se cuenta que al recibir éste la orden de tomar una altura casi inaccesible, defendida por gran

número de fuerzas, se dirigió a sus soldados llevando un palo en la mano y les dijo: "*A morir vamos. ¡Arriba!*" Y en una carga impresionante conquistó la posición, a pesar del fuego intensísimo de fusilería y artillería. Las tropas liberales no querían soltar de ninguna manera sus atrincheramientos de Oriamendi; pero los batallones quipuzcoanos, a los gritos de "*¡Aurrerá mutillac!*" (adelante, muchachos) y vivas a Carlos V, se lanzaron con gran coraje sobre la altura que se había de hacer célebre y desalojaron de ella a los soldados de Evans a bayonetazos.

Los liberales iniciaron la retirada y fueron perseguidos por Sopelana e Iturriza, y en esta persecución fueron acuchillados centenares de ingleses, contra los cuales se desencadenaron las iras carlistas.

Se dice que el himno de Oriamendi lo tenían preparado los Generales de la Reina para celebrar la victoria desde hacía tiempo planeada y que los carlistas se adueñaron de la composición musical adoptándola por himno suyo. Cierto o no lo que antecede, no existe versión verídica y exacta sobre el origen de este himno que tantas veces hemos escuchado con emoción intensa.

Para despistar al enemigo, pocas semanas después de la batalla de Oriamendi, varios batallones carlistas se trasladaron a Hernani, como si fueran a atacar la línea de San Sebastián, lo que obligó a Espartero a llevar sus fuerzas por mar a este puerto. Permanecieron en Hernani breves días, y sigilosamente partieron el 11 de mayo, a las once de la noche, por Tolosa, Lecumberri e Irurzun, camino de Estella, de donde iba a salir la expedición real. El 15 de mayo de 1837 salió de Estella el Rey, con su acompañamiento, que era excesivamente numeroso, dadas las circunstancias; el 17 pasó la expedición el Arga por el valle de Echauri. Aunque en un principio se acordó que la formaran veinte batallones con 1.200 caballos y ocho piezas de artillería, se creyó más oportuno dejar estas últimas en Estella, para hacer la marcha menos embarazosa.

No acudieron a la cita cuatro batallones guipuzcoanos, no se sabe por qué causa, y sólo emprendieron la marcha 17 batallones, con mil caballos y 300 artilleros, sin piezas. En el país vasco-navarro quedaron 30 batallones, 200 caballos y 50 piezas

de artillería al mando de Uranga, quien nombró jefe de Estado Mayor a Guergué.

En Ciriza (Navarra), tuvo que abandonar su puesto Elío, secretario del Infante Don Sebastián, forzado a dimitir por la camarilla dominante. Iba al frente de la expedición el Infante Don Sebastián, con Moreno como jefe de su Estado Mayor. Sospelana, Sanz y Pérez Vacas mandaban tres divisiones; la caballería, el Conde del Prado, según unos, y Quílez, según otros historiadores, y la artillería, don José Gil de la Torre; el batallón de granaderos lo mandaba Kraywinkel, y la pequeña legión extranjera, el francés Sabatier. Villarreal iba de ayudante de Don Sebastián y Simón de la Torre mandaba el escuadrón de oficiales de la escolta.

Después de la brillante jornada de Huesca, en la que las tropas carlistas derrotaron completamente al General Iribarren—quien, además de perder al jefe de su caballería, don Diego León, murió de resultas de las heridas en el hospital de Almudévar—, la expedición se detuvo dos días en dicha capital, descanso que ha dado lugar a severas críticas, pues lo lógico parecía aprovecharse de la derrota del enemigo y perseguirlo sin darle tregua ni tiempo de reponerse.

El 27, a las cinco de la mañana, salió la expedición de Huesca, y después de una marcha extremadamente dura y fatigosa, llegó a Barbastro.

En Barbastro se presentó al Cuartel Real don Bartolomé Porrredón (*el Ros de Eroles*), Brigadier que mandaba una división catalana, compuesta tan sólo de 2.000 hombres, mal equipados y poco disciplinados.

En este punto se perdieron cuatro días en discutir planes, con lo que dieron lugar a que Oráa se preparase para librar batalla con sus 24 batallones, 2.000 caballos y la artillería, que los carlistas no llevaban.

A pesar de que esta fuerza era superior a la carlista, Oráa fué completamente derrotado, y el Brigadier Conrad, que mandaba la legión extranjera, muerto.

El combate de Barbastro sirvió para demostrar que las fuerzas carlistas maniobraban con toda perfección y sabían luchar con heroísmo insuperable; allí también se encontraron frente a frente, en choques sangrientos, los soldados extranjeros que

luchaban en ambos bandos, aunque hay que advertir que en el carlista su número era insignificante.

Parecía lógico que después de los dos grandes triunfos de Huesca y Barbastro se hubiera dirigido Don Carlos al Ebro, para cruzarlo, unirse con Cabrera y tomar Madrid; pero en lugar de esta marcha, que prometía éxitos seguros, la expedición continuó desfilando, como en procesión, por las rutas difíciles de Cataluña, y perdiendo un tiempo precioso que en la guerra es difícil de recuperar.

Saliendo de Barbastro, se cruzó el Cinca sin los debidos preparativos y precauciones, pues sólo se dispuso de dos grandes barcas y de un cable. Moreno dió órdenes precisas para el paso del grueso de las fuerzas por el citado río, pero sus órdenes no fueron cumplidas y se perdió un día, pérdida que les fué fatal, pues cuando embarcaba la división de Castilla que mandaba Pérez de Vacas, se presentó el enemigo de improviso y cogió prisioneras a cuatro compañías del 4.º batallón de Castilla, arrojándose el resto de dicha unidad al agua y pereciendo casi todos.

Parece que los habitantes de aquellas tierras inhospitalarias ocultaban los víveres y negaban toda clase de auxilios a la expedición, pues según cuenta el Príncipe Lichnowsky, que iba en ella, en una casa donde dijeron que carecían de todo, encontraron, bien ocultos, cien panes y varias aves.

Después de atravesar el Noguera Ribagorzana y el Noguera Pallaresa, cruzando pueblos donde escaseaban los víveres y el agua, la expedición llegó a Agramunt y Grá. Las tropas, hambrientas, cansadas y casi descalzas, no estaban en disposición de realizar grandes hazañas, y cuando les presentó batalla el Barón de Meer, no respondieron como en Huesca y Barbastro y fueron derrotadas. Contribuyó a la derrota el repliegue en desorden de los batallones catalanes, mandados por *Ros de Eroles*, que ocupaban el ala derecha, y que fueron envueltos por la caballería de Oráa. El batallón de granaderos y dos alaveses que llevó Villarreal al combate, al ver el peligro, realizaron verdaderas proezas en este encuentro y evitaron que la derrota se convirtiera en desastre. Se ha censurado mucho al Barón de Meer por no haber perseguido a las vencidas huestes carlistas.

Al día siguiente la expedición llegó a Biosca, donde se le unió

Royo, a la sazón Comandante General de Cataluña, con cuatro batallones y un escuadrón, más disciplinados y mejor armados y uniformados que los de *Ros de Eroles*. Aquí llegaron también dos ayudantes de campo de Cabrera, Arnáu y Cala de Valcárcel.

El 14 se entró en Solsona, donde Don Carlos fué recibido por los Obispos de Solsona y Lérida, el clero y una población entusiasta, con colgadas y delirantes aclamaciones.

Probablemente Don Carlos marchó a Cataluña esperando encontrar allí grandes fuerzas armadas, pues le dijeron que Royo contaba con 23 batallones, pero algunos sólo eran de 200 plazas y ninguno poseía la instrucción y disciplina de los que iban en la expedición. De Solsona salieron con misiones reservadas el Marqués de Villafranca, para Viena; el de Monasterio, para Turín, y el Conde de Orgaz, para San Petersburgo, como representantes de Don Carlos cerca de aquellas Cortes, que le eran adictas. Hay quien asegura que estos nombramientos se hicieron para alejarlos del lado de su Rey.

En Cataluña había grandes disensiones entre los jefes carlistas y gozaba de poca simpatía Royo. La mayoría de aquéllos eran designados por sus apodos: así, *el Ros de Eroles*, *Pep del Oli*, *Llar de Copons*, *Muchacho*, *Mosén Benet* (que era el célebre Tristany). Se cuenta de éste que cuando veía que todo el acompañamiento real pagaba en dinero lo que recibía, quedó altamente sorprendido, y dijo: "Pues yo me hago entregar lo que hay de mejor y les pago con un adiós, simplemente."

Desde Solsona, la expedición, por medio de marchas y contramarchas, y sin nuevos combates, se dirigió al Ebro para cruzarlo por Cherta, donde le esperaba el famoso Cabrera, cuya estrella se iba acercando al cenit de su gloria.

Nogueras, el cruel asesino de su madre, acampaba con su columna en las proximidades de Mora, y Borso di Carminati, que mandaba la Legión Portuguesa, se movía entre Cherta y Tortosa; imposible cruzar el Ebro sin tener a raya a estas dos columnas, lo que efectuó maravillosamente Cabrera, ordenando al bravo Pertegaz que hiciera frente a Nogueras y batiendo él a Borso y obligándole a recular, a la vez que las barcas empezaban a cruzar el río con todo el grueso de la expedición real.

Cabrera tomó asiento en la misma barca de Carlos V, quien le colmó de atenciones. Entre todos los guerrilleros españoles

que se lanzaron a la guerra sin la menor noción militar, es Cabrera el único que llegó a ser un gran capitán, y a dominar completamente en varias provincias, y a crear una administración: en una palabra, un Estado dentro del Estado.

Con Cabrera se hallaba Forcadell, su mejor lugarteniente; cubría su cabeza Cabrera con boina blanca y Forcadell con boina verde.

Guiada por Cabrera, y llevando al frente su división, la expedición real continuó por Uldecona y el camino de la costa hasta las proximidades de Castellón, donde hubo un intento de ataque a la capital, pero sin empeño ni fuerzas decisivas. La columna hizo alto en Villarreal, donde encontró buen alojamiento y abundante alimentación. De allí siguió hasta las afueras de Valencia, instalándose Su Majestad Carlos V en Burjasot. No se explica bien por qué no atacaron los expedicionarios a Valencia, que se hallaba poco guarnecida y donde contaban con muchos adictos. De Burjasot se movieron a Chiva, donde fueron sorprendidos por el enemigo, que les causó bastantes bajas, retirándose hacia las montañas con cierto desorden. Esta sorpresa de Chiva, inexplicable bajo todos conceptos, perjudicó la moral de los voluntarios; desde allí se dirigieron a tierras de Teruel, alojándose en Mosqueruela, la Iglesuela del Cid, Cantavieja, Zorita, Mirambel, Fortanete, etc. Aquí se enteraron de que Espartero se encontraba en Daroca, y Oráa, en Castellón de la Plana.

En Mirambel se presentó al Cuartel General el Capitán Henningsen, que se retiró del frente Norte a la muerte de Zumalacárregui y escribió en Londres una obra muy interesante que tuvimos el honor de traducir.

El príncipe Lichnowsky tuvo una larga conversación en el Pobo con Cabrera, quien se dolió amargamente de la conducta de algunas personas de la corte de Don Carlos, que no cesaban de intrigar contra él, según cuenta en su interesante obra. Cabrera le dijo: "Yo sé muy bien que le dicen al Rey que yo no soy bastante piadoso; puede que así sea, pues yo no soy un santo; sin embargo, hago milagros."

Aquí tenemos expresada la lucha que minó a la comunión carlista en la primera guerra civil, y siempre después, la de los píos apostólicos y la de los guerreros: muchas veces los píos

dirigían la guerra, y así vino el desastre, por no seguir aquel dicho tan conocido de *zapatero a tus zapatos*.

Pernoctando en Camarillas, el Pobo, Alloza, Ejulve, etc., y separándose Cabrera de la expedición en Oliete, después de una larga conferencia con el Infante Don Sebastián y Moreno, llegaron a Villar de los Navarros, seguidos por las fuerzas de Oráa y de Buerens, y teniendo a Espartero en Calatayud.

Buerens se alojó en Herrera y los carlistas en Villar de los Navarros; el peligro para ellos era inminente, si dejaban reunirse a las dos columnas Oráa y Buerens, que les seguían los pasos. Se imponía batir a Buerens, para lo cual los batallones carlistas se situaron en las alturas que dominan Villar de los Navarros, en dirección a Herrera. Buerens llevaba 6.000 infantes, 1.800 caballos y seis piezas de artillería. A las pocas horas de iniciarse el combate, casi había desaparecido la columna de Buerens; ¡tal fué el desastre para las tropas de la Reina! La batalla la decidió la caballería carlista, mandada por Quílez, el magnífico Brigadier rival de Cabrera, que luchó en el Maestrazgo con gran brillantez y pasó luego al Norte. Tanto Quílez como el Coronel *Manolín* perdieron la vida en este victorioso encuentro. Buerens se salvó, seguido de tan sólo 20 de su escolta. Se hicieron 5.000 prisioneros, entre ellos el General Solano y 300 Oficiales.

Villar de los Navarros hizo olvidar las derrotas de Gra y Chiva y las tropas volvieron a sentirse invadidas por el entusiasmo. Hubo pánico en Madrid.

Como de costumbre, el mando carlista no se aprovechó de esta gran victoria; se perdieron ocho días en Herrera, en lugar de perseguir y derrotar a Oráa, que se hallaba aislado. Y eliminado Oráa, sólo les quedaba enfrente Espartero, al cual hubieran podido batir fácilmente con un ejército electrizado por la victoria.

En aquel momento, Cabrera tenía a raya a Borso, y Zaratigui con Elío se acercaba a Madrid por Segovia y Navacerrada, llegando hasta las Rozas. Parecía que el triunfo se hallaba al alcance de la mano, y sin embargo la ineptitud del mando o algo más misterioso que jamás se aclaró, hizo que se malograsen las esperanzas más fundadas. Esto ocurría en 24 de agosto de 1837.

Seguida de cerca por Espartero, la expedición iba aproxi-

mándose a Madrid; cerca de Tarancón se les volvió a reunir Cabrera con sus lugartenientes Forcadell, Llangostera y Tallada, al mando de 12 batallones y 800 caballos. Los pueblos mostraban gran entusiasmo por Don Carlos y gritaban “¡Viva el Rey liberador!”, confiados en que pronto se restablecería la paz, pues no concebían que estando Carlos V tan cerca de Madrid no se hiciese dueño de la capital. En todos los pueblos que cruzaron las fuerzas los habitantes las acogían con vítores entusiasmados, y así se llegó hasta Arganda. He aquí cómo describe estos acontecimientos el antes citado Príncipe prusiano:

“En cada casa había preparado un festín; en la que me alojé a mí rivalizaban cuatro muchachas a quién nos servía mejor; no sé cuál de las cuatro era más bella.

”Se cruzó el Tajo por Fuentidueñas merced a un puente construido por el Coronel prusiano Rahden con los troncos que bajaban por el río de los pinares de Cuenca. Tan pronto se atravesó el río, se presentaron las avanzadas de Espartero.

”A las once hizo su entrada en Arganda el Rey, más bien transportado en volandas por el pueblo que montado sobre su caballo, a los pies del cual se arrojaban los habitantes, cubriendo de besos las manos y pies del Rey y derramando lágrimas de gozo. Las plazas y las calles se hallaban tan invadidas, que se hacía muy difícil abrirse paso. La división de Cabrera avanzó sin obstáculo y se apoderó de Vallecas, a una legua de Madrid; dos horas después el Infante Don Sebastián montó a caballo y seguido de un escuadrón se lanzó a galope hacia la capital. Nos reunimos a Cabrera en Vallecas y subimos a brida suelta a una pequeña colina; entonces vimos a nuestros pies a aquel Madrid orgulloso que se hallaba triste y silencioso...

”La división de Forcadell ocupó las alturas que forman como un anfiteatro alrededor de la capital y la dominan. Algunos escuadrones de Cabrera avanzaron por la calzada como hasta mil metros de la puerta de Atocha y se apoderaron del portazgo o cadena del Buen Retiro... De repente, las terrazas de Madrid se llenaron, no de soldados, sino de pacíficos habitantes que nos miraban con sus gemelos...

”Salieron seis escuadrones de la guardia real y se colocaron entre nosotros y la ciudad. Nos contemplamos tranquilamente durante un cuarto de hora unos y otros, hasta que un

escuadrón de los granaderos de la Reina avanzó por el camino real. Un escuadrón del Turia (de los de Cabrera) que se hallaba cerca del portazgo avanzó hacia los granaderos, a los que arrolló con la violencia del choque, cogiendo prisioneros al Coronel, un oficial y 16 soldados; el resto huyó.

"Nosotros llegamos hasta cincuenta pasos de los muros, sin que el enemigo se atreviese a atacarnos."

Hasta aquí el citado Príncipe prusiano.

Por algo que nunca se ha explicado, las fuerzas carlistas permanecieron inactivas a las puertas de Madrid; Cabrera parecía un león en pleno furor; pedía al Infante Don Sebastián, jefe de la expedición, que ordenase el asalto, sin dar cuenta al Rey hasta que estuviese tomada la ciudad. Se envió uno y otro ayuda de campo a la residencia real para obtener el consentimiento del Rey, y por fin llegó la gran decepción, con la orden de retirarse todos a Arganda. ¿Qué misterio cubre todos estos inexplicables episodios? Se ha escrito mucho sobre ello, sin haberse hecho luz alguna.

En la antecámara se discutía si el Rey iría a caballo o en coche, con este o el otro uniforme; se hablaba de las condecoraciones que iba a conceder, de los embajadores que iba a nombrar; Corpas, gran intrigante y hábil diplomático, preparó una lista de doce personas que debían ser condecoradas con el Toisón de Oro. Nadie concebía que no se entrase en Madrid, cuando a las doce de la mañana se tocó a generala, y las tropas iniciaron la marcha, no hacia Madrid, sino hacia Guadalajara. Parece ser que Moreno, jefe de Estado Mayor del Infante, y Arias Teijeiro se opusieron a la entrada, alegando que antes era preciso batir a Espartero.

Desde Arganda la expedición real se retiró hasta las puertas de Guadalajara, y allí otra vez se discutió sobre si se entraría o no en dicha capital. A pesar de que Moreno, jefe del Estado Mayor de la expedición, no era partidario de atacarla, los lugartenientes de Cabrera, Forcadell y Llangostera, penetraron en la misma durante la noche, y tan pronto se hizo de día, Cabrera, con su capa blanca, se asomaba al balcón del Ayuntamiento. Las bandas de música de los batallones despertaron a los habitantes, llenos de asombro y temerosos de demostrar su entusiasmo, no fueran a sufrir la suerte de los des-

graciados de Arganda, que expiaron cruelmente sus fervores por la causa carlista.

Al poco tiempo se vió llegar a las avanzadas de Espartero y se dió orden de retirarse a Aranzueque, donde sufrieron un revés, y entre dudas y vacilaciones sobre si se atacaría o no a Espartero pasaron las horas, y se acordó por fin continuar la retirada, decisión ésta que hizo que Cabrera se separase de la expedición real y atravesase el Tajo, para retirarse al Maestrazgo. Desde este momento la expedición real, escasa de fuerzas, con la moral quebrantada, excesivamente recargada de cortejo real (aristócratas, prelados, damas, arrivistas, trepadores, etcétera), que constituía un lastre demasiado pesado para una guerra de montaña y de movimientos rápidos, anduvo errante entre la Alcarria y los pinares de Soria, siempre temerosa de librar batalla al enemigo, sujeta a grandes privaciones y carcomida por las divisiones intestinas.

Nadie se explicaba la retirada ante Madrid, donde pudo haber entrado Don Carlos con facilidad; se cree que llegó hasta las tapias del Retiro con la promesa de que entraría en palacio de buen grado, y muchos historiadores insinúan que fué llamado por Cristina, que se hallaba alarmada por el cariz que presentaba su porvenir y el de su hija Isabel, ante sublevaciones como la de los sargentos Lucas y García en La Granja, que imponían su voluntad a la Reina y a sus ministros, hasta el extremo de que los embajadores extranjeros preguntaban si había que entenderse con ellos o con el Gobierno. ¿Qué pasó después? ¿A qué se debió el cambio observado en Madrid y aquella inexplicable, absurda y desmoralizadora retirada de Don Carlos? ¡Misterios de la política! ¿Existía el plan de casar al primogénito de Don Carlos con Isabel II, solución propugnada por Balmes?

El distinguido diplomático don Ginés Vidal Saura, en su obra titulada *La política exterior de España durante la menor edad de Isabel II*, dice que Thiers, primer Ministro de Luis Felipe, Rey de Francia a la sazón, al parecer sin conocimiento de su Soberano, entregó al Embajador de Austria en París, exigiéndole el más riguroso secreto sobre el caso, un papel escrito de su puño y letra, que encerraba una proposición bajo las siguientes bases: 1.º Abdicación de Don Carlos en favor de su

primogénito. 2.º Matrimonio de éste con Isabel II, pero siendo Rey y no sólo marido de la Reina. 3.º Promulgación del Estatuto Real o cualquier otra constitución que librase al régimen del sello de absolutismo. 4.º Regencia de la Reina Cristina.

Thiers hacía todo esto para obtener la conformidad de Austria a la boda de la Archiduquesa Teresa, hija del heredero de aquel trono imperial con el Duque de Orleans, hijo de Luis Felipe; pero como estas negociaciones fracasaron, arrastraron en su fracaso a las relativas a España. ¡La sombra de Felipe Igualdad se interponía entre los Austrias y los Orleans!

Sigamos la ruta de la expedición real. Esta se unió en Aranda de Duero a la división de Zaratiegui, fuerte de unos seis mil hombres, perfectamente equipados y uniformados, merced a los depósitos de que se apoderó en Valladolid y Segovia.

Como hemos dicho antes, Zaratiegui atravesó la Sierra de Guadarrama por Navacerrada, ocupó El Escorial y Torrelodones y llegó hasta Las Rozas; sus enemigos le acusaban de no haber permanecido allí hasta que la expedición real hubo llegado a Arganda, para de este modo combinar los movimientos de ambas columnas, pero él alegaba en defensa propia que jamás le llegaron instrucciones y órdenes en este sentido, a pesar de haberlas solicitado repetidamente, razón por la cual tuvo que obrar con su propio criterio, en la forma más conveniente a los intereses de su ejército.

En verdad que nadie se explica esta falta de coordinación de esfuerzos, ni cómo, habiendo llegado Zaratiegui a Las Rozas, no se combinó su llegada con la de las fuerzas de la expedición real para atacar Madrid simultáneamente. Todo es misterioso e inexplicable y no cabe atribuirlo más que a una total ineptitud del mando, lo que no es admisible, o a otras causas que permanecerán en el mundo del secreto.

Desde la desbandada, cerca de Aranzueque, no tuvieron día tranquilo Don Carlos y sus tropas hasta que pisaron tierra vascongada. En franca huída, se retiraron camino de Brihuega y desde allí cruzaron por Alcolea del Pinar el camino real de Madrid a Zaragoza, tomando rumbo hacia Atienza, siempre perseguidos por la fuerte columna de Espartero. Atravesaron el Duero el 26, por San Esteban de Gormaz, pernoctando Don Carlos en Berzosa y el Infante Don Sebastián en Burgo de Osma;

el 27 llegaron a Peñaranda (no el de Bracamonte), y el 28 se unió a ellos la columna de Zaratiegui en Aranda de Duero. Este había fortificado el paso del río por dicha ciudad, para tener siempre dispuesta la retirada de la expedición real, y aconsejó que la columna del Infante atacara por determinado sitio, a orillas del río, para caer él de improviso sobre la división Lorenzo, la que, de haberse seguido este plan, hubiera quedado aniquilada.

Las tropas carlistas se hallaban fatigadas y en deplorabilísimo estado; pero por fin pudieron gozar de un descanso de tres días en Covarrubias, donde se les unieron los Generales Sanz y Zabala, que quedaron despistados y separados del grueso de la columna tras la sorpresa de Aranzueque, llevando consigo unos mil hombres.

Les seguía de cerca el General Lorenzo, y se trabó batalla con él en Retuerta, donde los voluntarios carlistas lucharon con gran bravura, a pesar de las penalidades sin cuento que venían padeciendo desde la salida de Arganda. Si Espartero no hubiese llegado en socorro de Lorenzo, la columna de éste hubiera quedado aniquilada; pero aquél le envió el refuerzo de la división de la Guardia Real, mandada por Ribero, lo que obligó a Moreno a ordenar una retirada, que se verificó con el mayor orden.

Las fuerzas expedicionarias merodearon algún tiempo por los límites de las provincias de Burgos y Soria, al abrigo de los pinares de la sierra, y por fin tomaron el acuerdo, el día 10 de octubre, de dividirse en dos grupos, por consejo de Zaratiegui y Elío; uno mandado personalmente por el Rey, con Moreno como su jefe de Estado Mayor, y el otro al mando del Infante Don Sebastián, con los Generales Villarreal, Zaratiegui, Sanz, etc., a sus órdenes.

Don Carlos anduvo errante por Quintanar de la Sierra, Cobalera, Hontoria, etc., hasta que se decidió a atravesar La Brújula, cerca de Monasterio, pernoctando en Fresno de Rodilla, siempre en plena alarma y zozobra, temiendo lo peor y confiando únicamente en la rapidez de movimientos en zigzag, para esquivar el encuentro con el adversario.

Por fin, cruzando Los Barrios, pudo atravesar el Ebro (cuyos pasos principales tenían dominados los liberales) por Con-

dado, en el pintoresco valle de Valdivielso. Sopelana ocupó el boquete de Hocimos, por donde pasaron a Gayangos, por delante de Villarcayo. Allí pernoctaron el 24 de octubre, y por Gayangos, Villasante, Bercedo, etc., llegó por fin la expedición real a Arciniega, donde pudieron dormir tranquilos y descansar, pues allí no llegaban las columnas liberales.

Don Sebastián, con la columna de Zaratiegui, se dirigió por Salas de los Infantes, Villafranca de Montes de Oca, Belorado, Cuzcurrita, etc., a Casalarreina, por cuyas proximidades cruzó el Ebro, para refugiarse en Peñacerrada, fortaleza que fué conquistada por Uranga hacía poco tiempo.

Este fué el fin lastimoso y triste de una expedición que partió de Estella, henchida de entusiasmo y pletórica de ilusiones, hacía aproximadamente seis meses, que tuvo ocasiones y momentos en los que el triunfo final se le venía a las manos, y que terminó triste y sombríamente sin aportar otro fruto que divisiones, rencillas, envidias y una siembra de bajas pasiones que iban a granar y madurar en los fusilamientos trágicos de Estella y en el traidor abrazo de Vergara.

CAPITULO VII

Otras expediciones.—La de Miguel Gómez.—La de Zaratiegui.—La de Guergué.—La del Conde de Negri.—Las de don Basilio.—Las de Sanz, Andéchaga, etc.

MIGUEL Gómez fué uno de los más brillantes subordinados de Zumalacárregui. Natural de Torredonjimeno, provincia de Jaén, unía al valor y al talento esa agilidad mental que dan las tierras soleadas de Andalucía.

Nació en 1796, y casi niño luchó contra las tropas de Napoleón. En 1820 combatió contra los constitucionales hasta la llegada del Duque de Angulema a España, obteniendo el grado de comandante. Sirvió después en el mismo regimiento que Zumalacárregui y a las órdenes de éste, y al estallar el movimiento carlista se alistó de los primeros en las filas de Don Carlos y formó parte de aquella pléyade de oficiales jóvenes, cultos y valientes de que se rodeó el inmortal guipuzcoano, quien, así como Napoleón, sabía escoger de entre la masa los futuros mariscales de sus ejércitos.

Salió Gómez de Orduña el 26 de junio de 1836, al frente de unos 4.000 hombres, muy bien equipados y armados. Se dice que esta expedición se efectuó obedeciendo indicaciones de Austria, Prusia, Rusia y Cerdeña, potencias que apoyaban a Don Carlos.

La primera columna liberal que se le opuso fué la del General Tello, fácilmente derrotada en el valle de Mena.

El 8 de julio se apoderó de Oviedo, derrotando a Pardiñas

en el puente de Soto, a cuatro kilómetros de la capital, y a pesar de que el Gobierno mandó en su persecución al General Espartero, desde allí pasó a Galicia, apoderándose de Santiago a mediados de julio. Seguiale de cerca Espartero, quien esperaba alcanzarle antes de repasar el Miño; pero fué burlado por la extraordinaria habilidad de Gómez, quien regresó con un gran botín a Asturias, de donde penetró en Castilla a mediados de agosto, dirigiéndose luego hacia Aragón. Esto causó gran alarma en Madrid, donde el Ministro de la Guerra, Rodil, adoptó muchas precauciones.

Gómez encontró en su ruta a la columna de López, fuerte de 1.200 hombres, que se dirigía a reforzar la capital y a la que destruyó, haciendo prisionero a su jefe.

Atravesando Cuenca llegó hasta Utiel, donde se le unió Cabrera, que entonces no había adquirido aún el rango y brillo que le tenía reservado la historia, pero que ya era, sin embargo, el jefe más importante de Aragón y Valencia. Cabrera acompañó a Gómez durante largo tiempo y actuó como subordinado suyo; pero se separó de él en Cáceres, seguido de Miralles y otros jefes; de allí pasó, atravesando ambas Castillas, a Rincón de Soto (Logroño), lugar en el que sufrió un grave descalabro, como explicamos en otro capítulo.

Caminaba por tierras de Cuenca y la Mancha Gómez, e iba en su persecución el General Alaix. En 16 de septiembre penetró aquél en Albacete, y desde allí se dirigió de nuevo a Castilla, pasando por Roda; pero en Villarrobledo fué alcanzada su retaguardia por la caballería de Alaix, la que obtuvo un triunfo sin importancia, que fué celebrado por los periódicos de Madrid como una colosal victoria. Desde allí se dirigió decididamente a Andalucía, atravesando la Sierra de Segura y llegando a la provincia de Jaén, sin encontrar obstáculo alguno en su camino.

El 27 de septiembre cruzó el Guadalquivir por Andújar, y en 1.º de octubre se apoderó de Córdoba, dejando muy atrás, a siete jornadas de distancia, a las columnas que le perseguían. El botín que recogió Córdoba fué inmenso y la alarma que la conquista de la antigua corte de los califas produjo en la España liberal fué extraordinaria: la prensa de Madrid alzó la voz y agudizó la crítica. Se pedían medidas heroicas contra Gómez, y entonces el Gobierno decidió enviar en su perse-

cución a Rodil en persona, por el Norte; a Alaix, por el Este, y a Escalante, por el Sur, ordenando al Capitán General de Andalucía que se situase entre Sevilla y Córdoba.

Gómez tuvo que escoger su víctima y la elección recayó en Escalante, que fué completamente derrotado. Tras este triunfo, Gómez volvió a Córdoba perseguido por Alaix, y desde allí se dirigió al Norte con la esperanza de atravesar el Tajo, a pesar de que Rodil trataba de impedirselo. En su marcha se apoderó de Almadén y de sus famosas minas de mercurio. Por medio de movimientos rapidísimos se despegó de Rodil, que le seguía de cerca, cruzó el Guadiana el 26 de octubre y se alojó en Guadalupe. Las columnas de Rodil, de Alaix y de Narváez, que sumaban un total de unos 20.000 hombres, tenían casi cercado a Gómez, que sólo llevaba consigo unos 5.000 soldados. Entre las tres le cerraron el paso del Tajo, y ya le creían presa segura, cuando el joven y desconcertante caudillo carlista supo escurrirse y burlar a las tres. Gómez se hallaba encerrado entre el Tajo por el norte, Portugal por el oeste y el Guadiana por el sur, quedándole libre solamente el este, o sea, el camino de Madrid, que era peligroso, y entonces adoptó un plan que nadie sospechaba.

Se dirigió de nuevo al sur a toda marcha, y cruzando rápidamente el Guadiana y el Guadalquivir, llegó el 13 de noviembre a Ecija, con una ventaja de cuatro días de marcha sobre Rodil, quien cedió el mando de su columna a Ribero.

Parecía como si la locura se hubiera apoderado de Gómez; pero no era un loco, sino un hombre genial. Desde Ecija se dirigió a Algeciras, perseguido por Ribero, Alaix y Narváez, que llegaron tras él hasta el mar. Entonces, por un golpe de audacia y estrategia admirable, consiguió evadirse de Ribero y romper la línea de Narváez con bastantes bajas, pero dejando atrás a sus tres perseguidores y quedándole libre completamente el camino del Norte.

Desde Andalucía marchó sin oposición seria hasta el Ebro, que cruzó cerca de Oña, desde donde se dirigió al Cuartel General de Don Carlos.

Llegó Gómez al Norte justamente cuando se libraban las batallas más fuertes del tercer sitio de Bilbao, y a pesar de sus triunfos maravillosos, fué procesado por razones que la histo-

ria no aclara demasiado. Después de esta famosa marcha, tan celebrada en todo el mundo, el nombre de Gómez apenas figuró en los anales de la guerra carlista.

Las ventajas positivas de esta memorable expedición fueron pocas. Verdad es que Gómez distrajo de otros frentes fuerzas numerosas; pero ni consiguió levantar en armas nuevas provincias ni llevar al Norte masas de nuevos voluntarios que pudieran reforzar las unidades de Don Carlos.

La expedición de Zaratiegui siguió en importancia a la de Gómez. Nació don Antonio Zaratiegui y Celigueta en 1804 en la pequeña ciudad de Olite, antigua Corte de los Reyes de Navarra, de cuna humilde. Dotado de marcado talento natural, dedicó su primera actividad a varios menesteres, por no contar con medios para seguir una carrera; y se dice que fué empleado de un escribano y también que ejerció el comercio en Caparros. De ser esto cierto actuaría como joven dependiente, o en alguno de los períodos en que fué separado del servicio activo, pues en 1822 le vemos alistarse como voluntario en la división realista de Navarra. Terminada la lucha contra los constitucionales, pasó a Madrid con don Santos Ladrón, quedando definitivamente incorporado al Ejército, donde alcanzó el grado de Capitán.

Presentóse en noviembre de 1833 en Los Arcos a Iturralde, y al poco tiempo se puso a las órdenes de Zumalacárregui, de quien fué secretario y ayudante, y compañero fiel e inseparable.

Zaratiegui se distinguió extraordinariamente en las filas carlistas, y ya en octubre de 1835, siendo ayudante general de Estado Mayor de González Moreno, alcanzó el grado de Brigadier. Bajo Eguía fué nombrado jefe de Estado Mayor de la división de Castilla, y al poco tiempo segundo comandante general de Navarra.

Como segundo de Zaratiegui iba en la expedición que vamos a reseñar don Joaquín Elío, de ilustre y noble familia navarra, nacido en Pamplona el año 1807, sobrino del Capitán General de Valencia, don Francisco Javier Elío, asesinado por los constitucionales por haberse distinguido en la defensa del trono contra la revolución.

El joven Elío fué oficial de la Guardia Real, y desde el primer momento puso su espada al servicio de Don Carlos y de

la legitimidad. Formó también parte, como Zaratiegui, Vargas y otros, de aquella selección de brillantes oficiales y jefes de que se rodeó el gran Zumalacárregui, y a sus órdenes adquirió rápidos ascensos, merced a su talento, a su lealtad y a su valor bien demostrado. Un defecto sombreaba las virtudes sobresalientes del joven e ilustre Elío: su clásica apatía, que algunos calificarán de elegante serenidad.

La expedición de Zaratiegui se puso en marcha el 19 de julio de 1837, cuando la real se hallaba en los dominios de Cabre-ra. Sus fuerzas se componían del 1.º y 7.º batallón de Navarra, el 4.º y 7.º de Guipúzcoa, el 5.º de Castilla, uno de Valencia y una pequeña fuerza de Aragón, más tres escuadrones de caballería y un cuadro de unos cincuenta oficiales, destinados a mandar los voluntarios que se les sumasen en la ruta.

Partió de Galbarin y pernoctó en Salinillas de Buradón, a orillas del Ebro. Para el paso de éste, el General Uranga, jefe a la sazón del ejército del Norte, encargó a don Gil de Moraza, como práctico en el terreno, que construyese un puente desarmable, pero éste sufrió una lamentable equivocación, y al ir a colocarlo sobre el cauce se vió que le faltaban varios metros para llegar a la otra orilla, torpeza inexplicable que puso en peligro a Zaratiegui, pues el General Das-Antas, con ocho batallones y tres escuadrones, trató de impedirle el paso del río. Esto dió lugar a la acción de Zambrana, en la que Zaratiegui conquistó los primeros laureles, derrotando al General portugués y obligándole a retirarse precipitadamente hasta Armiñón.

Ya tenía el camino libre; pero con el fin de depositar en sitio seguro los ciento cincuenta heridos de esta acción, y los setecientos fusiles de que se apoderó, regresó hasta Moraza, donde entregó los heridos y fusiles a Uranga, regresando inmediatamente al Ebro, que atravesó por el vado de Ircio, cerca de Casalarreina, a las tres de la madrugada del 24, pernoctando aquella noche la expedición en Leiva y Tomantos. Por Belorado se dirigió hacia Pradoluengo, adonde había llegado dos días antes, para ponerse a sus órdenes, el Brigadier Goiri con dos batallones de Vizcaya, los cuadros de dos castellanos y un escuadrón cántabro. Contando ya con unos 5.000 hombres, se dirigió al sur, perseguido por las columnas de Méndez Vigo y Escalera; pasó la expedición por Covarrubias, Retuerta, Roa y Pe-

ñañel, y llegó, sin grandes obstáculos, hasta las puertas de Segovia, que atacó y conquistó, a pesar de hallarse defendida por un batallón de nacionales, doscientos cincuenta soldados de línea, las compañías de cadetes del colegio militar y siete piezas de artillería. Los sitiados se refugiaron en el Alcázer, que también se rindió al General vencedor.

En Segovia, los soldados carlistas cometieron algunos excesos, que los Generales Zaratiegui y Elío fueron los primeros en condenar.

Desde Segovia continuó Zaratiegui camino de Madrid, atravesando el Puerto de Navacerrada y llegando hasta Las Rozas, de donde se retiró, ante la proximidad de fuertes columnas liberales, a Torrelodones, donde pernoctó.

Repasó la Sierra por el Alto del León, y en Villacastín copó la pequeña columna del Coronel Aguirre, compuesta de dos compañías de infantería, un escuadrón y algunos milicianos. Desde Villacastín volvió a Segovia, donde descansaron los expedicionarios. Allí se formó un nuevo batallón de voluntarios. No se explica bien esta retirada tan fulminante de Zaratiegui, ni menos aún que desde Segovia marchase rápidamente hasta Salas de los Infantes, población donde había un fuerte, que se rindió a los carlistas, los cuales, después de demolerle, se trasladaron a Silos.

Sostuvo Zaratiegui un encuentro en Nebrada con las columnas de Méndez Vigo y Puig-Samper, en el que los voluntarios de Don Carlos mantuvieron firmes su terreno contra las tropas de la Reina, que fueron batidas.

Méndez Vigo acabó de desacreditarse en este encuentro y cesó en el mando, trasladándose a Madrid, donde solicitó se le formase consejo de guerra. Pocos días después alcanzó nuevos triunfos Zaratiegui, apoderándose de Burgo de Osma, Lerma y Aranda.

Aunque estos triunfos eran grandes, le esperaban aún otros mucho mayores. Zaratiegui había organizado durante su expedición cuatro nuevos batallones castellanos. Desde Aranda, al frente de nueve batallones y varios escuadrones, se dirigió rápidamente hacia Valladolid, dejando a Goiri en Lerma con el cuarteto de Vizcaya y los nuevos batallones castellanos, que practica-

ban la instrucción. También dejó en Roa al batallón segoviano.

Ante la aproximación de Zaratiegui, el General Espinosa, Gobernador Militar de Valladolid, se sintió *prudente* y emprendió la huida en dirección a Toro. Parte de la guarnición se refugió en el fuerte. Al encuentro de Zaratiegui salieron representantes del Ayuntamiento a rendirle pleitesía. Su entrada en la vieja capital castellana se hizo en medio de vítores y aclamaciones. Zaratiegui dió orden de que no entrasen sus fuerzas en la ciudad hasta tomar las medidas precisas de seguridad y policía. Hecho esto, sus soldados desfilaron por delante del Ayuntamiento, donde se hallaban Zaratiegui y las autoridades, con gran brillantez y bizarría.

El fuerte capituló a los pocos días. El comportamiento de los carlistas en Valladolid fué irreprochable; formóse allí un nuevo batallón, fuerte de doscientas plazas.

El 23 de septiembre recibió un pliego de Don Carlos ordenándole se moviera hacia Almazán para proteger la retirada de la expedición real.

Como el General Espinosa se hallaba con sus fuerzas en Toro y Zaratiegui tenía que retirar de Valladolid cantidad enorme de armas, víveres y otros efectos, lo que requería tranquilidad y sosiego, con el fin de desconcertar y despistar al enemigo, dispuso que el Brigadier Iturbe se moviese con su fuerza y toda la caballería hacia Tordesillas, previendo que ante esta marcha el *prudente* jefe liberal se retirase más lejos, como efectivamente ocurrió. Entonces Zaratiegui, con el grueso de sus fuerzas, se retiró a Tudela de Duero, y por Peñafiel a Roa y Aranda, no sin dar órdenes a Iturbe de que se retirase inmediatamente de Tordesillas y se uniese al grueso de la columna.

Al relatar el itinerario de la expedición real, damos cuenta del encuentro de aquélla con las fuerzas de Zaratiegui y de la marcha de ambas camino del Norte.

Aunque parezca increíble, se procesó a Zaratiegui y Elío a causa de su conducta durante la expedición. Es interesante leer la defensa que de ambos hicieron el Coronel Madrazo y el Brigadier Vargas. Este último fué condenado por su defensa a seis meses de prisión en Elorrio y tres más de confinamiento en Mondragón. Igual tiempo estuvo preso en el castillo de Guevara Madrazo.

La defensa de Vargas, especialmente, fué valiente, noble y sincera; pero estas virtudes tienen pocos partidarios. En ella hubo alusiones a García Moreno que sentarían mal al viejo General; a Arias Teijeiro, que se presentó en las filas carlistas casi a los dos años de empezar la guerra, a quien se referían estas palabras: "Y se parece a aquellos que habiendo permanecido en el servicio del Gobierno cristino hasta que éste le quitó su destino, su empleo, sus grados y sueldos, y sin motivo alguno que le hubiese impedido presentarse en las filas de la lealtad, viene ahora, reclama un fusil, pero obtiene un puesto distinguido y empieza a juzgar y criticar las opiniones de los que, como mi defendido, se presentaron cuando aquél se hallaba en el bando contrario disfrutando de las comodidades de su empleo."

Del diplomático y distinguido intrigante don Cecilio Corpas, dijo también cosas muy sabrosas; pero para entonces Corpas puso de por medio la frontera, al ver que Don Carlos no entraba en Madrid, donde esperaba una embajada o un marquesado. ¡Qué triste es pensar que los intrigantes y a veces los agentes provocadores gozan de más favor e influencia de los reyes y de los poderosos que los puros y leales!

Copiaremos también otro párrafo de la defensa, que arroja mucha luz sobre las disensiones que minaban el campo carlista. Dice así: "Pero con el tiempo, los hechos, la verdad y la justicia aparecen siempre, y por más que los enemigos del General Zumalacárregui, aun después de haber bajado aquel héroe al sepulcro, quieren perseguirle en las personas que merecieron su confianza, nuestra constancia y resignación, así como nuestros procedimientos, les harán conocer que la fortaleza de aquel célebre guerrero en las glorias que alcanzó defendiendo la santa causa de su amado Rey, la conservamos nosotros para sufrir las repetidas persecuciones que aquella predilección nos ha ocasionado."

Como de la expedición de Guergué realizada a Cataluña en agosto de 1835 hablamos en el capítulo IX de esta obra, y dicha expedición está tan íntimamente relacionada con la guerra en el Principado catalán, omitimos el tratar aquí de ella.

Otra de las expediciones, la más desgraciada de ellas, fué la del Conde de Negrí, quien partió de Orduña el 14 de marzo

de 1838 con nueve batallones y doscientos caballos y regresó casi solo, después de perder sus hombres de hambre y de miseria, a causa de su desacertada dirección.

Para que se vea el estilo rimbombante y desproporcionado que empleaban los Ministros de Don Carlos en aquel período, en especial Arias Teijeiro, he aquí el principio de las comunicaciones que el citado personaje envió a las cortes extranjeras para comunicarles el paso del Ebro por el Conde de Negrí: "Dios ha concedido una nueva prueba de su divina protección a nuestro bien amado Monarca, y nuestra gloriosa Generala la Virgen de los Dolores ha permitido que nuestro Mariscal de Campo, Chambelán del Rey, Conde de Negrí, pasase hoy el Ebro."

El Marqués de Labrador, ilustre diplomático y adicto a la causa de Don Carlos, comentaba este despacho diciendo: "Yo deseo que los chambelanes, capellanes y abogados se limiten a ejercer las funciones propias de su cargo y que no se otorgue el Ministerio de la Guerra a abogados ni el mando del ejército a chambelanes de Palacio."

La expedición pernoctó no lejos de Orduña, en varios pueblecillos de la altiplanicie de Castilla, y siguió el día 15 por Quincoces, llegando el 16 a Soncillo; cruzó el Ebro por el puente de la La Aldea, continuando su marcha por los Carabeos hasta las cercanías de Potes. Tuvo un encuentro en Berdejo, cerca de Pesaguero, el día 21, consiguiendo derrotar a la columna de Latre, quien resultó herido, lo que le obligó a resignar el mando en Iriarte. El frío y la nieve causaron más víctimas en las filas carlistas que el combate de Berdejo, que duró más de ocho horas; muchos heridos perecieron a causa de las privaciones.

Espartero se resolvió por fin a perseguir a Negrí y le iba a los alcances, y en vista de ello el carlista contramarchó, regresando por el mismo camino con un ejército hambriento, aspeado y con la moral minada por las privaciones y por la inclemencia del tiempo, hacia Camasobres y Cillamayor, donde dejaron los heridos, pues también para ellos regían las estipulaciones del tratado de lord Elliot. De Cillamayor pasó la expedición a Urbel del Castillo; luego a Fresno de Rodilla, donde pernoctaron, teniendo la suerte de apresar cerca de la Brújula

un convoy con arroz, bacalao y tabaco, que iba destinado al ejército liberal del Norte.

El 27 salió de Fresno de Rodilla y fué a pernoctar a Belorado, desde donde se dirigió a Ezcaray, pueblo rico donde existían fábricas de tejidos, que les eran de gran necesidad a los voluntarios carlistas. Desde Ezcaray, atravesando con nieve al cuello por precipicios imponentes el casi impracticable puerto de la Demanda, se internó Negrí en la sierra, en cuyo pueblo de Quintanar pudo descansar un par de días.

Desde Quintanar, por San Lorenzo, El Burgo de Osma, San Esteban de Gormaz, llegó a Riaza, donde pernoctó el día 4 de abril, presentándose el día 6 ante Segovia, que se le rindió sin lucha, acaso escarmentada de lo ocurrido cuando la conquistaron a viva fuerza las tropas de Zaratiegui.

En Segovia permaneció hasta el día 10, en que se vió obligado a evacuarla por la aproximación de fuerzas superiores, emprendiendo la marcha hacia el Norte por Nava de la Asunción, Olmedo, Boecillo, cercanías de Valladolid, Dueñas y Extramuros de Palencia, llegando a Sahagún el 14. Tuvo un encuentro en Mayorga que fué desgraciado para la columna expedicionaria, a pesar de los actos de valor personal que realizó el Conde, luchando al frente de un escuadrón y de su plana mayor.

Después se dirigió por Fresno del Río, la Villa y Villa Fría hacia Potes, alojando sus tropas en esta población y en las aldeas del valle de Liébana, donde trató de reorganizar sus fuerzas; pero por un descuido imperdonable de uno de sus lugartenientes dejó sin defensa uno de los pasos que conducen hacia el valle donde intentaba reponerse, y por él penetró una columna liberal, al mando de Iriarte, que le obligó a marchar y contramarchar por picachos y barrancos cubiertos de nieve y azotados por la ventisca, perdiendo cada día hombres, municiones y víveres, que quedaban abandonados por el camino, y decidiéndose por fin a regresar a la provincia de Burgos por Bárcena, Soto, Aguilar de Campóo, cruzando la Brújula otra vez por Fresno de Rodilla y yendo a refugiarse en los pinares de la sierra, adonde llegaron unos míseros restos de la brillante columna que partió de Orduña, después de un desgraciado encuentro en Villasur de Herreros, en el que las pocas fuerzas de

Negrí, hambrientas, casi desnudas y sin municiones, no pudieron hacer otra cosa que desbandarse a los primeros disparos de la columna de Espartero.

El Conde de Negrí llegó el 28 de abril a Quintanar de la Sierra, donde encontró el apoyo de la caballería de Merino, quien a pesar de sus años y merced al conocimiento perfecto del terreno, pudo mantenerse en armas indefinidamente con trescientos o cuatrocientos caballos en las escabrosidades de las sierras de Burgos, Logroño y Soria, que convergen en el macizo del Urbión.

El Conde de Negrí, sin duda sintiéndose avergonzado de regresar al Norte—de donde partió con tantas y tan brillantes fuerzas hacía tan sólo seis semanas—con los restos destrozados de su división, que quedó reducida a unos cientos de hombres, decidió reunirse con Cabrera, a cuyas órdenes luchó durante el célebre sitio de Morella.

Al leer la historia de esta expedición piensa uno si el propósito de Negrí fué la destrucción deliberada de unos magníficos batallones carlistas, pues no de otro modo se explica esa marcha loca y desenfadada por las más altas sierras del Norte, en una época en que los caminos se hallaban intransitables por el hielo, la nieve y la ventisca, cruzando pueblos donde se carecía de todo y marchando y contramarchando sin cesar y dejando entre los pedregales de la ruta muertos, heridos y dispersos. Otros jefes, aun los de menos categoría, obtenían triunfos, requisaban elementos necesarios en la guerra, enrolaban voluntarios...; el Conde de Negrí los fué desperdigando y repartiéndolos como a voleo por donde pasó. A pesar de ello no fué procesado como Gómez, Zaratiegui y Elío, porque gozaba de favor en la corte de Don Carlos, acaso por su alcurnia.

El cuarto jefe, en categoría, de los que mandaron fuerzas expedicionarias, fué don Basilio García, personaje sin duda dotado de una vocación especial para emprender y dirigir correrías audaces y arriesgadas.

Nació en Logroño en 1791 y murió en Toulon (Francia) en 1844. Fué Comisario de Guerra durante el reinado de Fernando VII y a la muerte de éste se alzó en armas en la Rioja. Ascendió a brigadier por acciones de guerra, como la de Be-

rrón, y a mariscal de campo en Villar de los Navarros, donde las armas carlistas derrotaron a la división de Buerens.

Basilio García realizó la primera expedición de la guerra de los Siete Años en marzo de 1834, invadiendo la provincia de Burgos con pocas fuerzas, pero la expedición suya que obtuvo cierta importancia fué la emprendida desde Piedramillera en 10 de julio de 1835, con dos batallones y un escuadrón. Llevaba de segundo a don Juan Manuel de Balmaseda, que más tarde iba a dar pruebas de extraordinario valor, tenacidad y fidelidad a Don Carlos. Este poco conocido jefe carlista se negó rotundamente a adherirse al convenio de Vergara y falleció en San Petersburgo en 1846.

La columna de Basilio García cruzó el Ebro por Agoncillo y se apoderó de Soria, cuya guarnición se retiró al fuerte. De Soria sacó gran botín y buen número de voluntarios, y se dirigió a grandes marchas a Riaza, caminando el último día nueve leguas sin descanso; de este modo sorprendió a la pequeña ciudad, donde hizo prisionera a la guarnición; de allí continuó por Sepúlveda a Peñafiel, Roa, etc. Obtuvo un gran triunfo en Arauzo contra el General Azpiroz, y al poco tiempo realizó la sorpresa de Maranchón, población en la que penetró Balmaseda con cuatro compañías, valiéndose de la siguiente estratagema: se aproximó sigilosamente al pueblo y colocó las compañías en las cuatro salidas y les dió la orden de lanzarse al asalto en cuanto vieran encenderse una hoguera en una de las colinas próximas.

Cuando todo estuvo preparado, mandó un emisario al pueblo para que anunciase que los carlistas avanzaban sobre él; el jefe de las fuerzas de la localidad ordenó el toque de generala, y en este crítico momento, cuando los soldados y voluntarios de la Reina salían de las casas para agruparse y formar, las cuatro compañías de Balmaseda penetraron en tromba en las calles y sembraron el pánico en la guarnición, que fué muerta o hecha prisionera.

De allí se dirigieron las fuerzas expedicionarias otra vez a Soria y pasaron triunfantes por Agreda, Tarazona y Borja, causando la admiración de las poblaciones, y con gran número de nuevos voluntarios emprendieron la marcha de nuevo a Riaza, en cuya población disputaron García y Balmaseda, mos-

trándose decidido el segundo a atacar La Granja con el fin de apoderarse de María Cristina, que a la sazón veraneaba allí, y oponiéndose García, cuyo criterio como jefe prevaleció. Desde Riaza regresaron a Tarazona, donde requisaron gran cantidad de paños que les eran necesarios a los soldados de Don Carlos, y cargados de gran botín y con las fuerzas muy engrosadas, volvieron a Navarra en pleno triunfo, a pesar de que las fuerzas cristinas trataron de impedir el paso del Ebro.

Durante la expedición crearon dos nuevos batallones y dos escuadrones, o sea que duplicaron las fuerzas, pues apenas tuvieron baja alguna.

Don Basilio García realizó otra expedición más importante, de mayor duración, pero de desastrosos resultados, en diciembre de 1837, partiendo también de Piedramillera.

Esta vez llevaba consigo cuatro batallones, dos escuadrones y un cuadro de oficiales de caballería para organizar nuevas unidades durante la marcha.

A pesar de la época del año en que los ríos llevan mucho caudal, merced a la valiosa ayuda que le prestó un hombre práctico en el terreno, cruzó el Ebro cerca de Lodosa por un vado, perdiendo una docena de hombres en esta arriesgadísima empresa. Por rutas poco frecuentadas llegó a Aragón, y pasando por Calatayud, Ateca, etc., se presentó en Maranchón (Guadalajara) para continuar por la cuenca del Júcar y torcer luego hacia Toledo, penetrando en Corral de Almaguer, Lillo, etc. Descansó en Herencia, y desde allí, por Villarrubia de los Ojos de Guadiana, llegó a Yébenes, y el día 18 de enero lo vemos alojarse y descansar junto al castillo de Guadalajara.

Muy cerca le andaba rondando el brigadier Minuisir, quien temeroso de enfrentarse con los voluntarios de García, se refugió en el pueblo fortificado de Malagón, de donde se vió forzado a salir en huída después de una fuerte escaramuza en la que perdió cientos de prisioneros, además de bagajes, armas, etcétera.

Basilio García se alojó después de la acción en Fernán Caballero, y por Consuegra, Puerto Lápice, etc., pasó a Tomelloso, cuya importante población conquistó sin lucha. Cerca de Ruidera se apoderó de un gran convoy de pólvora, operación que llevó a cabo el jefe manchego Palillos. La escolta del convoy

se refugió en una casa y envió un emisario para decir que se rendirían a los navarros y no a los carlistas manchegos, pero el mismo Palillos les dió palabra de cuartel y les trató como a compañeros, rectificando así conductas anteriores de los partidarios que luchaban en la Mancha.

De tierras manchegas pasó don Basilio a la sierra de Alca-raz, y en el pueblo de este nombre se le presentó una división que Cabrera había enviado a recorrer las provincias de Murcia y limítrofes, al mando del Coronel Tallada.

Juntas todas las fuerzas penetraron en la provincia de Jaén, y el 4 de febrero se alojó García en Ubeda y Tallada en Baeza, separación ésta innecesaria, pues Ubeda contaba con alojamiento suficiente para todos los batallones, los que de haber estado reunidos hubieran evitado el desastre del día siguiente.

El general cristino Sanz, enterado de la situación y colocación de las fuerzas carlistas, se interpuso entre Ubeda y Baeza, que distan unos diez kilómetros y atacó a la columna Tallada, derrotándola y haciéndole gran número de prisioneros. García apoyó la retirada de las huestes de Tallada y juntos vadearon el Guadalquivir, yendo a pernoctar a Cazorla.

Durante estos días se desencadenó un furioso temporal de lluvia y nieve, y atravesando montes y barrancos caminaron algún trecho a la vera del río Segura y se encaminaron por fin, maltrechos, a Nerpio, donde descansaron los días 10 y 11; de aquí pasaron a Yestes, donde se dedicaron a limpiar las armas, a arreglar ropas, etc., y el 15 regresaron a Nerpio, cuyos habitantes habían asesinado en la plaza a los rezagados carlistas. No quedó ni un solo vecino a la llegada de los batallones de García y Tallada, los que exasperados y enloquecidos al ver las ropas ensangrentadas de sus compañeros asesinados, prendieron fuego a la población.

Por la Puebla de Don Fadrique, Huéscar, etc. (provincia de Granada), marchó Basilio García a Jódar (Jaén).

En Huéscar se separó Tallada con sus fuerzas, encaminándose hacia Valencia, pero tuvo dos encuentros fatales, en el segundo de los cuales su fuerza quedó aniquilada y dispersa. El pudo escapar con un par de centenares, pero fué hecho prisionero en un pueblo de Albacete y fusilado en Chinchilla. El jefe

de su Caballería, Arnau, fué el único que se salvó, regresando a su base con cien jinetes.

De Jódar siguió García a Ciudad Real, atravesando Despeñaperros. Pidió raciones a El Viso, contestándosele que si las quería, las encontraría en las puntas de los fusiles, lo que motivó que los carlistas, que no pensaban penetrar en el pueblo, lo tomasen e incendiasen.

De allí pasaron a Calzada de Calatrava, en cuya población cometieron excesos e incendiaron la parroquia, donde se hicieron fuertes los milicianos, atribuyéndose gran parte de estos excesos al conocido partidario manchego *Orejita*, natural de la villa. Por Argamasilla, Almodóvar del Campo, Puertollano, etc., donde también quemaron la parroquia para vencer la resistencia de quienes en ella se defendían y donde fusilaron a algunos de sus defensores, se encaminaron a Ciudad Real, pero el comandante militar de esta plaza mandó unos emisarios a Basilio García, con falsa información, que le hizo cambiar todo su plan, pues se le decía que se aproximaba una fuerte columna liberal. Entonces García contramarchó hacia Puertollano, de donde continuó por Retamar, Almadén, etc., perseguido por tres columnas liberales.

Excesivamente confiado se movía García por la Mancha. En Valdepeñas tuvo un encuentro con la columna de Flinter, del que don Basilio no sacó el partido que podía y debía, y aunque el encuentro de Valdepeñas no tuvo importancia material, sí la tuvo moral, porque en él se cometieron varias torpezas de parte de los carlistas, que pudieron haber triunfado fácilmente de haber tenido mayor vigilancia y obrado con más precaución. Las fuerzas manchegas encargadas de la vigilancia se descuidaron, confiadas, y fueron pasadas a cuchillo. Las tropas de García lucharon bien, pero sin dirección, y a esto debió Flinter el no ser batido y copado. Le perseguían las columnas de Pardiñas, de Sanz, de Flinter, de Azpiroz y Méndez Vigo. Después de la desgraciada sorpresa de Valdepeñas, la expedición se dirigió a Villarta, Fuente del Fresno y Orgaz; continuaron su ruta sin obstáculo alguno e invadieron Herrera del Duque y Almadén, donde penetraron el 26 de marzo.

El primero de abril volvieron a Villarta de San Juan y

Villarrubia de los Ojos del Guadiana, y al sentirse tan perseguidos por Pardiñas, se fraccionaron.

Rumbo al norte, cruzaron el Tajo el 28 de abril, por el vado de Azutan, junto al puente del Arzobispo, y atravesando el Tiétar por las afueras de Plasencia, pasaron a Béjar, donde les alcanzó y derrotó Pardiñas. En este encuentro murió el coronel Fulgosio (causante principal de la sorpresa de Valdepeñas), y cayeron prisioneros varios jefes, especialmente de las fuerzas manchegas, y más de 400 soldados, y desde allí, maltrecho y derrotado, huyendo de la persecución, llegó a Vascongadas don Basilio García, sin haber obtenido ningún resultado práctico de esta expedición, que tuvo momentos llenos de promesas y esperanzas, pero que terminó en desastre. Es seguro que de haber sido Basilio García un caudillo de talla, apoyado en los numerosos y valientes, pero desorganizados partidarios de la Mancha, hubiera podido mantenerse allí indefinidamente y constituir un núcleo tan poderoso como el del Maestrazgo, pues el país, sin disputa, prestaba calor al movimiento.

Al poco tiempo de pasar por Asturias, en plan de meteoro, Miguel Gómez, se acordó organizar una nueva expedición, que se encaminase a aquella zona con el propósito de mantenerse en ella y de ampliar de ese modo el campo de guerra, uniendo Vascongadas con Asturias, contando con que Santander era región propicia para servir de nexo. Se designó al brigadier don Pablo Sanz para mandar esta nueva expedición, que salió a fines de septiembre de 1836, y a pesar de haber llegado hasta las afueras de Oviedo y de haberla atacado dos veces, no pudo conquistarla; entonces se dirigió a Gijón y Avilés, las que tomó, sacando de ellas gran botín; permaneció breve tiempo en Pola de Siero, pasó a León, a cuya capital se acercó, sin atreverse a atacarla y, después de peripecias sin importancia, regresó a Vascongadas, sin gloria ni provecho.

Entre este número de las expediciones chicas se puede incluir la de Balmaseda, quien se lanzó por esos mundos con sólo unos quinientos hombres que sacó del Norte en mayo de 1838; siguiendo la ruta de casi todos los expedicionarios castellanos, se encaminó hacia los pinares de la sierra situada entre Burgos y Soria, y cuando iba a atacar el pueblo de Quintanar, supo que el Coronel Mayols se hallaba en Hontoria; se fué de noche a

sorprenderle, mandando a los soldados que se pusieran las camisas blancas sobre los uniformes (copiando lo que hizo Zumalacárregui en la sorpresa de Zubiri).

La sorpresa de Mayols fué completa, pues toda su pequeña columna cayó en poder de Balmaseda; sólo de prisioneros hizo éste 27 oficiales y 500 soldados, o sea, que fueron más los prisioneros que los vencedores. Atacó a continuación Quintanar; donde copó a la pequeña columna de Coba, a la que hizo 19 oficiales y 300 soldados prisioneros.

No extendió mucho sus correrías y regresó al Norte, donde permaneció hasta los fusilamientos de Estella, y entonces, odiado y perseguido por Maroto, supo librarse de la muerte que le tenía preparada aquel general traidor, merced a la protección de Don Carlos, y pasó al Maestrazgo, donde luchó hasta el final con un tesón y una constancia admirables.

Otra de las pequeñas expediciones fué la del presbítero don Vicente Batanero, natural de Sigüenza, quien recorrió parte de su tierra natal, penetró en Jadraque, Atienza, Riaza, etc., y volvió al Norte sin realizar hecho alguno notable.

Hemos dejado para el final el reseñar ligeramente las actividades del inquieto cura Merino, quien de humilde párroco de la humildísima aldea de Villobado, cuyo beneficio obtuvo después de haber sido pastor, previos ligeros estudios de latín y de disciplinas eclesiásticas, pasó a ser uno de los héroes más populares y más célebres que produjo España en su lucha épica contra las huestes napoleónicas.

El nombre de Merino resonó por todos los ámbitos de la Península, tanto o más que los de Mina, el Empecinado, etc.

A pesar de sus años se levantó en armas por Don Carlos en la provincia de Burgos, con Cuevillas y otros jefes.

No consiguió dominar la provincia a pesar de su prestigio, ni organizar un ejército como Zumalacárregui en el Norte o Cabrera en Levante. En ciertos momentos dispuso de bastante fuerza, especialmente de caballería, que era su arma favorita; nunca sufrió derrota alguna importante, ni alcanzó un triunfo notable, pero ya en la época de Zumalacárregui se vió claro que Merino no reunía las mismas condiciones de audacia, decisión y energía que en su juventud: sus años le pesaban demasiado.

Bien es verdad que al mantenerse en armas en Burgos conseguía dos finalidades: una, la de encaminar hacia el Norte todos aquellos voluntarios castellanos que iban a engrosar las filas de Don Carlos en Vascongadas y Navarra, y otra, la de distraer fuerzas que se movían en su persecución (1).

Cuando la desgraciada expedición del Conde de Negrí, Merino iba con él, pero se separó porque creía un error el marchar en pleno invierno al valle de Liébana, cerca de Potes, y volvió a sus madrigueras de Burgos y se acantonó en los distritos de Aranda y Lerma, teatro de sus proezas en la guerra de la Independencia y que conocía palmo a palmo.

Cuando Negrí volvió de Santander, totalmente derrotado y deshecho, a las escabrosidades de la sierra de Burgos, Merino aumentó su fuerza con los dispersos y extraviados voluntarios de Negrí y juntos pasaron a Cuenca y se presentaron a Cabrera, a cuyas órdenes lucharon en el célebre sitio de Morella, contra el General Oráa. Desde allí regresó de nuevo a Castilla, con unos doscientos hombres, pero se vió forzado por las columnas liberales que le perseguían a refugiarse en Vascongadas, donde sirvió a las órdenes de Maroto.

Siempre inquieto y enamorado de la aventura, se lanzó otra vez desde Navarra a los pinares de la sierra, que eran respecto a Merino lo que las Amescoas respecto a Zumalacárregui, y desde allí se dirigió por Aguilar de Campóo, los Carabeos, etc., a las montañas de Reinosa, y siempre perseguido regresó a Vascongadas, no sin haber tenido un desgraciado y fatal encuentro cerca de Villarcayo, en el que sufrió muchas bajas.

Así terminaron las correrías de Merino, quien quedó en situación de cuartel.

Se dice que Don Carlos le apreciaba mucho, sin duda por su condición de sacerdote, a la par que por su brillante historia pasada, y se cuenta que un día Don Carlos le saludó así: "Buenos días, señor Arzobispo de Toledo." "No, para mí no; eso para Su Majestad, y yo su sacristán", contestó el cura. "Pues qué,

(1) El crítico a quien antes aludo, en nota de la página 23, da una importancia desmesurada e irreal a la actuación de Merino en el campo carlista; al leerle, uno se siente transportado al campo de la novela.

¿no me quieres para Rey?”, le replicó Don Carlos. “Eso para el pequeño”, contestó Merino, refiriéndose al primogénito Don Carlos Luis. *Si non e vero e ben trovato*.

No incluimos entre las expediciones la incursión que hicieron hasta Villarcayo las fuerzas vascongadas al mando de Mazarraza, Sopelana y Andéchaga, porque esta salida fué una correría bastante mal dirigida, por cierto, y no una expedición.

CAPITULO VIII

Manifiesto de Arciniega.—Guegué, al frente del Ejército carlista.—Le sucede Maroto.—Fusilamientos de Estella.—Maroto prepara su traición.—Abrazo de Vergara.—Don Carlos pasa a Francia.

La impresión que produjo en las Vascongadas y Navarra el regreso de la expedición real, fué catastrófica. Al salir dijo Don Carlos en su proclama de Cáseda: “El éxito no es dudoso; un solo esfuerzo y España es libre”, y ahora veían aquellas provincias vasco-navarras, esquilmas por cuatro años de guerra, que otra vez se replegaban todas las fuerzas expedicionarias a su pequeño, empobrecido y castigado territorio.

La proclama de Arciniega causó gran malestar entre todas las personas inteligentes de la Causa. Se vió con sorpresa y desazón que los generales Zariategui y Elío fueron detenidos y presos en Arciniega, así como los brigadieres Fernando Cabañas y Sanz; que Cabañas, padre, Ministro de la Guerra a la sazón, perdía su cartera; que Villarreal era deportado al pueblecito de Eugui y luego a Guernica; Simón de la Torre, a Villaró; que González Moreno perdía su puesto de Jefe de Estado Mayor del Ejército; que el Infante Don Sebastián, tildado hasta de masonizante, cesaba en el mando de las tropas, y que su secretario, el brigadier Arjona, era deportado a Barambio.

En lugar de estos caudillos, la mayoría de ellos de cualidades sobresalientes y capacidad, valor y lealtad bien probados, ascendían a los primeros puestos el fracasado Conde de Negri, el

Duque de Granada (personajes de alcurnia pero de cortos alcan- ces ambos, según cuenta en sus *Memorias* el príncipe Lich- nowsky), y el presbítero navarro don Juan Echeverría, que figuró en lugar destacado durante toda la guerra y quien gozaba de gran prestigio e influencia, especialmente en Navarra.

Pero quien movía los resortes y los hilos del escenario, era el famoso Arias Teijeiro, quien a pesar de haberse adherido a Don Carlos bien entrado el segundo año de guerra, y de haber servido hasta entonces a Isabel II con satisfacción interior, a juzgar por sus actos y adhesiones, se colocó rápidamente en los primeros puestos del campo carlista merced a la influencia y apoyo de un tío suyo que era algo así como el cajero y adminis- trador de Don Carlos V, don José Arias Teijeiro, letrado culto e inteligente y muy insinuante, como buen gallego. Dándose cuenta de la influencia del presbítero Echeverría, se captó sus simpatías, para poder ser dueño y señor, no sólo de la voluntad de Don Carlos, sino de todo el movimiento.

Merced a la influencia conjunta de ambos, fué nombrado Jefe de Estado Mayor General, Guergué, en sustitución de González Moreno. Las condiciones de capacidad de Guergué para tan elevado cargo eran muy dudosas, por no decir deficientes. Se le atribuyó aquella famosa frase: *Los brutos llevaremos a Su Majestad a Madrid*. No cremos en su autenticidad, pero diver- sos historiadores la dan como auténtica. *Los brutos* perseguían entonces a los generales que llamaban de *carta y compás*, o sea a aquellos que tenían instrucción y conocimientos militares, como Gómez, Villarreal, Zariatogui, Elío, Montenegro, Vargas, etcétera. Con los *brutos* estaban muchos personajes de cate- goría, como el Duque de Granada y Uranga, ambos tenientes generales, y los mariscales de campo Mazarrasa, Vivanco, Ra- món de la Brena y otros tan oscuros y desconocidos como ellos en la historia del carlismo militar y que se distinguían por su intransigencia exagerada y estrechez de juicio (1). También les apoyaban personajes de cultura y de saber, lo que quiere decir que *bruto* no era sinónimo de ignorante.

(1) La defensa que hizo el coronel Madrazo de Zariatogui arroja mucha luz sobre todos estos personajes, en nuestra opinión muy funestos a la causa carlista.

De la proclama de Arciniega son los siguientes párrafos: "Voluntarios: La revolución vencida y humillada, próxima a sucumbir a vuestro esfuerzo sobrehumano, ha librado su esperanza en armas dignas de su perfidia para prolongar algunos días su funesta existencia; mas por fortuna, están descubiertas sus tramas y sabré frustrarlas. Para realizarlo, para dictar providencias que pongan cuanto antes término a esta lucha de desolación y muerte, he vuelto momentáneamente a estas fidelísimas provincias." Con palabras veladas, se decía contra Zaratiegui lo siguiente: "Si la falta de municiones o la cooperación de algún cuerpo os ha obligado a veces a ceder terreno, lo habéis hecho pagar bien caro." Y más adelante se leía: "Causas que os son extrañas, causas conocidas, causas que van a desaparecer para siempre, han dilatado por poco tiempo más los males de la Patria. Pero el ensayo está hecho; se ha visto a cuánto puede aspirarse y las medidas que voy a adoptar llenarán vuestros deseos y las esperanzas de todos los buenos españoles." Se anunciaba en ella actitudes de amenaza para los mismos partidarios de Don Carlos y flotaba entre sus páginas un espíritu *derrotista*, por lo mismo que se extremaba la nota agresiva contra enemigos ocultos y misteriosos, que se suelen ver siempre y en todas partes cuando las cosas marchan mal.

Bajo el mando de Guergué sufrió un descalabro el ejército carlista en Peñacerrada, donde Espartero, tras varios días de combate, en el que ambos ejércitos lucharon bravamente, consiguió derrotar a los batallones carlistas, merced principalmente a su superioridad en caballería y a un acto de audacia y valor, tan característicos en él, apoderándose de once cañones y de una plaza fortificada, después de obligar a retirarse a las fuerzas que la defendían. Parece que la tierra del condado de Treviño es fatal para las armas carlistas, pues las dos más sonadas derrotas que sufrieron en las dos guerras, se libraron en ella.

Bajo el breve mando de Guergué y a principios de 1838 se dieron las primeras muestras de insubordinación en Estella, al grito de "Queremos pagas" y "Mueran los castellanos y la Junta".

Grave fué la insurrección de algunas compañías capitaneadas por el teniente coronel Urra, quien se sublevó para pedir la libertad de Zariatégui y Elío, para el primero de los cuales

unos jueces, como el Duque de Granada, Uranga y Mazarrasa, pedían la pena de muerte; otros la de destierro y otros la libertad, prueba de la pasión y confusión de los ánimos. Lo raro y extraño es que Urra depuso contra los procesados en la sumaria. El desgraciado Urra, acaso víctima de agentes provocadores que ya empezaban a pulular en el campo carlista, pagó con su vida su insubordinación.

El desastre de Peñacerrada y los lamentables incidentes, que eran sintomáticos y encerraban manifiesta gravedad, provocaron la caída y descrédito de Guergué, que fué sustituido por Maroto. Venían trabajando en favor de éste personajes de gran categoría, como fray Cirilo de Alameda, Arzobispo de Cuba; el Marqués de Valdespina, el auditor Arizaga, Urbiztondo y probablemente, el mismo Infante Don Sebastián, Zaratiegui, Villarreal, Elío, La Torre, Montenegro, etc.; en una palabra, los más distinguidos jefes del ejército carlista, aunque es preciso reconocer que muchos de ellos abandonaron noblemente al traidor (a quien consideraban como el más capaz y digno del cargo), en cuanto se percataron de sus malvados planes e intenciones.

Don Rafael Maroto nació en Lorca (Murcia), en 18 de octubre de 1783; según unos, de familia noble, y según otros, de plebeya. Es muy difícil saber quién es noble y quién no lo es, pues las apariencias a veces engañan, y además es muy corriente atribuirse nobleza cuando se escalan puestos importantes al servicio del Estado, y reputar como plebeyo a quien los infortunios obligan a vivir pobre y oculto, aunque la prosapia sea limpia y noble.

El hecho concreto es que Maroto, que ostentaba el grado de teniente general cuando se presentó a Don Carlos en Portugal, en 1833, hizo sus primeros estudios e ingresó en 1794 en la clase de cadetes en el regimiento de Infantería de Asturias, sirvió bajo el reinado de Fernando VII en Chile y Perú, después de haber adquirido sus primeros grados en la guerra de la Independencia contra Napoleón, fué comandante general carlista de Vizcaya el 35, después pasó a Francia, caído en desgracia, y durante pocas semanas fué comandante general de Cataluña, donde nada hizo, por creer que aquellas fuerzas del Principado no eran ni tan numerosas ni tan disciplinadas como

él esperaba; volvió al vecino país sin causa justificada. Es digno de anotarse que la impresión que producía Maroto en todos los extranjeros distinguidos que acompañaron a Don Carlos en esta gran cruzada, fué favorable y halagadora al nuevo general en jefe, como puede verse por las memorias que han dejado el Príncipe Schwarzenberg, el Príncipe de Lichnowsky, el Conde de Custine y otros. Maroto fué bien recibido e hizo concebir grandes esperanzas.

Coincidió con su llegada la de sumas considerables que los países del Norte enviaron a Don Carlos, y ya fuera a causa de contarse con más recursos, ya merced a las condiciones del nuevo caudillo, el caso es que el ejército carlista, que después de la vuelta desastrosa de la expedición real se hallaba desmoralizado y abatido, mal uniformado y municionado, se presentaba a los tres meses completamente reorganizado, uniformado y disciplinado y en condiciones de poder librar nuevas batallas y de obtener grandes triunfos. Es este uno de los fenómenos más extraordinarios e inexplicables que nos ofrece la historia de la primera guerra civil.

¿Será que poderes ocultos y misteriosos concedieron a Maroto sumas importantes para que las tropas, bien alimentadas y uniformadas, le cobraran afecto y admiración? ¿Será que Maroto, como dicen algunos observadores imparciales, reunía condiciones y talento organizador y puso todo esto al servicio de la traición, ya porque fuese fundamentalmente villano o porque los desaires y maniobras de sus enemigos y de la corte le hicieran sentirse vengativo? Maroto, con un poderoso ejército, no hizo más que marchar y contramarchar, y a pesar de que le incitaban a guerrear y a pesar de que contaba con elementos para batir a Espartero, no se decidió a ofrecerle batalla.

Parece comprobado que desde principios de 1839 Maroto estaba ya comprometido y planeó la entrega vergonzosa de los heroicos batallones carlistas a los generales de la Reina. Las negociaciones se llevaron con mucho sigilo, y era portador de los pliegos que se cruzaron entre Espartero y Maroto *el arriero de Bargota*, don Martín Echaide.

Desde que tomó el mando de la fuerza el nuevo general en jefe (aunque oficialmente sólo era jefe de Estado Mayor de Don Carlos, quien decidió actuar como generalísimo), se inició una

lucha sorda entre los generales adictos a Teijeiro, a González Moreno, al obispo Abarca y al cura Echeverría, de un lado, y los marotistas de otro. El general Uranga escribía que vivieran muy alerta cuantos fueran leales servidores del Rey, porque Maroto obraba contra su causa. El Obispo de León hacía advertencias parecidas. Por otra parte, fray Cirilo, Arzobispo de la Piscina arremetían contra el Obispo de León, Arias Teijeiro y el padre Larraga, cuya influencia cerca de Don Carlos creían funestísima. Existía a todas luces una verdadera lucha entre *l'entourage* de Don Carlos y Maroto y los generales adictos a él, hasta el extremo de que se oían con frecuencia frases vejatorias para unos y otros, en ambos bandos. Parece estar fuera de toda duda el hecho de que Maroto, ni antes ni después de su nombramiento, guardaba buenas ausencias de su Rey y señor, y es a todas luces evidente que el hombre que acepta una jefatura estando en oposición espiritual con su caudillo, ya empieza a actuar como traidor.

En épocas de paz ha habido casos semejantes.

Ya el 15 de enero de 1839, Maroto celebró una conferencia de varias horas con Paniagua, ayudante de Espartero, so pretexto de que iban a discutir un canje, y sin duda en esta conferencia se acordó la clave que había de servir más tarde para las comunicaciones de que fué portador el *arriero de Bargota*. Desde este momento la lucha entre el cuartel real y el cuartel general de Maroto fué avivándose.

Hallándose en Vergara, Maroto pidió a Don Carlos que castigase a los generales que le eran enemigos, agregando que si no lo hacía *le iba a poner en trance de fusilarlos*, a lo que Don Carlos replicó: “¿Y qué, lo harás?” Maroto respondió: “Sí, señor, lo haré, aunque Vuestra Majestad tendrá después el disgusto de mandar separar mi cabeza de los hombros.” “No lo harás”, le replicó Don Carlos.

Desde Vergara se trasladó Maroto a Azcoitia, donde tuvo largas conferencias con el Arzobispo de Cuba y el padre Gil. Maroto dió orden de detener al general don Pablo Sanz, a su hermano don Florencio y a don Luis Ibáñez, pero estos dos últimos no fueron habidos, y en su marcha hacia Estella, detuvo al intendente Uriz, con quien se cruzó en el camino.

Se cuenta que en una revista se hallaban el general navarro García a un lado del Rey y Maroto al otro, y que García dijo a Don Carlos: "La guerra no se gana con proclamas", lo que hizo que Maroto le dirigiese una mirada aterradora.

Es incomprensible, pero parece ser cierto, que los vicarios de Lecumberri y Abarzuza, que tan destacada parte tomaron en la lucha, se hallaban totalmente de acuerdo con Maroto, aun en los fusilamientos, por una de esas aberraciones muy corrientes en la historia de la humanidad.

Maroto se enteraba de lo que ocurría en la corte de Don Carlos por un oficial que era su confidente: por don Fernando Arce, hermano de la dama de honor de la Reina, la señorita de Arce, que le acompañó con el Conde de Custine, cuando se trasladó desde el Tirol a las montañas del país vasco-navarro, a compartir con su segundo esposo los azares de la guerra.

Maroto gozaba de inmensa popularidad en los primeros meses de su mando y se le recibía en todas partes con grandes aclamaciones y vivas, lo que no dejó de despertar celos y sospechas entre los fieles y entusiastas de su Rey. Se apoyaba principalmente para llevar a la práctica sus siniestros planes en los batallones castellanos, a cuyos jefes atrajo enteramente, y en el 1.º y 7.º de Navarra, mandados por Oteiza y Eraso (no el general, que para entonces había muerto), y en el 4.º escuadrón de Navarra. Estas eran precisamente las unidades que se sublevaron con el engaño y pobre Urra y sin duda, debido a estas circunstancias, Maroto pensó que podría minar la moral de aquéllos que antes se dejaron seducir por sugerencias de los desleales.

Con estas tres unidades navarras entró Maroto en Estella el día de los fusilamientos. García estaba en su domicilio, enfermo de gota, y fué detenido cuando intentó salir de la ciudad disfrazado de sacerdote. Carmona se hallaba en Echauri, mandando la división navarra. Maroto le llamó a Estella y como nada podía recelar ni temer, allí fué tranquilo y confiado. El traidor le convidó a tomar chocolate y le despidió muy amable.

Volvió a su alojamiento y a la media hora la casa fué rodeada y él aprehendido. Guergué fué detenido en su casa de Legaria.

Cuando los cuatro Generales Guergué, García, Sanz y Car-

mona y el Intendente Uriz estuvieron juntos, en la prisión, se les presentó don Fernando Gisbert, ayudante de Maroto, cobarde ante el enemigo, pero a propósito para estos bajos menesteres, y les dijo: "Señores, de acuerdo con las órdenes del General Maroto, sólo les quedan dos horas para morir como cristianos: es hora de que se preparen para sufrir la última pena."

Los esbirros de Maroto, los culpables principales con él en este monstruoso crimen, fueron el auditor Arizaga, Blas M. Ryo, Gobernador Militar de Estella, Julián Oteiza, jefe del primer batallón de Navarra (que al principio de la guerra mandó con gran brillantez García), Francisco Eraso, jefe del séptimo; Fulgosio, coronel de un batallón castellano; Gregorio Oyar (Malcasco); Juan Elorriaga (ambos ayudantes de Maroto); Roque Linares Butrón, y Enrique O'Donell, oficiales del Estado Mayor General, y el citado Gisbert.

De éstos (según cuenta el Barón de Barrés de Molard, que tomó una parte muy destacada en la guerra civil, con dos hermanos, de los cuales uno murió en la batalla de Arquijas, como un bravo), Oteiza murió tres días antes de los fusilamientos del Puig, de Estella; Eraso murió enfermo al poco tiempo, Elorriaga fué asesinado en las calles de Bilbao después de firmado el convenio de Vergara; Fulgosio fué fusilado en Madrid, siendo jefe en el ejército de la Reina, cuando el pronunciamiento de Diego de León...

La orden de fusilamiento la dió el mismo Maroto sin formación de causa. Para cohonestar tal monstruoso crimen, el auditor general Arizaga, íntimo y protegido de Maroto, aprobó *a posteriori* la sentencia dictada unipersonalmente por su jefe.

Los marotistas culpan al General García del asesinato del Brigadier Cabañas, y a los demás Generales del delito de conspiración, pero no existe prueba alguna en que puedan apoyarse estas acusaciones. Detalle altamente patético, son las palabras que dirigió García al primer batallón de Navarra, al que tantas veces había conducido a la victoria, pero su arenga no encontró eco, y aquellos mismos soldados que antes le idolatraron, hicieron la descarga que acabó con su vida. Esto prueba, hasta la evidencia, que las masas disciplinadas se manejan y modelan como la arcilla. Los cinco murieron como buenos, y con ellos morían en el país vasco-navarro la fidelidad y lealtad ciegas a

su Rey. Acaso era *la fe de los brutos*, pero era fe, y sin ella, ni el talento ni la ilustración son suficientes para realizar grandes empresas.

La impresión que produjo en la Corte de Don Carlos la muerte de aquellos nobles navarros, cuya lealtad a su Rey y a los principios que defendía era inquebrantable, no es para descrita.

Los batallones carlistas recibieron estos terribles fusilamientos de sus propios jefes, de aquellos jefes que les llevaron a la victoria en tantas ocasiones, con calma y disciplina, lo que prueba el gran ascendiente que sobre todas las fuerzas tenía Maroto en aquellos momentos. Nadie se movió en las filas, pero en cambio los personajes de la Corte se sintieron amenazados y actuaron medrosamente para desembarazarse del nuevo jefe, cuya influencia y actuación veían con terror.

He aquí los términos en que dió cuenta Maroto a Don Carlos de su crimen de Estella: "Es el caso, Señor, que he mandado pasar por las armas a los Generales Guergué, García, Sanz, al Brigadier Carmona y al Intendente Uriz, y estoy resuelto, por la comprobación de un atentado sedicioso, para hacer lo mismo con otros varios, que procuraré su captura, sin miramiento a fuero ni distinciones, penetrado de que con tal medida se asegurará el triunfo de la causa que me comprometí a defender, no siendo sólo de Vuestra Majestad cuando se interesan millares de vivientes que serían víctimas si se perdiera; sirviéndome en el día para el apoyo de mis resoluciones, la voluntad general, tanto del ejército como de los pueblos, cansados ya de sufrir la marcha tortuosa y venal de cuantos han dirigido el timón de esta nave venturosa, cuando ya divisa el puerto de su salvación."

¡Cuánta hipocresía y doblez!

Indignado Don Carlos, publicó la siguiente alocución:

"Voluntarios. ¡Fieles vascongados y navarros!: El General don Rafael Maroto, abusando del modo más péfido e indigno de la confianza y de la bondad con que le había distinguido, a pesar de su anterior conducta, acaba de convertir las armas que le había encargado para batir a los enemigos del Trono y del Altar, contra vosotros mismos. Fascinando y engañando a los pueblos con groseras calumnias, alarmando, excitando, hasta con impresos sediciosos y llenos de falsedades, a la insubordina-

ción y a la anarquía, ha fusilado sin preceder formación de causa a Generales cubiertos de gloria en esta lucha y a servidores beneméritos por sus servicios y fidelidad acendrada, sumiendo mi paternal corazón en amargura. Para lograrlo, ha supuesto que obraba con mi real aprobación, pues sólo así podría haber encontrado entre vosotros quien le obedeciese; ni la ha obtenido, ni la ha solicitado, ni jamás la concederé para arbitrariedades y crímenes. Conocéis mis principios; sabéis mis incesantes desvelos por vuestro bienestar y por acelerar el término de los males que nos afligen. Maroto ha hollado el respeto debido a mi soberanía y a los más sagrados deberes, para sacrificar alevosamente a los que oponen un dique insuperable a la revolución usurpadora, para exponernos a ser víctimas del enemigo y de sus tramas.

"Separado ya del mando del Ejército, le declaro traidor, como a cualquiera que después de esta declaración a que quiero se dé la mayor publicidad, le auxilie u obedezca: los jefes y autoridades de todas clases, cualquiera de vosotros, está autorizado para tratarle como tal si no se presenta inmediatamente a responder ante la ley. He dictado las medidas que las circunstancias exigen para frustrar este nuevo intento de revolución, que abatida, impotente, próxima a sucumbir, sólo en él podrá librar su esperanza: para ejecutarlas cuento con mi heroico Ejército y con la lealtad de mis amados pueblos; bien seguro de que ni uno solo de vosotros, al oír mi voz, al saber mi voluntad, se mostrará indigno de este suelo, de la justa y sagrada causa que defendemos, de las filas a que me glorio de marchar el primero para salvar el trono con el auxilio de Dios, de todos sus enemigos, o perecer, si preciso fuere, entre vosotros.

"Real de Vergara, 21 de febrero de 1839.—*Carlos.*"

Maroto revistó sus fuerzas cerca de Irurzun y se dirigió con ellas a Tolosa... Los palaciegos se aprestaron a la defensa y dieron orden a las unidades de ponerse sobre las armas para sostener la soberanía de Don Carlos contra la traición de Maroto, pero éste era dueño de la situación. Hubo entrevistas, cambios de notas, actitudes equívocas de algunos personajes de la confianza de Don Carlos...

Antes de llegar Maroto a Tolosa, envió a los Generales Conde de Negri y Silvestre y al Coronel Ilzarbe, a manifestar a Don

Carlos los motivos que le habían impulsado a las ejecuciones de Estella, rogándole al mismo tiempo permaneciese tranquilo y escuchase las razones del que había sido y aún creía ser el jefe de Estado Mayor General, si quería evitar mayores compromisos. Negrí volvió al Cuartel General con el francés Huguet de Saint Silvain (Barón de los Valles), trasmitiendo a Maroto la disposición en que se hallaba Don Carlos para convenirse a cuanto le pidiera con tal que suspendiese su marcha, y aplacara su enojo contra determinadas personas. En esta conferencia, a la que asistió Arizaga, se acordó enviar a Don Carlos una lista de las personas que habían de ser expulsadas, que llevaron Negrí, Huguet y Arizaga, quienes al llegar a la residencia de Don Carlos, se encontraron con que le habían abandonado los ministros y huído a Segura; el de la Guerra tenía presentada su dimisión. La consecuencia de esto fué que por la secretaría de Guerra se expidió un oficio, manifestando Don Carlos que, “animado constantemente de los principios de justicia y rectitud que había consignado en el ejercicio de todos los actos de su soberanía, no había podido *dejar de ser altamente sorprendido, cuando con nuevos antecedentes y leales informes había visto y conocido que Maroto obró con la plenitud de sus atribuciones y guiado por los sentimientos que tenía tan acreditados en favor de su justa causa*, que estaba ciertamente penetrado de que siniestras miras, fundadas en equívocos conceptos, cuando no hubiesen nacido de una *criminal malicia*, si pudieron ofrecer a su regia confianza hechos exagerados y traducidos con nociva intención, no debía permitir corriera por más tiempo sin la reparación debida a su honor mancillado; aprobando las providencias que había adoptado dicho General, quería continuase como antes a la cabeza de su valiente Ejército, esperando de su acendrada lealtad y patriotismo, que si bien había podido resentirle una declaración ofensiva, ésta debía terminar sus efectos con la seguridad de haber recobrado aquél su Real gracia, y la reivindicación de su reputación injuriada; asimismo quería que se recogieran y quemaran todos los ejemplares del manifiesto publicado y que en su lugar se imprimiera y circulara ésta su expresa soberana voluntad, dándose por orden en la General del Ejército y leyéndose por tres días consecutivos al frente de los batallones”. De orden de Don Carlos se trasmitió a Maroto la comunicación

que antecede, por don Luis García Puente, desde Villafranca, el 24 de febrero de 1839.

Los últimos episodios de la lucha entre Don Carlos y Maroto son muy lamentables y patéticos.

La camarilla de Don Carlos, la de los *apostólicos*, quienes cuando tuvieron generales nobles y caballeros, como Zumalacárregui, al frente de las tropas, pudieron intrigar y maniobrar sin arriesgar nada personalmente (arriesgando, claro está, el triunfo de la causa, que era lo principal), cuando se vieron enfrente de un General que ni era noble ni caballero, perdieron la cabeza y huyeron como ratones, dejando a Don Carlos abandonado en manos de Maroto, quien le obligó a representar papeles tan humillantes y vergonzosos como los de Luis XVI, al ponerse el gorro frigio ante la chusma revolucionaria de París, para conservar una corona que iba a rodar a los pies de la guillotina al poco tiempo, con su augusta cabeza.

El mismo diplomático antes citado, señor Vidal, dice que el declarar traidor a Maroto, tras los fusilamientos de Estella, para a los tres días reintegrarle a su confianza y confirmarle en el mando, desprestigiaron de tal modo a Don Carlos ante las potencias del Norte, que le auxiliaban y apoyaban, que si no abandonaron completamente su causa, le miraron desde entonces con la más desdeñosa indiferencia, según informaba el embajador de Isabel II en Londres, Marqués de Miraflores, que tan activa y destacada parte tomó en los trabajos diplomáticos que ejercieron marcado influjo en la marcha de la guerra, pues bien sabido es que los embajadores de Inglaterra y Francia en Madrid obraron en todo tiempo con humillante entrometimiento para la dignidad española.

Los ministros de Don Carlos dieron orden a Maroto de que *dirigiese sus reclamaciones, sin avanzar un paso más adelante del punto que ocupaba* cuando el jefe traidor se dirigía sobre Tolosa, donde se hallaba a la sazón el Cuartel Real, a castigar, según decía, a cuantos hombres criminales rodeaban a su Rey. El único criminal era Maroto, pero es preciso reconocer que quienes rodeaban a Don Carlos eran incapaces, pusilánimes y cobardes. Por complacer a Maroto se nombró a Montenegro Ministro de la Guerra y a Ramírez de la Piscina de Estado.

Dueño absoluto de la situación Maroto, por la debilidad y versatilidad de Don Carlos, pidió el castigo de sus poderosos enemigos y consiguió que fueran desterrados a Francia el Duque de Granada, el Obispo de León, Lamas Pardo, Arias Teijeiro, don Juan Echeverría, Mazarrasa, etc.

En cambio, el Arzobispo de Cuba, fray Cirilo de la Alameda; Ramírez de la Piscina, Villarreal, Zaratiegui, los hermanos Montenegro, Elío, Eguía, Simón de la Torre, Marco de Pont y otros que se hallaban en el ostracismo, por la voluntad casi omnipotente de Arias Teijeiro, pasaron a los puestos de mando.

Elío fué nombrado Comandante General de Navarra; don Simón de la Torre, de Vizcaya, y don Antonio Urbiztondo recibió el mando de la división castellana; Iturriaga quedó al frente de los guipuzcoanos, y Zaratiegui fué destinado a las órdenes inmediatas de Maroto. De hechos guerreros no ocurrió ninguno digno de mención en esta época, salvo la pérdida del fuerte de Guardamino y de las formidables posiciones de Ramales, pérdida que todo el mundo atribuyó a traición y que quebrantó mucho el prestigio de Maroto entre los que le defendían de buena fe. Coinciden los tratadistas militares en que Espartero jamás hubiera conquistado dichas posiciones y fuertes a no hallarse en inteligencia secreta con Maroto. Lo mismo podemos decir de ciertas poblaciones como Valmaseda, etc., donde Espartero avanzó sin dificultad alguna, invadiendo el territorio carlista.

Así llegó el verano de 1839. Ya se hablaba abiertamente de la paz. La semilla que sembrara hacía más de un año aquel escribano de Berástegui, llamado Muñagorri, bajo la bandera de *Paz y Fueros*, y las intrigas y maniobras de Avinareta (personajes ambos que desde la frontera francesa actuaban con su red de agentes y espías), iba dando su fruto; el pueblo se iba cansando de la guerra, los voluntarios se encontraban desorientados y desconfiaban de sus jefes. Había llegado el momento de jugar con las cartas puestas sobre la mesa, y ya Maroto daba cuenta a Don Carlos, por medio del General Montenegro, de sus negociaciones, en pro de la paz, con el Almirante inglés lord John Hay, con quien celebró una entrevista en Miravalles, de donde se trasladó el inglés al Cuartel General de Espartero. Pero

aún se presentaba la negociación al bondadoso y desgraciado Don Carlos como un paso que se daba en favor suyo (1).

Maroto colocó en los puestos de mando, como es natural, a todos aquellos jefes que él creía ganados a la traición, y a fuer de imparciales hemos de decir que tan traidores o más que Maroto fueron algunos de ellos, especialmente el vizcaíno Simón de la Torre y el guipuzcoano Urbiztondo, quienes a última hora, cuando Maroto, con los nervios ya quebrantados y el espíritu conturbado, tuvo un momento de vacilación y acaso de arrepentimiento, al ver que Espartero retiraba parte de sus ofrecimientos y aumentaba sus exigencias, le obligaron a apresurar la firma del convenio de Vergara, llevando sus batallones, el primero los vizcaínos y el segundo los castellanos, a los puntos que les designó Espartero.

Aún no quería creer Don Carlos en la posibilidad de una traición. No concebía que aquellos voluntarios que lucharon durante seis años por su causa, le abandonaran de la noche a la mañana: alguien le aconsejó que se presentase ante ellos, los arengara, y una vez ganadas sus voluntades, fuera a su frente, primero a apoderarse de Maroto y a castigar su negra traición, y después a luchar contra Espartero y a destruirle en una batalla, conducida con la decisión y energía que da la desesperación. En el camino real que conduce de Vergara a Elorrio formaron varios batallones guipuzcoanos, castellanos y vizcaínos. Don Carlos desfiló ante ellos y les arengó, y cuando esperaba que de sus pechos salieran vivas entusiastas para su Rey y mal-

(1) El Mariscal de campo don Antonio de Urbiztondo, en su opúsculo "Apuntes sobre la guerra de Navarra en su última época y especialmente sobre el Convenio de Vergara", publicado el 1840, dice que sirvió de intermediario entre el Cuartel Real y Maroto (para lo cual se levantó el destierro que pesaba sobre él, Villarreal, Latorre, Elío, etc., con el fin de congraciarse con ellos) cuando éste, furioso, avanzaba contra la sede de Don Carlos.

Maroto amenazaba con fusilar a las personas del Cuartel Real más destacadas y aun a los Ministros de su Rey, *aunque estuvieran escondidos debajo de la cama de Su Majestad*, según dijo a Urbiztondo, si no se les desterraba en el acto a Francia. Y para el destierro salieron con el fin de evitarles algo peor. Y fué Urbiztondo el encargado de conducirlos y custodiarlos.

diciones para Maroto, vió con dolor y asombro que sólo unos pocos dieron voces de “¡Viva el Rey!”; la mayor parte guardaron un silencio alarmante y algunos gritaron “¡Viva Maroto!” Cuando se halló frente a los guipuzcoanos y les arengó, el silencio fué absoluto; entonces, uno de los jefes de su escolta le dijo: “*Majestad, es que no entienden el castellano*”, y en virtud de esto Don Carlos mandó llamar al Brigadier Iturbe, que mandaba aquellas fuerzas, y le hizo traducir su breve arenga; pero Iturbe, acaso con mala intención, se limitó a preguntarles si querían la paz, y aquellos batallones contestaron en vascoence: “*¡Pakia, pakia!*”, “*Paz, paz!*” (1).

Convencido Don Carlos de que ya no podía contar ni con los batallones castellanos, ni con los guipuzcoanos, ni con los vizcaínos que mandaban, respectivamente, Urbiztondo, Iturbe y Latorre, se retiró a galope hacia Villafranca, para aproximarse a la frontera francesa.

Los jefes navarros y alaveses, los Zaratiegui, Elío, Villarreal, etc., permanecieron fieles a su Rey, pero los batallones de ambas provincias se hallaban desmoralizados e indisciplinados, a causa de la desorientación que produjo en ellos, primero, el bárbaro asesinato de los Generales navarros en Estella, y después, la propaganda que hicieron en favor de Maroto sus jefes más inteligentes, creyendo de buena fe que Maroto era un General capaz y digno. La sublevación de los batallones 5.º y 11.º de Navarra, que se hallaban acantonados en Vera y Lesaca, al grito de “*¡Muera Maroto! ¡Mueran los traidores!*”, contribuyó a aumentar el confusionismo, pues estos batallones adoptaron una actitud hostil, no sólo contra Maroto, sino también contra generales que consideraban dudosos, como Zaratiegui, Villarreal, etc. Mandaba el 5.º de Navarra el Coronel, procedente de Guardias de Corps, don Juan Bautista Aguirre, pero dirigían el movimiento insurreccional, o mejor dicho leal, el Cura Echeverría, Teijeiro y demás personajes, enemigos declarados de Maroto (2).

(1) En Guipúscoa se escribe “*Pakea*” y en Navarra “*Pakia*”.

(2) El Conde de Rodezno, en su obra “Carlos VII”, dice que Aguirre fué marotista, cuando la verdad es que aquel joven y brillante Coronel fué todo lo contrario, leal y fidelísimo a Carlos V hasta el último momento.

Durante estos últimos días tuvo lugar un hecho lamentable y vergonzoso, que sólo se explica por el desorden y la indisciplina que acompañan siempre a las grandes derrotas: el asesinato salvaje y cruel de don Vicente González Moreno, que fué por dos veces General en Jefe de las tropas carlistas del Norte de España, personaje discutido y por algunos duramente censurado, pero no por su deslealtad ni por su conducta, sino por su estrechez de criterio y espíritu partidista. Mientras militó en las filas carlistas, obró siempre con fidelidad, diligencia y lealtad acrisoladas, aunque cometió graves errores. Fué asesinado en Urdax, a un kilómetro de la frontera francesa, por la soldadesca desenfrenada, cuando la iba a cruzar.

Al verse Don Carlos traicionado por Maroto, Urbiztondo (1), Simón de la Torre e Iturbe, quienes mandaban las fuerzas castellanas, vizcaínas y guipuzcoanas que se entregaron en Vergara,

(1) En el mismo folleto, antes citado, de Urbiztondo, se dice que diez días antes de la firma del Convenio de Vergara hubo una reunión de jefes en el alojamiento de Maroto, en Villarreal de Zumárraga, en la que se preguntó "si convenía o no obedecer las órdenes de Don Carlos" de ir a sofocar la insurrección del cura Echeverría y otros en Vera y Lesaca, y afirma que la mayoría se puso del lado de Maroto. Discreparon los jefes del Batallón de Guías y 1.º de Navarra y el del cuarto escuadrón, a pesar de la predilección con que los miraba Maroto, desde los fusilamientos de Estella, en que estuvieron a su lado. A causa de esta discrepancia se confió a Urbiztondo la misión secreta de salir de incógnito para el Cuartel General de Guipúzcoa a reclamar una autorización por escrito, la que obtuvo, para proceder al tratado de paz meditado por Maroto.

Las proposiciones de Maroto a Espartero, según comunicación que aquél dirigió a Urbiztondo, desde el Cuartel General de Elgueta, en 25 de agosto de 1839, contenían los siguientes extremos: 1.º Reconocimiento del señor Don Carlos María de Borbón como Infante de España. 2.º Reconocimiento de los Fueros provinciales en toda su extensión. 3.º Reconocimiento de todos los empleos y condecoraciones en el ejército, dejando a mi arbitrio el ascenso o premio de alguno que se considerase acreedor a ello.

De esta propuesta de Maroto sólo fué aceptada una parte por Espartero tras larga discusión, lo que dió lugar a vacilaciones y disgustos, aun entre los batallones ya comprometidos. El mismo Maroto quedó muy defraudado y descontento y dispuesto a volverse atrás, lo que impidieron Urbiztondo, Cuevillas y Latorre, principalmente.

y con las navarras y alavesas en completa desorientación e indisciplina, pasó la frontera, camino de Francia y del destierro, precisamente por el mismo punto por donde penetró en Navarra, lleno de ilusiones y de esperanzas, en 1834, por Dancharinea, y presentóse al General Harispe, Jefe de Bayona, quien le encaminó a Bourges, lugar que había sido designado para su residencia por el Gobierno francés. Y allí vivió, con la misma dignidad, con la misma elegante compostura y con la misma cristiana resignación de que dió muestras durante toda su ejemplar vida.

“Don Carlos era virtuoso y timorato, príncipe sufrido y resignado (dice uno de sus historiadores), que durante una larga guerra de montaña y un riguroso y no menos prolongado cautiverio, supo arrostrar con serenidad y constancia admirables los más duros tratamientos y las más acerbas privaciones. Porque Don Carlos no fuese un general modelo, ¿habrán de negarse su honradez acrisolada y su ejemplar religiosidad? Carlos V permaneció en su destierro y confinamiento de Bourges hasta 1854, en que se trasladó a Trieste.”

Murió el primer Rey de la dinastía carlista (que reinó en una buena parte del territorio español durante más de seis años), en 10 de marzo de 1855, a los sesenta y siete de edad, en Trieste, y fué enterrado en la cripta de la catedral triestina, la que es llamada “El Escorial Carlista” por haber sido enterrados en ella casi todos los descendientes de Don Carlos V.

El Convenio de Vergara, llamado así porque fué ratificado en Vergara, aunque firmado en Oñate, decía:

“Artículo 1.º El Capitán General don Baldomero Espartero recomendará con interés al Gobierno el cumplimiento de su oferta de comprometerse formalmente a proponer a las Cortes la concesión o modificación de los fueros.

”Art. 2.º Serán reconocidos los empleos, grados y condecoraciones de los Generales, Jefes, Oficiales y demás individuos dependientes del Ejército del Teniente General don Rafael Maroto, quien presentará las relaciones con expresión de las armas a que pertenecen, quedando en libertad de continuar sirviendo, defendiendo la Constitución de 1837, el Trono de Isabel II y la regencia de su augusta madre, o bien de retirarse a sus casas los que no quieran seguir con las armas en la mano.

"Art. 3.º Los que adopten el primer caso de continuar sirviendo, tendrán colocación en los Cuerpos del Ejército, ya de efectivos, ya de supernumerarios, según el orden que ocupan en la escala de las inspecciones a cuya arma correspondan.

"Art. 4.º Los que prefieran retirarse a sus casas, siendo Generales o Brigadieres, obtendrán su cuartel para donde lo pidan, con el sueldo que por el Reglamento les corresponda: los Jefes y Oficiales obtendrán licencia ilimitada o en retiro, según su Reglamento. Si alguno quisiere licencia temporal, la solicitará por el conducto del Inspector de su arma respectiva y le será concedida, sin exceptuar esta licencia para el extranjero, y en este caso, hecha la solicitud, por el conducto del Capitán General don Baldomero Espartero, éste les dará el pasaporte correspondiente, al mismo tiempo que dé curso a las solicitudes recomendando la aprobación de S. M.

"Art. 5.º Los artículos precedentes comprenden a todos los empleados del Ejército, haciéndose extensivos a los empleados civiles que se presenten a los doce días de ratificado este convenio.

"Art. 6.º Si las divisiones navarra y alavesa se presentasen en la misma forma que las divisiones castellanas, vizcaínas y guipuzcoanas, disfrutarán de las condiciones que se expresan en los artículos precedentes.

"Art. 7.º Se pondrá a disposición del Capitán General don Baldomero Espartero los parques de artillería, maestranzas, depósitos de armas, de vestuarios y víveres que estén bajo la dominación y arbitrio del Teniente General don Rafael Maroto.

"Art. 9.º Los prisioneros pertenecientes a los Cuerpos de las provincias de Vizcaya y Guipúzcoa y los de los Cuerpos de la división castellana que se conformen en un todo con los artículos del presente convenio, quedarán en libertad, disfrutando de las ventajas que en el mismo se expresan para los demás. Los que no se convinieren sufrirán la suerte de los prisioneros.

"Art. 10.º El Capitán General don Baldomero Espartero hará presente al Gobierno, para que éste lo haga a las Cortes, la consideración que se merecen las viudas y huérfanos de los que han muerto en la presente guerra, correspondiente a los Cuerpos a quienes comprende este convenio.—*Espartero. Iturbe.*

Cuevillas. Francisco Fulgosio. Cabañero. Díez Mogrovejo. Lasala. José Fulgosio. Eguía. Selgas. López Cabañas. Lagartu."

Este convenio fué ratificado por Espartero y Maroto en Vergara, el 31 de agosto de 1839.

Fueron Urbiztondo y La Torre quienes más trabajaron por decidir a las tropas—que se presentaban reacias—a entregarse en Vergara, con don José Fulgosio, don Hilario Alonso Cuevillas y Lasala.

Iturbe, que mandaba la división guipuzcoana y que fué el primer firmante del convenio, aún el día 31 de agosto escribía desde Ormaiztegui a Zariatégui, hablándole de la *inicua trama preparada por el General Maroto* y presentándose dispuesto a todo sacrificio por S. M. Don Carlos. A la división vizcaína hubo que llevarla a Vergara casi a la fuerza.

El secretario de Maroto, Martínez, y el ayudante de La Torre, Elorriaga, intervinieron activamente para arrastrar a los remolones.

Urbiztondo acudió el primero a Vergara con la división castellana y convenció a Iturbe de que lo siguiese, cuando Iturbe intentaba convencer a Urbiztondo de lo contrario. Es altamente elogiosa la conducta de la división guipuzcoana, la que, a pesar de estar casi firmado el convenio, luchó admirablemente en la línea de Andoain contra las tropas de la guarnición de San Sebastián, que la atacaron, creyéndola desmoralizada. Esto prueba que no acudieron a Vergara por rehuir la lucha y el peligro, sino por obedecer a sus jefes superiores (que la traicionaron), rindiendo un excesivo culto a la obediencia y a la disciplina.

De las fuerzas guipuzcoanas, los jefes que más se esforzaron para arrastrar las tropas a firmar el convenio fueron el Mariscal Lardizábal y el Coronel Fernández, que mandaba el primer batallón.

El General guipuzcoano Guibelalde permaneció siempre fiel a su causa y a su Rey, y tomó el mando de Guipúzcoa, aunque sólo nominalmente.

Después de firmado el convenio, Espartero marchó a Tolosa en persecución de Don Carlos, que se encaminó a Navarra, buscando el apoyo de los voluntarios de aquel reino, cuyos jefes principales, Zariatégui, Elío y Goñi, estuvieron en tratos con Maroto, pero a quien no quisieron seguir en su traición los dos

primeros. No podemos decir lo mismo del tercero, que fué uno de los mayores culpables de los fusilamientos de Estella.

Era a la sazón Gobernador de Estella don Francisco Ortigosa, y tanto éste como Goñi trataron de reunir a los batallones carlistas en la Corte de Don Carlos para entregarlos a Espartero, sin conseguirlo.

Desmoralizados los batallones alaveses y navarros, se retiraron en desorden hacia la frontera francesa, cometiendo excesos en su marcha: penetraron en el país vecino unos ocho mil hombres, casi a la vez que lo hacía Don Carlos por Dancharinea, el 14 de septiembre.

La última fortaleza en rendirse en el país vasco-navarro fué el castillo de Guevara, situado en una colina entre Vitoria y Salvatierra a la izquierda de la carretera general—en dirección norte—, desde la que se divisan perfectamente sus ruinas.

Así terminó la primera guerra civil en el Norte. Mella, al contemplar el pequeño espacio de terreno donde se entregaron en Vergara las fuerzas carlistas y donde se dieron el famoso abrazo Espartero y Maroto, puso este epitafio: “¡Qué campo tan pequeño para una traición tan grande!”

El convenio de Vergara fué muchas veces vulnerado, pero sólo alguna vez protestó Maroto, como se ve por este documento. Decía el general traidor, al enterarse del atropello cometido en Valencia con uno de los jefes convenidos:

“Sin unión no puede haber paz ni felicidad. Sin unión no puede haber nación fuerte ni Gobierno respetado... y no puede haber unión donde a una clase numerosa y valiente, no sólo no se respetan los derechos consignados en tratos solemnes, sino que se la persigue y maltrata diariamente, como si fuese una clase proscrita y aparte de la nación española.

”A la unión sacrificamos en los campos de Vergara 42 batallones, cerca de 2.000 caballos, todos perfectamente armados y montados y otra infinidad de recursos...

”Entonces éramos buenos, éramos grandes, éramos beneméritos. Hoy es un delito y una cosa indigna y un escándalo insufrible el que uno de nosotros, el que un coronel faccioso como ustedes llaman... disfrute de las prerrogativas de la ordenanza militar.”

Arizaga y Pirala han tratado de vindicar y defender a Ma-

roto; el primero, por ser su protegido y el segundo por ser su amigo, como lo era también de Espartero; pero, pese a sus defensas, el nombre de Maroto pasó a la Historia como el del gran traidor, aunque parece que no le aprovechó mucho su traición. Fué nombrado Ministro del Tribunal Supremo de Guerra y Marina, pero en 1847 pasó a Chile, por asuntos particulares, y murió a los sesenta y cuatro años; hay quien dice que asesinado por un veterano carlista.

Maroto, en todo caso, fué menos interesado que algunos de sus subordinados, como Urbiztondo, que llegó a Capitán general, Ministro de la Guerra y Jefe del Cuarto Militar del Rey consorte; como Fulgoso, etc., etc.

La modestia con que vivió da a entender que no quiso cotizar su traición al precio que pudo hacerlo, y esto despierta o debe de despertar en el ánimo, aun de sus más severos críticos, un sentimiento de piedad. A veces uno se pregunta, al estudiar a fondo a este difícil personaje: ¿Se arrepintió de su traición, aun antes de consumarla? Lo que sí parece cierto es que se arrepintió después, al ver que las promesas solemnes quedaron incumplidas.

CAPITULO IX

Intervención extranjera.—La Cuádruple Alianza.—Participación de las Legiones extranjeras en la lucha.—Derrotas de la Legión inglesa.—Intervención de Inglaterra y Francia en negociaciones secretas para la paz.—Muñagorri e Inglaterra.—Intrigas de Avinareta.

SIN que se pueda afirmar que la guerra de los Siete Años fué una guerra internacional, sí puede asegurarse que en ella tomaron parte muy activa los países extranjeros, y especialmente Inglaterra.

Hallábanse por parte de Don Carlos, Prusia, Rusia, Austria, Sicilia y Cerdeña, pero el apoyo que le prestaron fué más bien confidencial y discreto; no oficial. Le enviaron fondos, acaso secretamente algunas armas, pero de ahí no pasaron y se negaron incluso a conceder beligerancia a los ejércitos de Don Carlos, aunque parece ser que se la prometieron en el caso en que conquistara la importante plaza comercial de Bilbao.

El Papa también se mantuvo en una actitud discreta y reservada, aunque sus simpatías parecían inclinarse del lado de Don Carlos, pero no retiró su Nuncio de la Corte de Madrid, aunque nombró un legado pontificio en la de Don Carlos, cargo que recayó en el famoso Obispo de León.

Los poderes que apoyaron a Cristina e Isabel actuaron, en cambio, clara y decididamente en su favor, formando la Cuádruple Alianza que fué concertada entre Francia, Inglaterra, Portugal y la España liberal. Entonces, como ahora, la España gubernamental, el Gobierno constituido, se hallaba en mino-

ría y representaba la extrema izquierda del país, mientras que la masa y todo el elemento auténticamente español prestaba apoyo y calor a la causa de Don Carlos.

Las naciones signatarias de la Cuádruple Alianza no sólo prestaron apoyo diplomático y financiero al Gobierno de Cristina, sino que enviaron en ayuda de las maltrechas huestes liberales a sus legiones, de las cuales la más numerosa fué la inglesa, fuerte de unos 12.000 hombres, al mando del Teniente general sir Lacy Evans. La legión portuguesa estuvo al mando del General Barón Das Antas, y la francesa al del General Degrelle.

Enviaron además cantidades ingentes (dada la época) de armas y municiones, y una escuadra al mando del Almirante inglés sir John Hay, la que permaneció durante casi toda la guerra en aguas de Vizcaya y Guipúzcoa.

He aquí el preámbulo y el texto del Tratado de la Cuádruple Alianza:

“Convenio entre S. M. la Reina Gobernadora y Regente de España, durante la menor edad de su hija Doña Isabel II. SS. MM. el Rey de los franceses, el Rey del Reino Unido de la Gran Bretaña e Irlanda y S. M. I. el Duque de Braganza, Regente del Reino de Portugal, a nombre de S. M. la Reina Doña María II.

”S. M. la Reina Gobernadora y Regente de España, durante la menor edad de su hija Doña Isabel II, Reina de España, y S. M. I. el Duque de Braganza, Regente del Reino de Portugal y de los Algarbes, a nombre de la Reina Doña María II, íntimamente convencidos que los intereses de ambas coronas y la seguridad de sus dominios respectivos exigen emplear inmediata y vigorosamente sus esfuerzos unidos para poner término a las hostilidades, que si bien tuvieron por objeto primero atacar el trono de S. M. I., proporcionando hoy amparo y apoyo a los súbditos desafectos y rebeldes de la corona de España, y deseosas SS. MM. al mismo tiempo de proveer los medios necesarios para restituir a sus súbditos los beneficios de la paz interior, y a firmar mediante los recíprocos buenos oficios la amistad que desean establecer y cimentar ambos Estados; han determinado reunir sus fuerzas con el objeto de com-

pelar al Infante Don Carlos de España y al Infante Don Miguel a retirarse de los dominios portugueses.

"En consecuencia, pues, de estos convenios, SS. MM. Regentes se han dirigido a SS. MM. el Rey del Reino Unido de la Gran Bretaña e Irlanda y a S. M. el Rey de los franceses; y SS. MM., considerando el interés que deben tomar siempre por la seguridad de la monarquía española, y hallándose además animados del más vehemente deseo de contribuir al restablecimiento de la paz en la Península, como en todas las demás partes de Europa, y S. M. B. considerando también las obligaciones especiales derivadas de su antigua alianza con el de Portugal, SS. MM. han consentido en entrar como parte en el siguiente convenio:

"Al efecto, SS. MM. han tenido a bien nombrar como plenipotenciarios a saber:

"S. M. la Reina Regente de España, durante la menor edad de su hija Doña Isabel II, Reina de España, a don Manuel Pando Fernández de Pinedo Alava y Dávila, Marqués de Miraflores, Conde de Floridablanca y de Villapaterna, señor de Villagarcía, Grande de España, Caballero Gran Cruz de la real y distinguida Orden de Carlos III, y enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de S. M. C. cerca de S. M. B.

"S. M. el Rey de los franceses, a don Carlos Mauricio de Talleyrand Perigord, Príncipe de Tayllerand, par de Francia, Embajador extraordinario y plenipotenciario del Rey de los franceses cerca de S. M. B., Gran Cruz de la Legión de Honor, Caballero de la insigne Orden del Toisón de Oro, Gran Cruz de la Orden de San Esteban de Hungría, de la de San Andrés y de la del Aguila Negra.

"S. M. el Rey del Reino Unido de la Gran Bretaña e Irlanda, al muy honorable Enrique Juan, Vizconde de Palmerston, Barón del Temple, par de Irlanda, miembro del muy honorable Consejo privado de S. M. B., Caballero de la muy honorable Orden del Baño, miembro del Parlamento y principal Secretario de Estado en el departamento de Negocios Extranjeros.

"S. M. I. el Duque de Braganza, Regente del Reino de Portugal y de los Algarbes, a nombre de la Reina Doña María II, a don Cristóbal Pedro de Moraes Sarmiento, del Consejo de S. M. I., hidalgo Caballero de la Casa Real, Comendador de

la Orden de la Concepción de Villaviciosa, Caballero de la Orden de Cristo, y enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de S. M. I. cerca de S. M. B.

"Los cuales han convenido en los artículos siguientes:

"Artículo 1.º S. M. I. el Duque de Braganza, Regente del Reino de Portugal y de los Algarbes, a nombre de la Reina Doña María II, se obliga a usar de todos los medios que estime en su poder para obligar al Infante Don Carlos a retirarse de los dominios portugueses.

"Art. 2.º S. M. la Reina Gobernadora y Regente de España, durante la menor edad de su hija Doña Isabel II, Reina de España, rogada e invitada por el presente acto por S. M. I. el Duque de Braganza, Regente en nombre de la Reina Doña María II y teniendo además motivos de justas y graves quejas contra el Infante Don Miguel por el sostén y apoyo que ha prestado al pretendiente a la corona de España, se obliga a hacer entrar en el territorio portugués el número de tropas españolas que acordarán después ambas partes contratantes, con el objeto de cooperar con la de S. M. F., a fin de hacer retirar de los dominios portugueses a los Infantes Don Carlos de España y Don Miguel de Portugal; obligándose además S. M. la Reina Gobernadora Regente de España a mantener por cuenta de la España, y sin gasto alguno de Portugal, las tropas españolas, las cuales serán recibidas y tratadas en todos conceptos como sean recibidas y tratadas las tropas de S. M. I.; y S. M. la Reina Regente se obliga a hacer retirar sus fuerzas fuera del territorio portugués, apenas el objeto mencionado de la expulsión de los Infantes se haya realizado, y cuando la presencia de aquellas tropas en Portugal no sea ya requerida por S. M. I. el Duque Regente, en nombre de la Reina Doña María II.

"Art. 3.º S. M. el Rey del Reino Unido de la Gran Bretaña e Irlanda se obliga a cooperar, empleando una fuerza naval en ayuda de las operaciones que han de emprenderse en conformidad de las estipulaciones del presente tratado de las tropas de España y Portugal.

"Art. 4.º En el caso que la cooperación de la Francia se juzgue necesaria por las altas partes contratantes para conseguir el fin de este tratado, S. M. el Rey de los franceses se

obliga a hacer en este particular todo aquello que él y sus augustos aliados determinasen de común acuerdo.

"Art. 5.º Las altas partes contratantes han convenido que a consecuencia de las estipulaciones contenidas en los artículos precedentes, se hará inmediatamente una declaración anunciando a la nación portuguesa los principios y objeto de las estipulaciones de este tratado, y S. M. I. el Duque de Braganza, Regente en nombre de la Reina Doña María II, animado del sincero deseo de borrar todo recuerdo de lo pasado y reunir en derredor del trono de S. M. I. la nación entera sobre la que la Divina Providencia la ha llamado a reinar, declara su intención de publicar al mismo tiempo una amnistía amplia y general en favor de todos los súbditos de S. M. I. que dentro de un término que se señalará vuelvan a su obediencia; y S. M. I. el Duque Regente, en nombre de su hija la Reina Doña María II, declara también su intención de asegurar al Infante Don Miguel, luego que salga de los estados portugueses y españoles, una renta correspondiente a su rango y nacimiento.

"Art. 6.º El presente tratado será ratificado, y las ratificaciones se canjearán en Londres en el espacio de un mes, o antes si fuere posible.

"En fe de lo cual los respectivos plenipotenciarios lo firmaron y sellaron con el sello de sus armas.

"Dado en Londres, a 22 de abril del año de Nuestro Señor 1834.—Firmado.—*El Marqués de Miraflores.*—*Príncipe de Talleyrand.*—*Palmerston.*—*Cristóbal Pedro de Moraes Sarmiento.*"

Se ratificó este convenio en 31 de mayo de 1834.

Aunque en el convenio transcrito no se habla para nada de apoyo alguno mediante envío de fuerzas terrestres, de armas y municiones, los tres países extranjeros contratantes enviaron grandes cantidades de material y de hombres, especialmente Inglaterra. El orgullo de los militares cristinos, así como su amor propio, quedaron heridos porque el socorro extranjero ponía al descubierto su impotencia para vencer a las *hordas facciosas* de Don Carlos, pero pasaron por esa humillación y admitieron la ayuda de mercenarios extranjeros que vinieron a auxiliarles a triunfar de aquellos enemigos a quienes maltrataban de palabra, pero ante quienes huían mohinos y derrotados.

Todo ello prueba hasta la saciedad, primero, la superioridad de las fuerzas carlistas sobre las liberales, y segundo, que la causa carlista gozaba de mayores simpatías y apoyos en el pueblo que la liberal; y si los liberales hubieran sido sinceros y hubieran obrado de acuerdo con la ley de las mayorías y con el sufragio universal que predicaban, mal podían oponerse a una mayoría que no solamente votaba en las urnas, sino que votaba dando su sangre y su vida por la causa que defendía. Sólo un liberalismo hipócrita, apoyado por una masonería anti-patriótica, por lo mismo que era internacional, podía oponerse a los legítimos derechos de Don Carlos y a los anhelos fervientes y profundamente españoles de su partido.

La Cuádruple Alianza reunió a los estados liberales y masonizantes de Europa en contra de los autoritarios y tradicionales. Su propósito fué la implantación del régimen constitucional en España y Portugal, contra el deseo y la opinión de la mayoría de ambos países. Era evidente que el trono de Portugal correspondía a Don Miguel de Braganza, hermano de Don Pedro, Duque de Braganza y Emperador del Brasil, quien al separar aquel país de la metrópoli y proclamarse Emperador del mismo perdió todos los derechos a la corona portuguesa, y no teniendo él derechos, mal podía transmitirlos a su hija Doña María de la Gloria; pero los liberales y masones portugueses y españoles hacían caso omiso del derecho y de las leyes fundamentales del país y de los intereses de la patria cuando se trataba de imponer sus planes y designios, y de ahí la tremenda lucha que entablaron contra el Regente de Portugal Don Miguel y el Infante de España Don Carlos. Colocar en el trono de ambos países a dos niñas recién nacidas, contra el derecho y la ley, era en sí un acto de vesania; pero colocarlas sabiendo que esto iba a provocar la guerra civil, era un crimen. El proceso mental que presidía toda esta actuación se halla gráficamente expresado en aquella frase muy en boga cuando Riego se sublevó en Cabeza de San Juan con las tropas que debían embarcar para América, en defensa de la metrópoli, de "Sálvense los principios y piérdanse las colonias", frase que más tarde habían de repetir los nefastos políticos que perdieron Cuba, Puerto Rico y Filipinas.

Cuando Don Carlos desembarcó del *Donegal*, en Porstmouth,

Palmerston le ofreció una renta vitalicia de 30.000 libras esterlinas, pagaderas por el Gobierno español, con garantía del Gabinete inglés, y Don Carlos contestó noblemente "que los derechos que tenía a la corona de España no podía renunciarlos sin faltar a sus obligaciones para con sus pueblos y a sus deberes para con Dios, de quien los había recibido".

En cambio, Don Miguel de Braganza, Regente de Portugal, celebró el convenio de Evora con su hermano Don Pedro, Emperador del Brasil, y padre de Doña Gloria, rindiéndose a éste y obteniendo una renta anual de 1.500.000 reales.

No será inoportuno, para que se pueda formar una idea aproximada de los auxilios que las potencias signatarias del cuádruple tratado, especialmente Francia e Inglaterra, prestaron al Gobierno de la Reina contra los carlistas, consignar aquí una nota presentada por lord Palmerston a la Cámara de los Comunes de su país, de la cual resulta que sólo el Gobierno inglés suministró al de Madrid, desde diciembre de 1834 hasta el 6 de abril del año 1838, los efectos siguientes: 321.000 fusiles, 10.000 carabinas, 3.600 pistolas, 10.000 espadas, 4.000 carabinas rayadas (rifles), 6.000.000 de cartuchos de fusil, 19.856 cartuchos de cañón, 938.534 libras de pólvora, 39.359 cajas y barriles, 27 cañones de hierro, 12 morteros del mismo metal, 24 piezas de campaña, 14 de grueso calibre, 12 carros de municiones, 18.472 balas de cañón y bombas y 1.000 reposteros o cubiertas.

Un cañón de hierro de 18,6 carronadas de 18,30 fusiles, 40 pistolas, 40 espadas, municiones, balas de cañón, etc., etc., para la goleta *Isabela*. Dos cañones de hierro del 32, 80 fusiles, 40 pistolas, 100 espadas, 40 picas y municiones, balas, etc., para el buque de vapor *Isabel II*.

15.000 fusiles, 1.200 carabinas, 8.550 pistolas, 600 carabinas rayadas (rifles), 5.608.000 cartuchos de fusil, 22.025 cartuchos de cañón, 13.018 libras de pólvora, 11.429 cajas y barriles, 26 cañones de cobre, dos obuses de hierro, 4.730 cohetes a la Congreve, 350 cohetes para señales, 18.487 cohetes, 13.942 balas de cañón y bombas, 90 carros para los cohetes y muchos objetos para hospitales, etc., etc., con destino a la Legión inglesa.

La cantidad de municiones suministrada por el Gobierno francés durante la misma época es inmensa.

Como hemos dicho, de las Legiones extranjeras la más importante fué la inglesa.

Inglaterra no se decidió a mandar soldados del ejército regular, aunque sí envió marinos y buques de su escuadra, pero permitió que se reclutase la fuerza que constituyó la Legión, en la que se enrolaron (y aquí puede emplearse la frase con toda verdad) los indeseables de Londres. La mayor parte salió de la golfemia del barrio de Westminster, y sólo unos pocos vinieron a luchar por amor a la aventura, y menos aún por amor a las ideas. Esto no lo decimos nosotros; esto lo dicen los mismos autores ingleses de la época. Uno de ellos escribe lo siguiente: "La fuerza era real y verdaderamente una fuerza mercenaria, no sólo porque servía *por la paga*, sino porque servía sola y exclusivamente *por la paga*. Faltaban en ella todos los nobles sentimientos del patriotismo."

Sir de Lacy Evans era un general político y reclutó su gente con miras políticas y con apoyos pecuniarios muy importantes de su partido.

Las fuerzas de la Legión Inglesa, no acostumbradas a los rigores de una campaña ni a las privaciones ocasionadas por la falta de vestuario, de alojamiento, etc., pasaron grandes penalidades, especialmente mientras se alojaron en los fríos conventos de Vitoria y Oña, en lo más crudo del invierno. Además no les llegaba la paga más que con grandes retrasos, hasta el extremo de que pasaban meses y meses sin cobrarla. Esto trajo como consecuencia dos resultados fatales para ellos: el primero, que murieron de enfermedades 1.588, a causa de las privaciones y deficiencias de alojamiento, alimentación, etc., y el segundo, que al no cobrar se disolvió la Legión casi totalmente, de tal manera, que a mediados de 1837 se formó una segunda Legión con los restos de la primera, con sólo 1.746 plazas en total, en lugar de las 10 ó 12.000 de que se componía la anterior.

Como fuerza militar, la Legión Inglesa no conquistó laureles ni mucho menos; salvo en la batalla de Lugariz, donde murió el heroico General carlista Sagastibelza, y en los primeros momentos de la famosa batalla de Oriamendi, los ingleses

lucharon pésimamente. Combatían al abrigo de las plazas fuertes o de los buques de su escuadra, o de ambas cosas a la vez, y en cuanto se les ponían enfrente las fuerzas carlistas, en número regular, huían precipitadamente a refugiarse al abrigo de sus bases. Así ocurrió en Arrigorriaga, y sobre todo en la famosa batalla de Oriamendi, donde una impetuosa carga de los batallones del Infante Don Sebastián los metió a toda carrera en las casas y fuertes de la capital de su nombre.

La Legión Inglesa se reorganizó segunda vez en 1837, pero ya bajo el mando, no de sir Lacy Evans, sino del coronel O'Connell, y era tan desastrosa la condición en que se hallaba que el comisionado inglés Coronel Wylde describía su estado como de "vergonzoso abandono y descóntento".

Esta nuevamente reorganizada Legión tomó parte en la acción de Huesca contra la Expedición real, donde, según testimonio de autores ingleses, tampoco se distinguió excesivamente. Perdió en aquélla, entre muertos y heridos, 27 oficiales y 250 soldados. Volvió a luchar en Barbastro contra la misma Expedición, a la vez que la pequeña Legión Francesa, y tanto una como otra dieron pruebas de una total ausencia de espíritu militar, hasta el punto de que la Legión Inglesa, completamente desmoralizada, pidió su licenciamiento y que se la mandase inmediatamente a la costa. Aunque pudo convencerse y encuadrarla, de hecho ya quedó liquidada en estas acciones la fuerza legionaria británica, pues lo único que hizo fué insubordinarse después en San Sebastián, pidiendo más paga.

En resumen: la actuación, tomada en conjunto, de estas fuerzas mercenarias fué vergonzosa, para descrédito de quienes la enrolaron y enviaron a luchar en España, inmiscuyéndose en un pleito puramente nacional en el que nunca debió haber intervenido ningún país extranjero medianamente respetuoso con los derechos de otros pueblos y con la ley internacional, pero ley y derecho fueron en esta ocasión pisoteados para sojuzgar a España e imponerle un régimen que España repugnaba.

Inglaterra y Francia, independientemente de su intervención guerrera en favor de la causa liberal, actuaron también muy activamente, y empleando para ello diversos medios secretos, con el fin de introducir la división y la discordia en las filas carlistas. Procuraron resquebrajar y agrietar la unión com-

pacta y admirable que existía en el campo carlista en los primeros años de la guerra, valiéndose para ello de diferentes agentes secretos.

Sin ver un vulgar agente provocador, fué un peligrosísimo intrigante de la Corte de Don Carlos el diplomático señor Corpas, quien tuvo gran preponderancia en ciertos momentos y quien pertenecía al bando moderado o transaccionista. Este probablemente actuó, por lo menos al final de su gestión, en relación con el Gobierno francés y a las órdenes del mismo.

Otro de los agentes secretos de Francia que se halló en constante relación con Maroto fué Duffau Pauillac, que actuó como enlace entre Maroto y el Mariscal Soult, Duque de Dalmacia y Presidente del Consejo de Ministros y Ministro de Negocios Extranjeros de Luis Felipe en aquella época.

Las negociaciones se entablaron a base de la boda del primogénito de Don Carlos, el Príncipe Carlos Luis, con Isabel II; pero no tuvieron éxito.

Pero los personajes o personajillos que más activa parte tomaron en las gestiones, intrigas y proyectos que planearon las fuerzas ocultas hostiles a Don Carlos, fueron Muñagorri y Avinaretá. El primero era un joven afanoso de notoriedad, natural de Berástegui (Guipúzcoa), donde ejercía la profesión de escribano y en cuya comarca poseía algunas ferrerías. Este se puso en relación con el Almirante inglés sir John Hay y tuvo ocasión de exponerle su plan y la habilidad de conquistarlo totalmente.

Muñagorri sabía perfectamente que los voluntarios carlistas luchaban por la religión, por Don Carlos y por los fueros y que éstos se encontraban amenazados por el triunfo de los constitucionales, quienes deseaban hacer de España no sólo un país unido (que unido lo estaba, a pesar de los fueros, y mucho más unido que posteriormente, cuando éstos quedaron en parte abolidos), sino uniforme y centralista.

Muñagorri comprendió que no podía dividir a los carlistas atacando la religión y los fueros, pues en la defensa de ambos había unanimidad absoluta y total, y se dió cuenta de que el punto vulnerable, la fisura única posible era hacerles ver que podían seguir defendiendo la religión y los fueros, separándose de Don Carlos. También se apercibió de que al cuarto año de

guerra existía cierto agotamiento en el país y cierto anhelo de paz. Aprovechando la coyuntura que se le ofrecía, alzó la bandera de *Paz y Fueros*, con el apoyo entusiasta de Sir John Hay, quien asimismo era defensor de los fueros del país vasco que había confirmado Don Carlos V por Decreto del 7 de septiembre de 1834, en lo que afectaba a Vizcaya, y posteriormente en cuanto a Guipúzcoa.

Muñagorri intentó conquistar a algunos jefes carlistas de categoría, como Villarreal, haciéndoles ver que contaba con el apoyo de Francia e Inglaterra, pero nada consiguió sino que éstos comunicasen sus trabajos a sus superiores. Nadie en el campo carlista le daba autoridad ni crédito y ya anteriormente habían rechazado similares ofertas que partieron de Espartero, quien en mayo de 1837 publicó en Hernani dos proclamas dirigidas a las provincias vascongadas, en una de las cuales decía: "Como General en jefe del ejército de la Reina y en nombre de su Gobierno, os aseguro que vuestros Fueros, que habéis temido perder, os serán conservados y que jamás se ha pensado en despojaros de ellos." Esta proclama no produjo el menor efecto.

Muñagorri, a fuerza de dinero, en parte propio y en gran parte proporcionado por Inglaterra, consiguió levantar en la región donde nació una pequeña fuerza, compuesta de obreros de sus ferrerías y de desertores e indeseables de uno y otro bando, la que se disolvió como por ensalmo al aproximarse un batallón que mandó en su persecución el Brigadier carlista Iturbe. Entonces Muñagorri pasó a Francia, donde siguió intrigando y trabajando, apoyado siempre por sir John Hay, quien se metió a político y diplomático con un gran afán de representar papeles de personaje.

Francia no quiso sostener la menor relación con Muñagorri y más bien obstaculizó todos sus pasos: los Generales de Cristina tampoco fueron favorables a sus andanzas, y cuando Muñagorri les propuso apoderarse del fuerte de Valcarlos, para desde allí extender su red de intrigas por Navarra y Vascongadas, se negaron terminantemente a acceder a su petición y le hicieron saber que ni él, ni la fuerza que pudiera reunir en Francia, podrían atravesar territorio ocupado por las fuerzas cristinas.

A pesar de estos fracasos, sir John Hay seguía apoyándole,

haciendo el ridículo ante su país, ante Francia y ante carlistas y liberales.

Con las 20.000 libras esterlinas que le proporcionó Inglaterra logró Muñagorri enrolar hasta 1.500 partidarios que residían en el lado francés, la mayor parte de los cuales eran desertores de uno y otro campo, y como no podía penetrar en territorio español ocupado por las fuerzas contendientes, pues ambas se lo prohibían, se recurrió a un ingenioso plan, que consistía en instalarse en la misma frontera, a orillas del Bidasoa. Así surgió el campamento de Lastaola, situado entre Behobia y Enderlaza, donde con ayuda secreta de ingenieros y zapadores que le proporcionó sir John Hay, contra la opinión del Gobernador militar de Irún, que era a la sazón O'Donnell, jefe cristino, se instaló en tiendas de campaña, etc., proporcionadas por el citado Almirante inglés. El de Muñagorri era un tercer frente, pero de trapo.

Pocos días subsistió este famoso campamento y no quedó del "episodio Muñagorri" más que un recuerdo de rechifla y un déficit considerable en las arcas de sir John Hay y del Gobierno de Madrid.

Sin embargo, no podemos negar que aquella semilla trajo más tarde algún fruto de duda y vacilación en las filas carlistas y que acaso Muñagorri y Avinareta consiguieron convencer a Inglaterra de que era preciso ofrecer a los batallones carlistas vascongados y navarros la conservación de los Fueros, para llevarlos al abrazo de Vergara.

Avinareta tuvo más talento y más finura en sus intrigas que Muñagorri y una mayor importancia, pero no empleó medios bélicos: prodigó la intriga y el soborno, sembró la desconfianza y el recelo, inventó documentos y comunicaciones, dió pábulo a las discordias y enemistades, y por esos medios fué minando la disciplina y la moral en el campo carlista y preparando el Convenio de Vergara.

Su plan contenía dos finalidades capitales: una, sembrar la división entre los voluntarios carlistas vasco-navarros y los castellanos, creando entre ellos el recelo y la desconfianza y un sentimiento de incompatibilidad que cien años más tarde había de florecer en lamentable separatismo; otra, apoderarse de Don Carlos y de su primogénito.

Eugenio de Avinareta tenía como agentes principales a Lo-

renzo Alzate, Secretario del Ayuntamiento de San Sebastián; a Domingo Orbegozo y a Eustasio de Amilibia. Tuvo un plan de gran osadía que consistía en apoderarse de Don Carlos y de su primogénito, que pasaban largas temporadas en Azcoitia; para esto disfrazaría de soldados carlistas a treinta o cuarenta conjurados, quienes al mando del sargento Elorrio, de las fuerzas de Jáuregui (*el Pastor*), llegarían sigilosamente a Azcoitia, donde la única guardia que tenía Don Carlos consistía en un par de docenas de cadetes distinguidos y algunos Oficiales que nunca se sabe a qué unidad pertenecen ni qué papel representan, pero que siempre se sitúan donde no suenan las balas. Aquellos se apoderarían de Don Carlos y de don Carlos Luis, de improviso, y en dos horas los llevarían por los montes a Zumaya, donde los embarcarían para el destino que se acordase. De este modo pensaban terminar la guerra civil. Pero este plan no mereció la aprobación de las autoridades cristinas.

Avinareta continuó las gestiones que anteriormente había iniciado en Bayona, con gran tenacidad y tesón, valiéndose para ello principalmente de la señorita Taboada, que residía en aquella ciudad fronteriza y que había sido confidente de Zumalacárregui al principio de la guerra. Apoyaba a Avinareta con calor y entusiasmo el entonces Ministro de Hacienda, don Pío Pita Pizarro, quien logró colocar en las filas carlistas y muy cerca de Don Carlos a su confidente José García Orejón, hombre astuto, vivo y de buena presencia, quien apareciendo como carlista *cien por cien*, puro e intransigente, logró conquistar el afecto de Don Carlos y del partido apostólico y reaccionario, entonces poderoso en la corte, apareciendo como el mayor enemigo de Maroto, cuyos planes, así como los de Avinareta, estaba encargado de hacer triunfar. García Orejón sostenía correspondencia secreta desde el Cuartel General de Don Carlos con Pita Pizarro y con el cónsul cristino en Bayona, señor Gamboa.

Utilizando todas estas relaciones traicioneras y estos enlaces fusilables, pudo Avinareta hacer fracasar un importante empréstito que preparaba Don Carlos con las casas Tastet y Francessenne, haciendo ver en las altas esferas que el producto de dicho empréstito se emplearía en beneficio de Maroto, para consumir la traición que, según los emisarios de Avinareta, preparaba aquel General. El intrigante hacía correr dichos ru-

mores cuando aún no había base sólida para ellos, con el fin de sembrar la desconfianza y la sospecha; y tras todo ello, el disgusto, el odio y el rencor que dan lugar al despecho y a veces a la defección y hostilidad más peligrosas.

De tal manera dieron crédito los carlistas de mejor buena fe a las insidias de Avinareta, que el banquero Tastet tuvo que salir precipitadamente del territorio carlista y volver a Francia.

Lo ocurrido en el campo carlista en los últimos dos años de la guerra del Norte es muy difícil de aclarar, pues los informes son contradictorios. Según unos, existía en Madrid una Sociedad secreta denominada "Club de los Jovellanistas", la que si no era masónica, era masonizante y la que tenía ramificaciones en Bayona y en el campo carlista. Avinareta hizo correr la noticia en el campo carlista de que Maroto pertenecía a dicha Sociedad y era jefe de la misma y que tenía el propósito de derrocar a Don Carlos. Se interceptaron comunicaciones inventadas que dicha Sociedad dirigía a Maroto y viceversa. Estas comunicaciones servían para despertar entre los anti-marotistas un odio implacable hacia el General en jefe de Don Carlos, y así fué creándose aquel ambiente denso y ponzoñoso que culminó en los fusilamientos de Estella y en el abrazo de Vergara.

Avinareta también intervino activamente, una vez terminada la contienda en Vascongadas y Navarra, en Cataluña, donde repitió la maniobra, intentando indisponer al Conde de España con los demás jefes carlistas del Principado, y especialmente con la Junta Gubernativa, haciéndoles ver que el Conde de España se hallaba en relación con Maroto, para traicionar a la causa y presentando a Segarra como el único jefe digno y capaz de ostentar la jefatura del ejército carlista catalán. A éste apoyó con entusiasmo la Junta Gubernativa, que depuso al Conde de España y que preparó y consintió su horrendo asesinato, viéndose al poco tiempo traicionada por el vil Segarra, que, ni como General ni como traidor, tuvo importancia alguna.

CAPITULO X

Morella.—Fusilamiento del Barón de Hervés.—Idem de Marcoval, Covarsi, etcétera.—Carnicer.—Cabrera.—Desastre de Mayals.—Alcanar.—Ferrer. Molina de Aragón.—Fusilamiento de la madre de Cabrera.—Represalias.

EN las provincias del Este de España la guerra duró casi un año más, merced al genio indomable, a la capacidad extraordinaria y al valor legendario de Ramón Cabrera; pero no empezamos por el fin.

Casi a la vez que en el Norte, se iniciaron los primeros alzamientos en Valencia, Castellón, Teruel, etc., y el 4 de octubre salía de Valencia el Barón de Hervés en dirección a Vinaroz, para de allí trasladarse a Morella, que iba a ser sede del alzamiento; pero éste no tuvo lugar hasta el 13 de noviembre. Con Hervés se alzaron Covarsi, Llorens, Victoria, Marcoval y otros jefes que se habían distinguido ya en la guerra de la Independencia y en la de realistas contra constitucionalistas; todos estos jefes se concentraron con muchos cientos de partidarios en Morella, donde se proclamó como Rey legítimo a Don Carlos V el 13 de noviembre. La plaza fué atacada por las fuerzas de los Generales cristinos Hoare y Bretón, y a causa de las disensiones y rencillas personales entre los diversos jefes carlistas, pues todos querían mandar, hubo desorden y falta de dirección, lo que dió lugar a que Morella fuera evacuada y abandonada. Dícese que Cabrera pronunció entonces, siendo simple soldado, estas palabras: "Si yo mandara aquí, otra cosa sucedería." Las fuerzas que se retiraban de Morella fueron atacadas en las inme-

diciaciones de Calanda por las tropas liberales y hechos prisioneros varios de sus jefes; fueron fusilados el Barón de Hervés y algunos de sus lugartenientes.

Tras esta derrota y dispersión ocurrió un caso curioso: se procedió al nombramiento de jefes por votación secreta, y don Ramón Cabrera, que era sargento, actuó de secretario escrutador, siendo elegido jefe de todas las fuerzas Marcoval, a quien, siguiendo esa tradición de indisciplina que ha caracterizado a los buenos carlistas de Cataluña y Levante, no quisieron obedecer Vallés, Chulvi y otros Oficiales que se creían con más derecho que Marcoval. Aquí ya empezó a destacarse el futuro héroe tortosino, quien al ver a Marcoval abatido y desconcertado y repitiendo: "Esto no tiene remedio", le dijo que él lo arreglaba todo, y en efecto, a las pocas horas los jefes disidentes, con sus escasas fuerzas, hicieron acto de sumisión a Marcoval.

Don Ramón Cabrera y Griñó nació en Tortosa el 27 de diciembre de 1806, de familia modesta y acomodada. Aunque de carácter y aficiones poco clericales, hizo la familia que estudiase en el seminario, pues le tenían reservado un beneficio en aquel obispado; pero Cabrera colgó los hábitos y vivió algún tiempo sin oficio ni beneficio.

Se cuenta que cuando Cabrera iba a recibir las órdenes menores, el Obispo de la diócesis le dijo: "Tú has nacido para ser militar: basta mirarte para conocer que no tienes vocación eclesiástica; no quiero ordenarte."

Hacia esa vida típica de pueblo grande, de medio señorito y medio vago, algo pendenciero y un tanto conquistador, cuando llegó a Tortosa la noticia de la muerte de Fernando VII, y Cabrera, que fué confinado a Barcelona por el Gobernador militar de Tortosa, burlando toda vigilancia, se fué a Morella a ofrecerse como voluntario a Don Carlos. Se cuenta que en la primera escaramuza, Cabrera, que llevaba fama de valentón, se tiró en una zanja al oír el silbido de las balas, lo que dió motivo a que sus compañeros le dijeran: "¿Pero tú eres Cabrera, el valiente Cabrera?", y que él, levantándose, les contestó: "Desde mañana sabréis quién es Cabrera." Efectivamente, desde aquel momento dió pruebas de valor extraordinario, jamás desmentidas.

Todos los jefes sublevados o murieron o quedaron relegados al olvido, salvo muy pocos.

Lo asombroso de estos levantamientos es que habiéndose alzado en los primeros momentos miles de realistas, a las pocas semanas solamente quedaban unas pocas docenas de partidarios que seguían a Marcoval, a Carnicer, a Cabrera, a Miralles (*el Serrador*), etc.

Así como tras la toma de Morella fueron fusilados el Barón de Hervés y otros jefes, a las pocas semanas lo fueron Marcoval, Soto, Covarsi, Monferrier y otros, en San Mateo, Lucena y Teruel.

Estos fusilamientos hicieron gran impresión en el ánimo de Cabrera, sobre todo el de su amigo y protector Marcoval, y dicen que exclamó: "¡Sangrienta será la guerra que empezamos! ¡Quiera Dios que algún día no haya de ser yo el vengador de estas muertes!"

Por entonces Cabrera actuaba ya como Comandante de una partida que reunía unos 200 hombres, y se encontró con Carnicer, antiguo Oficial realista y el de mayor graduación de los carlistas que actuaban en el Maestrazgo, quien fué proclamado jefe de todas las fuerzas de aquella zona: a sus órdenes actuó Cabrera. Al poco tiempo entró en campaña don Joaquín Quílez, antiguo Oficial de caballería del ejército, quien a duras penas se salvó en la derrota y desastre de Calanda. Permaneció oculto durante una larga temporada. Quílez fué un militar muy brillante, y organizó con gran éxito la caballería carlista y tomó parte muy destacada tanto en la guerra del Maestrazgo como en la del Norte, como veremos más adelante.

La batalla más importante que dieron las fuerzas reunidas de Carnicer, Cabrera y Quílez fué la de Mayals, situado entre el Ebro y el Segre, en la que las tropas de la Reina estaban mandadas por Bretón y Carratalá. Parecía una temeridad que aquellas huestes, que hasta entonces habían luchado en partidas sueltas, tomando parte en sorpresas y fuego de guerrillas, se decidieran a hacer frente a los soldados de la Reina, aguerridos y disciplinados y al mando de dos Generales, en un terreno llano y propicio a la acción de la caballería; parece ser que Carnicer no era partidario de presentar batalla, pero Quílez y Cabrera le decidieron.

Quílez mandaba unos 1.000 hombres y se situó sobre la ermita próxima a Mayals; Cabrera, con 500, se colocó a su izquierda y a vanguardia, y Carnicer quedó con el resto de las fuerzas en reserva. El encuentro fué muy duro y el resultado de la lucha estuvo indeciso, y aunque Cabrera hizo milagros, Bretón se arrojó con su caballería sobre los carlistas y los arrolló, no cayendo por milagro Cabrera prisionero, pues casi fueron envueltos sus soldados al ceder sus posiciones Carnicer y Quílez. De los 2.500 carlistas que tomaron parte en esta batalla sólo unos 200 siguieron a sus jefes; unos 400 fueron muertos y prisioneros, y los restantes se dispersaron y se escondieron en los montes.

La acción de Mayals tuvo una importancia enorme para la causa carlista, pues el propósito de Carnicer, Quílez y Cabrera, al atravesar el Ebro y presentar batalla, no era otro que el de sublevar Cataluña con fuerza y dar vigor y consistencia a las débiles partidas que merodeaban por las provincias del Principado. Se dice que de haber triunfado en Mayals, sólo en Tarragona hubiesen levantado más de 20.000 hombres, con lo cual era de esperar que el movimiento adquiriese en las provincias catalanas todo el vigor e importancia que alcanzó en las del Norte.

Damos tal importancia al desastre de Mayals en el principio del levantamiento, que creemos que a él se debió casi el resultado de la guerra, pues de haberse levantado el Principado en masa, como era probable, Aragón, Valencia y Cataluña hubieran luchado unidas a Navarra y Vascongadas, y mandadas y dirigidas por el genio de Zumalacárregui, en poco tiempo hubiera quedado dominada España por los batallones de Carlos V, pues no hay que olvidar que también hubo fuerzas carlistas armadas considerables en Castilla la Vieja y en La Mancha y hasta en Galicia y Andalucía.

Había llegado el momento de empezar a huir y a ocultarse, a marchar y a contramarchar, para evitar la prisión y la muerte. Los puertos de Beceite eran refugio de los voluntarios carlistas en los días de desgracia y derrota, y en estas circunstancias llegó el 24 de noviembre de 1834, en que Carnicer fué nombrado Brigadier de caballería y segundo Comandante general interino de Aragón. Carnicer nombró en seguida coronel de infantería

a don Ramón Cabrera y de caballería a don Manuel Añón, que tanto se distinguió en la acción de Mayals. Vista la persecución de que era objeto su fuerza, dió orden Carnicer de diseminarse en pequeñas partidas, y así se hizo, trasladándose Cabrera con la suya a Prat de Compte. Cabrera tomó entonces una resolución extraordinaria: la de dirigirse a Navarra y presentarse al Cuartel Real; llamó al Comandante García y le dijo: "Mañana se viene usted conmigo a Navarra; es urgente dar cuenta a Su Majestad del deplorable estado de sus defensores en Aragón y rogarle que envíe alguna fuerza para reanimar el abatido espíritu de tantos desgraciados. Si no alcanzamos el objeto, nos alistaremos en aquel ejército de simples voluntarios. Consultarlo con Carnicer es imposible porque ignoramos su paradero; el asunto no da tregua y en la guerra vale mucho el tiempo."

En 27 de enero, Cabrera y García, disfrazados de arrieros y acompañados de María la *Albeitaresa*, de Alloza, y montados en mulas cargadas de jabón y otras mercancías, salieron para Navarra y llegaron sin contratiempo hasta Zúñiga, presentándose Cabrera y García a Don Carlos, quien les escuchó y les dijo que volvieran a Aragón, donde sus servicios eran de más utilidad que en Navarra. Regresaron llevando un pliego para Carnicer, y se cuenta que hallándose Cabrera en una venta cerca de Belchite, reparó que uno de los arrieros le miraba con mucha atención. Cabrera le siguió a la cuadra, cuando salió de la cocina donde estaban reunidos y le preguntó: "¿De dónde es usted?" "De Montalbán", contestó el arriero. "He observado que usted me ha mirado mucho cuando estábamos sentados a la lumbre, y quisiera saber si usted halla en mí alguna cosa particular que le llame la atención." "Toma—dijo el arriero—, pues no he de mirar a usted con atención, si le conozco; usted es Cabrera." Oír esto y lanzarse sobre el arriero fué todo uno. "¡Chitón!—dijo Cabrera—, si usted habla, muere; vuélvase en seguida a la cocina y siéntese allí como antes." Y rápidamente montaron en las mulas y se fueron a Belchite y desde allí a Lécera, en busca de Carnicer, a quien por fin encontraron en Villarluengo, con sólo veintitrés infantes y ocho caballos.

Abrió Carnicer el pliego que le entregó Cabrera y dijo a éste que Su Majestad le mandaba trasladarse a Navarra y entregar el mando al jefe de más graduación. En su virtud, Carnicer se

lo entregó a Cabrera y preparó el viaje a Navarra. Este desgraciado jefe fué reconocido al atravesar el puente de Miranda de Ebro y fusilado.

No ha faltado quien haya acusado a Cabrera de haber comunicado al enemigo detalles sobre la marcha de Carnicer, que facilitaron su captura, pero en las diversas obras que hemos leído no hemos encontrado prueba alguna de tan graves afirmaciones. Parece que Carnicer no llevó su viaje con la reserva necesaria y siguió un trayecto mucho más largo y peligroso que el de Cabrera.

El primer encuentro de alguna importancia que tuvo Cabrera, en ausencia de Carnicer, ocurrió el 23 de abril, cerca de Alloza, donde le alcanzó Noguerras, al mando de 1.500 infantes y 140 caballos. En este encuentro demostró Cabrera condiciones de mando extraordinarias, batiéndose con el enemigo, muy superior en número, y retirándose en buen orden, a pesar de las cargas de caballería, hasta una colina, donde ya se sintieron seguros. Da idea de las condiciones sobresalientes de Cabrera el siguiente parte de Noguerras al Gobierno de Madrid:

"Comandancia General del Bajo Aragón. Excelentísimo señor: En los campos de Alloza he dado alcance a la facción unida de Cabrera, Quílez y Torner, en número de 400 a 450 infantes y algunos caballos; el día más a propósito para concluir la facción ha sido éste, pero no es creíble que Cabrera ni los suyos sean hombres; jamás he visto más decisión, valor ni serenidad; no es posible que las tropas de Napoleón hayan nunca hecho ni podido hacer una retirada, por un llano de cuatro horas, con tanto orden.

"Lejos de obtener ninguna ventaja de las que creía, no he observado sino desmayo de la tropa que tengo el honor de mandar, en vista de la resistencia que han opuesto un puñado de hombres dignos de defender mejor causa. Si a Cabrera no se le corta el vuelo, dará mucho que hacer a la causa de la libertad; debe el Gobierno tomar medidas fuertes y enérgicas para destruirlo, pues de lo contrario, aquél, con su prestigio y arrojo, tiene alucinada a su gente y llena de confianza, así como los pueblos. Tenemos que lamentar la pérdida del bravo Coronel Zabala, que ha dejado su honor bien puesto, y el de las armas. Mandaré a V. E. el parte circunstanciado de la victoria de este día, para

que haga de él los usos que estime convenientes. Dios guarde a V. E. muchos años. Alloza, 23 de abril de 1835. Excelentísimo Señor. Agustín Nogueras. Excelentísimo señor Capitán general de este Ejército y Reino.”

Cabrera empezaba a tener importancia; su partida iba engrosándose, su autoridad se imponía a casi todos, y aunque algunos Generales de Cristina incurrieron en la vulgaridad de considerarle como un estudiante fracasado y un cabecilla sin importancia, había otros que le miraban con cierto respeto. Un buen día invadía Caspe tras una incursión rápida y atrevida; otro se presentaba en las puertas de Segorbe y se hacía dueño de casi toda la ciudad; se le rendían las fuerzas de 20 pueblos distintos, Zurita, Valderrobles, Beceite, Cuevas de Vinromá, etc. El territorio que dominaban sus fuerzas se iba ensanchando. El Gobierno de Madrid creyó que sólo podía apelar a las medidas más crueles, a las confiscaciones y fusilamientos para acabar con la insurrección carlista, pero a pesar de estas medidas, y quizá a causa de ellas, las velas de la nave que tripulaba Cabrera se iban hinchando, y guiadas por la estrella de su genio, surcaban todo el territorio, audaces y triunfadoras. En mayo del año 35 sólo contaba Cabrera con 29 hombres, y en diciembre del mismo año sumaba su columna unos 3.500 infantes y 250 caballos.

Al conocerse el fusilamiento de Carnicer, el Ministro de la Guerra de Don Carlos dió una orden en virtud de la cual los jefes más destacados que luchaban con Cabrera en Aragón, como Forcadell, Quílez y Torner, quedaran libres para ponerse a la cabeza de la gente que desde el principio habían acaudillado, y cada uno se fué por su lado, pero no tardó en demostrarse la superioridad de Cabrera, cuyo mando todos reconocieron; fué Forcadell, natural de Uldecona, quien más hizo en su favor y el que más tarde llegó a ser su lugarteniente de mayor confianza.

Las fuerzas de Valencia tenían como jefes a Miralles (*el Serrador*), a Tallada y otros. Por entonces empezó a figurar también don Luis Llangostera, que había sido Capitán de infantería y que más tarde iba a distinguirse mucho en la guerra. De todos estos jefes el más rudo e ignorante era *El Serrador*, a pesar de lo cual llegó a alcanzar el grado de General de división.

Durante este tiempo Quílez se distinguió extraordinariamente en varios encuentros y en la conquista de muchas poblaciones; Cabrera continuaba unido a Forcadell y a los dos acompañaba Arévalo, un distinguido militar de quien se hará mención más adelante.

Ya habían conquistado la importante población de Mora de Rubielos y se dispusieron a atacar Alcanar, cerca de Vinaroz, la que tomaron con gran intrepidez.

Los voluntarios liberales de Vinaroz (llamados nacionales), unidos a los carabineros, etc., y en número de unos 800, salieron a medir sus fuerzas con las de Cabrera, y al verlos el caudillo tortosino dijo a los suyos: "Muchachos, allí están; la victoria es indudable, a pesar de que los enemigos se presentan con tanta barahunda de clarines, cornetas y tambores; veremos si son algo más que militares de parada", y el mismo Cabrera mandó calar las bayonetas y se lanzó con los ordenanzas de la escolta en medio de la división enemiga, la que quedó rota y maltrecha. Cayeron en poder de Cabrera 472 fusiles y murió en el encuentro la flor de la juventud de Vinaroz; entre otros, don Joaquín Aiguals, cuyo hermano escribió más tarde un libro titulado "El Tigre del Maestrazgo", que más que historia es libelo difamatorio.

Con fecha 2 de noviembre de 1835, el Ministro de la Guerra de Don Carlos, Conde de Villamur, nombró a Cabrera Comandante General interino del Bajo Aragón, y a partir de este momento se inició la reorganización de todas las fuerzas que operaban en dicho territorio. Nombró Cabrera a don José María de Arévalo jefe de Estado Mayor, y a don Ramón Ojeda, su ayudante, y ordenó a Quílez se dirigiera inmediatamente al Cuartel General de Cantavieja con las fuerzas a sus órdenes.

El 21 de diciembre de 1835 Cabrera daba cuenta al Ministro de la Guerra de Don Carlos de su primer gran triunfo obtenido en los campos de Terrer, en la carretera general de Zaragoza a Madrid, sobre las fuerzas enemigas; en dicho encuentro cogió 900 prisioneros; distinguióse en él notablemente el jefe de la caballería, Añón. Desde Terrer se dirigió el jefe tortosino hacia Cuenca, con el fin de extender el levantamiento, y al llegar a las cercanías de Molina de Aragón se encontró con la columna del General Palarea; este encuentro fué fatal a Cabrera, a pesar de

que contaba con unos 5.000 hombres, entre infantería y caballería.

Tan en peligro se hallaban sus fuerzas de ser copadas y destrozadas, que Cabrera tuvo que recurrir a un ardid extraordinario para salvarlas: montado sobre un brioso corcel y agitando al aire su famosa capa blanca, se destacó de su escolta y se fué derecho hacia el enemigo gritando: "Aquí deberíais venir, dejad a los que huyen; yo soy Cabrera." Con lo que dió lugar a que muchos fugitivos vadeasen el río y se salvaran. Su capa, ya de leyenda, quedó acribillada por siete balas, pero ninguna tocó su cuerpo.

Los carlistas tuvieron en este encuentro más de 700 muertos y perdieron cerca de 2.000 fusiles, y aquella división que tanto trabajo costó formar, quedó casi deshecha.

El 1835 terminaba catastróficamente. Había que empezar de nuevo a huir, a esconderse, a marchar y contramarchar. El 1836, el Gobierno de Madrid dió órdenes severísimas a los alcaldes y justicias, obligándoles a dar cuenta de todos los movimientos de las tropas *facciosas*. Si estas órdenes se llevaban a cabo, el movimiento carlista quedaba irremisiblemente estrangulado, y según he leído en una notable obra inglesa, a Cabrera sólo le quedaban dos caminos: o retirarse de la lucha o anular con un golpe de fiereza y audacia la citada orden; eligió este camino, y publicó a su vez un bando en el que exigía de todos los alcaldes y justicias de los pueblos de Aragón exactamente lo mismo que les pedía el Gobierno de Madrid, bajo pena de muerte, y para paralizar en sus comienzos todos los efectos de la orden del Gobierno de Madrid, hizo fusilar a los alcaldes de Valdealgorfa y Torrecilla, por haber interceptado partes de los mismos en que decían lo siguiente: "Los facciosos se hallan en Valjunquera y probablemente, según lo manifiesta el papel adjunto, caerán al amanecer sobre la columna que está en Torrecilla. Apre-surar-se y salvar aquella fuerza, que si no se le auxilia, y pronto, será destrozada." Estos fusilamientos causaron gran consternación en España y en el extranjero, donde adquirieron mucha publicidad. Cabrera fué calificado de monstruo, de sanguinario, etc.

El historiador, sin aprobar ni desaprobar estos hechos, tiene el deber de exponer las circunstancias que en ellos concurrieron.

Quien considere como crímenes todos los fusilamientos acordados por los Tribunales militares de las fuerzas levantadas en armas contra un Gobierno constituido, afirmará que Cabrera fué un vulgar criminal, y que en cambio los Generales de Cristina, que pasaron por las armas a tantos y tantos defensores de Don Carlos, fueron héroes inmaculados porque aplicaron la justicia militar; pero quienes creemos que la ley y el derecho estaban del lado de Don Carlos, hemos de sostener que tan justificada o más está la conducta del General carlista que fusila a un confidente o espía liberal, que la de un General liberal que fusila a un espía o confidente carlista.

El hecho concreto es que ningún alcalde del territorio ocupado por Cabrera se atrevió a mandar más partes a los Generales de la Reina.

Lo que aparece inconcebible por lo monstruoso es que en 16 de febrero del año 1836 fuera fusilada en Tortosa la madre de Cabrera, doña María Griñó, anciana y virtuosísima señora, por el solo delito de ser madre del futuro Conde de Morella. Este horrendo crimen, fría y serenamente cometido por el Brigadier Noguerras, con la aprobación del entonces Capitán General de Cataluña, Espoz y Mina, el que salió de Navarra maltrecho y derrotado por Zumalacárregui en 1835, no les pareció ni horrendo ni reprobable a los periódicos liberales de Europa ni al Gobierno de Madrid. Fueron tan crueles los verdugos de María Griñó con aquella santa e inocente mujer, que ni siquiera le permitieron comulgar antes de la ejecución.

Por aquel entonces Cabrera fusiló a unos Oficiales y sargentos de sus propias fuerzas, acusados de diversos delitos, previo consejo de guerra, y de esta manera introdujo una férrea disciplina en su ejército.

Hemos llegado al momento en que la guerra en el Levante español adquiere unos caracteres extraordinarios de crueldad, sin que el historiador pueda decir, después de consultadas obras de diversos autores, cuál bando se excedió más en su sed de venganza y de sangre. Lo que sí podemos asegurar es que las censuras, críticas, diatribas y calumnias, recayeron todas sobre Cabrera.

Al enterarse éste del fusilamiento de su madre, sin proceso ni sentencia, en represalia fusiló a la mujer del Conoel don Ma-

nuel Fontiveros, que tenía prisionera, y a dos o tres más. Es de advertir que el Coronel Fontiveros, enterado antes que Cabrera del peligro de muerte en que estaba su madre, y temeroso de que el crimen que se preparaba trajese como consecuencia el sacrificio de su querida esposa, trabajó por todos los medios para conseguir el canje de la madre de Cabrera, que se hallaba en prisión, por el de su mujer, sin poderlo alcanzar.

Fué el bravo Coronel Pertegaz, uno de los mejores subordinados de Cabrera, quien intervino en las negociaciones para el canje y quien trajo a Cabrera la terrible noticia del fusilamiento de su madre.

Cabrera dictó en el furor de su pasión un bando terrible, cruel, inhumano, que no quisiéramos hubiera salido de la mente de aquel denodado caudillo; pero todo se explica ante el crimen cometido con su santa e inocente madre por esos monstruos que se llamaron Noguerras y Espoz y Mina.

El coronel Fontiveros elevó a Su Majestad la Reina una exposición, que era una terrible acusación contra Noguerras y Mina, a quienes hacía culpables de la muerte de su esposa, y no a Cabrera, que la mandó ejecutar.

CAPITULO XI

Cabrera, Brigadier.—Organización de su territorio.—Quílez triunfa en Bañón.—El Serrador.—Desastre de Rincón de Soto.—Uldecona.—Forcadell.—Victorias de Buñol y Pla del Pou.—Entrada de Cabañero en Zaragoza.—Sitio de Morella por Oráa.—Muerte de Pardiñas.—Convenio con Van Halem.—Abrazo de Vergara.—Espantero marcha contra Cabrera.—Enfermedades de éste.—Pérdida de Morella.—Cabrera pasa a Cataluña.

CON fecha 8 de febrero de 1836 fué nombrado Brigadier de Infantería don Ramón Cabrera, por una Real orden muy original que empezaba así:

“Don Carlos V, por la g. d. D., Rey de Castilla, de León, de Aragón, de las Dos Sicilias, de Jerusalem, de Navarra, de Granada, de Toledo, de Valencia, de Mallorca, de Menorca, de Sevilla, de Cerdeña, de Córdoba, de Córcega, de Murcia, de Jaén de los Algarves, de Algeciras, de Gibraltar, de las Islas Canarias, de las Indias Orientales y Occidentales, islas y tierra firme del mar Océano; Archiduque de Austria, Duque de Borgoña, de Brabante y de Milán, Conde de Habsburgo, Flandes, Tirol y Barcelona, Señor de Vizcaya, de Molina, etc., etc., por cuanto en consideración del mérito y distinguido servicio de vos, el Coronel de Infantería don Ramón Cabrera, he venido en nombraros Brigadier de la misma Arma; por tanto, etc.”

Ni este honroso nombramiento pudo mitigar el tremendo dolor del jefe por el fusilamiento inhumano de su madre, y encargó a Añón que tomase el mando de las fuerzas y emprendiese movimientos sobre Castilla o Valencia; pero estos planes no se realizaron a causa de la persecución del enemigo.

Por entonces Torner atacó Gandesa con 1.500 hombres, pero al reventar un cañón al primer disparo se retiró, por creerlo de mal agüero.

En cambio se fortificó Cantavieja, que fué capital, arsenal y hospital de las fuerzas carlistas durante mucho tiempo.

Para que Cabrera pudiera tranquilamente ocuparse de fortificar Cantavieja y crear una administración, una organización y una justicia en el territorio que dominaba y que iba siendo muy considerable, sus lugartenientes se distribuyeron en diversas direcciones y tuvieron encuentros de alguna importancia. Cabrera mantenía una férrea disciplina en su ejército; prueba de ello es que en Campillo, donde fué saqueada una casa y preso con el cuerpo del delito su autor principal, que era un sargento, fué éste condenado a muerte en consejo verbal; fué ejecutada la sentencia y desfiló la división ante el cadáver, oyendo de Cabrera estas palabras: "Voluntarios, pocos días ha condecoré a este desgraciado sargento con la Cruz de San Fernando, porque era un valiente; hoy se le fusila por ladrón. Aprended y escarmentad."

Quílez sostuvo combate muy reñido en las inmediaciones de Ejulve. Llangostera penetró en Caspe, de donde extrajo gran botín. *El Serrador* (1) sostuvo un encuentro en Ademuz, pero ninguno tuvo la importancia del de Bañón, donde Quílez obtuvo un brillante éxito. Don Francisco Valdés, Comandante general de Soria, alcanzó a Quílez en el citado pueblo, y deseoso de evitar sus correrías por el distrito de Daroca, le atacó por sorpresa y obtuvo un éxito inicial; pero habiendo Quílez aportado nuevas fuerzas, causó una espantosa derrota a las tropas de la Reina. Más de 1.500 prisioneros con su armamento cayeron en poder de los carlistas, dispersándose el resto de la fuerza liberal en todas direcciones.

El eco de estas batallas, extendido por todo el país, hacía aumentar el número de voluntarios rápidamente.

(1) Don José Miralles, llamado "el Serrador" por su oficio, nació en Villafranca del Cid, luchó en la guerra de la Independencia y obtuvo el grado de alférez de caballería en la campaña realista del 20 al 23: acaso era el jefe carlista que mejor conocía el terreno, pero el más iletrado de todos ellos.

Por entonces también fué atacado Castellón por *El Serrador*, que tuvo que retirarse con más de 120 muertos, pero al poco tiempo se apoderó del fuerte y de la población de Torreblanca y atacó también Benicarló, aunque sin éxito de momento.

Ya las tropas carlistas no se limitaban a atacar poblados insignificantes, perdidos en las asperezas de las serranías del Maestrazgo; ambicionaban conquistas de mayor cuantía y sobre todo de mayor provecho, y fueron extendiendo su radio de acción hacia los ubérrimos poblados de la costa. Uldecona era una de estas ricas villas, que cayó en poder de Cabrera después de derrotar en sus alrededores a la columna del Coronel Iriarte, la que fué totalmente deshecha y en parte copada. Según los partes carlistas, tuvo Iriarte en esta acción 600 muertos.

La caída de Uldecona, patria de Forcadell, de donde salió al campo carlista arrastrando consigo más de 500 voluntarios, causó un enorme entusiasmo en Tortosa y sus alrededores; cientos y cientos de nuevos voluntarios engrosaron las filas de Don Carlos.

Miralles (*el Serrador*) intentó la conquista de San Mateo y esperó apoderarse de ella como se había apoderado de Torreblanca y Alcalá de Chisvert, pero fué rechazado. Lo mismo le ocurrió a Quílez en Alcoriza, quien tampoco tuvo éxito en sus ataques a Montalbán, en cuya población penetraron sus tropas, pero habiéndose hecho fuerte el enemigo en la iglesia, desistió de proseguir el combate y se retiró.

Por entonces fué sitiada por segunda vez Gandesa, pero sin resultado. En esta época los voluntarios carlistas ya eran soldados que podían enfrentarse con las mejores tropas de la Reina; y así lo decía el General Palarea en una comunicación interceptada por Cabrera; y un oficial de la Legión Portuguesa, que luchaba en favor de la Reina usurpadora, escribía en su diario de operaciones: "Debiera borrarse de nuestros boletines militares el epíteto de *cobarde enemigo*."

La guerra del Maestrazgo y de Levante en general se distinguió de la del Norte en que allí los encuentros eran múltiples; más bien que batallas campales eran acometidas por sorpresa, emboscadas, etc., y los caudillos eran muchos y de menos categoría, y sobre todo menos disciplinados. Todo en Le-

vante y Cataluña era más primitivo, menos sujeto a plan, y por lo tanto menos armónico que en Vascongadas y Navarra. Es preciso, sin embargo, reconocer que a medida que Cabrera adquiría categoría iba surgiendo el orden, la disciplina y una perfecta dirección, tanto en la vida administrativa como en la militar, del territorio sometido a su imperio.

Llangostera obtuvo el mando de la llamada división del Turia, y con dos batallones y escasa caballería invadió la feraz huerta que se extiende desde Sagunto hasta Valencia. Cabrera, como premio a la conquista gloriosa de Uldecona y otros hechos de guerra, fué nombrado Mariscal de campo por Real orden del 15 de agosto de 1836. El ex estudiante del seminario de Tortosa, en menos de tres años ciñó la faja de Mariscal, y no de mariscal como quiera, sino de talas campanillas, que iba a derrotar en breve a los más destacados de las tropas de la Reina.

El 23 de junio de este año partió el General don Miguel Gómez de Orduña en su famosa expedición a través de toda España, y el 7 de septiembre llegó a Utiel, donde por efecto de un llamamiento recibido se le unieron Cabrera, Miralles (que en aquella época ostentaba el cargo de Comandante general del Reino de Valencia) y Quílez (nombrado Brigadier por el triunfo de Bañón). Omitimos el relato de lo ocurrido en esta expedición, de la que nos ocupamos en otro lugar, y sólo diremos que, a causa de discrepancias entre Gómez y Cabrera, éste se separó del jefe de la expedición y trató de penetrar en Navarra con parte de sus fuerzas.

Perseguido por diferentes generales del ejército liberal, llegó el 1.º de diciembre a Rincón de Soto, por donde pensaba atravesar el Ebro y entrar en Navarra; allí fué sorprendido por las tropas del General Iribarren, quien dispersó completamente a los carlistas, que sumaban 900 infantes y 400 caballos.

Cabrera, Miralles y demás jefes tuvieron que huir con algunos restos de su columna, y en Arévalo de la Sierra fueron sorprendidos por la brigada de Albuin, y sin tiempo para montar a caballo tuvo que abrirse paso el héroe tortosino por las calles del pueblo, ya ocupadas por las tropas cristinas.

En esta refriega recibió Cabrera un bayonetazo en la pierna y una cuchillada en la espalda, y, al saltar una zanja, un

soldado le dió un culatazo que le hizo rodar por el ribazo. Lleno de heridas y contusiones, nuestro héroe se hallaba abandonado y solo, cuando fué recogido por Rodríguez Cano (*la Diosa*), jefe de la caballería carlista, quien, aunque también se hallaba herido en una mano, le hizo montar a la grupa de su caballo.

Después de mil peripecias y aventuras novelescas, pudo llegar a Almazán, en cuya casa parroquial le ocultó don Manuel María Morón, párroco, hasta que curó de sus heridas y pudo regresar al territorio de sus triunfos.

Por entonces nadie sabía dónde se hallaba Cabrera, y la prensa de Madrid anunció su muerte.

Durante esta larga ausencia los carlistas del Maestrazgo perdieron Cantavieja y tuvieron otros fracasos que hicieron descender el nivel de su entusiasmo y de su moral. Aquellos voluntarios echaban de menos a su *don Ramón*, que ya entonces adquiriría la categoría de héroe legendario.

Cuando todos le creían muerto, dió instrucciones a sus fieles lugartenientes Forcadell, Arévalo y Domingo Arnau para que salieran a recibirle en hora y sitio determinados, con suficiente caballería. He aquí cómo describe Cabrera en su diario las disposiciones que adoptó para su evasión: "Al momento de recibir la carta de Forcadell formé una combinación por medio de hombres apostados hasta diez leguas de distancia del punto en que me hallaba, sin que unos supiesen de otros ni el servicio que prestaban, pues, excepto dos, los demás no se conocían. Di las señas a la fuerza que había de salir a mi encuentro; el más avanzado debía de recibir la caballería y dirigirla a una paridera de ganado donde aguardaba otro hombre apostado; éste enseñaría a Forcadell el camino de un monte donde estaba otro hombre, y así sucesivamente hasta llegar al punto de reunión, sin riesgo de ser descubiertos, pues ninguno de los guías podía referirse ni citar a otro, y fueron todos puestos por distinta persona."

La entrada del héroe tortosino en Rubielos de Mora, en 9 de enero de 1837, fué apoteósica, según hemos podido leer en obras publicadas en español y en inglés.

Sus voluntarios le suponían muerto y se hallaban abatidos, y al verlo aparecer le aclamaban locos de entusiasmo.

Su primer encuentro después del regreso lo tuvo con Bor-

so de Carminati, cerca de Alcalá de Chisvert; la suerte le fué adversa; perdió la batalla y además resultó gravemente herido al cargar al frente de 12 caballos sobre el enemigo, que se les echaba encima. Fué trasladado en camilla hasta La Cenia, lugar que escogió para su curación y restablecimiento.

Siguiendo esta línea quebrada de altos y bajos, de triunfos y derrotas, llegamos al combate de Buñol, donde Forcadell, llevando a sus órdenes a Llangostera y Tallada, derrotó completamente al Coronel Crehuet, que tuvo 700 muertos y más de 300 prisioneros. Esta jornada causó enorme impresión en toda la comarca y reveló a Forcadell como caudillo afortunado e inteligente.

Forcadell, rico labrador de Uldecona, hizo sus primeras armas en la guerra contra los constitucionales de 1820 a 1823, en la que sirvió a las órdenes de Chambó, de quien fué ayudante de campo, retirándose de Teniente coronel. A pesar de su graduación, reconociendo los méritos extraordinarios de Cabrera, se sometió el primero al caudillo tortosino, cuando éste era un simple jefe de partida. Alcanzó el grado de Mariscal de campo.

Otra de las victorias alcanzadas por entonces fué la de Plá del Pou, acaso la que ha dado lugar a más comentarios, censuras y diatribas contra el héroe.

Tranquilamente descansaba en Liria una columna cristina sobre la que se cernía un gravísimo peligro. Salió esta columna muy de madrugada de la citada población, ignorante de que el enemigo acechaba sus movimientos, y al llegar a la venta del Plá del Pou se detuvo a descansar y a esperar órdenes. Este descanso le fué fatal, pues Cabrera se arrojó sobre ella y, presa del pánico más espantoso, fueron muertos o prisioneros casi todos los jefes y soldados que la componían.

Cabrera mandó fusilar a todos los oficiales y sargentos, fusilamiento que tuvo lugar en Burjasot, a las puertas de Valencia, en circunstancias que, según los escritores liberales, constituyen un baldón de ignominia para Cabrera, y según éste fueron meras represalias por los fusilamientos cometidos con los prisioneros carlistas de Cantavieja, etc. Es indudable que de todas las acusaciones de crueldad que se han acumulado sobre Cabrera acaso sea ésta aquella en que sus defensores se

encuentren más embarazados para dejar a su héroe libre de culpa.

Poco después Forcadell, al mando de tres batallones y un escuadrón, penetraba en Murcia, y el 27 de marzo se apoderaba de Orihuela, donde recogió gran botín. Los triunfos de Buñol, Plá del Pou y la invasión de parte de Murcia ejercieron efectos sorprendentes en todas aquellas provincias; se formaron nuevos batallones y se nutrieron más y más los antiguos.

El Serrador volvía a atacar Castellón y Lucena y penetraba en Burriana. Las autoridades de la Reina se hallaban atemorizadas por el incremento que alcanzaban las fuerzas carlistas y pedían con angustia nuevos elementos y nuevos jefes que pudieran cortar los vuelos a Cabrera.

El Gobierno de Isabel II decidió nombrar general en jefe de aquellas provincias a don Marcelino Oráa, militar que adquirió gran reputación luchando en el Norte, aunque los distinguidos jefes ingleses que actuaban como observadores e informadores de su Gobierno en el ejército cristino lo creían poco capaz.

Hacia tiempo que Cabrera tenía puestos los ojos en Morella, pero antes tenía que reconquistar Cantavieja, San Mateo y otras plazas que se perdieron mientras estuvo él con Gómez en su famosa expedición y después herido y oculto en casa del párroco de Almazán.

Poco tardó en caer San Mateo, plaza fuerte defendida por 400 soldados y algunos milicianos; casi a la vez se apoderaba de Cantavieja Cabañero, otro de los lugartenientes de Cabrera, que más tarde se hizo célebre por su audaz entrada en Zaragoza y que fué uno de los pocos que traicionó a su jefe cuando el abrazo de Vergara terminó la guerra del Norte. Por cierto que se cuenta que cuando Cabañero se decidió a marchar sobre Zaragoza, Cabrera le dijo: "Bien; vaya usted a Zaragoza, pero si le sale a usted mal le ajustaré la cuenta. Que vaya Lespinasse mandando la caballería. Es más militar que usted y que yo. No le estarán a usted de más sus consejos."

Ya llegamos al momento en que la Expedición real se aproximaba al territorio dominado por Cabrera. A las siete de la tarde del 28 de junio llegó al alojamiento de Cabrera su ayudante Arnau, acompañado del Coronel don Fernando Cabañas,

y le dijo: "Su Majestad y la Expedición deben pasar el río mañana por Cherta. Esta es la orden." Cabrera contestó: "Vuelvan ustedes inmediatamente al cuartel real y manifiesten a Su Majestad que Nogueras está en Mora con cinco batallones y 300 caballos, y Borso en Tortosa, con seis de los primeros y 250 de los segundos. Que es preciso batirlos, si me atacan, y aunque mis fuerzas son escasas, comparadas con las enemigas, o perezco en el campo o Su Majestad y el ejército pasarán el Ebro." Estas seguridades, dice el Barón de Radhen en su obra, nos alentaron mucho a los expedicionarios.

Como decimos en el capítulo dedicado a la Expedición real, el paso de ésta por Cherta fué admirablemente planeado y ejecutado por Cabrera.

Don Ramón Cabrera y Griñó, según cuenta su mejor biógrafo, paisano y amigo, pero no correligionario, don Buenaventura de Córdoba, tenía igual estatura que Zumalacárregui: cinco pies y dos pulgadas; era cejijunto, de pelo negro, ojos negros y mirada viva y penetrante. Cuando fruncía las cejas, todos se inclinaban temblando ante él; de cutis amarillento, nariz de ventanas anchas, plebeya; dientes muy blancos; en conjunto era un tipo mediterráneo, más bien morisco. Su temperamento es nervioso; anda de prisa y bamboleando el cuerpo; escucha mucho y habla poco. Muy amable con los humildes y compasivo con los pobres, más bien pródigo; constante para proseguir sus planes y amigo de superar todos los obstáculos que se presentan en su marcha."

Para completar este extracto de bosquejo que tomamos de Córdoba y otros autores, agregaremos lo que decían de él los ingleses, que siguieron muy de cerca y con gran interés aquella guerra. En el diario londinense *The Globe* se decía "que tenía talento, una voluntad de hierro y un vivo deseo de venganza". Aludía, sin duda, a su reacción ante el crimen cometido con su madre.

El Coronel británico Lacy, observador en el ejército de Cristina y que mantuvo larga correspondencia con Cabrera con el fin de humanizar la guerra, y cuyos esfuerzos, parecidos a los de lord Elliot, cristalizaron en el convenio firmado por Cabrera y Van Halen, decía de él: "Es un hombre lleno de fuego, animado de una lealtad magnífica a su causa, dotado de maravi-

llosa energía y poder, enamorado de la más rígida disciplina. Sólo así se concibe que convirtiera las hordas que agrupó en su derredor en un ejército digno de la mayor confianza." Y más adelante agrega: "Por su decisión y por su actividad, este jefe carlista, aunque sin experiencia militar anterior, venció todas las dificultades y realizó maravillas con medios muy escasos."

Otro autor inglés decía de él: "Como otros grandes hombres, tuvo unos principios guerreros más bien insignificantes." Más adelante agrega: "La ambición de Cabrera no era para su persona, sino para su causa. Su energía nunca le llevó a colocarse delante de sus compañeros; la conciencia del valer propio nunca le hizo desestimar o rebajar la ayuda de sus colaboradores. Era franco, poco amigo de reticencias. Sus gustos eran sencillos... Siempre se hallaba presto a apreciar el mérito de quienes luchaban a sus órdenes en todo su valor.

"Estas eran las características que aceleraron su rápido ascenso; éstas las que le valieron el afecto y la adhesión de sus soldados."

Los ingleses criticaron duramente a Cabrera por su crueldad, pero a diferencia de los escritores españoles de la época que sólo veían en él *al bandolero, al monstruo y al tigre*, reconocieron que un hombre que de simple voluntario, sin preparación alguna militar, sin grandes estudios de otra clase, llegó a crear un ejército de más de 30.000 hombres, perfectamente armado y disciplinado, sin más recursos que los que obtenía del extenso territorio que dominó y organizó, creando en él un Estado dotado de todos los órganos necesarios; que un hombre que además era idolatrado de sus lugartenientes y soldados, fué algo más que un monstruo de maldad, como repitieron hasta la saciedad nuestros liberales de la época, llevados de ese temperamento epiléptico que nos hace a los españoles rebajar la personalidad y gloria de nuestros compatriotas, cuando militan en el campo contrario, negándoles toda sombra de mérito, de virtud y de capacidad.

Durante la estancia de Don Carlos en Cantavieja se hicieron numerosos nombramientos con el fin de reorganizar el ejército de Cabrera, y principalmente los Estados Mayores. Se nombró Auditor de guerra a don Buenaventura de Oriol y se creó la Junta Superior Gubernativa de Aragón, Valencia y Murcia, que

la componía el Conde de Cirat, el Obispo de Orihuela, el Conde de Samitier, don Joaquín Polo, don Ramón Plana, don Antonio Santapau, don Juan Ibáñez y don Francisco Sanz. También fué nombrado Subdelegado general castrense por el excelentísimo e ilustrísimo señor Obispo de León, Ministro de Don Carlos a la sazón, el presbítero don Lorenzo Cala y Valcárcel.

En otro lugar de esta obra nos ocupamos de la marcha de la expedición real; reanudaremos, pues, el relato desde la vuelta de Cabrera a Levante, al separarse de Don Carlos en Guadalajara.

Después de proteger la salida de la expedición real desde Aranzueque para el Norte, tomó el camino de Cuenca; pero como el Brigadier navarro Sanz se hallaba despistado y perseguido por Oráa, trató de protegerle, aunque con poco éxito.

El proyecto magno de Cabrera era la conquista de una población importante, que le sirviera de capital de su ya extenso territorio. Ya hacía tiempo que estableció una especie de bloqueo alrededor de Morella. El Gobernador de dicha plaza, don Bruno Portilla y Velasco, adoptó varias medidas para evitar su caída en poder del enemigo, y entre otras, la de expulsar a todas las familias sospechosas de sentimientos carlistas. La "Gaceta de Madrid", número 11.036, publicó el siguiente documento:

"Remito a usted por primera vez estas cuantas familias para que las mantenga, y le iré haciendo remesas según me acomode, quedando siempre con todos los parientes de los individuos que se hallan a sus órdenes para que me sirvan de alimento cuando no tenga otra cosa que comer, porque este fuerte no será nunca del faccioso Carlos, ínterin exista piedra sobre piedra y tengan la vida los leales defensores que lo guarnecen.

"Morella, 10 de diciembre de 1837.—*Bruno Portilla Velasco*. Señor Comandante de la fuerza enemiga que rodea la plaza."

Remitido a Cabrera el oficio que antecede, fué contestado en estos términos:

"He visto con admiración el escrito de usted del 10 del corriente, porque, la verdad, no era de esperar de la filantropía y sentimientos de humanidad tan cacareados por ustedes y que, por lo visto, están muy lejos de poseer, el que usted tomase una medida tan violenta contra familias inocentes e indefensas, con las cuales yo y mis voluntarios partiremos con gusto cuanto

tengamos, porque más nobles en sentimientos que ustedes, acudimos en socorro de los desvalidos.

"Pero no debe usted extrañar que en justa represalia, y contra toda mi voluntad, le mande algunas docenas de los individuos de su partido que habitan en los pueblos que dominan las armas del Rey, nuestro señor, de cuyas desagradables consecuencias será usted ante Dios y los hombres el único responsable. Aunque alguna vez carezco de víveres, jamás comeré carne humana, porque no soy antropófago, como usted se gloria de hacer en su casa al decir "que cuando no tenga otra cosa que comer, me servirán de alimento los parientes de los individuos que se hallaban a mis órdenes".—*Ramón Cabrera*.—Señor Gobernador de la plaza de Morella."

Parece ser que esta carta no fué remitida a Portilla por temor a que se vengara en un pariente de Cabrera, pero hemos creído conveniente publicar las dos para exponer al lector el espíritu que animaba a los luchadores de ambos bandos y para que se percate de la verdad de los hechos y de las conductas.

Por aquellos días se realizó la expedición de don Basilio García, coincidente con la de Tallada; aquél partió de Navarra y éste del Maestrazgo, y ambos se encontraron en la sierra de Alcaraz, entre Albacete y Jaén. Tallada mandaba cerca de 3.000 hombres, de las tres armas, y realizó una marcha victoriosa por las feraces vegas de Murcia, cuya invasión se acometió principalmente para aportar caballos a su caudillo, que pedía mucha caballería, necesaria para sus nuevos planes.

En 24 de enero se encontraron ambos jefes en Alcaraz, y puestos de acuerdo y a las órdenes Tallada de Basilio García, determinaron invadir la provincia de Jaén en dos columnas separadas.

Pardiñas alcanzó a Tallada en las cercanías de Baeza, y le derrotó, causándole una pérdida de cerca de 1.000 hombres, entre muertos, heridos y prisioneros. Desde allí, perseguido por columnas enemigas, García se dirigió hacia Córdoba, y Tallada, hacia Granada, siendo alcanzado en Castril por el mismo Pardiñas, que deshizo su columna. Tallada y su lugarteniente Arnau se dieron a la fuga, llevando cada uno cien hombres, pero el primero tuvo la desgracia de caer en poder de los nacionales en Barrax, pueblo de la provincia de Albacete, y fué fusilado en

Chinchilla el día 13 de marzo. Arnau pudo llegar con cien hombres hasta Chelva. Esto es lo que quedó de aquella brillante columna que partió del mismo Chelva hacía dos meses.

El 25 de enero de 1838, Morella caía en poder de Cabrera, para lo cual unos intrépidos voluntarios, dirigidos por un tal Alio, se apoderaron antes de su famoso castillo, con una osadía y una habilidad extraordinarias. El Coronel Portilla pudo huir en dirección a Aragón. Los carlistas ya tenían una capital, pero Morella aún no adquirió la celebridad que después tuvo, como veremos más adelante.

Al poco tiempo también Benicarló pasaba a sus manos con su poderosa fortaleza, y a pesar de que un buque inglés, anclado en el puerto, rompió el fuego contra los voluntarios de Don Carlos.

Estos triunfos exaltaron el entusiasmo de Cabrera y de sus voluntarios, y dieron gran impulso al movimiento.

Coincidió con ellos el ataque de Cabañero a Teruel, en cuyas afueras fué rechazado; volvió a sitiarse de nuevo Gadesa, y durante los veinte días que duró el asedio, se arrojaron sobre ella más de dos mil granadas y balas de cañón. Aunque el General San Miguel pudo levantar el sitio, vista la dificultad con que las tropas de la Reina tropezaban para aprovisionar la villa, situada en zona enemiga, acordaron desalojarla, retirándose la población y las fuerzas que la defendían a Caspe.

Un hecho extraordinario que causó gran sensación en toda España ocurrió por entonces: el intrépido Cabañero penetró en Zaragoza al mando de 3.000 infantes y 250 caballos el 5 de marzo, y se apoderó de la ciudad en pocas horas, con gran consternación de los liberales y loco entusiasmo de los defensores de Don Carlos. La entrada se hizo por la puerta del Carmen, que fué tomada al asalto por los bravos voluntarios aragoneses; pero rehechas las fuerzas que guarnecían la plaza y unidas a los milicianos, consiguieron rechazar a los invasores y quedar dueños de la ciudad. Cabañero perdió gran número de muertos y prisioneros, y este fugaz triunfo no proporcionó ventaja alguna a las huestes de Don Carlos. Se habló de traición en el campo liberal, y se buscó como víctima propiciatoria al General don Juan Bautista Estella, quien murió asesinado a manos de las turbas armadas.

Como los prisioneros de ambos bandos eran sometidos a un trato despiadado y cruel, en parte por la dureza de sentimientos que prevalecía en aquella época, y en parte por falta de medios para alojarlos y tratarlos debidamente, hubo gestiones para el canje y se cruzó una larga correspondencia a este fin entre Oráa y Cabrera, pero los resultados no fueron muy favorables, y no queda de estas negociaciones más que mucho papel escrito, muchas acusaciones y recriminaciones mutuas, y muchas lágrimas y martirios de los desgraciados prisioneros. Indudablemente, la guerra civil en aquellas regiones era llevada por ambos bandos con mucha más saña y crueldad que en el Norte.

Calanda y Alcoriza caían también en manos de Cabrera, y Alcañiz era embestida y cercada, pero ésta resistió los ataques de las fuerzas carlistas.

Don Ramón no sólo atendía a los menesteres de la guerra, sino que se ocupaba también de crear una administración dentro de sus territorios; constituyó dos Tribunales, llamados de Alzadas, uno en Morella y otro en Mirambel, y más tarde una Audiencia, además de Juzgados militares de las diversas armas y una Dirección General de suministros; nombró recaudadores de Hacienda, dió la Dirección de Sanidad al Catedrático de Medicina don Juan Cedilla, etc., etc.

El poderío del héroe tortosino era ya muy grande; le obedecían varias provincias y contaba con Morella, como capital. Oráa no podía, sin perder prestigio, permitirle el disfrute de sus grandes triunfos, y decidió reconquistar Morella; Cabrera lo sabía, o por lo menos lo sospechaba, y se preparó.

Hemos leído en diversas obras, y entre ellas en una interesantísima que recopila los partes confidenciales que enviaban a su Gobierno los célebres Coroneles Lacy, Wyld, etc., que la defensa de Morella fué tan bien planeada por Cabrera, que parece imposible que nadie pudiera superarla.

Por fin Oráa se decidió a atacar y sitiar Morella, para lo cual concertó un plan con su Gobierno, y acumuló grandes elementos: sólo en Alcañiz almacenó 500.000 raciones. En julio de 1838 Oráa se puso en marcha, llevando a sus órdenes a los Generales Borso di Caminati, Pardiñas y San Miguel, con sus divisiones respectivas, y a los Brigadieres Nogués y Perena, con las tropas de reserva; total, 23 batallones, más 12 escuadrones de ca-

ballería, mandados por el General Amor, y 25 piezas de artillería, por el General Vial.

Ambos Generales dictaron proclamas encendidas y altisonantes. Cabrera oponía a estas fuerzas 14 batallones, 10 piezas de artillería y seis morteros en el exterior de la plaza, y cuatro batallones y algunas piezas en el interior o recinto amurallado.

Cabrera mandó enarbolar en su castillo una bandera negra, en cuyo centro se veía una calavera de paño blanco. Dice su más famoso historiador, don Buenaventura Córdoba, que los sitiadores y los sitiados comprendieron el significado de esta señal terrible.

Oráa salió de Teruel con una división y otra de reserva, y por Montañudo, Villarroya de los Pinares, Mosqueruela y Villafraanca del Cid, llegó a Castelfort, donde se le unió Borso con la suya. San Miguel, partiendo de Alcañiz, ocupó Cintorres. Más tarde Oráa pasó a Monroyo y la Pobleta, para asegurar sus comunicaciones con Alcañiz; Pardiñas se movía por aquellos alrededores. Los carlistas se fortificaron en la Pobleta para obstaculizar el avance de sus contrarios, pero por fin todo el ejército de Oráa llegó cerca de Morella; esto ocurrió el 9 de agosto; los días 12, 13 y 14 se colocaron las piezas en batería contra la plaza y el 14 rompieron el fuego. Se preparó el asalto para este mismo día, pero a causa del retraso con que llegó un convoy de víveres y municiones, escoltado desde Alcañiz por Pardiñas, el asalto no se inició hasta el anochecer del 15.

Los sitiados prepararon rápidamente combustibles frente a una brecha que lograron abrir los de Oráa, y al intentar penetrar por ella las fuerzas de la Reina, les prendieron fuego, a la vez que desde las murallas arrojaban granadas de mano y sostenían un nutrido fuego de fusilería. Fueron vanos todos los intentos de las fuerzas liberales. La artillería de Oráa siguió disparando los días 16 y 17 sin conseguir resultado práctico alguno. Los días 18 y 19 el ejército constitucional emprendió la retirada hacia Alcañiz, acampando la primera noche en Monroyo.

Al llegar a Alcañiz, Oráa distribuyó sus fuerzas en esta forma: al General San Miguel lo envió con su división a Zaragoza; a Pardiñas, con la suya, a proteger el Bajo Aragón; a Borso, a la Plana, y él se encaminó hacia Teruel.

El triunfo de Morella constituyó una gran victoria para las tropas carlistas, y tuvo enorme repercusión en España y en el extranjero.

Cabrera no perdió de vista a ninguna de las divisiones enemigas, a las que tuvo todo el tiempo acosadas e inquietas. No pararon aquí los desastres de los tropas cristinas: parecía que el ángel exterminador se cernía sobre ellas y las aniquilaba, pues a los pocos días de esta retirada tan desastrosa para el Gobierno de Madrid, don Ramón Cabrera, que obtuvo la merced del condado de Morella y el ascenso a Teniente General por su brillante triunfo, destruyó y pulverizó a la división de Pardiñas en los olivares de Maella, en los que halló la muerte el joven General cristino que mandada la división *del Ramillete*. Se cuenta que éste ofreció a la Reina Cristina derrotar y aniquilar a Cabrera, pero poniendo una condición: la de que se le permitiese elegir los regimientos que iban a componer su división, y por esto se llamaba *del Ramillete*. Ambos Generales eran jóvenes, acaso los más jóvenes del generalato; ambos hicieron una carrera brillante y ambos abrigaban grandes ambiciones y ansias de gloria. Si Pardiñas hubiera derrotado y hecho preso a Cabrera, hubiera sido el héroe más destacado y celebrado de la España liberal; aun sin esto adquirió gloria y renombre, y tiene una calle dedicada en Madrid a su memoria, tan sólo por haber muerto gloriosamente. En cambio Cabrera, el triunfador, siguió siendo considerado como odioso cabecilla, como monstruo sanguinario y como tigre del Maestrazgo, sin que se le atribuyera ningún mérito por sus adversarios. ¡Así somos de justos los hombres y los historiadores!

Pardiñas y Cabrera se movían, espíandose mutuamente, en la zona comprendida entre Caspe, Alcañiz y Gadesa; ambos mandaban divisiones aproximadamente iguales en número, de cuatro a seis mil hombres. Según los carlistas, Pardiñas contaba con más fuerzas que Cabrera, y según los liberales, viceversa.

Partió la división de Cabrera muy de mañana del pueblo de Valdealgorfa, a cuatro leguas de Maella, donde se encontraba Pardiñas; se dice que Pardiñas, al salir en busca de su rival, dijo: "Hoy será mío Cabrera."

Al despuntar el primero de octubre empezaron a salir de

Maella las tropas de Pardiñas en busca de Cabrera; se encontraron las dos fuerzas, y atacado Cabrera con violencia en todo el frente, su ala izquierda empezó a ceder terreno, lo que colocaba en situación muy crítica a toda la línea. Cabrera fué herido en el brazo izquierdo, pero comprendiendo que era preciso reponerse y realizar un acto de audacia y valentía extraordinarios, resolvió dar una carga desesperada con su escolta y ayudantes; cede el flanco izquierdo de Pardiñas y caen 400 prisioneros, pero el ala izquierda de Cabrera sigue flaqueando y empieza a retirarse en desorden, y entonces el caudillo envía allí cuatro compañías de Tortosa, a la carrera, e increpa, lleno de furor, a sus soldados, los domina y los reanima con su actitud decidida. El enemigo, al ver aquella decisión de los que antes huían, pierde sus posiciones y se da a la fuga. Pardiñas quiere rehacer sus huestes dispersas, y a la cabeza de su Estado Mayor se lanza furioso a la busca de los huídos para volverlos a la lucha, pero rodeado por los carlistas, ciego de ira y de coraje, se defiende con el fusil de un granadero y, mortalmente herido, aún sigue peleando, hasta que cae atravesado por una lanzada.

De toda aquella brillante división *del Ramillete* sólo llegaron a Caspe, huídos y aterrorizados, unos 1.400 hombres.

Según el parte de Cabrera, hizo en esta operación 3.115 prisioneros de la clase de tropa y 120 Oficiales; quedaron en el campo mil cadáveres de la división de Pardiñas y 4.000 fusiles; los carlistas tuvieron bajas importantes, y entre ellas la del Coronel don Antonio Arias y cinco Oficiales.

Cabrera hizo morir a todos los prisioneros de caballería de Pardiñas, en justa represalia, según decía, de no haber dado cuartel a los voluntarios que cayeron en su poder, al principio de la acción. Escritores liberales dicen que aquellos prisioneros, en número de 50, fueron alanceados con ferocidad por un escuadrón *faccioso* durante la marcha.

Después de la acción de Maella Cabrera mandó a Llangostera que invadiese las riberas del Jalón, en busca de víveres y recursos, como lo hizo.

La brillante victoria de Maella sembró la consternación en Zaragoza, donde se inició una nueva era de represalias y de persecuciones, de las que fueron víctimas los afectos a la causa carlista.

El Gobierno de Madrid acordó nombrar al General Van Halen para el mando del ejército del Centro. Van Halen declaró el estado de guerra en Aragón, Valencia y Murcia y esto dió lugar a nuevas represalias y a una serie de proclamas y bandos redactados en estilo truculento, firmados por ambos caudillos, los que se culpaban mutuamente de las atrocidades que se cometían.

Con los triunfos de Morella y Maella se asentó y consolidó el poder de Cabrera y se perfeccionó su máquina administrativa en todos los órdenes. Cabrera dominaba toda la provincia de Teruel, excepto la capital; toda la provincia de Castellón, excepto la capital y alguna ciudad; gran parte de Zaragoza, Valencia, Cuenca, Tarragona y Guadalajara, y parte menor de Alicante, Murcia y Albacete. Sus tropas se paseaban por todo este territorio, no huyendo, como hasta ahora, de la persecución de las columnas liberales, sino haciéndolas huir.

Por entonces Cabrera en persona, al frente de ocho batallones y cinco escuadrones, se apoderó de Calatayud, que abandonó a los dos o tres días con riquísimo botín.

En esta época sus lugartenientes más destacados eran Forcadell y Llangostera. El Conde de Negrí y don Basilio García, que al ver deshechas las columnas con que emprendieron sus desgraciadas expediciones encontraron su refugio en Morella, volvieron a Navarra.

Merced a las gestiones del Coronel de artillería británico Lacy se llegó por fin a firmar un convenio entre Cabrera y Van Halen para humanizar la guerra, al igual que se hizo en el año 1835 en el Norte entre Zumalacárregui y Valdés; este convenio, que los cristinos denominaron tratado de Lécera y los carlistas convenio de Segura, decía así:

“CONVENIO

”Artículo 1.º Será respetada la vida, sea cual fuere su clase, de cuantos prisioneros existen y se hagan en lo sucesivo, correspondientes a ambas fuerzas, sin distinción de los que sean o no pasados de filas, de las unas o de las otras, a no ser que lo sean

ya por segunda vez, pues en este caso serán juzgados según la ley establecida por el que los aprehenda. Para evitar toda duda en inteligencia de este artículo, se declara que comprende a todos los cuerpos del ejército, voluntarios realistas, milicianos nacionales, francos, resguardo, compañías organizadas y los que, dependientes de éstas, estén autorizados para hacer la guerra con documento que lo acredite de sus jefes superiores.

"Art. 2.º Los prisioneros serán asistidos y tratados, así en salud como en enfermedad, del mismo modo que las tropas del ejército en cuyo poder estén, y para satisfacción de las partes, podrán visitarse los depósitos mediante las precauciones que exige la guerra.

"Art. 3.º Cuando el número de prisioneros pertenecientes a las armas nacionales exceda de 400, se designará un pueblo abierto, que por su posición no perjudique en manera alguna a las operaciones militares, en que establecerá el depósito, sin que puedan entrar en él, ni a menos de una hora de distancia, las fuerzas nacionales; pero no podrá haber en dicho punto depósito de armas, víveres, vestuario y cualquier otro efecto de guerra, así como tampoco talleres o fábricas en que se construyan o recompongan; la fuerza no pasará de la precisa para la custodia de los prisioneros, y dentro del círculo marcado no podrán refugiarse otros algunos, para evitar una acción, pues en este caso dejará de ser inviolable y podrán ser atacados hasta en el mismo pueblo.

"Art. 4.º Los enfermos y heridos, en cualquiera parte que se encuentren, con la correspondiente baja que acredite estar allí o haber quedado como tales, serán respetados y restituidos a sus cuerpos cuando su salud lo permita. De la misma consideración gozarán los empleados legítimamente en la curación y asistencia de los mismos, siempre que presenten documentos que acrediten su destino.

"Art. 5.º Así que una y otra parte tenga prisioneros, se propondrá el canje por el último que los haga, y no podrá el otro dilatarle por ningún pretexto.

"Art. 6.º Los canjes se realizarán en el país más próximo al en que se hallen los prisioneros y en el punto intermedio de los fuertes de una y otra parte.

"Art. 7.º Tanto en el tránsito como en el punto donde sean colocados los prisioneros, no se permitirá se les insulte ni maltrate, ni tampoco a las personas que les auxilien con ningún socorro.

"Art. 8.º Los prisioneros no podrán ser trasladados a Ultramar.

"Art. 9.º Serán preferidos para los canjes los procedentes de los ejércitos que tengan los prisioneros que han de canjearse.

"Art. 10. Cuando por una u otra parte se falte a lo que establecen los artículos anteriores, bajo cualquier pretexto, incluso el de sedición o motines, la parte agraviada podrá exigir la satisfacción debida, cual es el castigo que marcan las leyes, y en caso de no obtenerla a su debido tiempo, quedará nulo este convenio, comunicándolo antes oficialmente y sin fuerza retroactiva para los que hasta aquella fecha se encontrasen prisioneros, a excepción de aquel número y clases que debe en represalia expiar la suerte de los que al infringir el convenio han sido sacrificados y podrán ser hasta un doble.

"Art. 11. Quedan obligados a la exacta observancia de este tratado los jefes de las fuerzas que lo firman, como todos sus sucesores, mientras dure la guerra, y cuantos dependan de unos y otros que se comprometen a hacerle cumplir, y para su debido efecto y cumplimiento lo firmamos ambos jefes en nuestro respectivo Cuartel General. Segura, 1 de abril de 1839. Sello.—*El Conde de Morella*.—Lécera, 3 de abril de 1839.—*Antonio Van Halen*."

Fíjense los lectores en el camino que anduvo Cabrera desde la época en que se le denominaba *monstruo, tigre, cabecilla, alfabeto*, etc., hasta el día 1 de abril de 1839, en que en un documento oficial firmaba al lado del General en jefe del ejército de la Reina, con el título de Conde de Morella. El salto es impresionante; hay pocos casos en la historia de una ascensión tan fulminante desde la nada hasta el poder y la gloria, como la del héroe tortosino.

En primeros de febrero de este año esperaba Cabrera la llegada al puerto de los Alfaques de un bergantín inglés cargado de fusiles, que le eran indispensables para aumentar su ejército. Instaló su Cuartel General en Benicarló para asegurar el desembarque, pero quiso la desgracia que los guardacostas des-

cubrieran el buque inglés y le apresaran, y a pesar de que el padraastro de Cabrera, Calderó, intrépido marino y conocedor de aquella costa, hizo lo posible por evitarlo, cayeron 7.500 fusiles en poder del enemigo; sólo pudo realizarse el alijo de diez cajas con 100 fusiles.

La comunión carlista, en todas sus guerras, parece que ha sido sometida a un sino fatal; cuando sus fuerzas han adquirido la máxima importancia y la más perfecta organización, cuando han conquistado y fortalecido un sinnúmero de poblaciones, es cuando se ha cernido sobre su causa el desastre y la ruina. En abril de 1839 Cabrera se dedicó a fortificar muchas de las poblaciones de la zona por él dominada, y entre ellas Alcalá de la Selva, Castellote, Chelva, Flix, Villarduengo, Tales, San Mateo, Mora de Ebro, Beteta (Cuenca), Benicarló, Castellfavit y Udecona. Hay quien opina que este sistema de fortificaciones más bien perjudicó al ejército carlista de Levante, que perdía de este modo parte de su movilidad y espíritu combativo.

Verificóse un canje en Onda el 20 de abril, el primero que se celebraba en Levante.

Con fecha de 26 de junio de 1839 fueron ascendidos a Mariscales de campo Forcadell y Llangostera.

A Van Halen, cuyo convenio con Cabrera fué objeto de censuras en Madrid, sucedió O'Donnell, quien emprendió una vigorosa ofensiva que casi coincidió con la firma del Convenio de Vergara. La prueba más concluyente de la autoridad, el prestigio y el afecto de que gozaba Cabrera entre los suyos es la forma admirable con que mantuvo la unión, la disciplina y la solidaridad entre todas sus fuerzas después del abrazo de Espartero y Maroto, que constituyó tan rudo golpe para la causa carlista. Una de las fortalezas de Cabrera, Tales, cayó en poder del nuevo caudillo liberal. El Comandante Villanueva defendía el torreón principal, y como no lo defendiera con la eficacia y valentía que prometió a Cabrera, fué juzgado y pasado por las armas. Aún le quedaban a Cabrera algunas victorias en el horario de su mando. Una de ellas fué la alcanzada en Cardoneras, pueblo próximo a Cuenca, donde con varios batallones hizo a los cristinos 2.000 prisioneros, más de 150 muertos y les cogió 2.000 fusiles y 150 caballos. Casi al mismo tiempo en que se dió

esta batalla y se alcanzó el triunfo, le llegaban informes sobre la traición de Maroto.

Ya podía el Gobierno de Madrid respirar tranquilo; todas las tropas del Norte, bajo el mando de Espartero, triunfador, se dirigieron a Levante, para aniquilar al Conde de Morella, quien dando muestras de una fidelidad a toda prueba a su Rey y señor, desoyó todos los ofrecimientos de arreglo que le fueron hechos, y siguió luchando con el mismo entusiasmo y ardimiento que en los primeros días. Él solo contra todos. ¡Es lástima que caudillo tan extraordinario perdiera más tarde la fe en su causa! El 4 de octubre llegaba el nuevo Duque de la Victoria a Zaragoza con un ejército de 44.000 infantes, 3.000 caballos y la artillería correspondiente. Lo primero que hizo fué lanzar proclamas llenas de ofrecimientos a los voluntarios carlistas. Ya había conseguido arrastrar al audaz Cabañero, el de la efímera y fugaz conquista de Zaragoza. El trance era terrible para Cabrera, pero éste dirigió otra proclama ardorosa desde el Cuartel General de Mirambel el 7 de octubre, contestando a la de Espartero. Como es corriente en estas circunstancias, aumentó el número de espías y traidores, y algunos de éstos fueron fusilados por Cabrera para mantener la disciplina.

A fines de 1839 Cabrera padeció de una grave enfermedad que puso en peligro su vida; para mejor cuidarle fué trasladado a Morella, donde existían varios facultativos, y se hicieron rogativas por su curación. La población toda se mostraba apenada y condolidada y daba pruebas de un afecto sincero hacia el héroe tortosino. Es muy posible que la impresión dolorosísima que produjo en Cabrera la traición de Maroto contribuyera a agravar su enfermedad; únase a esto los movimientos de Espartero, que no dejaban sosegar ni un momento el espíritu inquieto del enfermo.

Durante esta enfermedad sus lugartenientes acordaron permanecer a la defensiva y realizar diversos movimientos para distraer a las fuerzas cristinas. Se encargó a Arnau de que preparase una expedición que cayera sobre Castilla, y al frente de 1.700 infantes y 1.500 caballos invadió las provincias de Cuenca y Albacete, y a pesar de que le perseguían dos divisiones liberales, recorrió un extenso territorio y regresó al Maestrazgo con un inmenso botín. Aún tuvieron los carlistas decisión para

invadir la Alcarria y llegar a las puertas de Guadalajara con una columna mandada por el Coronel Palacios. Estas expediciones contaban como punto de apoyo la plaza fortificada de Beteta.

Trasladóse Cabrera desde Morella a San Mateo, para convalecer y reponerse, y mientras tanto Espartero inició un plan de ataque embistiendo la plaza de Segura, donde cogió prisionera a la guarnición, compuesta de 13 Oficiales y 274 soldados; además se apoderó de seis piezas de artillería, 80.000 cartuchos, 25 quintales de pólvora y gran cantidad de víveres. A Segura siguió Castellote, que opuso una resistencia que, según el parte oficial de Espartero, "fué la más obstinada de cuantas ofreció aquella sangrienta lucha". El sitio y conquista de Castellote se prolongó durante bastantes días, y sobre la pequeña población se lanzaron 3.500 proyectiles de cañón, y es posible que a pesar de la feroz embestida de fuerzas veinte veces superiores, no hubiera caído la citada plaza, a no haber ordenado tocar alto el fuego y enarbolado bandera blanca uno de los Oficiales que mandaba en un extremo de la fortaleza. Al llegar Espartero en persona ante los carlistas prisioneros, dijo a los suyos: "He aquí unos valientes."

Pero la hora de la derrota había sonado ya para las aguerridas huestes de Cabrera, quien aún seguía convaleciente de su grave enfermedad, y todas aquellas fortalezas que con tanto trabajo levantó iban a caer como castillo de naipes. Otras de las plazas que se hicieron célebres por su defensa fueron Aliaga y Alcalá de la Selva, coronada en su cúspide por un castillo de grandes dimensiones y sólida construcción; fué O'Donnell el encargado de atacarla y conquistarla, y después caían Alpuente, Ares y Beceite, atacadas por el Conde de Belascoain. Intentó éste marchar sobre Mora de Ebro, donde a la sazón residía Cabrera, segunda vez enfermo, pero era mucha presa la de don Ramón para dejarse coger. Fué tan larga la doble enfermedad de Cabrera, que muchos creyeron que había muerto, y en verdad que estuvo a punto, pues en Mora se le administró hasta la Extremaunción. A todo esto él se hallaba ignorante de los desastres sufridos por sus tropas, de la pérdida de tantas plazas fuertes, y nadie se atrevía a comunicarle tan infaustas noticias por temor a provocar la muerte; acordóse trasladarlo de Mora de Ebro a La Cenia, donde, algo repuesto, su padrastro, don

Felipe Calderó, le dió cuenta de la situación con estas palabras: "Hijo mío, nuestros asuntos van cada día de mal en peor; hemos perdido a Segura, Castellote, Aliaga, Alpuente y Alcalá; el ejército se halla en un estado fatal que pronto sabrás. ¿Qué haremos, Ramón?" Al oír estas palabras, según cuenta Córdoba, Cabrera desfalleció y cayó en un paroxismo mortal, y al volver en sí pidió explicaciones. "¿Qué es esto, señores, dijo; yo he sido engañado, con qué derecho se me ocultan tamañas novedades?" Trabósele la lengua, y un movimiento convulsivo se apoderó de todos sus miembros. "La enfermedad de vucencia y la conservación de su vida, tan cara para nosotros—dijo uno de los circunstantes—nos han hecho guardar silencio hasta hoy." "¿Y qué importa mi vida—repuso—al lado de nuestra causa y de nuestro Rey?" Presentáronse todas las autoridades para rogarle que se dejase ver, pues todos lo creían muerto y esto traía la deserción e indisciplina. "Estoy pronto—contestó—; que me lleven a los campamentos, y puesto que Dios así lo dispone, buscaré una muerte al lado de mis camaradas. A Morella vamos por ahora, señores", y para Morella partieron el día 3.

El cerco se iba estrechando y el Conde de Belascoain, que había arrasado los fuertes de Mora y Flix, se dirigió sobre Gandesa y tuvo un encuentro con Arnau en las montañas de Val de Lladres. El mismo día dió orden Cabrera al Gobernador de Cantavieja de evacuarla. Otra vez volvió a La Cenia el Conde de Morella. Aquí tampoco tuvo reposo, pues O'Donnell dirigía sobre esta plaza gran número de tropas; no era posible esquivar la lucha, y Cabrera, débil y enfermo, se aprestó a ella. Tanto él como sus valientes voluntarios lucharon como leones, perdiéndose y ganándose algunas posiciones seis o siete veces; el resultado quedó indeciso.

En 19 de mayo Espartero se dirigió a sitiar Morella, y el 30 se le rindió tras una defensa heroica.

¿Qué haría ahora Cabrera después de tantos desastres y derrotas?

Reunió una Junta de la que formaban parte Forcadell, Polo, Arnau, Díaz de Lavandero, etc., y acordaron pasar el Ebro y marchar a Cataluña. El paso del Ebro en tan tristes y duras circunstancias, y acosado por tan gran número de enemigos, hubiera sido empresa imposible para otro que no fuera Cabrera.

Trató de asegurar dicho paso, y eligió como puntos preferentes Mora y Flix; entonces inició aquella marcha maravillosa por Mas de Barberáns y los puertos de Beceite; burlando siempre al enemigo y perseguido por O'Donnell y Zurbano, mandó preparar varias lanchas en las proximidades de Mora y Flix al Coronel don José Bru y Calanda. Dió órdenes a Balmaseda y Palacios, que operaban en los confines de Valencia y Castilla, para que con sus fuerzas partieran en seguida a su lado. Convocó a los jefes y oficiales, les expuso la situación y les dijo que su propósito era el ir a unirse con las fuerzas de Cataluña, y que si alguno de ellos se creía con ánimo para continuar la guerra en el Maestrazgo, él se ofrecía a luchar como simple voluntario. Todos le prestaron su adhesión y se encaminaron a Flix en 1 de junio; allí estaban la división de Aragón y los batallones 1.º de Valencia y 3.º de Mora, con Forcadell y Polo. El paso se verificó aquella misma noche, siendo Cabrera y Arnau los últimos en cruzar el caudaloso río, el día 2.

Desde Flix se dirigió Cabrera con sus fuerzas, sin descanso alguno, a Berga, donde llegó el día 8. Balmaseda y Palacios no recibieron las instrucciones que les envió Cabrera, por la defeción de los enlaces a los que entregó la orden, y quedaron abandonados a su buena estrella, y tras grandes riesgos y algún combate desgraciado, pasaron a los pinares de Soria y de allí a Navarra, de donde Balmaseda pudo llegar a Francia. No así Palacios, que cayó en poder de los carabineros en la misma frontera, después de haber hecho noche en Lanz.

Suspendemos aquí la narración de lo ocurrido a Cabrera desde el paso del Ebro hasta su retirada a Francia, para relatar el movimiento en Cataluña hasta después de la muerte del Conde de España.

CAPITULO XII

LA GUERRA EN CATALUÑA

*Antecedentes.—Alzamiento de varios jefes.—Fusilamiento de Romagosa.
Expedición de Guergué al Principado.—Su desastroso final.*

DONDE más partidarios contaba Don Carlos era sin disputa en Navarra, Vascongadas, Cataluña y el Maestrazgo. Es también cierto que precisamente en estas regiones es donde había más realistas que se alzaron en armas contra los constitucionales, especialmente en 1823. En estas contiendas se formaron algunos jefes de partida y oficiales de batallón que luego sirvieron de plantel y armazón para los ejércitos carlistas.

Las zonas predilectas para el nacimiento y desarrollo del carlismo son las montañosas: seguramente la razón principal de este hecho es la circunstancia de que las montañas cobijan mejor que los llanos a quienes se sienten acosados y perseguidos por ejércitos organizados.

Dos excepciones salientes son: la provincia de Huesca, que es muy montañosa, y sin embargo esa región ha sido siempre la más anticarlista de España, hasta el extremo que se llamaba "El vedado de la Reina", y los valles del Roncal y de la Amezcoa, en Navarra, ambos muy liberales, cuando otros límites eran muy carlistas. Y no se diga que las zonas más castigadas y esquilgadas por la guerra, las ocupadas durante años por las fuerzas carlistas, sintieron más tarde desvío hacia este

partido, por reacción; no, es todo lo contrario; precisamente las zonas que llevaron el peso de la guerra y que proveyeron a los carlistas de hombres, armas, víveres y alojamiento, son aquellas en las que las raíces del carlismo se mantienen más vivaces. Prueba evidente de que los voluntarios carlistas no fueron ni sus tiranos ni sus verdugos, como han dicho hasta la saciedad los libros y periódicos liberales o revolucionarios, sino que fueron sus amigos, sus camaradas y sus protectores.

Otro fenómeno notable y digno de estudio es que en las regiones más laboriosas, prósperas, ricas y adelantadas de la Península contaba con más partidarios y adictos Don Carlos. Las más pobres y retrasadas apoyaban a los liberales. Sin embargo, éstos se llaman progresistas y *européos* y a aquéllos se les califica de reaccionarios, ignorantes y arcaicos.

El levantamiento en Cataluña ofrece las mismas características que en el Maestrazgo: en los primeros meses, e incluso en los primeros dos años, las partidas no adquirieron vigor ni consistencia; aparecían y desaparecían con asombrosa facilidad. Faltaba el hombre capaz de convertir las partidas en batallones, los batallones en brigadas y éstas en un ejército organizado y disciplinado, con igual o mayor perfección que el que mandaba contra dichas partidas el Gobierno de Madrid. Si Cataluña hubiese tenido al principio un hombre como Zumalacárregui, o si Cabrera hubiese sido, al presentarse en las filas carlistas, un militar con prestigio y conocimientos, en lugar de ser un ex seminarista calavera, la insurrección carlista hubiera adquirido en ambas zonas, desde un principio, caracteres pavorosos para el Gobierno de Isabel II, el cual hubiese sucumbido rápidamente ante el empuje de las fuerzas coaligadas del Norte, de Cataluña y de Levante.

En Levante *surgió el hombre* a los tres años de empezada la guerra; en Navarra y Vascongadas surgió a las tres semanas, y en Cataluña no surgió nunca; y por esta razón se le enviaron desde fuera Generales en jefe que por el mero hecho de ser extraños al país humillaron el orgullo y la altivez de los audaces partidarios catalanes, entre los que nunca surgió uno que por su autoridad, sus conocimientos y su prestigio se sobrepusiese a todos los demás.

Esta fué la gran desgracia del carlismo catalán en la primera guerra civil.

Lo que más sorprende al historiador es que habiéndose organizado en Cataluña lo menos 32 batallones de realistas intransigentes en 1827 con el proyecto de libertar a Fernando VII de su camarilla y de parte de sus Ministros, a los que suponían muy sospechosos de moderantismo, habiéndose levantado en armas con un programa que calificaríamos hoy de exageradamente reaccionario, como es el que propugnaban los jefes que dirigieron aquella insurrección, llamada de los *malcontents* (que sofocó con gran dureza y energía el Conde de España) y cuyo lema era el de *Religión, Rey e Inquisición*, no tuvieron los carlistas, a los seis años, vigor y energía para recoger todos esos poderosos elementos que les eran adictos y adueñarse con ellos de importantes poblaciones, como lo hicieron en 1827 de Manresa, Vich, etcétera, lo que hubiera dado un aliento extraordinario a la insurrección.

Los *malcontents* tuvieron como jefes principales a Bussons, Saperes (alias Caragol), a Vilella, Planas, Plandolit, Corrons y a Rafi Vidal, de los cuales algunos volvieron a figurar en la guerra carlista, como Saperes y Plandolit, y otros fueron alevosamente asesinados, como Bussons, o fusilados, como el Teniente Coronel Rafi Vidal, personaje que aparece aureolado de virtudes y prestigios extraordinarios, hasta el extremo que le seguía casi toda la provincia de Tarragona y cuyo fusilamiento por el Conde de España, cuando vivía tranquilamente, en plena paz, encierra un gran misterio que acaso el taimado Calomarde hubiera podido descifrar.

En 1833, tan pronto como murió Fernando VII, surgieron partidas por toda Cataluña al mando de Galcerán, Vilella, Tristany, *Ros de Eroles*, Ibáñez (*Llar de Copons*), *Muchacho*, *Boquica*, Plandolit y otros; obsérvese que la mayor parte de ellos son conocidos por sus apodos, lo que no ocurrió en la última guerra civil.

De todos estos jefes, los más destacados eran Tristany, *Ros de Eroles* y *Llar de Copons*, juntamente con otros que más tarde iban a surgir, dotados de tradición militar más larga o de conocimientos o cultura superiores, como Royo, Brujó, Marsal, Castells, Segarra (el traidor al final), etc.

La mayoría de estos jefes eran realmente cabecillas más o menos afortunados y fueron incapaces, durante años, de organizar un ejército, ni de dominar permanentemente un territorio; por ello su vida era errante y angustiosa. Un día caían sobre un poblado donde recogían abundantes víveres y otros elementos, para luego pasar una semana entre riscos y breñales, acosados por el hambre y perseguidos por las columnas cristinas. Por ello era obligado que fuesen todos ellos hombres duros, arriesgados y valientes hasta la temeridad. La vida o la muerte eran para ellos palabras casi sin valor. Todo lo ofrecían gustosos por sus ideales religiosos y por su lealtad a Don Carlos. Lo único que nunca ofrecieron con buena voluntad fué la sumisión a la autoridad impuesta por el Rey o el sacrificio de su amor propio o de su vanidad personal.

Esta fué la gran desventaja del movimiento carlista catalán. Para poner remedio a la indisciplina y anarquía con que se desenvolvía la actividad carlista en el Principado, se pensó en darles un jefe de prestigio y categoría que pudiera someter a su autoridad a todos los jefes y jefecillos que se movían sin orden ni concierto por la montaña catalana.

Recayó el nombramiento en el Mariscal de campo Romagosa, quien en septiembre de 1834 partió desde Génova en un bergantín y desembarcó en las playas del Principado. Se hallaba en inteligencia con el Infante Don Sebastián, que ya para entonces se había arrepentido del juramento que prestó en favor de Isabel II y conspiraba por la causa carlista. Pero Romagosa tuvo la desgracia de caer prisionero, hallándose escondido en casa del párroco de Selma, y fué fusilado en Igualada por Llauder.

También penetró en Cataluña por entonces don Agustín Saperes (que tan importante papel jugó en la insurrección de los *malcontents*) con el grado de Mariscal de campo; pero Llauder, que era a la sazón Capitán General de Cataluña, le persiguió y le obligó a retirarse, sin que la historia vuelva a ocuparse de él. En cambio Tristany, *el Muchacho*, *Llar de Copons*, *Ros de Eroles*, etc., iban a dar mucho que hablar. El porvenir se les presentaba sombrío y desesperado, pero tal era la fe de aquellos indómitos luchadores que se aprestaron a vencer todas las dificultades, ofrendando sus vidas y sus haciendas para superarlas.

A principios de 1835 se notó un resurgimiento en las filas

carlistas; brotaron nuevos jefes y nuevas partidas que secundaron muy activamente a los antiguos, y sin duda por el efecto que produjeron en Cataluña las noticias que llegaban de la próspera y halagüeña situación en que se encontraban en 1835 las fuerzas vasco-navarras, acaudilladas por Zumalacárregui, las filas de Don Carlos se engrosaron rápidamente en el Principado.

Llauder, que dejó la Capitanía General de Cataluña a primeros de 1834, para tomar posesión del Ministerio de la Guerra, volvió a ocupar su antiguo puesto, pero no tuvo gran éxito en la lucha contra Tristany y otros jefes.

Los desórdenes y motines que surgieron en diversas capitales de España durante el año 1835 y los excesos, tropelías y crímenes que se cometieron con los religiosos y personas de orden, dieron vuelos al movimiento carlista; los triunfos de Zumalacárregui y el tratado de lord Elliot, que de hecho equiparaba a ambos contendientes, proporcionaron inmenso prestigio a Don Carlos y a su causa. Parecía que el triunfo y la victoria iban a ser suyos en breve plazo. Entonces no se dieron cuenta del terrible golpe que recibió el levantamiento con la muerte de Zumalacárregui, pero esta tremenda desgracia, en opinión del autor, varió total y definitivamente el rumbo de los acontecimientos y malogró e hizo imposible el triunfo de Don Carlos.

Nada de particular ocurrió en el Principado catalán hasta la llegada de la expedición de Guergué.

Juan Antonio Guergué era natural de Legaria (Navarra) y luchó por su patria en la guerra de la Independencia, a las órdenes de Mina. Más tarde se distinguió en la División Realista de Navarra, en el bloqueo de Pamplona, etc., alcanzando el grado de Teniente Coronel. Realista puro y acérrimo defensor de los derechos de Don Carlos, se ofreció a éste y luchó bajo sus banderas, aunque no se destacó mucho en los primeros meses del movimiento. Guergué era Coronel y fué ascendido a Brigadier el mismo día en que se puso al frente de la expedición que, partiendo de Estella—y dando un rodeo por el valle de Ollo y el de la Ulzama, por Olagüe, Zubiri, Aoiz e Irurozqui—, penetró en la provincia de Huesca por Salvatierra y Berdún, apoderándose de la capital y de Barbastro y llegando rápidamente hasta Tremp, sin contratiempo alguno.

En Tremp se le incorporaron Borges con 500 hombres, y don

Jacinto Orteu con un número aún mayor. Todo parecía marchar satisfactoriamente, pero sus voluntarios echaban de menos los elementos de boca y vestuario, que en su país natal no les faltaban. A causa de sus largas marchas se encontraban casi descalzos, y como las poblaciones del camino les fueron hostiles, sufrieron grandes estrecheces por falta de recursos. Por otra parte, el soldado vasco-navarro era tan amante de su tierra, que gustaba muy poco de lanzarse a guerrear en otras provincias. Todo esto causó malestar en la columna expedicionaria, cuyos voluntarios manifestaron deseos de volver al punto de partida, y así lo hubieran hecho a no ser por el casi acorralamiento de las columnas cristinas que les iban persiguiendo.

Guergué no podía volver a Navarra sin aceptar una batalla con cualquiera de las columnas que le perseguían, las que parece que le empujaban hacia Cataluña, cuando quizá hubiese sido más acertado el aplicar aquello de "A enemigo que huye, puente de plata".

Hallándose cercado por todas partes, se enteró Guergué por sus subordinados que había un boquete libre por San Juan de Lern y avanzó por allí y llegó con sus fuerzas intactas a la ribera del Segre, alojándose en Orgaña, Oliana, etc.

Precisamente en agosto se movían más activamente los jefes carlistas por toda esa región del Segre, y así Tristany, *Ros de Eroles*, Sansó, Borges, *Muchacho* y otros atacaron con 2.000 hombres la villa de Torá, que no pudieron tomar por la aproximación de la columna de Sebastián, que levantó el cerco.

La llegada de Guergué a Cataluña hizo que engrosaran considerablemente las pequeñas columnas del Principado, que de partidas sueltas se fueron convirtiendo en batallones y brigadas. Guergué les dió la primera formación militar, dividiendo aquellas fuerzas en cuatro divisiones, que denominó de Gerona, de Lérida, de Manresa y de Tarragona, las que mandaron, respectivamente, Brujó, Torres, Tristany y Val.

De todos estos jefes de división, acaso el más inteligente y capacitado fué Brujó (salvo Torres, que murió prematuramente), pero el que alcanzó mayor popularidad y celebridad fué don Benito Tristany, o *Mosén Benet*, como le llamaban los catalanes, quien era ya canónigo al iniciarse el alzamiento. Nacido en la casa pairal (solariega) de Ardebal (obispado de Solsona),

cambió la sotana por la espada (lo que fué corriente en la guerra de la Independencia y en la primera guerra civil, aunque nunca mereció la aprobación de las altas autoridades eclesiásticas) y pronto se vió rodeado de centenares de jóvenes de su comarca, donde gozaba de gran prestigio la familia de Tristany, la que iba a dar varios caudillos en aquella guerra y en las sucesivas a la causa carlista.

A pesar de que a fines de 1835 existían en Cataluña más de 20.000 voluntarios carlistas en armas, no hicieron nada de provecho, a causa de la indisciplina y anarquía en que vivían todos sus jefes.

Por entonces ocurrió un hecho extraño, cual fué el intento de entrada en Cataluña del Conde de España, quien cayó en la frontera en poder de los gendarmes franceses cuando iba a ponerse el frente de las tropas carlistas. El Gobierno francés lo internó en la ciudadela de Lille.

También fué hecho prisionero, de una forma inexplicable, en las afueras de Olot, el Coronel O'Donnell, quien iba al mando del primer batallón de Castilla y de otras fuerzas de Guergué y se hallaba en observación de las columnas liberales que se aproximaban a la citada villa; O'Donnell fué bárbaramente asesinado en la ciudadela de Barcelona, al año siguiente, por las turbas revolucionarias de la capital.

Terrible fué para los carlistas el asedio y la rendición de Guimerá, donde Roset se hizo fuerte con 500 hombres, a los que atacó el Coronel Niubó con su columna, dotada de artillería; los carlistas se resistieron heroicamente, pero por fin fueron vencidos por la superioridad del armamento del enemigo. El heroico Roset y más de 70 de sus voluntarios fueron fusilados en el acto. A Cataluña no había llegado el tratado de lord Elliot y la guerra se hacía ferozmente, sin cuartel. Aunque la prensa liberal ha escrito tanto sobre el salvajismo de los carlistas catalanes, es preciso reconocer que no fueron ellos los más salvajes.

También sufrieron un grave contratiempo el *Llar de Copons* y otros jefes carlistas en San Quintín, aquel mismo mes de octubre, al verse obligados a retirarse del pueblo, en que disponían de más de mil hombres. Todos los prisioneros caídos en poder de las tropas de la Reina fueron fusilados.

Entre tanto, Guergué, a pesar de haberse dado a conocer en 26 de octubre como Comandante General de Cataluña, seguía en esa actitud clásica suya de indecisión; por fin envió a José Juan de Torres a Lérida, al frente de la división de aquella provincia; ya para entonces se iniciaron síntomas de deserción en el batallón de Guías de Navarra.

En primeros de noviembre se movió el caudillo navarro con varios batallones de su columna y otros catalanes en dirección sur, llegando a penetrar en la provincia de Tarragona. Torres se apoderaba a la vez de Poble de Segur, y Tristany, con una fuerte columna, atacaba Tárrega, situada en la fértil llanura de Lérida, donde le rechazó Niubó. Guergué seguía moviéndose, pero sin finalidad ni plan, lo que fatigaba al soldado y le desmoralizaba, pues no hay nada que más desagrada a un voluntario que la indecisión y la apatía de sus jefes.

Por fin Guergué volvió de nuevo a la parte norte de la provincia de Lérida, sin duda con el plan de aproximarse a Navarra, dándose cuenta de los síntomas de insubordinación que aumentaban por momentos entre sus voluntarios. Dícese que Torres contribuyó a dar alientos a los insubordinados, entre los que se distinguía el batallón de Guías y la caballería.

Aprovechándose los liberales de las disensiones carlistas, les atacaron entre Poble de Segur y Claverol, donde los voluntarios de Torres, a pesar de encontrarse minados por la indisciplina y el descontento, se batieron muy bien, derrotando a las fuerzas cristinas.

Por si no fueran pocos los ejemplos de insubordinación que surgían por todas partes entre los rangos inferiores de las fuerzas expedicionarias, vino a agravarlos la insurrección manifiesta de don Antonio Borgés, quien tenía el mando de una de las brigadas de Lérida y quien comunicó a Torres que se separaba de su división y se internaba por las montañas que fueron teatro de sus primitivas hazañas bélicas.

Guergué regresó precipitadamente a Navarra por Angües, Barluengo, Apies y Bolea, para entrar exactamente por donde salió, o sea por Berdún y Salvatierra, yendo a descansar a Navascués y Aspuz.

Por cierto que la mala estrella de la expedición de Guergué duró hasta el final, pues hallándose éste en Navascués con el

grueso de sus fuerzas, mandó que se adelantara el jefe de su Estado Mayor, Santocildes, con don Narciso Ferrer (vocal de la Junta Gubernativa de Cataluña, que adquirió triste celebridad con motivo del asesinato del Conde de España) y dos ordenanzas montados, para entrevistarse con Don Carlos. Los cuatro expedicionarios llegaron a Aoiz, donde se hallaban las fuerzas del bravo Cordeu (*Manolín*).

Desde Aoiz remitió Santocildes a Gergué el siguiente aviso:

“Aoiz, 30 de noviembre, a las diez de la mañana.

”Mi estimado General: Acabo de llegar a este punto, donde he sabido que la columna Méndez Vigo pernoctó ayer en Lumbier; sírvale a usted de gobierno mientras yo sigo para mi destino. De usted, etc.—*Bernardo A. de Santocildes*.”

No acabó de escribirse esta nota cuando la columna de Iriarte daba vistas a la villa de Aoiz; tan inesperada fué su presencia, que los centinelas y fuerzas de observación que colocó Cordeu en las afueras les dejaron acercarse tranquilamente creyendo que eran de los suyos.

Santocildes, Ferrer y Cordeu cayeron prisioneros.

Enterado Gergué del contratiempo de Aoiz, se remontó más al Norte, y por Burguete, Roncesvalles y la raya de Francia se trasladó al valle del Baztán, donde rindió viaje aquella expedición que pudo ser gloriosa y fué desdichada.

No hemos de negar, a fuer de sinceros, que contribuyó a dar realce e importancia al levantamiento en el Principado catalán.

CAPITULO XIII

Pérdida del Santuario de Hort.—Triunfos de Torres.—Su fusilamiento en Jaca.—Maroto, Comandante General.—Su fracaso y retirada.—Le sustituye Royo.—A éste, Urbiztondo.—Su destitución.—Segarra.

A primeros de 1836 cayó en poder de los liberales el Santuario de Santa María de Hort, convertido por los carlistas en fortaleza. Se halla dicho Santuario no lejos de Solsona, en montañas casi inaccesibles, y las fuerzas de Don Carlos hicieron cuestión de honor el defenderlo; pero, a pesar de haber acumulado varios batallones en sus proximidades, el General Iriarte consiguió apoderarse del citado baluarte.

La guarnición, que se componía de 200 hombres, al mando de Miralles, se defendió con gran bravura, y cuando hubo agotado víveres y municiones intentó evadirse aprovechando la oscuridad de la noche, llevando consigo a los heridos, pero el enemigo se dió cuenta del intento y la mayoría de los fugitivos fueron acuchillados al alborear el día entre los riscos y matorrales próximos al Santuario. Miralles consiguió traspasar las líneas enemigas y salir a territorio libre, pero se dió cuenta de que su señora había quedado rezagada; volvió por ella, a pesar de los peligros de que le advirtieron y que no se le ocultaban, para intentar libertarla, y fué hecho prisionero, asesinado y arrastrado por las calles de una aldea próxima.

Las numerosas fuerzas carlistas que trataban de levantar el cerco que puso Iriarte al santuario las mandaban en persona los jefes más destacados de Cataluña, Brujó, Torres, Borges,

Ros de Eroles y *Castells*; y acaso por su falta de unión y de coordinación no pudieron vencer a *Iriarte*, quien, de haber luchado aquéllos en perfecta armonía, jamás hubiera podido apoderarse del fuerte de *Hort*.

Para distraer a *Mina*, que era a la sazón Capitán general de Cataluña, y obligar a retirarse a *Iriarte* de *Hort*, *Tristany*, llevando consigo al *Llar de Copons*, *Pixot* y *Marco*, con unos 3.000 hombres invadió el llano y conquistó *Sitges*, *Villanueva* y *Geltrú*, *Arbós* y otras poblaciones, pero no consiguió su objeto. Entonces regresó al punto de partida, pero no llegó a tiempo para libertar a la pequeña guarnición y derrotar a *Iriarte*.

Los liberales celebraron muchísimo la efímera conquista de *Hort*. Decimos efímera porque a los pocos días destruyeron sus fortificaciones y la abandonaron por no poder sostenerse en ella.

Por aquella época los jefes carlistas de Cataluña luchaban dispersos, sin un jefe supremo que mandase en todo el Principado. Los celos y rivalidades malograron todos los esfuerzos de aquellas heroicas masas carlistas.

El Principado no produjo un jefe del corte de *Zumalacárregui* o de *Cabrera*, y nadie reconocía como superior a ninguno de los que fueron nombrados por *Don Carlos*, salvo al Conde de España, que tomó el mando en 1838. *Torres* mandaba en *Lérida* con *Ros de Eroles* y *Borges* como lugarteniente; *Brujó* en *Gerona*, llevando a sus órdenes a *Zorrilla*, *Caballería* y *Grau*; *Masgoret* en *Tarragona*, con el *Llar de Copons* como su lugarteniente principal, y *Tristany*, en *Barcelona*, con *Pixot* y *Marco*.

Don José Juan de Torres, el lugarteniente de *Guergué* que tanto se había distinguido en tiempo de *Zumalacárregui* mandando el famoso batallón de *Guías*, y que quedó en Cataluña al frente de las fuerzas de *Lérida* al regresar *Guergué* a *Navarra*, obtuvo un señalado triunfo en *Pelotilla*, aldea situada entre *Pons* y *Oliana*, cerca del *Segre*. Le perseguían las columnas de *Azpiroz* y *Sebastián*, pero *Torres*, buen táctico, consiguió atraer a parte de las fuerzas enemigas a sitio conveniente. Se separaron unas cuantas compañías de la columna de *Azpiroz*, y de tal modo les preparó su emboscada, que quedaron todas ellas aniquiladas a orillas del *Segre*. *Azpiroz* se encontraba en *Peramola*, a tres leguas de distancia del lugar de la acción, y cuando oyó tiros marchó rápidamente hacia el paraje

de donde procedían, pero por los cadáveres que encontró en el campo y por el relato que le hizo un fugitivo se dió cuenta del desastre.

Torres penetró a continuación en la Cerdaña, zona donde aún no habían visto fuerzas carlistas.

Todo esto ocurría en enero y febrero de 1836. En marzo, Tristany sorprendió en el Bruch a una pequeña columna, a la que derrotó completamente, haciendo prisioneros a cincuenta belgas que formaban en ella. Se atacó por entonces a Casa-Masana, Berga y Prat de Llusanés, pero sin éxito.

Las fuerzas carlistas catalanas, que a fines de 1835 pasaban de los 20.000 hombres, apenas sumaban en abril de 1836 14.000, merced a la falta de dirección y unidad de mando, que produjo gran desaliento.

Torres, hábil, rápido y valiente, tuvo otro encuentro afortunado en el Bruch, apoyado por Pixot y *Llar de Copons*, contra las pequeñas columnas de Clemente y Osorio. Combinó tan bien sus movimientos, que las rodeó y destrozó cerca de Casa-Masana. En este encuentro se portaron bizarramente los lanceros carlistas de Torres, que cargaron con verdadera furia contra las huestes liberales. Al Coronel Osorio le dieron un lanzazo, pero como iba vestido como persona insignificante, con zamarra y gorra casera, le despreciaron y pudo evadirse a causa de ello.

Pocos días después dos batallones liberales quisieron sorprender a Torres cuando su fuerza dormía tranquilamente en Villamajor. A las dos de la madrugada se acercaron al pueblo, mataron al centinela y a la guardia, pero uno de ésta pudo escapar y avisar a los demás que dormían. Entonces los carlistas tomaron las armas, entablaron lucha con las fuerzas liberales, que invadieron algunas calles, y poco faltó para que los batallones que iban a sorprender fueran sorprendidos y aniquilados; pudieron huir merced a la oscuridad.

Gurrea era uno de los generales liberales más activos y tenaces del frente catalán. Se propuso derrotar y vencer a Torres y no paró hasta que consiguió obligarle a pasar a Aragón, donde le batió el General Orive el 3 de junio, haciéndole más de 250 prisioneros, entre ellos 22 oficiales. Torres, con su segundo Mombiola, consiguió huir, y confiándose a un guía

trató de llegar a zona segura; pero merced a la traición de dicho guía fué capturado en el puente de Fanló y fusilado sin piedad en Jaca. Fué ésta una gran pérdida para la causa carlista, pues Torres era no solamente un bravo militar, sino un perfecto caballero.

Los liberales, que tanto clamaban contra la ferocidad de los carlista, superaban a éstos en barbarie y salvajismo. Quien más se distinguió por su crueldad fué Mina, el que ya en 1822 adquirió triste celebridad en sus luchas contra los realistas catalanes. En dicha época dictó un bando terrible que fechó así: "Cuartel General donde fué Castellfullit", poblado destruido, incendiado y arrasado por Mina, quien fusiló a todos sus defensores.

Mina colocó a la entrada del pueblo la siguiente inscripción: "Aquí existió Castellfullit; pueblos, tomad ejemplo. No abriguéis a los enemigos de la Patria."

Esto lo hacían los gloriosos defensores de la Constitución, aplicándose los títulos de *justos y benéficos*.

En Cataluña no se daban batallas. Todo eran sorpresas, en las que unas veces triunfaban los carlistas y otras los liberales. Así Tristany fué sorprendido y batido en Masfá, perdiendo cien muertos, entre ellos uno de sus jefes, Degollat, cuya cabeza fué colgada en Las Caldes por los humanitarios defensores de Isabel II. Zorrilla sorprendió, en cambio, entre Gerona y la frontera francesa a la escolta del correo y cogió presos a unos sesenta de la misma, a quienes fusiló por aquella terrible ley de represalias que aún se aplicaba en Cataluña.

Los carlistas se quejaban de falta de dirección y de unidad, y para corregir estos defectos se creó a principios del año la Junta del Principado, de la que formaban parte personalidades salientes, como el Arzobispo de Tarragona, el Barón de Ortafá, el Conde de Fonollar, Torrabadella, etc., presididos por el General en jefe Royo, en un principio.

Los liberales tenían a su frente a Mina, que se quejaba de la apatía y falta de apoyo y entusiasmo del pueblo. Ni unos ni otros obtenían éxito alguno definitivo; se hacían una guerra de guerrillas, de movimientos ágiles, dispersos y desconectados. No era posible otra cosa, dada la índole de la lucha en el Principado catalán.

Así las cosas, fué nombrado Maroto Capitán general de Cataluña. Aquél se hallaba de cuartel y residía la mayor parte del tiempo en Tolosa, y en abril de 1836, en una exposición, decía así: "Que viendo con dolor que en las actuales circunstancias no podía ser útil a la causa de su Rey, a pesar de sus ardientes deseos, pedía licencia temporal para el extranjero, a fin de atender a su salud y a sus hijos." Esta licencia no le fué concedida. Al poco tiempo se le nombró para el mando de Cataluña, y, según cuenta Maroto, Morejón, que actuaba como secretario de Guerra, y Erro, como Ministro universal, le ofrecieron 8.000 fusiles y fondos para reorganizar Cataluña. Don Carlos le dió 37.000 reales para el viaje por Francia y le aconsejó que aparentase estar resentido para que le dejaran pasar. Penetró por la montaña de Nuria y visitó su famoso santuario, pernoctando la primera noche en Carraul.

Esto ocurría en agosto del 36. Al día siguiente fué a Ribas, de donde pasó a Borrada. Poco después sitió a Prats de Lluçanès, que no pudo conquistar, y de allí se retiró a Alpens. Anduvo sin rumbo ni plan por aquellos contornos, y el 1.º de octubre vemos de nuevo a Maroto en Alpens, donde se detuvo cuatro días. Cerca de este pueblo fué derrotado y muerto el Barón de Ortafá, lugarteniente de Maroto, y en vista de que no obtenía ningún resultado su gestión, resignó el mando diciéndole que no era propio de su categoría de Teniente general andar como capitán de bandoleros, perseguido por entre riscos y montañas.

Maroto fué a Cataluña cuando había miles de carlistas en armas, luchando desde hacía cerca de tres años. ¿Qué hubiera hecho si se hubiera encontrado, como Zumalacárregui, con 800 hombres harapientos, casi inermes, acosados y maltrechos, errantes y fugitivos por las montañas de Navarra y abatidos por la muerte de su jefe superior Ladrón de Guevara? Sin duda Maroto pensaba encontrarse en Cataluña con 30.000 ó 40.000 hombres bien armados y organizados que le llevasen en plan de parada y en marcha triunfal y espectacular a las Ramblas de Barcelona, cuando precisamente para lo que fué nombrado era para organizar y crear un ejército, como el magnífico del Norte, de aquella masa de gente indisciplinada y anárquica que pülulaba por Cataluña al mando de jefes y jefecillos que obra-

ban en completo desacuerdo y con salvaje independencia.

Lo extraordinario es que un hombre que tan fácilmente se declara vencido y se retira de la lucha, en un partido en el que era virtud sobresaliente y condición necesaria el heroísmo y el espíritu de sacrificio, recibiera el mando supremo de las fuerzas vasconavarras, habiendo fracasado tan ruidosamente en Cataluña, donde ni siquiera intentó agotar ese minimum de tiempo y de esfuerzo que es necesario emplear antes de darse por vencido.

El 5 de octubre se encaminó Maroto a la frontera francesa, y pasando por Ribas se presentó a los gendarmes en el pueblo de Hix, donde fué preso, juntamente con el Intendente Díaz de Lavandero y sus ayudantes. De Hix pasó a Perpignan y de allí fué internado en Tours, y una vez en libertad se estableció en Burdeos, de donde escribió a Don Carlos y donde permaneció hasta pocos días antes de confiársele, en 1838, el mando supremo de las fuerzas carlistas del Norte.

Le sustituyó don Blas M. Royo, y bajo su jefatura no ocurrió nada de particular. Royo reorganizó algo las fuerzas carlistas, introdujo en ellas mayor disciplina y mejoró la dotación de los batallones.

Por entonces se cometieron excesos y desórdenes, especialmente por partidarios, que era más bien bandoleros que carlistas, lo que dió lugar a protestas muy justificadas de ilustres personalidades del partido. Damos como muestra una comunicación del ilustre diplomático que representaba a Carlos V en París, don Pedro Gómez Labrador. Hela aquí:

“Muy señor mío: Las cartas de personas muy sensatas y muy realistas no dejan duda de los espantosos excesos que cometen en Cataluña los guerrilleros que toman el nombre de carlistas; porque, en realidad, son bandoleros que destruyen el país, cogiendo los rebaños enteros, aun de los propietarios conocidos por afectos a la justa causa, saqueando los caseríos y casas de labor, imponiendo gruesas contribuciones, llevándose en rehenes a los que no las pagaban y pidiendo sumas exorbitantes por su rescate. Muchos de los caseríos se hallaban ya cerrados y los habitantes de los pueblos pequeños se refugian en las fortalezas y lugares fortificados, prefiriendo vivir entre los partidarios de la usurpación a estar expuestos continuamen-

te a los robos y violencias de los llamados defensores del altar y del trono. Sería necesario que se diesen las órdenes más rigurosas a las compañías que llevan la voz de Su Majestad en Cataluña para que redujesen a disciplina militar a aquellas partidas de facinerosos que están acabando con la provincia más industriosa de España. Dios guarde a V. E. muchos años. París, 14-2-37.—*Pedro Gómez Salvador*.—Sr. D. Wenceslao Sierra.”

Al margen de esta comunicación hay lo siguiente: “Real de Andoain, 29-2-32. Que se darán las órdenes más terminantes al Comandante general de Cataluña para evitar que las partidas sueltas cometan los excesos de que habla Su Excelencia. En este sentido se le contesta el mismo día.”

Por esta época Tristany sorprendió, atacó y deshizo la columna del Coronel Francisco Antonio de Oliver, que custodiaba un convoy con el que iban 600 prisioneros carlistas.

De la columna Oliver sólo se salvaron 40 hombres y un oficial. Los demás fueron muertos, fusilados o prisioneros.

Tuvo lugar el encuentro en los montes de Panadella.

Castells atacó a Azpiroz, que llevaba otro convoy, entre Manresa y Berga, pero sin resultado. Tristany atacó Calaf, cuya guarnición se refugió en el fuerte, pero tomó el pueblo e incendió 60 casas como represalia. Esto era corriente en uno y otro bando.

Tristany era sin duda el jefe más dinámico de Cataluña. En la noche del 20 al 21 de abril penetró en Solsona, merced a la ayuda del interior de la plaza. La guarnición se refugió en un convento fortificado y casas aspilleras, donde se hizo fuerte. Tristany tuvo 32 muertos. Se acercó el Barón de Meer con varias columnas a libertar a los sitiados, y aunque la empresa era difícil, por hallarse gran número de carlistas en los alrededores de Solsona, a pesar del consejo contrario de sus generales, decidió expulsarlos de dicha ciudad, y lo consiguió, aunque sufriendo grandes pérdidas. Doce días duró el asedio y durante ellos la situación de Meer fué apuradísima. Se cuenta que Mac-Chron, que mandaba una unidad, sacó dos pistolas y dijo a los soldados: “Una es para mi caballo cuando arrecie el peligro; la otra, para el primer soldado que salga de su puesto.”

Una de las columnas que llevaba consigo el Barón de Meer era la del Brigadier Niubó, que se componía de unos 2.000 hom-

bres. Tristany destacó contra ella a Castells con dos batallones y fué después él en persona a reforzarle. Niubó se defendió en las casas del Estany de Puigdollers desesperadamente, pero fué totalmente derrotado y aniquilado, hasta el extremo de que apenas se salvaron 300 de su columna. Algunos atribuyeron este desastre a traición de su Coronel de Estado Mayor, Salvia, que mandaba el flanco izquierdo; otros lo vindican.

A raíz de estos hechos de armas, Tristany, al mando de 3.500 hombres y 100 caballos, invadió el llano de Barcelona y se paseó por los alrededores de la ciudad condal, penetrando en Molíns de Rey, Gaba, Vega, etc.

El carlismo catalán iba aumentando visiblemente, a pesar de la falta de unidad y de autoridad y de un jefe único e indiscutido, pues Royo, si bien obró acertada y discretamente, no tuvo el suficiente prestigio para imponerse a todos los demás.

Por la época que describimos (junio de 1837) llegó a Cataluña la Expedición Real, de la que nos ocupamos en otro lugar.

Queriendo Don Carlos dotar al Principado de un jefe que fuera capaz de desterrar la anarquía y el desorden endémicos en las filas del carlismo catalán, dando unidad y cohesión al movimiento, decidió nombrar a don Antonio Urbiztondo para el cargo de Comandante general de Cataluña, y a este efecto le ascendió a Mariscal de campo y extendió sus nombramientos en 27 de junio de 1837.

Don Antonio Urbiztondo nació en San Sebastián en 7 de enero de 1803, de familia distinguida. Fué caballero paje del Rey, y, como otros muchos generales de la época, tanto de un bando como de otro, comenzó los estudios eclesiásticos, que abandonó muy pronto para consagrarse al servicio de las armas. Durante la lucha de realistas y constitucionalistas se alistó como voluntario con los primeros; atacó Salvatierra y la conquistó cuando sólo tenía dieciocho años. Después luchó a las órdenes de Quesada en la división realista de Navarra, y fueron tan rápidos sus ascensos, que en 1828 ya era Coronel. Al ser desterrado Don Carlos a Portugal, le siguió Urbiztondo y con él se trasladó a Inglaterra a bordo del *Donegal*. Embarcó, ya empezada la guerra civil, en la goleta *Isabel Ana*, con rumbo a España, pero fué apresado y deportado a Puerto Rico.

Pasado algún tiempo pudo evadirse y se presentó de nuevo a Don Carlos, poco antes de la Expedición real, en la que acompañó a su Soberano, aunque sin mando; pero al llegar a Cataluña fué destinado para mandar las fuerzas del Principado.

Urbiztondo tomó parte muy activa en las negociaciones y maniobras que desembocaron en el convenio de Vergara, y fué el primero que se presentó ante Espartero con la división castellana, lo que arrastró a las fuerzas vizcaínas y guipuzcoanas a adherirse también, influyendo en estas últimas grandemente para dar aquel paso el apoyo decidido que Urbiztondo y su división castellana les ofrecieron para la defensa de sus fueros. Bajo el reinado de Isabel II, Urbiztondo fué Capitán general de Vascongadas y Navarra, después Ministro de la Guerra y más tarde Jefe del Cuerpo Militar del Rey consorte Francisco de Asís. Según cuenta *Pierre de Luz*, tomándolo en parte de Répide, Urbiztondo murió en la antecámara de Isabel II, cuando acompañaba a Francisco de Asís, atravesado de una estocada al querer abrirse paso a las habitaciones de la Reina, que le cerraban Narváez y sus ayudantes, uno de los cuales quedó también muerto. Sea o no cierto, el hecho es que la desaparición de Urbiztondo fué misteriosa y fulminante.

Prosigamos con la historia de la guerra en Cataluña. Al tomar el mando Urbiztondo había unos 15.000 voluntarios en armas. Al poco tiempo conquistó Berga con la ayuda de *Muchacho*, *Llar de Copons* y el *Ros de Eroles*, siendo este triunfo muy celebrado, pues en cuatro años de guerra no pudieron los carlistas catalanes conquistar esta plaza, que iba a ser su capital hasta el final de la misma. También se apoderó de Ripoll y de Prat de Llusanés.

Atacó a San Juan de las Abadesas, pero voló Meer en su auxilio y entonces el jefe carlista destacó todos sus batallones a su encuentro, con orden de detener a todo trance la marcha de su rival, quedando él con sólo un batallón frente a la pequeña plaza sitiada. Meer atacó a los carlistas en las posiciones que ocupaban en Capsa-Costa y los derrotó a pesar de que sumaban 3.000 y ser aquéllas magníficas. Urbiztondo tuvo que abandonar el sitio y retirarse. No se explica su inacción frente a la pequeña plaza fortificada cuando se jugaba su suerte en Capsa-

Costa, donde su presencia acaso hubiera decidido la lucha en favor de las armas de Don Carlos.

Se formó causa al Brigadier Sobrevias, por su conducta durante la batalla, y se le privó del mando de su fuerza, el que se confió a Zorrilla.

Las tropas triunfantes de Meer en Capsa-Costa cometieron tales excesos en los pueblos de la comarca que, aun siendo de tendencias liberales, acudieron a Urbiztondo pidiéndole les vengara de quienes los arruinaron con sus saqueos e incendios.

Urbiztondo nombró segundo cabo de Cataluña a Tristany, sin duda para congraciarse con la Junta Gubernativa, pero no tuvo mucho éxito. *Llar de Copons* conquistó y saqueó Ribas, y Urbiztondo fué sorprendido en Pont de Armenters, donde perdió su cartera, con documentos importantes, en la huída.

El Barón de Meer, obrando como caballero, no publicó los documentos comprometedores que perdió Urbiztondo, pero Pavía, que sucedió a Meer, mandó publicarlos en la prensa de Barcelona para sembrar la cizaña e indisponer a Urbiztondo con la Junta Gubernativa, que era la que hacía y deshacía jefes.

Desde este momento las relaciones entre el Comandante general del Principado y su Junta Gubernativa fueron difíciles y tirantes.

Instigado por dicha Junta, Don Carlos mandó dos comisionados para que le informaran de cuanto ocurría. Como Urbiztondo formó un batallón con los curados y rezagados de la Expedición Real y otro con los soldados pasados, así como un escuadrón de caballería, se le acusaba de haber retenido consigo 3.000 voluntarios de la citada expedición. Como además estos nuevos batallones le acompañaban siempre y eran sus favoritos, se despertaron los celos regionales y la Junta acusó a Urbiztondo de ser anticatalán. Componían aquélla por entonces don Jacinto de Orteu, el Marqués de Monistrol, J. M. de Sentmenat, el Conde de Fonollar, Bartolomé Torrabadella, Narciso Ferrer, Fernando de Segarra, Ignacio Andreu, Javier Mur, Manuel Mila, el Barón de Peramola, José Ignacio Dalmau de Baquer y José Bentós.

Urbiztondo se trasladó a la provincia de Tarragona, donde operó con Montdedeu, pero no tuvo éxito y se vió obligado a retirarse a Berga, a donde llegó su fuerza maltrecha y en cuyas

proximidades fué destrozado el batallón formado con los pasados del ejército cristino.

Tristany atacó otra vez a Puigcerdá, pero Carbó le obligó a retirarse.

En 7 de diciembre de 1837 Urbiztondo dió orden a Tristany de atacar Cardona, cuyas salinas apetecía, pero no pudo conquistarla y se retiraron ambos a Solsona, de donde Urbiztondo, que veía su situación muy comprometida, se aproximó a la frontera con la excusa de que iba a inspeccionar las fuerzas del *Ros de Eroles*, que operaba cerca del valle de Arán. Por aquellas escabrosidades tuvieron un encuentro con la columna de Vidart, que quedó aniquilada, muriendo heroicamente este jefe liberal durante la acción.

Torrabadella, destacado Vocal de la Junta, escribió una carta al entonces omnipotente Teijeiro pidiéndole que depusiera a Urbiztondo, alegando que éste obtuvo muchos éxitos en las primeras cuatro semanas de su mando, pero que después nada hizo de provecho. Proponía al Conde de España como sustituto, pero, por si éste no aceptaba, hacía grandes elogios de don J. Segarra, quien a la sazón era Coronel, pero de quien decía que sería aceptado como su jefe supremo por todos los caudillos catalanes. Es interesante recordar que este tan elogiado Segarra fué más tarde el que trató de repetir en Cataluña el abrazo de Vergara, viéndose obligado a huir a uña de caballo, perseguido por su propia escolta, que lo quería fusilar por traidor.

Como los documentos que perdió Urbiztondo en Pont de Armenters contenían censuras para la Junta Gubernativa de Cataluña y para muchos jefes subordinados suyos del Principado, e iban dirigidas a Su Majestad Don Carlos V, algunos de aquellos personajes hicieron causa común contra él, lo que trajo como consecuencia su destitución.

El 2 de enero de 1838 partió desde Llavorsi para Francia, donde penetró el mismo día, marchando a presentarse a Don Carlos, quien le recibió muy fríamente. Permaneció en situación de cuartel hasta que advino el mando de Maroto en el Norte, durante el cual ocupó puestos importantes y de la mayor confianza.

El autor ha pensado muchas veces si tanto Maroto como

Urbiztondo, que permanecieron durante tan largo tiempo en el extranjero, en plena guerra civil, se habrían comprometido allí a preparar la vergonzosa traición de Vergara.

Al ser depuesto Urbiztondo, la Junta Gubernativa comisionó a sus vocales Millá y Conde de Fonollar para que fueran a visitar al Conde de España, que se hallaba preso en la ciudadela de Lille, y ofrecerle el puesto de Comandante general de Cataluña, de acuerdo con Don Carlos; pero interinamente fué nombrado para dicho cargo el Coronel don José Segarra, a quien aceptaron Tristany, Brujó y otros jefes, a pesar de ser éstos de categoría superior a él.

Segarra se ocupó de dar una mayor organización a las fuerzas carlistas y de formar una oficialidad, a cuyo fin creó un colegio militar en Borrada. Durante su mando aumentó el número de carlistas en armas, sin duda porque la Junta se esforzó en demostrar que al cesar Urbiztondo las cosas iban a marchar mejor.

No hubo operaciones importantes porque Segarra se mantuvo a la defensiva.

CAPITULO XIV

Mando del Conde de España.—Su asesinato.—Le sustituye Segarra.—Traición de éste.—Llegada de Cabrera a Berga.—Su entrada en Francia.

UNA de las personalidades más desconcertantes de la Historia de España, no sólo de la historia de la guerra civil, es la del Conde de España.

Nacido en Francia de padres legitimistas, parece que al contemplar los horrores cometidos durante la revolución francesa con los Reyes legítimos de Francia, juró odio a su país, y se trasladó a España, donde luchó primero contra los revolucionarios de 1789 y después contra las tropas napoleónicas y tomó parte más tarde en la guerra civil entre realistas y constitucionales, sumándose al ejército invasor del Duque de Angulema, que en paseo triunfal llegó a Cádiz.

Fué Virrey de Navarra, Capitán General de Cataluña, etc.

Ya hemos visto cómo el Conde de España aniquiló el movimiento realista que surgió en Cataluña en 1827 con el nombre de insurrección de los *malcontents*. Más tarde volvió sus iras contra los elementos acusados de constitucionalismo y de tendencias revolucionarias, muchos de los cuales fueron ejecutados en Barcelona durante su mando.

A la muerte de Fernando VII no tomó partido inmediatamente por Don Carlos. A pesar de su desafecto a Francia, permaneció en la vecina República durante los primeros años de la guerra civil, y si intentó penetrar en Cataluña en 1835 no parece tuviera interés muy decidido en ello, pues las circunstan-

cias y el misterio en que se halla envuelta su tentativa y su captura dan lugar a sospechas.

Fué preso por los gendarmes y llevado a la ciudad de Lille, donde permaneció dieciocho meses; allí se fingió loco, descuidó mucho su físico, dejándose crecer pelo y uñas de tal manera, que aparecía como un harapiento, él, que era tan pulcro y elegante.

Se evadió de Lille con la ayuda del Conde de Fonollar y de allí pasó a Holanda, de donde cruzando por Francia disfrazado y visitando por última vez el pueblo en que nació, Foix, penetró en Andorra en 1 de julio de 1838.

El 2 de julio cruzó la frontera por el valle de Urgel, donde le esperaba el Brigadier Porredón (*el Ros de Eroles*). El 4 hizo su entrada triunfal en Berga, donde fué recibido con delirantes aclamaciones y vítores, como salvador, tanto por el ejército como por el pueblo y la Junta Gubernativa. España era un personaje muy destacado y muy discutido y tenía relaciones con elevadas personalidades de Europa y contaba con el afecto del Zar de Rusia, Nicolás.

Su situación era algo embarazosa porque entre sus subordinados había bastantes jefes de los que fueron perseguidos y encarcelados por él en la época fernandina, entre los que el más destacado era don Manuel Ibáñez (*el Llar de Copons*), que mandaba la división de Tarragona.

Cuando el Conde de España convocó a Berga a los jefes catalanes no acudió Ibáñez.

Se cuenta, y Pirala recoge la versión, que España mandó ensillar los caballos suyos y de sus ayudantes, y sin explicar a nadie su plan, se puso en marcha de noche, con destino desconocido; a la mañana siguiente se alojó en una casa del camino, donde durmió hasta que se acercó la noche, y entonces volvió a ponerse en ruta. Al alborar el día llegaron cerca de un llano y divisaron un extenso *vivac*; los ayudantes no sabían si eran tropas amigas o enemigas; uno de ellos empezó a hablarle y el Conde le dijo: "Haré fusilar al primero que pronuncie una palabra."

Oyese diana, forman las tropas y entonces España se lanza a caballo, al galope, seguido de sus ayudantes; llega en medio del cuadro, desciende del caballo, se aproxima a un hombre de

talla gigantesca, apoyado sobre un sable y rodeado de una sesentena de Oficiales; le abraza y volviéndose en seguida hacia la tropa, le dice con voz conmovida: "Ved aquí el orgullo de Cataluña, el mejor servidor del Rey y mi mejor amigo; honor y gloria a don Manuel Ibáñez y a la división de Tarragona. Y tú, hijo mío, dirigiéndose al Coronel Ibáñez, yo te nombro Brigadier en nombre del Rey; a vosotros, soldados, concedo la gratificación de una semana de paga, porque vosotros servís a Carlos V y no a Carlos *con los cinco dedos*."

Estas palabras, de gran teatralidad, produjeron un efecto maravilloso en aquellos ingenuos voluntarios. Después España pasó revista a los seis batallones, llevando a su lado al ya Brigadier Ibáñez, *Llar de Copons*, y dirigiéndose a los soldados les dijo: "Bien, hijos míos; pero veo que no tenéis bayonetas y la bayoneta es el arma del valiente; los cartuchos se derraman e inutilizan con la humedad, en tanto que aquélla siempre permanece fiel; no os la puedo dar, pero el enemigo tiene muchas; nosotros iremos a buscarlas."

Estas palabras electrizaron a todos.

El Conde de España, decidido a reorganizar las fuerzas de su mando, formó tres cuerpos de operaciones, nombrando para jefe del primero al *Ros de Eroles*, para el segundo a Castells y para el tercero a *Llar de Copons*. Creó además una división escogida de reserva, cuyo mando confió a Brujó. Pero su tarea más difícil iba a ser la de acabar con la anarquía reinante.

La división no sólo alcanzaba a las fuerzas armadas, sino que existía también dentro de la Junta Gubernativa de Cataluña, en la que había dos bandos, el de los universitarios y el de los aristócratas, siendo la mayor parte de los universitarios procedentes del profesorado de la antigua Universidad de Cervera. Al frente de éstos se hallaba el presbítero don Bartolomé Torrabadella, y de los otros, el Conde de Fonollar. Aunque parece ser que el Conde de España se propuso unir ambas tendencias, manteniendo un justo medio entre ellas, y no dejándose dominar por ninguna, a las pocas semanas se vieron hechos que probaban que los universitarios adquirían preponderancia cerca del Conde, en detrimento de los aristócratas. El Conde de Fonollar y el Marqués de Monistrol se trasladaron a Francia, donde fijaron su residencia; al poco tiempo cesó en la vicepresiden-

cia de la Junta el Marqués de Sentmenat, abandonando el Principado, juntamente con el secretario de la misma, don Fernando de Segarra. Así quedó dueño de la situación el grupo universitario, que fué el que después depuso al Conde, y cuyos miembros, unos por acción y otros por omisión, contribuyeron a su horrendo asesinato. ¡Arcanos de la Divina Providencia!

A los pocos días de su toma de posesión perdieron los carlistas la plaza de Solsona, que fué conquistada por el Barón de Meer, lo que decidió al nuevo jefe carlista a instalar su Cuartel General en Caserras, al sur de Berga.

Consagróse de lleno el Conde a introducir en las filas carlistas aquella organización y disciplina que existe en todos los ejércitos regulares. Reorganizó el Colegio Militar de Borradá, mejoró los servicios de Intendencia Militar, aumentó las fortificaciones de Berga y sus alrededores y organizó nuevas unidades de caballería. Todo esto es la parte favorable que nos presenta la historia de la jefatura del Conde de España en Cataluña, pero había un defecto que empañaba todas las virtudes y méritos de nuestro personaje, y éste era no la severidad, sino la dureza, la crueldad con que castigaba las faltas o los delitos de sus subordinados. Estableció un sistema de terror que sombreó y anuló con sus excesos cuantos méritos pudieran colocarse en el haber del Conde (1).

Lo más saliente de su actuación es el hecho de que habiendo mejorado muy sensiblemente las condiciones de su ejército y habiéndole dotado de elementos más poderosos y de mayor eficacia para la acción que hasta entonces, no llevara a cabo ninguna conquista importante ni alcanzara victoria alguna de trascendencia en toda la época de su mando.

Parece como si el Conde se complaciera en crear un instrumento o perfeccionar una máquina para solazarse en su presencia, pero sin emplearlos para un fin práctico, pues la mayor parte del tiempo las divisiones permanecieron ociosas en Berga o sus alrededores.

(1) El más cruel y sanguinario castigo impuesto por él fué la muerte horrorosa de un trompeta de caballería carlista que por el delito cometido debía ser fusilado, pero no muerto en la forma horrenda que describen los historiadores de la época.

Si exceptuamos la conquista de Ripoll, hecho brillante, que fué también manchado por el incendio de dicha plaza fuerte y el arrasamiento del caserío, y la toma de Pons por la primera división, llamada de vanguardia, y las sangrientas acciones de Peracamps, que tuvieron como finalidad impedir el socorro a la guarnición liberal de Solsona, apenas existe hecho alguno de interés militar durante el mando del Conde de España. Y es de advertir que en Peracamps quien estuvo al mando de todas las fuerzas carlistas fué el Mariscal de campo Brujó, sin duda el jefe más limpio, más serio, más disciplinado y capacitado de los que figuraron en Cataluña en la primera guerra civil.

Por primera vez sonó la fatídica palabra *traición* durante los combates de Peracamps y Padullers; se dijo que el Conde de España, hallándose con una división en Prades de Pinós, mandó que se encendiesen tres hogueras en una altura cuando se iniciase la batalla, con el fin de acudir él a atacar al enemigo, pero que a pesar de haberse encendido las hogueras, no acudió al campo de batalla, ni el 17 ni el 18 de abril, y sólo se presentó en el lugar de la lucha cuando ésta ya había terminado, con pérdidas considerables para la primera y segunda divisiones, al mando de Pérez Dávila e Ibáñez (*Llar de Copons*), respectivamente, y bajo las órdenes superiores de Brujó. La segunda división, llamada comúnmente del campo de Tarragona, fué la que se manifestó más inquieta y disgustada, y a no ser por el gran prestigio y dominio de Ibáñez, se hubiera exteriorizado acaso violentamente el disgusto que sentían hacia el Conde de España.

Los enemigos de éste le llamaban *Trenca-caps* (corta cabezas) y decían que era muy bueno como verdugo, pero muy mediano como General. ¡Qué lástima que los aguerridos y heroicos carlistas catalanes no tuvieran nunca un jefe digno de ellos!

Los incendios de Pons, Manlleu, Ripoll, Olván y Gironella causaron gran consternación por aquella comarca, hasta el extremo de que hubo pequeñas plazas fuertes que mandaron precipitadamente emisarios al Conde ofreciéndole su entrega siempre que les prometiese respetar intactas sus respectivas poblaciones.

La conquista de la pequeña plaza fuerte de Moya, que fué asaltada por los batallones que mandaba también Brujó, fué el

último triunfo que la diosa Minerva tenía reservado al Conde de España.

Y aquí llegamos al episodio más horrendo y vergonzoso de la guerra carlista, a la destitución y asesinato del Conde de España.

No queremos justificar, ni siquiera paliar, los excesos cometidos por este hombre de constitución neurótica y poco normal; su conducta nos merece la más decidida repulsa y en nuestra censura de su actuación tenemos que llegar hasta lo más alto de la jerarquía carlista, pues no puede pasar sin severísima censura el proceder del Ministro de la Guerra de Don Carlos, que sabiendo la historia, condiciones y conducta de este hombre, lo nombró para tan importante puesto, y lo mantuvo en el mismo a pesar de sus desaciertos, hasta que un horrendo complot consiguió suprimirlo; pero lo que clama al cielo, lo que despierta en todo corazón honrado un sentimiento de horror, una convulsión de asco, es la conducta de la Junta Gubernativa de Cataluña por su proceder villano y criminal, que en breves frases vamos a describir.

Cansados los de la Junta de sufrir los excesos e intemperancias del Conde, enviaron a la residencia de Don Carlos, en el destierro de Bourges, a un sacerdote llamado Espar con el encargo de que obtuviese la destitución del Conde de España de todos los mandos. El tal Espar comunicó a don Narciso Ferrer, vocal de la Junta, y también sacerdote, que podían proceder a destituir al Conde, pues tenía en su poder el documento para ello necesario. La primera anomalía que se observa es que el tal documento lo firmó en París en nombre del Rey, que se hallaba en Bourges, don Paulino Ramírez de la Piscina, encargado a la sazón de la Secretaría de Guerra.

Cualquier persona u organismo que obrase con arreglo a los procedimientos más elementales de la administración pública se hubiera limitado a entregar el oficio correspondiente al Conde de España, y una copia del mismo con el correspondiente nombramiento a quien en aquel documento se designaba para sucesor, al Mariscal de campo don José Segarra, que era el jefe inmediato a sus órdenes, pero los individuos de la Junta, sin esperar a recibir el documento de destitución, acordaron prescindir del Conde y deshacerse de él. La Junta, presa de miedo y

dando pruebas de una total incapacidad, encargó a don Narciso Ferrer que hiciera en el caso lo que mejor le pareciera, y no se le ocurrió otro procedimiento que el hacer penetrar en la habitación donde se hallaba reunida la Junta, convocada por el Conde de España, a un hermano, cirujano, y a cuatro o cinco mozos de escuadra armados de puñales y pistolas, los que, arrojándose sobre el Conde, que se hallaba presidiendo la sesión, le dijeron que quedaba destituido y que iba a ser trasladado al Valle de Andorra, para que desde allí pasara a Francia; el Conde protestó de la violencia y manera con que se le daba cuenta de su cese y pidió explicaciones que no se le dieron.

Convencido de que sus enemigos habían tomado todas las precauciones necesarias para rematar el golpe, y de que toda resistencia era inútil, se entregó a ellos.

Gran zozobra e intranquilidad dominaba al Conde ante la perspectiva de un viaje desde Berga a Andorra, conducido por personas de aquella catadura moral, y al manifestar su nervosismo y sus temores, se le tranquilizó diciéndole que le acompañarían, además del vocal don Narciso Ferrer, los vocales señores Vilella y Sampons, ambos también eclesiásticos y personas en cuya honorabilidad confiaba el General, hasta el extremo de que dijo: "Ahora ya voy bien acompañado", pero estos dos últimos se volvieron del trayecto al segundo día, convencidos de que todo marchaba bien y de que el General sería trasladado sano y salvo a Andorra por don Narciso Ferrer y la escolta de mozos de escuadra que le acompañaban.

Continuó el viaje el Conde montado en su mula y tratado con poca deferencia y miramiento, pero sin que nada le hiciera sospechar su próximo y horrendo fin. Los que le conducían, para explicar el por qué le llevaban por caminos y pueblos que suponían un rodeo muy grande, le dijeron que era para evitar el peligro de caer en manos de las fuerzas de Seo de Urgel.

Por fin lo dejaron cuatro días en un pueblo situado a orillas del Segre, llamado Orgañá, y una noche, cambiando de acompañantes, lo sacaron los nuevos de su alojamiento, ya oscurecido, y al llegar al Coll de Nargó lo arrojaron, después de asesinarlo, al Segre, atada una piedra a su cuerpo, el que, a pesar de esta precaución, apareció flotando en un remanso del río al día siguiente.

Narciso Ferrer, y esto es lo que más claramente le acusa, tuvo la avilantez de asegurar en Berga que le habían entregado sano y salvo en la República de Andorra, y la osadía de mostrar un documento en que se probaba este extremo.

La noticia del asesinato del Conde de España causó gran sensación en Berga y sus alrededores, y aunque muchos de los parientes y amigos de sus víctimas sintiesen alegría al verse libres del verdugo, todos los hombres de bien reprobaron durísimamente el proceder de los criminales, que mancharon con tal acción la santidad de la causa que defendían.

¡Las más nobles causas enrolan a veces bajo sus banderas a hombres indignos y villanos!

Muerto el Conde España, quedó al mando de las fuerzas don José Segarra, cuyo nombramiento fué bien recibido, primero por ser del país y segundo porque representaba el fin de una pesadilla. Por más que ya tuvo el mando interino del Principado al cesar Urbiztondo, era un hombre anodino, enigmático y nada brillante. Pocos meses faltaban para que el enigma se descifrara y se viera claramente que lo que encerraba dentro de sí era el espíritu de la traición y de la doblez.

Las cosas de Cataluña ya no tenían remedio; tras la traición de Maroto en los campos de Vergara, sólo podían mantenerse firmes los carlistas durante algún tiempo allí donde se hallase frente a ellos un genio de la guerra, como Cabrera, pero ni aun éste pudo luchar contra el rigor de las desdichas que se cernían sobre la causa carlista, y eso que Cabrera gozaba de un prestigio, de una popularidad y de una autoridad sin límites sobre su ejército.

Por si no fueran bastantes las masas de combatientes que con Espartero se trasladaron a Levante, le vino por añadidura la pérdida de su salud, que estaba quebrantadísima en los últimos meses, y los que sabemos de enfermedades y de agotamiento corporal, sabemos la gran influencia que la salud ejerce en la vida de los hombres luchadores.

Cabrera tuvo que trasladarse con parte de sus fuerzas a Cataluña; rápidamente y venciendo mil obstáculos pasó el Ebro y se presentó ante Berga con diez o doce batallones.

Por entonces Segarra estaba planeando la entrega de los ba-

tallones catalanes a los Generales cristinos y disponiendo lo necesario para un abrazo de Berga igual al de Vergara. El paso de Cabrera por Mora de Ebro causó gran contrariedad a Segarra; apresuró las negociaciones, creyendo que el caudillo tortosino tardaría más tiempo en presentarse ante la Estella catalana, pero Cabrera no era del corte de Segarra, y como un rayo se trasladó desde Mora a Berga. Segarra pensó en hacerle frente, pero la aureola de que iba rodeado Cabrera atrajo hacia él no sólo las miradas atónitas, sino la adhesión entusiasta de todas las fuerzas carlistas que presenciaban su marcha.

¡Aquél sí que era un guerrero de cuerpo entero! ¡Qué lástima que no hubiera sido nombrado jefe de Cataluña a la vez que de Aragón y de Valencia, tras su heroica defensa de Morella contra Oráa y su brillante victoria de Maella contra Pardiñas!

Ante la proximidad de Cabrera, Segarra perdió los estribos, y no sólo esto, sino su autoridad sobre su propia escolta, la cual, al percatarse de la traición que se preparaba, se volvió contra él, y tuvo que huir a uña de caballo y guarecerse en las filas liberales para librarse de la muerte. Desde Vich dirigió a los voluntarios carlistas y al Principado catalán una alocución concebida en los mismos términos de fementida honradez y falsa lealtad a los principios con que se expresan siempre los traidores, los que jamás tuvieron principios y los que jamás tuvieron lealtad.

Cabrera hizo una entrada triunfal en Berga y se decidió en seguida a la lucha contra las columnas cristinas que al mando de Carbó, Barón de Meer y el propio Espartero se acercaban a la Meca del carlismo catalán.

Aunque convencido de que era imposible sostener la guerra uno solo contra tantos, no quiso abandonar la escena sin haber librado la última batalla de sus heroicos y fieles vountarios, dando pruebas él personalmente y sus aguerridas tropas de un valor y una acometividad que causaron la admiración de todos sus enemigos.

Esto ocurrió el 4 de julio, y el 5 por la noche llegaban a la frontera francesa 10.000 soldados de Cabrera, tan buenos y aguerridos como los primeros del mundo, a entregar a las autoridades fronterizas de Luis Felipe aquellas armas que durante tantos años habían sido invencibles y que ahora eran vencidas por el desaliento de unos y la traición de otros.

A Cabrera sólo acompañó, de los Generales catalanes, Brujó, sin disputa el más digno y el mejor de ellos. Ibáñez (*Llar de Copons*) acababa de morir a causa del disparo de la pistola de uno de sus ayudantes. Los demás jefes catalanes, en su inmensa mayoría, pasaron a Francia a los pocos días. Algunos, y parte de sus fuerzas, se entregaron a los Generales cristinos.

Cabrera convino con las autoridades francesas: primero, que todos los Generales, Oficiales y soldados pasarían a depósitos señalados por el Gobierno francés; segundo, que serían tratados y respetados como refugiados; tercero, que tendrían derecho a residir en Francia; cuarto, que los Generales, Jefes y Oficiales conservarían sus caballos, armas y equipajes. Pero las cláusulas de este convenio no fueron cumplidas con mucho escrúpulo por las autoridades del vecino país.

Cabrera hizo unas declaraciones ante el Prefecto y el General de los Pirineos orientales.

Pirala dice que obra en su poder la comunicación que dirigió el Cónsul de España en Perpiñán, don Juan Hernández, a su Gobierno, dando cuenta de la conversación sostenida entre Cabrera, el Prefecto y el General de los Pirineos orientales, que fué así: Cabrera dijo lo siguiente: "Desde que Maroto abandonó la causa de Don Carlos, la creí perdida. Varias veces se lo escribí y le propuse me diera la orden de licenciar su ejército y la de pasar a Francia solo. Don Carlos me contestó me mantuviera en España; lo he hecho; pero viendo que a mis nuevas instancias Don Carlos no respondía, que no hacía caso más que de los consejos de curas y de frailes, y que era inútil derramar más sangre por una causa perdida, he tomado la resolución de venir a Francia, poniendo término a la guerra. No me gustaba la guerra de pillaje que se hacía en Cataluña, y así me he venido solamente con mi gente en número de 10.000 hombres.

"No he nombrado jefe superior; he dejado a los jefes de Cataluña que hagan lo que quieran, pues yo no quiero cargarme con la responsabilidad de la sangre que se derrame desde el día de mi separación. Sólo se ha venido conmigo de los jefes de Cataluña, Brujó. Yo pudiera haberme sostenido dos meses, haber batido a Carbó, pero ¿qué adelantaba yo con esto, cuando

el General Espartero tenía 50 batallones? Hubiera muerto gente y la España hubiera tenido más heridos; a mí se me supone rico, y que he enviado mucho dinero a Francia; yo puedo asegurar que no tengo para vivir; se lo diré así a Don Carlos y le pediré me dé de lo que a él le dan."

Así termina la guerra carlista de los siete años en julio de 1840.

CAPITULO XV

GUERRA DE LOS "MATINERS"

Montemolín.—Negociaciones para el casamiento con Isabel II.—Muerte de Tristany.—Otros jefes.—Muerte de Alzáa en Guipúzcoa.—Fracasa el alzamiento en Navarra y Vascongadas.—Cabrera, en campaña.—Marsal, preso.—Fin de la guerra.

TRAS el Convenio de Vergara y la conclusión de la guerra civil en Vascongadas y Navarra, Don Carlos V fué internado y confinado en Bourges por el Gobierno francés, donde en 18 de mayo de 1845 abdicó en su hijo mayor, Carlos Luis de Borbón y de Braganza, que adoptó más tarde el título de Conde de Montemolín. El segundo Rey de la dinastía carlista nació en el Palacio Real de Madrid el 31 de enero de 1818. Al abdicar adoptó Carlos V el título de Conde de Molina.

Ha dicho un poeta que la paz impuesta por la punta de la espada no es más que una tregua, y ese pensamiento filosófico iba a tener aplicación en nuestra Patria.

También se ha dicho que nunca una misma generación sostiene dos guerras, pero España iba a desmentir, al menos en una parte de su territorio, este casi axioma histórico.

A los seis años de terminada la primera guerra civil empezaba otra, circunscrita a Cataluña, con chispazos rápidamente sofocados en otras provincias, guerra que se llamaría de los *Matiners* o *Matinets*.

Matiners significa, en catalán, madrugadores. Hay quien llama a esta guerra también la de los *Matinets*, que significa madrugada; pero en las obras en catalán que hemos leído se la designa siempre con el primer nombre.

Veamos los antecedentes de esta nueva contienda entre españoles. Personajes importantes, como el gran filósofo y publicista de Vich Jaime Balmes, el gran ensayista y orador Donoso Cortés, Marqués de Valdegamas y otros, intentaron rellenar el profundo foso que separaba a carlistas e isabelinos con un pacto o convenio, cuya cláusula principal sería el matrimonio del primogénito de Carlos V, Carlos Luis, con Doña Isabel II, Reina de hecho de España.

Con relación a este asunto, Don Francisco de Asís, hijo del Infante Don Francisco de Paula, tercer hermano de Carlos V y Fernando VII, dirigió a Carlos Luis una carta, de la que son estos párrafos:

“Si resistes, si lo quieres todo, todo lo pierdes, y no sería extraño que los mismos que hoy te apoyan, al ver tu tenacidad, se dirigiesen a mí como al más inmediato después de ti.

”¿Qué haría yo en tal caso: renunciar a mi vez y dejar el puesto libre al extranjero? Nunca. Jamás obraré así. Siempre que mi primo (Montemolín), a quien amo, *en quien reconozco mayores derechos*, se halle delante de mí, me conservaré como hasta aquí, quieto; pero cuando su enlace por las causas que llevo indicadas se haga imposible, creo que mi conciencia, no mi interés (porque nada halagüeño tiene un trono), me manda, me obliga a no exponer a España a un nuevo conflicto.”

Luis Felipe trató de conseguir que Carlos V reconociera a Isabel, como trámite previo para preparar la boda de su hijo Carlos Luis con ella, pero sin resultado.

Cuando Luis Felipe y su Presidente del Consejo de Ministros, Guizot, leyeron la carta de Francisco de Asís, quedaron consternados, y Guizot quemó la copia y dijo al Rey que debía ignorarla.

Fracasadas todas las tentativas, Isabel II casó a los dieciséis años, no muy enamorada por cierto, con su primo Francisco de Asís; y su hermana Luisa Fernanda con don Antonio de Orleans, Duque de Montpensier.

Calculaban quienes así movían los hilos de la tramoya que

el trono recaería más tarde en un sucesor de Montpensier, y que, por consiguiente, la corona de España y la de Francia quedarían vinculadas a la casa de Orleans, pues los enterados no esperaban que Francisco de Asís tuviera sucesión.

Este maquiavélico plan, que falló por donde menos se esperaba, causó gran enojo a Inglaterra, que se colocó en oposición manifiesta con Luis Felipe. No se olvide que a éste hacían una guerra despiadada los legitimistas franceses, con los que se hallaban compenetrados los carlistas españoles. Inglaterra veía con buenos ojos a Montemolín y le prestaba cierto apoyo por su enemiga a Francia.

Desgraciadamente todas las tentativas realizadas fracasan. España seguiría dividida en dos campos irreconciliables, que se odiarían a muerte durante largos años.

En septiembre de 1846 empezaron a agitarse los caudillos catalanes. Tristany, Galcerán, Pitxot, se levantaron en Lérida y Tarragona. La provincia de Gerona respondió con entusiasmo al movimiento, siendo el alma del levantamiento en ella un tal Dameto, del que después se habla muy poco.

Aunque parezca increíble, Tristany entró con una numerosa partida en Cervera al grito de "*¡Viva la Constitución y Carlos VI! ¡Unión y olvido de lo pasado! ¡Fuera los franceses y marchemos unidos todos los españoles!*" Parecido programa sostenían otros jefes.

El Secretario de Don Carlos VI decía a Tristany: "Quiere Su Majestad que V. S. aumente las fuerzas de su mando y que no considere por enemigos sino a los que se opongan y ofendan con las armas en la mano, para probar a la España y a la Europa que la política de Su Majestad sólo conserva un compasivo recuerdo de los antiguos desmanes; que el esfuerzo de sus defensores se hermana perfectamente con los sentimientos de conciliación y que Su Majestad es el padre de todos los españoles y el restaurador de la paz, la justicia, el orden y la equidad."

Del Conde de Montemolín dice así el historiador catalán José Llord: "Educado el Príncipe en la escuela del infortunio, se dedicaba continuamente a la lectura de toda clase de obras, con el objeto de poder algún día ser útil a su país; vivía modestamente en un hotel que nada tenía de particular, rodeado

más bien de amigos que de cortesanos, y entretenía sus ocios asistiendo con asiduidad a los ejercicios militares de las tropas del distrito y visitando e inspeccionando arsenales, cuarteles, museos, grandes establecimientos fabriles y laboratorios de los hombres de ciencia."

Tristany no pudo aumentar sus fuerzas ni provocar un levantamiento general, sólido y vigoroso, a pesar de haber obtenido un triunfo inicial de alguna importancia, y se limitó a merodear con su partida por las montañas de Lérida y Girona, y hallándose descansando en un pueblo próximo al en que nació, confiado en el conocimiento perfecto que tenía del terreno y de sus habitantes, y sin abrigar la menor sospecha de una sorpresa, merced a una venganza por asuntos particulares fué descubierto, atacado y hecho prisionero de improviso por la columna del Coronel Baixeras y fusilado en Solsona por los mozos de escuadra.

Don Bartolomé Porredón (*Ros de Eroles*), que iba en la columna de Tristany, consiguió huir y ocultarse en una masía, pero bien pronto fué descubierto y horriblemente asesinado a bayonetazos por los soldados del mismo jefe liberal.

El fusilamiento de Tristany produjo gran sensación en toda Cataluña, y lejos de terminar con su muerte la insurrección, adquirió mayor incremento, pues *Mosén Benet* gozaba de gran prestigio, a pesar de cuanto hayan escrito contra él sus enemigos.

De todos los jefes catalanes el que más activo se mostraba después de la muerte de Tristany era Marcos Gonfaus y Casadessus (Marsal), siguiéndole Castells, Borges y otros, todos los cuales proclamaban el lema de *Conciliación y respeto*, obediendo a la táctica de atraerse a los enemigos, especialmente a las izquierdas, que se hallaban descontentas con el Gobierno de Madrid.

Marsal entró de Francia por Masenet, y no tardó mucho tiempo en reunir una columna de cerca de mil hombres, y al frente de ella se dirigió hacia Barcelona, tomando a su paso varias poblaciones y levantando nuevas partidas.

Como don Ignacio Brujó tenía categoría de General de brigada al terminar la primera guerra civil, y Marsal de Coronel, al penetrar aquél en el Principado le nombró Don Carlos VI

Comandante general de las fuerzas carlistas; a sus órdenes luchaban como jefes destacados José Puig (*Boquica*), nacido en 1787; José Borges, nacido en 1813 e hijo de Antonio, Brigadier de la primera guerra civil, y fusilado en Cervera; Rafael Tristany, nacido en 1814, sobrino del famoso Mosén Benet Tristany, y Castells (llamado *Gravat de Ager* o *Monseña*, porque tenía la cara picada de viruela y arañada), Lavalls, Estartús, etc.

El General Pavía, que mandaba las tropas isabelinas en el Principado, terminó en diciembre de 1847 con las partidas más numerosas, gracias al somatén general que levantó y dirigió contra ellas. Muchos fueron fusilados, otros huyeron y bastantes se presentaron a las tropas enemigas; sólo quedó merodeando por los montes alguna partida insignificante.

Al comenzar el año de 1848 Pavía comunicó al Gobierno la extinción de las *facciones*, y dió en 6 de enero de este año un nuevo indulto de nueve días.

Narváez, que gobernaba por entonces, le recomendó, en carta reservada, que le escribiera y le dijera poco más o menos: "Puede decirse que la *facción* está terminada, si bien quedan algunos rezagados insignificantes, que pronto se promete usted acabarlos. Bien puede usted vestir una comunicación así, para que yo pueda cumplir mi palabra."

"¡Así se engañaba al país!", dice el mismo historiador liberal, Pirala.

En 3 de marzo lanzó Rafael Sala (Planademont) una proclama de estilo muy basto, pero muy audaz. Aquí podía decirse que el estilo era el hombre, pues Planademont era partidario muy decidido y valeroso, aunque tosco.

Pero la guerra de los *Matiners* aún no adquirió la importancia que le iba a dar más tarde el esperado jefe don Ramón Cabrera.

Por aquella época se levantó también en Cataluña el General carlista don José Masgaret, veterano de la guerra anterior, y en Aragón proclamaron a Carlos VI *el Cojo de Cariñena* y otros, pero sin poder producir un levantamiento general, a pesar de que gozaban de un gran ambiente. En Burgos se lanzó el estudiante de Villasur con el lema de "*Constitución de 1812 y unión de todos los españoles*".

Don Joaquín Elío fué nombrado jefe de Navarra y Vascongadas, pero no penetró en territorio español. En cambio, el designado jefe de Guipúzcoa, don Joaquín Julián de Alzáa, natural de Oñate, y que terminó la primera guerra civil de General, a los treinta y dos años, hombre de inmenso prestigio en Guipúzcoa, penetró en su provincia, fiado en las promesas que se le hicieron, en 23 de junio de 1848, y anduvo perseguido y errante entre los límites de Guipúzcoa y Navarra hasta el 2 de julio, en que fué apresado en las cercanías de Ataun por la Guardia Civil y Miqueletes y fusilado en Zaldivia al día siguiente por orden de Urbiztondo, antiguo general carlista, entonces Capitán general de Vascongadas y Navarra, uno de los principales culpables y traidores en el Convenio de Vergara, y quien no tuvo para su antiguo compañero de armas ni un leve movimiento de conmiseración. De la madera de Urbiztondo son los traidores que prosperan, mientras que los leales y puros, como Alzáa, saben abrazarse con la muerte para defender su ideal.

En Navarra, Elío, en quien tanto se confiaba, no se presentó, y alzáronse los bravos Zubiri, Ripalda e Ilzarbe, ex Coroneles de la guerra de los Siete Años, y los partidarios Zabaleta y Monreal, todos los cuales fueron fácilmente dispersados por las columnas de Ortigosa (ex jefe carlista), Macías, etc.

El movimiento no prosperó ni en Navarra, ni en Vascongadas, ni en Aragón, ni en Levante; quedó circunscrito exclusivamente a Cataluña, desde la cual se hicieron algunas tentativas en el Maestrazgo.

Por fin llegó el esperado Cabrera, el ídolo de los carlistas, nombrado General jefe de Cataluña, Aragón y Valencia. En una proclama que dirigió al país decía: "Nadie prejuzgue mis acciones antes de conocerlas; sin duda que serán conformes a la política justa, conciliadora y admirable que la previsión de Su Majestad ha adoptado. Por ellas desaparecen todos los partidos; no existen sino españoles; los odios quedan extinguidos y una dichosa reconciliación, fundada en completo olvido de los desmanes de la lucha pasada, nos promete la era de paz y ventura por que suspira la desolada España. Ninguno abandone sus hogares, ni se desvíe de sus tareas ordinarias; en sus casas todos serán respetados; toda reclamación será justa y prontamente atendida y juzgada..."

Cabrera, durante su estancia en Londres, relacionado con la aristocracia, merced al apoyo que le prestaron los legitimistas ingleses y especialmente el Conde de Montemolín, modificó mucho su carácter y temperamento y hasta sus ideas. Se le atribuyen estas palabras, acaso no verídicas, a su entrada en España: "Nuestros pasos tienen que ser muy diferentes de los pasos de otros tiempos, de la época de los frailes, de la Inquisición y del despotismo", y en una proclama al ejército declara: "Veo en cada uno de vuestros compañeros pacíficos, cualquiera que sea su opinión, un padre, un amigo, un protector; en cada enemigo vencido, un hermano y un compañero; jamás olviden que la sangre es el tesoro más preciado de la nación."

Cabrera, debido a su renombre extraordinario y a su inmensa popularidad, hizo que los *Matiners* aumentaran considerablemente; seguido de Forcadell, Palacios, Domingo Arnau y un millar de hombres, penetró en Cataluña por Oseja en 23 de junio de 1848, y temerosos los liberales de los vuelos que adquiriría la causa montemolinista, apelaron a los más viles medios para asesinarle, comprando para ello al Brigadier José Pons (*Pep del Oli*), complicado, al parecer, en el horrendo asesinato del Conde de España, y a otros jefes de menos categoría, quienes, después de ser traidores, intentaron ser asesinos.

Con la entrada de Cabrera en España coincidieron los levantamientos de Peco y Royo en Extremadura, pero sin resultado alguno.

Intentó sublevar a Andalucía el famoso General Miguel Gómez, llevando a sus órdenes a Arévalo, a Gómez Calvante y a siete Oficiales y un Capellán que desembarcaron en Gibraltar, procedentes de Inglaterra; pero en vista de las dificultades con que tropezaron para llevar a la práctica sus planes, no se decidieron a salir del Peñón.

En 1848 cayó el Rey Luis Felipe y su caída facilitó grandemente los planes de Montemolín, y el levantamiento catalán empezó a adquirir importancia. El Gobierno de Madrid decidió enviar a Cataluña seis divisiones que sumaban 70.000 hombres, para teminar con la insurrección. A pesar de ello Cabrera y sus lugartenientes obtenían victorias y aumentaban sus fuerzas.

Cuando Cabrera llegó a sumar 10.000 hombres decidió dar una organización a su pequeño ejército, al que dividió en cuatro

divisiones; la primera, mandada por el Brigadier don José Estartús; la segunda, por el también Brigadier don José Borges; la tercera (interinamente), por don Rafael Tristany, y la cuarta, por Gonfaus (*Marsal*). Esto ocurría en 1 de enero de 1849.

Mientras tanto el Gobierno liberal sustituyó a Pavía por Córdoba, pero a pesar de ello y de las numerosas fuerzas con que contaban los Generales de Isabel, creyeron más conveniente apelar al soborno, medio que emplearon con gran liberalidad, como más práctico que la lucha cara a cara, y merced a la compra infamante de algunos jefes carlistas, como el citado Pons (*Pep de Oli*), Posas y Vila (*Caletrús*), etc., pudieron minar, aunque de momento no destruir, la pequeña fuerza organizada por Cabrera y luego vencerle.

En esta guerra no hubo batallas importantes, pero sí algunos encuentros muy sangrientos, como el ocurrido en las proximidades de Suria y Aviñó entre el Coronel Manzano (1), que fué derrotado y preso con 400 hombres por Cabrera, y el de Pastoral, zona situada entre Amer y la Sellera, a orillas del Ter, en el que Cabrera dió de nuevo muestras de un valor y arrojo extraordinarios; en esta batalla fué herido el héroe tortosino de un balazo en el muslo, pero conservó sin embargo el mando de las fuerzas todo el tiempo que estuvo hospitalizado. En esta acción luchó a su lado *Marsal*, mandando las tropas liberales el Coronel Ruiz.

En su afán de terminar con el levantamiento carlista por medios innobles, los Generales isabelinos intensificaron sus esfuerzos para captar, por el soborno, a cuantos jefes consideraban propicios para ello, y por entonces dió mucho que hablar lo ocurrido con el Barón de Abella, persona muy prestigiosa de la montaña del Principado, que intervino como mediador entre los Generales isabelinos y los hermanos Tristany. Los liberales han acusado a los jefes carlistas de felonía; pero no es conce-

(1) Parece ser que en este encuentro ya estaban comprometidos con Manzano, *Pep de Oli* y Posas, que luchaban a las órdenes de Cabrera; pero temerosos ellos de que su jefe sospechara algo y los vigilase, lucharon como leales para no descubrirse y ser fusilados como traidores. Aguardaron mejor ocasión para consumir su traición. Acaso por esto cayó Manzano en poder de Cabrera en Aviñó.

bible que tan acérrimos y leales defensores de la causa carlista en las tres guerras civiles, sin que se diera un momento de tibieza en ellos, concibieran los viles proyectos que les atribuían sus enemigos. ¿Cómo el Barón de Abella acudió a una entrevista con Tristany al más de San Justo acompañado de Casares y Serra (*Malagarriaga*) sin salvoconducto u otro documento que le garantizase completamente? Parece indudable que obraba como agente de los Generales de la Reina.

El desgraciado Barón fué preso por Tristany y presentado a Cabrera y fusilado con sus dos compañeros, por intento de corrupción y defección. Estos fusilamientos causaron una gran impresión y dieron lugar, como era de esperar, a una violenta campaña de prensa contra Cabrera y Tristany.

También intentó el Coronel Santiago obtener la defección de Tristany, para lo cual el Gobierno de Madrid le proveyó de abundantes fondos; pero cuando las fuerzas que mandaba dicho Coronel, más otras que se movían en combinación con ellas, se aproximaron al Santuario de Pinos, se encontraron con un fuego horroroso, en lugar de la presa que esperaban. No es extraño que los jefes carlistas incluso engañaran a sus enemigos fingiendo tratos con ellos, cuando los Generales isabelinos más que a guerrear, se dedicaban a sobornar por todos los medios imaginables.

Aplicando sin duda aquella máxima funesta e inmoral de que el fin justifica los medios, y no contentos con sobornar, tuvieron la avilantez de comprar a un sacerdote para que éste envenenara a Cabrera. El tal sacerdote se encontró un buen día en el Cuartel General de éste, a quien se hizo simpático por su buen humor, ingenio, etc. Su plan era envenenar la comida de Cabrera, pero el General carlista era muy receloso (tenía motivos para ello) y vigilaba mucho su cocina, de tal manera, que tenía al frente de ella a un Coronel pariente suyo, quien compraba todos los alimentos en persona, y quien a pesar de tener un centinela a la puerta de la cocina, cada vez que salía la cerraba con llave. A pesar de estas precauciones, el cura envenenador, en un momento de descuido, arrojó unos polvos en una de las ollas. Su movimiento fué visto y se sospechó de él. Cabrera le invitó a comer, pero él se excusó; insistió Cabrera, y por fin se sentó a la mesa. Cabrera hacía tiempo comiendo pan,

y el otro hacía lo propio; Cabrera insiste en que coma, y sin duda sospechando de que es sospechado, empieza el cura a comer de aquel manjar precisamente que había envenenado, y a los pocos minutos se siente malo. Entonces Cabrera, pistola en mano, le manda que le diga la verdad, y confesó todo su crimen. El sacerdote murió de envenenamiento.

Las fuerzas carlistas más bien iban disminuyendo; la defeción de unos y la persecución de que eran objeto los demás, causaban estragos en el campo montemolinista.

Marsal, sin disputa el lugarteniente más activo y dinámico de Cabrera, fué derrotado y preso cerca de Bañolas por la columna Hoare, con sus ayudantes Abril y Grau; estos últimos fueron fusilados, pero no así su jefe, a quien se le indultó de la pena de muerte, a ruegos de los numerosos amigos que tenía en la provincia de Gerona, por su nobleza de carácter y honradez.

Cabrera intentó sobreponerse a las difíciles y duras circunstancias en que le colocaban los acontecimientos y dió orden a sus fieles lugartenientes Arnau y Gamundi de que invadiesen el Alto Aragón con fuerzas de caballería, y a pesar de que llevaban consigo una columna escogida, aunque poco numerosa, fueron derrotados por el Brigadier Dulce.

Accediendo a las insistentes solicitudes de sus partidarios, Don Carlos VI se decidió al fin a entrar en Cataluña y a ponerse al frente de sus heroicos voluntarios, pero fué apresado en la frontera por los aduaneros franceses e internado.

Visto que no podía luchar contra lo imposible, Cabrera se refugió en Francia, con lo que la guerra podía darse por terminada, pues aunque los hermanos Tristany, Estartús y otros jefes se mantenían aún en armas, poco tiempo después acompañaron al Conde de Morella en el destierro.

El 14 de mayo de 1849 quedó Cataluña completamente pacificada.

Para colmo de males, Carlos VI, al regresar a Inglaterra, tras la derrota de los *Matiners*, se dejó seducir por los encantos de miss Horsay, tan locamente, que para consagrarse a ella en cuerpo y alma, se decidió a abdicar los derechos al Trono en su hermano Don Juan, no sin que hubiera precedido a esta abdicación una severa y durísima carta de varias personalidades de la Causa que vivían en su *entourage*, las que obraban de

acuerdo con su augusto padre Don Carlos V y de su madrastra, la princesa de Beira.

Las citadas personalidades le exhortaban a renunciar a su amor, pero él prefirió renunciar a sus derechos al Trono, mediante un acta de abdicación que firmó; pero convencidos los mencionados personajes de que esta abdicación era efecto de un movimiento pasional e irreflexivo, y percatados de que el idilio amoroso terminaría, dando tiempo al tiempo, consideraron como *papel mojado* el citado documento y no le dieron curso.

Miss Horsay, romántica soñadora y que sin duda se veía en su imaginación coronada reina de España, al ver que su egregio amante llevaba el romanticismo por un camino opuesto al suyo, o sea el del renunciamiento a todo para consagrarse locamente al amor más exaltado, se sintió defraudada y fué despegándose poco a poco de Montemolín. Y así terminó aquel volcánico idilio que tantos sinsabores causó a los austeros y virtuosos padres de Carlos VI.

CAPITULO XVI

Carlos VI, Conde de Montemolín, y el General Ortega desembarcan en San Carlos de la Rápita.—Su captura.—Fusilamiento de Ortega.—Renuncia de Montemolín.

DESPUÉS de la guerra de los *Matiners* que hemos relatado en el capítulo XV de esta obra, no ocurrió ningún hecho saliente en la historia del carlismo, hasta la frustrada sublevación en 1860 del General Ortega, que era a la sazón Capitán General de las islas Baleares. Es indudable que el levantamiento de Ortega venía preparándose desde hacía algún tiempo, y es también cierto que la conspiración contaba con extensos apoyos y ramificaciones en toda España y que se hallaban complicados en la misma incluso elementos no carlistas y de elevada categoría.

Se ha llegado a decir, con visos de verdad, que hasta la Reina Isabel II se hallaba comprometida.

La sublevación de Ortega es uno de los episodios más misteriosos de la Historia de España en el siglo XIX, y lo extraño es que no se haya descornado el velo ni a la muerte de todos cuantos pudieron tomar parte en esta célebre desgraciada conspiración. Desde Bruselas enviaba breves cartas Don Carlos VI, Conde de Montemolín, a Ortega; una de ellas, fechada en 18 de febrero de 1860, dice así:

“Las distancias se estrechan, mi estimado General; todo lo que se deseaba por aquí está arreglado; quedan algunos detalles que se arreglarán y para los que Morales va encargado y

te los diré, así como todo su viaje. Te volveré a escribir, o si no, lo hará Elío para confirmar la época, que, como te dirá Morales, será lo más pronto posible. El momento decisivo está muy cercano, y en él vamos a jugar la suerte de nuestro país; un porvenir brillante y glorioso se le ofrece; mi confianza en ti, como la de mi familia, no puede ser mayor, y espero que corresponderás de un modo digno de ti y de la grande empresa que nos mueve.

"Mi reconocimiento será proporcionado a tus eminentes servicios, y de todos modos cuenta con el particular aprecio de tu afectísimo, *Carlos Luis*."

Cabrera tuvo largos tratos con Montemolín, pero ponía reparos y objeciones a la empresa. Su carta del 14 de marzo marca concretamente su posición: exige como condición imprescindible para tomar parte activa en la sublevación, la seguridad de disponer de tres plazas fuertes, para apoyar aquel movimiento, pues no quería aventurarse sin grandes probabilidades de éxito.

Creía Cabrera que no se podía pensar en sostener una nueva guerra civil y que el golpe había que darlo en pocos días, para lo cual era preciso contar en Valencia, donde primeramente pensó desembarcar el General Ortega, con fuerzas suficientes para emprender la marcha sobre Madrid, donde había muchos comprometidos. Se dice que hasta tenían preparado un tren especial en Valencia para trasladar a Don Carlos Luis a la corte tan pronto saltase a tierra.

Parece ser que en este movimiento, como en todos, faltó el elemento principal, o sea el dinero, a pesar de que estaba muy comprometido en el mismo el famoso banquero don José Salamanca.

Don Carlos VI embarcó el 20 de marzo en Marsella con su hermano Don Fernando, Elío y algunos ayudantes y servidores, y después de muchas peripecias y una escala imprevista en Cette (1), llegó a Palma de Mallorca el 29 por la mañana. Desde Palma continuó el barco a Mahón, juntamente con el correo "Jaime II" y otro buque inglés, y allí tomaron a bordo a los batallones de Lérida y Tarragona, con orden de desembarcarlos

(1) Hoy se escribe "Sète".

en Palma para pasar revista. Una vez en Palma, Ortega se apoderó del vapor correo "Jaime II" y de algunos más, formando un total de cinco vapores y dos veleros, cargados de tropas que desembarcaron en las proximidades de San Carlos de la Rápita el día 2 de abril. Llevaban a bordo 3.500 hombres armados y algunos fusiles y municiones de repuesto, más cuatro piezas de artillería.

Desde San Carlos de la Rápita escribió Montemolín a Cabrera la siguiente carta: "Mi estimado C.: Aquí hemos llegado felizmente, no habiendo ido al otro punto por una circunstancia que nos lo ha impedido. Ahora más que nunca me hacías falta, pues hubieras puesto en movimiento los elementos que conoces. Veremos si podemos conseguirlo, pero de todos modos es preciso que te acerques a la frontera para aprovechar el momento de entrar.

"A Juan que tenga ésta por suya; memorias a tu mujer y a La Llana, y cree te aprecia tu afectísimo, *Carlos Luis*."

El otro punto de que habla es Valencia y Juan era el Infante Don Juan.

La conspiración había sido llevada a cabo con el mayor sigilo y acaso ésta fuera la causa principal de su fracaso, pues la tropa embarcada, e incluso la mayoría de la oficialidad, ni sabían ni sospechaban adónde iban ni a qué iban. Observaban que el General Ortega trataba con gran respeto y deferencia a dos personas que vestían de paisano, y esto les tenía muy intrigados; no sospechaban que eran el Conde de Montemolín y su hermano, el Infante Don Fernando.

El día 2 se cortó el telégrafo y se descansó, y el 3 se emprendió la marcha hacia Amposta y Uldecona, y en un lugar llamado Coll de la Creu se hizo alto y se dió descanso a la tropa. Ortega pedía impacientemente noticias de Valencia y Madrid, pues contaba con elementos comprometidos en ambas capitales.

Ortega no descubría su plan a nadie y esto causó cierto desasosiego en la fuerza que iba a sus órdenes. Parece que algunos de los jefes le pidieron explicaciones, y al sospecharse o saberse de lo que se trataba, el Coronel del Provincial de Tarragona, señor Rodríguez Vera, dió vivas al Gobierno constituido, lo que sembró gran confusión en las filas.

Ortega oyó las aclamaciones de sus soldados y comprendió en seguida el significado de las mismas y vió su causa perdida; montó rápidamente a caballo y fué a galope a dar alcance al Conde de Montemolín y su séquito, y al acercarse a ellos gritó: "*¡A las tartanas, a las tartanas; somos perdidos!*"

Don Carlos VI y su séquito huyeron en dirección desconocida y Ortega, con sus ayudantes, se dirigió por el Mas de Barberans a los puertos de Beceite.

El desgraciado General llegó, huyendo de sus perseguidores, hasta Calanda y cayó en poder de las autoridades de Isabel II a causa de un incidente desgraciado. Entró en Calanda de noche y preguntó a dos vecinos del pueblo, con quienes tropezó en la calle, por determinada casa, cuyo propietario era persona de significación. Se encaminó a ella, pero la encontró cerrada por hallarse en Zaragoza su dueño, que era el Barón de la Linde; entonces Ortega volvió a deambular por las calles del pueblo y se encontró de nuevo con las mismas personas, una de las cuales resultó ser el Alcalde. Ignorando que lo fuera, Ortega le rogó le llevase a su propia casa, y cuando descubrió quién era su interlocutor, le pidió un guía y dos bagajes hasta Alcoriza. Entonces el Alcalde le pidió el pasaporte y esta circunstancia hizo que se descubriera todo el misterio.

Llegaron los guardias del puesto y rogaron a los desconocidos que entraran en una posada, con objeto de dar parte; uno de ellos, que después se supo era Ortega, se encerró inmediatamente solo en una habitación. Horas después, las autoridades de Calanda conocieron lo ocurrido en San Carlos de la Rápita y descubrieron la personalidad de los misteriosos huéspedes que a hora tan imprevista llegaron a su pueblo. Ortega preguntó, al ser detenido, si había estallado en Madrid una rebelión y abdicado la Reina, y al oír la negativa exclamó: "*¡Me han vendido!*"

La casualidad de que no estuviera en aquel pueblo el propietario a cuya casa se encaminaba el General y sus compañeros fué causa de la prisión de todos ellos y de la muerte serena y heroica del infortunado Ortega. He aquí cómo uno de los historiadores de la época relata los episodios del juicio, de la condena y de la muerte de Ortega:

"Conducido Ortega a Tortosa, el día 17 de abril fué el des-

tinado para ser vista y fallada su causa por un Consejo de guerra, compuesto de seis Capitanes y del cual fué Presidente el Brigadier Alcaide y Asesor don Manuel de Córdoba.

"El fiscal, que lo era el mayor de la plaza de Tortosa, señor Rodríguez Termens, pidió contra Ortega la pena de ser pasado por las armas y el pago de las cantidades que resultasen de menos de las que había sacado de la Tesorería de las islas Baleares.

"De sus declaraciones resultaba, en efecto, que se le había hecho creer en la abdicación de la Reina.

"Ortega había anunciado su deseo de asistir al Consejo, y se presentó en la sala con mucho desembarazo, acompañado de su defensor, don Félix de Wenez.

"Después que éste hubo cumplido con su deber, leyendo una muy bien escrita defensa, Ortega se levantó y con voz muy entera pidió permiso para hablar, y concedido, dejó caer sobre el banquillo un capote de caballería que llevaba, y dijo:

"Señores, no vengo a pedir mi vida; esto no sería digno de mí; los hombres de mi temple no se paran en eso. Tampoco vengo a defenderme, pero sí a protestar con todas mis fuerzas contra la competencia del Consejo. Señores, cuando se me quiso tomar mi primera declaración dije al señor Fiscal presente que no la rendiría si no se me aseguraba que sería juzgado por un Consejo de Oficiales Generales. Se me dieron todas las seguridades y declaré. Ahora veo que hice mal; yo no puedo ser juzgado más que como militar. Como paisano y aprehendido por requerimiento de una autoridad civil, como lo es el Alcalde de Calanda, debo ser juzgado por el Tribunal ordinario, según se dispone en la Ley de 17 de abril de 1821. Si se me juzga como militar, era Mariscal de campo cuando cometí el delito, y como tal debo serlo. Más, en la Real orden en que se me exonera de todos mis títulos, empleos y condecoraciones, se dice que sea juzgado según ordenanza, y ésta está bien terminante en favor de mi pretensión. Protesto nuevamente de que no pido perdón de la vida. Me siento con fuerzas para ir sereno a sufrir mi pena.

"En seguida sacó un papel y pidió al señor Presidente que recibiese la protesta que hacía por escrito y que la uniese al proceso. Así se hizo, y después de algunas contestaciones con

el Presidente, se salió de la sala con el mismo aire y serenidad con que había entrado.

"El Consejo le condenó, por unanimidad, a las penas pedidas por el Fiscal, y a las ocho de la noche del mismo día 17 fué puesto en capilla, en la cual mostró durante su permanencia mucho valor y firmeza. El día 21 el desgraciado Ortega sufrió con gran serenidad la pena a que se había hecho acreedor por su traición."

Hasta aquí el citado historiador liberal.

Dícese que se hallaban complicados en el complot dirigido por Ortega el Rey consorte Don Francisco de Asís (a quien recordía la conciencia por la usurpación cometida a la muerte de Fernando VII y sobre todo porque recayera la herencia del trono en quienes no eran hijos del Rey) y muchos altos personajes, entre ellos, como hemos dicho en otro lugar, el famoso banquero Salamanca.

Ortega no había sido carlista, sino progresista, y era de temperamento exaltado y noble, y se cuenta que la relación de amistad que tuvo con la Infanta Doña Carlota (la de la famosa bofetada a Calomarde y la que decidió a Fernando VII y a su cuarta mujer, Doña Cristina, a arrebatar el trono al Infante Don Carlos), arrepentida de su conducta pasada y de las desgracias terribles que acarreó sobre España, inclinó el ánimo de Ortega en favor de Montemolín, por espíritu de justicia vindicatoria, noble y elevado.

Cuentan que al morir dijo a su ayudante Cavero: "Muero por no hablar y exijo de ti, si me sobrevives, que no lo creo, nunca acuses a nadie de haber estado comprometido." También dijo: "Si esto fracasa, no caerá más cabeza que la mía", y esto otro: "Estoy tan conformado y consentido con mi suerte, que si providencialmente me viniese ahora el perdón, no sé si me alegraría." Esto prueba que se sentía asqueado de la traición de tantos y tantos que se hallaban comprometidos con él y faltaron, a última hora, a su palabra.

Dicen algunos que era un alocado, pero ¿no se ha llamado siempre locos, aun a los genios, cuando han fracasado? En cambio, los triunfadores arrastran tras sí a todos los mercenarios del ditirambo.

Dice Pirala que Ortega murió como cristiano, como valiente

y como caballero, y agrega: "Con su muerte respiraron algunos miserables que osaron temer fuese delator. Ortega había delinquido, pero no fué juzgado ni sentenciado legalmente; fué aquello un asesinato jurídico."

Parece que el Gobierno tenía largas listas de comprometidos, pero prefirió conceder una amplia amnistía y dejar que aparecieran como adictos a la Reina muchos que le eran traidores.

Mientras tanto, el Conde de Montemolín, su hermano y el séquito, se hallaban ocultos en casa de la Rasa, cerca de Uldecona, y el General Elío y su secretario eran hechos prisioneros en la masía de Abdón de Altabella, según unos, y de los Carrascales, según otros, en el mismo término municipal. Presos en 21 de abril, el Conde de Montemolín y su hermano fueron encarcelados en Tortosa, en cuya prisión firmaron un documento renunciando a sus derechos a la corona de España.

He aquí el documento de abdicación:

"Yo, Don Carlos Luis de Borbón y de Braganza, Conde de Montemolín, digo a la faz del mundo y pública y solemnemente declaro: que íntimamente persuadido por la ineficacia de las diferentes tentativas que se han hecho en pro de los derechos que creo tener a la sucesión de la corona de España y deseando que por mi parte, ni invocando mi nombre, vuelva a turbarse la paz, la tranquilidad, el sosiego de mi patria, cuya felicidad anhelo, de "motu proprio" y con la más libre y espontánea voluntad, para que en nada obste la reclusión en que me hallo, renuncio ahora para siempre a los enunciados derechos, protestando que este sacrificio que hago en aras de mi patria es efecto de la convicción que he adquirido en la última fracasada tentativa de que los esfuerzos que en mi pro se hagan ocasionarán siempre una guerra civil que quiero evitar a costa de cualquier sacrificio.

"Por tanto, empeño mi palabra de honor de no volver jamás a consentir que se levante en España ni en sus dominios mi bandera, y declaro que si por desgracia hubiera en lo sucesivo quien invoque mi nombre para este fin, lo tendré como enemigo de mi honra y fama.

"Declaro asimismo que al instante que llegue a gozar de plena libertad reconoceré esta voluntaria renuncia, para que en ningún tiempo pueda ponerse en duda la espontaneidad con que

la formulo. Que la dicha y felicidad de mi patria sea el galardón de este sacrificio.

"Dado en Tortosa el 23 de abril de 1860.—Firmado: *Carlos de Borbón y de Braganza.*"

Poco tiempo después se concedió una amnistía y los Príncipes prisioneros en Tortosa se trasladaron a Francia, y una vez libres y en la plenitud de determinación y de albedrío, firmó el Conde de Montemolín un acta declarando nula la de la prisión de Tortosa. Dice así: "Yo, Don Carlos Luis de Borbón y de Braganza, Conde de Montemolín, considerando que el acta de Tortosa de 23 de abril del presente año de mil ochocientos sesenta, es el resultado de circunstancias excepcionales y extraordinarias; que meditada en una prisión y firmada en completa incomunicación, carece de todas las condiciones legales que se requieren para que sea válida; que por esto es nula, ilegal e irratificable; que a los que se refiere no puedan recaer sino en los que los tiene por ley fundamental de donde emanan y que por la misma son llamados a ejercerlos en su lugar y día; atendiendo al parecer de juriconsultos altamente idoneos que he consultado y a la reprobación reiterada que me han manifestado mis mejores servidores, vengo a retractar la dicha acta de Tortosa de 23 de abril del presente año de mil ochocientos sesenta y la declaro nula en todas sus partes y como no avenida. Dado en Colonia a 15 de junio de 1860.—*Carlos Luis de Borbón y de Braganza, Conde de Montemolín.*"

El Infante Don Fernando redactó otra más breve, concebida en estos términos:

"Yo, Don Fernando María de Borbón y de Braganza, Infante de España, hallándome en plena libertad y con la independencia legal que se requiere, me retracto por las mismas razones que ha tenido para hacerlo mi muy caro y amado hermano el Conde de Montemolín, del acta que firmé en Tortosa el día 23 de abril del presente año de 1860, y la declaro nula y como no avenida.

"Colonia, 15 de junio de 1860.—*Fernando María de Borbón y de Braganza, Infante de España.*"

Como caso curioso y que demuestra los azares y veleidades de la política y la mutación que sufren los espíritus con el tiempo, queremos transcribir al final de este capítulo la adhesión que envió a Isabel II el Cardenal Arzobispo de Toledo, que se hizo

célebre en la guerra de los Siete Años, como fraý Cirilo de Alameda, Arzobispo de Santiago de Cuba, quien acompañó a la corte de Carlos V y fué uno de los mentores más destacados del Príncipe:

“Arzobispo de Toledo.—Excelentísimo señor: Como un testimonio de gratitud a los favores que con mi cabildo privado he recibido de Su Majestad la Reina (q. D. g.) y en prueba de nuestra lealtad, dirigimos la adjunta exposición a nuestra Augusta Soberana, execrando la más infame de las traiciones perpetrada por hombres ingratos e indignos del nombre español y felicitando a Su Majestad por la fidelidad de las tropas de su heroico ejército, que han hecho abortar tan villano crimen.

“Ruego, pues, a V. E. se sirva presentar a Su Majestad nuestra leal adjunta exposición; así como nuestros fervientes votos por su completa prosperidad. Dios guarde a V. E. muchos años. Toledo, 7 de abril de 1860.—*Fray Cirilo*, Cardenal Arzobispo de Toledo.—Excelentísimo señor Ministro Secretario de Estado y del despacho de Gracia y Justicia.” “¡Quantum mutatus ab illo!”

Un historiador dice que este mismo prelado calificó de *gavilla de perdidos* a los que se proponían galvanizar y dar vida al que creían cadáver del carlismo.

¡Pobre carlismo! De él hacen leña, como de todo árbol caído, incluso los que se cobijaron a la sombra de ese árbol en los días de tormenta y de peligro.

CAPITULO XVII

Montemolín y miss Horsay.—Extraña muerte de Carlos VI, de su esposa y del Infante Don Fernando.—Lamentable actitud de Don Juan.—Caída y destierro de Isabel II.—Educación de Carlos VII.—Carta a su padre.—Su boda.—Negociaciones con Prim y Sagasta.—Abdica Don Juan. Las dos tendencias.—Propaganda carlista.—Carta-Manifiesto.

LA guerra de los *Matiners*, circunscrita a una pequeña zona de Cataluña, había terminado en derrota: el pronunciamiento del General Ortega, tras el desembarco de San Carlos de la Rápita, trajo consigo el fusilamiento de dicho General y el fracaso de su arriesgada aventura. El carlismo, que fué vencido en los campos de Vergara, a cada intento de resurgimiento que planeaba se encontraba con un doloroso y al parecer definitivo revés.

Cuando Montemolín vió fracasado el complot de San Carlos de la Rápita, triste y decepcionado, al meditar sobre la conducta de tantos y tantos como se le ofrecieron y le traicionaron, decidió trasladarse a Austria y allí, a orillas de los bellos y poéticos lagos de la Carintia, le sorprendió la muerte, una muerte fulminante y misteriosa que se cebó en él, en su esposa, Princesa de las Dos Sicilias, y en su hermano menor, el Infante Don Fernando. Las circunstancias que acompañaron a la enfermedad y muerte de estos tres egregios personajes dieron pábulo a muchos comentarios y suposiciones, de las que no se excluía la del envenenamiento.

En muy breve espacio de tiempo habían muerto Carlos V,

fundador de la dinastía proscrita, dos de sus hijos y la esposa del mayor de ellos: sólo quedaba con vida el segundo, Don Juan, y éste, separado de su mujer desde hacía tiempo y en plan liberal, a la vez que en actitud servil hacia Doña Isabel II, se hacía incompatible con los legitimistas españoles.

Lo que quedaba del partido carlista se encontró acéfalo y desorientado. Una parte reconoció a Isabel II, ingresando en el partido moderado, y constituyendo otros una especie de grupo neocatólico, semejante al que más tarde formó don Alejandro Pidal con Valentín Gómez, etc., durante la regencia de María Cristina. Bajo Isabel II ocuparon puestos muy elevados algunos generales carlistas de la primera guerra civil, como Zaratiegui, que fué Director general de la Guardia Civil; Urbiztondo, que fué Ministro de la Guerra y Marqués de la Solana; Fulgosio, Capitán general, etc.; algunos de ellos firmantes del Convenio de Vergara y otros no.

Fueron pocos los jefes y oficiales carlistas procedentes de la primera guerra civil que no reconocieron a Isabel II, y por lo mismo aquellos pocos son más dignos de admiración. La masa del partido, libre de ambiciones, siempre se mantuvo dentro de una santa y rígida intransigencia.

Lo extraordinario y paradójico del caso es que muchos de los que reconocieron a Isabel II, al perder ésta su trono y salir para el destierro, empujada por la revolución, se adhirieron a Don Carlos y lucharon por él en los campos de batalla y no reconocieron después de Sagunto a Alfonso XII, hijo de Isabel; y, en cambio, quienes, como Cabrera, Conde de Morella, y otros, jamás prestaron acatamiento a Isabel, se fueron más tarde con Alfonso XII, abandonando las filas carlistas. Caso paradójico que prueba lo compleja que es el alma humana y la trabazón tan grande de ideales y de sentimientos, de intereses y de egoísmos que rigen y guían el paso del hombre sobre la tierra.

A la muerte de Carlos VI, Conde de Montemolín, sin sucesión, recayeron los derechos al trono en su hermano segundo, Don Juan, quien hizo todo lo posible por matar la semilla del partido, que se hallaba enterrada y muy enterrada; pero hay semillas que nunca mueren y que conservan eternamente la virtud de germinar.

Don Juan se había declarado constitucional, liberal y casi demagogo y publicó documentos lamentabilísimos que demostraban a la vez su carencia total de ideales y un eclipse completo de sentimientos de nobleza y dignidad. El órgano más autorizado del carlismo, *La Esperanza*, le declaró loco y le trató despiadadamente.

Nadie podía vislumbrar ni la posibilidad siquiera de un resurgimiento del carlismo como el que advino del 1868 al 1872.

Fué necesario el derrumbamiento del trono bamboleante de Isabel II, sostenido por espadas y espadones y derribado también por ellos en la batalla de Alcolea; fué necesario el triunfo de la revolución septembrina, con Serrano, Prim y Topete, para que al verse España sin monarquía y con la religión amenazada, se fijaran los ojos de todos los antirrevolucionarios en el primogénito de Don Juan, en el gallardo y apuesto Don Carlos, que más tarde adoptó el título de Carlos VII.

Don Carlos nació el 30 de marzo de 1848, en un modesto hotel de Laibach (Estiria, y hoy Yugoslavia), siendo sus padres el Infante Don Juan de Borbón, hijo de Don Carlos M.^a Isidoro (Carlos V) y la Archiduquesa María Beatriz, hermana del Duque reinante de Módena, Francisco V. Los padres del futuro Carlos VII anduvieron errantes y casi escondidos por Europa a causa de la revolución de 1848, sin duda la más extendida del siglo XIX, aunque menos sangrienta que la francesa de 1789, y se refugieron en Londres, asilo tradicional de los perseguidos políticos. Allí nació el segundo hijo, que se llamó Don Alfonso y que fué el último Rey de los carlistas, bajo el nombre de Alfonso Carlos.

La Archiduquesa M.^a Beatriz era muy piadosa y acaso excesivamente indiferente al mundo, dada su posición social, y en cambio Don Juan era muy frívolo y mundano, y de ahí la incompatibilidad de ambos esposos.

Don Carlos VII se educó en la corte del Duque de Módena, al lado de la Princesa de Beira, su abuela política, segunda mujer de Carlos V. Su primer preceptor fué el padre Cabrera, quien le infundió amor intenso a todo lo español, admiración por nuestra historia y veneración hacia los héroes y mártires del carlismo.

Don Carlos y Don Alfonso eran de caracteres completamen-

te distintos. Don Carlos, en sus Memorias, cuenta esta anécdota: "El Pontífice (Pío IX) les agasajó e invitó a comer, haciendo que a Don Carlos le sirvieran un helado en forma de yelmo y espada, en atención a sus aficiones militares, dando a Don Alfonso otro en forma de medalla, como más devoto."

Opuestas eran las tendencias pedagógicas y educativas de la Princesa de Beira, abuela de Don Carlos, y de su madre la Archiduquesa Beatriz, pues mientras que la primera era católica a *machamartillo* y españolista, la segunda era también católica intransigente, pero muy italiana y poco española. Quería a todo trance desterrar de la mente de su hijo toda idea de aventura guerrera, sin duda para verle libre de los peligros, sinsabores y quebrantos que acompañaron la vida de sus antepasados.

Don Carlos vivió varios años en Praga casi secuestrado, sin permitírsele recibir visitas de sus partidarios españoles. Tenía dos preceptores italianos; pero en 1863 se trasladaron madre e hijos a Venecia, donde fijaron su residencia; allí vivía a la sazón el Conde de Chambord (Enrique V de Francia, el que no quiso aceptar el trono que le ofrecían cuatro quintas partes de los diputados franceses, tras el desastre del 1870, por negarse a admitir la bandera tricolor, surgida de la revolución, y sostener con un tesón incomprendido la bandera blanca, borbónica, con todo lo que ella representaba) casado con M.^a Teresa de Módena, hermana mayor de Doña Beatriz; o sea que Don Carlos VII era sobrino carnal de Chambord, de quien heredó más tarde el castillo de Frosdorf, residencia preferida de Don Jaime, y en la actualidad ocupado por su hermana Doña Beatriz.

También fué a vivir a Venecia la familia ducal de Parma y allí conoció el joven Príncipe a la que había de ser más tarde su esposa, Margarita de Parma, conocida entre los carlistas por el *Angel de la Caridad*, a causa de sus virtudes y del amor y celo con que organizó y atendió a los hospitales carlistas durante la última guerra civil, en especial al de Irache.

Desde Venecia dirigió Don Carlos una famosa carta a su padre Don Juan, con conocimiento de Cabrera, por instigación de La Hoz y de acuerdo con su abuela la Princesa de Beira, de la cual copiamos los principales párrafos:

"Mi muy querido padre: Permita V. a un hijo que le ama

abrirle su corazón sobre un asunto de la mayor importancia.

"Sólo Dios sabe cuánto me cuesta hacerle a V. una pregunta y pedirle una declaración que pueda en algún modo disgustarle; y si no me lo impusieran mi conciencia y los deberes que tengo hacia tantos españoles afectos hacia nuestra familia, nunca me hubiera determinado a dar semejante paso. Sin más preámbulo, voy, pues, al asunto.

"Usted sabe, mi querido padre, que hace algunos años, con fecha 27 de julio de 1862, se publicó una carta atribuida a usted y dirigida a nuestra prima Doña Isabel; carta que trataba de su sumisión al actual Gobierno de Madrid, haciendo por sí y por su descendencia una solemne renuncia a sus derechos al trono de España. El silencio sobre tal publicación no declarada apócrifa por V., me hace dudar sobre su veracidad, que hasta ahora me repugnaba admitir.

"Esta incertidumbre en materia de tanta importancia no debe ni puede prolongarse indefinidamente.

"El partido carlista exige, con justa razón, saber quién es hoy su jefe. Y si V., renunciando sus derechos, no quiere serlo, yo lo soy desde este momento.

"Debo, pues, con todo respeto rogar a V. que se sirva decirme si la publicación indicada es falsa, o convenir francamente en que es suya.

"El silencio de V. equivaldría para mí y para nuestro partido a la confesión de que el acto que se le atribuye es cierto, a pesar de que el Gobierno de Madrid no haya querido publicar oficialmente, porque le interesa demasiado desorganizar a los nuestros, manteniendo la duda en un punto tan importante.

"Suplico a V., querido padre, dispense a un hijo que le respeta el que cumpla con un deber tan estricto como penoso; y rogando a Dios le conceda salud y toda clase de bienes, besa a usted respetuosamente las manos y queda de V. siempre afectísimo hijo, *Carlos*."

Don Juan nada contestó desde Brighton, donde a la sazón residía con su funesto secretario Lazen, pero el paso importante se había dado. La gloriosa bandera de Dios, Patria y Rey, abandonada y repudiada por un príncipe frívolo e incapaz, fué recogida por quien la iba a tremolar con dignidad.

Don Carlos casó con Doña Margarita el 4 de febrero de 1867

en el castillo de Frosdorf, contando él dieciocho años y ella diecinueve.

Por entonces en España fermentaba ya la revolución que en 1868 estalló. El carlismo, casi muerto, empezó a ser mirado como una remota esperanza, como un núcleo de atracción de elementos católicos y conservadores, y a él se fueron aproximando los *neocatólicos*, con don Cándido Nocedal, Aparisi y Guijarro, Navarro Villoslada, Gabino Tejada y otros; y los *moderados*, con el turbulento y voluble expresidente del Consejo de Ministros, González Bravo.

Como por ensalmo, las filas carlistas, antes tan poco nutridas y esmirriadas, se espesaron, ingresando en ellas no sólo personalidades salientes de la derecha, sino también masas enormes de ciudadanos dispuestos a luchar por su religión y por sus tradiciones políticas. La nave del carlismo, que navegaba a velas caídas, vió hincharse éstas como de milagro. Con la arboladura bien dispuesta y los lienzos a reventar de aire nuevo, se aprestó a navegar hacia el triunfo definitivo, que también esta vez le fué escamoteado.

Antes de la boda de Don Carlos con Margarita de Parma se intentó un arreglo entre carlistas e isabelinos por el famoso padre Sánchez (como antes por el gran Balmes para unir a Carlos VI e Isabel II), a base de casar al futuro Carlos VII con la Infanta Isabel, hija de la Reina Isabel II.

Después de la boda de Don Carlos VII se verificaron nuevas negociaciones para llevar al trono a nuestro Príncipe, y éstas las condujo Cascajares, en aquella época Capitán de Artillería y político progresista, amigo de Prim, Sagasta, etc., y más tarde Arzobispo y Cardenal. Estas negociaciones son más conocidas y aparecen más claras que las llevadas a cabo anteriormente.

"El partido liberal español, a cuya cabeza se encuentra hoy el general Prim—decía Cascajares—, ha llegado a convencerse de que la Reina Isabel no puede seguir reinando en España.

"Pensó este partido que era necesaria una revolución radical y se lanzó al campo de las aventuras sin un norte fijo a donde encaminar su acción. La exigua minoría de los republicanos se unió a los conspiradores, y Prim se sublevó en Aranjuez con los regimientos de caballería de Bailén y Calatrava

(2 de enero de 1886). Después (22 de junio del mismo año) hizo lo mismo la artillería, secundada por los paisanos de Madrid. Más tarde, en agosto último, se presentaron en el campo varios jefes de la insurrección y también fueron vencidos por el Gobierno. ¿Por qué?

"Esto es lo que debe examinarse.

"Es indudable que el partido liberal ya no quiere a Doña Isabel ni a su dinastía; del inmenso partido carlista no hay que hablar, porque siempre permanece fiel a sus principios legitimistas; del republicano es inútil que me ocupe, pues, además de ser insignificante, sus jefes están subordinados a los progresistas. El partido progresista es hoy el que eleva la bandera de la insurrección. Pensó primero en reemplazar a Doña Isabel, provocando la abdicación de ésta y proclamando la regencia de Don Alfonso; pero, desgraciadamente para él, este niño nació en malas condiciones, de todas conocidas, y además era otro nuevo conflicto el nombramiento de regencia. Pensaron después en Don Fernando de Portugal, en un Príncipe belga, en otro piemontés y, por último, hasta se pensó en un Napoleón. Todos eran imposibles.

"Las veleidades de Vuestro Augusto Padre le alejaron del trono después de los últimos pasos que dió, y los liberales creían que en esas veleidades iba envuelta la real personalidad de Vuestra Majestad. De manera que cuando en Aragón, Cataluña y otros pueblos Prim hizo estallar la revolución en agosto último, se encontró perplejo y no pudo ofrecer otro programa que el de *¡Abajo lo existente!*

"Dispuesta estaba la mayoría del pueblo a secundar el alzamiento y proscribir a la Reina Isabel; pero el grito de *¡Abajo lo existente!* no podía satisfacerle, porque detrás de semejante triunfo no se veía más que la república, con todos sus horrores, y los cien partidos que sirviesen las ambiciones personales de sus respectivos jefes...

"Me puse de acuerdo con el antiguo jefe carlista don Leandro Menéndez, que me acompaña, y juntos emprendimos la tarea de hacer ver a los liberales que no hay otro Rey legítimo en España ni puede haber otro candidato que Vuestra Majestad. Debo decir, en obsequio a los liberales, que en todos encontré la mejor acogida. Todos, Señor, aceptan a Vuestra Ma-

jestad como su Rey legítimo, y los principales caudillos están esperando mi regreso a París para decidir sobre la conducta que deben seguir, y que seguramente será la de venir a ofrecerse a Vuestra Majestad y combinar los poderosos medios de acción de que disponen. Los que le falten, Vuestra Majestad pudiera suplirlos añadiendo al elemento principal la poderosa intervención del partido carlista, que en muchas provincias es indispensable. Los liberales ofrecen levantar por sí solos algunas provincias, ciudades y plazas fuertes antes de que Vuestra Majestad se presentase, y creen que el levantamiento en masa se puede hacer en poco más de un mes, contando con medios suficientes para no gravar a los pueblos.

"Quisieran también que, una vez en Madrid, proclamase Vuestra Majestad la sanción de su derecho por el sufragio universal, que yo creo ha de ser casi unánime. Este sufragio sería una garantía para todos, y yo sé que los carlistas son los que más lo desean, aun cuando no contasen con los liberales, como ahora cuentan. El General Cabrera tiene muchas simpatías en España y me consta que los progresistas pedirían su concurso. Como prenda que responda de la verdad de cuanto le digo y de la seguridad del éxito, ofrezco a Vuestra Majestad el testimonio de los jefes más autorizados del partido liberal, que vendrían aquí o al punto que Su Majestad designe.

"Por último, Señor, lo digo con la más profunda pena, si Vuestra Majestad se negase a aceptar el ofrecimiento de los que antes fueron vuestros enemigos y los enemigos de su Augusta Dinastía, temo mucho y muy fundadamente que éstos, en su despecho, se echen en brazos de un príncipe cualquiera y cometan un desatino que todos lamentaremos. Mi misión era verbal, y al escribir lo que Vuestra Majestad me mandó, tuve que hacerlo con la urgencia que el caso requería; por eso este escrito se resiente de faltas que ruego a Vuestra Majestad me dispense."

Al recibir este documento, Don Carlos escribió a Cabrera la siguiente carta:

"Mi querido Cabrera: Hoy se me han presentado dos españoles (Cascajares y Menéndez) que parecen muy francos y que vienen de parte de Prim y otros jefes liberales para hacerme su sumisión y proponerme otra entrevista con ellos. Yo

no les he contestado todavía si la acepto, aunque me parece que es mi deber, como español, el recibirlos y oírlos. Yo no tengo experiencia. Deseo, pues, que tú estés presente, y te ruego, como a mi amigo, que vengas cuanto antes. Contéstame por telégrafo si vienes y cuándo, para fijarles el día de la entrevista. No soy más largo porque no dudo que vendrás; esta será otra prueba de afecto y adhesión que nunca olvidará tu afectísimo *Carlos*."

A causa de enfermedad, Cabrera no pudo trasladarse a Gratz, donde residía Don Carlos, y éste decidió trasladarse a Londres. Allí celebró Cabrera largas entrevistas con Sagasta, Prim y Cascajares (a las que no estuvo presente Don Carlos), y como resumen de ellas Sagasta dió una nota proponiendo lo siguiente:

"Los liberales proclamarán la libertad. Cortes Constituyentes. Abajo Doña Isabel y su dinastía.

"Los carlistas, a Carlos VII constitucional.

"Carlistas y liberales pedirán la sanción de la revolución por el sufragio universal que aclame la legitimidad de Don Carlos VII.

"Don Carlos, en su manifiesto a los españoles al expresar el derecho que le asiste a la corona como Rey legítimo, pedirá su sanción al sufragio universal, acatando el derecho público admitido por la moderna Europa y robusteciendo así el suyo propio."

Como era de esperar, estas negociaciones fracasaron, pues lo que proponían los jefes progresistas no era ni más ni menos que la aceptación por parte de Don Carlos de los principios constitucionales y del sufragio universal inorgánico, contra los que lucharon siempre los carlistas.

Si Don Carlos María Isidoro de Borbón o su hijo mayor, el Conde de Montemolín, hubieran aceptado las doctrinas liberales, es indudable que hubieran reinado en España, y si Carlos VII hubiera accedido a lo que le proponían los políticos progresistas antes citados, él hubiera sido el Rey a la caída de Isabel II, antes que un príncipe extranjero como Don Amadeo de Saboya.

Por entonces se consiguió, al fin, que Don Juan de Borbón y de Braganza, al ver destronada a Isabel II, a la que tanto adu-

ló, y triunfante en España la revolución, sin rey ni vislumbre de próxima restauración, se decidiese a abdicar sus derechos a la corona por medio del siguiente documento:

“No ambicionando más que la felicidad de los españoles, es decir, la felicidad interior y prestigio exterior de mi querida Patria, creo conveniente abdicar y por la presente abdicó mis derechos a la corona de España en favor de mi hijo Don Carlos de Borbón y Austria de Este. Dado en París a 3 de octubre de 1868.”

Con este documento se abrió un cauce jurídicolegal al problema sucesorio, que padecía estancamiento a causa de la inexplicable actitud de Don Juan de Borbón.

Carlos VII, que adoptó este título al verse en posesión de todos sus derechos, dirigió al poco, en 22 de octubre, a todos los soberanos de Europa la siguiente comunicación:

“Señor: Mi nacimiento y el estado actual de España me obligan a poner en conocimiento de Vuestra Majestad la siguiente acta de abdicación de mi Augusto Padre (aquí copia el acta anterior). Si Dios y las circunstancias me colocan en el trono de las Españas, me esforzaré en conciliar lealmente las instituciones útiles de nuestra época con las indispensables de lo pasado, dejando a las Cortes Generales, libremente elegidas, la grande y difícil tarea de dotar a mi patria de una constitución que, según espero, sea a la vez definitiva y española. El día que logre tanta dicha estrecharé con Vuestra Majestad cuanto sea posible mis relacionales personales y con vuestro pueblo las de mi pueblo. Recibid, Señor, la seguridad de mi más alta consideración.”

Ya en este documento aparece la tendencia moderada que más tarde apuntó en el manifiesto de Morentín, debido a la pluma de Valentín Gómez.

El partido contaba con un Rey, y en poco tiempo éste iba a contar con una enorme masa de opinión. A crearla y formarla se iban a consagrar varones eminentes y destacados del sacerdocio, de la milicia, del foro y de la literatura. Surgirían en breve diarios y semanarios en número increíble, así como folletos, admirablemente escritos, para presentar a los españoles al nuevo Rey y su programa. De todo lo entonces publicado, lo mejor, lo más leído y difundido fué el famosísimo ar-

título de Navarro Villoslada titulado *El hombre que se necesita*, que ejerció poderosa influencia en los ánimos. Navarro Villoslada, el mejor novelista histórico del siglo XIX, según decía en su cátedra de la Universidad Central de Madrid Sánchez Moguel, se convirtió en periodista carlista cuando ya estaba consagrada su fama en las letras españolas, sólo por la seducción que en su ánimo ejerció la personalidad del nuevo adalid de la causa católicomonárquica.

Decía Aparisi y Guijarro que el artículo de Navarro Villoslada tuvo la virtualidad de atraer al carlismo a millares de católicos.

De dicho artículo entresacamos los siguientes párrafos:

"Suspiramos—decía Villoslada—por un hombre que sea para toda la nación y no para uno, ni para dos o tres partidos; un hombre que mande con justicia, que gobierne con la moral del Evangelio, que administre con el orden y economía de un buen padre de familia.

"Un hombre que diga al padre de familia: tú eres el rey de tu casa; y al municipio: tú el rey de tu jurisdicción; y a la diputación: tú, la reina de la provincia; y a las Cortes: yo soy el Rey.

"Vengan aquí las clases todas de que se compone mi pueblo: el clero, la nobleza, la milicia, el comercio y la industria, y la clase más numerosa y necesitada de todas, la clase pobre, o mejor dicho la clase de los pobres. Vengan a exponer sus quejas y sus necesidades; pero tened entendido que aquí no mandan ni los sacerdotes, ni los abogados, ni los banqueros, ni los comerciantes, ni los jornaleros. El Rey soy yo.

"Abogado, a tus pleitos; no busques en los bancos del Congreso la clientela que no has sabido conquistar en el Foro. Tú, médico, a tus enfermos; no vengas a matar con discursos políticos a los que puedes curar con tus recetas. Escritorzuelo, a la escuela; aprende primero lo que te propones enseñar. Empleado, a tu oficina; la nación te paga para que la sirvas, no para que medres en los bancos del Parlamento. Y a trabajar todo el mundo, que la política está siendo la trampa de la ley de vagos.

"Yo reduciré los empleos a la tercera parte de los que hoy se pagan, y reduciré la clase de cesantes con sueldo, emplean-

do a todos, sin distinción de colores políticos, por orden de antigüedad y manteniendo en su empleo a todos los que lo sirvan con inteligencia y probidad. Yo pagaré las deudas que el liberalismo ha contraído y procuraré no contraerlas más.

"Yo me pondré a la cabeza del ejército y protegeré las ciencias, las letras y las artes. Yo llamaré los sabios a mi país, las letras y las artes a mi palacio, los pobres a mi mesa.

"Y lo perdonaré todo, lo olvidaré todo. Quiero ser padre antes que Rey. Mi brazo se extenderá más pronto para abrazar que para mandar.

"Este es el gobernante cristiano, éste es el príncipe católico, éste es el hombre que se necesita.

"¿No ha de haber un hombre que nos saque de esta anarquía?

"Pues este hombre libertador es Don Carlos de Borbón y Este, hijo de cien reyes españoles y representante del derecho y de la legitimidad."

El artículo continúa encomiando con vehemencia las excelencias de la monarquía tradicional y del sentido católico del gobierno.

A este género de publicaciones fogosas y apologéticas correspondieron infinidad de folletos, de los que fueron los principales: *La España y Don Carlos, Dios, Patria y Rey*, *La solución española en el Rey y en la ley*, de Villoslada; *La solución lógica en la presente crisis*, de Tejado; *Carlos VII el Restaurador*, de Pagés y Beltrán; *Don Carlos o el petróleo*, de Manterola; *El Rey de España*, de Aparisi.

"Necesitamos un Rey—decía Gabino Tejado—que reine y gobierne, pero que sepa que la realeza no es un señorío, sino un ministerio; no una granjería, sino un sacrificio; y que, por consiguiente, custodiando como debe los fueros de la augusta majestad, no olvide que si la soberanía es una por esencia, al depositarse en manos del hombre, falible y pecable, necesita de un organismo que la regule y auxilie como a todo lo limitado. Pues Don Carlos conoce los límites de la monarquía cristiana, sabe, además, perfectamente la historia de España, distingue bien lo que hay de legítimo y lo que hay de arbitrario en las exigencias del tiempo presente, y si España quiere conservarse digna de la libertad de los pueblos cristianos, no será Car-

los VII ciertamente quien escatime a las clases sociales ni a los cuerpos políticos el concurso activo, ordenado y eficaz en la gestión de los negocios públicos.”

Antes del folleto, divulgadísimo, de Tejado, apareció el de Aparisi, *El Rey de España*, del que se distribuyeron en menos de un mes 50.000 ejemplares, llegando hasta las últimas y más reducidas aldeas.

“Observad—decía el memorable orador—las provincias vascongadas: los pueblos son libres porque hay sanas costumbres, porque hay espíritu profundamente religioso. Esas provincias en lo antiguo se hubieran regido como repúblicas, al no ser por la vecindad de los pueblos rivales y poderosos, lo cual las obligaba a buscar señor que las protegiera, más que las mandara.

”Esto de las formas de gobierno depende de mil causas y accidentes; mas creedme: cuando una forma de gobierno dura de por siglos en un país, es que su cielo y su tierra la aman y no consienten otra.”

Después, con ese encantador estilo de Aparisi, ingenuo y poético, presenta al lector al futuro Rey de España.

“Llegué a París con el corazón apretado y temeroso. ¡Si será Don Carlos el Rey que necesita España!, había yo dicho en las Cortes. Se espera al hombre; no se sabe cuándo vendrá, si antes o después de la revolución, pero se sabe que vendrá... ¡Si será Don Carlos ese hombre!

”He visto ya al joven, le he conocido, le he tratado por largos días; y yo, que nada sé en el mundo sino sé qué es el corazón humano, me atrevo a saludar en Don Carlos de Borbón y de Este a la esperanza de España.

”¿Será esta opinión mía hija de mi pasión monárquica y mi viejo realismo? ¿Se habrá encantado a la vista de un nuevo Rey? ¡Ah, no! De esto sí que estoy seguro y sábenlo mis amigos y debe saberlo España, porque desde lo alto de la tribuna se lo dije. Yo decía en las Cortes del Reino: Defensor de la grandeza soy, pero de aquellos que no han pisado los salones aristocráticos y jamás han asistido a ninguno de sus festines. Y, ¿por qué no he de decirlo? Si fuese posible que un hombre eligiera patria distinta de aquella en que nació, sobre todo llamándose esa patria España; si eso fuera posible y me viera

forzado a elegir otra patria que esta amadísima en que vi la luz, yo elegiría un rincón oscuro de Suiza. Porque real y verdaderamente, ¿por qué no he de decirlo también?, mi carne y mis huesos son en cierto sentido democráticos, y, humilde y pobre, sólo me siento bien hallado entre los pobres y los humildes...”

Otras de las publicaciones que más eficaz propaganda realizaron fueron las del famoso Canónigo de Vitoria y gran orador de las Constituyentes, contrincante temible de Castelar, don Vicente Manterola, *Don Carlos o el petróleo*, *El espíritu carlista* y *Don Carlos es la civilización*.

“Si el absolutismo es sinónimo del despotismo—decía en *El espíritu carlista*—, el sistema absolutista hallará su más implacable enemigo en el partido carlista. Porque el espíritu carlista es cristiano, y es pagano, esencialmente pagano, el absolutismo, como continuación del cesarismo antiguo.

”En la monarquía cristiana, si una disposición del Rey es contraria a los eternos e inmutables principios de la justicia, queda sin efecto y es devuelta con la fórmula, poco servil por cierto, de “Se obedece, pero no se cumple”.

El documento básico y fundamental de la propaganda carlista predecesora de la última guerra civil fué la famosa carta de Don Carlos a su hermano Don Alfonso, escrita con estilo admirable y llena de sana y claramente expuesta doctrina. El Conde de Rodezno dice de dicha carta-manifiesto, en su obra *Carlos VII*, lo siguiente: “Este manifiesto que hoy, claro está, no puede menos de parecer antiguo y falto de sustanciosas concreciones...” No estamos conformes con la opinión de tan distinguido publicista. ¿Qué manifiesto ha habido, ni antes ni después, en el partido carlista que se le iguale, que ni siquiera se le aproxime, tanto en doctrina como en estilo? Todos han sido más vagos y sobre todo mucho menos bellos. Es que la época brillante del carlismo fué, sin disputa, la del 68 al 72, o sea la que precedió a la última guerra civil, época en que florecieron escritores y oradores muy superiores, bajo todos conceptos, a los que vivieron después, si se exceptúa al inconmensurable Mella.

He aquí la carta de Don Carlos a Don Alfonso:

“Mi querido hermano: En folletos y periódicos se han dado a conocer bastante mis ideas y sentimientos de hombre y de

Rey. Cediendo, sin embargo, al general vehementísimo deseo que ha llegado hasta mí desde todos los pueblos de la Península, escribo esta carta, en que no hablo sólo al hermano de mi corazón, sino a todos los españoles, sin excepción alguna, que también son mis hermanos.

"Yo no puedo, mi querido Alfonso, presentarme a España como pretendiente a la Corona; yo debo creer y creo que la Corona de España está ya puesta sobre mi frente por la santa mano de la ley. Con ese derecho nací, que es al propio tiempo obligación sagrada; mas deseo que ese derecho mío sea confirmado por el amor de mi pueblo. Mi obligación, por lo demás, es consagrar a este pueblo todos mis pensamientos y todas mis fuerzas; morir por él o salvarle.

"Decir que aspiro a ser Rey de España y no de un partido es casi vulgaridad; porque ¿qué hombre digno de ser Rey se contenta con serlo de un partido? En tal caso se degrada a sí propio, descendiendo de la alta y serena región donde habita la majestad y a donde no pueden llegar rastreras y lastimosas miserias. Yo no debo ni quiero ser Rey sino de todos los españoles; a ninguno rechazo, ni a los que se digan mis enemigos, porque un Rey no puede tener enemigos; a todos llamo y les llamo afectuosamente en nombre de la Patria, y si de todos no necesito para subir al trono de mis mayores, quizás necesite de todos para establecer sobre sólidas bases la gobernación del Estado y dar fecunda paz y libertad verdadera a mi amadísima Patria.

"Cuando pienso en qué deberá hacerse para conseguir tan altos fines, pone miedo en mi corazón la magnitud de la empresa.

"Yo sé que tengo el deseo ardiente de acometerla y la resuelta voluntad de terminarla, mas no se me esconde que las dificultades son imponderables y que no sería hacedero vencerlas sin el consejo de los varones más imparciales y probos del reino, congregados en Cortes que verdaderamente representan todas las fuerzas vivas y todos sus elementos conservadores.

"Yo daré con esas Cortes a España una ley fundamental que, según expresé en mi carta a los soberanos de Europa, espero que ha de ser definitiva y española.

"Juntos estudiamos, hermano mío, la historia moderna, meditando también sobre grandes catástrofes, que son enseñanzas a los reyes y a la vez escarmiento a los pueblos. Juntos hemos meditado también en que cada siglo puede tener, y tiene de hecho, legítimas necesidades y naturales aspiraciones.

"La España antigua necesitaba de grandes reformas; en la España moderna ha habido grandes trastornos. Mucho se ha destruído, poco se ha reformado. Murieron antiguas instituciones, algunas de las cuales no pueden renacer; hase intentado crear otras nuevas, que ayer vinieron a la luz y se están ya muriendo. Con haberse hecho tanto, está por hacerse casi todo. Hay que acometer una obra inmensa de reconstrucción social y política, levantando en este país desolado, sobre bases cuya bondad acreditan los siglos, un edificio grandioso en que puedan tener cabida todos los intereses legítimos y todas las opiniones regionales.

"No me engaño, hermano mío, al asegurarte que España tiene hambre y sed de justicia, que siente la urgentísima e imperiosa necesidad de un gobierno digno y enérgico, justiciero y honrado, y que ansiosamente espera a que en su dilatado imperio reine la ley, a la cual debemos estar todos sujetos, grandes y pequeños.

"España no quiere que se ultraje ni ofenda la ley de sus padres; y poseyendo en el catolicismo la verdad, comprende que si ha de llenar cumplidamente su encargo divino la Iglesia ha de ser libre.

"Sabiendo y no olvidando que el siglo XIX no es el XVI, España está resuelta a conservar a todo trance la unidad católica, símbolo de nuestras glorias patrias, espíritu de nuestras leyes, bendito lazo de unión entre todos los españoles.

"Cosas funestas, en medio de tempestades revolucionarias, han pasado en España. Pero sobre esas cosas que pasaron, hay concordatos que se deben profundamente acatar y religiosamente cumplir.

"El pueblo español, amaestrado por una experiencia dolorosa, desea en verdad que su Rey sea Rey de veras, y no sombra de Rey; y que sean sus Cortes ordenada y pacífica Junta de independientes e incorruptibles procuradores de los pueblos, pero no asambleas tumultuosas y estériles de diputados y emplea-

dos o de diputados pretendientes, de mayorías serviles y de minorías sediciosas.

"Ama el pueblo español la descentralización y siempre la amó, y bien sabes, hermano mío, que si cumpliera mi deseo, así como el espíritu revolucionario pretende igualar a las provincias vascas a las restantes de España, éstas semejarían o se igualarían en su régimen interior con aquellas afortunadas provincias.

"Yo quiero que el municipio tenga vida próspera y propia, y que la tenga la provincia, pero viendo, sin embargo, y procurando evitar abusos posibles.

"Mi pensamiento fijo, mi deseo constante, es cabalmente dar a España lo que no tiene, a pesar de mentidas vociferaciones de algunos ilusos; es dar a España la amada libertad que sólo conoce de nombre; la libertad que es hija del evangelio, no el liberalismo que es hijo de la protesta; la libertad, que es al fin el reinado de las leyes cuando las leyes son justas, esto es, conforme al derecho de la naturaleza, al derecho de Dios.

"Nosotros, hijos de Reyes, reconocemos que no es el pueblo para el Rey, sino el Rey para el pueblo; que un Rey debe ser el hombre más honrado de su pueblo, como es el primer caballero; que un Rey debe honrarse con el título especial de padre de los pobres y tutor de los débiles.

"Hay en la actualidad, mi querido Alfonso, una cuestión temerosísima: la cuestión de Hacienda. Espanta el considerar el déficit en la española; no bastan a cubrirlo las fuerzas productoras del país; la bancarrota es inminente. Yo no sé si puede salvarse a España de esta catástrofe; pero si es posible, sólo su Rey legítimo la puede salvar.

"Una inquebrantable voluntad obra maravillas. Si el país está pobre, vivan pobremente hasta los ministros, hasta el mismo Rey, que debe acordarse de Don Enrique *el Doliente*. Si el Rey es el primero en dar ejemplo, todo será llano; suprimir ministros y reducir provincias y disminuir empleos y moralizar la administración, al mismo tiempo que se fomente la agricultura, proteja la industria y aliente el comercio. Salvar la Hacienda y el crédito de España es empresa titánica a la que todos debemos contribuir, Gobierno y pueblo. Menester es que mientras se hagan milagros de economía seamos todos muy es-

pañoles, estimando en mucho las cosas del país, apeteciendo sólo las útiles del extranjero. En una nación hoy poderosísima languidecía en tiempos pasados la industria, su principal fuente de riqueza, y estaba la Hacienda mal parada y el reino pobre; del Alcázar Real salió y derramóse por los pueblos una moda: la de vestir sólo las telas del país. Con esto, la industria, reanimada, dió origen dichoso a la salvación de la Hacienda y a la prosperidad del país.

"Creo, por lo demás, comprender lo que hay de verdad y lo que hay de mentira en ciertas teorías modernas, y, por lo tanto, aplicadas a España, reputo por error muy funesto la libertad de comercio que Francia repugna y rechazan los Estados Unidos. Entiendo, por el contrario, que se debe proteger eficazmente la industria nacional. Progresar, protegiendo, debe ser nuestra fórmula.

"Y por cuanto paréceme comprender lo que hay de verdad y de mentira en estas teorías, se me alcanza también en qué puntos lleva razón la parte del pueblo que hoy aparece más extraviada; pero es seguro que casi todo lo que hay de razonable en sus aspiraciones no es invención de ayer, sino doctrinas de antiguo conocidas, aunque no siempre, y singularmente en el tiempo actual, observadas. Engaña al pueblo quien le diga que es Rey; pero es verdad que la virtud y el saber son la principal nobleza; que la persona del mendigo es tan sagrada como la del prócer; que la ley debe guardar así las puertas del palacio como las puertas de la cabaña; que conviene crear instituciones nuevas si las antiguas no bastasen para evitar que la grandeza y la riqueza abusen de la pobreza y la humildad; que debiendo hacerse justicia igualmente a todos y conservar a todos igualmente sus derechos, le está bien a un gobierno previsor mirar especialmente a los pequeños, y directa e indirectamente procurar que no falte el trabajo a los pobres y que puedan sus hijos que hayan recibido de Dios un claro entendimiento adquirir la ciencia que, acompañada de la virtud, les allane el camino hasta las más altas dignidades del Estado.

"La España antigua fué buena para los pueblos; no lo ha sido la revolución. La parte del pueblo que hoy sueña en la república va ya entreviendo la verdad; al fin se verá clara y potente como la luz y verá que la monarquía cristiana puede ha-

cer en su favor lo que nunca harán 300 reyezuelos disputando en una asamblea clamorosa. Los partidos, o los jefes de los partidos, codician honores, o riquezas, o imperio; pero ¿qué puede apetecer en el mundo un Rey cristiano, sino el bien de su pueblo? ¿Qué le puede faltar a ese Rey en el mundo, para ser feliz, sino el amor de su pueblo?

"Pensando y sintiendo así, querido Alfonso, soy fiel a las buenas tradiciones de la antigua y gloriosa monarquía española, y creo a la vez ser hombre del tiempo presente que no desatiende el porvenir.

"Comprendo bien que es tremenda la responsabilidad de quien tome sobre sí restaurar las cosas de España; mas si sale vencedor de su empresa, inmensa será su gloria. Nacido con derecho a la corona de España, y mirando en este sagrado derecho una sagrada obligación, yo acepto aquella responsabilidad y busco esta gloria, y me anima la secreta esperanza de que con la ayuda de Dios el pueblo español y yo hemos de hacer cosas grandes; y ha de decir el siglo futuro que yo fuí un buen Rey y el pueblo español un gran pueblo.

"Tú, hermano mío, que tienes la dicha envidiable de servir bajo la bandera del inmortal pontífice, pide a ese nuestro Rey espiritual para España y para mí su bendición apostólica.

"Y a Dios que te guarde, hermano mío. Tuyo de corazón, tu hermano, *Carlos*."

El espíritu que flota en esta carta-manifiesto es nobilísimo, profundamente cristiano y profundamente humano.

En ella aparece el carlismo tal cual es, o al menos tal como lo hemos concebido y sentido quienes le dedicamos las primicias de nuestra pluma y los entusiasmos, cálidos y generosos de nuestra juventud.

Ni absolutista, ni reaccionario, ni cavernícola, como lo han calificado quienes lo desconocen o quienes lo odian. Tampoco plutocrático, ni escudero de los poderosos, como querrían que fuera algunos de sus amigos.

El carlismo se nutrió siempre, primera y principalmente, del pueblo; su fuerza arrancó de las masas católicas y creyentes a la antigua usanza, menos mojigatas y aparatosas que las de hoy, pero más profundamente virtuosas y cristianas.

En el carlismo se respiró siempre un espíritu mucho más

fraterno que en los modernos partidos democráticos: la verdadera democracia, la hermandad, como la llamaríamos mejor, no se ha dado en ningún partido español tan destacada e intensamente como en el carlismo. Bastaba visitar sus círculos, estudiar de dónde salían sus caudillos, sus oradores, sus escritores y sus jefes, para convencerse de ello.

Y este es el espíritu que se refleja en las páginas hermosísimas del documento que hemos copiado.

El partido carlista ya contaba con un digno caudillo a quien todos, dentro del mismo, proclamaron como Rey. Los neocatólicos, desengañados de la política contemporizadora de Isabel II, que la llevó al destierro y a España al desastre, volvieron los ojos hacia Don Carlos. Sus órganos principales en la prensa, *El Pensamiento Español* y *La Regeneración*, importantes diarios que hasta la revolución mantuvieron el criterio neocatólico, se declararon carlistas. Siguieron su ejemplo noventa periódicos más que en provincias sostenían los mismos principios; se crearon otros nuevos de carácter literario, artístico o satírico, y *La Esperanza*, que condensaba la tradición del partido, llegó a verse eclipsada por los nuevos adalides.

Contribuyó grandemente al incremento extraordinario de la causa carlista, la actitud salvajemente provocadora de algunos adalides izquierdistas, entre los que se distinguió el diputado catalán M. Suñer, quien pronunció en el Parlamento aquellas horribles palabras: "La humanidad tiene tres enemigos: Dios, la tisis y los Reyes", agregando que él no había encontrado nunca el alma con la punta de su escalpelo, pues era médico.

La cólera y la indignación que produjeron estas palabras encaminaron hacia el carlismo a nuevos elementos, por una reacción fácilmente explicable.

De esta explosión de fuerza, que tan de repente convirtió al poco antes insignificante partido carlista—que seesteaba en el romántico recuerdo de pasadas y ya lejanas hazañas guerreras—en un formidable instrumento de acción política, nacieron las divisiones entre los carlistas viejos y carlistas nuevos, que en los albores de la conspiración empezaron a señalarse.

Pero la cuestión batallona, la más difícil de resolver, seguía siendo la cuestión Cabrera.

Don Carlos no le profesaba excesivo afecto y además tenía al lado personas que arrojaban leña al fuego y que procuraban ahondar las diferencias e incompatibilidades entre ambos. Lo calificaban de liberal, hasta de librepensador, y no faltaba quien lo consideraba masón. Hay gentes que ven masones en todas partes, menos donde realmente los hay.

Cabrera acaso estaba demasiado envanecido; quizá se pagaba con exceso de su valer e influencia. Hicieron esfuerzos nobilísimos para conseguir una cordial compenetración entre Don Carlos y Cabrera varias personalidades eminentes del partido: Aparisi y Guijarro, Navarro Villoslada, etc., pero todos los más nobles esfuerzos de estos y otros adalides carlistas se estrellaron ante la realidad adversa.

Enemigo irreconciliable de Cabrera era Arjona, a la sazón secretario de Don Carlos; también lo eran don Cándido Nocedal, Marco de Bello y otros.

Para resolver este problema se convocó la Asamblea de Vevy, en la que iban a enfrentarse quienes querían lanzar fuera del partido al Conde de Morella, y los que realizaban esfuerzos generosos por sumar a la causa, la fuerza y el renombre del viejo guerrero.

CAPITULO XVIII

VEVEY

MERECE capítulo aparte, por ser la asamblea más importante del carlismo, tanto por el número, como por la calidad de sus asistentes la famosa de Vevey, que todos los que hemos militado en el carlismo y tenemos más de cincuenta años, conocemos por referencias oídas en nuestra juventud, como uno de los momentos culminantes en la marcha y desarrollo de la gran comunión católico-monárquica.

Tras la revolución septembrina, el carlismo creció, acaso desmesuradamente, y con rapidez sorprendente.

Estos crecimientos anormales suelen producir trastornos, a veces graves, tanto en la naturaleza como en la política, y requieren cuidados especiales.

A la corriente carlista se sumaron fuerzas poderosas, procedentes de distintos campos, que turbaron la paz y el sosiego de las quietas y limpias aguas que constituían el caudal de los héroes y soldados que siguieron fieles a la dinastía carlista.

Había los neocatólicos, muchos en número, con Aparisi, Navarro Villoslada, Cándido Nocedal, etc., que eran pacifistas y partidarios de la lucha legal; había los cabreristas, de matiz más transigente y moderno, partidarios de imprimir al carlismo un rumbo más en consonancia con los tiempos, dispuestos a luchar por la vía legal o por la fuerza, pero con un programa menos cerrado e intransigente. Estos eran mirados como heterodoxos y masonizantes por los puros, por los católicos a *macha-*

martillo, pletóricos de intransigencia y de agresividad, por los que seguían en todo las inspiraciones de la Princesa de Beira y de Doña Beatriz, madre de Don Carlos, y de la corte de Módena, que era la más reaccionaria de Europa, mucho más que las de Sicilia, de Cerdeña o de Austria, las que también eran católicas y muy católicas, pero más moderadas y comprensivas, más impregnadas de suavidad, con visión más amplia de la vida y de la política, aunque dentro de una rígida ortodoxia.

Y había, por último, un gran número de veteranos de la primera guerra civil, que se hallaban equidistantes de los neo-católicos y de los cabreristas, y que constituían el núcleo más leal y fiel a Don Carlos.

La Asamblea de Vevey se convocó para tratar especialmente del pleito de Cabrera; para entregarle la dirección del partido, como querían algunos, o para prescindir de él, como querían otros.

He aquí la copia literal del acta:

“En la Tour de Peilz, Casa Palacio de la Faraz, cantón de Vaud, Suiza, a 18 de abril de 1870, se reunieron en junta extraordinaria, por convocación del Rey N. S. (q. D. g.), los señores:

GRANDES DE ESPAÑA.

Marqués de Villadarias.

Conde de Orgaz, del Consejo Particular de S. M.

Marqués de la Romana.

Conde de Santa Coloma.

Conde de Samitier, del Consejo Particular de S. M.

Marqués de Valdespina, del Consejo Particular de S. M.

TÍTULOS DE CASTILLA.

Marqués de Tamarit, del Consejo Particular de S. M.

Conde de Faura.

Conde de la Florida.

Conde de Cedillo.

Marqués de Campmany.

Marqués de las Hormazas.

Conde de Casa Flórez, del Consejo Particular de S. M.
Barón de Uxola.
Vizconde de la Torre de Albarracena.
Marqués de Gandul.

DEL CONSEJO PARTICULAR DE S. M.

- D. Juan Dameto.
- D. Juan Bautista Cos Durán.
- D. Antonio Aparisi y Guijarro.
- D. Manuel Maldonado.
- D. Gaspar Díaz Labandero.
- D. Pedro Torrecilla.
- D. Gabino Tejado.

OFICIALES, GENERALES Y JEFES:

- D. Joaquín Elío, del Consejo Particular de S. M.
- D. José Martínez Tenaquero.
- D. Hermegildo Ceballos, del Consejo Particular de S. M.
- D. Rafael Tristany, del Consejo Particular de S. M.
- D. Carlos de Algarra, del Consejo Particular de S. M.
- D. Eustaquio Díaz de Rada.
- D. Vicente Ceballos.
- D. Manuel Marco.
- D. José Estartús.
- D. J. López Caracuel.
- D. Manuel Marconell.
- D. Bernardo Lafuente.
- D. P. Aguilera.
- D. Francisco de Uríbarri.
- D. Antonio Santa Pau.
- D. Ignacio de Paula Cortés.
- D. R. Margeliza de Vera.
- D. Salvador Pons.
- D. Vicente Alcalá del Olmo.
- D. Ramón María de Sanjuán.

DIPUTADOS.

- D. Tirso Olazábal, representando Guipúzcoa.
- D. Pantaleón Sarachu, representando Vizcaya.
- D. Celestino Iturralde, representando Alava.
- D. Mauricio Bobadilla, representando Navarra.
- D. Vicente Manterola, representando Navarra.
- D. Joaquín Muzquiz, representando Navarra.
- D. Nicasio Zabalza, representando Navarra.

JUNTAS DE ESPAÑA.

- Marqués de Villadarias, por la Central de Madrid.
- D. Francisco Díaz Caneja, por la provincia de Oviedo.
- D. Francisco Vescós y Lascori, por la provincia de Huesca.
- Conde de Patilla, por la provincia de Valladolid.
- Conde de Cedillo, por la provincia de Toledo.
- D. Juan Gracia Gutiérrez, por la provincia de Albacete.
- D. Antonio Rodríguez Galves, por la provincia de Jaén.
- D. Francisco de Paula Cortés, por la provincia de Córdoba.
- Marqués de Campmany, por la provincia de Gerona.
- D. Cristóbal de Pulgar, por la provincia de Granada.
- D. Gregorio Trelles, por la provincia de Burgos.
- D. Isidro Elguero, por la provincia de Cuenca.
- D. Isidro Elguero, por la provincia de Guadalajara.
- D. Vicente de la Hoz, por la provincia de Segovia.
- D. Pablo Amores Bueno, por la provincia de Avila.
- D. José Royo Salvador, por la provincia de Valencia.
- D. José Pérez Cárdenas, por la provincia de Zamora.
- D. Antonio Serra, por la provincia de Lérida.
- D. Juan Lamamié de Clairac, por la provincia de Salamanca.
- D. Luis Trelles y Nogueral, por la provincia de Soria.
- D. Pedro Romero, por la provincia de Teruel.
- D. Miguel Alvarado, por la provincia de Lugo.
- D. Juan Díaz, por la provincia de León.
- D. Juan Díaz, por la provincia de Palencia.
- Marqués de Gandul, por la provincia de Sevilla.
- D. Domingo de Miguel, por la provincia de Barcelona.
- D. Matías Llorens y Palau, por la provincia de Tarragona.

DIRECTORES DE LA PRENSA.

- D. Vicente de la Hoz, por *La Esperanza*.
- D. Ciriaco Navarro Villoslada, por *El Pensamiento Español*.
- D. Federico Salido, por *La Regeneración*.
- D. José Benítez Caballero, por *La Fidelidad*.

Y LOS SEÑORES SIGUIENTES.

- D. José Ros de los Ursinos, Subsecretario de S. M.
- D. Buenaventura Oriol.
- D. Atanasio Avila.
- D. Manuel Sureda y Boscadores.
- D. Antonio Riu.
- D. Cosme Puig.
- D. Francisco de la Torre Gil.
- D. José Cavanilles, Secretario interino que fué de S. M.
- D. José María Lasuen.
- D. Francisco Pérez Valdés.
- D. Telesforo Rodríguez Sedano.
- D. José E. de Urrue.
- D. Joaquín Ircoe.
- D. Cándido Ortiz de Pinedo.
- D. José Pérula.
- D. Demetrio Iribas.
- D. Narciso Cargal.
- D. Juan Antonio Ortiz.
- D. José Renart.
- D. Nicolás Hierro.
- D. Francisco Plugo.

Precedido de dos gentiles hombres, entró Su Majestad al grito unánime de “¡Viva el Rey!”. Ocupó la presidencia, y teniendo a la derecha a su Secretario, el Conde de Samitier, y Subsecretario, don José Ros de los Ursinos, y a la izquierda los dos Secretarios de la Junta Central de Madrid, don Joaquín Muzquiz y el Conde de Canga-Argüelles, pronunció Su Majestad el discurso siguiente:

“Señores:

”Voy a deciros en breves y sencillas palabras por qué he querido que estuviéseis hoy a mi lado.

”Habéis acudido a mi llamamiento, dándome una prueba más de adhesión que agradezco.

”Quiero que conozcáis los hechos que han precedido a la renuncia, no motivada, del General Cabrera, que no puedo menos de admitir en vista de su tenaz insistencia en mantenerla. Con sentimiento la recibí y fué grande mi sorpresa cuando supe que dicho General había comunicado su voluntaria separación a las Juntas antes de que yo admitiera su dimisión.

”Quiero haceros saber mi resolución de ejercer personalmente la autoridad que, por convenir a la causa, había delegado en aquel General. Y quiero que la convocación de esta Junta sea también un testimonio de que el Rey, cuando se trata de asuntos graves, oye antes, para resolver acertadamente, el dictamen de personas ilustradas.

”Os consultaré, por lo tanto, aprovechando vuestra presencia, la marcha que debemos seguir para continuar con fe y entusiasmo la obra emprendida, y con la ayuda de Dios llevarla a pronto y feliz término.

”La situación de nuestra Patria vosotros la conocéis. Unámonos más que nunca, y con patriotismo, abnegación y disciplina salvemos a España, que perece, salvando a la vez el orden, el trono y el altar.

”Sentaos.”

A continuación mandó Su Majestad leer 15 documentos cruzados con Cabrera.

El Teniente general don Joaquín Elío, previo el beneplácito de Su Majestad, tomó la palabra y dijo:

“Señor:

”De todos puntos de España y extranjero hemos acudido presurosos al llamamiento de Vuestra Majestad. Hemos tenido el honor de oír el sentimiento con que Vuestra Majestad se ha visto en la necesidad de admitir la dimisión del señor General Conde de Morella. Vuestra Majestad nos ha manifestado el deseo de conocer la opinión de sus fieles servidores. Yo, el más

antiguo de los jefes del partido carlista, creo ser su verdadero eco y el de todos estos señores, asegurando a Vuestra Majestad nuestro leal concurso en pro de la dicha de nuestra querida Patria. Señor, nosotros empezamos nuestra carrera al grito de ¡Viva el Rey!, y si necesario fuese moriremos repitiendo ¡Viva el Rey!”

A cuyo mágico grito respondieron con emoción e indescripible entusiasmo todos los concurrentes a esta Junta memorable, después de lo cual Su Majestad se dignó levantar la sesión.

De orden de S. M.—El Secretario, *Conde de Samitier*.—El Subsecretario, *José Ros de los Ursinos*.”

De la reseña copiada no se deduce gran cosa acerca del proceso o desarrollo del problema que culminó en la famosa asamblea y de sus consecuencias.

Al leer el acta, uno se admira de que hubiesen sido convocadas a una población de Suiza tantas y tan destacadas personas para oír el breve discurso de Don Carlos y la más breve respuesta del General Elío, máxime si se tiene en cuenta que Cabrera había presentado la dimisión con fecha 19 de marzo de 1870 y que Don Carlos le había escrito un autógrafo el 23 de igual mes, diciéndole que no le admitía la dimisión e invitándole a una entrevista, honor que declinó Cabrera, insistiendo en mantener la dimisión y dando cuenta de ella a las entidades supremas del partido.

Ya antes, Don Carlos, excediéndose en amabilidades y consideraciones, le envió el mismo Toisón de Oro que llevó Carlos V, con carta que le escribió a ese objeto en 8 de diciembre de 1869, y Cabrera la devolvió con carta del 29 de igual mes. Y Don Carlos, lejos de darse por ofendido, extremó su amabilidad y su humildad, manifestándole, en carta del 6 de enero de 1870, que admiraba su modestia y se convertía en depositario de tan preciada condecoración, que se la colgaría del cuello en Madrid.

Al leer esta correspondencia se ve claramente que Cabrera ponía toda clase de obstáculos a la aceptación del cargo de gran responsabilidad que le ofrecía Don Carlos, alegando varias razones y excusas, como la de su quebrantada salud, la su-

puesta o real enemiga de personajes del partido, de quienes decía en carta del 19: "estos estudios y observaciones de la política y el exacto conocimiento de los sueños de ambición y manejos que para verlos realizados había de ensayar una fracción de hombres que el partido entraña, tan gigantes en aquella como pigmeos en talento, y que no reúnen, por consiguiente, ninguna de las condiciones necesarias para el buen desempeño de los puestos que ardientemente desean escalar, han sido las bases fundamentales de que he partido para la formación y desarrollo de mi plan; bases que, observará V. M., en nada se relacionan con el modo de vencer a nuestros enemigos políticos, porque conseguirlo lo creía más fácil que desvanecer las intrigas que los expuestos hombres habían necesariamente de poner en juego y obstáculo constante habían de ser para el desenvolvimiento de mi plan políticomilitar, que esperaba diese por resultado final el triunfo de la causa de España y de V. M."

Don Carlos contestó cumplidamente a estas observaciones en su autógrafo del 23, pero no consiguió hacer desistir de sus propósitos de apartamiento y dimisión al Conde de Morella. Y como éste, con excesivo orgullo y falta de respeto, dióse por separado del cargo en su carta del 31 de marzo, a partir de la fecha de la anterior, o sea del 19, antes de que fuese aceptada su dimisión, esta actitud del Conde de Morella, que más que soldado de Don Carlos parecía su jefe, irritó al joven caudillo y enemistó a Cabrera con muchos elementos del partido, que lo miraban como sospechoso en ideología política por estar casado con una dama protestante y vivir siempre en Inglaterra, cuyo ambiente político tuvo que ejercer una poderosa influencia en su espíritu.

Como Cabrera contaba con tan enorme prestigio en el partido carlista y con tan gran número de admiradores, no hay duda ninguna de que la asamblea de Vevey se convocó, no para dar cuenta de su dimisión ni para aceptarla, como aparece a simple vista, sino para apartar de su lado a todas las personalidades que a ella concurrieron.

Al leer la reseña de la misma aparece como unánime la decisión de los reunidos, y tenía que serlo, porque se trataba de aprobar un hecho consumado sobre el que no había discusión. Pero de los asambleístas, muchos siguieron siendo cabre-

ristas, como se vió en el transcurso de los acontecimientos.

Los mayores enemigos de Cabrera fueron los nuevos carlistas, o sea los neocatólicos, que representaban la tendencia reaccionaria del partido entonces y siempre, pues la historia nos demuestra que los carlistas puros, los siempre fieles y leales al caudillo y a la bandera han sido menos reaccionarios que los neófitos, quienes al engrosar las filas de los veteranos en momentos de peligro para la patria y para sus intereses suelen torcer la marcha y el rumbo del partido y encaminarlo por senderos distintos de aquellos que siguieron siempre los abnegados, desinteresados y heroicos cruzados de la causa.

Cabrera, indiscutiblemente, dejó de ser el hombre capaz de dirigir y mandar las huestes carlistas, a causa de sus años y sobre todo a causa de la tibieza de sus ideas y sentimientos. Ya no era el hombre de Morella ni del Ter; era el Lord de su castillo de Wenworth, el personaje lleno de títulos y halagos, dominado en parte por su mujer, de carácter muy decidido y de grandes arrestos, el hombre de la fe ajada, en parte por sus años y en parte por el escepticismo producido por el choque de ambientes ideológicos tan diversos.

Acaso pudo ser atraído y reincorporado a la corriente tradicionalista; pero desde Vevey Cabrera quedó apartado de toda intervención oficial en la marcha del carlismo español, y cuando Don Alfonso XII se sentó en el trono lo reconoció como Rey de España en un documento firmado en París; fué confirmado en todos sus honores y cargos de Conde de Morella, Marqués del Ter y Mariscal de campo de los ejércitos españoles. Murió en Wenworth, cerca de Windsor, donde vivía en una magnífica finca de unos mil *acres*, y fué enterrado junto a la iglesia protestante, la única que hay en la aldea, en un pequeño cercado rodeado de verja, en cuyo centro se levanta una gran cruz. Dentro de la iglesia, su mujer le dedicó una gran lápida de mármol.

Triste fin el de este hombre, lleno de heridas y cicatrices, colmado de títulos y condecoraciones por Don Carlos V y Don Carlos VI, y apartado de Don Carlos VII y de la ruta gloriosa de la constancia, de la lealtad y de la fidelidad a su Rey y a su causa en los umbrales de la muerte.

Fué el hombre más calumniado del carlismo español, el más injuriado, y, sin embargo, nadie ha habido, entre los carlistas,

cuya vida y cuya carrera ofrezca más novedad, interés y emoción que la de este genial tortosino, que de la nada llegó a las más altas cumbres del poder y de la gloria por sus propios y exclusivos medios, para caer al abismo en los últimos años de su vida.

Sobre su defección dice un escritor de la época: "Fué una cosa triste, más triste aún que la muerte de un héroe, porque la memoria de los héroes es bendecida. Era el fin de una bella carrera rota para siempre."

He aquí el documento que Cabrera dirigió a Alfonso XII: "Señor: En la bandera con que los españoles engrandecieron los reinados de los antecesores de V. M. hay tres principios santos: Dios, Patria y Rey. Yo los he profesado siempre y los profesaré mientras viva. Por salvarlos y contribuir a su triunfo, por devolver a España la paz que sus desdichas reclaman con urgencia, acudo gustoso a depositar en manos de Vuestra Majestad el homenaje de mi respeto y el testimonio de mi adhesión y lealtad."

Muchos carlistas al hablar de Cabrera lo hacen con desprecio y lo tachan de traidor. El abandonó las filas de la lealtad para reconocer a un monarca de la rama usurpadora; pero entre quienes lo han censurado y maltratado hay no pocos que acaso van a seguir sus pasos, invocando las mismas razones que aquél: el lema, el programa y todo eso que se suele alegar cuando se cambia de postura o de partido por interés, por vanidad o porque nunca se tuvo ideal alguno. Acaso muchos imiten al héroe caído, pero sin haber sido nunca héroes ni grandes.

Zumalacárregui fué el primer genio militar del carlismo y de España en las últimas centurias. Cabrera no fué un militar tan consumado como el inmortal guipuzcoano, pero su carrera superó a todas en hechos novelescos e inverosímiles, en osadía y brillantez, aunque empañada por actos de crueldad, si bien explicables, nunca silenciados.

Por otra parte, el dominio absoluto y ordenado que ejerció en tan extenso territorio le coloca a la altura, no sólo de los más grandes capitanes, sino también de los mejores organizadores que han desfilado por el suelo de nuestra España inmortal.

CAPITULO XIX

PRENSA CARLISTA

ANTES de la revolución de septiembre de 1868 el partido carlista contaba con muy pocos periódicos. El más destacado y antiguo de ellos era el diario *La Esperanza*, de Madrid. Después se proclamaron carlistas en la Corte *La Regeneración*, *El Pensamiento Español*, *La Constancia* y *La Asociación Católica*; *El Euskalduna* en Bilbao, *Alhambra* en Granada, *La Cruz* en Sevilla, *El Semanario Vasco-navarro* en Vitoria y *La Perseverancia* en Zaragoza. De éstos, seis eran políticos y los demás más bien revistas de carácter religioso.

Desde la revolución septembrina hasta 1871 vieron la luz pública los siguientes:

Alava	<i>El Escudo Católico.</i>
—	<i>La Buena Causa.</i>
Almería	<i>El Observador.</i>
—	<i>El Porvenir.</i>
—	<i>La Juventud Católica.</i>
Antequera	<i>La Convicción.</i>
Astorga	<i>El Propagador.</i>
Avila	<i>La Bandera Castellana.</i>
—	<i>El León de Castilla.</i>
Barbastro	<i>La Cruz de Sobrarbe.</i>
Barcelona	<i>El Criterio Católico.</i>
—	<i>El Bien del País.</i>

Barcelona	<i>La Convicción.</i>
—	<i>La Margarita.</i>
—	<i>El Sacristán.</i>
Burgos	<i>El Castellano Viejo.</i>
Cádiz	<i>La Monarquía Tradicional.</i>
Cartagena	<i>El Amigo de la Juventud.</i>
Castellón	<i>La Lealtad del Maestrazgo.</i>
—	<i>El Leal Maestrazgo.</i>
Córdoba	<i>El Medio Día.</i>
Ciudad Real	<i>La Atalaya.</i>
—	<i>El Legitimista Manchego.</i>
Cuenca	<i>La Juventud Católica.</i>
—	<i>La Bandera Nacional.</i>
Estepa	<i>El Rayo.</i>
Ferrol	<i>La Voz Católica.</i>
Gerona	<i>El Norte.</i>
Granada	<i>La Esperanza del Pueblo.</i>
Huesca	<i>La Bandera de Alcoraz.</i>
—	<i>La Verdad.</i>
Jaén	<i>La Fe Católica.</i>
—	<i>La Voz de España.</i>
Játiva	<i>El Eco Setabense.</i>
Jerez de la Frontera	<i>La Bandera Católica.</i>
León	<i>La Voz del Patriotismo.</i>
—	<i>La Tradición.</i>
Lérida	<i>La Voz de Lérida Católica.</i>
—	<i>La Luz Católica.</i>
Lugo	<i>La Paz.</i>
Madrid	<i>La Legitimidad.</i>
—	<i>La Legitimidad Española.</i>
—	<i>La Fidelidad.</i>
—	<i>La Voz de España Católica.</i>
—	<i>El Pendón Español.</i>
—	<i>La Bandera Española.</i>
—	<i>La Reconquista.</i>
—	<i>Altar y Trono.</i>
—	<i>La Ciudad de Dios.</i>
—	<i>La Libertad Cristiana.</i>
—	<i>La Iglesia.</i>

Madrid	<i>La Asociación Católica.</i>
—	<i>La Margarita.</i>
Mahón	<i>La Verdad.</i>
—	<i>La Aurora.</i>
Málaga	<i>El Orden.</i>
Manresa	<i>El Faro Manresano.</i>
—	<i>El Eco del Bruch.</i>
Mallorca	<i>La Almudayna.</i>
—	<i>El Cruzado.</i>
Murcia	<i>El Buen Deseo.</i>
Navarra	<i>La Voz de España.</i>
Orense	<i>La Voz del País.</i>
—	<i>La Nacionalidad.</i>
Oviedo	<i>La Unidad.</i>
Palencia	<i>El Campesino.</i>
—	<i>La Propaganda Católica.</i>
Salamanca	<i>El Macabeo.</i>
—	<i>El Católico Salmantino.</i>
—	<i>La Juventud Católica.</i>
—	<i>España con Honra.</i>
Santander	<i>La Monarquía Tradicional.</i>
Santiago	<i>El Compostelano.</i>
—	<i>El Propagandista.</i>
—	<i>La Patria.</i>
Segovia	<i>El Verdadero Amigo del Pueblo.</i>
—	<i>La Lealtad Española.</i>
Sevilla	<i>El Oriente.</i>
Soria	<i>El Eco de Numancia.</i>
Teruel	<i>La Solución.</i>
Toledo	<i>El Joven Católico.</i>
—	<i>El Faro Carlista.</i>
Tortosa	<i>La Opinión del País.</i>
—	<i>La Voz de la Patria.</i>
Ubeda	<i>El Orden.</i>
Valencia	<i>La Verdad.</i>
—	<i>El Tradicional.</i>
—	<i>El Legitimista del Turia.</i>
Valladolid	<i>La Bandera Española.</i>
—	<i>El Clamor de Castilla.</i>

Vich	<i>La Monarquía Católica.</i>
—	<i>El Domingo.</i>
—	<i>La Patria.</i>
Villanueva y Geltrú	<i>El Criterio.</i>
Zamora	<i>El Eco de Viriato.</i>
Zaragoza	<i>El Pilar.</i>
—	<i>La Concordia.</i>
Zumárraga	<i>La Boina Blanca.</i>

Lo extraordinario de esta lista es que en Vascongadas, Navarra y Aragón, donde había tanto carlista, existían menos órganos periodísticos que en cualquier otra provincia, donde las huestes eran menos nutridas. La única explicación del fenómeno pudiera ser que los neocatólicos trajeron al partido muchos periodistas y periódicos, pero pocos guerreros, pues el número de voluntarios en ciertas regiones no estuvo en relación, ni mucho menos, con el de órganos de la prensa. Otra explicación pudiera ser que los navarros, vascongados, aragoneses, etc., son amantes de la acción, y los españoles de otras latitudes lo son más de la palabra y de la oratoria. Sea cual fuera la explicación, el hecho es digno de estudio.

Un autor de la época hace este resumen: "Total, 97; de ellos, 83 políticos y 14 revistas. Además de éstos se publicaban los satíricos siguientes:

Barcelona	<i>El Mestre Titas.</i>
Madrid	<i>El Papelito.</i>
—	<i>El Gato.</i>
—	<i>Rigoletto.</i>
—	<i>Las Siete Plagas.</i>
—	<i>Los Puntos Negros.</i>
—	<i>El Apoyador.</i>
—	<i>El Trueno Gordo.</i>
—	<i>El Nuevo Papelito.</i>
Sevilla	<i>La Nana.</i>
—	<i>La Boina.</i>
Valencia	<i>La Corneta Carlista.</i>
—	<i>La Ametralladora Carlista.</i>
Zaragoza	<i>El Papelito Aragonés.</i>

"Total, 15; algunos de ellos de tal circulación como no se había conocido antes en España, pues nadie ignora que la tirada ordinaria del *Papelito* era de 25.000 a 30.000 ejemplares, y a veces de 40.000; guarismo fabuloso en nuestra tierra, que para encontrarlo igual hay que apelar a las grandes empresas periodísticas de otros países.

"Total general, 112. Esta cifra no necesita que se la comente en modo alguno, y para los que puedan encontrar exagerado el cálculo siguiente, advierto que omití los periódicos que existían antes de la revolución, que, como es notorio, son los de mayor tirada.

"Suponiendo una tirada media de 1.000 ejemplares, resultan 112.000 lectores. Y teniendo en cuenta que la masa carlista pertenece a los campos y que en los campos sólo sabe leer uno de treinta, resulta una masa cierta de más de tres millones de carlistas decididos, masa enorme que representa casi la mitad de la población civil y el mayor número posible de hombres de ideas fijas en una nación en donde la mayoría apática ve venir con miedo, pero sin tratar de poner un dique, el torrente anti-social.

"Después de esto, no se dirá que faltaba propaganda."

Hasta aquí el escritor de la época.

Don Cándido Nocedal fué nombrado el 4 de diciembre de 1871 director de toda la prensa carlista, con gran disgusto de Navarro Villoslada, que dirigía *El Pensamiento Español*; del Conde de Canga-Argüelles, que dirigía *La Regeneración*, y de los señores Aparisi y Guijarro y Gabino Tejado. Estos cuatro destacadísimos carlistas enviaron a Don Carlos un escrito-exposición en el que se mostraban disconformes con el citado nombramiento; pero Don Carlos, por la pluma de don Emilio Arjona, su secretario casi omnipotente, les contestó de un modo indirecto, pero del estilo de las indirectas del padre Cobos, por medio de una carta dirigida a *La Esperanza*, inspirada por Nocedal a la sazón, en la que se decía: "*La Esperanza* comprende estas grandes verdades... y el Duque de Madrid quiere por lo tanto que sea pública y notoria la satisfacción con que ve la brillante campaña que sostiene, y que sepa España que tan valiente periódico es uno de los órganos genuinos de las aspi-

raciones y de las ideas del gran partido español y de su egregio representante.”

Este varapalo era demasiado fuerte para que lo recibieran personajes tan insignes sin justa protesta.

Con fecha 23 de febrero los cuatro citados señores elevaron una nueva notable exposición, en la que decían, entre otras cosas, lo siguiente:

“Hasta mayo del último año había sufrido tan noble causa no pocos contratiempos y habíanse cometido no pocos errores... y V. M. no desconoce los motivos principales de estos errores y de aquellos contratiempos; pero desde mayo acá entró la causa en un período tristísimo, en una verdadera decadencia moral y material que hace presentir un fin funesto y una irreparable ruina.

“Desde mayo acá, Señor, por arte de no sabemos quién, se está verificando en la gobernación del partido carlista una transformación dolorosa que comienza ahora a hacerse pública en la doctrina y que viene hace tiempo experimentándose en la conducta. La monarquía cristiana se retira y se abre paso al cesarismo.”

Habíase publicado una carta del Secretario de Don Carlos, que decía: “La verdadera doctrina monárquica entraña la obediencia como libre y espontáneo acatamiento a los principios que simboliza el Rey; rechaza toda discusión de los actos soberanos, y no admite ni la duda sobre la perfecta equidad de sus determinaciones.”

Y decían los exponentes:

“Esa, Señor, no es la verdadera doctrina monárquica; eso, Señor, no se ha dicho jamás y aprobado en una república cristiana; esas cosas, Señor, sólo pueden decirse de Dios.

“Por haber desconocido los reyes sus deberes altísimos, cayeron muchos y los demás están para caer...”

“Vuestra majestad siempre quiso ser Rey cristiano y no César, y nosotros, pensando y sintiendo como V. M., diremos siempre: venga el Rey cristiano y sea bendito; el César, jamás.

“En armonía con esta doctrina cesariana que ha comenzado a salir a luz, pero ha tiempo está germinando y obrando en algunos, ha sido la conducta seguida por los consejeros de Vuestra Majestad, apareciendo muy a las claras el escaso respeto

con que se ha tratado y se está tratando a los hombres, faltándose para con muchos a las justas atenciones o consideraciones que fueron muy conocidas o muy guardadas en los buenos tiempos de la monarquía española."

La Secretaría de Don Carlos contestó con la siguiente breve y tajante carta:

"Señores Conde de Canga-Argüelles, don Francisco Navarro Villoslada, don Gabino Tejado y don Antonio Aparisi y Guijarro.

"Muy señores míos: El Rey nuestro Señor (q. D. [g.]) me manda contestar a ustedes desestimando la representación que le han elevado con fecha 23 de febrero.

"Cumpro la orden de Su Majestad.

"El Rey no desciende al terreno de las personalidades.

"La política del Rey es siempre la misma. Escrita está en su carta-manifiesto.

"Monarquía cristiana.

"Restauración de lo bueno antiguo y aceptación de lo bueno moderno.

"Rigidez en los principios.

"Llamamiento a todos los españoles de buena voluntad.

"Ser Rey de veras y no sombra de rey, porque en todos los tiempos, y singularmente en los de revolución, el que no manda es mandado, el que no arrastra es arrastrado.

"Soy de ustedes atento y seguro servidor, q. b. s. m., *Emilio de Arjona*.—Ginebra, 7 de marzo de 1872."

Al fin y a la postre *El Pensamiento* y *La Regeneración* tuvieron que someterse a la dirección de Nocedal, pero cambiando de directores, entrando en el primero don Luis Echevarría y en el segundo don Ramón Vinader.

A los pocos meses estalló el alzamiento. Como botón de muestra interesante del estilo de aquella época, lleno de violencia y de acritud, que a juzgar por la historia y por la observación, es congénito con nuestra raza y temperamento, he aquí un trozo de un artículo de González Bravo, siendo Presidente del Consejo de Ministros: "Se dice que van a entrar emigrados por la frontera de Francia. No me impresiona esto. Hasta me alegraría de ello. La lucha pequeña y de policía me fastidia. Venga algo gordo que haga latir la bilis, con tal que

no venga por provocación o por negligencia de mi parte.

"Entonces tiraremos resueltamente del puñal y nos agarraremos de cerca y a muerte. Entonces respiraré ancho; no ahora, que todo se vuelven traguitos."

Durante la guerra civil del 72 al 76 cesó, como es natural, la actividad periodística del carlismo, pues sólo se publicó *El Cuartel Real*, especie de gaceta de la Comunion, que unas veces se imprimió en Tolosa, otras en Durango, otras en Oñate o en Estella, a medida de las circunstancias y azares de la campaña; pero al poco tiempo de terminada aquélla fueron surgiendo periódicos por varias provincias, y, ¡cosa rara!, la mayoría de ellos eran hechura de don Cándido y don Ramón Nocedal y seguían sus inspiraciones, a pesar de que ni el padre ni el hijo figuraron en la guerra civil, ni como luchadores ni como coadyuvantes.

La mayor parte de esos periódicos, al ocurrir en 1888 la escisión nocedalina, que relataremos en posterior capítulo, se separaron de Don Carlos, a quien calificaron de liberal y excesivamente tolerante con los tiempos y principios modernos. He aquí la lista de los órganos periodísticos que firmaron el manifiesto-exposición de Burgos en 1888, el que consumó la disidencia nocedalina:

El Crit de la Patria.
El Diario de Cataluña.
El Diario de Sevilla.
El Eco Cascantino.
El Estandarte Riojano.
El Semanario de La Bisbal.
El Centinela.
El Diario de Lérida.
El Eco de Queralt.
El Fuerista.
El Morellano.
El Semanario de Figueras.
La Verdad.

La Fidelidad Castellana.
El Gorbea.
Lo Mestre Titas.
El Norte Catalán.
El Restaurador.
El Tradicionalista.
La Cruz de la Victoria.
Dogma y Razón.
El Eúskaro.
El Integrista.
La Revista Católica de Alcoy.
El Siglo Futuro.

Tan sólo permanecieron fieles a Don Carlos *El Correo Catalán*, *La Hormiga de Oro*, que era una revista gráfica no po-

lítica, pero dirigida por carlistas, y algún otro de poca importancia.

En el manifiesto de Burgos se estampaban frases como éstas: "El Rey reina y gobierna, el Rey administra justicia, el Rey legisla" (*Fuero Juzgo*, I, II, tít. 3. "En el Rey está todo el poder civil, uno e indivisible. Mas no se le da tanto poder para que lo ejerza en su provecho, ni para mandar temeraria y antojadizamente." Y esta otra: "Así, el que deja de ser Rey católico, *ipso facto* deja de ser Rey legítimo." Y ésta: "El Rey ha de hacer siempre y promulgar en Cortes toda especie de leyes. Sin la voluntad de los reinos reunidos en Cortes no puede el Rey poner ni cobrar tributos. En todos los casos graves está obligado el Rey a oír los deseos de los reinos, convocando a sus Cortes." Si bien la mayoría de estas frases encierran sana doctrina, no tenían aplicación en el caso de Don Carlos, como es evidente. Tampoco la tenía esta otra del citado manifiesto: "Cuando falta el derecho de mandar o se manda contra razón, la ley eterna, o los mandamientos divinos, es justo no obedecer a los hombres para obedecer a Dios."

Es muy cómodo invocar a Dios y refugiarse en Dios para defender una rebeldía, pero a veces ni es razonable ni es justa esa actitud, como en el caso de la escisión nocedalina. Buena prueba de ello es que los disidentes, noblemente arrepentidos, volvieron a acatar la autoridad del Rey cuando se proclamó la segunda república en España, sin que el Rey hubiera modificado nada.

Terminaba el citado manifiesto con estas palabras: "De Real orden se apartarán de nosotros los que con nosotros estaban de Real orden, no porque quisieron lo que nosotros, sino porque el Rey lo mandaba; con nosotros estaban, pero no eran de los nuestros; los que aturdidos por la sorpresa se vayan equivocados, pronto volverán. Al fin y a la postre unidos quedarán los que deben estar unidos; y unidos en la verdad podrán moverse y luchar eficazmente, libres y desembarazados de las tendencias hostiles y los enemigos interiores que esterilizaban y hacían imposible nuestro trabajo. Sucederá *lo que sucedió* con la *Unión Católica*: una purificación más. Así se va cumpliendo la profecía del gran Donoso: "Las palomas toman vuelo y van hacia Oriente, y hacia Occidente las arpías."

El gran error del integrismo, del que ha contagiado posteriormente al carlismo, fué, en nuestra opinión, el considerar como enemigos de Dios y de la religión a todos los que discrepaban de su modo de pensar, en vez de considerarlos como enemigos de la razón, o de la justicia, o de la conveniencia política, o del derecho, etc. Sólo ellos se creían en posesión de la verdad, actitud luciferina en quien no se halla investido del don de la infalibilidad.

Con la mayor parte de la prensa se fueron también con Nocedal gran parte de los carlistas; pero al surgir nuevos diarios afectos a Don Carlos, como *La Lealtad Navarra* en frente a *La Tradición Navarra*; *El Correo Español* en frente del *Siglo Futuro*; *El Basco*, de Bilbao; *La Lealtad Alavesa*, etc., muchos de los que abandonaron las filas carlistas fueron volviendo a su antiguo hogar, y el partido auténticamente tradicionalista, defensor del triple lema de Dios, Patria y Rey, fué adquiriendo vigor y lozanía, mientras que el integrista (llamado así porque decían defender la verdad íntegra) iba contrayéndose, hasta llegar a ser un grupo insignificante por el número, aunque compuesto de personas muy caracterizadas y de posición social y económica destacadas. No negaremos al integrismo un gran afán de perfección; pero a veces lo mejor es enemigo de lo bueno.

El carlismo se quedó con las masas, aunque amenguadas, que no se dejan arrastrar por personalismos, por lo mismo que no tienen ambiciones; en cambio, buena parte de las personalidades se fueron con el integrismo, cuyo lema fué el de Dios y Patria, siéndoles indiferente la forma de gobierno. Estaba muy de moda entonces entre los nocedalinos ensalzar la república del Ecuador, con García Moreno.

El Correo Español, de Madrid, fué el órgano más extendido y autorizado del partido carlista, y el periodista más sobresaliente de fines del siglo XIX y principios del XX fué, sin disputa, don Benigno Bolaños, natural de Molina de Aragón y director hasta su muerte, prematura, del citado diario madrileño.

El estilo de Bolaños (*Eneas*) se distinguía por la profundidad, lucidez y suavidad de forma con que trataba todas las cuestiones. Abordó temas tan delicados como el de la sumisión a los poderes constituidos y el del mal menor, en polémica con

los católicos de *El Universo*, de *Razón y Fe*, de *La Unión Católica*, etc., con un tino y una habilidad insuperables. Nadie dijo nunca entre los periodistas católicos cosas más enjundiosas ni más hábilmente dichas que el famosísimo *Eneas*, que unía una modestia sin límites a un valor que nunca fué lo suficientemente apreciado por el partido. En nuestra juventud tuvimos la honra de ser sus amigos y conocerle íntimamente, y creemos de justicia rendirle en este trabajo el tributo de admiración a que es acreedor carlista tan eminente.

La prensa del partido fué aumentando, pero jamás alcanzó la importancia que en 1869 y 1870. Ni las fuerzas eran tan numerosas como entonces, ni abundaban los elementos intelectuales que pudieran dirigir periódicos, ni contaban con capitales.

El carlismo fué empobreciéndose. Los capitalistas, los aristócratas y los terratenientes fueron abandonando un partido que creyeron se hallaba destinado a vivir en perpetua oposición. Sólo los adoradores del ideal permanecieron en sus puestos, pero los idealistas puros casi nunca intervienen en la administración y gobierno de los pueblos. Esta es una triste verdad.

Con la escisión mellista ocurrió lo que con la nocedalina, o sea que parte de los órganos periodísticos del carlismo se fueron con Mella, y si no fuera porque *El Correo Español*, *El Correo Catalán* y *El Pensamiento Navarro* permanecieron fieles a Don Jaime, el carlismo, entonces llamado jaimismo (en mi opinión equivocadamente), hubiera desaparecido como partido político. De los que abandonaron a Don Jaime para seguir a Mella, el más importante fué *El Diario de Valencia*, que dirigía don Luis Lucía, joven carlista, fogoso y elocuente, que más tarde había de ser Ministro de la República y el más republicano de los diputados de la C. E. D. A.

Mella fundó en Madrid *El Pensamiento Español* para defender su disidencia, y se llevó como director al señor Fernández (*Miguel Peñaflor*), que lo era de *El Correo Español*, pero tuvo pocos años de vida. A la escisión mellista se la puede achacar el mismo defecto fundamental que a la nocedalina. Uno y otro se separaron de Don Carlos y de Don Jaime, respectivamente, por atribuirles ideas o actitudes que ya les eran conocidas desde hacía muchos años, y a uno y a otro se les podía contestar con esta pregunta: ¿Por qué no se separaron ustedes

de Don Carlos o de Don Jaime cuando vieron esos defectos que ahora descubren al público? Pues si eran graves, debieran ustedes haberlos denunciados en su día, y si no lo eran, debieron de permanecer callados y sumisos dentro de la disciplina, disimulando faltas o defectos que los caudillos puedan tener, pero cuyo descubrimiento a las masas suele producir muchos mayores daños y catástrofes que su ocultación, cuando no son de tal índole que en conciencia haya que hacerlos públicos.

El Pensamiento Español, de Mella, desapareció, pero también murió *El Correo Español* de Don Jaime, que tuvo días de esplendor antaño, y el partido quedó sin ningún diario en Madrid.

Al reingresar los integristas en el partido carlista-tradicionalista, *El Siglo Futuro*, que permaneció en pie, aunque con poca tirada, se convirtió en el órgano oficial de Don Alfonso Carlos y de la Comunión Católico-Monárquica. Lo mismo ocurrió en San Sebastián con *La Constancia*, en Lérida con *El Correo de Lérida*, etc.

El advenimiento de la República, con el sectarismo y cerrilismo de que nunca han podido desprenderse nuestros republicanos, los más incomprensivos, tiránicos y atrasados del mundo, puso en grave peligro todos los valores religiosos de nuestra patria, fomentó todos los bajos instintos de la plebe, toleró incendios de conventos e iglesias, si es que no los planeó; despreció los más sagrados y nobles sentimientos de la mayoría del pueblo... y todo ello sin ningún fin razonable, sin ningún motivo admisible, ni aun en un país totalmente laico... La plebez más nauseabunda se encaramó a los altos puestos y dió sello y matiz a nuestra segunda república, que se anunció más comprensiva y tolerante que la primera, para luego resultar más ramplona y chabacana que aquélla... Todo esto soldó y unió de nuevo a carlistas e integristas y trajo su completa fusión.

CAPITULO XX

Preparativos para el alzamiento.—Partidarios de la lucha legal y de la armada.—Se ordena el alzamiento.—Don Carlos penetra en España por Vera del Bidasoa.—Desastre de Oroquieta.—Heroísmo y tesón de los carlistas catalanes.

No es asunto de poca monta un alzamiento en armas, para decidirse a él de la noche a la mañana; los preparativos fueron laboriosos.

Una gran parte de la comunión católico-monárquica, dirigida por el neocatólico, recientemente convertido al carlismo, don Cándido Nocedal, ex ministro de Isabel II, era partidario de la lucha legal. Otra parte, cuyo elemento más decidido era el propio Don Carlos, y con él los veteranos de la primera guerra civil, quería *echarse al campo*. Esta era la frase clásica.

Cabrera había quedado excluido de la dirección del partido después de la asamblea de Vevey; sin embargo, aún había muchos y muy valiosos elementos que volvían los ojos a él y esperaban sus decisiones; pero Cabrera no se decidía. Su espíritu y su cuerpo se hallaban ya minados; aquél por el escepticismo, y éste por los achaques.

Sin embargo, el mayor obstáculo con que tropezaban los dirigentes carlistas, entonces como siempre, fué la escasez de medios pecuniarios. La plutocracia jamás fué carlista, la plutocracia fué siempre enemiga de los idealistas y románticos y el carlismo ha sido el más romántico e idealista de los partidos políticos.

Esperanzas y promesas hubo muchas; realidades, muy pocas.

No faltaba tal financiero arrivista que ofrecía empréstitos de millones de francos que luego se convertían en unos pocos cientos de miles de reales; tal otro que negociaba con los bonos, cobrando comisiones usurarias, absurdas y disparatadas. Entre todos estos financieros del levantamiento carlista se distinguió Cramer.

El general carlista que más activamente intervino en los preparativos de la guerra y aun en las negociaciones intensas y repetidas de la paz (cuestión Cabrera, etc.) fué don Joaquín Elío, de ilustre familia navarra, procedente de la primera guerra civil, en la que se distinguió mucho, llegando a General de división, figura muy destacada en el episodio de San Carlos de la Rápita y muy de la confianza del Conde de Montemolín. Elío prometió a Isabel II no hacer armas contra ella al ser indultado de la última pena cuando fué hecho prisionero con el General Ortega, quedando libre de su compromiso de honor al ser destronada aquélla. Seguía en importancia el General Díaz de Rada, también navarro, que fué nombrado jefe de las fronteras de Navarra, Vascongadas y Cataluña y llevó personalmente los preparativos del primer levantamiento. Rada había sido Coronel en tiempo de Isabel II; tomó parte activa en algunas conspiraciones al lado de Prim, a pesar de que éste representaba ideas avanzadas. Pero en aquel período de ebullición política y de locura insurreccionista no era raro ver juntos a carlistas y republicanos, a progresistas y neocatólicos, ni ver pasar de uno a otro campo a personajes como González Bravo, que desde fogoso revolucionario fué a parar, pasando por la Presidencia del Consejo de Ministros, a carlista belicoso, en oposición con su cuñado Nocedal, que lo era pacífico y legalista.

En la frontera, y especialmente en San Juan de Luz y Bayona, bullían los carlistas de acción; morían de impaciencia; ardían de entusiasmo. Pero la orden de penetrar en España espada en mano aún no les llegaba. Muchos culpaban a Elío de la inacción; otros a Nocedal; otros... Las disensiones iban en aumento.

Cuando todos esperaban la voz decisiva, supieron de un documento firmado por Don Carlos en 8 de septiembre de 1871 comunicado a los impacientes por Elío, documento que Don

Carlos redactó atendiendo a las sugerencias de Nocedal y de sus partidarios, en el que afirmaba rotundamente *que no hay medios suficientes para hacer un alzamiento, ni la ocasión para intentarlo es propicia.*

Para no echar demasiada agua fría sobre los fogosos e impacientes, se agregaba: "Diles que la verdadera ocasión se acerca y pronto, y que ese día debe encontrarnos fuertes, unidos y vigilantes."

Este dualismo produjo nuevas perturbaciones y divisiones en el extranjero.

Don Eustaquio Díaz de Rada se dedicó especialmente a procurar la sublevación de algunas plazas fuertes fronterizas, pero carecía de fondos para esta labor de captación, y aunque muchos creían que era segura la entrega de Pamplona, de Jaca y de Gerona, llegado el momento de obrar estas esperanzas resultaron fallidas. Los apuros que pasó él y pasaron otros jefes carlistas, por falta de fondos, no son para descritos.

Rada preparaba todos los detalles del alzamiento y daba instrucciones concretas y minuciosas que lo abarcaban todo.

En una de ellas decía que se evitara en cuanto fuera posible todo encuentro con el enemigo, al que sólo se atacaría o resistiría cuando fuese absolutamente preciso; y agregaba textualmente: "Si se sorprendiesen y apresasen destacamentos de tropa o milicianos armados, se les trataría con benevolencia y consideración si no hacían resistencia y entregaban las armas voluntariamente; pero en el caso contrario, mandaba fuesen considerados como prisioneros de guerra, no permitiéndose que nadie les insultara ni atropellara, lo cual sería altamente desagradable al Rey nuestro Señor, que tiene muy recomendado "que bajo ningún concepto se maltrate a ningún español, cualesquiera que sean sus opiniones políticas".

Durante todo el año 1872 Don Carlos obró en constante contradicción, diciendo por una parte a Nocedal que estaba conforme con su táctica pacifista y de lucha dentro del terreno legal, y activando por otra parte los preparativos del alzamiento, a espaldas de Nocedal. Esta táctica doble creó situaciones delicadas y difíciles, como era de esperar.

Por una parte, en abril se reforzaba la autoridad de Nocedal, haciendo que se sometieran a él *La Regeneración* y *El Pen-*

samiento Español, y por otra se daba instrucciones reservadísimas para el alzamiento, en las que se decía a Rada lo siguiente: "Dentro de pocos días recibirá V. E. la orden terminante de alzamiento, emanada directamente de S. M. Bien entendido que el jefe, cualquiera que sea su graduación, que deje de darle inmediato cumplimiento, *por muy poderosas que sean las razones que alegue*, será considerado como reo de lesa majestad y, por consiguiente, pasado *por las armas* tanto pronto como sea posible... Mandará V. E. que el alzamiento se verifique el mismo día en toda la península, *bajo pena de la vida.*"

En el mismo documento se dan luego las instrucciones al Comandante general de la frontera, cuya parte esencial dice así:

"1.º El grito de ¡Viva Carlos VII! se dará en primer lugar por las guarniciones militares de Gerona, Figueras, Seo de Urgel y Pamplona, haciéndose dueños de dichas plazas.

"2.º A la misma hora del día se dará el golpe de Bilbao.

"3.º El mismo día, e inmediatamente después de consumadas estas empresas, será el levantamiento general de las ocho provincias (las cuatro catalanas, las tres vascongadas y Navarra), con arreglo a las órdenes que habrá V. E. dictado.

"4.º Tomará V. E. el mando directo de los ejércitos de Navarra y Vascongadas hasta que se presente S. M., cuidando de bloquear completamente a San Sebastián, intimándole la rendición, apoderándose de Irún y Fuenterrabía.

"Ginebra, 8 de abril de 1872.—*Emilio de Arjona.*"

El mismo historiador, varias veces citado, dice que era imposible continuar tan ambigua conducta, y siete días después se expidió este documento:

"El Duque de Madrid se ha servido disponer que la minoría carlista se abstenga de sentarse en el Congreso.

"El gran partido nacional acudió a las urnas, aceptando una legalidad que rechazan sus principios, para admitir la lucha en el mismo terreno elegido por sus enemigos.

"Los resultados han probado que la farsa ridícula del liberalismo sólo sirve para cohibir la opinión nacional, atropellar los derechos que proclama y llevar la mentira a la Corte y el luto a las familias.

"El Duque de Madrid, vistos tales desmanes, protesta hoy ante el país, retirando sus representantes.

"Mañana protestará en el terreno que le exija la patria oprimida y las aspiraciones de su corazón español.

"Dios guarde a V. E. muchos años.—Ginebra, 15 de abril de 1872.—El Secretario del Duque de Madrid, *Emilio de Arjona*."

Por entonces el mismo Arjona envió a los Gobiernos de Europa la siguiente comunicación:

"Excelencia: El Duque de Madrid quiere que Europa entera conozca los motivos que explican su actual línea de conducta. Es preciso evitar que la opinión pública forme un juicio erróneo de los sucesos que van a desarrollarse en España.

"El partido carlista, que representa la mayoría del país, rechaza en nombre de sus principios todas las maquinaciones del partido liberal, que son el prólogo de la disolución social.

"El Duque de Madrid quería a todo trance evitar un alzamiento en armas que hará correr la sangre española y será el preludio de graves complicaciones en los países de Europa. No ha tenido más remedio que aceptar la lucha tal como la querían sus enemigos, en el terreno exigido por ellos. Los carlistas, obedeciendo a su Príncipe, se han presentado a las elecciones en disposición pacífica; pero un Gobierno impopular les esperaba con sus violencias; un partido hostil, con sus puñales. Es inútil repetir aquí las ilegalidades, las violencias y las farsas empleadas para evitar que fuese a las Cortes la verdadera mayoría.

"El Gobierno de la revolución nos cierra las puertas de la legalidad, que él mismo ha establecido. No queda otro camino al Duque de Madrid y a los carlistas que el de echar mano de la espada en defensa de su honor, de su dignidad y de la independencia de la Patria.

"Si el Duque de Madrid viene a encender la guerra civil es porque espera que la lucha será corta y decisiva y confía en salvar a España y demostrar a la sociedad dónde está su bienestar.

"El Duque de Madrid reclama a la faz del mundo el honor de mandar la vanguardia del ejército católico, que es el ejército de Dios, del Trono, de la propiedad y de la familia.

"El Duque de Madrid, y con él la mayoría de España, piden al Cielo, y contemplando nuestras desgracias llaman a sus com-

patriotas alrededor del estandarte donde se leen estas palabras: Dios, Patria y Rey. Y ponen por testigo a la opinión pública y cuentan con su poderosa protección.

"El Secretario del Duque de Madrid, *Emilio Arjona*."

El partido carlista, que en las anteriores elecciones llevó al Congreso 79 diputados, en las de 1872 tan sólo obtuvo diez o doce actas, a causa de los atropellos e ilegalidades en que fué pródiga aquella contienda.

El Duque de Madrid afirmaba que la guerra no sería larga, y seguramente no lo hubiera sido si todos los que dieron su palabra a Don Carlos la hubieran cumplido. Díaz de Rada decía que si la cuarta parte de los comprometidos hubieran hecho honor a sus compromisos, las cosas hubieran tomado un rumbo completamente distinto.

Se distinguió por su felonía el Coronel de Carabineros Escoda, quien se comprometió solemnemente, en documento firmado en Sare (Francia), con Díaz de Rada, y ante los testigos don Cruz Ochoa, Pérez Tafalla y Zabalza, a pronunciarse con todas sus fuerzas en favor de Don Carlos; pero con el siniestro propósito de preparar una celada y apoderarse de todos los jefes carlistas, lo que se pudo evitar merced a las precauciones tomadas por éstos, que se presentaron frente a los carabineros de Escoda en el término de Vera de Bidasoa, pero asegurándose la retirada a Francia, la que efectuaron al percatarse de la vil traición de aquél.

La intensa agitación política, la alta tensión nerviosa en que se debatía el partido no podía continuar sin un estallido. El estallido era la guerra civil, con preparativos o sin ellos, con armas o con palos, pues el entusiasmo y ardor bélicos llegaron al paroxismo.

Por fin llegó el momento. La guerra iba a empezar. Don Carlos lo dispuso así, con el siguiente autógrafo:

"Ginebra, 14 de abril de 1872.

"Querido Rada: El momento solemne ha llegado. Los buenos españoles llaman a su legítimo Rey, y el Rey no puede desoír los clamores de la Patria.

"Ordeno y mando que el 21 del corriente se haga el alzamiento en toda España al grito de ¡Abajo el extranjero! ¡Viva España!

"Yo estaré el primero en el punto de peligro. El que cumpla merecerá bien del Rey y de la Patria; el que no cumpla sufrirá todo el rigor de mi justicia. Dios te guarde.—*Carlos.*"

Ya antes se habían levantado en armas los carlistas de la Mancha, con Sabariegos y Polo.

Las guarniciones comprometidas no respondieron, pero, a pesar de ello, Don Carlos penetró en España por la frontera de Vera de Bidasoa, acompañado de Arjona y varios ayudantes, sin conocimiento de don Eustaquio Díaz de Rada, jefe del movimiento en Vascongadas y Navarra. El joven y apuesto Rey durmió la primera noche en un caserío situado en las laderas del monte Larun (La Rhune en francés) que desde entonces se llamó *Carlos Chapa*. Allí pasó la noche del 1 al 2 de mayo, entrando el 2 en Vera, en medio de las aclamaciones entusiastas de la población y de algunos voluntarios que allí acudieron de distintos puntos del país.

Rada ya había penetrado en España el 21 de abril—también por Vera y de acuerdo con las órdenes dadas por Don Carlos el 14 de dicho mes—y se movía entre Guipúzcoa, Navarra y la frontera de Francia, pero sin haber conseguido producir en el país la explosión de entusiasmo que luego sobrevino.

No reinaba la mejor armonía entre Rada y los caudillos que nombró para que hicieran el alzamiento en Navarra, Guipúzcoa, etc., los Brigadieres don Juan Bautista Aguirre, don Eme-terio Iturmendi y los jefes don Mariano Larumbe, don Aureliano Casi, don Antonio Camón y otros, a causa de la falta de preparativos, y sobre todo de la carencia de dinero y fusiles, que no aparecían por ninguna parte, a pesar de las seguridades que se les habían dado de que había grandes depósitos en distintos lugares del país.

Por la parte de Estella se levantó en armas don Fulgencio Carasa, quien llevaba a sus órdenes como segundos a don Jerónimo García y a don Félix Díaz Aguado, quienes sostuvieron la primera acción de esta guerra civil en Arizala, con tres o cuatro muertos de cada uno de los bandos.

No reseñamos los levantamientos de otras provincias (excepto Cataluña, de la que hablaremos después, y Vizcaya) por no haber tenido importancia en ellas.

La entrada de Don Carlos en Navarra produjo enorme en-

tusiasmo entre los carlistas, los que abandonaron a millares sus hogares para sumarse al movimiento. Cuentan quienes vivieron en aquella época que desfilaban por las carreteras (entonces no había autobuses) que conducen de Pamplona a la frontera francesa y a San Sebastián miles de jóvenes enardecidos por su amor a los sacrosantos ideales del carlismo, dispuestos a luchar y a morir por la bandera y el abanderado, pero que iban todos desarmados o armados de palos.

Cuando Serrano, Duque de La Torre, vió que la cosa se ponía seria, ordenó a Moriones y Letona que no dejaran descansar a las masas carlistas, haciendo él lo propio con la columna de Acosta.

Fué un error enorme de los dirigentes carlistas el permitir la entrada prematura de Don Carlos en España, pues su presencia en aquellas montañas, sin un ejército que pudiera tenerle siempre a cubierto de toda contingencia desgraciada, tenía que debilitar enormemente el desarrollo del alzamiento. Otro error, también imperdonable, fué el moverse en masas, sin instrucción militar y sin armamento, que tenían que dispersarse y huir al primer encuentro, y si bien es fácil la retirada y evasión de partidas de 200 a 300 hombres, se hace poco menos que imposible en la práctica la retirada de miles de hombres que cuando no están encuadrados y sometidos a una disciplina son como rebaño que se desmanda al menor contratiempo.

Así ocurrió en 4 de mayo el desastre de Oroquieta, que cortó en flor un alzamiento que fué más popular y apoteósico que ninguno hasta entonces visto. En las montañas situadas entre los valles de Ulzama y Basaburua y la zona de Santesteban, Ituren y Ezcurra, se agruparon varios miles de voluntarios carlistas, a cuyo frente se hallaban Don Carlos y varios generales, procedentes de la anterior guerra civil en su mayoría.

Moriones, con una columna no muy numerosa, pero dotada de artillería, les seguía muy de cerca, y Letona y Acosta les impedían el paso hacia Estella.

Hallábanse el 4 de mayo acampados los carlistas en Oroquieta, Elzaburu, etc., cuando de improviso se presentaron las avanzadas de Moriones en el primero de dichos pueblos, donde se alojaba Don Carlos. Al ver los voluntarios carlistas las pri-

meras fuerzas liberales se dispersaron, excepto unos mil, que se hicieron fuertes en las casas, parte con armas y la mayoría sin ellas; tuvieron que rendirse al verse sin municiones y cercados por todas partes por la columna de Moriones.

Al oír el tiroteo y los disparos de la artillería, las fuerzas de Aguirre y de Olo, que se hallaban acampadas en Elzaburu, a tres o cuatro kilómetros de Oroquieta, se movieron hacia dicho pueblo, pero nada pudieron hacer para evitar la catástrofe.

Don Carlos tuvo que salvarse a uña de caballo, y aquí sí que no empleamos metáfora alguna, quedando prisioneros en poder de Moriones unos 700 voluntarios, los que fueron encerrados en la pequeña iglesia del pueblo, como sardinas en cubo, según nos contaba uno de ellos, que nos dió detalles muy pintorescos de lo ocurrido, pero que la índole de este trabajo no permite relatar.

Los prisioneros fueron deportados a Canarias, Cuba, etc.; pero muchos de ellos volvieron a luchar en las filas carlistas, evadiéndose de sus prisiones, tras novelescas aventuras.

He aquí cómo describe la batalla de Oroquieta el general inglés Kirkpatrick de Closeburn: "Al día siguiente, temprano, llegaba a la vista de Oroquieta una columna carlista llevando a Don Carlos a su cabeza. Iba acompañado de su Estado Mayor, que se componía de don Carlos Calderón, don Diego Villadarias, Arjona, su secretario militar y Aguirre, Comandante de la columna.

"La recepción hecha a Don Carlos fué entusiasta. Se alojó en Urroz, donde celebró una conferencia con Carasa. Iturmendi, a quien Carasa había confiado el mando de sus tropas, llegó a Urroz a las cinco de la mañana el 4 de mayo, y sus tropas se unieron a las de Don Carlos. Después de un descanso de algunas horas en las alturas que dominan Urroz, el conjunto de las tropas carlistas marchó sobre Oroquieta, adonde llegaron al mediodía. Las fuerzas mandadas por Olo y Aguirre se alojaron en Elzaburu, a tres kilómetros de Oroquieta, donde quedaron a las órdenes de Iturmendi 400 hombres mal armados y 1.000 más carentes de armas. Don Carlos celebró un consejo de guerra, al cual asistieron Carasa, Iturmendi, Díaz Aguado, Peralta y otros, pasando revista a las fuerzas en Oroquieta.

"El 4 por la mañana Moriones se encontraba en Labayen al frente de 3.500 hombres. Formó con sus cinco columnas un hemicírculo cuyo centro era Oroquieta. A las tres, Moriones descendió por un estrecho desfiladero hasta el río, importante lugar estratégico que debió de haber sido ocupado por los carlistas, y desplegó rápidamente a los dos flancos de aquél fuerzas muy superiores, mientras que su centro ocupaba todos los caminos que iban en dirección a Urriza.

"Cuando los carlistas vieron que las tropas de Moriones descendían hacia el río dieron la voz de alarma, y Pérula se precipitó a la derecha de la línea carlista, García a la izquierda y Aguado al centro. Cada uno de ellos llevó consigo todos los voluntarios que pudo reunir, pero no había en total más de cuatrocientos hombres armados con muy pocas municiones. Don Carlos y su Estado Mayor se colocaron en el centro.

"Durante hora y media los carlistas defendieron heroicamente sus posiciones, sin ceder una pulgada de terreno. Los numerosos voluntarios sin armas que se hallaban en la plaza no podían ayudarles en su defensa. De repente, al faltarles totalmente las municiones, los carlistas se vieron forzados a retroceder delante de los liberales, y se retiraron sobre los flancos de la montaña en bastante buen orden.

"El combate duraba aún cuando Ollo y Aguirre llegaron de Elzaburu con sus fuerzas y atacaron enérgicamente durante más de media hora, pero fueron también rechazados... antes de la caída de la noche. La mayor parte de los carlistas se reorganizó y se dirigió hacia Alcoz, llevando a su frente a Don Carlos. Pero la derrota había sido completa, y la falta de armas, de municiones y de organización hizo inevitable su dispersión. Don Carlos, acompañado de su secretario y un guía atravesó las montañas, siguiendo los senderos de los contrabandistas y llegó a Alduides."

Este relato de tan distinguido escritor no es escrupulosamente exacto, pero sí muy interesante.

Don Carlos atravesó la Ulzama al galope, y tomando un guía (al que, según me contaban en mi niñez, tuvo que amenazar para que abriera la puerta, al llamar a altas horas de la noche, no recuerdo si en Iraizoz o en Lanz) se internó en Fran-

cia por la regata de Lanz, llegando a los Alduides el 5 de aquel fatídico mayo.

Con este desastre aquel alzamiento de la primavera del 72, tan brioso y magnífico, fué aplastado en Navarra y al poco tiempo quedaba vencido en Guipúzcoa, Alava y Vizcaya. En esta última adquirió gran vigor y extensión, mucho mayores que en las provincias hermanas de Alava y Guipúzcoa, y puso fin al alzamiento el convenio de Amorebieta, firmado, de una parte, por el General Serrano, Duque de La Torre, y por la otra por la diputación carlista vizcaína, compuesta a la sazón por los señores don Antonio de Arguinzoniz, don Fausto de Urquizu, don Juan B. de Orué y don Arístides de Artiñano.

En dicho convenio se concedía indulto a todos los presentados y a los que en adelante se presentaran, con armas o sin ellas, a todos los cuales se darían garantías para su seguridad. Los que hubieren vuelto de Francia podían quedar o volver, en cuyo caso se les daría salvoconducto.... Los jefes y oficiales del Ejército pasados a los carlistas podrían de nuevo ingresar en él (esto dió lugar a muchas discusiones y protestas). La Diputación de Vizcaya, reunida en Guernica, con arreglo a fuero, determinaría el modo y manera de pagar los gastos de guerra ocasionados.

Estas fueron las cláusulas principales del convenio de Amorebieta. Serrano firmó además una carta ofreciendo respetar los fueros.

Los comisionados carlistas firmaron además una proclama dirigida a los vizcaínos, en la que decían por la pluma de Artiñano: "Entregad las armas que empuñáis, que resistir es una temeridad, y morir sin esperanza de triunfo una locura..." En el mismo documento se les decía que se habían levantado bajo la bandera de "Religión y Fueros. Viva España y Abajo el Extranjero..." Que masas recién armadas, sin instrucción ni organización, demostraron en Güeñes, Carranza, Zubieta, Arrigorriaga, Mañaria y Oñate que los bisoños voluntarios vizcaínos sabían emular a los mejores soldados del mundo por su valor, por su aplomo y su serenidad en la lucha... Pero de esa heroica conducta, ¿puede esperarse algo más que el testimonio de admiración que ya os rinde la Patria?...

A pesar de los cantos de sirena de los negociadores del con-

venio de Amorebieta, éste fué repudiado por los auténticos carlistas vizcaínos, que se levantaron de nuevo en armas con tanto brío y entusiasmo como la primera vez.

Es indudable que tanto en la primera como en la segunda guerra civil Vizcaya era la más carlista de las provincias del Norte de España, la que en proporción a sus habitantes dió el mayor número de voluntarios. ¡Lástima grande que el veneno separatista la haya desviado después del camino de su heroica tradición carlista y fuerista, plenamente fuerista pero antise-paratista!

Mientras que esto ocurría en Navarra y Vascongadas, en Cataluña, donde las fuerzas eran menores, la lucha seguía en pie.

En Cataluña, en esta guerra como en las anteriores, la característica más saliente del alzamiento fué la multitud de partidas y partidarios que se levantaron en armas y la falta de armonía y subordinación que existía entre ellos. Destacaban entre todos los nombres de Estartús, Savalls, Tristany, Castells, Galcerán, Francesch, Auguet y Miret.

Don Carlos nombró jefe de Cataluña a su hermano Don Alfonso, quien llevaba como jefe de Estado Mayor a don Hermenegildo Ceballos.

El hecho más saliente de los principios del levantamiento catalán fué la entrada del heroico Francesch en Reus. Este malogrado jefe se apoderó de un tren de viajeros y trasladó en el mismo sus fuerzas hasta Salou, donde cortó el ferrocarril y el telégrafo, lanzándose con su pequeña columna de unos 500 hombres, dividida en tres grupos, sobre Reus, donde entró a la caída de la tarde. Con gran asombro de la población llegó sin resistencia alguna hasta la plaza de la Constitución, donde alguna fuerza de caballería enemiga empezó a disparar desde las casas contra su gente. Francesch, dueño ya de la población y deseando no causar víctimas, se dirigió al galope al centro de la plaza, donde gritó: "¡Alto el fuego!" Pero tuvo la desgracia de ser atravesado de un balazo que fué mortal de necesidad.

Como los voluntarios carlistas asistieron con el mayor cuidado al Comandante militar de Reus, a quien hirieron en un muslo, al desbandarse la fuerza carlista por la pérdida de su

jefe, éste fué asistido con el mayor esmero por los liberales, pero murió a las pocas horas. Era tan limpio el historial de Francesch y fué tan noble siempre su conducta, que el Teniente coronel que mandaba la fuerza liberal dijo, al verle moribundo: "¡Lástima que se muera, pues este hombre no era un carlista, sino que es un héroe!"

En junio, Castells, que se distinguió por la manera tan hábil como burlaba a las columnas que le perseguían, penetró con 500 hombres en Solsona, donde permaneció tres días, a pesar de que la guarnición quedó refugiada en el seminario durante este tiempo. Lo mismo hizo en Berga, donde entró el 4.

Estas mismas fuerzas, unidas a las de Galcerán, cobraron fuertes contribuciones en plazas muy importantes.

Por entonces tenía el mando de las fuerzas liberales en Cataluña el general Baldrich.

En 16 de junio de 1872 Don Carlos firmó una alocución dirigida a los catalanes, en la que, entre otras cosas, les decía que les devolvía los fueros que les arrebató su antecesor Felipe V, y agregaba: "Yo os devuelvo vuestros fueros porque soy el mantenedor de todas las justicias; y para hacerlo, como los años no transcurren en vano, os llamaré y de común acuerdo podremos adaptarnos a las exigencias de nuestros tiempos. Y España sabrá una vez más que en la bandera donde está escrito Dios, Patria y Rey, están escritas todas las legítimas libertades."

El 22 de julio, y llevando su gente en un tren correo que detuvieron, Castells y Galcerán penetraron muy temprano en Manresa, apoderándose del ayuntamiento y de casi toda la ciudad; pero rehechas las fuerzas liberales que la guarnecían, se trabó combate en las calles, viéndose obligados los carlistas a abandonarla, llevándose prisioneros y algún botín. Algo parecido les ocurrió, dos días después, en Sallet, donde la columna del General Arrando les obligó a retirarse.

El empeño de Don Carlos era que las fuerzas carlistas de Cataluña se mantuvieran en armas hasta que se iniciara un nuevo alzamiento en Navarra y Vascongadas, y es realmente asombroso cómo unos pocos cientos de voluntarios carlistas pudieron continuar la guerra en el Principado catalán durante meses y meses, teniendo enfrente a más de 40 batallones, con la artillería y caballería correspondientes, aparte de los volunta-

rios de la libertad, los cuales si servían para fanfarronear por las calles de las ciudades, no dieron gran resultado en el campo de batalla.

El acoso a que se hallaban sometidos Tristany, Castells, Savalls, etc., hizo que estos jefes cometieran algunos atropellos, que motivaron la desaprobación clara y terminante tanto de Don Carlos como de su hermano Don Alfonso.

El encuentro más sangriento que se sostuvo en este período fué el de Vidrá, donde las partidas de Savalls, Auguet y Vilá de Prat, que se hallaban en posesión del citado pueblo, se defendieron con gran bizarría contra la columna Hidalgo, la que, después de lucha enconada y prolongada, consiguió apoderarse del mismo, pero sin hacer prisionero ningún núcleo importante. Savalls y sus lugartenientes pudieron retirarse a las alturas próximas, conservando su fuerza, que salió de aquel encuentro con la moral más levantada, a pesar de las bajas que sufrió.

Otros encuentros bastante sangrientos ocurrieron en Valcebre y Anglés, entre las columnas de Macías y las de Savalls, Castells, etc., sin que ninguno de los contendientes obtuviera un triunfo definitivo, pero probando los carlistas que ya sabían luchar a pie firme y hacer frente a los soldados bien organizados del ejército liberal. En persecución de las fuerzas carlistas se movían incesantemente los Generales Arrando, Fajardo, Reina, Font de Mora, Navarro y el mismo Baldrich; pero esto no impedía el aumento de aquéllas, ni sus audaces golpes de mano sobre poblaciones de importancia, como Manresa, donde de nuevo entró Castells, y Mataró, en cuyos arrabales se infiltró Savalls; ni Igualada ni Olot, que fueron atacados por Savalls y Auguet.

El Comandante general liberal de Cataluña, Baldrich, tuvo que ceder el mando a Gaminde.

A pesar de que los carlistas vasco-navarros no encontraron manera de levantarse en armas y de ayudar a los catalanes, éstos, con una energía indomable, se mantuvieron solos y aislados, en constante pelea, durante más de siete meses, pues el segundo alzamiento de Navarra no se inició hasta el 27 de diciembre de 1872, y Aragón y el Maestrazgo tampoco daban señales de vida.

En Aragón sólo había un jefe de gran prestigio que pudie-

ra dar vida al alzamiento, y éste era don Manuel Marco-Catalán, conocido entre los carlistas por Marco de Bello, por ser natural de este pueblo y residir en él. Veterano de la primera guerra civil, de familia distinguidísima, de espíritu amplio y generoso, gozaba de inmenso prestigio y pudo levantar en armas a miles de voluntarios, para los que era el amigo, padre y jefe; todo a la vez. Tenía al iniciarse esta segunda guerra el grado de Brigadier.

En el Maestrazgo comenzaron a sonar los nombres de Cuca-la, Vallés y Segarra.

Las partidas que se levantaron en ambas Castillas no tuvieron importancia ni vida, salvo en la Mancha.

Quien en el segundo semestre de 1872 hubiera anunciado una guerra civil de más de tres años seguramente hubiera sido tratado de visionario o loco, pues tras el desastre de Oroquieta y el convenio de Amorebieta sólo quedaron en el campo unos cientos de catalanes, perseguidos sin tregua ni descanso, y sin embargo sólo 27 hombres que penetraron por la frontera de Dancharínea, en un crudo día de diciembre del 72, llevaban en sí el poder de encender la hoguera de la guerra civil, en la cual iban a arder con rojas llamaradas todas las esencias concentradas de la lealtad y del heroísmo que atesoraban las masas carlistas vasco-navarras, catalanas, aragonesas, valencianas y castellanas.

CAPITULO XXI

Disolución de la Junta Militar Vasco-navarra.—El cura de Santa Cruz.—Dorregaray es nombrado Comandante General de Vascongadas y Navarra.—Batallas de Monreal, Eraul y Udabe.—Segunda entrada de Don Carlos.—Conquista de Estella.—Santa Bárbara de Mañeru.—Montejurra.—Velabieta.—Sublevación de Santa Cruz.—Moriones y Loma consiguen abastecer Tolosa.—Conquista de Portugalete.—Sitio de Bilbao.—Marcha frustrada sobre Santander.

LAS disensiones iban en aumento entre los carlistas refugiados en las regiones fronterizas de los Bajos Pirineos. Tras la derrota de Oroquieta, la enemiga hacia el secretario de Don Carlos, don Emilio Arjona, adquirió caracteres de mayor acometividad. Don Carlos, que seguía indudablemente las inspiraciones de su fogoso secretario, que era Capitán de Estado Mayor, literato y político, disolvió la Junta Militar Vasco-navarra que actuaba en Bayona y que la constituían don Juan de Dios Polo (cuñado de Cabrera), don Fulgencio de Carasa, el Marqués de Valdespina, don Gerardo Martínez de Velasco, don Francisco Sainz de Ugarte, don Juan Bautista Aguirre, don Antonio Lizarraga, don Antonio Milla y el francés Cathalinear, siendo Secretarios don Serapio Peralta y don Alejandro Argüelles.

Los miembros de esta Junta se negaban a efectuar un alzamiento sin que se les proporcionaran los recursos suficientes, y sobre todo armamento en cantidad, pues no querían que se repitiera lo de Oroquieta. Hubo notas y contranotas, exposi-

ciones y mandatos, y, por fin, Don Carlos decidió separar de su lado a Arjona.

En el fondo de toda esta división nos encontramos siempre con un problema que seguía sin resolverse: la cuestión Cabrera.

Dice Rodezno en su obra *Carlos VII* lo siguiente: "Cabrera seguía siendo el ídolo del partido, el héroe legendario de cuya acción se esperaba todo. No sólo los carlistas viejos, sino los neófitos, como Aparisi, creían que el Conde de Morella, al frente del partido y a la cabeza de la conspiración, sería el triunfo inmediato y seguro. El mismo Elío se ofrecía a ser su segundo y a obrar al dictado de sus órdenes."

De los componentes de la famosa Junta eran cabreristas más de la mitad. Esta es la razón de que muchos de estos distinguidos jefes no figurasen ulteriormente en los anales del carlismo y se recluyeran en sus casas, cual ocurrió también a Díaz de Rada y otros. Los hombres de antes de Oroquieta dieron paso a nuevos hombres de menos abolengo, de menos graduación y menos nombradía, pero que iban a aureolar su historia con hechos sobresalientes.

Fué nombrado en octubre del 72 Comandante general de Navarra y Vascongadas don Antonio Dorregaray y Dominguera, que nació el 11 de julio de 1823 en Ceuta; luchó como voluntario carlista en la guerra de los Siete Años, adhiriéndose al convenio de Vergara, y alcanzó el grado de Teniente coronel en la campaña de Marruecos de 1860. Su nombre apenas era conocido entre los carlistas del Norte de España, pero ante la división que existía entre sus jefes, el nombramiento de un extraño no despertó celos ni rivalidades y fué bien recibido.

Tuvo el acierto de nombrar buenos lugartenientes. Así, para la Comandancia general de Navarra, a don Nicolás Ollo, que también se distinguió en la campaña marroquí del 60; para Vizcaya, a Martínez de Velasco, y para Guipúzcoa, a don Antonio Lizarraga. A Valdespina le confirió el puesto de jefe de Estado Mayor general, y Pérula obtuvo el mando de la caballería; pero todos estos eran nombramientos sobre papel, pues los nombrados se hallaban en Burdeos, Bayona y San Juan de Luz *matando el tiempo*. Ahora bien; no iba a tardar mucho en convertirse en realidad todo aquello que parecía sueño. Antes que estos jefes pasasen de Francia a España, ya lo había hecho el cura

Santa Cruz, quien había huído al vecino país después del fracaso del levantamiento del 21 de abril.

No podemos dedicar gran extensión a este personaje, que algunos han puesto de moda recientemente, porque no deja de ser un audaz y desconcertante guerrillero que jamás tuvo fuerzas superiores a 500 ó 1.000 hombres, a los que nunca organizó y encuadró como si fuesen un ejército regular, y quien cometió excesos y tropelías que merecieron censuras de las autoridades carlistas.

Santa Cruz, para unos, es un monstruo de maldad; para otros, un audaz y valiente guerrillero, puro y limpio. Para quienes lo han estudiado sin pasión ni prejuicio, un partidario rebelde e indisciplinado, cuya conducta mereció severas censuras de la autoridad militar carlista y cuya actuación no tuvo nada de eficaz ni de provechosa para la Causa.

El Conde de Rodezno, en su citada obra, lo maltrata, acaso con exceso. Así dice en uno de sus párrafos: "Era un vasco montaraz e incomprensivo de las esencias tradicionalistas..., tipo perfecto del fanático individualista y montaraz... Un brote retrasado del siglo xvi español." Sorprende este insulto al glorioso siglo xvi en labios de un tradicionalista tan destacado. Aún remacha más el clavo, agregando esto: "Santa Cruz era un vasco producto de la montaña, como el helecho y la jara."

¿Qué sería del carlismo sin los vascos?, se nos ocurre preguntar.

En cambio, el francés Bernoville, en una novela histórica, y luego don Juan Olazábal (asesinado en Bilbao por la horda roja), jefe a la sazón del partido integrista, glorificaron su conducta, y no han faltado escritores nacionalistas vascos que han hecho lo propio, llevados por un afán partidista que suele ser funesto en el historiador.

El académico don Julio de Urquijo, en un corto y enjundioso folleto, restableció la verdad histórica, situando al guerrillero famoso en el lugar que le corresponde.

La aureola de Santa Cruz en el país vasco-navarro se inició merced a sus arriesgadas y fantásticas evasiones de Hernialde y Aramayona.

Como es sabido, nuestro personaje era párroco de Hernialde, cerca de Tolosa. Sospechando la autoridad liberal del joven

sacerdote, decidió prenderlo, y a tal efecto mandó al pueblo un oficial con 20 ó 30 soldados. Santa Cruz fué sorprendido cuando celebraba la santa misa. En cuanto la terminó, el oficial le entregó en el mismo templo la orden de detención. El joven curita, muy suavemente, le dijo: "Estoy dispuesto a seguirle, pero aún no he desayunado... Si me permite."

"No faltaba más", le contestó el oficial.

"¿Quiere usted acompañarme a desayunar?", le preguntó Santa Cruz.

"Muchas gracias", le contestó el oficial que vigilaba la casa parroquial.

Santa Cruz entró en su morada, seguido de la fuerza, que la rodeó. Al poco rato vieron salir a un campesino que llevaba un cesto sobre la cabeza, sin sospechar ni remotamente que fuese el párroco cercado. Al entrar en la abadía, después de larga espera, se encontraron con la amarga sorpresa. El pájaro enjaulado había huído.

Su segunda evasión, aún más extraordinaria, fué la de Aramayona. Había sido apresado de nuevo, y esta vez sí que no se les escaparía. En el pueblo había varios cientos de soldados; las órdenes eran severísimas; todo el tiempo tenía centinelas de vista en la casa ayuntamiento de Ibarra, cabeza del municipio de aquel valle alavés... El preso planeaba su evasión, pero tropezaba con dificultades enormes para llevarla a cabo. Una noche fingió hallarse enfermo, con una agudísima disentería, y pidió permiso para visitar cierto lugar que se hallaba en una galería; repitió la visita tres o cuatro veces, casi en calzoncillos... Los centinelas se compadecían del pobre preso y no sospecharon que aquello era una estratagemata. Por fin, a la cuarta o quinta visita, se lanzó de la galería a la calle, más ágil que un corzo, y huyó por el campo... Temeroso de que le persiguieran, se escondió en la orilla del río, entre unas zarzas. Cuando los soldados se acercaban, se metía dentro del agua, y así pasó todo el día, hasta que al observar que la búsqueda se hacía menos activa, se lanzó como un zorro a un caserío próximo, y desde él, con ropas que le prestaron, huyó para siempre de sus perseguidores y pasó a Francia.

El historiador Hernando, en *La Campaña Carlista*, lo describe así: "Era hombre de mediana estatura, más bien bajo

que alto, de robusto cuerpo, facciones pronunciadas, frente estrecha, pelo castaño, barba rubia, desgarrado porte y maneras rudas y vulgares. Su mirada vaga y extraviada prestaba a su fisonomía un marcado tinte de desconfianza y de recelo, y la expresión seca y dura de su semblante acababan de darle un carácter sombrío y nada simpático a primera vista. Santa Cruz vestía un traje que ni era sacerdotal ni guerrero; componíase de boina azul oscura muy pequeña; chaqueta de paño del mismo color, calzón corto y ancho, gruesas medias azules que cubrían sus robustas piernas, y alpargatas por todo calzado. Como de costumbre, no llevaba arma ni insignia alguna, sino un grueso palo, en el que se apoyaba durante las marchas.

"Aquel hombre robusto, fuerte y sobrio andaba prodigiosamente (había sido algo delicado del pecho en su pubertad), apenas dormía y vigilaba tanto que no era posible sorprenderle. Había entrado en campaña el primero, se había sostenido en los montes con una partida de 30 hombres, y por esto y porque él representaba el principio de la dureza en la guerra había logrado gran popularidad entre cierta gente."

En Guipúzcoa se habían destacado notablemente en los principios del movimiento, además de Santa Cruz, Soroeta, joven estudiante de veinticuatro años, que luchó y murió como un bravo; el Vicario de Orio, don Juan Antonio Macazaga, que había sido Comandante en la primera guerra civil; Recondo, Lasarte, Badiola y otros.

Don Antonio Lizarraga había sido nombrado por Don Carlos Comandante general de Guipúzcoa en el segundo levantamiento, o sea a primeros de 1873.

Don Antonio Lizarraga nació en Pamplona en 22 de diciembre de 1817 y murió en Roma en 7 de diciembre de 1877. Ingresó como voluntario en el ejército de Zumalacárregui y tomó parte en la primera guerra civil, llegando a Teniente. Se adhirió al convenio de Vergara y sirvió en el ejército de Isabel II, en el que alcanzó el grado de Teniente coronel.

Lizarraga y el cura no se entendían ni avenían, a pesar de la piedad acendrada del nuevo General. Muchos decían que hubiera estado mejor el general de cura y el cura de general. Las relaciones entre ambos eran tan tirantes, que el cura jamás obedeció al general y obró siempre por su cuenta. Lizarraga quiso

llegar a un acuerdo y se humilló hasta el extremo de ir a visitarle a su alojamiento de Lecumberri, pero no obtuvo resultado alguno, pues Santa Cruz puso tales condiciones para su sumisión, que el General no podía aceptarlas sin quedar desprestigiado. Entonces advino la ruptura definitiva.

En nuestra juventud oímos contar a las gentes del país que Santa Cruz jamás dormía en cama, sino en una silla y con la *guardia negra* siempre a su lado.

Declarado rebelde el cura, las tropas carlistas trataron de prenderle y castigarle. Se hallaba un día en Vera de Bidasoa con su numerosa partida, fuerte de unos mil hombres, cuando se presentó en la citada villa fronteriza el Marqués de Valdespina, que era a la sazón Mariscal de campo, con el Brigadier Aizpuru, llevando consigo tres batallones guipuzcoanos. El cura de Orio actuó de mediador, con el fin de evitar la efusión de sangre entre partidarios de la misma causa. Santa Cruz, al parecer, se dejó convencer; formó sus fuerzas y les dijo que para evitar mayores males resignaba el mando, pero no quiso entregar ni las fuerzas ni las armas que tenía en Arichulegui. Al ver su doblez, Valdespina lo redujo a obediencia y lo puso en prisión, así como a su secretario, el ex diputado a Cortes don Cruz Ochoa (que después abrazó el sacerdocio y fué canónigo de Toledo y distinguido Senador por Navarra) y al Vicario de Tolosa.

Santa Cruz, especialista en evasiones, escapó de su alojamiento-prisión (que era precisamente la casa del General carlista don Juan Bautista Aguirre (1), que por entonces residía al otro lado de la frontera, desde el fracaso de Oroquieta, casa en la que el que esto escribe pasó varios años de su niñez por ser de parientes suyos) y huyó por el monte a Francia. Santa Cruz, así como don Cruz Ochoa, fueron condenados a muerte, pero Ochoa fué indultado, al percatarse los jefes carlistas de su cultura, talento y dotes extraordinarios. Todo esto ocurría en primeros de junio de 1873.

Tras ello, las fuerzas de Santa Cruz se encuadraron en los batallones regulares carlistas, quedando constituido el primero

(1) Otros aseguran que se hospedaba en la casa-palacio de Larrache.

de los de Guipúzcoa, casi en su totalidad, con los voluntarios del cura, cuya mayoría procedía del pueblo de Oyarzun.

El inquieto sacerdote tenía, sin duda, un temperamento y un coraje que no le cabían en el cuerpo, como veremos al relatar su nueva aparición entre los batallones guipuzcoanos que mandaba Lizarraga—algunos de ellos integrados con voluntarios de su disuelta fuerza—cuando éstos defendían la línea de Andoain contra Moriones y Loma, durante la batalla de Belavieta.

Fracasado su intento, se volvió a Francia, esta vez definitivamente.

Santa Cruz desapareció como carlista y como luchador. Hizo penitencia y fué a Roma. Al cabo de unos años ingresó en la Compañía de Jesús y se consagró de lleno a una intensa labor misional y de apostolado en Colombia, donde murió a los ochenta y cinco años, allá por el 1930, con fama de celo, virtud y santidad extraordinarias.

Sin duda era un ardiente e impaciente espíritu, que, al abandonar las luchas guerreras, se consagró con la misma vehemencia, calor y brío a la divina tarea de convertir infieles.

Entre las muchas acusaciones de crímenes que le han atribuido los liberales al cura, el más saliente es el del fusilamiento de los 25 carabineros que cogió prisioneros en un fortín de Enderlaza. El episodio fué muy jaleado, y junto al puente se colocaron años después lápidas y hasta un pequeño monumento conmemorativo.

Pues bien; los informes de personas del país que recogió el que esto escribe, coinciden en afirmar que cuando Santa Cruz iba a penetrar en el fuerte a tambor batiente, por haber izado bandera blanca sus defensores, le hicieron una o dos descargas cerradas que le causaron bajas, lo que enfureció al cura, quien, de acuerdo con las leyes de guerra, mandó fusilar a todos los que capturó. Tan sólo se salvaron dos atravesando el río, que en aquel lugar forma frontera con Francia.

No negamos que cometiera excesos ni actos reprobables, pero sí estamos seguros de que la pasión y el encono, que son fruto del tiempo en todas las guerras, y especialmente en las guerras civiles, han abultado sus actos vituperables e inventado horrores que no cometió.

También oímos decir a las gentes del país que Santa Cruz

no era el malo de su fuerza, sino que lo eran sus subordinados Frasku y Corneta, a los que fusilaron las autoridades carlistas.

Prosigamos el relato del segundo alzamiento, que iniciado pobre y modestamente, iba a convertirse en una dura y larga lucha, en la que el carlismo otra vez demostraría la pujanza de su fuerza y el heroísmo de sus huestes.

El 21 de diciembre de 1873 penetraron en Navarra, por Dancharinea, 27 voluntarios carlistas con algunos jefes de todas graduaciones, y dentro de pocos meses por cada uno de estos hombres iba a surgir un batallón. El de mayor categoría era Ollo, quien ostentaba el título de Brigadier y Comandante general de Navarra; le seguían Argonz, también Brigadier, y Pérula, Coronel de caballería, Radica y otros. El primer día llegaron hasta Alcoz (Ulzama), donde pernoctaron. Al siguiente día almorzaron en Marcalain (Juslapeña), en casa del párroco de dicho pueblo, al que oímos relatar el caso; continuaron su marcha, por delante de Pamplona, al valle de Echauri. Al tercer día se les unieron algunas pequeñas partidas.

Este movimiento fué la antítesis del verificado en abril del mismo año. Entonces los voluntarios afluían a millares, y ahora era difícil conseguir que se alistaran unas docenas; pero ahora se marchaba con paso lento y seguro, y entonces, en cambio, el crecimiento fué excesivamente vertiginoso, lo que trajo como consecuencia un desplome que dejó a todo el mundo paralizado.

Por la misma época el ilustre Marqués de Valdespina, grande España, veterano de la primera guerra civil, con otros destacados jefes, iniciaba el levantamiento en Vizcaya, también con poco éxito.

Dorregaray penetró en Navarra y tomó el mando de las fuerzas en febrero de 1873. El movimiento iba adquiriendo poco a poco fuerza e importancia. Ollo organizaba el primer batallón de Navarra; Rada (*Radica*), el segundo, y Pérula la caballería. Estos tres fueron los héroes navarros que más brillaron, cada uno en su esfera y guardadas las proporciones, en la última guerra civil, y los que mayor popularidad alcanzaron, salvo el viejo e ilustre Elío, que más bien era un recuerdo glorioso que una realidad.

Don Nicolás Ollo nació en Ibero, pueblecillo distante unos 15 kilómetros de Pamplona. Tomó parte, siendo casi un niño,

en la primera guerra civil. Después del convenio de Vergara entró como oficial en el ejército isabelino y se distinguió extraordinariamente en la campaña de Africa (1860), retirándose una vez terminada aquélla, para vivir humilde y calladamente, sin ser apenas conocido más que en los alrededores de su lugar natal, donde gozaba de inmenso prestigio por su hombría de bien, modestia, entereza y carencia de ambiciones. El fué el alma del segundo alzamiento, el que sin él no se hubiera realizado. A pesar de que Dorregaray, Elío, Valdespina y otros gozaban de mayor graduación y fama, Ollo fué el hombre que dirigió los movimientos y batallas importantes que se dieron en el territorio vasco-navarro hasta su muerte prematura y desgraciada. El mandaba de hecho en Santa Bárbara de Mañeru, en Montejurra, en Somorrostro, etc. No era de la talla y categoría de Zumalacárregui, pero como éste murió en el sitio de Bilbao, tonta e inesperadamente, cuando la batalla se hallaba en suspenso, por una granada perdida y suelta (aquél por una bala), y, como el héroe de Ormaiztegui, fué condecorado con un título nobiliario, *Conde de Somorrostro*, después de muerto, por Don Carlos.

En Ibero colocaron los carlistas, hace unos años, una placa en la casa donde nació.

Don Teodoro Rada (*Radica*) pasó de modesto maestro albañil de Tafalla a ser el Brigadier más popular de todo el ejército carlista, el más valiente y querido. Su valor era legendario y su vida de campaña se halla matizada de anécdotas extraordinarias. Se ha creído que era natural de Tafalla, pero hemos podido comprobar que nació en Pamplona (aunque otros decían que en Berbinzana), donde sus padres eran empleados de una *cadena* o portazgo en una de las carreteras que salen de la capital. En Tafalla pude también comprobar que no era un vulgar albañil, sino de categoría, pues una de sus sobrinas guarda un sombrero que *Radica* usaba, detalle este que prueba que era persona de cierto tono, pues en Navarra, y menos en aquella época, eran contadísimas las personas que vestían sombrero fuera de la capital, a no ser que se tratara de hombres de carrera o de señores de abolengo, y aun éstos no prodigaban mucho el uso de tal prenda.

Radica organizó el segundo batallón de Navarra con mozos

de Tafalla y de sus alrededores, donde gozaba de sólido prestigio.

Al estudiar la historia de nuestra guerra civil he podido comprobar que mientras los historiadores o *panfleteros* liberales han presentado a la mayoría de los jefes de guerra carlistas como hombres ignorantes, toscos e iletrados, surgidos de la nada a fuerza de barbaridades y crímenes, la verdad histórica, comprobada, nos señala que casi todos ellos eran personas de categoría y prestigio, de talento y arraigo, por lo menos entre los que bien les conocían. Aquí se podía aplicar aquello de "algo tiene el agua cuando la bendicen", pues eran pocos los que escalaban puestos tan elevados.

El español es muy dado a rebajar méritos del adversario, a denigrarle e insultarle, olvidándose de que si el de enfrente es algo tan despreciable, quien le combate y vence no necesita ser superior a él ni en valor ni en talento.

Así vemos, en la historia de la primera guerra civil, sobre todo, que a la mayoría de los caudillos de Cataluña y Levante se les nombra por sus apodos, que arrancan de sus profesiones, *El Serrador, Pep del Oli, El Organista...*, y se les trata, no como a industriales o artistas que pudieran poseer un negocio importante o un talento sobresaliente, sino como a peones dentro de sus profesiones, como a hombres de la más baja ralea. Cabe preguntarse, ¿qué tendría *El Serrador* para llegar a Mariscal de campo, cuando no llegaban ni a tenientes muchos abogados, o médicos, o maestros que luchaban en las filas carlistas, a pesar de su cultura? Aquí cabe aplicar aquello que se atribuye a Castelar. Se cuenta que alguien, para rebajar su mérito de orador, le dijo: "Ser orador no es difícil; basta con aprenderse unos párrafos brillantes de memoria y recitarlos en una tribuna con un poco de arte." A lo que don Emilio contestó con cierta desgana y desprecio: "Pues ¿por qué no lo hace usted?" Pero sigamos nuestro relato.

Don José Pérula nació en Sesma (Navarra) en 1830; se alistó en la partida que levantaron en Burgos los célebres Hierro, siendo deportado, al ser hecho prisionero, a Cuba, de donde regresó a la Península en 1858, ya amnistiado; tomó parte en la guerra de Africa, y por su valor extraordinario fué condecorado con la cruz laureada de San Fernando. Alcanzó el grado de

oficial, y más tarde el Conde de Montemolín le ascendió a Capitán. Tras el fracaso de San Carlos de la Rápita, consiguió le nombraran escribano de Corella. Era por entonces afecto a Isabel II, y al ser ésta destronada ofreció su espada a Don Carlos VII. Asistió a la magna asamblea de Vevey y tomó parte muy activa en el alzamiento que fracasó en Oroquieta. Ahora penetró por Dancharinea con el grado de Coronel de caballería, arma que organizó en las filas carlistas. Sus principios fueron magníficos en la guerra que reseñamos, pero no así su final.

Argonz era otro de los caudillos navarros. Este era veterano de la guerra de los Siete Años, tras la cual se dedicó al comercio de ornamentos de iglesia, lo que le proporcionó un conocimiento perfecto de los caminos y hasta de los senderos de Navarra, cuyos pueblos frecuentaba mucho a causa de su profesión. Aunque llegó a Mariscal de campo y obtuvo un título nobiliario de Don Carlos, no se distinguió mucho como guerrero.

Estos jefes, con sus escasas fuerzas, marchaban y contra-marchaban sin descanso, sin atreverse a sostener encuentro alguno con sus perseguidores, que no les dejaban vivir ni respirar.

Por fin tuvieron que hacer cara a la brigada de Nouvilas, que les dió alcance en Monreal, donde ellos le hicieron frente para probar fortuna y foguear a sus voluntarios. La prueba no les resultó mal, pues mantuvieron a raya a los batallones liberales durante varias horas sin ceder terreno. Ambos bandos se atribuyeron la victoria, pero es indudable que el triunfo fué de los carlistas, ya que triunfo es, y grande, el enfrentarse por primera vez con tropas organizadas y provistas de toda clase de elementos y no dejarlas avanzar un solo paso, obligándolas a retirarse.

Pero la primera batalla importante de esta guerra, aunque dentro de la pequeñez numérica de las fuerzas, fué la de Eraul, donde se encontraban del lado carlista todos los jefes del movimiento: Dorregaray, Olo, Valdespina, *Radica*, Lizarraga, etc., al mando de unos 2.000 voluntarios bisoños, integrados por los batallones 1.º, 2.º y 3.º de Navarra, el guipuzcoano de Azpeitia y algunas otras pequeñas unidades, más un escuadrón de caballería al mando de Sanjurjo, padre del heroico y malogrado Marqués del Rif, que ocupó lugar tan destacado en el ejército

y en la política española en los últimos años y cuya trágica muerte sembró el luto y la consternación en la España nacional.

Los voluntarios carlistas ardían por luchar. Sus jefes no se atrevían a meterlos en brega por temor a un descalabro que cortase en flor el alzamiento. Los voluntarios decían que salieron al campo para guerrear y no para andar y desandar; la quietud y la inacción comenzaban a desmoralizarlos, y ya la cosa se puso tan mal, que se oían sus protestas expresadas en estos términos: *O combatimos o nos volvemos a nuestras casas*. Entonces sus jefes decidieron presentar batalla a aquella de las columnas que les infundía menos temor; ésta fué la del Coronel Navarro, que llevaba a sus órdenes unos 1.500 hombres, con dos piezas de artillería.

Se trabó la lucha en los montes de Eraul, no lejos de Estella, y se mantuvo indeciso el resultado después de algunas horas de guerrear, hasta que el Marqués de Valdespina mandó cargar a la caballería, que se hallaba en reserva y sin propósito de utilizarla por lo escabroso del terreno.

Aquella briosa carga, tan inesperada, decidió la acción. Los carlistas se apoderaron de un cañón y de la cureña del otro, hicieron prisionero al Coronel Navarro y a bastantes más de la columna, cuyos restos se refugiaron precipitadamente en Pamplona.

Esta victoria y la posesión del cañón, que los carlistas fueron exhibiendo de pueblo en pueblo como glorioso trofeo, dió gran impulso al alzamiento.

Don Carlos concedió el título de Marqués de Eraul al General Dorregaray.

Tuvo lugar este encuentro el 5 de mayo de 1873.

De más importancia fué el de Udabe o Beramendi, entre las mismas fuerzas carlistas y la columna de Castañón. Aquí los carlistas no rehusaron la pelea, sino que la buscaron y la provocaron; verdad es que a su lado estaba la superioridad numérica. En esta batalla pelearon con gran heroísmo los batallones navarros 1.º, 2.º, 3.º y 4.º, así como el guipuzcoano de Azpeitia.

Castañón fué vencido y tuvo que retirarse con cierto desorden, perseguido por los carlistas, perdiendo un cañón y dejando en poder del enemigo su equipaje.

Castañón tuvo muchas bajas entre muertos, heridos y pri-

sioneros. Los carlistas tuvieron 40 muertos y más de 100 heridos, figurando entre los primeros el jefe de su caballería, Sanjurjo; don Carlos Caro, hijo del Marqués de La Romana, y el Coronel Aspiazu, que si no murieron en el campo de batalla, fallecieron a las pocas horas de terminada la acción.

Al volver a Pamplona la derrotada columna de Castañón sembró la alarma y hasta el desaliento entre el vecindario liberal.

Estos triunfos llevaron miles de voluntarios a los batallones, que fueron engrosándose rápidamente.

Al poco tiempo, el 12 de julio, atacaron el fuerte de Puente la Reina, guarnecido por 70 carabineros, obligándoles a capitular. A continuación se apoderaban de Cirauqui, haciendo prisioneros a sus defensores, parte de los cuales fueron sacrificados sin piedad, debiéndose este proceder a la furia desesperada de las mujeres del pueblo, que pedían a gritos que fueran todos acuchillados porque durante su dominación las maltrataron y humillaron hasta lo indecible, haciéndoles subir cántaros de agua para realizar obras de mejora en el fuerte y derramando muchas veces estérilmente el agua que subían, jadeantes y sudorosas, para enfurecerlas más.

Quedaron 24 supervivientes, los que pudieron huir de noche a Pamplona, auxiliados por una partida liberal. Entre ellos se hallaba don Tirso Lacalle, que más tarde iba a ser muy conocido bajo el apodo de *El Cojo de Cirauqui*, cuya partida aterrorizó a los habitantes carlistas de aquellos alrededores y cometió excesos y desafueros muy censurados.

El levantamiento carlista progresaba muy lentamente; faltaba el hombre. Aunque contaban con jefes de reconocido valor y capacidad, no surgió el Zumalacárregui que diera al movimiento aquel desarrollo extraordinario que alcanzó la contienda en los primeros meses de la guerra de los Siete Años, merced al impulso que le imprimió el héroe de Ormaiztegui.

Estamos por afirmar que el ejército carlista hubiera sido aún más poderoso en la guerra que reseñamos que en la primera de haber contado con un Zumalacárregui, aunque es de justicia reconocer que, excepto en el país vasco-navarro, Cataluña y Valencia, el carlismo contaba con mucha más masa de opinión en la guerra de los Siete Años que en la del 72 al 76.

Donde el movimiento adquiría mayor consistencia y solidez era en Navarra, donde tenía a su frente a don Nicolás Olo, modesto pero magnífico guerrero, que fué la revelación de esta guerra.

En Guipúzcoa, la indisciplina de Santa Cruz, cuya popularidad es preciso reconocer, paralizaba la acción de don Antonio Lizarraga, a la sazón Comandante general de aquella provincia. En Vizcaya, los nombres prestigiosos de Valdespina, Martínez de Velasco y del presbítero Goirena, tampoco llegaban a dar al alzamiento los vuelos que más tarde iba a alcanzar. En Alava careció aquél de importancia hasta que fueron nombrados jefes de dicha provincia los Generales Larramendi y Mendiri.

La segunda entrada de Don Carlos en Navarra iba a avivar la llama que ardía tenuemente y sin la fuerza necesaria para convertirse en hoguera. Al soplo de aquel gallardo y valeroso joven, que gozaba de mayor popularidad que ninguno de los soberanos de la dinastía carlista, iban a surgir de la hoguera resplandores que iluminarían y encenderían a todo el país vasconavarro.

Don Carlos penetró por Dancharinea el día 16 de julio de 1873, acompañado de sus ayudantes el Marqués de Vallecebrero, don Carlos Calderón y el Teniente de navío don Rafael Alvarez. Esperábanle en la frontera española el Marqués de Valdespina, Lizarraga y otros jefes con algunas fuerzas guipuzcoanas. Pasando por Zugarramurdi, Urdax, etc., fué a pernoctar en Arizcun. En el camino se le unió el veterano e ilustre General Elío, de quien nos hemos ocupado en diversos pasajes de esta historia.

He aquí cómo el historiador Hernando describe a Elío: "Era hombre de facciones finas, regular estatura, mirada lenta y penetrante, venerable barba casi blanca y modales distinguidos. Sus maneras elegantes, su traje y su conversación revelaban, además de su preclaro origen y su esmerada educación, la finura propia de un cumplido caballero. Llevaba boina azul con escudo pero sin borla (quien esto escribe ha visto una magnífica boina roja perteneciente a Elío, en su pueblo de Olagüe), un dolman largo de paño negro, corbata y chaleco blanco y pantalón encarnado con polainas de charol."

Elío desempeñó durante mucho tiempo la jefatura del Es-

tado Mayor General del ejército carlista y fué como su generalísimo, y sobre sus condiciones morales dice el mismo historiador: "Que tenía inteligencia y valor, pero no demostraba tener ciertas condiciones de carácter necesarias para desempeñar su alto puesto. Su característica era la irresolución y la calma y vacilaba siempre sobre el partido que debía tomar".

Desde el Baztán se trasladó Don Carlos al valle de Echauri, aclamado en todo el trayecto con indescriptible entusiasmo por la muchedumbre enardecida, y tomando en el trayecto el pueblo fortificado de Ibero, patria del General Ollo, sobre el río Arga.

A medida que avanzaba el tiempo las batallas iban adquiriendo mayor importancia, por participar en ellas fuerzas cada día más numerosas.

Los carlistas habían intentado apoderarse de Estella, y aunque en ella penetraron, no pudieron vencer la resistencia de la guarnición, refugiada en un extremo de la población debidamente fortificado. Pero el 24 de agosto de 1873 pudieron, por fin, hacerse dueños de la ciudad santa del carlismo, haciendo prisionera a su guarnición, compuesta por un coronel, tres capitanes, siete suboficiales y 475 sargentos, cabos y soldados, todos los cuales fueron llevados, de acuerdo con la capitulación, hasta la proximidad de las líneas enemigas.

El botín fué de 1.200 fusiles Berdan, aparte de muchas municiones, provisiones, vestuario, etc. Con estos fusiles completaron el armamento de los batallones 6.º, 7.º y 8.º de Navarra, que estaban aprendiendo la instrucción.

El Brigadier Villapadierna, que no pudo socorrer a Estella, unido al de igual categoría Santa Pau y considerablemente reforzadas ambas columnas, atacó el día 25 a los carlistas, sin duda con objeto de reconquistar a Estella. La acción tuvo lugar en Dicastillo y la presencié Don Carlos desde la misma línea de fuego, dando muestras de gran serenidad y valor. Nuevamente quedaron dueños del campo los voluntarios carlistas.

Otras batallas, más encarnizadas y que iban a hacerse célebres tuvieron lugar en Navarra en octubre y noviembre de aquel año: la denominada por los carlistas de Santa Bárbara de Mañeru, en 6 de octubre, y la de Montejurra, en los días 7, 8 y 9 de noviembre, ambas planeadas por el General en jefe del

ejército liberal del Norte, don Domingo Moriones, con el fin de apoderarse de Estella.

Aunque el General Elío era a la sazón jefe de Estado Mayor General carlista, quien dirigió las operaciones en la batalla de Santa Bárbara fué Ollo. Tomaron parte en esta acción los batallones 1.º, 2.º, 3.º, 4.º y 5.º de Navarra, tres batallones alaveses, cuatro piezas de artillería, etc. La lucha fué enconadísima, y aunque los liberales consiguieron avanzar y apoderarse de la ermita, los carlistas, merced a brillantísimos ataques a la bayoneta, pudieron recuperar todo el terreno y obligar a los liberales a retirarse en desorden y refugiarse en Tafalla, pernoctando aquéllos en Cirauqui y Mañeru. El nuevo jefe carlista Mendiri se distinguió notablemente en este encuentro.

Los liberales asesinaron vilmente, según cuenta Pirala, a 17 heridos carlistas que cogieron en la ermita de Santa Bárbara, a pesar de lo cual los carlistas no tomaron represalia alguna.

Don Carlos pudo pasar revista en las afueras de Estella a más de 9.000 voluntarios después de las batallas de Dicastillo y Santa Bárbara.

Lo mismo que en la primera guerra civil, las partidas iban convirtiéndose en aguerridos batallones que triunfaban en todos los encuentros. Sin embargo, se diría de los carlistas lo que se dijo de los alemanes en la Gran Guerra: *que ganaron todas las batallas y perdieron la guerra.*

Otra observación muy importante sobre la contienda que historiamos es que cuando los voluntarios de Don Carlos contaban con mal armamento y poca artillería triunfaron de sus adversarios, y cuando dispusieron de gran número de magníficas piezas de artillería y abundancia de fusiles, la perdieron.

Es que al principio el espíritu, que se hallaba vibrante y unido, lo podía todo; cuando el espíritu empezó a decaer, merced a la intriga y a la maniobra, las armas de nada sirvieron.

Como decimos antes, la batalla de Montejurra, una de las más sonadas de la última guerra civil, acaeció los días 7, 8 y 9 de noviembre. Del lado liberal se alineaban cerca de 16.000 hombres, y del carlista unos 8 ó 9.000. Moriones, que tenía su cuartel general en Logroño, mandó avanzar sus fuerzas desde Los Arcos hacia Estella en dos columnas; la primera que tenía como objetivo la toma del macizo de Montejurra, situado a la

derecha de la carretera general de Logroño a Estella, y la segunda la conquista de Monjardín, montaña cónica, dominada por un fuerte, situada a la izquierda.

Para tomar parte en esta batalla llegaron de Vizcaya, con el fin de reforzar a los batallones navarros y alaveses, cinco unidades, que eran los batallones de Arratia, Durango y Guernica, más un riojano y el 1.º de Castilla, con su jefe Martínez de Velasco. Las columnas de Moriones avanzaban decididas en la mañana del día 7, y para el mediodía penetraron en los pueblos de Luquin y Barbarin, a su derecha, y el de Urbiola, en su centro; la línea carlista se retiró unos cientos de metros.

El éxito inicial de la jornada movió a Moriones a telegrafiar a Madrid en tonos excesivamente optimistas. Decía a su Gobierno: "Tomado Montejurra, domino a Estella." Cuando aún no había tomado ni dominado nada, pues los Generales carlistas Dorregaray, Ollo y Marqués de Valdespina se mantenían sólidamente atrincherados en Villamayor y Montejurra, el General Velasco en Azqueta y la caballería en Ayegui, en reserva. La artillería de Moriones, que sumaba más de 20 piezas, rompió el fuego en la mañana del día 8 sobre Villamayor, y al poco tiempo se inició el ataque general, que no se desarrolló con toda amplitud a causa de la lluvia. Este día Don Carlos se presentó en las primeras líneas, cerca de Villamayor, a pesar de la oposición de sus generales, pues era peligroso situarse a casi un kilómetro de las masas liberales, concentradas en Urbiola. Buena prueba de la temeridad cometida fué que una granada reventó casi a los pies de su caballo.

Vista la energía con que los carlistas defendían sus posiciones, Moriones mandó retirar sigilosamente toda la línea en la noche del 8 al 9; los liberales abandonaron Urbiola, Luquin, Barbarin, etc., y se retiraron a Los Arcos, atravesando antes del amanecer el peligroso paso de Cogolludo.

Lo inesperado de esta retirada impidió que las fuerzas carlistas hostilizasen la marcha del derrotado ejército liberal.

La batalla de Montejurra había sido la más importante, hasta entonces, de aquella guerra, y el triunfo carlista exaltó de tal modo la imaginación de los vasco-navarros, que ya se creían invencibles.

Todos los batallones, lo mismo los navarros que los vizcaí-

nos, los alaveses que el riojano y el burgalés, rivalizaron en valor y entusiasmo. La artillería carlista, compuesta de cinco o seis piezas, al mando del ilustre jefe Reyero, actuó con gran eficacia y dió pruebas de extremado valor.

Para entonces, y a causa de la disolución por la República del cuerpo de artillería, se habían presentado en el campo carlista varios distinguidos jefes y oficiales de dicha arma, entre ellos los Coroneles Berriz y Maestre y los Comandantes y oficiales Brea, Dorda, Reyero, García Gutiérrez, Lloréns, Ibarra, Rodríguez Román, etc. Ya desde un principio militaban en las filas carlistas Lecea, Iza, Ortigosa y otros.

Tras el triunfo de Montejurra, *Radica* tuvo un proyecto audaz: el de la conquista de Tafalla, donde él residía desde su niñez.

Su plan era lanzarse con el 1.º y 2.º de Navarra, más cuatro piezas de montaña, sobre Tafalla, que a la sazón se hallaba poco guarnecida, y teniendo en cuenta que Moriones y todas sus fuerzas se retiraban en dirección a Logroño, no parecía irrealizable ni mucho menos dicho proyecto. Ollo lo aprobó, pero el General Elfo, cauto y prudente, acaso con exceso, por su temperamento y por su edad, no quiso acceder, y *Radica* tuvo que renunciar al plan que acariciaba con tanta ilusión.

No iba a terminar el 1873 sin una nueva y más sangrienta batalla, aunque menos conocida y celebrada en los anales carlistas, sin duda porque sus resultados inmediatos no fueron tan concretos. Esta fué la de Velabieta.

El General Lizarraga, jefe de Guipúzcoa, tenía sitiada la plaza de Tolosa, sin que le fuera posible a su contrincante Loma levantar el cerco por más esfuerzos que hizo. En una de las ocasiones consiguió llevar un importante convoy a la villa, cuya guarnición se reanimó al recibir la ayuda; pero no hizo más que regresar a Andoain la columna Loma y el cinturón quedó otra vez cerrado por las fuerzas carlistas.

Los liberales no se resignaban a perder la antigua capital foral de Guipúzcoa, y Moriones concibió un plan audaz y bien meditado para socorrerla y librarla definitivamente del acoso en que la tenían los voluntarios de Don Carlos. Moriones se decidió a acudir en socorro de Tolosa, pero su marcha de Pamplona

na era muy peligrosa y casi imposible; entonces recurrió a una estratagema que le salió muy bien.

Noticioso Ollo de la próxima marcha de Moriones a Tolosa, se movió rápidamente con los batallones 1.º, 2.º, 3.º, 4.º y 5.º de Navarra y la batería de montaña, situando sus fuerzas en Lecumberri, Betelu y Berástegui. Pero Moriones hizo correr la voz de que se dirigía a Logroño para atacar otra vez Estella. En las estaciones de Tafalla, Tudela, etc., se cargaba material, al parecer, con destino a Logroño. El Brigadier Argonz, segundo jefe de Navarra, envió angustiosos avisos a Ollo, rogándole volviera hacia Estella, pues temía ser atacado y no contaba con fuerzas suficientes para resistir. Ollo no era de su opinión, pero ante la posibilidad de perder Estella retrocedió, yendo a situarse entre Muez, Munarriz y Salinas de Oro. Entonces Moriones, que había mandado salir fuerzas de Tafalla, Lerin y Olite en dirección a Logroño, contramarchó rápidamente y se fué a Pamplona, de donde partió sin perder momento hacia el puerto de Velate, paso difícilísimo que cruzó sin ser molestado, ni siquiera por guerrillas sueltas. Desde Velate llegó hasta Arichulegui, en los confines del valle de Oyarzun, logrando unirse sin pérdida alguna con la división de Loma. Unidas ambas fuerzas se dirigieron a Tolosa. Ollo, enterado de la marcha de Moriones, partió inmediatamente para Lecumberri, y desde allí, por Leiza y Berástegui, se aproximó al lugar donde iba a librarse la batalla.

Coincidió todo esto con la entrada de Santa Cruz en España y su marcha sigilosa hasta las líneas carlistas, con el propósito de sublevar la división guipuzcoana que mandaba Lizarraga y proclamarse Comandante general de la provincia. Consiguió que se le uniera en el acto el primer batallón, que se había formado con voluntarios de su partida, así como parte del 5.º, y al frente de los dos bajó a Villabona, donde prendió a Iturbe, que mandaba cuatro compañías del 2.º, y llegando hasta las avanzadas de Andoain arrastró a tres compañías del 3.º Con todas estas fuerzas se presentó en Asteasu, donde se hallaba Lizarraga, quien, al salir muy temprano de misa, fué avisado de que Santa Cruz venía a prenderle. Lizarraga avanzó hacia las compañías sublevadas, que venían en vanguardia, y con gran valor y serenidad les digirió en vascuence breves palabras que las dejaron paralizadas. Aprovechándose rápido de esta vacilación, man-

dó a sus dos compañías leales que prendieran a los oficiales de las cuatro compañías insurrectas, que iban en cabeza. Hizo desfilar a los voluntarios de éstas, uno a uno, por delante de las dos leales, dejando las armas junto a la pared de la iglesia.

El cura quedó desconcertado ante esto, y llevando consigo a parte del primer batallón y algunos voluntarios de otras unidades se retiró hacia Cestona, para luego volver a través de los montes a repasar la frontera, siendo esta retirada la última y definitiva del famoso guerrillero, que terminó su historia guerrera en diciembre de 1873.

Liquidado este desagradable incidente, que demuestra hasta qué punto llegaba la aureola de Santa Cruz entre las gentes del noble pueblo guipuzcoano, pasemos a describir la batalla de Velabieta.

Moriones y Loma concentraron sus fuerzas en Andoain y Lasarte. Olo se situó en Elduayen y Lizarraga en Asteasu, Larrauri, Cizurquil, etc.; las tropas de Moriones y Loma atacaron a éste último, quien se vió obligado a ceder terreno. Entonces Olo mandó avanzar las suyas y la artillería, que disparaba sobre Andoain.

La acción alcanzaba gran amplitud, y en vista de esto Olo envió avisos a Elío para que, si lo tenía a bien, le auxiliara con dos batallones, con los que se hallaba acantonado en Leiza. Elío se puso se marcha, pero no llegó al lugar de la acción hasta después de anochecido, cuando ya había cesado la batalla. La acción fué muy dura, pues sólo el 2.º de Navarra tuvo más de 200 bajas. El Brigadier liberal Padial fué herido dos veces.

Elío, que tomó el mando de todas las fuerzas carlistas, ordenó que se retirasen a alojamientos aceptables, dejando tan sólo avanzadas en los montes de Velabieta. Moriones y Loma tuvieron muchas bajas, pero consiguieron su objeto de abastecer y socorrer a Tolosa, levantando momentáneamente el bloqueo; pero a los ocho días volvió a cerrarse el anillo, merced a la nueva ocupación por los carlistas de Villabona, Cizurquil, Asteasu y alturas vecinas que dominaban completamente la carretera de acceso.

Todo el prestigio que pudo dar a Moriones esta fugaz victoria lo perdió al verse obligado a embarcar sus columnas en San Sebastián para regresar a Navarra, dando un gran rodeo,

pues no se atrevió a retirarse ni por Velate, ni por Lecumberri, ni por Segura, por temor a sus adversarios.

La batalla de Velabieta tuvo lugar el día 11 de diciembre. Las fuerzas que en ella tomaron parte permanecieron en Guipúzcoa, al mando de Ollo los navarros, de Ruiz de Larramendi los alaveses, de Velasco los vizcaínos y de Lizarraga los guipuzcoanos, todas ellas dirigidas por don Joaquín Elío como jefe del Estado Mayor General del ejército del Norte. Allí pasaron, acantonados en Alegría, Lizarza, Asteasu, Aya, Iturrioz, Aizarnazabal, Cestona, etc., la Navidad de 1873. Don Carlos se hallaba alojado en Azcoitia.

El 28 de diciembre, y después de haber intentado romper la línea carlista por diversos puntos sin éxito alguno, embarcó Moriones sus fuerzas en Guetaria y San Sebastián para desembarcar en Laredo y Santoña. En vista de ello, todas las fuerzas carlistas, excepto los guipuzcoanos de Lizarraga, se trasladaron al valle de Somorrostro para impedir que Moriones llegase a Portugalete y Bilbao. Ollo penetró en Las Encartaciones antes que su rival y colocó sus fuerzas en Saltacaballo, Talledo, Trucíos y Otañez. Velasco ocupó San Juan de Somorrostro, y Elío, Valmaseda y Sopuerta.

Por aquel entonces los vizcaínos, mandados por el heroico y septuagenario don Cástor Andéchaga, que nació en Gordejuela en 1803, y que tanto se distinguió en la primera guerra civil, pusieron sitio a Portugalete, llave de Bilbao a la entrada de la ría. Andéchaga llevaba meses atacando los pueblos de la ría y ya en agosto del 73 había conseguido penetrar en Portugalete, donde no pudo sostenerse ante la superioridad de las fuerzas liberales que fueron a atacarle, pero tuvo la compensación de apoderarse de Deusto, Olaveaga y Zorroza, cerrando el paso de la ría con cadenas y calabrotes un poco más arriba de Olaveaga. Andéchaga colocó varias piezas de artillería a uno y otro lado del Nervión, para batir Portugalete, y después de una gran resistencia y de aguantar más de dos mil disparos de la artillería carlista, Portugalete se rindió, a pesar de la intervención de los buques de guerra liberales, el día 21 de enero de 1874, apoderándose los carlistas de 1.000 fusiles Remington y Berdán, dos cañones de campaña y gran cantidad de víveres y municiones.

El 12 de enero cayó el fuerte de Luchana, y el 23 de igual mes el de Desierto, entregando muchos fusiles Berdán, un cañón y gran cantidad de municiones.

Moriones no pudo impedir la pérdida de Portugalete, por cerrarle el paso los carlistas situados en la línea de Somorrostro. Desde Santander se dirigió rápidamente por ferrocarril a Logroño, para amagar de nuevo a Estella, con el fin de obligar a los batallones carlistas a levantar el sitio de Bilbao. A su paso consiguió apoderarse de Laguardia, importante población amurallada de la Rioja alavesa, que ocupaba el anciano Brigadier Llorente con un batallón riojano. Por falta de municiones, Llorente, gravemente herido, se rindió con sus fuerzas al tercer día, penetrando los liberales en la muy carlista plaza de Laguardia el 1.º de febrero.

La marcha de Moriones hizo que Ollo, con algunos batallones navarros y alaveses, se trasladase a los alrededores de Estella, desde donde destacó para socorrer a Laguardia al Brigadier Iturmedi con dos batallones y alguna artillería, pero la pequeña ciudad alavesa había ya capitulado.

Volvamos a Vizcaya. Dueños los carlistas de Portugalete, de Luchana, Olaveaga y Deusto, se apoderaron fácilmente de Banderas, Archanda, Santa Marina, Ollargan y Castrejana, dejando encerrados a los liberales en el casco de la capital vizcaína. Ya estamos en el primer sitio de Bilbao de la segunda guerra civil. Se iban a cometer los mismos errores que en la primera; la misma desgraciada fatalidad iba a cebarse en los mejores y más bravos de sus jefes. Como en aquella, no faltaron hombres inteligentes, como don Pablo Morales, que tanto se destacó durante los preparativos para el desembarco de San Carlos de la Rápita, que propugnaban con gran empeño en favor de un avance hacia Castilla para ensanchar el radio de acción y extender el territorio conquistado. Contra la opinión de Morales se alzaba la de Andéchaga, que puso verdadero empeño en tomar Bilbao. La mayoría de los generales carlistas opinaron en contra. En el sitio iban a morir precisamente Andéchaga, Ollo y *Radica*, los mejores entre los mejores; pero Elío impuso la opinión de la minoría, representada por Andéchaga, Bériz y Valdespina.

Por aquellos días presentó un plan de invasión de Santan-

der don Fernando Fernández de Velasco, hombre de gran influencia en toda la montaña, y aprobado aquél por el Estado Mayor de Don Carlos, se encargó de su ejecución don Torcuato Mendiri, quien emprendió la marcha con siete batallones, dos cañones y unos 300 caballos. Llevaba a sus órdenes como jefe de una de las columnas a don Santiago Lirio. Este, que tenía el encargo de cortar el ferrocarril del Norte en Reinoso, lo interceptó en Ontaneda y Caldas, lo cual no era igual. Mendiri llevaba el plan de apoderarse de Ramales y desde allí dirigirse a la capital; se acercó a 15 ó 20 kilómetros de ella, pero faltóle decisión para acometerla, cuando le hubiera sido muy fácil hacerlo. Se culpó del fracaso de la expedición al mal tiempo, pero creemos que faltó en los dos jefes la diligencia, el celo y la rapidez necesarios.

La toma de Santander, o por lo menos la conquista definitiva de Castro-Urdiales, Laredo y Santoña, hubieran evitado la ruptura del cerco de Bilbao por Somorrostro. El espacio defensivo de los carlistas era excesivamente pequeño y la zona de ataque de los liberales se hallaba demasiado próxima a Bilbao para poder abrigar la seguridad de rechazarlos. En la primera guerra civil no existía el ferrocarril ni era posible la rápida movilización de fuerzas, y por lo tanto la extensión del terreno tenía menos importancia que en ésta. Por ello era indispensable la destrucción del ferrocarril de Miranda a Irún y Bilbao y el de Palencia a Santander, pues desde la capital de la montaña podían trasladarse las fuerzas a Somorrostro con relativa facilidad.

Con respecto al sitio de Bilbao, he aquí la opinión del General Ollo, relatada por el brillante jefe de artillería don Antonio Brea, que iba en su Estado Mayor, en su obra *Campaña del Norte*:

“Mucho he pensado en este asunto; quizás desde el principio de esta campaña veía acercarse este momento con temor, y como yo soy muy franco y muy navarro, voy a explicar a usted mi pensamiento. Únicamente la lealtad debida a mi Rey y el imperioso deber del viejo soldado pueden hacer que contribuya a un empeño militar de esta índole. Ante la plaza se han estrellado siempre las fuerzas carlistas. En esta guerra era siempre de temer que siguiéramos las huellas de la primera.

¿Cómo no, si todavía vivimos muchos de aquella época? No alcanzo todas las grandes ventajas morales y materiales que su conquista nos pueda proporcionar. Aun dado caso de que nos apoderásemos de Bilbao, cosa bastante problemática careciendo de potente artillería, ¿no es verdad que necesitaríamos todos o casi todos los batallones hasta hoy organizados para su defensa? ¿No sería locura suponer que el enemigo nos dejase en pacífica posesión de la villa? Dicen que nuestro reconocimiento por las potencias europeas como beligerantes depende de la toma de Bilbao. Pero, aun suponiendo más, suponiendo que los batallones vizcaínos bastasen para resistir las acometidas del ejército liberal, ¿cómo es posible que el resto de nuestras fuerzas fuese bastante para contener a los contrarios y avanzar al interior de España, lo cual debe ser nuestro primero y principal objetivo? Tan errados vamos nosotros en eso como los liberales en sus acometidas contra Estella. Prescindiendo del efecto moral que pudiera producir la toma de nuestra capital carlista, ¿no se hallarían los contrarios en iguales condiciones para sostenerla que nosotros para conservar Bilbao? ¿No podríamos dejarles en su pacífica posesión y dedicarnos a completar la artillería y caballería que necesitamos para cruzar en buenas condiciones el Ebro, castigando entretanto al enemigo en empresas en que no expusiéramos tanto y cuyos seguros resultados levantasen el espíritu carlista tanto como quebrantasen la moral del ejército y del país republicano, facilitando así el éxito de una expedición nuestra a Madrid? Al pensar nosotros en el sitio de Bilbao, no olvidemos, y quiera Dios no olviden nuestros jefes, que ha de preceder a todo la inutilización definitiva de la línea férrea de Santander, pues por ella nos ha de venir la muerte. Si no bastan tres batallones, todos en masa debemos acudir a romper, no temporalmente, sino para siempre, la vía férrea. Y si esto no se hace, y pronto, el enemigo no tendrá que discurrir mucho para arrojar sobre nosotros 50 ó 60 batallones, con dotación sobrada de cañones y proyectiles para aniquilarnos, por muy buenas que sean nuestras posiciones. Los liberales, no disponiendo ahora de Portugaleta como base de operaciones, se nos entrarán por Algorta o Somorrostro; quizás nos entretengan por allí mientras otras columnas avancen por Valmaseda y Durango, y entonces, ¿no ten-

dremos que dividirnos y que acabar por levantar el sitio para evitar que nos envuelvan y nos destruyan?"

Tales eran las razones que oponía el ilustre General Ollo al asedio de Bilbao.

Los carlistas iban a concentrar todas sus fuerzas disponibles en los alrededores de la *invicta* villa; querían borrar lo de invicta, pero la desgracia impidió se consumara su plan. El mando del sitio le fué confiado al General Marqués de Valdespina, veterano de la primera guerra civil y laureado con la cruz de San Fernando; éste colocó sus batallones en esta disposición: el de Bilbao, con Fondecha, en Puente Nuevo y Artagan; el de Marquina, con Sarasola, en Archanda y Santo Domingo; el de Durango, con el Barón de Sangarren, en Olaveaga y Deusto; el de Munguía, con Gorordo, en Plencia, Olaveaga y Las Arenas; el de Guernica, con Iriarte, en San Mamés e Iturrigorri; el de Orduña, con Bernaola, en Larrasquitu y La Peña. Estos seis batallones tenían por misión el impedir la entrada de víveres y municiones en la plaza y taponar las salidas de la misma. De lo que se hallaban los carlistas en esta ocasión, como en las dos anteriores, muy deficientes era de artillería; la tuvieron en las dos guerras cuando no les hizo falta, o sea al finalizar la contienda, cuando su moral se hallaba minada por el desaliento y la traición.

Este sitio de Bilbao se emprendió en los primeros días de febrero de 1874.

Mandaba las fuerzas sitiadas el Mariscal de campo don Ignacio María del Castillo, quien tenía a sus órdenes, entre soldados y milicianos, unos 4.000 hombres y 40 cañones de diferentes calibres. La ciudad se hallaba defendida por varios fuertes: el del Morro, de Miravilla, de Mallona, San Agustín, Solo-coeche, de la Cárcel, Choritoqui, del Diente, etc., etc., además de algunas baterías y reductos construídos en Albia, Zabálburu, la Estación del Norte, etc.

Los carlistas creyeron que la plaza se rendiría a los primeros disparos de su artillería y que, tras su rendición, vendrían, no sólo riquezas y provisiones en abundancia, sino también el reconocimiento de beligerancia, al que concedían acaso excesivo valor.

CAPITULO XXII

Batallas de Somorrostro.—Derrota de Moriones.—Le sustituye Serrano.—Muerte de Olo y "Radica".—Andéchaga muere en las Muñecas.—Se levanta el sitio de Bilbao.—Batalla de Abárzuza.—Muerte de Concha.—Reconquista de Laguardia.—Fracaso ante Irún.—Triunfo de Urnieta.

LEGAMOS al momento culminante, en nuestra opinión, de la segunda guerra civil en el país vasco-navarro, o sea a las famosas batallas de Somorrostro.

El Gobierno republicano de Madrid, ahora, como en la guerra de los Siete Años, envió para liberar a Bilbao sus mejores fuerzas y sus más destacados generales.

No siéndonos posible describir con todo detalle las acciones libradas, haremos un pequeño resumen de las operaciones desarrolladas en la famosa línea de Somorrostro. Moriones seguía siendo el General en jefe de los ejércitos republicanos del Norte, y como tal mandaba tres divisiones: las de Primo de Rivera (don Fernando), Andía y Catalán; más dos brigadas de vanguardia, las de Blanco y Jaquetot.

La línea avanzada carlista se hallaba en las formidables posiciones de Saltacaballo y la mandaba Andéchaga, quien tenía a sus órdenes los dos batallones de Las Encartaciones, que él levantó y organizó, más unas compañías de castellanos, al mando del bravo Solana. Andéchaga se vió atacado por fuerzas imponentes, a cuyo frente iban los Generales Primo de Rivera y Blanco; pidió refuerzos con urgencia, y a pesar de anunciarle que llegarían en su auxilio siete batallones alaveses y

navarros, mandados por Mendiri, sólo le llegaron dos, mandados por Berriz.

Andéchaga tuvo que ceder las posiciones de Saltacaballo y Ontón y retirarse a San Juan de Somorrostro, al abrigo del río de este nombre.

Vista la dirección del ataque enemigo, los batallones carlistas fueron llegando al lugar de la acción. Situáronse tres de ellos, con Velasco, en las Muñecas; Mendiri con siete y Andéchaga con tres ocuparon el terreno comprendido entre Montañío y el Pico de las Cortes. A éstos se agregó un batallón aragonés mandado por Lizarraga, y cuatro navarros, con la artillería, que trajo Olo, quien asumió interinamente el mando de todas las fuerzas. Se alojó en San Salvador del Valle. Desde allí dió una orden general, admirable y notabilísima, modelo espléndido de literatura militar.

Moriones se apoderó el 19 de marzo de San Juan de Somorrostro y allí estableció su cuartel general.

Para que no faltase nada al cuadro, Don Carlos de Borbón, acompañado del jefe de Estado Mayor General interino, don Antonio Dorregaray, se situó en Las Cruces.

Se acercaba el día de la gran batalla. Moriones tenía el propósito de romper las líneas carlistas y avanzar por la carretera general de Santander a Bilbao hasta la ría del Nervión. El 25 comenzó el ataque. Olo se instaló en San Fuentes, aldea situada a la derecha de la carretera conforme se va a Santander (y en cuyo lugar se adquirió hace pocos años un terreno en el punto exacto donde murieron él y *Radica*, para erigirles un monumento; pero sin que sepamos por qué razón nada se ha hecho, a pesar de haberse recaudado fondos para tal fin en cantidad suficiente por lo menos para conmemorar el hecho por medio de una gran cruz y una lápida; el homenaje sería merecido y de estricta justicia, pues Olo fué la gloria carlista más pura de la segunda guerra civil).

Los batallones liberales, después de violento cañoneo, iniciaron su avance con el propósito manifiesto de apoderarse de la altura de Montañío, situada a su izquierda, entre el mar y la carretera. Fué Andía quien se encargó de esta operación; Catalán atacó San Pedro Abanto, y Primo de Rivera la parte de Galdames. La escuadra unió sus fuegos a los del ejército de

tierra. Aunque tuvieron un éxito inicial los atacantes, todo el ímpetu de las primeras horas se quebró ante los pechos carlistas, que defendieron sus posiciones con balas cuando las tenían, y con la bayoneta calada cuando aquéllas faltaron.

Moriones se dió por vencido y cursó a Madrid un telegrama que se hizo célebre, y uno de cuyos párrafos decía así: "El ejército no ha podido forzar los reductos y trincheras carlistas y su línea ha quedado quebrantada. Vengan refuerzos y otro general a encargarse del mando."

Esta derrota produjo consternación en Madrid y en toda España, y el Gobierno de la República resolvió nombrar General en jefe del ejército del Norte a don Francisco Serrano, Duque de la Torre y Presidente del Poder Ejecutivo. Debía su título y la grandeza de España, así como el nombramiento de Capitán general, a Doña Isabel II, que le distinguió con exceso—que en la época fué censurado—, lo que no impidió a Serrano destronar y desterrar a su protectora.

Unióse a Serrano el Ministro de Marina, Topete, y nombróse jefe de Estado Mayor Central a López Domínguez, el vencedor de los cantonales en Cartagena.

Serrano contaba con dos cuerpos de ejército, mandados por Letona y Primo de Rivera, más dos brigadas de vanguardia; esto hacía un total de 48 batallones con 60 piezas de artillería, caballería, guardia civil, ingenieros, etc.

A estas fuerzas opusieron los carlistas unos 24 batallones, dejando siete sobre Bilbao para evitar cualquier salida de la guarnición. Parece ser que estas fuerzas no fueron excesivamente rígidas en su misión de cerrar el paso de víveres y pertrechos a la plaza sitiada.

En esta batalla los ingenieros carlistas, dirigidos por el distinguido Teniente coronel del Arma don José Garin, construyeron las primeras trincheras hasta entonces usadas en las guerras; anteriormente se construían parapetos, los que ofrecían mucho mejor blanco, sobre todo a la artillería.

La segunda famosa batalla para la liberación de Bilbao empezó el día 25 y duró tres días. El primero, las tropas liberales consiguieron alguna ventaja, logrando el General Loma pernoctar en Las Carreras.

El día 26 el combate continuó con mayor intensidad, espe-

cialmente por parte de la artillería. Se intensificó la lucha sobre San Pedro Abanto, donde la carnicería fué espantosa, quedando allí destrozado ante las líneas carlistas un batallón de infantería de Marina, que prefirió morir a volver la espalda. Precisamente mandaba las fuerzas carlistas en aquel sector el Brigadier don Rafael Alvarez y Cacho de Herrera, antiguo oficial de la Armada.

Todos los historiadores de la guerra tributan cálidos elogios a los batallones carlistas que defendieron San Pedro Abanto con bizarría y ardor épicos. Las fuerzas liberales combatieron bravamente, pero sus esfuerzos y heroísmos se estrellaron ante el valor de los voluntarios carlistas.

Como episodio saliente se cita que una compañía de un batallón navarro fué blanco de ocho cañones Krupp que disparaban sobre ella; ante aquella lluvia de plomo trató de retirarse, pero sabedora de que Don Carlos en persona presenciaba la lucha desde muy cerca, volvió a la trinchera rezando en alta voz el acto de contrición y dispuestos todos a morir antes que ceder.

También se distinguieron notablemente en estos encuentros los batallones 1.º, 3.º y 4.º de Alava, los que tuvieron enorme número de bajas, sin que, a pesar de ello, quisieran retirarse a retaguardia. El 4.º de Castilla, que fué muy castigado, pidió que se le dieran picos y palas para recomponer los parapetos y trincheras, en lugar de relevo o descanso.

Todos los batallones carlistas rivalizaron en heroísmo y espíritu de sacrificio. Sus pérdidas se calcularon en 2.000 bajas; las de los liberales fueron mucho mayores. Murieron los Coroneles Quintana, Trillo y Rodríguez, y fueron heridos los Generales Primo de Rivera y Loma y los Brigadieres Terrero y Cortijos.

Los dos ejércitos quedaron en sus posiciones respectivas y en observación. El día 28 de marzo se celebró consejo de guerra en el campo carlista, tomando parte en él los Generales Elío, Dorregaray, Ollo, Mendiri, Duque de la Roca, Marqués de Valdespina, Lizárraga, Martínez de Velasco, Andéchaga, Benavides y Larramendi, y los Brigadieres Rada, Oliver, Berriz, Zaratiegui, Yoldi, Zaldueño, Lerga, Alvarez, Hormaeche y Aizpurua.

Elío preguntó a los reunidos qué convendría más, si conti-

nuar el sitio de Bilbao o trasladar el teatro de la guerra a otras provincias. Mendiri opinó por el abandono de las líneas de Somorrostro, a causa de la escasez de municiones y de las bajas sufridas. La mayoría se sumó a esta opinión, pero Andéchaga y Berriz sostuvieron que una retirada en el momento en que la confianza, el entusiasmo y la moral del ejército carlista estaban más altos, sería de resultados catastróficos. Elío se adhirió a la opinión de la minoría y se acordó mantener las posiciones contra las tropas republicanas, considerablemente reforzadas. Esta actitud de Elío disgustó mucho a algunos Generales, que se preguntaron: "¿Para qué se reúne el Consejo, si después de la sesión se hace lo que defiende una pequeña minoría?"

Ambos ejércitos se aprestaron a la batalla.

El día 29 de marzo fué fatídico para la causa carlista. Después de los grandes triunfos de 25, 26 y 27, Don Carlos y sus Generales descansaron en sus acantonamientos. Ollo, como dijimos antes, tenía su cuartel general en la barriada de San Fuentes, que se halla a la derecha de la carretera de Bilbao a Santander, no lejos de San Pedro Abanto. En un pequeño prado situado a la izquierda de las casas, conforme se entra en la barriada, se hallaban de tertulia varios Generales carlistas, sentados alrededor de unos rústicos veladores: las líneas liberales permanecían en silencio, pero de cuando en cuando disparaban algún cañonazo, más que todo para hacer ver a los sitiados de Bilbao que aún permanecían allí cerca. Uno de los proyectiles pasó por encima de las cabezas de los reunidos, en vista de lo cual varios de los Generales se retiraron al abrigo de una casa vecina, pero permanecieron en su sitio Ollo, *Radica*, el Auditor Escudero y el Coronel Torrecilla. Parece ser que alguien dijo a los reunidos que se retirasen, pero *Radica*, con ese valor temerario e imprudente tan característico de los españoles, que creen que el tomar precauciones necesarias y obligadas es signo de cobardía, contestó: "No hay que temer; ésta ha pasado por alto, la otra vendrá corta." Pero la otra llegó precisamente a caer en medio del grupo. Aquella misma noche murió Ollo, al día siguiente falleció en el hospital de Santurce *Radica*, así como Escudero; sólo quedó leve el Coronel Torrecilla.

Aquella granada salvó a Bilbao, pues la muerte de Ollo y de *Radica* no sólo sembró la consternación y el desaliento entre sus

queridos batallones navarros, sino que privó al ejército carlista que sitiaba a Bilbao del mejor jefe; continuaron las batallas, pero ya con el sino fatal de la derrota en perspectiva.

Don Carlos concedió a Ollo el título de Conde de Somorrostro. El día 30 se celebró un armisticio para enterrar a los muertos.

El Duque de la Torre pidió refuerzos a Madrid y el Ministro de la Guerra, Zabala, dispuso la formación de un tercer grupo, fuerte de 15.000 hombres, que a las órdenes del General Gutiérrez de la Concha, Marqués del Duero, fuera a ponerse a las órdenes de Serrano.

Este tercer grupo, que llevaba consigo 24 batallones y 20 piezas de artillería, contaba con tres divisiones, mandadas por los Generales Echagüe, Martínez Campos y Reyes. Se le confió la misión de atacar la izquierda carlista por la parte de Galdames y de rebasarla, interponiéndose entre ella y Bilbao, lo que traería como consecuencia el copo de los batallones carlistas de aquella zona o una rápida retirada de los mismos al otro lado de la ría.

El veterano General Elío, que tomó el mando de todas las fuerzas carlistas, reforzó su izquierda, pero cometió el error de extender demasiado su línea, suponiendo que el objetivo del Marqués del Duero era la conquista de Valmaseda, para avanzar por la carretera que desde dicho punto conduce a Castrejana y Bilbao. Elío se situó en Traslaviña y distribuyó los once batallones que llevaba entre Talledo y Carranza. En Talledo y Las Muñecas se hallaban el General Andéchaga y el Brigadier Yoldi. Por este punto iba a realizarse la ofensiva más violenta de los liberales, con sorpresa de Elío, que no la esperaba por allí.

Dorregaray, que por la toma de Portugalete había sido ascendido a Teniente General (aunque dicha conquista se debió principalmente a Andéchaga), quedó al frente de todas las fuerzas que operaban por el lado de Somorrostro. La tercera batalla para levantar el sitio de Bilbao comenzó el día 27 de abril, con un ataque contra Otañes, que fué conquistado por las tropas del Brigadier Otal. Entonces se dió cuenta Elío de su gran error al ver que los liberales se dirigían por la carretera de Castro Urdiales a Las Muñecas, Mercadillo y Valmaseda, en lugar de atacar por Carranza, como él suponía, y mandó reforzar las débiles fuerzas de que disponía Andéchaga en Las Muñecas con los

batallones de Velasco. En la madrugada del 28, Concha decidió atacar Las Muñecas, y aunque las posiciones carlistas fueron defendidas con asombroso heroísmo por los batallones vizcaínos de Andéchaga y los castellanos de Arlanza y el Cid, que mandaba Velasco, y el séptimo guipuzcoano, que llegó de refuerzo, por una de esas sorpresas corrientes en todas las batallas, las tropas liberales, en proporción de siete a uno, se infiltraron por unas alturas del centro de la línea carlista que las fuerzas de Andéchaga y Velasco creían defendidas cuando se hallaban abandonadas.

Andéchaga, el bravo Andéchaga, que tuvo que retirarse de Talledo, cayó muerto en las alturas de Las Muñecas, atravesado de un balazo, al frente de sus escasas fuerzas, luchando como un león contra lo imposible, a pesar de sus setenta y un años. Tal era el prestigio de don Cástor de Andéchaga en Vizcaya, que recordamos este curioso episodio. Fuimos hace unos seis años a visitar el sitio exacto en que una granada privó de la vida a Olo y *Radica*; vecinos de Dos Fuentes que se hallaban en la taberna del pueblo y que no eran carlistas, nos mostraron el lugar de la desgracia: "Si Cástor (pronunciando así, con acento) no hubiera muerto, los liberales jamás hubieran entrado en Bilbao."

Este es el mayor elogio que puede hacerse de aquel heroico y noble hijo de Vizcaya.

La pérdida de Talledo y Las Muñecas y el triunfo subsiguiente de Concha fué debido a que Elío no envió suficientes refuerzos a Andéchaga, obsesionado como estaba con la idea de que el ataque por aquel lado era un mero simulacro y que el verdadero esfuerzo de Concha iba a hacerse por Arcentales y Carranza contra Valmaseda.

Roto el frente de Las Muñecas, la derecha del General Elío quedaba rebasada, y esto le obligó a retirar la línea entera a Galdames, situando su Cuartel General en Güeñes; más tarde lo retiró a Sodupe. En Galdames se libraron las últimas batallas del sitio de Bilbao y en ellas se distinguió extraordinariamente el Coronel Solana, con el 4.º batallón de Castilla, deteniendo él solo durante horas y horas el avance de la división de Martínez Campos.

Los batallones de Elío iban en retirada y esto obligó a Do-

rrregaray a levantar la línea de Somorrostro y repasar la ría de Bilbao.

El gran número de fuerzas de que disponía Concha y los amagos que hacía en todas direcciones, tuvieron completamente desconcertado a Elío, que con una terquedad lamentable seguía creyendo que Concha iba a atacar Valmaseda. Cuando éste movió sus fuerzas en dirección de Galdames, que quedó desguarnecido, porque se suponía que por aquel terreno tan difícil no intentarían romper el frente, se encontró con la gran sorpresa de que por Galdames precisamente, y en cuña, avanzaban en tromba las fuerzas republicanas. Como en el citado pueblo apenas había 100 voluntarios carlistas, Concha se apoderó fácilmente del mismo. Dueño Concha de los montes de Galdames, dejó cortada en dos la línea carlista, quedando a su derecha Elío con sus once batallones y a su izquierda Dorregaray con catorce o quince; el peligro era inminente, pero las fuerzas de Dorregaray lograron retirarse con gran diligencia y rapidez y en perfecto orden.

En una obra titulada "Dorregaray y la traición del Centro", escrita por su Jefe de E. M., don Francisco Oliver, se dice de esta retirada lo siguiente:

"Con Elío estaban Lizárraga y Velasco, y ninguno de los tres sabían lo que debía hacerse. Oriol insistía en que le dieran pronto una resolución, pues ya era la una de la madrugada... Inútil insistencia: ellos creían que no urgía tanto, y a las doce de la mañana salió Oriol sin haber conseguido ni noticias ni instrucciones para Dorregaray.

"Este, que vio la inminencia del peligro, dispuso en el poco tiempo que ya quedaba hasta el amanecer, la retirada de todas nuestras fuerzas, y gracias a él se salvaron éstas, pues a haber esperado la resolución de Elío o de Don Carlos, que se había trasladado a Durango, irremisiblemente hubieran sido hechas prisioneras."

Elío creyó, cometiendo un grave error de cálculo, que podía defenderse el ejército carlista en la segunda línea de Castrejana, muy próxima a la plaza de Bilbao, pero esto era completamente imposible.

En Castrejana se encontraron Mendiri, que mandaba gran parte de las fuerzas de la línea de Somorrostro; Dorregaray,

que era su General en Jefe, y Elío, Jefe del Estado Mayor General, y al preguntarle Elío a Mendiri qué opinión tenía de las posiciones de Castrejana, le contestó que detestable; discutieron algo, y casi no había terminado la discusión cuando las avanzadas liberales les demostraron la inutilidad del intento. En vista de ello, se mandó efectuar la retirada general, cruzando la ría por un puente de barcas, situado en los alrededores de Zorroza, con gran orden. El tercer batallón de Navarra, mandado por Montoya, cubrió la retirada, por orden de Mendiri, y las últimas fuerzas que cruzaron la ría, y que produjeron cierta alarma por su retraso en llegar, fueron las del Brigadier Zalduendo.

Como la dirección y el mando de Elío dieron tan malos resultados y fueron tan criticados, le reemplazó como Jefe de Estado Mayor General don Antonio Dorregaray. Elío fué nombrado Presidente del Consejo de Ministros y Ministro de la Guerra, pero apenas tomó ya en adelante parte en las operaciones. De Elío se ha dicho que, de no estar su lealtad a cubierto de toda sospecha, se pensaría que obró de acuerdo con el enemigo.

Las fuerzas carlistas se retiraron a las proximidades de Durango y construyeron trincheras y parapetos entre Galdácano y Amorebieta, para contener al ejército liberal, caso de que intentara atacarles.

Serrano, Duque de la Torre, confió el mando en jefe de todas las fuerzas del ejército del Norte al Marqués del Duero y regresó a Madrid, donde fué recibido con grandes aclamaciones.

Contra lo que muchos pensaban y deseaban, Concha, Marqués del Duero, no se decidió a perseguir a los carlistas, quienes pudieron tranquilamente reorganizarse y municionarse: toda la margen derecha del Nervión quedó en poder de Don Carlos.

Aunque la atención de carlistas y liberales se hallaba concentrada en la campaña de Somorrostro y sitio de Bilbao, durante este tiempo tuvo lugar la toma de Tolosa, tan apetecida por los carlistas guipuzcoanos. En vista de las dificultades, cada día mayores, que encontraba el General Loma para conducir sus convoyes de San Sebastián a Tolosa, decidió dicho General evacuar la plaza, retirándose la guarnición de la misma, con buen número de sus habitantes, a San Sebastián el día 28 de febrero. El 5 de marzo hizo Don Carlos su entrada triunfal en

ella, entre el repique de campanas y las entusiastas aclamaciones de la muchedumbre.

Desde este momento los carlistas eran dueños de todo Guipúzcoa, excepto la capital, Irún y sus alrededores.

Así como los jefes carlistas se hallaban dominados por la obsesión de la toma de Bilbao, los Generales liberales no cejaban en su manía de atacar a Estella, creyendo, con razón o sin ella, que la posesión de la Meca del carlismo supondría el fin de la guerra. Concha, envanecido con sus triunfos de Las Muñecas y de Galdames, se decidió a apoderarse de Estella, para lo cual trasladó todas sus fuerzas a Logroño y desde allí a los acantonamientos de Larraga, Lerín, Artajona, Tafalla, etc. Vistos los movimientos de las tropas republicanas (esta era una república anfibia y acéfala, pues la auténtica había devorado a cinco Presidentes en once meses), los carlistas trasladaron las suyas a los alrededores de Estella. Dorregaray dió orden a Mendiri de trasladarse inmediatamente con algunos batallones a fortificar las vías de acceso a la capital carlista, encargándole que no extendiese demasiado su línea para no debilitarla. Las trincheras carlistas se apoyaban por su ala derecha sobre el río Ega y seguían por Villatuerta a Grocin, Zurucoain, Murugarren, Muro, apoyando la extrema izquierda en los montes de Eraul y el puerto de Echavarri. También contaban con fuerzas en Allo, donde se alojaba la caballería, en Dicastillo, Morentín y Aberín, pero éstas eran más bien fuerzas de observación.

Concha decidió penetrar en Estella, atacándola por el norte y nordeste, y acumuló sus fuerzas principales por el lado de Lácar, Alloz, Arizala, etc.

La batalla de Abárzuza—llamada así por los carlistas, y de Montemuro por los liberales—fué sin duda la más importante de las libradas en la última guerra civil: se dió en los días 25, 26 y 27 de junio de 1874.

Los carlistas disponían de unos 25 batallones y de tres baterías; los liberales pusieron en línea no menos de 50.000 hombres con 80 cañones, de los cuales concentraron más de la mitad en el terreno que se extiende entre Abárzuza y Murugarren.

El día 25 dos cuerpos de ejército avanzaron desde Larraga y Lerín sobre Lorca y Cirauqui y pernoctaron en Alloz y Lácar uno de ellos y en Oteiza y Murillo el otro. Una división se situó

enfrente de los carlistas que ocupaban la Solana (o sea Dicastillo, Morentín, etc.). El segundo día atacaron Abárzuza, Zabal, Murugarren y Montemuro las tropas de Martínez Campos, apoyadas por las de Echagüe, y a pesar de la resistencia de los carlistas, los republicanos consiguieron pernoctar en Abárzuza, Zabal, Zurucoain y Murillo, pero no pudieron conquistar Grocin, ni Montemuro, ni Murugarren, cuyas posiciones fueron heroicamente defendidas por los batallones carlistas que mandaban el Brigadier Alvarez y el Coronel Montoya. Así llegó el día 27; no le quedaba ninguna duda a Dorregaray sobre las intenciones de Concha, que no eran otras sino las de romper la línea entre Montemuro y Eraul y envolver la izquierda carlista, cortándoles toda posibilidad de retirada a las montañas, y una vez conquistada Estella, lanzarlos hacia la ribera de Navarra, donde, escasos de caballería y artillería, quedarían a su merced, sin posibilidad de escape. El plan estaba bien concebido, pero la providencia se encarga a veces de echar por tierra los cálculos mejor estudiados de los hombres.

Concha intentó conquistar Montemuro y Murugarren, lanzando sobre estas posiciones a sus fuerzas más aguerridas y confiando en su buena estrella, y visto que los ataques de sus soldados eran valientemente rechazados por las cargas a la bayoneta de los bravos batallones de Montoya, se puso él mismo al frente de los suyos, creyendo que, como en Las Muñecas, le iba a acompañar la diosa fortuna; pero al llegar al pie de la colina de Montemuro, situada a la izquierda de la carretera que une Estella con Abárzuza, cayó mortalmente herido al atardecer del día 27 de junio de 1874. Trasladado a Abárzuza, murió a los pocos instantes en una casa, donde aun hoy se muestra a los visitantes la habitación en que expiró el Capitán General de las tropas liberales, don Manuel Gutiérrez de la Concha, Marqués del Duero.

Un historiador anónimo describe así su muerte: "Con el ejemplo del General en Jefe subían los batallones animosos, como si no hubieran sido arrollados nunca. El General en Jefe subía también con ellos, a pie, cuando el terreno no se prestaba a que ascendiera a caballo. La artillería tenía constantemente sus granadas en las trincheras de los contrarios, que ya no se atrevían a salir de ellas. Y caminando el General Concha hasta la

cabeza de sus tropas, fué tan rápido el ascenso de la columna que llegó a cincuenta pasos de las trincheras enemigas, cuando el General Reyes no había tenido tiempo de incorporarse. A las siete y media de la tarde, por falta de este apoyo, no se podía intentar este último esfuerzo. El General en Jefe veía bien, con sus anteojos, la posición de sus enemigos y sus obras; pero avanzaba la noche, no llegaban los refuerzos del General Reyes y tuvo que demorar el ataque definitivo, dando por fracasada aquel día la operación. Empezó, pues, a descender y dirigióse con los que le acompañaban adonde estaban los caballos. Allí, ya fuera de peligro, habíanse colocado los ordenanzas, separados entre sí, según el terreno, y el del General en Jefe, aunque inmediato a los otros, con quienes conversaba sin esforzar la voz, no a su vista, cubierto por unos árboles y matorrales. Cuando llegaron todos a aquel sitio dijo el General Concha a su ordenanza: "Ricardo, el caballo." Fueron las últimas palabras que pronunció: en el momento de cruzar la pierna por la grupa una perdida bala de fusil atravesó el pecho de aquel valiente que frente a frente habían respetado todas. Las voces de Ricardo atrajeron a los que estaban inmediatos y colocando aquel valeroso guerrero a la grupa de uno de sus ayudantes, le acompañaron todos a Abárzuza, donde entró el General en Jefe ya cadáver."

Continúa el mismo historiador y dice más adelante: "Por fortuna, los carlistas... no se habían movido de sus posiciones por aquel lado y perdieron así la ocasión de una presa, no sólo inapreciable por lo que era en sí, sino porque orientándolos sobre la verdadera situación del ejército, hubiera comprometido a los liberales, en aquel momento sin cabeza ni dirección, y gravemente alarmados después en cuanto se supo la muerte del General en Jefe."

Sobre esto dice Dorregaray en sus Memorias: "En la noche del mismo día emprendieron la retirada, circunstancia que no supe hasta por la mañana, por falta de vigilancia en la extrema izquierda."

Dorregaray fué árbitro y dueño de los destinos del carlismo, pero se limitó, después del gran triunfo de Abárzuza, a no hacer nada. Lo único que se le ocurrió fué lanzar alocuciones rimbombantes y ofensivas para sus adversarios, a los que llamó "co-

barde y miserable ejército". Si así lo calificaba, ¿por qué no lo aniquilaba con el suyo, que se hallaba en aquel momento en el cenit de su poderío? Contaba Dorregaray con 44 batallones, cuatro escuadrones, 50 piezas de artillería de campaña, ingenieros, telegrafistas, etc., etc., y no concibió otro plan luminoso que el de enviar a sus respectivas provincias a los batallones concentrados en los alrededores de Estella, en lugar de emprender con ellos, que se hallaban vibrantes de ardor bélico, una vigorosa ofensiva contra las tropas enemigas que huían en derrota.

La muerte de Concha sembró el desaliento en las filas liberales, que antes de la batalla de Abárzuza ya se hallaban dominadas por la apatía y por ciertos tristes presentimientos. Nos han contado quienes lucharon en las filas de Concha que sus fuerzas avanzaban hacia las trincheras carlistas presas del pavor y que recibieron la noticia de la muerte de su jefe, si no con alegría, sí como una liberación de aquel horror con que contemplaban las montañas erizadas de trincheras y defendidas por soldados tan bravos y heroicos como los que ya conocían de Somorrosto, Montejurra, etc.

Echagüe tomó el mando de las fuerzas y reunió en Abárzuza a los Generales y Brigadieres a sus órdenes, conviniendo todos en que procedía retirarse a la línea del Ebro, y cursó a Madrid el siguiente telegrama: "General en Jefe interino a Ministro Guerra.—Ejército rechazado. General en Jefe, muerto. Pérdidas sensibles. Me ocupo levantar la moral de las tropas esperando mi sustitución. Estoy muy enfermo.—*Echagüe.*"

Los liberales pudieron efectuar la retirada de su ejército sin ser molestados, porque los jefes carlistas no se enteraron de la muerte de Concha hasta el día siguiente. Se dice que las últimas palabras del Marqués del Duero fueron éstas: "Salvad la artillería y que Dios tenga piedad de mí."

El maltrecho ejército de Concha se retiró a la ribera del Ebro.

Los carlistas no supieron aprovecharse de la magnífica coyuntura que se les presentaba, y después de tan brillante éxito Dorregaray se durmió sobre sus laureles, como Aníbal en Capua.

Si aprovechando el entusiasmo y el optimismo de que se hallaban dominadas sus fuerzas, las hubiera lanzado sobre las derrotadas divisiones de Concha, es seguro que las hubiera ani-

quilado, dejando libre el camino hacia Madrid, pues allí se hallaban concentrados todos los batallones de que podía disponer Serrano para una batalla campal.

En ésta, como en la primera guerra civil, a medida que progresaban las fuerzas militares, los elementos políticos de la retaguardia, corroidos por la intriga y la ambición, dificultaban el triunfo de la causa. Desde el Obispo de Seo de Urgel hasta el ex carabinero Romero (que llegó a ser Coronel y una especie de recaudador de contribuciones de Navarra, casi omnipotente, y a manejar grandes sumas, con poco escrúpulo) se intrigaba mucho. Se separó al Duque de la Roca de la compañía de Don Carlos, se formaron los grupos de intransigentes e ilustrados y sonaron de nuevo las palabras *ojalateros* y *traición*, que en esta guerra, como en la de los Siete Años, habían de hacer estériles los esfuerzos y sacrificios de los heroicos voluntarios carlistas.

El carlismo ha contado siempre con unas masas admirables, heroicas, abnegadas, enamoradas del ideal, pero con jefes que no se hallaron siempre a la altura de aquéllas. Cuando ha surgido alguien digno de ellas, o la desgracia se lo ha llevado a otra vida más pura y resplandeciente, como a Zumalacárregui, o los intrigantes han sabido arrinconarle y apartarle del camino de la acción.

Por entonces (el 16 de julio) se publicó el famoso manifiesto de Morentín, que se cree fué debido a la pluma de don Valentín Gómez, quien posteriormente fué uno de los católicos *mestizos* o *reconocementeros* más destacados, con Alejandro Pidal. En otro lugar de esta obra nos ocupamos del citado documento.

Después de la batalla de Abárzuza no ocurrieron en Vascongadas y Navarra hechos de importancia militar durante el año de 1874. Dorregaray cometió el gran error de dispersar sus batallones después de celebrada una gran revista en Estella, en presencia de Don Carlos y Doña Margarita, ante quienes desfilaron 23 batallones de infantería, varios escuadrones de caballería y tres baterías, además de otras unidades de menos volumen, todos ellos perfectamente armados y equipados.

Episodios salientes de la segunda mitad del año 74 fueron: la reconquista por sorpresa de la plaza de Laguardia por el Comandante General de Alava, don Rafael Alvarez; la derrota sufrida por Mendiri en Montesquinza y Oteiza y la atrevida expe-

dición de Pérula a Calahorra, de donde extrajo gran cantidad de paños, armas y municiones, que entregó a la administración carlista, haciendo un recorrido muy arriesgado por en medio de dos cuerpos de ejército, con inconcebible actividad y bravura, según palabras textuales de "La Narración Militar de la Guerra Carlista", escrita por un distinguido autor liberal.

Durante este período mandaba las fuerzas liberales el General Zabala, Marqués de Sierrabullones, que bien pronto fué sustituido por el Teniente General don Manuel de la Serna.

La plaza de Pamplona se hallaba bloqueada desde hacía tiempo, aunque no con el rigor que lo fué más tarde. Para introducir en ella un gran convoy de víveres y municiones se aprestó el General Moriones, quien en septiembre de este año decidió avanzar por la carretera de Tafalla a la capital de Navarra; no pudo conseguir su propósito porque los batallones 2.º y 3.º de Navarra y 2.º de Castilla, con un escuadrón de caballería, mandados por Pérula, derrotaron a la izquierda liberal en Biurrún y Subiza.

Pamplona seguía cercada más estrechamente que antes, y los carlistas se hicieron fuertes en la línea del Carrascal.

Por entonces se intentó conquistar Irún, hallándose al frente de la Comandancia General de Guipúzcoa el General don Hermenegildo Díez de Ceballos, veterano de la primera guerra civil, que ocupó cargos importantes bajo el Conde de Montemolín, quien le hizo Mariscal de Campo. Don Carlos VII le ascendió a Teniente General y le nombró para cargos de confianza antes del levantamiento.

Comenzó el sitio de Irún el 4 de noviembre de 1874, festividad de San Carlos; los carlistas colocaron en posición ocho cañones en el monte Ibayeta y otros ocho en San Marcial, y concentraron en los alrededores de la plaza, para impedir que fuera socorrida, ocho batallones guipuzcoanos y cuatro navarros, los que ocuparon posiciones en Urnieta, Pagollaga, Santiagomendi, Choritoquieta, San Marcos, Jaizquibel, Lastaola y San Marcial. Presenciaron las operaciones del sitio Don Carlos y Elío. Al tercer día de asedió acudió en socorro de Irún el General en Jefe liberal La Serna, llevando a sus órdenes a los Generales Loma, Blanco, al Brigadir Laportilla, etc., con numerosas fuerzas. El día 11, y ante la presión de las columnas de La Serna, los

carlistas se vieron obligados a levantar el sitio; esto produjo pésimo efecto entre los voluntarios. Se veía que faltaba dirección, pues en estas operaciones ningún jefe hizo otra cosa que salir del paso y algunos cometieron graves errores. Todos los síntomas eran de que había llegado el momento descendente en el campo carlista, a pesar de que su ejército se hallaba dotado del triple número de elementos que hacía un año.

Acaeció durante el desgraciado sitio de Irún un hecho que no debe pasar desapercibido, y fué la presentación a Don Carlos de las ilustres personalidades siguientes: Duque de Parma, Conde de Bardi y Condes de Caserta y de Bari, que representaban a los Borbones de Parma y Nápoles.

La última batalla de alguna consideración que se dió en el Norte en 1874, fué la de Urnieta, librada los días 7 y 8 de diciembre.

Loma se hallaba encerrado en San Sebastián y sólo dominaba esta capital, Irún y Hernani. Los carlistas tenían sus líneas a las puertas mismas de las tres poblaciones citadas, pues sus atrincheramientos se extendían desde Lastaola, entre Enderlaza y Behobia, hasta Lasarte y Orío, pasando por Oyarzun, Astigarraga, Fagollaga, Urnieta, Burunza y Monte-Espino. Los batallones de Don Carlos estaban mandados por el Brigadier don Domingo de Egaña, veterano de la primera guerra civil, en la que ganó la cruz laureada de San Fernando, quien tenía a sus órdenes inmediatas al también Brigadier Aizpurua.

El día 7 ordenó Loma al General Blanco que atacase al centro de la línea carlista con 3.000 hombres, pero Aizpurua le hizo frente con el 4.º y el 7.º de Guipúzcoa, y al recibir el refuerzo del 1.º que condujo a la línea de fuego el mismo Egaña en persona, los tres batallones dieron una furiosa carga a la bayoneta, haciendo al enemigo más de cien muertos y cogiéndole prisioneros. A pesar de que este tanteo fué desgraciado, el día 8 emprendió Loma la ofensiva con 12.000 hombres, divididos en tres columnas, una contra Fagollaga, otra contra Burunza y la tercera contra Urnieta. Los batallones guipuzcoanos, a los que se sumó el de Guías del Rey, se batieron heroicamente en esta acción y derrotaron completamente a las divisiones de Loma; éste fué herido de un balazo, así como también el General carlista don Antonio Díez Mogrovejo, que condujo a la acción al

batallón de Guías. Las tropas de Loma tuvieron gran número de bajas y se retiraron al abrigo de los fuertes.

La defensa de Urnieta fué heroica y los batallones guipuzcoanos se cubrieron de gloria en este encuentro.

Llegamos al final de 1874 y nos aproximamos a un acontecimiento que había de tener enorme influencia en la contienda que relatamos: la restauración de la monarquía en España en la persona de Don Alfonso de Borbón (Alfonso XII), hijo de Isabel II.

Como este acontecimiento inicia una nueva época, suspendemos aquí la historia de la campaña del Norte para ocuparnos de los hechos ocurridos en Cataluña, Levante y el resto de España en este año de 1874.

CAPITULO XXIII

Consideraciones.—La guerra de Cataluña.—Triunfo de Oristá.—Derrota y muerte de Cabrinety en Alpens.—Toma de Igualada.—Freixá.—Don Alfonso ataca Berga sin éxito.—Marcha de Tristany sobre Valls.—Triunfo de Prades.—Disensiones.—Entrada en Vich.—Triunfo de Savalls sobre Nowillas.—Nuevas victorias.

DESCRITOS los principales acontecimientos de la guerra del Norte hasta la restauración de la monarquía alfonsina, veamos lo que ocurría en Cataluña y Levante durante 1874, que es, sin disputa, el año que marca el ascenso máximo del poderío carlista en la última guerra.

Aunque el carlismo contó con mayor número de elementos nacionales y extranjeros en la guerra de los siete años y sus fuerzas se movieron en mayor espacio de territorio; aunque el carlismo perdió gran parte del apoyo que le prestó la aristocracia, el alto clero y un sector importante del ejército en esta última guerra civil, ella nos ofrece el fenómeno curioso de que el alzamiento en Vascongadas y Navarra fué sin duda más potente que el de 1833 y que en Cataluña obtuvo más éxitos en esta guerra que en la anterior y dominó mayor extensión de territorio y se desenvolvió con mayor osadía; prueba de lo que decimos es que poblaciones muy importantes, como Manresa, Vich, Olot, Igualada, Berga, Solsona, etc., cayeron en ésta en su poder cuando en la guerra de los siete años sólo pudieron disponer de Berga y Solsona, que también en esta contienda fueron suyas.

En Levante asimismo obtuvieron grandes éxitos locales, pero les faltó el caudillo.

De haber tenido los carlistas en la guerra del 72 al 76 caudillos tan capacitados como tuvieron en la primera guerra civil en el Norte y Levante, su triunfo hubiera sido inevitable. Claro está que ahora había un factor que no se dió en aquella contienda, y éste era la república y los cantonales, con sus provocaciones, con sus desórdenes, con sus intemperancias, con su chabacanería y con su anarquía interna que concitó contra ella a una gran masa de opinión que se acogió a la bandera carlista como a un refugio, para abandonarlo en cuanto la restauración alfonsina ofreció una solución intermedia, un programa moderado que suele tener la virtud de agrupar al 75 por 100 de los que militan en los partidos extremos.

Así vino y así triunfó la restauración alfonsina cuando en España no existía ni un diez por ciento de alfonsinos.

Nosotros creemos que en los partidos extremos no se pasa nunca de un veinte por ciento de adictos leales, desinteresados, firmes y conscientes que buscan solamente el triunfo del ideal, y hay un ochenta por ciento de gentes que marchan detrás del que camina cara al triunfo y que lo abandonan en cuanto sospechan que pierde posiciones y fuerza y que se aparta más y más de la tierra de promisión a la que ese ochenta por ciento aspira a llegar.

No pretendemos que esta defeción se haga de manera tajante y por un proceso totalmente consciente, sino más bien por influencias psíquicas subconscientes, en la mayoría de los casos: sólo los arrivistas y los farsantes suelen cambiar de un partido a otro con plena consciencia y nauseabundo desenfado.

Pero volviendo a nuestro tema, reseñemos la marcha de los acontecimientos en Cataluña. En los primeros meses de 1873, las fuerzas carlistas del Principado, al verse apoyadas por el alzamiento de Navarra y Vascongadas, tuvieron algún respiro a causa de que el Gobierno de Madrid tenía que hacer frente al nuevo enemigo y distraer fuerzas para conseguirlo. Don Alfonso de Borbón, hermano de Don Carlos, que mandaba en jefe a los carlistas catalanes, gracias a su nombre y categoría, contribuyó a dar impulso extraordinario al alzamiento del Principado, y ya en mayo y junio del citado año las

partidas se habían convertido en columnas respetables por su número y se atrevían a presentar batalla a las fuerzas del Gobierno, de las cuales venían huyendo hasta la fecha.

Así, el 12 de junio de 1873, 1.500 carlistas, mandados por Don Alfonso, Miret y otros jefes, derrotaban completamente en Oristá a la columna del Brigadier Alvarez, apoderándose de las dos piezas de artillería de la misma, y si el desastre no fué mayor se debió a que al final de la batalla llegó la columna de Martínez Campos, que pudo recuperar uno de los cañones. Pocos días después, Savalls cogía prisioneras a dos compañías del regimiento de América en San Quirico de Besora.

Savalls perseguía una presa mayor y ansiaba obtener un triunfo que le confirmase en su categoría de primer jefe de Cataluña, pues realmente lo fué en la última guerra civil, pese a sus defectos, a su carácter indisciplinado y a su conducta, no del todo conforme a los principios encarnados en la bandera que tan heroicamente supo defender.

El Brigadier Cabrinetty le iba persiguiendo y casi pisan-do los talones. Savalls, más inteligente y cuco que su contrario, le fué llevando al terreno que le convenía para batirle. Iban juntos el Infante Don Alfonso y Savalls. Sabedores de que Cabrinetty se hallaba en Prats de Llusanés, se propusieron sorprenderle durante la noche en dicho pueblo; pero al hacer prisioneros a dos de sus confidentes, se enteraron por ellos de que el Brigadier liberal se dirigía a Alpens. Savalls mandó a Auguet que se dirigiera a la carrera al pueblo con su batallón y se hiciera fuerte en las casas; a la vez que la vanguardia de Auguet entraba en Alpens, penetraba la de Cabrinetty por el lado opuesto y ambas fuerzas sostuvieron un violento choque en la plaza del mismo; la vanguardia carlista estaba formada por trabucaires que hicieron rodar por el suelo a la vanguardia liberal.

Alpens se halla rodeado de montes y sólo tiene dos salidas difíciles, una a Prats y otra a Borredá. Savalls ordenó a Auguet que entretuviera a las fuerzas republicanas en el pueblo mientras que Puigvert cerraba la retirada a Prats con el 4.º y 5.º de Gerona, y Camps, con el 1.º de Barcelona, cortaba la salida de Borredá. El batallón de zuavos y el 1.º de Gerona quedaron en reserva, y cuando la lucha en el pueblo se hizo

más dura y peligrosa para Auguet, marcharon a reforzarle.

La pequeña columna de Cabrinetty, compuesta de 1.500 infantes, 70 caballos y dos piezas de artillería, se dividió en tres grupos, para mejor eludir el cerco que la aprisionaba, pero los voluntarios de Don Carlos se interpusieron entre los tres y los aislaron completamente. Toda la columna de Cabrinetty desapareció, salvo un comandante y unos pocos soldados que lograron huir por entre los montes, para extender la noticia del desastre por toda España. El General republicano murió heroicamente al intentar abrirse paso por entre los batallones carlistas.

Don Carlos mandó acuñar una medalla para conmemorar esta victoria, en la que se hicieron 800 prisioneros y se cogieron 50 caballos, 42 mulos y dos piezas de artillería; concedió a Savalls el título de Marqués de Alpens y el nombre de éste adquirió gran resonancia en Cataluña.

A continuación se apoderaron las mismas fuerzas carlistas de Bagá, y pocos días después atacaron y conquistaron la importante plaza de Igualada, la que se hallaba guarnecida por el batallón de Navarra y unos 250 voluntarios y defendida por murallas y reductos. Las fuerzas reunidas de Don Alfonso, Savalls, Auguet, Miret, etc., que sumaban unos 2.500 hombres, atacaron con gran decisión y valentía durante treinta y seis horas, al cabo de las cuales se les entregó la plaza. Se distinguió notablemente en esta acción el batallón de zuavos, creado por Don Alfonso de Borbón y Doña María de las Nieves de Braganza en recuerdo de los zuavos pontificios, en cuyas filas luchó bravamente el Infante, así como también Savalls. Era Comandante de dicho batallón el holandés Wills, que halló muerte heroica en aquel combate. Al tomar una barricada, mandó Wils desplegar la bandera, que llevaba la imagen del Sagrado Corazón de Jesús, y marchar con ella al asalto. Al caer muerto el abanderado, Wils recoge la bandera y, animando a sus soldados, avanza con ella, pero cae también para no levantarse, no sin haber arrojado la enseña dentro de la barricada desde la que hacían un fuego horroroso los republicanos; los zuavos se lanzan a recuperarla para vengar la muerte de su jefe, arrójense sobre los parapetos con insupera-

ble heroísmo, recuperan el glorioso trofeo y quedan dueños del campo.

Al retirarse de Igualada las fuerzas triunfadoras, después de recoger preciado botín en dicha población, les tiroteó a distancia el *Xich de las Barraquetas*, famoso por sus crímenes y monstruosidades. Este, como todos los bandidos que militan en un partido (y no hemos de negar que en todos los partidos existen a veces bandidos), era valiente ante los indefensos o los incapaces de batirse con él, pero en cuanto veía fuerzas que le pudieran plantar cara esquivaba el bulto.

Como Auguet, Miret, Savalls y Tristany figuran tanto en la historia de esta guerra, no está de más reseñar brevemente detalles a ellos referentes.

Martín Miret sólo contaba veintiocho años; había estudiado en el seminario y se cuenta de él la siguiente anécdota. Siendo alumno de teología, el profesor que explicaba la *Summa Teológica* de Santo Tomás de Aquino observó que Miret se hallaba absorto en la lectura de un libro que tenía delante; dirigiéndose a él de improviso, le preguntó: “¿Qué lee usted con tanta atención?” Y Miret le contestó: “La sola teología posible para los tiempos que corren”, alargando la *Táctica militar* del general Concha, Marqués del Duero.

Poco tiempo después el joven seminarista era uno de los jefes militares más destacados de Cataluña y mandaba la división de Barcelona. Miret estudió táctica y organización militar y se distinguió por su arrojo en los asaltos. Tenía menos aplomo y serenidad que Auguè, por ser más joven y exaltado.

Don Francisco Auguet era veterano de la primera guerra civil, contaba unos cincuenta y dos años y estuvo mucho tiempo emigrado en Francia. Creó y mandó el 2.º batallón de Gerona, sin duda el mejor del Principado, en la última guerra carlista. Era honradísimo, sobrio, modesto y muy disciplinado. Auguet fué el mejor ejecutor de las órdenes de Savalls y su lugarteniente más seguro.

Francisco Savalls, el más popular de los caudillos catalanes, nació en Pera, provincia de Gerona, en 1816; luchó en la guerra de los Siete Años y más tarde militó en el ejército del Duque reinante de Módena, y después en el pontifical. Se cuenta que la víspera de la batalla de Castel-Fidardo, el General

Pimodán, que prevía el resultado desastroso de la misma, dijo a Savalls: "Capitán, usted conoce la guerra; no es la primera vez que se halla usted rodeado por fuerzas superiores. ¿Cree usted que es posible burlar al ejército italiano e irnos a refugiar a Ancona?"

"Sí, general—respondió Savalls—. Yo me comprometo a conducir a Ancona el ejército pontifical, si se consiente en sacrificar la artillería."

"¡Sacrificar la artillería! ¡Es imposible!"—dijo Pimodán.

"En este caso sólo nos queda hacer una cosa—replicó Savalls—: morir como hombres de corazón."

Al día siguiente Pimodán estaba muerto y Savalls prisionero.

Terminada la campaña que relatamos, Savalls se retiró a Niza, donde murió en 1886.

Con Savalls compartió el mando de las fuerzas carlistas de Cataluña y la gloria obtenida en la misma por los caudillos de Don Carlos, don Rafael Tristany, el más famoso de los Tristany, varios de los cuales militaron bajo las banderas de la legitimidad.

Don Rafael nació en Ardeval (Ayuntamiento de Pinos, Lérida) en 1814; hizo la guerra de los Siete Años, en la que alcanzó el grado de Teniente coronel. Más tarde tomó parte activa en la campaña de los *matiners*, ya con el grado de General, y más tarde, dominado por ese ardor bélico característico de quienes llevaban su apellido, salió a campaña, sólo con una partida de 200 hombres, en 1855.

En 1861 ofreció su espada a Francisco II de Nápoles, quien le nombró Comandante general de la provincia de los Abruzzos. Luchó contra las tropas de Víctor Manuel y Garibaldi y fué hecho prisionero y deportado a Francia, de donde pasó de nuevo a Cataluña al iniciarse el alzamiento de 1872. Murió en Lourdes en 1899, y a principios del actual siglo fué trasladado su cadáver a Cataluña, lo que dió lugar a una gran manifestación carlista.

Por aquella época ocurrió el famoso episodio del Coronel de la Guardia Civil don Cayetano Freixá, del que hablan mucho las historias.

Parece ser que hubo largas negociaciones para conseguir que Freixá, con todas las fuerzas de la Guardia Civil de la pro-

vincia de Barcelona y acaso las de Cataluña entera, proclamase a Don Carlos VII Rey legítimo de España. Las negociaciones fueron laboriosas, y sin duda por no guardar el secreto alguno de los comprometidos, o por existir entre ellos algún agente provocador o espía del Gobierno, el hecho es que la conspiración fracasó cuando parecía estar todo preparado para obtener un resultado favorable. No pudiendo Freixá arrastrar consigo todas las fuerzas que mandaba, se presentó en el campo carlista seguido de unos pocos adictos. Es muy probable que si Freixá hubiera llevado al campo de Don Carlos toda la fuerza a sus órdenes, los carlistas catalanes se hubieran adueñado de todo el Principado, e incluso de la capital.

Berga fué la capital carlista de Cataluña, como Estella lo fué de Navarra, y a conquistarla se dirigieron los esfuerzos de Don Alfonso, Tristany, Savalls, Miret, Auguet y otros. El 5 de agosto la sitiaron dichos jefes, llevando consigo unos 4.500 hombres; pero después de varias escaramuzas, tanto con los defensores de la pequeña fortaleza como con las columnas de socorro, se vieron obligados a levantar el sitio y dejar el paso libre a las columnas de Reyes y Casanova, quienes apoyaban la marcha de un convoy.

Esto ocurría el 17 de agosto de aquel año. Los carlistas permanecieron en Caserras y los liberales en Gironella, después de los encuentros sostenidos cerca de Berga, en los cuales la ventaja indudablemente fué de los primeros, quienes se apoderaron de un cañón, aunque no pudieron apoderarse del convoy completo.

Siguiendo la racha de triunfos con que el año 74 brindó a los decididos carlistas catalanes, consiguieron éstos apoderarse de Tortellá, Montagut, etc. Amenazaron muy de cerca a Olot y obtuvieron un éxito rotundo en Albiol contra la columna del Coronel Font. En este encuentro murió el delegado de la Diputación liberal de Tarragona, señor Sanauja, quien con bastantes voluntarios se había encerrado en el fuerte de la Selva.

Se atacó a Valls, rica ciudad agrícola de la provincia de Tarragona, en cuyas calles entraron los carlistas, viéndose obligados a abandonarla ante la llegada de importantes fuerzas de socorro. En estos ataques tomaron parte Cercós, Bará y el

cura de Flix, mandados por Tristany. A los pocos días insistió en atacarla de nuevo don Rafael Tristany, con mayores fuerzas, pero sin resultado. En vista de la tenacidad con que los carlistas intentaban apoderarse de Valls, esta población fué fortificada y así pudo defenderse contra los 2.000 hombres con que Vallés y Tristany volvieron a acometerla.

Vallés fué un destacado jefe que operó casi en toda la guerra en el Maestrazgo.

Uno de los triunfos más rotundos de esta guerra en Cataluña, en la cual las columnas eran pequeñas y de gran movilidad, a diferencia de las que operaban en el Norte, que llevaban consigo fuerzas numerosas y sostenían acciones que duraban días, cuando en Cataluña sólo se prolongaban durante horas, fué el alcanzado en Prades, donde la pequeña columna del Coronel Maturana quedó deshecha y muerto su jefe, así como un comandante y dos oficiales. Del lado carlista murió el destacado y prestigioso jefe Cercós. Los carlistas hicieron prisioneros a cuatro capitanes, cinco tenientes, un alférez y 170 soldados y se apoderaron de un cañón. El triunfo de Prades lo alcanzaron Tristany y Miret.

Tan pronto se presentaban los caudillos de Don Carlos en Valls y Tarragona como en Puigcerdá, o en el Noguera Pallaresa, o en las puertas de Barcelona. Esta asombrosa movilidad fué la característica más saliente de la guerra de Cataluña.

Si hubiera habido mayor unión entre los jefes del Principado y mayor disciplina en sus huestes, las fuerzas carlistas catalanas hubieran sido capaces de obtener triunfos gloriosos. Pero los odios que existían entre unos y otros, la enemiga feroz a reconocer como jefe a nadie que no fuera catalán (esto mismo ocurrió en la guerra de los Siete Años) y la incapacidad, por otra parte, de darse a sí mismos un jefe respetado y acatado por todos ellos, malogró los esfuerzos de capitanes tan destacados como el viejo Castells, el prestigioso Tristany, el valeroso Savalls y los intrépidos Miret, Auguet, Vila de Viladreu, etc.

Así, Castells vivía retirado en Francia, Tristany fué depuesto, Savalls reconvenido por Don Carlos, y Don Alfonso de Borbón forzado a retirarse, ante el caos en que se desenvolvían sus subordinados.

Indudablemente, el jefe de mayor popularidad del carlismo catalán fué Savalls, aunque después de la guerra gozó de mayor prestigio Tristany.

Savalls intentó repetidas veces apoderarse de Bañolas, situada a tres leguas de Gerona; penetró en la villa, pero la guarnición se defendió en el cuartel.

Las diferencias entre Don Alfonso de Borbón y Savalls fueron acentuándose. El primero dirigió una exposición a Don Carlos contra su subordinado, en la que formulaba graves acusaciones contra el mismo, y aunque Don Carlos dice en una carta a su hermano que le impuso un castigo terrible, parece ser que todo se redujo a una réconvención paternal. Parece que Don Carlos no quiso de ninguna manera desprenderse del popular caudillo catalán, y acaso esto contribuyó a enfriar las relaciones entre Carlos VII y su augusto hermano.

Doña María de las Nieves de Braganza en sus *Memorias* resta toda clase de méritos a Savalls y afirma que todas sus pretendidas victorias se debieron a otros jefes; pero a fuer de imparciales diremos que los historiadores no coinciden con el criterio de la augusta esposa del último jefe, en línea directa, de la dinastía carlista.

En ausencia de Don Alfonso y de Savalls fué nombrado jefe superior interino de Cataluña don Rafael Tristany, y en enero de 1874, ayudado por Miret, Galcerán y Querol, atacó la ciudad de Vich, la que tomó después de encarnizada lucha con la guarnición defensora. Esta fué retirándose hacia el centro de la ciudad y ocupó el cuartel de la Merced, el palacio del Obispo, el teatro, etc.; pero acosados por los voluntarios de Don Carlos parte de los sitiados se abrieron camino y salieron al campo, y el resto se entregó a Tristany. Este fué un triunfo resonante que produjo gran impresión en toda Cataluña. Las fuerzas carlistas derribaron las fortificaciones, impusieron una contribución de 50.000 duros y se retiraron con un inmenso botín.

Las poblaciones catalanas se hallaban atemorizadas y desamparadas por las fuerzas liberales. Los carlistas se movían libremente por todo el territorio catalán, y por aquellos días llegaron hasta las mismas puertas de Gerona, apoderándose de Sarriá, a tres kilómetros de la capital. Algunos llega-

ron hasta las mismas casas de las afueras, y parece ser que esperaban alguna contraseña para entrar en la ciudad, pero les falló el plan y no se decidieron a atacarla.

Manresa estuvo a punto de caer, pero, aprestada a la lucha su guarnición, Tristany se retiró de sus alrededores y cayó sobre Sabadell, en cuyas calles, llenas de barricadas, se inició la lucha, que cesó al aproximarse el Capitán general de Cataluña con una fuerte columna.

Savalls fué recibido en triunfo a su regreso del cuartel real de Don Carlos en Navarra, y su prestigio aumentó, en vez de disminuir. En esta época, Gandesa, que había sido fortificada por los voluntarios de Don Carlos, fué atacada y tomada por el General Salamanca. Defendía la villa una guarnición no muy numerosa, a cuyo frente se hallaban Basquets y Manero. Durante la lucha murió el primero y cayó prisionero el segundo. Aunque Gandesa y su zona se encuentran en la orilla derecha del Ebro y de hecho pertenecen al Maestrazgo, tan pronto se hallaban en manos de los carlistas catalanes como de los valenciano-aragoneses, de tal forma que el Ebro no constituyó una barrera entre unos y otros.

Pero el triunfo de mayor volumen alcanzado por los carlistas catalanes fué el de Savalls contra Nouvillas. No desistía el jefe carlista ampurdanés de sus propósitos de apoderarse de Olot. Hallábase esta villa sitiada, con mayor o menor presión, desde hacía meses, y Nouvillas se dirigió a socorrerla, visto lo cual mandó Savalls a Miret que se parapetara en las proximidades de Castellfullit; esperaron los carlistas en sus posiciones dos días, sin que se les presentara el enemigo, que estaba en Besalú, y ya se decidían a buscarle cuando vieron avanzar sus fuerzas por la parte de Montagut. Mandó Savalls a Galcerán que por todos los medios a su alcance obstaculizara su marcha y lo detuviera, lo que consiguió verificar entre Tortellá y Oix, en la sierra de Tou. Cuentan las crónicas que al enterarse Savalls del parón de Nouvillas en el sitio indicado, dijo a sus ayudantes: "Esta noche cena conmigo." Efectivamente, de tal modo desplegó las fuerzas que acaudillaba y fué tan eficazmente ayudado por Miret, que la columna Nouvillas fué aniquilada, perdiendo 2.300 prisioneros, cuatro piezas de artillería y más de 100 caballos. Los restos de su co-

lumna huyeron por las escabrosidades del Pirineo a Francia. Este triunfo, alcanzado el 14 de marzo de 1874, causó gran consternación en todo el Principado. Olot envió parlamentarizó a la guarnición, compuesta de 500 hombres, a retirarse a Barcelona con armas y bagajes, pero entregando seis piezas de artillería y 500 fusiles. Cuando se leen estos episodios en estos rios el 16 y se rindió al afortunado caudillo carlista, quien autotiempos, se sorprende uno de que el jefe de la guarnición de Olot fuera acogido en la capital del Principado con muestras de afecto por su Capitán General, quien le felicitó por la anterior defensa de Olot, a pesar de que se rindió sin lucha el día 16 de marzo.

Savalls trató con todas las consideraciones imaginables a los prisioneros, los que fueron acompañados hasta las puertas de Barcelona por algunos jinetes carlistas, lo que prueba que eran dueños de casi toda Cataluña. Fusiló, sin embargo, en Besalú a 28 voluntarios de la república que antes habían desertado de sus filas.

Tras el triunfo de Olot, descansó Savalls en Santa Coloma de Farnés, que fué abandonada por los liberales, así como Blanes, donde se apoderaron sus tropas de dos cañones. Siguió de allí a Tordera, apoderándose de esta villa y de pueblos inmediatos, cogiendo 1.000 fusiles, municiones, etc. Se acercó a San Feliú de Guixols, de donde salió una comisión para prometerle el desarme de los voluntarios y el pago de la contribución que señalase, visto lo cual y satisfecho Savalls con que se le abriesen las puertas de todas las poblaciones de Gerona, regresó a Santa Coloma de Farnés.

Los triunfos carlistas no podían ser ni más fáciles ni más provechosos. Parecía que el Gobierno les dejaba el campo libre y se preocupaba tan sólo de luchar en Vascongadas y Navarra. Sin duda esperaba vencerlos con facilidad, una vez sojuzgados los vasco-navarros, que le infundían mucho más cuidado por su disciplina, por su organización y por su tenacidad.

CAPITULO XXIV

Nuevo mando de Don Alfonso.—Reorganiza las fuerzas del Principado.—Pasa al Centro.—Pérdida de Olot.—Novelesca conquista de Seo de Urgel.—Nuevo ataque contra Puigcerdá.—Savalls entra en Vich y se apodera de Bañolas.—Castellón de Ampurias.—Nueva combinación de mandos.—Luchas alrededor de Olot.—Entrevistas sospechosas de Savalls y Martínez Campos.—Postrer ataque a Puigcerdá.

TRAS seis meses de ausencia (motivada por diferencias con algunos jefes de Cataluña, especialmente con Savalls, a causa de las cuales el Infante fué llamado al Cuartel General de su hermano, el Rey Don Carlos VII, así como Savalls) regresó Don Alfonso al Principado con el nombramiento de Comandante General de Cataluña y el Centro, firmado en 7 de noviembre de 1873, y nombró a su vez Comandante General del Centro a don Manuel Salvador Palacios.

Fué recibido con grandes muestras de entusiasmo y revisió en Vich a gran número de voluntarios. Savalls permaneció, por orden suya, en Perpignan hasta nuevo aviso, pues temía Don Alfonso que la presencia de aquel destacado jefe entre los catalanes le acarreará dificultades e insubordinaciones.

Berga, la capital y fortaleza carlista en la guerra de los Siete Años, aún no pudo ser conquistada, a pesar de las tentativas que con ese objeto se hicieron. Don Alfonso se propuso apoderarse de ella y, reuniendo en Prats de Llusanés ocho batallones y algunos escuadrones de caballería, trató de batir a los Brigadieres Esteban y Cirlot, que con sus respectivas co-

lumnas intentaban llevar un convoy de víveres y municiones a la pequeña plaza sitiada. Sobrevino el encuentro en la sierra del Grau, cerca de Prats, y fué este el primer combate en el que tomaron parte aproximadamente unos seis mil hombres de cada lado. La lucha fué muy enconada y durante ella se distinguió extraordinariamente el 2.º batallón de Gerona, mandado por el intrépido Vila de Viladreu. El resultado de la batalla fué tal, que ambos bandos se atribuyeron el triunfo. Las bajas fueron numerosísimas por ambas partes; los carlistas se retiraron a Alpens y los liberales acamparon en Prats de Llusanés. En este encuentro fué herido Miret.

Don Alfonso de Borbón, al verse al frente de fuerzas importantes, decidió dar una organización científico-militar a sus huestes y para ello autorizó el regreso de Savalls.

La nueva organización fué la siguiente:

Comandancia general del Principado de Cataluña:

Comandante General: excelentísimo señor Teniente General don Rafael Tristany.

Jefe de E. M.: el Coronel don Jacinto Vives.

Segundo Jefe de ídem: el Teniente Coronel don Santiago Fernández.

Fuerza afecta al Cuartel general: el batallón de Guías de Cataluña.

Primera división (Barcelona y Gerona):

Jefe de la división: el Mariscal de Campo don Francisco Savalls.

Primera brigada (Barcelona):

Jefe de la brigada: el Brigadier Martín Miret. (Batallones, siete.)

Segunda brigada (Gerona):

Jefe de la brigada: el brigadier don Francisco Auguet. (Batallones, cuatro.)

Segunda división (Lérida y Tarragona):

Jefe interino de la división: el Brigadier don Francisco Tristany.

Jefe interino de E. M.: el Coronel don Mariano Orteu.

Tercera brigada (Lérida):

Jefe interino de la brigada: el Coronel don Ramón Tristany.

Jefe interino de E. M.: el Coronel don Manuel Cantas. (Batallones, cinco.)

Cuarta brigada (Tarragona):

Jefe interino de la brigada: el Coronel don José Moore.

Jefe interino de E. M.: el Comandante don Manuel de la Jara. (Batallones, cinco.)

Caballería:

Jefe principal: el brigadier don Manuel Vilagelin. (Cinco escuadrones, uno por cada brigada, y el otro que, alternando todos, formará parte de la división de operaciones afecta al cuartel general.)

Ingenieros:

Jefe principal interino, encargado de la organización del Cuerpo: el Teniente Coronel de infantería don Luis Más.

Artillería:

Jefe principal interino de la misma, afecto a la división de operaciones del cuartel general: el Coronel don Francisco Segarra.

Sanidad Militar:

Jefe principal del Cuerpo, interinamente: el Subinspector médico don Juan Adzerol.

Los batallones catalanes eran entonces 21, pero escasos de plazas. Uníase a ellos una fuerza de caballería muy bien equipada y que actuó brillantemente, compuesta de unos 500 caballos. Contaban, además, con ocho cañones cogidos a los liberales, pero de los que no sacaron gran partido, primero porque no contaron con buenos artilleros, y segundo porque su forma de guerrear, siempre por terreno montañoso y con gran movilidad, hacía muy difícil el empleo de la artillería.

Nombrado don Rafael Tristany Comandante General del Principado, le encargó Don Alfonso que diese una organización completa a las fuerzas a sus órdenes y que crease las corporaciones civiles que eran necesarias para regir administrativamente el país conquistado. Separó del lado de Savalls a aquellas personas que creía peligrosas por su temperamento y su indisciplina, como el doctor Vendrell y el Brigadier Andreu, y pasó al Centro, donde también se hallaban los carlistas faltos de organización y disciplina. Como en otro capítulo relatamos la llegada del Infante Don Alfonso a aquella re-

gión, prosigamos nuestro relato de los sucesos de Cataluña.

Olot seguía en poder de los voluntarios de Don Carlos, con gran disgusto de sus adversarios, los que enviaron dos columnas, la de Cañas y la de Cirlot, para apoderarse de ella. La primera pudo penetrar en la plaza, pero quedó sitiada a su vez por las fuerzas de Savalls. La de Cañas fué rechazada en Castellfullit.

López Domínguez, sustituto de Serrano Bedoya en el mando de Cataluña, se decidió a socorrer a Olot, llevando consigo las columnas de Merelo, Arrando y Sáez de Tejada, consiguiendo vencer la resistencia carlista y entrar en la plaza, que, ante fuerzas tan numerosas, pasó a poder de los liberales. Pero la conquista por sorpresa de Seo de Urgel compensó de esta pérdida a los carlistas.

Habrá pocos correligionarios de edad media o avanzada que no hayan leído en los ratos de ocio de su juventud los detalles novelescos de este audaz golpe de mano. Seo de Urgel era una plaza fuerte de primera clase y contaba con ciudadela, castillo, tres fuertes y otras fortificaciones en las que se encerraba una guarnición al mando de un Brigadier.

Un carlista entusiasta presentó el plan de asalto a don Francisco Tristany, que lo aprobó. Consistía en lo siguiente: el día 15 de agosto debían de trasladarse cerca de Seo, sin ser vistos, unos 200 hombres, al mando del Comandante García, del Teniente Colell y del Alférez Espar, éstos conocedores del terreno, a diferencia del primero, que era extremeño, y situarse cerca de la ciudadela, en un fortín o casa en ruinas llamado la Lengua de Sierpe. Conducidos por magníficos guías llegaron a dicho edificio los 200 hombres a media noche, con la consigna de permanecer allí en absoluto silencio, sin poder encender ni una cerilla, hasta el mediodía del 16. Por poco cayó a tierra todo el plan, a causa de un perro que pasó con un grupo de soldados que iban a la fiesta del inmediato pueblo de Castell-Ciutat, próximo a la ciudadela, y que empezó a ladrar furiosamente. Los soldados, acostumbrados a tales ladridos, maldito el caso que hicieron de esta incidencia. Esto salvó a los carlistas.

Al mediodía del 16, y a una señal dada, salieron precipitadamente los 200 hombres, llevando una escalera preparada al

efecto, de cinco metros de alta, con la que subieron rápidamente a la muralla, haciendo prisionero a un centinela y huyendo el otro, aterrorizado, a campo traviesa. Entonces Espar se dirigió al cuartel del Macho y rindió a lo que quedaba de la guarnición, trabuco en mano. Algunos soldados corrieron a la ciudad a dar cuenta al Gobernador militar de lo que ocurría. Este creyó que deliraban, pero, por precaución, subió al castillo, y no hizo más que llegar cuando un cañonazo le descubrió la verdad cruda y desnuda.

Dueño García de la ciudadela y prisionera la guarnición que allí quedaba, mandó hacer fuego contra el castillo, y al ver que los primeros cañonazos no hicieron blanco, amenazó de muerte a los artilleros. Entonces salió uno diciendo que él era carlista, y a los primeros disparos destrozó la puerta del castillo. Dominado éste por el fuego de la ciudadela, su guarnición lo abandonó, dirigiéndose a Seo de Urgel, desde donde el gobernador militar decidió encaminarse a Puigcerdá, optando los milicianos republicanos por pasar a Andorra.

Francisco Tristany, que vigilaba las novelescas andanzas de García, estaba al acecho y consiguió apoderarse de toda la guarnición cuando ésta huía a Puigcerdá.

Tristany se dirigió en seguida contra esta población, invitándola a rendirse. La autoridad local contestó que no, y entonces la atacaron Tristany y Savalls con numerosas fuerzas, y por más que insistieron en sus tentativas de asalto, derrochando valor y heroísmo, fué tal la defensa que hizo la pequeña guarnición de Puigcerdá, que no pudieron reducirla. Esta plaza fronteriza repetía en esta guerra los actos de heroísmo que ofreció en la de los Siete Años en favor de la causa liberal, y a sus títulos de *insigne*, *fidelísima* y *heroica* añadió, en septiembre de 1874, el de *siempre invicta*.

Acaso el hallarse en la misma frontera y no poder ser atacada por el lado Norte, la salvó en todos los sitios. El Capitán General de Cataluña, López Domínguez, levantó el asedio, obligando a los caudillos carlistas a retirarse en dirección de Seo de Urgel y Ripoll.

Por esta época los carlistas se aprestaron a reconquistar Igualada y Vich, siendo la primera atacada por Francisco Tris-

tany, ascendido a Mariscal de Campo por la conquista de Seo de Urgel. No tuvo éxito.

Mayores esfuerzos se hicieron para apoderarse de Vich, ante cuya plaza se presentó Savalls el 6 de octubre con seis batallones, una batería de montaña y un escuadrón, llevando consigo a Galcerán, Vila de Prat y Planas. Sus voluntarios se apoderaron de parte de la ciudad, pero no pudieron dominar la guarnición de la misma, que estaba mandada por el Brigadier Macías, quien obligó a retirarse a Savalls. Este atacó al poco tiempo Castellón de Ampurias, en cuya plaza se hallaba el Brigadier Moya con una fuerte columna.

Savalls reunió en Bañolas sus fuerzas y se dirigió con ellas a marchas forzadas contra Castellón, a cuyas afueras llegó en la mañana del día 3 de noviembre. La lucha fué enconada, distinguiéndose extraordinariamente del lado carlista Aymamy, que mandaba el primer batallón de Gerona, y Morera, jefe de Estado Mayor de Savalls, así como Planas con su 2.º batallón de Barcelona.

Sorprendido Savalls de la gran resistencia que le oponía el enemigo, acudió a una estratagema; hizo como que se retiraba al llano, en el que los liberales se creían invencibles. Moya cayó en la celada y se lanzó con sus fuerzas contra las de Savalls. Entonces éste lanzó sobre los que avanzaban a cuatro batallones carlistas y la caballería, causando una terrible mortandad en sus filas y apoderándose del Brigadier Moya y de 130 jefes y soldados, quedando los demás tendidos en el campo y consiguiendo huir solamente cien.

Decía Savalls en su parte oficial que la batalla de Castellón de Ampurias "ha sido la más terrible y sangrienta que ha tenido lugar en este Principado en la presente campaña". Además de los prisioneros antedichos, se apoderó de dos cañones Krupp, 40 caballos, etc. Se concedió a Savalls por este triunfo la gran cruz del mérito militar.

Al finalizar el año de 1874, el Ministro de la Guerra, Elío, dividió las fuerzas del Norte, Castilla y Cataluña en capitánías generales, nombrando para dichos cargos a Mendiri, que sustituyó a Dorregaray, a Mogrovejo y a Lizarraga, respectivamente. Como Lizarraga mandaba a la sazón en el Centro, se envió a Dorregaray para sustituirle.

Don Rafael Tristany, que era Comandante General del Principado catalán, fué nombrado jefe del Cuarto Militar de Don Carlos, pero no abandonó su puesto hasta que llegó su sustituto, Lizarraga, quien a su vez esperó se presentase Dorregaray para entregarle el mando del Centro.

Continuemos con el desarrollo de los acontecimientos en Cataluña.

La combinación de mandos antes detallada, lejos de solucionar las dificultades y apagar las disensiones que anulaban el esfuerzo de los voluntarios catalanes, encendió y avivó nuevas discordias y dió lugar, no sólo a gestiones, sino a intrigas que colocaron a Lizarraga en situación muy difícil al ir a hacerse cargo de su nuevo puesto.

Se encontró con una carta de Elío rogándole se pusiera de acuerdo con Tristany para repartirse el mando entre los dos, pero no fué posible llegar a una avenencia, y Tristany retuvo el mando que ejercía y Lizarraga se volvió al Norte; pero esta solución desagradó profundamente a Savalls, que no quería reconocer como superior suyo a Tristany. El héroe de Alpens trabajó tanto para excluir a Tristany, que consiguió por fin que aquél fuera a hacerse cargo del puesto de jefe del Cuarto Militar del Rey, quedando él de Capitán General de Cataluña y Lizarraga a sus órdenes.

Este trasiego de jefes, nombrados no por libre y ponderada elección, como fuera lógico y obligado, si se tuviera en cuenta el puro ideal y el mejor servicio de la causa, sino merced a maniobras, presiones e intrigas, agravó los males que padecía el carlismo catalán.

Martínez Campos atacó a los sitiadores de Olot a mediados de marzo. Savalls ordenó a su jefe de Estado Mayor, el Coronel Morera, que fortificase y defendiese las afueras de la villa, y a sus lugartenientes Auguet y Miret que defendiesen las alturas de la Piña y Monte Olivete, situándose él a esperar el ataque enemigo en la casa llamada Ventolá, acompañado de Lizarraga. Atacó Martínez Campos y logró conquistar la Piña y Monte Olivete, visto lo cual por Morera se retiró con el 1.º de Gerona al sitio donde se hallaba su jefe superior. Martínez Campos penetró en Olot con una fuerte columna, y a pesar de contar Savalls con fuerzas muy inferiores se le ocurrió la audaz idea de sitiarse y vol-

vió a ocupar de nuevo la Piña, el Monte Olivete y Ventolá. En 21 de marzo Martínez Campos quiso ahuyentar a los sitiadores y dispuso para ello una impetuosa salida con numerosas fuerzas, que se apoderaron en un *santiamén* de Ventolá y del cerro de San Miguel, que dominaba Ridaura, donde se hallaba Savalls. Cuando éste se disponía a retirarse a Ripoll, Auguet recuperó la ermita de San Miguel en un brillante ataque; acudió Miret por la derecha y el Coronel Aymamy por la izquierda, y tan fuerte fué la acometida de los tres, que las fuerzas de Martínez Campos tuvieron que refugiarse precipitadamente en Olot, apoyadas en su retirada por la artillería y caballería de la plaza.

Entonces ocurrió un hecho que dió lugar a muchos comentarios. Con la excusa de recoger el cadáver de un capitán, fueron a hablar con Morera unos oficiales de Martínez Campos y le invitaron a pasar a Olot, donde habló con uno de los ayudantes del General alfonsino. Morera anunció a Savalls que el General Martínez Campos quería celebrar una entrevista con él. El caudillo carlista, después de consultar con Lizarraga, accedió a entrevistarse y se verificó la reunión el 26 de marzo de 1875 en el Hostal de la Corda, situado entre Olot y Ridaura, pero dentro de la línea carlista.

Martínez Campos, aprovechando la circunstancia del reconocimiento de Don Alfonso que hizo por entonces Cabrera, trató de conseguir que Savalls y Lizarraga secundaran la actitud del Conde de Morella, y algún éxito debieron de tener aquellas negociaciones, cuando a partir de entonces Savalls apenas dió señales de vida y esquivó todas las ocasiones que se le presentaron de batirse con el enemigo.

Lizarraga, que tomó la palabra en la entrevista con Martínez Campos, autorizado por Savalls para hablar en nombre de los dos, contestó al General alfonsino que ellos nunca serían traidores a su Rey y se batirían lealmente hasta el fin, pero Savalls no se atuvo a estas palabras en su conducta ulterior. En cuanto terminó la conferencia se marchó a San Juan de las Abadesas, diciendo a Lizarraga que volvería al día siguiente; pero, lejos de cumplir su palabra, se fué a Seo de Urgel, dejando a su compañero de armas en situación comprometida frente a Olot. Lizarraga abandonó las posiciones donde acam-

paba su fuerza y se dirigió a Ripoll. Martínez Campos se encaminó hacia Seo, dispuesto a hacerse dueño de la plaza, no por medios guerreros, sino por maniobras pacíficas, confiando más en la fuerza del oro que en la de las armas; pero al ver que le disparaban desde la ciudadela se retiró.

Savalls intentó un último ataque a Puigcerdá, pero sin brío ni aliento. Allí se encaminó Martínez Campos, obligándole a levantar el bloqueo de la pequeña plaza, apoderándose de cañones, municiones y prisioneros que perdió Savalls en su derrota.

Martínez Campos, que volvió del Centro, una vez terminada la contienda en aquella zona, después del éxito de Puigcerdá se encaminó con un poderoso ejército a Seo de Urgel, plaza fuerte que conquistó tras largo asedio, del que daremos cuenta en otro capítulo.

CAPITULO XXV

La guerra en el Centro.—Principios duros y difíciles.—Cucala, Polo, Vallés, Ferrer, Segarra, Santés.—Sus famosas expediciones.—Toma de Cuenca.—Prisión de Santés.—Expedición y muerte de Lozano.

EN los anales de las guerras carlistas se ha denominado siempre Centro, por ambos lados, a la zona integrada por las provincias del antiguo reino de Valencia, por Teruel, parte de Tarragona, parte de Zaragoza y parte de Guadalajara y Cuenca, o sea el territorio que controlaba al final de la guerra de los Siete Años don Ramón Cabrera.

Acaso no existe razón alguna de índole geográfica que justifique esta denominación, pero entre los historiadores de dichas guerras ella constituye un lugar común y familiar. Al hablar, pues, del Centro, nos referiremos siempre a la zona arriba determinada.

Hay quien confunde Centro y Maestrazgo. Este constituye una zona más reducida que aquél y es, por decirlo así, el núcleo central y vital de un territorio más extenso y la región donde el carlismo adquirió mayor intensidad de apoyo y entusiasmo.

Fué en el Maestrazgo donde se inició el alzamiento en la guerra de los Siete Años y donde volvió a encenderse en la última, llamada de los Cuatro Años, aunque su duración fué menor (de tres años y tres meses, aproximadamente).

Los primeros partidarios de Don Carlos de cierto renombre que se levantaron en armas en la zona antedicha fueron:

Pascual Cucala, Polo, Joaquín Ferrer, Tomás Segarra, Ramón Piñol (*Panera*), est.; pero ninguno de ellos pudo reunir arriba de unas docenas de hombres. Figuraba como Comandante General el Coronel don Joaquín Ferrer, quien fué muerto en una sorpresa en Castell de Cabres, el 28 de febrero de 1873, luchando bravamente al frente de su partida. Llevaba como lugarteniente al joven, decidido e inteligente Segarra, quien, hijo de acomodados labradores, nació en Traiguera (provincia de Castellón) y fué en los años mozos soldado de artillería y sargento de la Guardia Civil. Algo había en él que le hacía destacar extraordinariamente sobre sus compañeros, pues al notar los primeros albores del alzamiento dejó su puesto y pasó a Francia a entrevistarse con los jefes que desde la frontera preparaban el movimiento.

Pascual Cucala era un rico propietario de Alcalá de Chisvert, veterano de la primera guerra civil y émulo de Cabrera y acaso aspirante a alcanzar en la última la gloria y el prestigio del héroe tortosino, sin darse cuenta de que mediaba un abismo entre uno y otro. Con Segarra y Cucala compartió el mando del Maestrazgo Vallés, que era Brigadier, procedente de la guerra de los Siete Años y vecino también de Alcalá de Chisvert y rival de Cucala en la política local de la citada villa. Aunque de mayor categoría que los anteriores, tanto el pueblo como los voluntarios carlistas casi los equipararon a los tres. En Valencia el jefe más destacado fué Santés, nacido en Liria en 1817, también veterano de la primera guerra civil, en la que luchó bravamente al lado de Cabrera, retirándose a Francia por no someterse al Gobierno de Madrid. Allí vivió dedicado a la agricultura según unos, y a la música según otros, en Lyon y Marsella. Se levantó de nuevo en armas en 1848 con Cabrera (guerra de los *Matiners*) y fué gravemente herido. Volvió a alzarse en armas en la última guerra civil, destacándose extraordinariamente.

Ni estos jefes, ni el de mayor categoría y conocimientos, Dorregaray, consiguieron dar vida al alzamiento de la primavera de 1872, iniciado por Dorregaray en la capital de Valencia, de donde salió con buen número de voluntarios, para ser batido y dispersado en Portaceli, donde perdió un brazo.

Ni en todo el año 1872 ni en el primer semestre de 1873

preocupó al Gobierno la guerra de dicho territorio, pues no llegarían a mil hombres los carlistas armados que en pequeñas partidas pululaban por él. Cuando estas partidas se veían acosadas y perseguidas, cruzaban el Ebro y se refugiaban en Cataluña, al amparo de las fuerzas carlistas del Principado, de donde regresaron más tarde al Centro, cuando el alzamiento adquirió mayor impulso y consistencia. El paso del Ebro lo verificaban siempre por Flix y Fayón.

El 9 de agosto de 1873 el Brigadier Vallés, nombrado jefe del Maestrazgo por Don Alfonso, cruzó el Ebro procedente de Cataluña, acompañado de *Panera* y llevando consigo unos cuantos cientos de voluntarios, y reunido en los puertos de Baceite con Cucala, Segarra, Polo, etc., empezó a formar la división del Maestrazgo, creando los batallones 1.º, 2.º, 3.º, 4.º y 5.º con las fuerzas de Cucala, de Segarra, de Polo, de *Panera* y Vallés, respectivamente. Por entonces Cucala penetró en su villa natal, Alcalá de Chisvert, de donde sacó hasta 450 voluntarios.

El movimiento empezaba a adquirir fuerza y extensión. Segarra atacaba y hacía huir una columna liberal en la Iglesiasuela, y Vallés y Cucala penetraban en Segorbe, de cuya ciudad se apoderaron, llevándose gran botín, aunque no pudieron dominar y hacer prisionera a la guarnición, compuesta de unos 300 hombres, la que se encerró e hizo fuerte en la iglesia y campanario de la misma. También penetraron en Murviedro (Sagunto) y se hicieron dueños y señores de Burriana, Villarreal, Onda, Almazora, Borriol, etc., sentando sus reales en las mismas puertas de Castellón.

Poco después, Segarra, ayudado por *Panera*, atacó y conquistó Cantavieja, pequeña fortaleza carlista que fué como el centro administrativo del movimiento en las dos guerras civiles. De allí, y mandando más de mil hombres, se dirigió a Maela y Batea, la primera de las cuales fué abandonada por sus defensores y la segunda tomada, quedando aquéllos prisioneros. En esta contienda los prisioneros fueron tratados de acuerdo con las leyes de la guerra de los pueblos más civilizados, a diferencia de la primera guerra civil, que se hizo sin cuartel durante largo tiempo y donde ambos bandos dieron tristes pruebas de crueldad y de ensañamiento. Hubo en ésta excepciones

lamentables, pero fueron pocas. En el Centro fué Cucala el más cruel de los jefes carlistas.

El carlismo en la guerra del 72 al 76 dió muestras de amplitud de espíritu, de respeto al derecho, de justicia y de equidad tales, que constituyen un timbre de honor y de gloria para quienes se hallaban al frente de sus destinos en la citada época. Católico a la vieja usanza española, no era inquisitorial ni mojigato; monárquico, antiliberal y anticonstitucional, no era despótico ni absolutista. Patriota lo fué siempre, y jamás ningún ciudadano consciente se ha permitido negarle esta excelsa virtud, que siempre fué motivo de orgullo y caso típico de ejemplaridad entre los carlistas.

A la guerra del Centro iba a darle nuevo impulso don Joaquín Santés, quien, procedente de Cataluña, donde luchó al lado de Savalls, salió al campo, de la capital de Valencia, el 24 de agosto de 1873, con 300 voluntarios.

En pocos días su fuerza excedía de mil hombres, con los que formó los batallones 1.º y 2.º de Valencia.

Con la entrada de Santés en campaña coincidió un vigoroso resurgimiento de las fuerzas carlistas del Centro. Las unidades de Vallés, Cucala, Segarra, etc., se duplicaron; se fueron organizando batallones, y en lugar de partidas de un centenar de hombres, se presentaban ante las columnas liberales divisiones que sumaban varios millares. La primera importante concentración carlista fué la que se verificó en las proximidades de Játiva, donde Santés y Cucala atacaron la ciudad con más de 5.000 hombres, los que, no estando aún organizados y armados más que de modo rudimentario, se atrevieron a luchar con la columna del General Arrando, fuerte de unos 2.500 hombres, con seis piezas de artillería y caballería; el combate se prolongó durante casi todo el día, y Arrando se vió obligado a retirarse a Canals, ante el empuje de los voluntarios de Don Carlos, quienes se apoderaron de unos 400 prisioneros, armamento, municiones, víveres, etc. Santés y Cucala no sacaron todo el fruto posible de este encuentro, por mandar fuerzas poco avezadas a la lucha y carentes de la necesaria disciplina y organización, que sólo se adquiere con el tiempo y el hábito.

Por aquella época se apoderaron también los carlistas de Orihuela, ciudad de más de 20.000 habitantes y profundamen-

te carlista, cuyo vecindario los recibió con grandes manifestaciones de adhesión y de entusiasmo y de la que extrajeron gran botín. En el segundo semestre de 1873 el ejército carlista adquirió extraordinario vigor en Levante, y aunque sus jefes no eran de la categoría de los de la primera guerra civil, se les rindieron más fácil y rápidamente poblaciones importantes que en la pasada contienda apenas pudieron dominar.

Mientras que Santés operaba en Valencia, Alicante y Teruel, a veces solo y otras en unión de Cucala, Segarra obtenía éxitos en tierras de Tarragona y en las montañas del Maestrazgo, donde actuaba también con eficacia manifiesta Vallés. El primero conquistó Uldecona a principios de octubre y concedió la libertad a los voluntarios que se le rindieron después de tenaz resistencia; y el segundo se apoderó de Caspe, donde se le entregaron cien voluntarios. En dicha histórica ciudad se alistaron en sus filas más de 200 jóvenes. Además se unió a Vallés el veterano de la primera guerra civil don Juan Bautista Pellicer, quien gozaba de gran prestigio en toda la comarca por su lealtad, modestia y austeridad. La aportación de Pellicer llevó aparejada la de gran número de voluntarios de todos los alrededores, que veían en él a su jefe nato.

El Gobierno de Madrid, sin duda por verse obligado a emplear una buena parte de sus fuerzas en la lucha contra los cantonales, no destinó columnas suficientes para impedir el incremento que adquirirían en Levante los partidarios de Don Carlos. Aun sin contar éstos con jefes ni con masas tan considerables como en los años 1838 y 1839, que son los que representan el auge máximo en la primera guerra civil en la zona que estudiamos, realizaron excursiones más fáciles y provechosas que en la anterior campaña. Quien se distinguió especialmente como jefe maniobrero, hábil, atrevido y rápido fué Santés, cuya conquista de Cuenca, tras una marcha veloz y habilísima, dió gran renombre a este jefe.

Santés partió de Chelva y se dirigió por Utiel, Caudete y Villagordo a Minglanilla. Desde aquí, para ocultar sus intenciones, torció hacia el Sur y penetró en Iniesta, Quintanar del Rey, Casimarro, y por Villanueva de la Jara cayó sobre Mottilla del Palancar, tomando de nuevo la dirección de Cuenca. Desde Mottilla siguió a Campillo de Altobuey y pernoctó la co-

lumna el día 15 en Almodóvar del Pinar, distante unos 50 kilómetros de Cuenca. Las últimas marchas fueron asombrosas. Baste decir que habiendo salido el día 15 por la tarde de Almodóvar del Pinar, llegó al amanecer del día 16 a las puertas de Cuenca, en cuya ciudad penetró después de breve y heroica lucha en las calles, apoderándose de toda la guarnición de los nacionales y de gran cantidad de armamento, municiones, vestuario, etc., etc. Santés firmó la capitulación de Cuenca el día 16 de octubre, como segundo Comandante General del ejército carlista del Reino de Valencia, con el Comandante de infantería don Joaquín Cabanés Pedrón, el Gobernador civil de la provincia, don Miguel Lardiez; el militar, don José Pérez Oñate, y el alcalde, don José Baños. Acordóse en el documento de capitulación conceder la libertad a todos los prisioneros, la entrega de 400 fusiles, más la de caballos, monturas, etc., así como la contribución de un trimestre. El pacto fué cumplido escrupulosamente, lo que honra a Santés.

La columna carlista regresó a Chelva, donde fué acogida con arcos de triunfo y enorme entusiasmo.

Mientras que esto ocurría al Oeste del territorio del Centro, otros jefes dominaban totalmente la provincia de Castellón, excepto su capital, y destruían la estaciones ferroviarias entre Tortosa y Valencia.

Santés recorría gran parte del territorio sin que se le opusiese columna alguna de consideración, y tan pronto lo encontramos en Segorbe, como en Moncadá, como en Priego.

Los carlistas se propusieron apoderarse de Morella, que era para ellos lo que Estella para los del Norte, y a este fin se concentraron en los alrededores de dicha plaza las fuerzas de Vallés, Segarra, Cucala, Vizcarro y de otros jefes menos conocidos, en número de varios millares. A pesar de los fuertes contingentes con que contaban, se vieron vencidos por las columnas de Palacios, Golfín y Weyler y obligados a levantar el cerco tras diversos ataques que no fueron excesivamente sangrientos.

A fines de año tuvo lugar el encuentro más tenaz y sangriento de toda la guerra del Centro: el de Bocairente, muy popular y muy celebrado en la historia del carlismo. A Santés empezaba a dársele importancia y ya le seguían la pista

columnas de relativa fuerza que vigilaban muy de cerca sus movimientos. La brigada Weyler, fuerte de 3.000 hombres, la de Moltó y la de Golfín trataron de rodearle y obligarle a entablar combate. Santés se movía por tierras de Canals, Albaida y Onteniente. En este último lugar se enteró Weyler de que Santés se dirigía a Bocairente. Fué tras él, pero el carlista abandonó el pueblo, lo que hizo creer a Weyler que rehuía el combate, pero no fué así, pues lo único que perseguía Santés era elegir el lugar de la batalla, que no sólo no rehusaba sino que ansiaba. Esta tuvo lugar a poca distancia del pueblo, y fué tan encarnizada, que los liberales perdieron sus cañones, los recuperaron y los volvieron a perder, quedando dueños de ellos y del terreno los carlistas, tras de brillantes cargas a la bayoneta, y si no destrozaron totalmente a la columna Weyler fué por habérseles agotado las municiones. Santés se retiró tranquilamente, a fines de diciembre, por Utiel, a Chelva, que era su cuartel general y su punto de partida para todas sus arriesgadas expediciones.

Por entonces Cucala se apoderaba de Sagunto y fusilaba a algunos voluntarios de la libertad que la defendían, y otros jefes, como Mir, Sierra, Moreno y Giner (Barón de Benicasín), residían, como árbitros y señores en las poblaciones del llano, dueños de toda la costa desde Sagunto hasta Amposta, excepto de Castellón y Vinaroz.

Así como en la primera guerra civil surgió un caudillo que por sus propios méritos se destacó sobre todos los demás y obtuvo la jefatura del Centro, plena, indiscutible, en ésta no ocurría lo propio, pues Santés, Cucala, Segarra y Vallés se consideraban como iguales, y estos cuatro y otros jefes operaban, como en Cataluña, por cuenta propia en la mayoría de las ocasiones. Como, por otra parte, el Infante Don Alfonso fué privado de su mando en el Centro, se decidió nombrar Comandante General de aquel territorio a don Manuel Salvador Palacios, a cuyo fin realizó un viaje al cuartel general de Don Carlos en el Norte el joven Segarra, que abogó en favor del citado nombramiento.

Palacios era uno de los lugartenientes de Cabrera, y aunque no de los más importantes, se distinguió por su valor, por su constancia y tenacidad, y fué el único jefe carlista,

con Balmaseda, que abandonó la lucha en la guerra de los Siete Años. Fueron Balmaseda y Palacios quienes, al verse aislados en las montañas entre Cuenca y Teruel, al cruzar el Ebro Cabrera, camino de Berga, a pesar de encontrarse tan sólo con una pequeña fuerza de 2.000 hombres, se negaron a rendirse y se retiraron luchando, perseguidos por infinidad de columnas, hasta la frontera navarro-francesa, la que pudo atravesar Balmaseda, teniendo Palacios la desgracia de caer prisionero en Lanz, cuando se hallaba a 15 kilómetros del límite de España.

Tomó parte en la guerra de los *Matiners* como jefe de Estado Mayor del General Forcadell. Al iniciarse el alzamiento de 1872, Palacios fué nombrado Comandante General de Guadalajara y Cuenca y ascendido a Mariscal, pero tuvo que emigrar a Francia al fracasar aquel movimiento en la primavera del citado año.

Al hacerse cargo del nuevo puesto contaban los carlistas del Centro con 15 batallones y 600 caballos, pero se hallaban poco instruídos y peor armados.

Santés, especialista en la conquista de capitales, se apoderó de Albacete, por medio de una marcha fulminante, el día 16 de enero, siendo así que el día 6 se hallaba celebrando la festividad de los Reyes en Chelva. Se apoderó primeramente de la estación del ferrocarril, la que asaltó a la bayoneta, y después, de las calles de la población, en las que se trabó lucha bastante enconada. Firmóse una capitulación, mediante la cual quedaban en libertad las tropas liberales que se rindieron, conservando la oficialidad su armamento. Santés extrajo de Albacete 30.000 duros, 1.200 fusiles y 140.000 cartuchos, bastantes caballos y otros muchos efectos, y regresó con gran botín a Chelva. Mientras tanto Vallés se apoderaba de nuevo de Caspe, ciudad que estaba completamente bajo el dominio carlista, aunque no fijaran en ella su residencia. Si bien estas expediciones proporcionaban a los jefes del Centro recursos y nombradía, no tuvieron aquéllos la capacidad suficiente para aprovecharse de sus éxitos, organizando sus fuerzas, audaces y triunfadoras, en un poderoso ejército capaz de emprender hazañas de mayor envergadura. Parecía como si los jefes carlistas del Centro no tuvieran otra finalidad que la de vivir so-

bre el terreno e ir tirando, como se dice vulgarmente, sin un plan más amplio ni ambición de un triunfo total y definitivo. De haber existido un proyecto y una finalidad de más altos vuelos, las tropas carlistas del Centro, reunidas, pudieron haber realizado empresas capaces de apresurar el desenlace final de la guerra, en colaboración con las del Norte principalmente, antes de que hubiera triunfado la restauración alfoncina.

Dejando de momento la actuación de Vallés, Segarra, etc., prosigamos el relato de los movimientos de Santés. Este, que no podía permanecer quieto y que no se propuso nunca organizar sus huestes para batir al enemigo, sino moverse incesantemente y apoderarse de cuantos recursos se ponían a su alcance, salió de nuevo de Chelva y llegó hasta Tarancón, de cuya villa se apoderó a mediados de febrero de 1874; desde allí regresó de nuevo a Chelva, recorriendo cerca de 250 kilómetros a través de cuatro provincias y obteniendo inmensos recursos en esta nueva expedición.

Santés operó después a las órdenes de Palacios por la parte del río Cabriel, y en la batalla llamada de Minglanilla, que aquel jefe carlista sostuvo cerca del puerto Contreras con la columna Calleja, parece que Santés no actuó con el acierto y la disciplina necesarios, aunque él acusa a Palacios de la mala dirección del combate, en que Cucala llevó el peso principal y mereció el aplauso de su superior. Cucala fué herido gravemente en esta batalla.

Santés, al frente de sus fuerzas, emprendió otra nueva expedición y se apoderó de Almansa con suma facilidad, y regresó de nuevo a Chelva, donde descansó con su columna.

Este inquieto jefe, especialista en excursiones arriesgadas, que obraba siempre por su cuenta y que consiguió mayor nombradía que ninguno en el Centro, se acercaba en su marcha triunfal al ocaso de su vida militar. Como diríamos ahora, Santés tuvo una caída *vertical*.

Hallábase Santés a mediados de abril del 1874 en Chelva y tenía a sus órdenes a Lozano, que mandaba un batallón; pero éste, por razones no suficientemente aclaradas, abandonó la columna de Santés y se fué a incorporar a la de Palacios, su jefe supremo. Esto dió lugar a discrepancias y discusiones entre Palacios y Santés, y ya fuese porque éste en las numerosas

expediciones se apoderase de recursos de los que no rindió cuentas, como decían sus enemigos, ya porque no se sometió a la estricta disciplina que es necesaria en la milicia, el hecho es que Palacios destituyó a Santés y lo arrestó en Manzanera, de donde lo llevó preso a Albentosa. Para sustituir al caído fué nombrado el Coronel Monet, antiguo jefe de la Guardia Civil y, según Santés, uno de sus principales detractores.

Al verle en desgracia y sin mando, no faltaron quienes le atribuyeron defectos, abusos e irregularidades que antes no observaron en él, y hasta hubo quien le acusó de ser masón, recurso que se suele emplear, a veces, por los desaprensivos contra determinadas personas cuando no se sabe de qué acusarles de una manera concreta y rotunda.

Seguramente Santés tenía defectos, pero creemos que estaba dotado de brillantes cualidades que la causa carlista debió aprovechar, pues no se hallaba sobrada de capacidades. Santés, después de terminada la guerra, pasó a Francia y se dedicó a comerciar muy pobremente. ¡Todo un Brigadier!

En la historia del carlismo siempre ocupó un lugar destacado la figura de Miguel Lozano, más que por su historia, que fué breve, por su muerte, que causó gran dolor, no sólo entre los carlistas, sino entre cuantos conocían las virtudes y condiciones de tan excelente, honrado y pundonoroso jefe.

Lozano era natural de Jumilla, donde nació en 1843. Ingresó en el ejército, en el que ostentaba el grado de capitán al iniciarse el levantamiento carlista. En noviembre de 1873 pidió la licencia absoluta, y libre ya de toda ligadura que pudiera afectar a su honor militar, ofreció su espada a Don Carlos.

Luchó en el Centro a las órdenes de Santés y otros jefes, alcanzando por su valor y méritos el grado de Coronel. Práctico en expediciones, por haber tomado parte en las de Santés, se le ordenó que al mando de una pequeña columna, compuesta de infantería y caballería, invadiese las provincias de Alicante, Murcia y Albacete. Saliendo de Chelva, llegó sin dificultades a Casas Ibáñez; desde allí fué derecho a cruzar la línea del ferrocarril entre Chinchilla y Almansa, por Bonete. Se apoderó de un tren de mercancías, y dando vapor a la máquina la soltó, sin que en él hubiera ningún empleado, en dirección a Almansa, comunicando a todas las estaciones de

aquella zona que si circulaban trenes serían pasados por las armas los ferroviarios que cayeran en sus manos.

Desde las proximidades de Almansa se dirigió a Pozo-Cañada, donde montó toda su fuerza en un tren procedente de Cartagena, la que trasladó a Tobarra y Hellín, donde entró en medio de grandes aclamaciones y precedido de la banda de su mejor batallón. En Hellín volvió a montar su fuerza en el tren y se trasladó a Agramón, donde inutilizó el material ferroviario y cortó el puente del ferrocarril para evitar llegasen fuerzas en su persecución. Continuando sus correrías llegó hasta Lorca, sin encuentros ni dificultades. Allí fué recibido con gran entusiasmo y asistió a una función de teatro, y luego, pasando por Vélez-Rubio, Vélez-Blanco, etc., penetró en la provincia de Granada, alojándose en Huéscar, Nerpio, Moratalla y regresando de nuevo a Jumilla, donde fué aclamado como héroe por sus paisanos. De allí tomó la dirección de Aspe, Elche y Orihuela, poblaciones donde se le unieron muchísimos voluntarios. De Orihuela se trasladó a Fortuna y de aquí, por Blanca, a Cieza, situada sobre la carretera general y el ferrocarril de Madrid a Murcia. Aquí fué alcanzado por una columna de las que le perseguían, con la que entabló combate, que se inició en condiciones favorables para el joven caudillo carlista, pero al enterarse de que se acercaba otra columna enemiga por la retaguardia, se retiró a Jumilla. De allí volvió a marchar a Yecla y Pozo-Cañada, donde sus oficiales fusilaron a cuatro obreros ferroviarios, sin conocimiento de Lozano, pero de acuerdo con aquel bando que publicó al principio de su expedición, imponiendo pena de muerte a cuantos ferroviarios fueran cogidos en actos de servicio o a una hora de la vía férrea. Sin duda dictó este bando para aterrorizar y de este modo detener el tráfico ferroviario, pero tuvo fatales consecuencias para su autor, al ser éste juzgado por sus enemigos.

Huyendo de las columnas que le atacaron en Cieza, se dirigió por Navas de Abajo y Peñas de San Pedro a Bogarra, villa del partido judicial de Alcaraz, donde fué sorprendido por la columna del General Dabán, quien se enteró de la situación exacta de Lozano por el jefe de uno de sus batallones, que le traicionó, pasándose al enemigo. Dabán apretó el paso y se presentó en Bogarra a media noche, cayendo de improviso so-

bre el conñado Lozano, cuya columna se dispersó, quedando prisioneros unos 150 infantes y toda la caballería, así como parte de la impedimenta y del caudal que llevaba consigo para entregar en Chelva, aunque la mayor parte de éste lo tenía Lozano a buen recaudo y llegó sin tropiezo a su destino final.

Lozano, seguido de unos 200 hombres, huyó a Villanueva de la Fuente, población situada en el límite de las provincias de Albacete, Ciudad Real y Jaén. Allí celebró consejo de jefes y oficiales, y la mayoría optó por regresar al punto de partida; pero Lozano, que sin duda era excesivamente pundonoroso y de conciencia escrupulosa, dejó a sus jefes y oficiales en libertad de regresar a Chelva; pero como él había dado palabra al Infante Don Alfonso de no volver al punto de partida hasta recibir órdenes, dijo que se hallaba decidido a dirigirse al Cuartel Real de Don Carlos. Varios de sus oficiales prometieron seguirle, y habiendo acordado un plan muy arriesgado, resolvieron encaminarse por diferentes rutas y disfrazados hasta Gibraltar, donde embarcarían para un puerto francés, desde donde se presentarían a las fuerzas carlistas del Norte.

Lozano fué reconocido en Linares, cuando se dirigía a Gibraltar, y puesto en prisión, así como tres de sus oficiales. Sometidos a un Consejo de guerra, los cuatro fueron sentenciados a muerte y fusilados en Albacete en 3 de diciembre de 1874. Lozano, hombre excesivamente bien intencionado, esclavo de su deber y profundamente adherido a Don Carlos y a su causa, no tuvo otro guía y norte en su empresa que el cumplimiento del deber, que a veces se le ofrecía como algo desagradable y duro. Si cometió algún desafuero, lo hizo porque lo creía necesario y admitido por las leyes de la guerra. Jamás obró obedeciendo a un instinto malvado o a un sentimiento innober. Murió como católico modelo y como hombre sin miedo ni tacha.

Se hicieron múltiples gestiones para salvarle la vida, pero sin resultado. La muerte del joven Coronel carlista fué muy llorada por propios y extraños.

Su expedición nos recuerda en pequeño a la de Miguel Gómez. Hemos dicho en pequeño porque el territorio en que se movió fué reducido, así como el tiempo que duró y las condiciones y talento de quien la mandaba eran muy inferiores a las del famoso General de la primera guerra civil.

CAPITULO XXVI

Alzamiento de Aragón.—El Cojo de aCriñena.—"Marco de Bello", Madrazo, Villalain.—Llegada del Infante Don Alfonso.—Conquista de Vinaroz y Amposta.—Ataques frustrados contra Teruel.—Destitución de Marco.—Conquista de Cuenca.—Segundo ataque a Teruel.

POR más que hemos consultado buen número de obras para ver si encontramos datos relativos al alzamiento en Aragón en la primavera de 1872, no hemos podido proporcionarnos más que confusas referencias a lo ocurrido en dicha región, lo que prueba que así como en el Norte y Cataluña el alzamiento de abril de 1872 tuvo importancia, el de Aragón pasó casi desapercibido a todos los historiadores de la última guerra civil.

Secundando las órdenes de Don Carlos de que se hiciera el levantamiento en toda España en abril de 1872, Marco, Madrazo, Gamundi, Rodrigo, Montañés y otros jefes intentaron provocar un alzamiento en el Bajo Aragón y levantaron algunas partidas, pero por falta de apoyo en ciertas guarniciones que estaban comprometidas y por carencia de recursos fueron todas rápidamente dispersadas. La de Marco lo fué en la Muela de Cantavieja, donde halló heroica muerte su lugarteniente don Pascual Gil Cabeza. Las de Montañés, Madrazo y Rodrigo lo fueron en el Pobo.

Fracasado este movimiento, los jefes de Aragón tuvieron que huir unos y ocultarse otros.

A fines del citado año, y sin duda para auxiliar a los deci-

didos y tenaces carlistas catalanes, se reprodujo el alzamiento en el Bajo Aragón y zonas limítrofes de Cuenca y Guadalajara, pero llevando la dirección otras personas. Uno de los primeros en tomar las armas en esta segunda tentativa fué el veterano don Pascual Aznar (*el Cojo de Cariñena*), quien fué muy popular en la anterior contienda y era valiente y leal, pero muy entrado en años para una campaña de las condiciones de aquélla, especialmente en sus inicios, cuando la persecución de las columnas liberales obligaba a vivir en perpetuo sobresalto y en continua movilidad, sin lugar alguno donde reposar, ni retiro donde poder ocultarse. Aznar llevaba como segundo a don Francisco Cavero, militar de profesión, de distinguida familia aragonesa y de valor legendario, que fué ayudante del infortunado General Ortega. Aznar fué nombrado Comandante General de Aragón, y a pesar de su edad y de sus achaques, aceptó el puesto y salió al campo, dando una prueba más de lealtad, disciplina y espíritu de sacrificio. Una vez realizado el alzamiento, pensaba retirarse a una pequeña plaza situada en el territorio carlista que él esperaba dominar en breve, pero la suerte le fué adversa. Hallábanse Aznar y Cavero con alguna gente en Santa Cruz de Nogueras, a fines de 1872, cuando se presentó en las afueras del pueblo una columna liberal. Cavero aconsejó a su jefe la salida inmediata del pueblo, pero Aznar se empeñó en hacerse fuerte dentro de las casas. A poco de entablarse la lucha se presentó otra pequeña columna por el lado opuesto del pueblo, y a pesar del heroísmo con que luchó Cavero para proteger la retirada de su jefe, todos fueron envueltos y hechos prisioneros al quedar sin municiones, y enviados a presidio, quebrantando la promesa formal que se les hizo al capitular de tratarlos como a prisioneros de guerra. Algunos fueron deportados a Cuba, pero todos ellos fueron canjeados pasado un año.

Aznar se levantó al grito de *¡Religión, Patria, Fueros y Rey!*

También se agitó por las provincias de Cuenca, Guadalajara y partidos judiciales de Daroca y Calatayud don Angel Casimiro Villalaín, que fué nombrado Comandante General del territorio mencionado, pero tampoco tuvo éxito en sus tentativas de sublevar aquella zona.

Transcurrió todo el 72 y el primer semestre del 73 en Ara-

gón, al igual que en el antiguo reino de Valencia, sin que el alzamiento carlista adquiriera consistencia ni fuerza. Vino a dársela en tierras de Teruel, Calatayud, etc., don Manuel Marco Catalán, llamado *Marco de Bello*, por residir en el pueblo de este nombre. Marco era veterano de la primera guerra civil, fué miembro de la asamblea de Vevey, diputado a Cortes, gozaba de muy buena posición y de gran prestigio en Aragón y de merecido ascendiente en la Corte de Don Carlos. Militaba en la extrema derecha del partido y era enemigo irreconciliable de Cabrera, de quien decía que no podía ser amigo de la unidad católica cuando estaba casado con una protestante.

El segundo alzamiento de Marco, el que tuvo verdadera importancia y consolidó el movimiento en Aragón, se efectuó a primeros de octubre de 1873. A Marco se le unieron don José Galindo, exdiputado y persona de gran influencia; Calvera, Pallés y otros. Consiguó levantar en pocos días una fuerza considerable y dió una proclama a los aragoneses abogando por la unidad católica, la monarquía y los fueros y atacando al liberalismo y al absolutismo, de ambos de los cuales fué siempre enemigo el partido carlista. El día 13 de octubre entró en Cantavieja, al mando de más de 2.000 hombres, siendo aclamado con loco entusiasmo por la población.

Marco procedió en seguida a organizar la administración, tanto civil como militar, de la zona de su mando y nombró jefe de la Intendencia militar a don Pascual Lapuerta, quien más tarde pasó a ser jefe de la Academia Militar que creó en Cantavieja. Marco procuró por todos los medios tratar bien a las poblaciones de su territorio y obró en todo momento con justicia, equidad y respeto a todos los intereses legítimos. Acaso era mejor administrador y jefe político que militar. Consiguó que sus voluntarios cobrasen la mitad de haber por día que los valencianos o catalanes, con el fin de que los pueblos no fuesen esquilados... Marco era más bien un padre que un general.

Contando Marco ya con una respetable columna, salió de Cantavieja y se dirigió a Molina de Aragón, pequeña ciudad eminentemente carlista que contaba con una regular guarnición, la que huyó al llegar al Pobo la columna del jefe arago-

nés, quien fué recibido con gran entusiasmo. Allí se le incorporó el bravo y fiel Coronel don Andrés Madrazo con 110 hombres, que fueron el núcleo del tercer batallón aragonés, cuyo mando le fué confiado.

Desde Molina, Marco, con su columna, se dirigió a Rubielos de Mora, recogiendo en el trayecto nuevos y enardecidos voluntarios que acudían a alistarse en las filas de la legitimidad. En Rubielos uniformó a gran parte de sus fuerzas, pero muchos de los nuevos soldados quedaron sin armas, pues los carlistas tuvieron la desgracia de contar siempre con más soldados dispuestos a entregar la vida por la causa que fusiles con que defender sus ideales.

En noviembre Marco se dirigió sobre Daroca, a la que atacó y tomó tras encarnizada lucha. Sus defensores se refugiaron en los fuertes, pero esto no impidió que las tropas carlistas recogieran abundantes caballos y pertrechos y salieran tranquilamente de la plaza con su botín.

De allí se dirigió su columna, que ya sumaba más de tres mil hombres, a Ateca, plaza que no pudo tomar porque corrió en su auxilio una fuerte división republicana que le obligó a retirarse. Volvió a Rubielos de Mora y se le incorporó en el camino don Juan Bautista Pellicer, popularísimo jefe de la zona de Caspe, quien, merced a su prestigio y a su limpia historia, consiguió levantar más de 300 jóvenes de los alrededores del pueblo en que vivía. Pellicer había servido hasta entonces a las órdenes de Vallés, de quien se separó por unirse a Marco, que era aragonés como él.

Marco estableció en Cantavieja una maestranza, donde se arreglaban los fusiles y demás armas de su naciente ejército.

En este final de 1873 el movimiento carlista del Centro se había afianzado y adquirido fuerza con Marco en Aragón, Santés en Valencia, y Vallés, Segarra y Cucala en el Maestrazgo.

Villalaín, jefe de las provincias de Guadalajara y Cuenca, también obtuvo éxitos, siendo el más importante de aquéllos la conquista de Sigüenza, donde se apoderó de 280 fusiles y pertrechos de guerra.

Es muy difícil relatar la historia del movimiento carlista de las regiones de Valencia, Maestrazgo, Aragón y Castilla oriental sin que se entremezclen los hechos guerreros y las uni-

dades militares de las cuatro zonas, sobre todo desde que se iniciaron operaciones de mayor volumen e importancia como consecuencia del incremento que adquirieron las fuerzas carlistas.

Desde que Don Alfonso se hizo cargo de la jefatura del Centro, la historia de la guerra en dicha región va íntimamente ligada a los movimientos del Infante, hermano de Don Carlos VII, quien cruzó el Ebro por Flix el 24 de mayo, acompañado por los Generales Lafuente, Freixá y Moya y de sus primos don Alberto y don Francisco de Borbón, hijos del Infante Don Enrique. Llevaba consigo el batallón de zuavos, otro formado por desertores y pasados del enemigo, el 5.º escuadrón de Cataluña y una batería de montaña.

Le esperaba en la otra orilla *Panera* con sus fuerzas. Antes de la llegada de Don Alfonso al Centro tuvieron lugar algunos hechos bastante importantes dentro de aquel año de 1874. De ellos el más notable fué la conquista de Vinaroz, plaza que se hallaba defendida por el Coronel Navarro, que mandaba unos 700 hombres del ejército regular, aparte de los nacionales. Los carlistas se adueñaron de 800 fusiles, siete cañones de grueso calibre y enorme cantidad de pertrechos de guerra, víveres, etc., etc.

La conquista de esta ciudad, que ni Cabrera pudo tomar en la guerra de los Siete Años, produjo un efecto enorme en toda la región.

A los pocos días se apoderaron de Amposta, cuya guarnición huyó al aproximarse las tropas de Segarra. Este se apoderó de tres piezas de grueso calibre, pero como los cañones de Vinaroz y Amposta de nada les servían para la guerra de montaña, pues más bien era artillería de costa, se decidió a ocultarlos, enterrándolos.

También por entonces el Coronel Corredor se apoderó de Gandía, ciudad muy rica e importante.

Volvamos a historiar la actuación de Don Alfonso.

En cuanto pasó el Ebro destituyó al Brigadier Vallés del cargo de Comandante General del Maestrazgo y ordenó que los batallones 1.º y 6.º, que iban bajo su mando inmediato, se pusieran a las órdenes de Segarra, que ya por entonces era Coronel.

El Infante sostuvo una batalla indecisa en Alcora con el General Montenegro y se decidió al poco tiempo a atacar Teruel, que estuvo a punto de ser conquistada.

Se hallaban ya dentro de la ciudad algunas compañías de su columna, y al retirarse las demás fuerzas, ante el anuncio de que llegaban grandes refuerzos liberales, aquéllas quedaron aisladas y fueron hechas prisioneras por no habérseles comunicado la orden de retirada.

El contratiempo de Teruel dió lugar a mutuas recriminaciones entre Marco y Villalaín, y el Infante se puso abiertamente del lado del segundo, destituyendo a Marco, a quien detuvo y sometió a sumario, enviándole preso a Horta. Esto desagradó profundamente a los aragoneses y causó desaliento entre los voluntarios de aquel reino.

Estos fracasos no desanimaron a Don Alfonso. Con fuerzas casi idénticas a las que intentaron conquistar Teruel cayó a marchas forzadas sobre Cuenca, cuyos arrabales atacó el 13 de julio. La guarnición, mandada por el Brigadier Iglesia, rechazó las proposiciones de capitulación que se le hicieron y se aprestó a la lucha. Transcurrieron dos días de fuerte pelea, sin que los atacantes alcanzaran ventaja alguna positiva. Ante la tenaz resistencia de los sitiados y el temor de que llegaran columnas liberales de refuerzo, empezó a cundir el desaliento en las filas carlistas. Se habló de retirada, pero Don Alfonso, valeroso y decidido, dijo a los suyos: "Que no se me hable de retirada; hoy el ejército del Centro perece o Cuenca queda en poder de Carlos VII."

Ante esto ya nadie pensó en retirarse, sino en vencer o morir. El Brigadier Villalaín, los Comandantes Lozano y Julio Segarra se lanzaron al asalto, bajo una lluvia de balas, y se apoderaron del segundo recinto. Allí encontró muerte gloriosa Julio Segarra, que fué recogido por los suyos, que penetraron por las calles de la ciudad ebrios de entusiasmo y encendidos por el ardor bélico. Los defensores de Cuenca tenían aún el castillo para defenderse, pero les faltó decisión y valor, y después de tres días de lucha encarnizada se rindió el Brigadier Iglesia con toda la guarnición.

Las fuerzas carlistas se apoderaron de 2.000 fusiles, dos

escuadrones de caballería, cuatro cañones y una enorme cantidad de municiones.

Después de detenerse dos días en Cuenca, el Infante dividió sus fuerzas en tres columnas y regresó a Chelva. Una de las columnas escoltaba las cuatro piezas de artillería; otra, con los Infantes (pues Doña María de las Nieves de Braganza jamás se separaba de su marido, ni aun en los momentos de mayor peligro), custodiaba las municiones y demás pertrechos de guerra; ambas llegaron sin novedad a Chelva, pero la tercera, que iba a las órdenes del Comandante Giner, hijo del Barón de Benicasín, y conducía a los prisioneros de Cuenca, fué sorprendida en Salvacañete por la columna de López Pinto, quien no solamente libertó a los prisioneros liberales, sino que capturó al Comandante de la columna carlista y a parte de la misma.

Con motivo de la toma de Cuenca y de algún exceso cometido por la soldadesca sin conocimiento y con la reprobación de sus jefes, la prensa de Madrid, presa de un ataque de histerismo, sin duda por la relativa proximidad de Cuenca a la capital, lanzó una campaña de difamación y escándalo, que después copió toda la de España y parte de la de Europa, cubriendo de insultos, injurias y calumnias a los *cabecillas* carlistas, y especialmente a los Infantes Don Alfonso y Doña María de las Nieves, a los que calificó de *verdugos* y *monstruos*, sin que exista un solo hecho comprobado en que puedan apoyarse tales acusaciones, que más tarde periódicos y literatos poco escrupulosos o mendaces han ido repitiendo, creando así el mito de Cuenca.

Para dar al mismo fuerza y consistencia se ha invocado al testimonio del entonces Obispo de la diócesis doctor Payá, que más tarde fué Cardenal Payá, Arzobispo de Toledo.

Más de una vez hemos tenido el honor de hablar del episodio de Cuenca con los Infantes en su magnífica posesión de Evenzweyer, a orillas del lago Gmunden (Austria). Jamás negaron que algunas de las fuerzas cometieron excesos y tropelías, de las que tuvieron conocimiento posteriormente, pero no fueron mayores que los corrientes en asaltos dados a ciudades tras varios días de lucha, y nunca se explicaron el por qué se hizo esta campaña de escándalo, basándose en excesos, sin

duda reprobables, pero corrientes en las guerras, que ellos y los jefes a sus órdenes fueron los primeros en censurar y reprimir.

Con respecto al testimonio del Obispo, me contaron los egregios personajes que tuvieron ásperas palabras con Su Ilustrísima, pero que el altercado fué ocasionado por el siguiente episodio. El Prelado ocultó varios soldados o nacionales en el palacio episcopal, donde se alojaban los Infantes, y al descubrir éstos que en su misma residencia, y a pesar de haberseles asegurado terminantemente que nadie se ocultaba en ella, se hallaban escondidos soldados del bando contrario, calificaron con gran indignación la conducta del Obispo, a quien desde aquel momento no trataron como amigo, aunque sí con el respeto debido a su condición y jerarquía.

El General Kirkpatrick de Closeburn, representante de Don Carlos en Londres, recibió del General Freixá, jefe de Estado Mayor del Infante Don Alfonso, el siguiente telegrama sobre las supuestas atrocidades de Cuenca: "Contradiga y desmienta las acusaciones de Madrid relativas a las atrocidades falsamente imputadas a los carlistas en la toma de Cuenca, así como la subsiguiente derrota del Príncipe." Y algunos meses después, hallándose Freixá en el destierro, le decía a Kirkpatrick, según cuenta éste en su historia sobre la guerra civil, lo siguiente: "No es cierto que hayamos quemado casas y cometido atrocidades."

Tras la conquista de Cuenca, los carlistas regresaron a Chelva, donde fueron recibidos con arcos de triunfo. Desde allí Don Alfonso destacó a Villalán a las provincias de Guadalajara y Cuenca, y a Lozano a las de Murcia, Alicante y Albacete.

Tenacísimo en sus propósitos, Don Alfonso decidió atacar de nuevo a Teruel, adonde se encaminó el 2 de agosto, partiendo de Jérica y pasando por Sarrión.

Llegó el 3 a las afueras de Teruel. Llevaba consigo el Infante 13 batallones, cuatro piezas de artillería y 300 caballos, y había dado orden a los aragoneses, que a la sazón mandaba Gamundi, de que acudieran a tomar parte en la empresa.

La misma noche del 3 tomaron posiciones sus fuerzas, y Lozano y el cura de Flix se apoderaron de los arrabales de la

capital antes del amanecer, encerrándose en la plaza las fuerzas que allí había destacadas.

Situaron los carlistas dos piezas de artillería en el cementerio y otras dos en Santa Bárbara y empezaron a cañonear la ciudad en cuanto amaneció el día 4. Se pasó el día en continuo tiroteo y se decidió el asalto para aquella noche, encargando a parte del batallón de zuavos y a uno de Castellón la operación de ruptura de las defensas de la capital; pero cuando se preparaban con escalas, picos, etc., para asaltarla, supieron que se aproximaba una fuerte columna liberal, y viendo que no llegaban los aragoneses con Gamundi, decidieron retirarse a Cedrillas y Alcalá de la Selva, donde se les incorporaron los aragoneses, que habían recibido tarde la orden de marchar sobre Teruel.

Por Fortanete, Zurita, Aguaviva y Calanda se encaminó Don Alfonso con su columna a Alcañiz, con el propósito de atacarla y conquistarla. En Castellseras se acordaron los últimos detalles para el ataque y se encargó a los aragoneses de ir en cabeza al asalto de la plaza; pero ante el terrible fuego que hicieron los defensores de Alcañiz, aquéllos retrocedieron, alegando sus jefes que carecían de municiones. Este fracaso irritó grandemente a Don Alfonso y ordenó la retirada de todas las fuerzas a Valdealgorfa, desde donde se encaminó Don Alfonso con don Rafael Tristany, que había venido a conferenciar con él, Herranz (jefe mejicano, no muy capaz y bastante fantástico, que mandaba la caballería carlista del Centro) y otros jefes a Gandesa; desde allí pasó a Vinaroz y Benicarló, donde descansó una corta temporada.

Aquí le llegó la noticia de su separación del mando del ejército de Cataluña, y esta decisión de su augusto hermano le desagradó tan profundamente que anunció a todos su propósito de abandonar también el Centro, para lo que pidió la correspondiente licencia.

Ya no tuvo Don Alfonso ilusión alguna ni ánimos para realizar grandes empresas. Sin embargo, a principios de septiembre trató de amenazar a Castellón, para lo cual llegó hasta Villarreal, pero se retiró ante la aproximación de una columna enemiga.

Lizarraga, que le acompañaba y actuaba como su jefe de

Estado Mayor, le propuso enviar algunos batallones a Aragón en socorro de Gamundi, a quien acosaba muy de cerca Pavía; pero el Infante, desoyendo los consejos de su veterano jefe y siguiendo sus propias inspiraciones, no muy acertadas a causa de sus pocos años y de su inexperiencia bélica, pero muy tenazmente sostenidas, optó por invadir la zona de Valencia y llegó hasta las mismas puertas de la capital, para retirarse al primer anuncio de la proximidad del enemigo, sin gloria ni provecho.

Para encubrir en parte este fracaso ordenó a Cucala que con su sola brigada invadiese la huerta de Valencia, y el Infante se retiró a Segorbe, donde permaneció varios días.

Gamundi sostuvo (septiembre de 1874) un fuerte encuentro en Mora de Rubielos con la columna López Pinto, de la que no salió mal librado; pero como también operaba por aquella zona la columna de Pavía, entre las dos le hicieron pasar grandes penalidades y apuros, no bastándole para librarse de ellos la ayuda que les prestó la brigada de Gandesa.

En octubre terminó trágicamente la expedición de Lozano, que relatamos en otro capítulo. Por la misma época Villalaín tuvo serios percances en Guadalajara, especialmente en la Alcarria, los que desmoralizaron mucho a su fuerza, que menguó rápidamente.

También falleció en el citado mes el General Moya, que era Comandante General de Valencia. Para sustituirle nombró el Infante a don Gerardo Martínez de Velasco, que llegó del Norte, donde había sido Comandante General de Vizcaya.

Pasó el Infante un mes entre Segorbe y Alcora. Allí recibió la visita de don Eustaquio Díaz de Rada, quien fué a verle con una misión de Don Carlos que debió de ser secreta, pues nada se conoce de ella. En San Mateo recibió Don Alfonso la autorización para ausentarse, y en cuanto la tuvo se dirigió a Gandesa, donde se despidió del ejército del Centro con una orden general que leyó públicamente a las tropas, en la que se decía que no pareciéndole conveniente la separación de las fuerzas de Cataluña de su mando, se marchaba con pena, después de haber reclamado en vano que se volvieran a unir los dos ejércitos bajo su jefatura.

Esta orden general, que implicaba en cierto modo una in-

subordinación, desagradó profundamente a Don Carlos, su hermano y su Rey.

Nos es doloroso escribir lo que antecede, pero el historiador se debe a la verdad, que no está reñida con el respeto, ni siquiera con el afecto a las personas a quienes puedan rozar las verdades históricas.

Cruzando el Ebro por Flix, se encaminó Don Alfonso a Cataluña, llevándose consigo los zuavos, el escuadrón de su escolta y la batería que trajo, regalando antes un cañón a Cuccala, a quien los Infantes tenían especial afecto, a pesar de ser este jefe el más criticado de los que actuaban en el Centro. Antes de partir relevó del mando a Lizarraga, a quien suponía instigador y propulsor del acuerdo de separar los ejércitos del Centro y de Cataluña, y nombró Comandante General interino del Centro a Velasco.

CAPITULO XXVII

Mando de Velasco en el Centro.—Le sustituye Lizarraga.—A éste, Dorregaray.—Batalla de Alcora.—Muerte de Villalain.—Abandono del Centro.—Sitio de Cantavieja.—Defensa y capitulación de Seo de Urgel.

YA vimos que al abandonar Don Alfonso el Centro nombró jefe interino de aquella región a don Gerardo Martínez de Velasco, quien encontró en medianas condiciones las tropas de aquel territorio.

La casi única acción librada bajo su mando fué la de Villafranca del Cid, donde la columna de Despujols pudo haber sido aniquilada por las fuerzas reunidas del Maestrazgo, de Aragón y Valencia, que la pusieron en gravísimo aprieto y estuvieron a punto de coparla. Pero una imprudencia de los batallones de Cucala, demasiado impetuosos y poco disciplinados, la salvó, por haber éstos abandonado determinadas posiciones que cerraban el anillo en que se hallaba aprisionado Despujols, quien, al observar el error cometido por Cucala, lanzó a su caballería a ensanchar el boquete abierto y arrolló a dos compañías valencianas, pudiendo de este modo abrirse paso para Morella y dejar a salvo su columna.

Velasco trabajó para mejorar las condiciones del ejército del Centro, especialmente para introducir en él una mayor disciplina y establecer una mayor coordinación entre sus jefes, pero no logró todo el éxito que esperaba.

Organizó un batallón escogido que llamó de Guías, el que le servía de escolta, y cuando preparaba nuevos planes se vió

sustituído por Lizarraga, a quien hizo entrega del mando en San Mateo en 6 de diciembre de 1874.

Lizarraga, como todo el que llega con ilusión a un puesto elevado, empezó a trabajar con ardor y ahinco, dispuesto a superar a todos sus predecesores, y se dedicó de lleno a arbitrar medios de instruir, vestir y armar mejor a los voluntarios de Don Carlos que luchaban en aquella extensa región. Para esto ideó medios de aumentar los ingresos, y contando con algunas sumas procedentes de las expediciones de Lozano, comisionó a don Tirso de Olazábal para que, a semejanza de las compras que hizo de fusiles y cañones para el ejército del Norte, le proveyese a él de 4.000 fusiles Allen (que era el Berdan reformado) y de una batería Witworth, todo lo cual debería desembarcar en el Mediterráneo, al igual que desembarcó con señalado éxito en el Cantábrico. Dió el mando de Cuenca y Guadalajara al Brigadier Vallés, a quien había depuesto Don Alfonso, y destituyó de su jefatura a Villalaín, a quien el Infante favorecía; o sea, que entonces, como ahora y como siempre, los jefes tenían la costumbre de deshacer todo lo que habían hecho sus predecesores, estuviera bien o mal hecho, lo cual es absurdo y peligroso proceder.

Lizarraga, convencido de que el transporte ferroviario colocaba a los liberales en ventajosísimas condiciones para la lucha, siguiendo la táctica iniciada por el infortunado Lozano dictó bandos severísimos contra quienes prestaran el menor servicio a las empresas ferroviarias y dictó medidas para la destrucción de la vía férrea. Todo esto acaecía a fines de diciembre, y el 31 del citado mes ocurrió un acontecimiento que iba a influir muy poderosamente en el desarrollo de los sucesos posteriores, cual fué la proclamación de Alfonso XII en Sagunto por Martínez Campos y Dabán. Lizarraga concibió un magno proyecto, que era excesivo para tan cortas fuerzas como las que contaba. Este no fué otro sino impedir la llegada de Don Alfonso a Madrid por ferrocarril, para lo cual ordenó a Gamundi y González Boet que con las fuerzas aragonesas tomasen Guadalajara; a Velasco, que con su batallón de Guías y tres de Cucala invadiese el llano de Valencia, mientras él, llevando consigo seis batallones de Valencia y el Maestrazgo, más los tres de Vallés, se dirigía por Molina de Aragón contra

Aranjuez, con el propósito de destruir la vía férrea en aquel punto, mientras que Gamundi lo hacía en Guadalajara, dejando así incomunicado a Madrid con Valencia, Murcia y Aragón. Pero, por varias razones, este plan no pudo realizarse y quedó sobre el papel. Lo más que consiguió fué que Vallés tomase Molina el 13 de enero de 1875 e hiciese prisionera a su pequeña guarnición.

Los proyectos de Lizarraga quedaron truncados al verse sustituido por Dorregaray, a quien entregó el mando en Mora de Rubielos en 22 de enero. El nuevo Comandante General del Centro (el cuarto en cuatro meses) se encontró con un ejército integrado por unos 10.000 infantes de primera línea y unos mil caballos, además de otras fuerzas auxiliares, que harían ascender el total de hombres en armas a unos 14.000. Carecían de artillería, pues apenas contaban con un par de cañones, ya que no habían aún llegado, ni llegarían nunca, las armas encargadas a Olazábal, por haberse retirado Dorregaray del teatro de la lucha antes de que aquéllas pudieran desembarcarse.

Dorregaray fué nombrado jefe del ejército del Centro en 28 de diciembre de 1874, y en igual fecha se extendieron los nombramientos de Comandante General de Cataluña en favor de Lizarraga y de Ayudante de Su Majestad en favor de Rafael Tristany, nombrado Conde de Aviñó. También se concedió, en 25 de igual mes, la gran Cruz del Mérito Militar a don Francisco Savalls, quien obtuvo antes el título de Marqués de Alpens.

Dorregaray llevó consigo al Brigadier don Antonio Oliver, a quien nombró jefe de Estado Mayor; a don Rafael Alvarez, a quien hizo Comandante General del Maestrazgo; a don Fernando Adelantado, al que puso al frente de la división de Valencia. Contaba, además, con González Boet, con Gamundi, con Ordóñez, etc., quienes iban a sustituir a los viejos caudillos del país, o por lo menos a algunos de ellos.

Sin duda para darle la bienvenida, las tropas aragonesas le ofrecieron un triunfo, que hizo renacer las esperanzas, algo apagadas ante tal trasiego de jefes en tan breve espacio de tiempo. Este triunfo fué la conquista de Daroca por las tropas aragonesas, que fueron conducidas a la victoria por Gamundi y Boet. Hicieron prisionero en Daroca al Teniente Coronel San-

cho, con dos escuadrones de caballería y una compañía de infantería, después de pelear durante doce horas consecutivas dentro de las calles de la villa.

A complicar y hacer más difícil la situación de los carlistas del Centro, de suyo no muy halagüeña, vino la defección de Cabrera, quien intentó arrastrar consigo a algunos de los jefes de aquel ejército. No tuvo gran éxito, pero logró ganar a su causa al Coronel Monet (el que más acusó a Santés y quedó al frente de su división al ser éste destituido) y a Codina, alto funcionario de Hacienda, los cuales fueron juzgados y fusilados en el Collado por orden de Dorregaray, quien, a su vez, iba a ser considerado en breve como un gran traidor a la causa carlista.

En mayo se celebró el primer canje importante, en Cabanes, con el ceremonial de costumbre en estos casos. Es curioso—pero la historia de las guerras carlistas, por lo menos, si no de todas las guerras, nos enseña—que los canjes suelen ser mensajeros de negociaciones y preludios de paz. Así ocurrió en el Centro y en otros sitios.

Poco después se dió, sin embargo, la batalla de Alcora, librada entre esta población y Lucena. Mandaba a los alfonsinos el General Montenegro, quien llevaba consigo, además de la suya, la columna del Brigadier Chacón. Los batallones carlistas se hallaban a las órdenes de Alvarez, Cucala y Villalaín. Estos rechazaron briosamente varias veces al enemigo, al que causaron graves pérdidas; pero Montenegro envió fuertes contingentes en apoyo de Chacón, mientras que Dorregaray también reforzó los suyos, prolongándose la batalla hasta bien entrada la noche y quedando indeciso el triunfo. Los liberales se retiraron a Alcora, y Dorregaray, que dirigía la batalla, con los suyos, a Lucena. Este encuentro fué celebrado por los carlistas como triunfo de aquella campaña. Montenegro se retiró con más de 300 bajas a Castellón.

Hay quien dice que Dorregaray se puso de acuerdo con los generales alfonsinos para terminar la campaña del Centro, retirando las tropas carlistas de aquella región al otro lado del Ebro, según plan preconcebido e itinerario fijado por él y Jovellar; hay quien asegura que la idea de reforzar enormemente el ejército alfonsino del Centro y el plan de campaña que se

siguió para acabar con los partidarios de Don Carlos en aquella zona fueron de Cabrera, que para entonces ya había reconocido a Alfonso XII. Mendiri asegura en sus Memorias inéditas que Dorregaray fué traidor. En cambio, el jefe de Estado Mayor de Dorregaray, Antonio Oliver, sale a su defensa y vindica su memoria. ¿Quién está en lo cierto?

Prosigamos el relato de la campaña.

El Gobierno de Madrid lanzó sobre los carlistas del Centro gran masa de tropas. Al ver tan desproporcionadas huestes, los carlistas no se arredran. Como salieron al campo dispuestos a morir por la causa, el número de los enemigos les es indiferente; pero sin dirección y mando adecuado, el heroísmo del soldado de nada sirve.

Jovellar salió a campaña a mediados de junio, pero ya para entonces Martínez Campos, que vino de Cataluña con una fuerte columna, sitiaba el castillo de Miravet y atacaba el fuerte de Flix, lugares ambos de gran valor para asegurar el paso del Ebro. Jovellar invadió el Maestrazgo con 40.000 hombres y trató de empujar a los carlistas hacia el Ebro, donde los esperaba Martínez Campos. Dorregaray presentó batalla a Jovellar en las cercanías de Villahermosa, batalla que el enemigo no rehusó. Los carlistas se batieron con decisión y arrojo, pero ante la enorme superioridad de los alfonsinos se vieron obligados a retirarse, no sin haber sufrido numerosas y sensibles pérdidas, entre ellas la del heroico y bravo Villalaín, quien fué tantas veces atacado por otros jefes que no supieron tener un morir tan bello como éste para quien es militar de corazón. ¡Pobre Villalaín, que allí ofrendó su vida en holocausto por su causa, cuando algunos de sus detractores gozaron después de las delicias de una vida regalada, aunque no extremadamente limpia!

Sobre la muerte de Villalaín cuenta Oliver, General jefe de Estado Mayor de Dorregaray, la siguiente patética anécdota:

"Villalaín tenía un caballo y un macho de brigada que eran casi unas fieras y a los que trataba con el mismo cuidado y esmero que podía haber empleado con unos hijos suyos.

"Habiéndole encontrado momentos antes de su muerte y extrañándome verlo a pie y sumamente triste, le pregunté qué le sucedía, a lo que me contestó con un acento de profunda

pena: "¡Qué he de tener! ¡Que me han matado el caballo y el macho!" Pocos instantes después dejaba él también de existir, y su ayudante, Cardona, no permitió dejar el cadáver, a pesar del horroso fuego que allí sufrió, llevándolo sobre la grupa de su caballo hasta Mosqueruela, en donde le dió sepultura."

Al poco tiempo Dorregaray acordó cruzar el Ebro, abandonando, sin causa alguna manifiesta ni justificada, el territorio cuya defensa le fué confiada. Antes reunió consejo de generales y jefes, la mayoría de los cuales eran protegidos suyos y opinaron de acuerdo con él. Boet protestó, pero se sometió a su jefe; 21 batallones, tres regimientos de caballería, una pieza de montaña y algunas partidas sueltas cruzaron el Ebro por Caspe el 3 de julio de 1875 y fueron a alojarse a Bujaraloz. Como los soldados remoloneaban y censuraban aquella retirada inexplicable, se les hizo creer que iban al Norte para armarse y municionarse mejor y regresar en breve al Centro. Otros les decían que, unidos a los vasco-navarros, marcharían sobre Madrid para terminar la guerra con un triunfo definitivo. ¡Así se engaña siempre a las masas, sobre todo cuando éstas son tan fieles, leales y disciplinadas como las carlistas!

Dorregaray entró en Barbastro e hizo como si se dirigiera hacia Huesca para encaminarse a Navarra, pero cambió de rumbo y se fué a Cataluña, donde también tocaba a su fin la resistencia carlista, acaso porque Savalls estaba ya entregado a Martínez Campos.

Tan sólo don José Agramunt (*el Cura de Flix*) se separó de Dorregaray, y marchando y contramarchando hábilmente por entre las columnas liberales llevó a Navarra, sin perder un solo hombre, un batallón y un escuadrón de caballería de la brigada de Gandesa.

En el Centro sólo quedaba Cantavieja, la heroica pequeña plaza carlista que se cubrió de gloria en ésta como en la anterior guerra civil. Defendían la pequeña fortaleza dos batallones castellanos y el 3.º de Aragón, una compañía de cadetes, otra de artillería, otra de ingenieros y los obreros de la Intendencia. En total, unos 2.000 hombres. Era Gobernador de la plaza Lacambra, el que lo fué en tiempo de Marco de Bello y que cesó al ser aquél destituido. Mandaba los batallones castellanos el Brigadier García Albarrán; el batallón aragonés, el

Teniente Coronel Escalona, y la compañía de cadetes, los señores Marti y Goñi. Como de mayor graduación, asumió el mando García Albarrán y empezó la defensa el 30 de junio. Perdidas las defensas exteriores tras breve combate, los carlistas se retiraron a la plaza, que fué bombardeada por las baterías de Plasencia. Los carlistas sólo contaban con dos cañones para contestar a las veinte piezas de los alfonsinos. Al tercer día del sitio se parlamentó y se llegó a un acuerdo para encontrar medios de curar los heridos. Se propuso a los carlistas la rendición, y al negarse éstos se redobló el fuego al quinto día.

Los sitiados esperaban recibir auxilios del exterior, pero al enterarse que Dorregaray había abandonado el Centro y los había entregado a su propia suerte, empezaron a perder ánimos.

Cayeron sobre la plaza más de tres mil granadas. A pesar de esto, cuando los alfonsinos dieron el toque de ataque y se lanzaron al asalto por las brechas que habían abierto sus cañones, fueron valerosamente rechazados en tres cargas consecutivas.

Las tropas atacantes enviaron un parlamento para rogar que se les autorizase a retirar los muertos y heridos que habían quedado en la brecha. Los carlistas concedieron en el acto lo que se les pedía, y con este pretexto se iniciaron negociaciones de capitulación, la que fué honrosísima para los bravos defensores de Cantavieja, que salieron de la plaza formados, con armas y batiendo marcha, al mismo tiempo que Jovellar entraba en ella.

Con la pérdida de Cantavieja y la del fuerte del Collado y la entrega de las pequeñas partidas sueltas que quedaban en el país quedó totalmente pacificado el Centro y vencidos de nuevo los heroicos voluntarios legitimistas de aquella zona, tan eminentemente adicta a Don Carlos.

Dorregaray llevó sus fuerzas en dirección de Seo de Urgel y acampó a orillas del Segre, en los pueblos de Pons, Oliana y Orgañá. Era evidente que no intentaban luchar y que su plan era aproximarse a la frontera francesa, al abrigo de la plaza fuerte de Seo de Urgel, en poder aún de los carlistas. Martínez Campos, después de ahuyentar a las tropas de Savalls de las cercanías de Puigcerdá, plaza que sitiaba por tercera vez el caudi-

llo carlista ampurdanés, tenía el proyecto de dirigirse contra Seo de Urgel. Esta plaza fuerte no era una fortaleza de primer orden, ni mucho menos. Acaso lo fuera en la antigüedad, pero como sus defensas no sufrieron modificación, era incapaz de resistir un ataque llevado a cabo por un ejército moderno. Constaban sus principales defensas de la Ciudadela, la Torre de Solsona y otro fuerte situado a orillas del río Balira, que desciende del valle de Andorra y es más caudaloso que el Segre en aquellas latitudes, a pesar de ser un afluente suyo. En las mismas colinas donde se hallan la ciudadela y los fuertes se asienta el pueblo de Castell-Ciutat. Detrás de estas colinas se levanta la cordillera del Cuervo, que las domina completamente y que en tiempos pasados no tenía la importancia que en 1875, porque las armas antiguas no alcanzaban desde ella hasta los fuertes y menos hasta la ciudad; pero ahora, con el alcance de la artillería, ciudad y fuerte podían ser fácilmente batidos desde el Cuervo. La pequeña ciudad de Seo se hallaba rodeada de una débil muralla o tapia aspillera, incapaz de resistir el fuego de la artillería.

Era Comandante Militar de la plaza el Mariscal de Campo don Antonio Lizarraga, y sólo contaba para su defensa con el 2.º batallón de Lérida y algunos veteranos e inválidos, pero el 4.º batallón de Lérida vino a reforzarles cuando menos lo esperaban, para lo cual tuvo que separarse del resto de la columna en que se hallaba encuadrado, prefiriendo resistir en Seo a caer en poder de los alfonsinos. Contaba también con regular número de fuerzas de artillería (no con todas, porque parte se hallaban auxiliando a Savalls en el sitio de Puigcerdá) mandadas por el Coronel del arma don Francisco Segarra.

A mediados de julio se presentó el enemigo en los alrededores de la plaza en gran número.

Los sitiados esperaban que Dorregaray y Savalls, que mandaban lo menos 28 ó 30 batallones, se decidieran a auxiliarles, atacando y dispersando cualquiera de los flancos de los sitiadores; pero Dorregaray, lejos de dirigirse hacia Seo, se fué en dirección opuesta, hacia Solsona; y Savalls tampoco se decidió a entorpecer el plan de Martínez Campos, sino que, por el contrario, le dejó en libertad de desarrollarlo a sus anchas. Martínez Campos estableció su cuartel general en los Baños

de Martinet. Mandó construir apresuradamente un camino que facilitase el paso de su artillería para hacer efectivo el sitio. Durante estos primeros días constituyó un hecho importante la entrada en la plaza del recaudador Roca, quien, eficazmente ayudado por una pequeña fuerza que mandó Lizarraga, sorprendió un destacamento enemigo, al que hizo muertos, heridos y prisioneros. Roca volvió a salir de Seo, con instrucciones para Castells y Savalls.

Como Lizarraga contaba con tan pocos soldados para la defensa, decidió evacuar la ciudad y trasladar todos los elementos de boca y guerra disponibles a los fuertes. El enemigo entró en la ciudad, evacuada el 28 de julio. Lizarraga amenazó con bombardearla si no la abandonaba, y el jefe alfonsino contestó que no, lo que dió lugar a que se iniciara el mismo día el bombardeo de Seo. Los carlistas contaban con 30 cañones de todos los calibres y diversas edades, desde los modernos Krupp hasta algunos de época casi prehistórica.

El 31, las baterías alfonsinas colocadas en las inmediaciones de Seo comenzaron a disparar contra la Torre de Solsona. Las hizo coro otra batería situada en el Pla de las Forcas y otra en Navinés, y por momentos aumentaba el número de cañones que disparaban. Los carlistas contestaron con vivo y nutrido fuego, pues tenían abundancia de proyectiles; así se continuó varios días, sin que las fuerzas sitiadoras intensificaran exageradamente su ofensiva.

El 5 de agosto llegó un confidente e informó a Lizarraga que los batallones 1.º y 4.º de Aragón, que se habían acercado a Seo, no pudieron cruzar las líneas enemigas, como se proponían. Las tropas de Martínez Campos colocaron una batería en Monferré, a pesar del fuego que los voluntarios carlistas les hacían.

El 11 dió el enemigo el ataque general tan esperado, disparando a la vez todas las baterías que tenían colocadas en Navinés, en las Forcas y en Monferré. Su infantería empezó a moverse en dirección a los Cerros de Macia y la cordillera del Cuervo. Eran ocho los batallones alfonsinos que avanzaban por diferentes puntos. Lizarraga les opuso cuatro compañías del 4.º de Lérida, a las que reforzaron más tarde 50 hombres del 2.º Este puñado de valientes no pudo impedir que los ocho

batallones coronasen las alturas del Cuervo. El Capitán Chaves, que mandaba los cañones Krupp de Lizarraga, disparó prodigiosamente bien, pero cayó atravesado de un balazo, para no levantarse más. A la vez que atacaron el Cuervo, otros batallones intentaron asaltar la Torre de Solsona, cuyos defensores lucharon heroicamente, perdiendo dos oficiales y varios voluntarios que cayeron para siempre, en vista de lo cual la pequeña guarnición, que se componía de 50 hombres, se retiró a la ciudadela.

La artillería enemiga incendió con sus disparos el pueblo de Castell-Ciutat, cuyos habitantes huyeron aterrorizados a refugiarse en la ciudadela, pero Lizarraga no creyó oportuno admitirlos, por el peligro grande que esto suponía, y solicitó de Martínez Campos que les permitiera trasponer la línea enemiga, ya que habían perdido sus hogares y ajuar. El General alfonsino accedió a ello al día siguiente.

Al incendiarse Castell-Ciutat se tuvieron que refugiar en la ciudadela el Obispo, el Vicepresidente de la Diputación carlista y otras personalidades.

El día 13 se realizó un segundo ataque general de mayor violencia que el primero. El enemigo avanzó hasta trescientos metros de las fortificaciones carlistas. Entonces Lizarraga se decidió a realizar un supremo esfuerzo para rechazarlo, y merced a la bravura de sus soldados, los alfonsinos fueron batidos y tuvieron que regresar a sus puntos de partida.

Los sitiados esperaban impacientes el auxilio de Dorregaray, de Savalls o de Castells, pero aquél no llegaba. El día 4 oyeron algún fuego por la parte de Adrall y concibieron esperanzas. Incluso se oyó algún cañonazo disparado contra los alfonsinos sitiadores, pero de pronto cesaron los disparos y sobrevino el silencio. Entonces se apoderó la angustia y la zozobra de los pobres sitiados.

Otra vez se oyó fuego, el día 16, por la parte de Navinés. Era Castells, el veterano, hábil y valiente Castells, quien, al frente de dos batallones, intentó un esfuerzo heroico para romper el cerco, pero sin éxito. El bombardeo continuó en días sucesivos, con alternativas. Por fin las tropas de Martínez Campos consiguieron apoderarse de Castell-Ciutat el día 21. Empezaron las deserciones y aumentó la desmoralización de las

fuerzas sitiadas. Surgieron los traidores, como ocurre siempre en los momentos graves y apurados. Fueron los principales el Teniente Oliva y el sargento Más, quienes se hallaban en comunicación con el alcalde de Seo, nombrado por Martínez Campos, al apoderarse de ella.

El Comandante Escolá, que defendía los restos de Castell-Ciutat, vió con sorpresa que el enemigo asomaba por todas partes. Castell-Ciutat era la llave de la defensa, pues desde allí se controlaba el servicio de agua, el molino harinero, etc., etc. Lizarraga intentó reconquistarla, disparando sobre ella con los cañones Krupp e incluso con granadas de mano; pero, a pesar de los esfuerzos que realizó para este fin, el pueblo quedó en poder del enemigo. Mientras ocurría lo de Castell-Ciutat, las fuerzas de Martínez Campos se prepararon a avanzar por la Lengua de Sierpe. Lizarraga dió orden de dejar avanzar al enemigo sin disparar un solo tiro, y cuando estuviera cerca atacarle a quemarropa. Los que venían ya con las escalas y demás utensilios, listos para rendir la pequeña fortaleza, al ver la actitud heroica de los defensores, que al grito de "¡Viva Carlos VII!" se lanzaron sobre ellos, se retiraron precipitadamente.

Todos los esfuerzos de Lizarraga se dirigieron a la reconquista de Castell-Ciutat, pero fueron vanos, a pesar del heroísmo de sus fuerzas, que se vieron obligadas a desistir de su empeño y a encerrarse en los fuertes, en los que escaseaba el agua.

Por fin llegó la capitulación, no sin antes haberse observado nuevas defecciones en las filas carlistas. La sed hizo estragos en el cuerpo y en el alma de los voluntarios.

Martínez Campos envió un parlamento, pero Lizarraga no quiso rendirse, porque aún confiaba en recibir auxilio de Savalls o Dorregaray. Entonces el General alfonsino le autorizó a enviar a uno de sus jefes a entrevistarse con Dorregaray, seguro como estaba de que de dicha entrevista no saldría solución alguna que pudiera perjudicar sus planes. El jefe del 2.º batallón de Lérida fué comisionado para esta gestión, pero ni Dorregaray se acercó a Seo, ni Escolá volvió de su viaje. Por fin, el día 26 de agosto de 1875 los fuertes de Seo de Urgel capitularon, concediendo a sus heroicos defensores todos los

honoros de guerra y comprometiéndose Martínez Campos a no enviarlos deportados a Cuba.

Así terminó el sitio de Seo de Urgel, que duró cerca de mes y medio y en el que se cubrieron de gloria don Antonio Lizarraga y sus heroicos defensores, que quedaron prisioneros de Martínez Campos y Jovellar, que también acudió a la firma de la capitulación.

Ni Dorregaray ni Savalls hicieron nada de provecho en los últimos meses de la campaña de Cataluña. La actuación de ambos fué gris y desvaída, por no decir sospechosa; estos generales ni siquiera se entrevistaron una sola vez durante los cuatro meses que Dorregaray permaneció en Cataluña.

La pasividad demostrada por Savalls durante el sitio de Seo de Urgel; la inacción en que se mantuvo con sus batallones, y otras circunstancias, hicieron que fuera destituido y sumariado, reemplazándole el viejo Castells, quien, tanto en la guerra de los Siete Años como en ésta, dió pruebas de gran competencia, de extraordinario valor y de aun mayor extraordinaria modestia, pues así como sus compañeros y rivales Savalls y Tristany consiguieron títulos y honores, este modesto payés, que llegó a General antes que los otros, por su propio esfuerzo y méritos, era el predestinado a mantener enhiesta la bandera de la legitimidad cuando todos los demás habían claudicado. Castells fué el primero en levantarse y el último en retirarse, y Castells encarnó en todo momento la más acrisolada lealtad a la causa y el valor más heroico. Así, aún tuvo ánimos para destrozarse en Espinalvet al batallón de América y de sorprender en Pobla de Lillet a otra columna, a la que hizo más de 130 prisioneros.

Dorregaray se retiró a Navarra con sólo dos batallones, y se presentó a Don Carlos en los primeros días de septiembre, y fué sumariado. Todo el resto de sus numerosas fuerzas quedó diluido y abandonado en Cataluña. También se trasladó a Navarra el Brigadier González Boet con un batallón aragonés. Miles de voluntarios prefirieron emigrar a Francia antes que acogerse al indulto que les ofrecía Martínez Campos, quien dictó un terrible bando levantando somatén general y obligando a todos los pueblos a salir en persecución de los carlistas que

quedaban dispersos y desorientados por las montañas catalanas.

El viejo Castells, que sólo llevaba consigo dos escasos batallones, se vió forzado a emigrar a Francia, a mediados de noviembre de 1875, cargado de honores, no de los concedidos de Real orden, sino de los adquiridos por sus propios méritos, que la posteridad aprecia más que aquéllos.

Martínez Campos, el especialista en pacificaciones por medio de talegas de oro y concesión de puestos y empleos, terminó la guerra de Cataluña como terminó la de Navarra y la de Cuba.

Brindó con la paz a su joven Rey, quien le premió con el título de Marqués de Baztán al terminar la campaña del Norte en aquel bello y poético valle de Navarra.

CAPITULO XXVIII

Restauración de la monarquía alfonsina.—Retirada del Carrascal.—Batalla de Lácar.—Pérula sustituye a Mendiri.—Derrota de Zumelzu.

SIN el destronamiento de Isabel II en el año 68 y el triunfo de la revolución septembrina no se concibe el resurgimiento impresionante del partido carlista, que parecía más bien una resurrección que no un aumento normal de un organismo decadente.

Al verse España sin monarquía y dominada por elementos francamente revolucionarios, enemigos de sus tradiciones, tanto religiosas como políticas, regida por gobiernos que fluctuaban entre la monarquía y la república, con un jefe de gobierno provisional anfibio, gobernada unos meses por un monarca extranjero sin arraigo ni calor, otros por una república de locos que cambiaba de presidente como de camisa, con los cantonales turbulentos y anárquicos dueños de algunas plazas importantes, la inmensa mayoría de los españoles sintieron aversión hacia sus instituciones políticas, yéndose muchos a engrosar las filas carlistas y quedando otros en sus casas, en espera de cambios que acariciaban en lo íntimo de sus almas, pero sin decidirse a luchar en su pro.

En el campo carlista había muchos jefes y oficiales que sirvieron en el ejército isabelino y nunca hubieran jurado lealtad a Don Carlos de no haber sido destronada Isabel II. De estos jefes, muchos procedían de la primera guerra civil; unos, de los adheridos al convenio de Vergara, y otros, de los que más

tarde, al amparo de las amnistías concedidas, volvieron del destierro, reconociendo unos a Isabel y otros no. No olvidemos que los jefes carlistas más destacados de la guerra de los Siete Años ocuparon puestos de importancia durante el reinado de Isabel II: unos, siendo traidores a su Rey, como Urbiztondo, que fué Ministro de la Guerra con Isabel II; otros, sin serlo, pero bien acomodados con la nueva situación, como Zaratiegui, que fué Director General de la Guardia Civil, por citar sólo a los más destacados.

La guerra civil se prolongaba demasiado, a pesar de los brillantes triunfos obtenidos por las huestes de Don Carlos en 1874. El final de este año no marcaba la curva ascendente del carlismo, sino más bien señalaba un descenso. Dicen que Martínez Campos vacilaba entre Don Carlos de Borbón y su primo Don Alfonso, entre el representante de la legitimidad, que propugnaba por la monarquía tradicional representativa, y el descendiente de la línea usurpadora y representante de la monarquía constitucional y liberal. Hay quien asegura que llevaba una boina roja en su maleta, pero que nunca se decidió a calarla sobre la cabeza.

En 31 de diciembre de 1874 don Arsenio Martínez Campos, Mariscal de Campo a la sazón, proclamó cerca de Sagunto (existe un monumento en el lugar exacto, como a un kilómetro de dicha ciudad, en la carretera que va desde Valencia) (1) Rey de España a Don Alfonso de Borbón, hijo de Doña Isabel II, quien adoptó el título de Alfonso XII.

Tanto el Capitán General de Valencia, que era Montes Jovellar; como el de Madrid, que era Primo de Rivera; como el del ejército de Norte, que era Laserna, permanecieron a la expectativa los días siguientes al pronunciamiento de Sagunto, y cuando el Gobierno de Madrid, a cuyo frente se hallaba el Capitán General Duque de la Torre, Presidente del Poder Ejecutivo de la República (ésta era una república *sui generis*), dirigía angustiosas exhortaciones a los Capitanes Generales de provincias, pidiéndoles su apoyo contra la insurrección, éstos o no contestaban o respondían con evasivas, o diciendo que se comprometían a mantener el orden, pero que no atacarían a

(1) Fué derribado, en nuestra última guerra civil, por los rojos.

sus compañeros de armas, y de este modo, suavemente y sin fuerzas aparentes, contra la voluntad del mismo Cánovas, según se afirmó repetidas veces, la audaz sublevación del Mariscal Martínez Campos y del Brigadier Dabán, que sólo mandaban 2.000 hombres escasos, cambió la faz de España y reinstaló en el Palacio de Oriente al heredero de Isabel II mediante una nueva usurpación del Poder.

En vano corrió el Duque de la Torre a Logroño para recabar el apoyo del poderoso ejército del Norte. Laserna, su General en jefe, le entretuvo con palabras ambiguas. De Logroño pasó a Tudela, donde mandaba una fuerte columna Moriones; éste le habló con calor en favor de la libertad, etc., pero tampoco se puso a sus órdenes. En resumen: la monarquía quedó proclamada, y esta circunstancia, que a simple vista no produjo efectos inmediatos en las filas carlistas, las requiebró y las privó de aquel espíritu de adhesión y de fidelidad inquebrantable hacia su bandera y su glorioso abanderado. Muchos jefes y oficiales carlistas, o por lo menos militantes en sus filas, pero isabelinos de corazón, vieron descender en sus espíritus el fervor y el entusiasmo que sintieron cuando luchaban contra la república. Algunos se retiraron del campo de batalla; no pocos escucharon la voz tentadora de las ofertas y de los halagos. La causa carlista quedó herida de muerte por el grito de Sagunto. Entre la herida y la muerte suele transcurrir en los organismos políticos y en los regímenes estatales algún tiempo, a veces largo.

Tardó en llegar la muerte del carlismo en armas justamente catorce meses.

El carlismo, a fuerza de heroísmo y de sacrificio, libró a España de la revolución y de la república; la libró a costa casi de su vida, pues, si no muerto, quedó maltrecho y triturado en 1876.

Sin el carlismo en armas jamás hubiera sido posible la restauración alfonsina. No es que el carlismo luchara por Don Alfonso, no. El carlismo era enemigo de la dinastía usurpadora; lo fué siempre, lo será siempre, y lo que no sea así, podrá llamarse como se quiera, pero nunca será carlismo. Pero, repetimos, que sin el carlismo, que destruyó a la revolución, los

herederos de Isabel II destronada nunca hubieran vuelto a coronarse en Madrid.

Sin embargo, los gobiernos alfonsinos atacaron siempre con mayor saña al partido carlista, después de la restauración, que a los mismos republicanos. Esto no ha sido óbice para que otra vez los cruzados de la sacrosanta causa de Dios, Patria y Rey, recogiendo y concentrando en sí mismos todas las esencias, todas las sublimidades, todas las glorias de sus antepasados, se hayan ofrecido a luchar por Dios y por la Patria con un desinterés jamás suficientemente apreciado y ensalzado, cuando han visto la religión y la patria en peligro, pero con modalidad totalmente distinta de aquella de las guerras carlistas puras.

A principios de 1875 el ejército carlista, mandado a la sazón por Mendiri, que pasó a ser jefe de Estado Mayor General en sustitución de Dorregaray, hallábase atrincherado en la llamada línea de Carrascal, que se extendía desde Unzúe, a su izquierda, hasta Monte Esquinza, a la derecha, pasando por Valdizarbe y Santa Bárbara de Mañeru. Guarnecían esta línea diez batallones navarros, cinco alaveses, cuatro castellanos, un riojano, un aragonés, el de Guías del Rey y siete baterías, con un total de 42 cañones, y dos regimientos de caballería. Pamplona se hallaba bloqueada, pues su única salida era la de la carretera de Tafalla y esta carretera la cerraban las fuerzas de Mendiri. Los carlistas eran dueños del monte San Cristóbal, Villaba, etc.

El plan concertado antes del pronunciamiento de Sagunto quedó en suspenso durante unas semanas, pero se reanudó a fines de enero. El 23 de dicho mes de 1875 revistó Alfonso XII en Peralta su poderosísimo ejército, que se componía de unos 60 batallones, 90 cañones y 3.000 caballos. Mandaba estas tropas el General Laserna, quien las distribuyó en tres cuerpos de ejército: el de Moriones, el de Despujols y el de Primo de Rivera, alineados, respectivamente, en derecha, centro e izquierda.

Alfonso XII iba con Primo de Rivera, quien tenía por base Oteiza y por objetivo Estella. El joven Soberano durmió el primero de febrero en la ermita de San Cristóbal, donde estuvo algo expuesto. Despujols tenía enfrente las posiciones carlistas

de Añorbe y Mendigorriá, como base Artajona y como objetivo Puente la Reina, pero ni este General ni Primo apenas se movieron. Fué Moriones quien actuó con eficacia para romper el frente carlista y obligar a Mendiri a levantar la línea del Carrascal.

Moriones, partiendo de Tafalla, se dirigió hacia la carretera de Pamplona a Sangüesa, al mando de 20 batallones, dos regimientos de caballería, 20 piezas, ingenieros, etc.; y ante tal lujo de fuerzas los viejos Brigadieres Lerga y Yoldi, con sólo cuatro batallones, no pudieron resistir el empuje de su contrario y se replegaron hacia Biurrún, aproximándose al centro de la línea, dejando abierto el camino de Pamplona. Moriones se acantonó el 1.º de febrero en Noaín, Tajonar y Cordovilla, a las puertas de la capital, donde entró victorioso el día 2.

Viendo Mendiri que su ala izquierda fué rebasada, y temiendo un movimiento envolvente en dirección a Estella, en cuya conservación estaba interesado el honor de las armas carlistas, mandó levantar la línea del Carrascal y retirar todos los batallones hacia la capital carlista, con objeto de protegerla de los ataques combinados de las columnas de Primo de Rivera, Despujols y Moriones.

Esta retirada causó gran disgusto y malestar entre los voluntarios, que se creían invencibles y capaces de sostener la línea del Carrascal, bien dirigidos y mandados. Surgieron las protestas y sonó acaso por primera vez en esta guerra la palabra traición (1).

Muchos opinan que para dar rienda suelta a la iracundia de que se hallaban poseídos los batallones carlistas se les lanzó sobre la columna del General Barges, que se hallaba a la

(1)

Elío vendió Bilbao
Y Mendiri el Carrascal,
Calderón el Montejurra
Y Pérula lo demás.

Este verso difamatorio circuló mucho, pero no creemos que en justicia pudiera nadie atribuir a traición los desaciertos de estos jefes. El que quedó con el honor más quebrantado fué Pérula.

sazón en Lácar. Otros creen que la batalla de este nombre fué un acto de estrategia deliberado y bien pensado.

La descripción de la batalla de Lácar, acontecimiento que dió lugar a tantas controversias en el campo carlista, la vamos a copiar textualmente de las Memorias inéditas del Teniente General don Torcuato Mendiri, que hemos podido leer gracias a la amabilidad de una dama navarra que las guarda como una reliquia.

Dice así Mendiri:

"En el acto organicé con los doce batallones cuatro brigadas de a tres batallones: la de Navarra, al mando de Pérula, acometería al enemigo por el N. E. de la población; la guipuzcoana, al mando de Carpintier, por el N.; la castellana, al mando de Cavero, por el O. E.; y la alavesa, al mando de Iturralde, por el S. O. E. Que las cuatro brigadas habían de desfilar paralelamente por hileras de a cuatro, y de que conforme fuera ensanchándose el terreno se desarrollaran también las columnas, desplegando en guerrilla los primeros batallones, siguiéndoles de cerca y en el mismo orden los segundos, y en columna de secciones, a media distancia, los terceros, que en su marcha debían aprovechar los accidentes del terreno para ocultarlas del fuego enemigo, en cuya formación debían acometer denodadamente al pueblo, y los despedí para que prepararan sus columnas en el orden expresado; quedando las cabezas de ellas a una misma altura, próximas a la salida de la garganta.

"A las cuatro en punto nos pusimos en marcha, y como observase, después de andar unos 200 pasos, que la brigada de Navarra permanecía en su puesto y que el Brigadier Pérula disputaba acaloradamente con el primer jefe del batallón que tenía a la cabeza, retrocedí gritando, y entonces emprendí la marcha a paso ligero, alcanzando al poco rato a las otras columnas. Yo fui a la cabeza hasta la ermita de Alloz, desde cuya meseta se descubre todo el país.

"Allá me detuve un poco de tiempo con mi Estado Mayor para observar la marcha de las columnas y dar emplazamiento a una batería de montaña que tenía a mis órdenes y venía a retaguardia de aquéllas. El enemigo, así que nos descubrimos, rompió contra nosotros en durísimo fuego de artillería que no

cesó hasta que nuestra batería rompió el fuego, dirigiéndose después mutuamente los proyectiles.

"Así que los primeros batallones de las columnas se apoderaron del declive de la meseta, donde está asentada la población, rompieron el fuego contra el enemigo, que lo había roto hacía rato; entonces envié algunos de mis ayudantes con orden terminante de asaltar el pueblo, y con ellos marcharon también el General Marqués de Valdespina y el Conde de Bardi, que, deseando concurrir a la batalla, se me habían unido momentos antes, y como su llegada a la meseta fué al propio tiempo que los segundos batallones, se precipitaron todos sobre el enemigo y lo arrollaron, obligándole a salir del pueblo en completa dispersión por la parte del Este, para dirigirse a Lorca, distante dos kilómetros, donde estaban los otros cuatro batallones de la división de vanguardia. El camino es quebrado, y como a las dos terceras partes de la distancia hay un paso difícilísimo, un verdadero desfiladero, para atravesar una cordillera de peñas que, aunque de poca elevación, es inaccesible, y como los disparos se seguían de cerca, haciendo sobre ellos un fuego horroroso, quedaron en aquel limitadísimo terreno sobre mil muertos, en su mayor parte de heridas de balas de fusil, sin que nadie, absolutamente nadie, pudiera evitar tan terrible catástrofe.

"Yo llegué a Lácar al poco rato de haberla abandonado el enemigo y me detuve el tiempo necesario para asegurar la vida a unos 300 prisioneros que después de mi llegada fueron rindiéndose y saliendo de las casas.

"Esto conseguido, salí del pueblo y marché a situarme en unos campos entre ambos pueblos, a la izquierda de la carretera y cerca del empalme con la que se dirige a Estella, como el mejor punto de reunión de las fuerzas, para continuar el ataque. Desde allí envié a uno de mis ayudantes, al General Argonz, con orden de que viniera con sus fuerzas a unírseme, y a los demás ayudantes en busca de los demás jefes de brigada, con la de que formaran y avanzaran hasta dichos campos. Cada batallón tocó llamada y redoblado, con su seña particular, y luego generala, sin poder conseguir la formación de una sola compañía; aquello era una babel, un verdadero desorden, muy propio de nuestros voluntarios después de conse-

guir un triunfo. Sin embargo, esperaba continuar el ataque con las fuerzas de Argonz, en la confianza de que al entrar nuevamente en fuego conseguirían los jefes de batallón reunir alguna parte de las fuerzas para seguirme; y cuál sería mi desengaño cuando, después de una hora de esperar, se me incorporó el General Argonz diciéndome que todas sus fuerzas habían entrado en fuego y que, como las demás, estaban dispersas por el campo. Otra vez más tuve la paciencia de esperar, y cuando me convencí de la imposibilidad de reunir una fuerza para atacar seriamente a Monte Esquinza, di la orden de acantonamiento y me marché con mi Estado Mayor a pernoctar a Estella.

"Me es muy doloroso tener que consignar estos hechos, que rebajan en sumo grado a nuestro ejército, por carecer de una organización sólida, falta irremediable, según lo tengo manifestado, y no tengo reparo en consignar que con otra clase de tropas más disciplinadas y con el valor que a las nuestras les era tan peculiar, la batalla de Lácar hubiera sido decisiva y de incalculable consecuencia para la Causa."

He aquí cómo describe un autor liberal la batalla de Lácar:

"A las doce del día había en Lácar dos batallones del regimiento de Asturias y dos de Valencia, probados en toda la guerra y que se habían distinguido mucho cuando el asalto y toma de San Marcos para el paso de Irún, con más cuatro piezas de montaña regidas por el Comandante Castillejo y una sección de ingenieros con su Capitán don Sixto Mario Soto, al mando del Brigadier Bargés; el cual, aun contra las órdenes de Fajardo, había avanzado durante su ausencia un destacamento a una iglesia del contorno y entretenía los ocios de sus soldados haciendo tocar a las músicas de los regimientos alegres sonatas en la plaza del pueblo. En Lorca estaba el General Fajardo con la otra brigada de infantería, dos piezas de montaña, una sección de ingenieros y el regimiento de húsares de Pavía; después de haber conferenciado con el General Primo de Rivera, avisó a Lácar para que le reservasen el alojamiento de la noche anterior y previno a Bargés que no se movieran en aquel día.

"En este estado, y de pronto, se descubren las masas carlistas que a las órdenes de Mendiri avanzan sobre Lácar, re-

sueltas y perfectamente formadas en columnas de a tres batallones, al mando de los Brigadieres Pérula, Valluerca, Cavero y el Coronel Iturralde.

"Eran las cuatro de la tarde. Los avisos de los centinelas interrumpieron el general regocijo, tanto de los que estaban en Lácar como de los que se hallaban en los altos de Esquinza. Pero el convencimiento del triunfo era tal que se creyeron los atacantes tropas de Despujols que vendrían de la parte de Puente la Reina y nadie se preocupó. Unicamente el Brigadier Bargés, extrañado de que no le dieran aviso los que se aproximaban si eran amigos, mandó romper el fuego a su artillería y que se parapetaran y ofendieran los infantes desde las casas, a fin de prevenir una equivocación.

"Pero los asaltantes, sin hacer caso de esto, continuaron admirablemente tranquilos y serenos, sin contestar al fuego ni salir de su resuelto paso y ordenada formación, lo que perturbó grandemente a los que estaban en Lácar.

"La facilidad con que ocuparon la iglesia de las afueras, donde, como hemos dicho, tenía un destacamento el Brigadier, acabó de desconcertar completamente los ánimos, y saliéndose de las casas, muchos volvieron a comunicar por las calles del pueblo, muy persuadidos la mayor parte de que nada tenían que temer. El Brigadier, que se había trasladado a las eras, donde estaba la artillería, "*Que avisen*", decía, y mandó que prosiguiera y se generalizase el fuego. Mas, despreciándolo los carlistas, continuaban adelantando sin descomponerse, a pesar de las bajas que les causaban desde las eras y desde las cercas del pueblo, y a favor de la indecisión que reinaba sobre si eran amigos o enemigos. Así adelantaron hasta que ya no dejaba lugar a duda sobre lo que eran y se recrudecía el fuego. Mas entonces desplegaron sus columnas y se precipitaron, magníficos, soberbios, sobre el pueblo, adonde llegaron furiosos, cual si les empujara el vértigo de la desesperación."

Muchos historiadores y veteranos de la última guerra civil afirman que fué Mendiri quien preparó y ordenó la batalla de Lácar, en parte forzado por el disgusto que produjo en los batallones la retirada, sin lucha, de la línea del Carrascal, disgusto que tuvo manifestaciones inquietantes y peligrosas. Otros aseguran que fué el propio Don Carlos quien, contra la opinión

de sus generales, lanzó a sus bravos batallones en tromba sobre Lácar, arrojando todos los peligros y todas las responsabilidades... ¿La verdad histórica? ¡Es tan difícil descubrirla!

Mendiri acusa a Argonz de no haber acudido al campo de acción con sus diez batallones que tenía acantonados en Murillo y pueblos inmediatos, pero éste asegura no haber recibido órdenes de su jefe superior. Las relaciones entre Mendiri y Argonz distaban de ser cordiales. En el fondo, Mendiri, que pasó al campo carlista siendo Brigadier del ejército constitucional, no podía sobrellevar que fueran casi sus iguales ni Pérrula, que de escribano de Corella pasó a general, sin haber tenido otro aprendizaje militar que su breve campaña de Africa como voluntario, en la que se distinguió por su bravura (Mendiri en sus Memorias inéditas le niega hasta la cualidad de valiente, dominado por su pasión), ni Argonz, veterano de la primera guerra civil que se dedicó después al comercio de ornamentos de iglesia, profesión que le valió un conocimiento perfecto de todos los pueblos, carreteras y caminos de Navarra.

Sea lo que fuere, el brillante triunfo de Lácar reanimó el espíritu de los voluntarios carlistas y paralizó durante algún tiempo las operaciones de los liberales.

En Navarra se ha repetido por todos (y por eso lo consignamos) que Don Alfonso XII estuvo a punto de ser copado por los batallones carlistas, y hay quien dice que no cayó en su poder por no haber movido sus fuerzas convenientemente el General Argonz, y otros aseguran que pudo escapar porque Mendiri no mandó ocupar el puente de Larraga, por donde pasó camino de Tafalla.

De aquí aquel verso tan conocido en el campo carlista:

En Lácar, chiquillo,
Te viste en un tris;
Si don Carlos te da con la bota,
Como una pelota te planta en París.

Los carlistas no sacaron el debido fruto de la victoria de Lácar. Es posible que Mendiri tenga razón y que después de aquel triunfo inesperado y resonante se dedicaran los volunta-

rios de Don Carlos a festejar con bullicio y algazara la victoria conseguida, en lugar de redondearla destrozando a un enemigo que tenían casi a su merced.

Lácar trajo al campo liberal una larga secuela de expedientes y no pocos procesamientos, pero llegó a adquirir tal volumen el papeleo judicial (más de 4.000 folios) que por su misma ingencia quedó todo en agua de borrajas y en aquel cómodo fallo final de "Todos matamos a Meco", que es el más socorrido medio de dejar impunes, antes, ahora y después, las responsabilidades de quienes son los causantes de las grandes tragedias.

En el campo carlista también se criticó y censuró a muchos jefes, por suponer que no se sacó el fruto ubérrimo que pudo sacarse del desastre de Lácar, tras el cual quedó minada y rota la moral del ejército liberal y destrozado su espíritu guerrero. El brillante éxito local de Lácar, bien explotado y conducido hasta sus últimas consecuencias, pudo haber sido (tras una activa y vigorosa persecución hasta el Ebro de las unidades, que se hallaban dominadas por el pánico, no dejándolas reponerse en sus bases de Tafalla, Larraga, etc.) un golpe decisivo para el trono recién restaurado de Don Alfonso y un paso definitivo para el triunfo de Don Carlos.

Este dió una proclama, encendida y vibrante, cuyo final decía así: "Voluntarios: Tened confianza en vuestros jefes, porque son dignos de ella. No déis oídos a las calumnias de nuestros enemigos, que os hablan de *convenios* y *traiciones*, porque no transigiré jamás con la revolución y porque en el campo de batalla no son posibles las traiciones."

En 3 de febrero de 1875 ocurrió el desastre de Lácar, y en 11 de marzo de aquel mismo año terminaron las negociaciones que se llevaban entre los emisarios de Don Alfonso y Cabrera, tras las cuales reconoció éste al joven Soberano, quien le confirmó en todos sus honores y dignidades, así como a quienes le siguieron. Entre éstos, los jefes carlistas más destacados fueron: don Eustaquio Díaz de Rada, don Juan Bautista Aguirre, don Juan de Dios Polo y Estartús. Cabrera, a pesar de su anterior inmenso prestigio, apenas pudo arrastrar a nadie más.

Parece que el gran triunfo carlista de Lácar echó por tie-

rra los planes de los cabreristas que trabajaban activamente en la frontera.

Entre los voluntarios había gran descontento por la retirada del Carrascal, que fué atribuída a la traición de Mendi-ri, rumor éste propalado con gran extensión por los amigos de Pérula y de otros jefes enemigos de aquél. Lácar afianzó a los leales y desmoronó el edificio que iba levantando Cabrera.

Al enterarse Carlos VII de la sumisión de Cabrera, firmada en París, en el Hotel Mirabeau, por los representantes de Don Alfonso, señores Duque de Santoña, Marqués de Manzanedo y don Rafael Merry del Val, y por los de Cabrera, don Francisco Pareja Alarcón, don José Indalecio Caso, don Julio Nombela, don Rafael Homedes y don Juan de Dios Tóbar, indignado ante la deserción del caudillo tortosino, publicó el siguiente Decreto:

"El Rey.

"Teniendo en consideración los delitos de rebelión y alta felonía en que ha incurrido el Capitán General de Mis Reales ejércitos don Ramón Cabrera y Griñó, Conde de Morella y Marqués del Ter.

"Vengo en exonerarle y privarle, de ahora para siempre, de todos los grados, honores, títulos y condecoraciones que le fueron concedidas por Mí y Mis Augustos Predecesores los señores Don Carlos V y Don Carlos VI (q. e. g. e.), sin perjuicio de que si en algún tiempo fuese habido, sea entregado al Tribunal competente para ser juzgado y sentenciado con arreglo a la Ordenanza.

"Tendréislo entendido y lo comunicaréis a quien corresponda.

"Dado en mi Cuartel Real de Durango, a 20 de marzo de 1875.—Yo EL REY."

"A don Joaquín Elío y Ezpeleta, Secretario de Estado y del despacho de guerra."

A este documento contestó Cabrera con otro que se hizo célebre y que decía así:

"Señor: Porque libre de todo compromiso reconocí como Rey de España a Don Alfonso XII, V. A., sin Tribunal ni consejo, ni más ley que su voluntad, me impone una pena que es para todo militar más grave que la muerte. Este modo de

proceder es, sin embargo, mi mejor defensa... Llévase V. A. las cruces y títulos que he ganado con mi sangre. Yo conservo las cicatrices que los representan, y que Dios y la historia juzguen la conducta de V. A. y la mía. Por la paz doy gustoso cuanto he podido ganar en la guerra."

No ocurrieron acontecimientos dignos de mención en Navarra después de la batalla de Lácara hasta el nombramiento de Pérula como General en jefe de Estado Mayor del ejército del Norte. La principal causa de la destitución de Mendiri fué precisamente la inacción de sus tropas y su falta de iniciativa, siendo, por el contrario, la causa principal del nombramiento de don José Pérula sus atrevidas afirmaciones y exageradas promesas de una rápida expulsión de todos los ejércitos liberales más allá del Ebro tan pronto como tuviera en su mano el mando supremo de las tropas carlistas. Pérula tenía algunos amigos incondicionales, como Marichalar y otros, que lo jaleaban y lo presentaban ante Don Carlos como el único hombre capaz de llevar al ejército carlista a la victoria definitiva. Estos ejercieron gran presión, no sólo para nombrarlo, sino para mantenerlo después en su puesto.

La dura realidad hizo ver a estos hombres que Pérula no era otra cosa sino un audaz y decidido guerrillero, dotado de excesivas ambiciones y carente de la lealtad debida a la causa y a su Rey y señor, como se vió en los últimos momentos de la guerra.

En Vizcaya sustituyó al Marqués de Valdespina, ilustre y fidelísimo prócer carlista, don Emilio Bériz, artillero que vino al campo de Don Carlos al ser disuelto aquel cuerpo por la república. Nada de particular hizo este General durante su mando, en el que cesó para ser nombrado Ministro de la Guerra de Don Carlos. Parece que se designaba para este cargo siempre a los fracasados como generales en el campo de batalla.

Durante el 1875 los carlistas artillaron las poblaciones de la costa que más les interesaban para sus desembarcos de armas, etc., como Bermeo, Mundaca, Lequeitio, Motrico, Deva y Zaráuz, y tan bien actuaron las baterías situadas en estos puntos, que los buques de guerra liberales apenas osaban acercarse a tierra. Los cañones carlistas dominaban también el puerto de Pasajes, en cuya entrada fué cañoneado el vapor *Fer-*

nando el Católico por la batería de San Marcos, que le hizo varios muertos y heridos.

Los carlistas desembarcaron gran número de cañones modernos y magníficos merced a la actividad, inteligencia y celo de que dió pruebas en diversas y difíciles misiones en el extranjero el ilustre patricio don Tirso de Olazábal, modelo de caballeros y espejo de carlistas, que actuó como una especie de embajador *at large*, como diríamos ahora, de Don Carlos durante la guerra.

Posteriormente fué don Tirso jefe regional carlista de Vascongadas y Navarra, en cuyas provincias no creemos que hubiera nadie que se le igualara en afecto, veneración y respeto.

Deseando Mendiri salir de la inacción en que se encontraban las fuerzas de su mando, concentró algunos batallones entre Vitoria y Miranda de Ebro, los que pusieron en grave aprieto a la capital de Alava. El esperaba, sin duda, que el Gobierno de Madrid daría órdenes a sus generales de romper sus líneas, que eran, respecto a Vitoria, lo que las del Carrascal fueron respecto a Pamplona. La acción que sobrevino se llama en la historia batalla de Zumelzu, por hallarse este pueblo y Nanelares en el centro de la misma, con el condado de Treviño a la izquierda y Subijana a la derecha. A muchos carlistas veteranos les he oído hablar de la batalla de Treviño, designando así la de Zumelzu.

Cubrían la línea los seis batallones de Alava, el 3.º, 5.º y 6.º de Navarra, el 1.º de Guipúzcoa, el de Aragón, los cinco primeros de Castilla, la compañía de Guías de Alava, varias baterías y seis escuadrones de caballería.

Cuando Mendiri se preparaba para esta batalla, fué sustituido en el mando supremo por Pérula, quien nombró jefe de su Estado Mayor General al Brigadier Pérez de Guzmán.

El hecho de que Pérula se pusiera al frente de las fuerzas casi la víspera del ataque no pudo favorecer, ciertamente, a los carlistas.

Quesada mandaba entonces el ejército del Norte y decidió levantar el bloqueo de Vitoria. Para esto concentró bajo sus órdenes las fuerzas de los Generales Loma y Tello y de los Brigadieres Pino, Alarcón y Arnáiz. Quesada mandaba 27 batallones, 30 piezas de artillería, caballería, etc.

El choque fué muy violento, sobre todo en el sector por donde avanzaba el General Tello, en el que los liberales se vieron obligados a retroceder.

Tello estuvo a punto de sufrir en Zumelzu un descalabro idéntico al de Bargés en Lácar. Quesada lo había dejado con sólo cuatro batallones en la derecha de su línea, y al ver Pérula que el ataque más importante iba a ser por el centro izquierda del frente carlista y no por su derecha, como se esperaba, hizo marchar rápidos a varios batallones, con Montoya, contra Tello, que se hallaba en peligro. Si éste llega a avanzar faldeando, como se le había ordenado, el desastre hubiera sido inevitable; pero se fué por las cumbres y aun así estuvo a punto de sucumbir ante el empuje de los batallones carlistas, que llegaron con sobrealiento de tanto apresurarse. Tello se tuvo que batir en retirada, a pesar de la bravura con que lucharon sus fuerzas. Al verle tan apurado acudió en su socorro el Coronel Contreras, que se hallaba en Puebla de Arganzón con sus lanceros.

Llegó su caballería sin ser vista al lugar de la lucha y se echó de improviso sobre los carlistas, que avanzaban como una riada; los sorprendió, los desconcertó y los enloqueció, pues se apoderó de ellos un gran pánico. Este episodio fué como el de Eraul, pero al revés.

Enterado Pérula de lo que ocurría, lejos de arredrarse envió nuevos refuerzos, y Tello se vió apuradísimo y obligado a retirarse por escalones, en vista de lo cual vino a reforzarle Loma con varios batallones. Entonces Pérula ordenó la retirada.

A un sargento del 3.º de Navarra oímos referir el detalle de la carga de Contreras en esta forma: el citado batallón avanzaba con marcha arrolladora por un pequeño llano que se iba estrechando; las fuerzas liberales se retiraban casi a la desbandada, lo que daba más bríos a los voluntarios carlistas. Al aproximarse éstos al vértice del llano en triángulo, surgió de él de improviso una masa de caballería que cargó al galope contra los confiados carlistas, desconcertándolos y sembrando el pánico en sus filas. Algunos formaron el cuadro y lucharon bizarramente, replegándose a las colinas próximas, pero otros huyeron despavoridos por los montes inmediatos, despeñándose no pocos por las rocas.

Flaqueó en esta ocasión el 3.º de Navarra, uno de los mejores batallones del ejército carlista.

El error de Pérula en esta batalla de Zumelzu o Treviño fué el concentrar la mayor parte de sus fuerzas a la derecha entre Nanclares, Subijana y Villoras, dejando débil su centro e izquierda. Al hablar de este encuentro dice Pérula en sus apuntes: "Ignoro la causa de no avanzar la fuerza enemiga, porque de lo contrario hubiera sido destrozada en el barranco de Zumelzu mi columna."

El mando de Pérula comenzaba bajo malos auspicios. Zumelzu pudo haber sido el principio de su gloria y de su triunfo y fué el comienzo de su derrota y de su descrédito.

Quesada dejó abierto el camino de Vitoria, como antes Moriones el de Pamplona, después de romper la línea del Carrascal.

Se dijo por los enemigos de Mendiri que la batalla de Zumelzu se perdió por su culpa; hasta por su traición, se añadió. Y entonces se inventó aquella fábula de los cartuchos llenos de ceniza y otras que más bien calificaremos de ñoñeces mal intencionadas que de hechos comprobados.

CAPITULO XXIX

*Encuentros sin importancia—Canje de Viana—La Trinidad de Lumbier.—
Pérdida de Alzuza y Oricain.—Regresa Dorregaray al Norte.—Quesa-
da y Martínez Campos en campaña.—Mando de Caserta.—Alava y Viz-
caya, invadidas.—Mendizorrotz.—Invasión del Baztán.—Elgueta.—Pér-
dida de Montejurra y Estella.—Peña-Plata.—Fin de la guerra.*

DESPUÉS de la batalla de Zumelzu no hubo encuentro alguno de importancia, aunque sí algunos episodios sangrientos. Los guipuzcoanos seguían enfrente de San Sebastián, plaza que bombardeaban con su artillería y de la que no podía hacer salida alguna la guarnición liberal, a pesar de disponer de muchos batallones. Estos fueron rechazados briosamente en Choritoquieta, donde el Comandante General carlista don Eusebio Rodríguez, Brigadier que sustituyó a don Domingo Egaña, derrotó brillantemente a las fuerzas que intentaron apoderarse de San Marcos, Ergobia y Choritoquieta. El enemigo logró poner pie en las alturas de Goyorregui y Munuandi, pero cargó sobre él a la bayoneta un batallón carlista, con tal ímpetu que lo ahuyentó, obligándole a refugiarse precipitadamente en los barrios de Rentería, Oyarzun y San Sebastián. Tras esta pequeña batalla, los carlistas colocaron su artillería en Choritoquieta y Venta-Ziquin, bombardeando la capital.

Por aquellos días Pérula, con ese afán de realizar actos que más propios que de un General en jefe lo eran de un cabecilla algo casquivano y fanfarrón, lanzó algunas granadas

sobre Logroño, sin ninguna finalidad estratégica ni táctica y más bien por puro espíritu de baladronada. Esto trajo como consecuencia el que los liberales lanzasen contra las tropas carlistas, próximas a Logroño, una brigada que les hizo huir precipitadamente, cogiéndoles más de 100 prisioneros.

Otro encuentro, más bien insignificante, pero que jalearon bastante en provecho propio tanto el General Quesada como Pérula, fué el ocurrido en Villarreal de Alava. Quesada penetró en dicha villa y la incendió, pero los carlistas le cerraron el paso hacia Vizcaya y Guipúzcoa, sin que hubiera apenas bajas por una y otra parte. Se trataba de movimientos desvaídos y sin brío alguno realizados sin finalidad práctica. Insistió Quesada en dominar esta parte de Alava, pero fracasó en su intento y tuvo que refugiarse en Vitoria, perseguido por los carlistas, que llegaron hasta las mismas puertas de la capital. Como no podemos relatar en este trabajo todos los pequeños encuentros que tuvieron lugar por entonces, daremos cuenta de los hechos más salientes.

En el verano de 1875 se celebró el primer canje importante de prisioneros en Viana, el cual fué presenciado por una muchedumbre enorme. Representaban a los carlistas el exdiputado a Cortes don Luis Trelles de Noguerol y el Coronel Martínez Junquera, que llevaron al campo donde se verificó el canje dos compañías del 6.º batallón de Navarra, que a la sazón mandaba Junquera, y dos del 1.º, más una sección de lanceros del Rey y la música del 6.º batallón. Y ostentaban la representación alfonsina don José López de Goicoechea y el Coronel de Estado Mayor don Isidro Llull, con cuatro compañías de infantería, una sección de caballería, una sección de húsares de Pavía y la banda de uno de los batallones. Se canjearon 680 hombres que entregaron los carlistas contra 634 que libertaron los liberales.

Vamos a relatar brevemente las dos últimas acciones de importancia acaecidas en Navarra antes del desastre final. Fueron éstas la de la Ermita de la Trinidad de Lumbier y la de Alzuza y Oricain.

Ocupaba el Brigadier Larumbe la zona de Lumbier, sin duda para facilitar la entrada en Navarra por el alto Aragón de aquellas tropas carlistas del Centro que se encaminaban al país

vasco-navarro. Pérula mandó a Larumbe que se apoderara de la Ermita de la Trinidad, la que fué vigorosamente bombardeada por tres cañones Plasencia colocados en batería muy cerca de dicha ermita, cuyos defensores, después de una resistencia de veinticuatro horas, se retiraron a Lumbier. Conquistada la ermita por Larumbe, el alto mando alfonsino lanzó contra la línea carlista 16 batallones, dos regimientos de caballería y fuerte artillería. Pérula concentró en aquella zona, además de las tropas de Larumbe, las que mandaba el Conde de Caserta y doce nuevas piezas de artillería, éstas al mando de Reyeró, Ortigosa y Lloréns. Colocó sus batallones en la sierra de Leyre y en las alturas de Arboniés y Domeño. El ataque liberal fué impetuoso, pero los batallones 1.º, 3.º, 4.º, 9.º y 10 de Navarra y las baterías carlistas lucharon tan heroicamente, que todos los esfuerzos de los asaltantes se rompieron contra las defensas de los soldados de Don Carlos.

Se distinguieron en este encuentro Larumbe y el Conde de Caserta, a quien acompañaba el Duque de Parma. Estos dos augustos Príncipes tenían a su cargo la parte de Usun, Domeño y Arboniés. Las tropas liberales sufrieron un gran descalabro. Tuvieron 200 muertos y 900 heridos. Don Carlos concedió a Pérula la gran Cruz de San Fernando por este triunfo. Mandaba a los liberales en Lumbier Reina, que llevaba a sus órdenes a los Brigadieres Otal, Golfín y Garrido.

Vino a aguar este triunfo la inexplicable derrota que sufrieron los carlistas en las alturas de Alzuza, Miravalles, Oricain y San Cristóbal, desde todas las cuales se domina Pamplona con la artillería.

Era jefe de la línea carlista el ya Brigadier don Marcelino Martínez de Junquera, cuya actuación en esta ocasión nos parece desdichada, a pesar de que quiere vindicarle en su historia el General Brea, quizá por espíritu de compañerismo.

Leyendo a unos y otros historiadores, y conociendo el terreno como lo conocemos, nos parece inexplicable que Junquera fuera tan imprevisor como para dejar en Alzuza una simple partida (la de Rosas Samaniego) enfrente de un ejército atacante, siendo así que tenía a su mano dos batallones cerca de aquella magnífica posición. Brea, para defender a Junquera, habla de su hoja de servicios pasados, sistema de defensa muy

endeble cuando se trata de enjuiciar determinada batalla. Junquera tenía a sus órdenes el 8.º batallón de Navarra, un batallón de Valencia, una partida de 100 hombres, un escuadrón de caballería, una compañía de ingenieros y tres o cuatro piezas de artillería distribuidas desde Alzuza a Sarasa, pasando por Oricain y San Cristóbal, pero tenía, además, completamente cubierto su flanco derecho y casi no podía ser atacado por el centro; por consiguiente, solamente era vulnerable su flanco izquierdo, máxime si se tiene en cuenta que el enemigo venía de la parte de Lumbier y Aoiz.

Cuando los liberales atacaron Alzuza, Junquera mandó una compañía a reforzar la partida que defendía aquel pueblo, pero dicha compañía llegó tarde. Viéndose perdido, pidió refuerzos a los jefes que se hallaban a su izquierda y se le envió al Coronel Mendoza con parte del 4.º batallón navarro, pero ya era tarde para restablecer la situación y mantenerse en aquella línea que se hallaba dominada desde el alto de Alzuza. Junquera esperó en Villaba y conservaba Huarte, pero el General en jefe Quesada, que llegó a Pamplona el día 23, reforzó a la columna atacante, tomó Villaba, Huarte y Miravalles, monte que está encima de ambos pueblos, y Junquera se retiró a los altos de Sorauren y abandonó al enemigo los altos de Oricain y de San Cristóbal, con lo que Pamplona quedaba completamente libre del bloqueo y del fuego de la artillería carlista.

Por aquellos días (septiembre de 1875) llegó Dorregaray al Norte. Su llegada dió lugar a varios procesos: el suyo propio, el de su jefe de Estado Mayor General Oliver, el de Savalls, que pasó a Francia; el de su jefe de Estado Mayor Brigadier Morera; el del General Mendiri, el del Barón de Sangarren, el del Marqués de las Hormazas, etc., etc. Estos procesos, justificados o injustificados, eran signo evidente y triste de la desmoralización que reinaba en las filas leales. El fin se aproximaba rapidísimamente y éste no podía ser otro que la derrota del valeroso, del abnegado y heroico ejército carlista.

Terminada la guerra en el Centro y Cataluña, el Gobierno de Madrid se hallaba en disposición de trasladar al Norte todas las fuerzas del Este, acumulando en Navarra y Vascongadas una enorme masa de maniobra con la que podía dar el gol-

pe definitivo a las fuerzas carlistas, que aunque respetables por su número y por su organización se hallaban muy minadas en su moral por la impericia e incapacidad de sus jefes, que fué atribuída a traición por el voluntario, que se creía invencible y que no podía concebir ningún fracaso por otra causa que por la punible defección de los encargados de llevarle al triunfo.

Las voces de traición, unidas a la frase de "está vendido", hicieron estragos en la moral de los combatientes carlistas. A pesar de ello, el voluntario, habituado a exponer su vida continuamente, llegada la ocasión se conducía bravamente, pero el elemento director había perdido toda su fe y la esperanza de triunfo, que indiscutiblemente inspira ideas, pensamientos y planes que suelen fallar cuando aquellas cualidades han desaparecido.

El Gobierno envió al Norte a Martínez Campos con todas las fuerzas que acaudillaba dicho General en su campaña de Cataluña y acordó crear dos poderosos ejércitos llamados de la izquierda y de la derecha, con el General don Jenaro Quesada al frente del primero y de don Arsenio Martínez Campos al del segundo. El de Quesada se componía de tres cuerpos de ejército, mandados, respectivamente, el primero por Moriones, el segundo por Echevarría y el tercero por Loma, más tres divisiones al mando de Pino, Maldonado y Buriel, con un total de 108 batallones, 10 regimientos de caballería y 116 piezas de artillería, ingenieros, etc., etc., o sea unos cien mil hombres; el de Martínez Campos se componía de dos cuerpos de ejército, mandados el primero por don Ramón Blanco y el segundo por don Fernando Primo de Rivera, más una división de reserva, al mando de Prendergast, y una de caballería al mando de Jaquetot; este ejército sumaba unos 50.000 hombres, con 50 piezas de artillería.

Se discutió mucho si el ataque general se efectuaría por la izquierda, o sea por el frente de Balmaseda y línea de Cadagua, o por la derecha en dirección a Estella; y después de muchas vacilaciones y dudas se acordó seguir un criterio ecléctico.

Del lado carlista la situación se presentaba bastante desalentadora después de la batalla de Zumelzu, con la que inició Pérula su mando. Este siguió al frente de las tropas carlistas, pero con su autoridad ya barrenada. De él dice un escritor lo

siguiente: "El escribano Pérula era hombre valeroso, pero no tenía ni intuición ni conocimiento de la guerra." Aún obtuvo algún éxito local sin importancia, pero las críticas, los cuchicheos, las insidias iban en aumento y llegaron hasta tal punto que tuvo que resignar el mando.

Ante la crueldad de que dió pruebas Quesada al incendiar Villarreal de Alava y Salvatierra y al quemar las cosechas de Navarra e iniciar la era de fusilamientos, Pérula quiso decretar la guerra sin cuartel, actitud en que le apoyó la Diputación de Navarra, pero no encontró eco ni en Don Carlos ni en quienes gozaban de autoridad cerca de él en aquellos momentos. Parece ser que esto obligó a Pérula a expresarse con estas palabras: "Ni esto puede seguir así ni asumo la responsabilidad. O se me deja mandar o que mande otro." Y la Diputación de Navarra acordó: "Sostener a todo trance al General Pérula, sin permitir su relevo o dimisión por ningún motivo." Esta actitud implicaba insubordinación y rebeldía, aunque seguramente la Diputación no cayó en la cuenta de ello, porque obraría con excesiva buena fe y falta manifiesta de visión y tacto.

Fracasado Pérula (y hasta desobedecido por las Diputaciones de Vizcaya y Guipúzcoa, e incumplida su orden de que se fundieran campanas para fabricar cañones), acusado Dorregaray de alta traición, desterrado Mendiri, ¿quién quedaba para el mando de las fuerzas carlistas del Norte? Ningún General de graduación superior y que tuviera prestigio suficiente para imponerse a los demás. Entonces se echó mano de un Príncipe, que si no podía presentar como títulos para ostentar tan elevado cargo sus hazañas guerreras o su experiencia militar, ostentaba, en cambio, la alcurnia más elevada, pues llevaba sangre real. Así, fué designado como Comandante General en jefe de las tropas carlistas el Conde de Caserta.

Don Alfonso de Borbón y de Austria, Conde de Caserta, hijo del Rey Don Fernando II de Nápoles y hermano del último Rey de las Dos Sicilias Don Francisco II, nació en 1841 y se presentó en el ejército carlista durante el sitio de Irún, a fines de 1874, e ingresó en el mismo con el grado de Coronel de artillería, a cuya arma pertenecía, siendo ascendido después a Mariscal de Campo. Nombró primer jefe de Estado Mayor al Brigadier don Antonio Brea, y segundo al Coronel don Romualdo

Cesáreo Sanz y Escartín, a quien llamaban los carlistas navarros *la rata sabia*, por su talento y pequeña estatura.

Su Estado Mayor se componía de jefes aristocráticos, como el Barón de Sangarren, don Felipe de Sabater, el Marqués de Vesolla, ilustre prócer carlista que aún vive (1), etc., etc.

Como detalle curioso y extraordinario diremos que la Comandancia General de Marina la desempeñaba el ex Ministro de Marina de la República don Federico Aurich.

Se componía el ejército carlista del Norte en diciembre de 1875 de 48 batallones de infantería, 3 regimientos de caballería, 2 batallones de ingenieros, varias partidas sueltas y de un centenar de piezas de artillería, la mayor parte de ellas recién desembarcadas y de sistemas modernísimos.

Don Carlos y su nuevo jefe, el Conde de Caserta, dándose cuenta del peligro enorme que se cernía sobre ellos, trataron de encender de nuevo la guerra civil en Cataluña y en el Centro y comisionaron a tal fin a don Rafael Tristany, a don Juan Castells, a don Manuel Marco, a don Tomás Segarra, a González Boet, a Vallés, a Agramunt (el cura de Flix) y Berenguer, pero todos los esfuerzos, todos los proyectos, ilusiones y esperanzas fracasaron ante la dura, fría e implacable realidad. La guerra quedaba definitivamente circunscrita al Norte y nada ni nadie les podría auxiliar en su postrera y desesperada lucha contra lo imposible.

Cuando se estudia el final de esta guerra, uno se asombra de que Quesada, con sus numerosos y poderosos ejércitos no hubiera barrido en una semana a las medradas huestes carlistas de Vizcaya y de Alava, que, además, de hallarse en proporción de uno a diez, se encontraban en peor estado de moral para proseguir la lucha que las guipuzcoanas y las navarras.

Loma atacó por los valles de Losa y Mena, a la vez que Quesada lo hacía por Alava. El General Carasa, veterano de la primera guerra civil, nacido en Bárcena de Cícero (Santander) y casado con una distinguida dama de Muniaín de la Solana, era a la sazón Comandante General de Vizcaya y llevaba como jefe de Estado Mayor a don Leoncio González de Granda, que terminó sus días en Madrid como redactor jefe de *El*

(1) Ha muerto después de entregadas estas cuartillas al censor.

Correo Español. Procedía del ejército isabelino. Al verse Carasa atacado por tres columnas que trataban de envolverlo, tuvo que abandonar sus posiciones de Celadilla y Valmaseda y retirarse hacia el interior de Vizcaya por Arciniega, Sodupe y Llodio. En este punto se reunió con el Brigadier Echávarri, que mandaba los restantes batallones vizcaínos que operaban a ambos lados del Nervión. Carasa continuó su retirada hacia Zornoza (Amorebieta) y Durango, batiéndose para no ser arrollado e internándose en el país vasco con el mayor orden y sin perder un hombre ni un cartucho. Quesada creyó seguro su copo y hasta lo anunció en un telegrama a Madrid, pero el viejo caudillo carlista supo eludir hábilmente todas las columnas liberales que intentaban envolverlo y retirarse a su retaguardia, a varias leguas de distancia, pero haciendo frente al enemigo.

En contraste con la brillante retirada de Carasa, el nuevo Comandante General de Alava, Brigadier Ugarte, que no tomó parte en la guerra hasta aquellos momentos, aunque veterano de la de los Siete Años, perdió lamentablemente la línea de Villarreal, retirándose sin luchar y abandonando dos cañones, que fueron los primeros que cayeron en poder de los liberales en toda la guerra. Los batallones de Ugarte se retiraron precipitadamente hasta Azcoitia y su jefe fué fulminantemente destituido por su inercia o por su cobardía; quedó abierto el paso por Villarreal a las provincias de Vizcaya y Guipúzcoa por las bajadas de Barázar, Urquiola y Aramayona, que arrancan de la tan castigada villa alavesa.

El 1.º de febrero pudo Quesada entrar impunemente en Bilbao por el Sur, dominada ya toda Alava y gran parte de Vizcaya.

El cuerpo del ejército del General Moriones, que operaba en el centro de la línea, aunque dependía de Quesada, se movía casi independientemente y tenía por objeto la invasión de Guipúzcoa, en cuya provincia las tropas carlistas conservaban aún el vigor y el entusiasmo de los mejores tiempos de la guerra.

La batalla de Mendizorrotz constituyó el último triunfo del ejército de Don Carlos VII; las alturas de Mendizorrotz se hallan situadas entre San Sebastián y Orío y forman parte de la cordillera de Igueldo, la que los carlistas tenían bastante

fortificada. La línea que cercaba San Sebastián se extendía desde Arichulegui, en las estribaciones de la Peña de Aya (llamada también de las Tres Coronas), al monte Igueldo, pasando por Astigarraga, Urcabe y siguiendo por Lasarte y cauce del río Oria. La liberal se extendía desde Irún a San Sebastián, pasando por Oyarzun, Hernani, Oriamendi, etc., y era aproximadamente la misma que en la anterior guerra civil dió lugar a la famosa batalla de Oriamendi.

El General Moriones ordenó al Comandante General de San Sebastián, Morales de los Ríos, que embarcara parte de sus fuerzas y las desembarcara en Guetaria, con el fin de atacar la línea carlista por la retaguardia. Morales envió a Guetaria al Brigadier Mariné, quien al frente de un par de batallones desembarcó en el pequeño puerto pesquero, patria del inmortal Elcano, y conquistó por sorpresa el alto de Gárate, que estaba defendido por una o dos compañías de fuerzas de segunda línea. Pocos días después el General Moriones en persona desembarcó en Guetaria con 10 batallones, con el propósito de flanquear la línea carlista e invadir Guipúzcoa por aquel lado, en combinación con la guarnición de la capital, que aún contaba con una docena de batallones a las órdenes de Morales. Este lanzó sus fuerzas contra la izquierda carlista, que mandaba el Brigadier de artillería Rodríguez Vera, quien tan sólo contaba con los batallones 5.º y 6.º de Guipúzcoa y algunas piezas de artillería.

Enterado dicho jefe de la inminencia del ataque, pidió al Comandante General de Guipúzcoa, don Eusebio Rodríguez San Román, que le enviara rápidos refuerzos, y éste destacó en el acto al 11 de Navarra en su apoyo. Los carlistas contaban en la cordillera de Igueldo con varios reductos, entre ellos los de Bordacho, Vidarte, Celayaundi y Mendizorrotz. Las fuerzas de Morales se lanzaron decididas, principalmente contra el reducto de Vidarte, que defendía el bravo Comandante Muguerza, quien cumplió admirablemente la orden recibida de entretener todo el tiempo posible a las fuerzas que avanzaban, replegándose a Celayaundi con el mayor orden.

A la vez era atacado violentamente el fuerte de Bordacho, que fué defendido valerosamente por el oficial don León Trechu, al frente de 40 voluntarios. Los liberales llegaron hasta

los fosos, que defendió Trechu con fuego de fusil y granadas de mano; y cuando aquéllas y los cartuchos se terminaron, a pedradas y a tejazos. En lo más duro de la refriega vió llegar a dos compañías guipuzcoanas y a otras dos del 11 de Navarra, conducidas por el propio Brigadier que mandaba aquel sector y por el Coronel Dávila. Este refuerzo obligó a retirarse a los liberales, que dejaron varios muertos dentro de los fosos. El combate continuaba con encarnizamiento en otros puntos de la izquierda de la línea, y para reforzarla llegaron en lo más crítico de la pelea dos compañías del 7.º de Guipúzcoa, que mandó desde Andoaín el Brigadier Aizpurua, y otras dos del 2.º de la misma provincia.

También se luchó encarnizadamente en Bordacho, que los liberales ya lo creían totalmente dominado; pero se hallaban tan enardecidos los voluntarios carlistas que, aun después de haber puesto pie en los fosos del fortín sus contrarios, tuvieron fuerza y entusiasmo suficientes para aniquilarlos.

En esta última batalla se distinguieron extraordinariamente todas las unidades guipuzcoanas que en ella tomaron parte y el 11 de Navarra, y sufrieron los carlistas bajas dolorosísimas, como la del coronel don Cipriano Blanco, que mandaba el 5.º de Guipúzcoa, y el Teniente Coronel don Miguel Eguiazu, que mandaba el 11 de Navarra, los cuales realizaron actos de tal heroísmo que bastan para rodear de una eterna aureola el recuerdo de su vida. El parte oficial hace resaltar también la actitud heroica del capellán de artillería don Pedro Lasarte, del Comandante General de Marina don Federico Aurich, del Teniente Coronel de artillería Torres, del bordari, vecino de Usúrbil, Esteban Tamborena, que cogiendo el fusil de un soldado enfermo se unió a las fuerzas del 5.º batallón de Guipúzcoa y corrió en socorro de los héroes de Bordacho, que se hallaban sitiados por fuerzas veinte veces superiores.

Moriones, que se hallaba a la retaguardia del lugar de la lucha en Zarauz y Guetaria, permaneció inactivo, cuando pudo muy bien haber atacado por aquel lado, cogiendo a las fuerzas de Rodríguez Vera entre dos fuegos.

Los batallones de Morales de los Ríos se retiraron vencidos y humillados a San Sebastián. Cuando se piensa que unos cientos de hombres atacados de frente por varios millares y tenien-

do a la espalda más de doce batallones enemigos pudieron conseguir tan señalado triunfo, en vísperas del fracaso total de la guerra del Norte y cuando las divisiones vizcaína y alavesa habían casi desaparecido y la navarra se hallaba desorientada, es preciso inclinarse ante el heroísmo de las tropas guipuzcoanas y navarras que llevaron el peso de la batalla de Mendizorrotz y descubrirse ante quienes tan alto dejaron el honor de las armas en aquellos tristes días de febrero de 1876.

Pero de nada sirvió este triunfo. Eran tan enormes las masas de tropas liberales que cayeron sobre el país vasco-navarro, que aun sin luchar, por el propio peso de la masa, tenían que aplastar a los voluntarios de Don Carlos.

Moriones y Morales de los Ríos quedaron como inmobilizados ante la derrota de Mendizorrotz y sin poder darse la mano ni levantar la línea carlista; pero, en cambio, las fuerzas de Martínez Campos progresaban en Navarra. Este en persona salió de Pamplona con el propósito de penetrar en el valle del Baztán por el puerto de Velate, pero creyendo peligroso seguir esta ruta, que se hallaba algo defendida por los carlistas, decidió remontar la corriente del río Arga por el valle de Esteribar hasta Eugui, terreno aún más difícil por carecer de carretera y por ser sus montes más intransitables todavía que los de Velate. Además, en aquella época su marcha era imprudentísima a causa de las nieves que caen con abundancia en la zona que Martínez Campos iba a atravesar, de tal manera, que si su marcha hubiera coincidido con una fuerte nevada, frecuente en aquellos parajes, le hubiera sido imposible cruzar la divisoria entre el Mediterráneo y el Cantábrico, aun sin encontrar enfrente a un solo voluntario carlista.

Sin duda los carlistas no concebían que tal locura fuera posible y dejaron completamente desguarnecida la zona fronteriza, por donde pasaron los batallones de Martínez Campos en su marcha al Baztán. A la vez que él remontaba el curso del río Arga, Primo de Rivera amagaba en dirección a Estella, dirigiendo sus ataques contra Artazu, Santa Bárbara de Mañeru, Santa Bárbara de Oteiza y Montejurra.

Los carlistas no sabían si el objetivo principal de Martínez Campos era Estella o el cierre de la frontera con Francia, marchando paralelamente a la misma, y mantenían el grueso de

sus fuerzas en la zona de Estella, pero preparadas para moverse al otro extremo.

Cayó en poder de Primo de Rivera Santa Bárbara de Oteiza, muriendo en su defensa el Teniente Coronel Vergara, jefe del primer batallón de Navarra, así como el Gobernador del fuerte, no sin haber causado serio quebranto a las fuerzas liberales, de las que murieron tres jefes y diez oficiales en el asalto.

Pérula era a la sazón Comandante General de Navarra, puesto que se le confió cuando cesó en el de jefe de Estado Mayor General del ejército del Norte, y se hallaba con varios batallones navarros y uno de Gandesa en Cirauqui y Mañeru, puntos que fueron atacados por numerosas fuerzas del ejército de Primo de Rivera y heroicamente defendidos por los soldados de Don Carlos. Aunque los liberales atacaban por todo este frente, la misión que se les encomendó no fué la de romper la línea carlista que defendía Estella, sino la de entretener en aquellos lugares el máximo de fuerzas de Don Carlos, para que Martínez Campos, que llevaba consigo el cuerpo de ejército de Blanco y la división Prendergast no encontrara obstáculos en su marcha por el Baztán hacia Guipúzcoa, donde se cerraría el anillo, aunque éste dejase algunos eslabones sueltos en varios lados por donde pudieron escurrirse los batallones carlistas derrotados.

Martínez Campos tuvo la suerte de llegar al valle del Baztán en 1.º de febrero, al frente de 24 batallones, sin encontrar apenas enemigo en su marcha, pues no se puede llamar enemigo a pequeños destacamentos que le dispararon unos tiros a larga distancia desde los picachos a cuyo pie caminaban las tropas alfonsinas. Pero una vez en Elizondo, capital del valle, se le planteó un problema difícil, cual era el de alojar, racionar y vestir a tan gran número de fuerzas, hallándose como encerrado en una ratonera y con las comunicaciones por carretera cortadas por todas partes y en la peor época del año. La única solución viable era abrirse paso a Francia, y consiguió esto apoderándose de la aduana de Dancharinea, por la que recibió grandes suministros de toda índole.

Aun después de haber invadido el valle del Baztán con más fortuna que cálculo estratégico, según nuestra opinión, es in-

dudable que los 24 batallones de Martínez Campos se hubieran encontrado en la alternativa o de caer prisioneros o de internarse en Francia si el alto mando carlista hubiera tomado las disposiciones necesarias y el Comandante General de Navarra, Pérula, hubiera obrado como cumplía a quien ostentaba tal cargo. El Conde de Caserta, vista la marcha de la columna de la derecha y convencido entonces de que era aquélla y no la de Primo de Rivera la que llevaba la misión principal, dispuso que Pérula se dirigiese con todos los batallones disponibles desde las tierras de Estella hacia el valle del Baztán, y, en efecto, se trasladó a la villa de Santesteban, situada, no lejos de dicho valle, sobre el Bidasoa. Pérula tenía a su disposición 10 batallones, dos escuadrones y 14 piezas de artillería de montaña, además de las fuerzas que mandaba Junquera por la parte de Vera, etcétera, etc. Quien conozca aquel terreno no dudará ni por un momento que con estas fuerzas podía haber cerrado fácilmente tanto la salida a Francia, tomando el puerto de Otsondo, como la de Pamplona, colocando tres o cuatro batallones en las alturas que dominan Irurita y Lecaroz. En una palabra, Martínez Campos hubiera quedado embotellado y copado.

Por aquellos días sobrevino (5 de febrero) una fuerte nevada que paralizó las operaciones de ambos ejércitos; pero Martínez Campos ya estaba alojado en el valle y había traspuerto los puertos.

Veamos lo que ocurría en los demás teatros de la guerra.

Carasa, a quien hemos dejado retirándose a Durango, abandonó esta villa ante la presión del numeroso ejército de Quezada y situó sus batallones entre Abadiano (a tres kilómetros de Durango), Elorrio y Elgueta y esperó el ataque. Fué a reforzar sus siete batallones el General Cavero desde Navarra, llevando tres más, y se le presentó también el Brigadier Ugarte, que tan deplorablemente abandonó la línea de Villarreal, dispuesto a borrar el mal recuerdo que dejó y a luchar en el lugar y puesto que se le encomendara, llevando consigo algunas fuerzas alavesas. De este modo pudo reunir Carasa unos 12 batallones y 14 piezas de artillería.

La lucha se inició en las proximidades de Abadiano, pero los carlistas se fueron retirando en dirección a Elorrio, que ofrecía mejores medios de defensa. Fueron atacados por las

divisiones de Loma, Alvarez Maldonado, Goyeneche y Villegas, y se retiraron hasta las alturas de Elgueta (el primer pueblo de Guipúzcoa), donde intentaron ofrecer la última y desesperada resistencia, pero sin poder detener la avalancha del ejército alfonsino.

Carasa, Cavero, Ugarte, Echevarría, González Granda, Solana, Iturralde y Gorordo, en una palabra, todos los Generales y altos jefes que mandaban aquellas fuerzas, dieron pruebas de valor extraordinario y de desprecio a la muerte en aquella última jornada militar en tierras de Vizcaya. El Coronel Gorordo, jefe del batallón de Arratia, murió como un bravo al frente de sus leales vizcaínos.

Las derrotadas tropas carlistas se retiraron en buen orden a Vergara, desde donde se trasladaron a Villarreal de Urrechua y Zumárraga. Ya se hallaba invadida Guipúzcoa por el Sur, o sea por donde menos se esperaba. Se hacía difícil, por no decir imposible, defender la línea carlista del Oria, a causa de la presión arrolladora de las fuerzas de Moriones, de Loma, de Maldonado, de Goyeneche y de Villegas, que avanzaban en semicírculo. Moriones, partiendo de Zarauz y altos de Gárate avanzó por Cestona hasta Azpeitia, donde se reunió con las tropas de Loma y Villegas. El Comandante General carlista de Guipúzcoa quedó paralizado ante tan ingente masa de enemigos que cayeron sobre sus reducidas fuerzas, las que se hallaban atrincheradas enfrente a San Sebastián y con la espalda cubierta hasta aquel momento, y sin sospechar que el enemigo pudiera invadir Guipúzcoa por Elgueta y Arlabán y atacarles por detrás. Además, las fuentes de aprovisionamiento de municiones, que se hallaban en Mondragón, en Azpeitia, Eibar, etc., habían caído en poder del enemigo. Las gentes huían alocadas ante la invasión de los *negros* o *guiris* (pues de ambos modos denominaban los carlistas a los liberales). Tal cúmulo de circunstancias llevaron al ánimo de los voluntarios carlistas la rabia y la desesperación. Ellos, que se creían invencibles, iban a ser vencidos sin lucha. No hubo quien preparase un abrazo de Vergara. Los jefes permanecieron fieles, pero los voluntarios fueron desertando al observar las señales del desastre que rápidamente se cernía sobre ellos, y la guerra carlista de Alava, Guipúzcoa y Vizcaya terminó, como por evaporación,

a mediados de febrero, al mismo tiempo que se descuidaba el frente en Navarra.

Visto lo desesperado del momento, Don Carlos llamó a Guipúzcoa al Conde de Caserta, y el 17 de febrero se celebró en Beasaín un Consejo de generales presidido por el Rey y en el que se hallaron presentes Caserta, Valdespina, Cavero, Argonz, Brea y el Coronel González Granda. Mientras que se discutía si convendría más lanzar una ofensiva contra las divisiones de Quesada, que atacaban por la izquierda, o contra las de Martínez Campos, que avanzaban por la derecha (opinando la mayoría que la situación era desesperada, y el cándido de Argonz que peor fué en los principios de la guerra y que aún podría sostenerse la lucha), y cuando Brea, como jefe de Estado Mayor General, daba órdenes para reorganizar una columna con puesta de batallones castellanos, vizcaínos y alaveses de los que se retiraron de Elgueta para atacar Mondragón y Oñate, llegó al Consejo la noticia de que las fuerzas de Primo de Rivera se apoderaron del fuerte de Montejurra después de rudo ataque, y que el General Martínez Campos avanzaba sobre Vera.

Ante tan desastrosas nuevas se alteraron todos los acuerdos anteriores y se adoptaron nuevas disposiciones, cuya finalidad principal era el dejar libre la retirada de Don Carlos y evitar el copo. A este fin, Carasa quedó en Villafranca para interceptar el paso de los liberales a Tolosa. Echávarri fué destacado a Vidania para detener la subida por Régil, y Solana a Oñate. Dos batallones castellanos fueron enviados al Baztán, así como el de Cantabria. Dos días después se dió orden a la brigada guipuzcoana de Rodríguez Vera, así como a los batallones de Cavero, de que emprendieran la marcha en la misma dirección, o sea hacia el Bidasoa, pero las tropas ya no marchaban con el mismo espíritu de antes. Las deserciones iban aumentando y adquirían caracteres alarmantes.

Veamos lo que ocurría en Navarra en aquellos trágicos momentos. Lizarraga había sido encargado de la defensa de Estella en enero último, pero sólo contaba con nueve batallones de infantería, uno de ingenieros, cinco escuadrones y una docena de piezas de artillería para hacer frente a la poderosa columna de Primo de Rivera.

El Brigadier Calderón se hallaba a cargo de la vanguardia

carlista, situada en las estribaciones de Montejurra y compuesta por los batallones 1.º y 11 de Navarra, gran parte del 5.º de Alava, cuatro piezas de artillería y un escuadrón de caballería. Después de sostenida y valerosa defensa, estas fuerzas tuvieron que replégarse a Arróniz. Reforzadas con varias compañías al mando del Barón de Sangarren, ya absuelto en su proceso, volvieron a atacar al enemigo y consiguieron arrojarle de Arellano. Aunque Calderón fué reforzado más tarde con el 1.º de Castilla, no pudo contener la avalancha de las tropas enemigas y rindió el fuerte de Montejurra y se entregó a Primo de Rivera, quien le dejó prisionero bajo palabra y le felicitó por su heroico comportamiento.

Tomado Montejurra, la defensa del Estella era imposible y al día siguiente avanzaron ya simultáneamente, para dar el golpe definitivo, las tropas de Primo de Rivera, de Martínez Campos y de Quesada en dirección a Estella, a Arichulegui y a Tolosa, respectivamente. Los liberales penetraron en Estella el 19 de febrero y no quedó en toda aquella zona otra fuerza carlista en pie que la de Castillo de La Población (Rioja), cuya defensa se hallaba encomendada al Brigadier alavés don José de Montoya, quien no rindió la fortaleza que Don Carlos puso a sus órdenes hasta pasados varios días desde la entrada del Rey de Francia. Fué, pues, La Población donde ondeó por última vez el pendón de guerra carlista en esta épica contienda que reseñamos.

Lizarraga reunió Consejo de generales tras la pérdida del fuerte de Montejurra, al que acudieron Maestre, Alemany, Lerga, Iturmendi, Yoldi, Fontecha, Landa, Torrecilla y Ferrón, acordándose en el mismo el abandono de la Meca del carlismo y la retirada de todas las fuerzas y pertrechos de guerra por Salinas de Oro a Santesteban. Con esta retirada coincidieron las primera deserciones en las filas carlistas navarras, que en días sucesivos fueron aumentando en grandes proporciones.

Mientras que esto ocurría en Estella, Martínez Campos se preparaba en Elizondo para atacar las alturas de Peña-Plata y Echalar y abrirse paso hacia Vera y Arichulegui. Pérula confió la defensa del difícilísimo paso de Peña-Plata al bravo Brigadier Larumbe, que fué el único que desde la entrada de Martínez Campos en el Baztán intentó acosarle y consiguió pertur-

bar la tranquilidad de sus fuerzas mediante atrevidos golpes de mano, como el de Larrayoz y otros. De haber contado Larumbe con los batallones y pertrechos de Pérula, el Baztán, en lugar de haber proporcionado al caudillo alfonsino un marquesado, le habría ofrecido una tumba para sí y para las fuerzas que llevaba.

Martínez Campos avanzó contra las alturas de Peña-Plata, desde Urdax y Zugarramurdi, el 18 de febrero y ocupó, tras tenaz resistencia, las Tres Mugas y el alto del Centinela. El 19, habiéndose hecho cargo Larumbe de las fuerzas de aquella línea, que mandaba hasta entonces Foronda, la resistencia llegó a límites increíbles y nunca hubiera sido rota la línea de haber enviado Pérula desde Santesteban y Narvarte, donde se hallaba con varios batallones y pertrechos, las municiones y refuerzos que con verdadera angustia le pedía su bravo Brigadier; pero Pérula se encogía de hombros y alegaba que no tenía los cartuchos que se le pedían, que los tenía de otras marcas, etc. Larumbe, a pesar del abandono en que le dejó su jefe, no cejó en la defensa y se batió como fiera acosada entre Peña-Plata y las palomeras de Echalar, prefiriendo morir a ceder un palmo de terreno. Puesto al frente de todas las fuerzas que allí luchaban, les comunicó nuevo brío y entusiasmo (los buenos jefes siempre encuentran buenos soldados) y realizó una tan maravillosa y épica defensa de aquellas alturas, que nunca hubieran sido conquistadas por Martínez Campos a no haberles faltado municiones. Allí se hallaban el 2.º y 7.º de Navarra, mandados, respectivamente, por don Fausto Elío y por Angosto; el 3.º de Castilla, mandado por Atienza, y la batería de Lloréns.

La vanguardia de Blanco (futuro Marqués de Peña-Plata), a cuyo frente iba el batallón de cazadores de Cataluña, fué rechazada en tres ataques a la bayoneta, pero dicho heroico batallón dió una cuarta carga, contra la opinión de Martínez Campos, y logró coronar la altura y conquistar el disputado paso de Peña-Plata.

Los Tenientes Coroneles Elío y Angosto murieron como héroes al frente de sus batallones, y el bravo Larumbe cayó gravemente herido y falleció al poco tiempo. En Peña-Plata rayó

a inconmensurable altura el heroísmo de los batallones navarros y castellano.

Con la pérdida de Peña-Plata todo estaba terminado. Martínez Campos entró en Vera el 20 de febrero, y muy cerca de Vera se dieron la mano sus fuerzas con las que invadieron Guipúzcoa.

Pérula observó una conducta muy sospechosa, por no calificarla con adjetivos más severos y acaso más justos, permaneciendo totalmente inactivo y presenciando impávido el sacrificio de Larumbe, de Elío y de Angosto en Peña-Plata, cuando no sólo podía auxiliarles eficazmente, sino que también hubiera podido aniquilar a Martínez Campos.

¡Dios habrá juzgado a aquel General, que fué en ciertos momentos ídolo de los navarros y que tanto defraudó a todos en su última hora de guerrero y de carlista!

Don Carlos y los generales que tenía a su lado volvieron a reunirse en Leiza, después de abandonar Tolosa, y celebraron un Consejo y aún decidieron concentrar todas las fuerzas disponibles y lanzarse contra Martínez Campos; pero, desgraciadamente, los acontecimientos se anticipaban a sus planes, y cuando ellos preparaban las fuerzas para impedir el paso a Vera del futuro Marqués del Baztán, éste ya se encontraba en la citada villa del Bidasoa. Hubo quien intentó recuperar Peña-Plata, pero al darse cuenta de la creciente insubordinación y desertión de la mayor parte de los batallones se desistió de tan temerario plan.

Don Carlos desde Leiza se dirigió, por Zubieta, a Santesteban, seguido de la mayor parte de sus generales y de algunos batallones. Allí se celebró nuevo Consejo, y el Conde de Caserta fué de opinión de que era imposible sostener la guerra; pero habiendo opinado en contra Lizarraga y otros generales, se nombró a aquél jefe de Estado Mayor General, en sustitución de Caserta, tomando posesión del cargo en 23 de febrero. ¡Cuán ilusorias y vanas eran las esperanzas de Lizarraga y cuán débiles sus argumentos, lo prueba el hecho de que a los cinco días ya no quedaba un solo carlista en armas en todo el territorio! Lizarraga, sin embargo, con evidente cerrazón mental, nombró a los Generales Valdespina, Egaña y Fontecha Comandantes Generales de Vizcaya, Guipúzcoa y Alava, respec-

tivamente, ordenándoles que tratasen de levantar el espíritu carlista en dichas provincias, y sólo consiguió con esta medida que el General don Domingo de Egaña y el Brigadier don Francisco Ramajos fueran vilmente asesinados por la soldadesca insubordinada.

Por fin, Don Carlos y sus fieles seguidores se percataron de que todo había terminado, de que era imposible luchar contra el destino aciago, y decidieron pasar a Francia y emprendieron la marcha a la frontera, ardiéndoles el alma de rabia y desesperación y aterido el cuerpo por el frío que descendía de aquellas montañas, que los despedían tristes y llorosos, como a hijos queridos que huyen perseguidos por la desgracia.

Don Carlos salió de Santesteban el día 25 y pernoctó en Olagüe, en casa de quien estas líneas escribe. Desde allí, por caminos de herradura, pasó a Zubiri, Erro y Burguete, y el 28 de febrero cruzó la frontera francesa por Arnegui, cerca de Valcarlos, seguido por los abnegados, sufridos y heroicos batallones castellanos que no le abandonaron y por muchos jefes y oficiales de los batallones vasco-navarros que nunca faltaron a la fidelidad jurada.

En aquellos días las tropas navarras, al mando de Pérula, se hallaban en Orbaiceta, donde se dispersaron, pasando a Francia los jefes y oficiales con algunos soldados. La mayoría de éstos, por ser naturales de pueblos próximos, se presentaron a indulto, al ver consumado el desastre.

Don Carlos pronunció al despedirse de sus tropas, victoriosas en tantos combates, aquella histórica palabra ¡VOLVERE!, que tanto emocionó a quienes la escucharon y tantas esperanzas despertó, más tarde, entre los carlistas de España entera.

Alfonso XII había vencido a su primo Carlos VII. La usurpación triunfaba otra vez de la legitimidad. La fuerza vencía al derecho.

CAPITULO XXX

Reorganización del partido tras la derrota.—Jefatura de don Cándido Nocedal.—Al morir éste se forma un Directorio.—Escisión integrista.—Jefatura de Cerralbo.—Conspiración de 1898.—La lucha legal.—Muerte de Don Carlos.

TRAS el malogrado y heroico esfuerzo de las valerosas huestes carlistas, se apoderaron de los mandos de la Comunidad quienes durante la contienda estuvieron en sus casas, como es costumbre repetida en la historia de la humanidad, en casos similares.

Los heroicos perdieron en la guerra, unos su vida, otros su salud, otros la hacienda y la fortuna y todos el nervio y el entusiasmo que se precisa para reemprender de nuevo la batalla.

Los no heroicos, o sea los neo-católicos, dieron al carlismo personajes de talento, figuras de empaque, parlamentarios brillantes y una masa considerable de adictos; pero, al fin y a la postre, los que lucharon frente al enemigo fueron los viejos carlistas, los adoradores del ideal, los que formaban la vieja guardia de la legitimidad y del derecho, los que estaban siempre dispuestos a morir por su Dios, por su Patria, por sus Fueros y por su Rey. Los otros luchaban por parte de estos lemas, pero principalmente por el orden, por la tranquilidad de sus hogares y por el ininterrumpido cobro de sus rentas y cupones.

Don Carlos, vencido en la guerra, se dispuso a luchar en el terreno legal, y a este fin nombró Delegado suyo en España a don Cándido Nocedal, hábil parlamentario, ex ministro de Isa-

bel II y enemigo constante e invariable de toda empresa guerrera. Aunque opuesto a Cabrera, a quien siempre combatió, coincidía con éste en que Don Carlos podía ascender al trono por medio legales y pacíficos, sin choques de armas ni efusión de sangre.

Es indudable que Nocedal era hombre de gran talento y que dió al partido una organización legal aceptable. Creó multitud de periódicos, comités, etc., que fueron reavivando al coloso, que se hallaba postrado tras duro y largo batallar; pero advino la muerte de don Cándido en 1885 y entonces Don Carlos nombró para sustituirle al eximio literato y novelista navarro, también procedente del campo neo-católico y liberal en su juventud (como Nocedal), don Francisco Navarro Villoslada, autor del maravilloso y resonante artículo *El hombre que se necesita*, que tantos prosélitos trajo al campo carlista. Navarro Villoslada representaba una tendencia distinta de la de don Cándido Nocedal dentro del partido, pero a causa de su edad y achaques renunció al cargo al poco tiempo de ser nombrado.

Entonces Don Carlos decidió realizar un viaje a la América española, y antes de emprenderlo nombró un Directorio encargado de representarle durante su ausencia, compuesto de los Generales Cavero, Maestre, Martínez-Fortún y Valdespina.

Don Ramón Nocedal y Romea, que aspiraba a suceder a su padre y de quien dice el Conde de Rodezno en su conocida obra *Carlos VII* que "era más Romea que Nocedal—pues no en vano circulaba por sus venas la sangre del gran actor—, despechado por no obtener la jefatura exclusiva del partido, se declaró en rebeldía y acusó a Don Carlos de liberal". Para justificar sus acusaciones contra el Rey exhumó el manifiesto de Morentín, publicado en julio de 1874, hallándose el Cuartel Real de Don Carlos en aquel pueblo navarro, manifiesto que se dice fué redactado por don Valentín Gómez, que posteriormente fundó la Unión Católica con don Alejandro Pidal y otros. Del citado manifiesto son los siguientes párrafos: "Un Rey de Aragón, después de vencer a los rebeldes de su reino—decía Don Carlos en el manifiesto de Morentín—, rasgó con el puñal el odioso privilegio de la Unión, y este monumento de licencia y de anarquía fué sustituido por sólidas y verdaderas cartas de libertad. Esto quiero yo: vencer a los rebeldes, romper con la

espada de la justicia sus privilegios de licencia y otorgar a los pueblos sus cartas de libertad... Hay principios eternos, inmutables como Dios, de quien proceden. Pero hay doctrinas políticas sujetas a la mutabilidad de las cosas humanas y a la variedad de los tiempos y de las circunstancias. Y sería temerario empeñarse en compromisos basados en imprevistas contingencias. España es católica y monárquica; yo satisfaré sus sentimientos religiosos y su integridad monárquica; pero ni la unidad católica supone un espionaje religioso, ni la integridad monárquica tiene que ver con el despotismo. No daré un paso más adelante ni más atrás que la Iglesia de Jesucristo; por eso no molestaré a los compradores de sus bienes..."

Nadie descubrió, por lo menos en público, la heterodoxia de este manifiesto hasta diez o doce años después de publicado, ni nadie tomó pie de él para acusar de liberal a Don Carlos. Si don Ramón Nocedal y Romea hubiera recibido el ansiado nombramiento de Delegado de Don Carlos en España, el manifiesto de Morentín hubiera dormido el sueño eterno, o acaso hubiera sido exhumado como monumento digno de loa y elogio, capaz de enaltecer la memoria del caudillo que lo publicó; pero la sospecha de un desvío, el escozor de una postergación, elementos psicológicos que tan graves consecuencias suelen tener en la marcha de los partidos y aun en la política de los pueblos, produjeron gravísimas consecuencias en el seno de la Comunión católico-monárquica.

No vino la escisión nocedalina inmediatamente después del nombramiento del Directorio de los cuatro—que las actitudes provocadas por el despecho suelen tardar en salir a flote algún tiempo cuando los despechados son hombres inteligentes—, pero, una vez dispuesto el terreno, con cautela y reserva, surgió la disidencia con tal fuerza que en los primeros momentos se llevó en pos de sí todo lo más granado y distinguido del partido y la casi totalidad de la prensa, encabezada por *El Siglo Futuro*, totalmente identificado con Nocedal.

La masa, en su mayoría, quedó donde estaba, pero es bien sabido que ésta apenas sirve de nada sin dirección. La masa no suele sentirse herida por desvíos ni rencorosa por ofensas recibidas, ya que por su humildad no le llegan las salpicaduras de la intriga ni las moderduras venenosas de la ambición re-

frenada. Por eso la masa es siempre más pura y noble en sus determinaciones que muchos de los que la dirigen y manejan.

Pasado el primer momento de sorpresa y de confusión, el partido comenzó a reorganizarse, esta vez bajo la dirección del Marqués de Cerralbo, nuevo Delegado que sustituyó al Directorio de los cuatro, cuya actuación fué totalmente gris.

El Marqués de Cerralbo, ilustre prócer, con grandeza de España y con una fortuna saneada, se dedicó en cuerpo y alma a reorganizar las fuerzas que permanecieron fieles al Rey y a restar elementos a la disidencia, haciendo ver a quienes la siguieron de buena fe, movidos por una excesiva credulidad, que Don Carlos era el mismo por quien habían luchado con gloria en el campo de batalla y que en nada se apartó de su deber de caudillo católico y monárquico. Para esto fundó nuevos diarios, formó juntas locales en todos los rincones de España, creó círculos..., y así, poco a poco, fueron volviendo las aguas a su viejo cauce, que recogió el caudal principal.

No faltaron quienes resucitaron las viejas hablillas de devaneos en la Corte de Oñate, o de Durango, o de Puente la Reina mientras los voluntarios morían en las trincheras; ni quienes sacaban punta a la amistad que mostró Don Carlos a doña Emilia Pardo Bazán, ilustre novelista, y al señor Ortega y Munilla, director de *El Imparcial* y padre de los Ortega y Gasset, cuando aquellos personajes le acompañaron en Loredán... En una palabra, se echó mano de todos los recursos, buenos y malos, nobles e innobles, para pintar a Don Carlos como Príncipe indigno de ser Rey de los carlistas.

Los disidentes, al apartarse de su Rey, quedaron sin el tercer lema de la bandera y esto encerraba en sí la muerte de la disidencia, pues en España no cuajan los partidos de extrema derecha bajo la etiqueta republicana, y de hecho los integristas lo eran. De ahí su adoración por García Moreno, Presidente de la República del Ecuador y católico a *machamartillo*, como dirían los que pretenden ser más y mejores católicos que el mismo Papa.

Al separarse del Rey legítimo y no adherirse al que consideraban usurpador del trono, a quien calificaban de liberal e incurso en herejía (pues, como decía Sardá y Salvany, uno de los más calificados integristas, *el liberalismo es pecado*, y

veían incursos en este pecado, quizá con exageración en ellos habitual, aun a los más piadosos y beatos partidarios de don Alejandro Pidal), al verse faltos de algo que sustituyera al lema Rey, afirmaron que sólo era preciso el reinado social de Jesucristo sobre los Estados y los pueblos y proclamaron Rey a Cristo, y de ahí vino el lema de Cristo-Rey, que nunca fué admitido por los carlistas auténticos, quienes sostenían que las doctrinas y enseñanzas católicas aplicadas a la gobernación de los pueblos debían de encarnar en una institución, ya fuera monárquica o republicana, pero que no podían encarnar en la divina persona de Jesucristo, que se hallaba muy por encima de los partidos, de los Estados y aun de los pueblos o naciones, sobre todas las cuales se derramaban sus enseñanzas a través de su ministro en la tierra, el Romano Pontífice.

A pesar de ser todo esto tan claro y evidente, al debilitarse el sentimiento monárquico de la Comunión, merced a los embates que la persona de Don Carlos, primero, y la de Don Jaime después, sufrieron de parte de los rebeldes, el lema integrista de Cristo-Rey se abrió paso, sobre todo al realizarse la fusión de las ramas disidentes con el tronco, y hoy vemos que se considera como perfectamente carlista lo que no es otra cosa que recuerdo de una disidencia y de un movimiento de rebeldía contra el Rey y contra el tercer lema de su bandera sacrosanta.

El primer lema encierra y comprende en sí todo aquello que se quiere defender y propugnar con el nuevo de Cristo-Rey, pues Cristo es Dios, igual al Padre en cuanto Dios y mayor que otro ninguno en cuanto hombre.

Como es natural, en la lucha del carlismo contra el integrista, éste adoptó actitudes mucho más extremas que aquél en el terreno religioso. Como decía Don Carlos en el manifiesto de Morentín, la doctrina carlista, sana y ortodoxa, se encerraba en aquella feliz frase de "no daré un paso más adelante ni más atrás que la Iglesia de Jesucristo..." Esa es la verdadera, la auténtica, la incommovible doctrina católica, apostólica, romana. Querer extremarla, hacerla más rígida, más intransigente, más dura, es suplantar al representante de Cristo en la tierra, corregirle la plana, como se dice vulgarmente,

poner cátedra enfrente de su cátedra, de la cátedra de San Pedro, ser más papista que el Papa.

Este fué el gran error de Nocedal, error que trajo como consecuencia una lenta desbandada de sus fuerzas. Ellos dirían que las palomas tomaban rumbo de Oriente y los arpías de Occidente, que más vale pocos y buenos que muchos y malos..., que es mejor solo que mal acompañado, pero la realidad es que esas actitudes extremas llevan consigo el aislamiento de los propios y el desvío de los extraños, aun de los tan buenos como ellos, acaso mejores que ellos, pero de espíritu menos intolerante, de alma más generosa y de ortodoxia más atrayente.

Así vino la paulatina merma de las huestes integristas; su lenta pero segura marcha hacia el ocaso. Su partido no tenía nada que pudiera atraer a la juventud, y un partido que no renueva sus cuadros con gente moza está condenado a perecer. La juventud necesita algo heroico para sentirse atraída y arrastrada. El carlismo le ofrecía, además del ideal religioso y monárquico, el recuerdo romántico de sus hazañas guerreras, de sus luchas de epopeya, de sus sacrificios sublimes en defensa de una causa... El integrismo sólo ofrecía un ideal de piedad y de ascetismo... muy santo, pero inadecuado para enrollar masas, aunque éstas sean masas de católicos creyentes y practicantes.

Así ocurrió que mientras el carlismo dió vida a juventudes animosas y nutridas que crearon círculos con miles de socios, de los que salieron los heroicos REQUETES, que tuvieron su cuna en Cataluña, donde sus hazañas en tiempos de paz les hicieron famosos y temibles, el integrismo se vió sin juventud o con una juventud corta en número y carente del ímpetu y del brío que da un ideal de combate impregnado de esencias y recuerdos de una tradición gloriosa.

Por ello, mientras el integrismo se iba esmirriando y achicando, crecía de nuevo, robusto, el auténtico partido tradicionalista español, llamado carlista.

El Marqués de Cerralbo, además de dotar al partido de prensa, de juntas locales y provinciales y de círculos, realizó una gran labor secreta en la preparación de un movimiento que significaría la protesta airada del gran partido patriota contra

la ignominiosa desmembración de Cuba, Puerto Rico y Filipinas. Nuestro desastre colonial, humillante y vergonzoso, marcó el punto más bajo del descenso de nuestro pueblo, que llevaba muchos años rodando por la pendiente de su triste decadencia. Cerralbo, ya para entonces activamente secundado por aquel joven, cálido y arrebatador verbo del portentoso Mella y por los veteranos de la última guerra civil, se movió mucho para preparar un alzamiento que significaría la protesta de la verdadera España contra sus políticos, sin pulso ni decoro, que iban a entregar sus colonias a sus voraces enemigos en aquel funesto y deprimente tratado de París, en el que, según la frase de Montero Ríos, *todos matamos a Meco*. Donosa manera de diluir las responsabilidades para que no se descubriera a los verdaderos responsables, que no eran otros que quienes detentaron el poder durante los últimos dos decenios, o sea desde el final de la última guerra civil, merced al pacto de El Pardo. Se conspiró mucho y se establecieron contactos con altos jefes del ejército, muchos de cuyos componentes ardían en ira ante la vergüenza de lo que ocurría en las colonias... Se dijo que se hallaba comprometido Weyler, ex Capitán General de Cuba, puesto que perdió, según se aseguró, por exigencias de los Estados Unidos, que le acusaban de cruel. Los voluntarios que luchaban en Cuba veían con simpatía muy marcada a Don Carlos, de quien esperaban fuera el vengador de la Patria. Muchos de los jefes y oficiales repatriados mostraban inclinación hacia el partido... Los trabajos avanzaban y se esperaba un alzamiento apoyado por grandes fuerzas, tanto del partido como de fuera de él...; pero los políticos de Madrid supieron halagar a los descontentos, minar a los tibios y encarcelar a los decididos, y aquello que iba a ser una explosión popular irresistible, quedó reducido al levantamiento de unas pequeñas partidas en Cataluña, mandadas por Soliva, Moore y otros veteranos; a la suspensión de todos los periódicos del partido y al cierre de todos los locales de círculos y juventudes.

Cerralbo y Mella huyeron a Portugal, así como otros personajes del partido, y allí permanecieron algún tiempo. Mella unos cinco años, tras los cuales volvió a sentarse en el Parlamento representando a Estella, siendo recibido con apoteósico

entusiasmo al pronunciar en él el más maravilloso discurso de su vida, especialmente la rectificación, que quedará como un monumento de arte oratorio insuperable.

Otra vez se cernía sobre el partido un largo período de marasmo y persecución...

Cerralbo abandonó la jefatura. Muchos censuraron a Don Carlos por no haber aprovechado la coyuntura que le ofrecía el enorme descontento que reinaba en todo el país ante los desastres coloniales y los abusos y escándalos que los acompañaron. La mayoría hacían responsable de la inactividad del caudillo, que pronunció en Valcarlos aquellas históricas palabras *¡Volveré! ¡Volveré! ¡Volveré!*, a su nueva esposa, doña María Berta de Rohan, de quien decían que lo tenía cogido en su redes amorosas y desviado del camino que le marcó el destino; más consagrado a las delicias del hogar que a las altas empresas guerreras, tradicionales en el partido... De aquellos momentos históricos que vivió la Causa y que encendieron nuestra sangre moza sólo quedó el amargor de la desilusión y la rabia concentrada, al no poder ofrendar en holocausto del ideal toda la sangre de nuestras venas.

Tras Cerralbo ostentó la jefatura delegada de Don Carlos el insigne catedrático de Derecho de la Universidad Central don Matías Barrio y Mier, diputado a Cortes por Cervera del Río Pisuerga, su patria chica.

Volvieron a reaparecer los periódicos, unos con los viejos títulos, otros camuflados con nuevos; se abrieron los círculos, se reconstituyeron las juntas locales y provinciales... Y así se llegó al siglo xx. El partido iba a entrar de lleno en el terreno de la lucha legal: elecciones y mítines, componendas y pasteles, chaqueteo y uniones circunstanciales.

En resumen, impureza política. No es que los Delegados quisieran todo esto; ni don Matías Barrio y Mier, ni su sucesor, don Bartolomé Feliú, otro catedrático, éste de Física, bellísima persona, pero de menos prestigio, nombradía y sabor carlista que aquél, lo deseaban. Los jefes no eran los propulsores de tal táctica, pero, sin embargo, la toleraban en todas partes, especialmente allí donde se contaba con votos para ultimar combinaciones electorales. Tal diputado salía sin oposición, pero era a base de arrebatarse el acta a tal otro que con-

taba con gran apoyo en su distrito; éste se unía con los demócratas para vencer a un conservador pío y a veces a un integrista; en ocasiones la unión era con republicanos para aplastar a un candidato de extrema derecha... De todo esto hubo mucho. Así el partido fué perdiendo pureza, ímpetu, brío...

Allá por el año 1907 se produjo aquel movimiento, indiscutiblemente popular, que encarnó en lo que se llamó *Solidaridad Catalana*, movimiento circunscrito casi exclusivamente a Cataluña y que fué precursor del de 1917 (Asamblea de Barcelona) y del de don Miguel Primo de Rivera en 1923. Era una protesta ardiente, un noble afán de cambiar de rumbo y de postura, pero algo aún sin contorno, concreción ni programa.

En Solidaridad Catalana ingresaron todos los elementos opuestos a los Gobiernos de Madrid que llevaron a España a la catástrofe. Fué un movimiento de protesta y, por ello, de carácter negativo. Por lo tanto no podía subsistir. Desde don Nicolás Salmerón, ex Presidente de la República del 1873 y elocuentísimo orador, pero totalmente laico, hasta el Duque de Solferino, jefe carlista del Principado, pasando por el joven don Francisco Cambó, en Solidaridad formaron todas las fuerzas populares de Cataluña. Allí se encontraron los centralistas clásicos como Salmerón, al lado de los regionalistas como Cambó; los católicos integrales, como Solferino, del brazo de los incrédulos, como don Nicolás... Pero todos ellos ansiosos de crear una patria nueva, un nuevo Estado más puro, mejor regido, más eficazmente conducido que el caduco y agusanado que todos querían destruir y barrer para siempre.

El movimiento tuvo enemigos aun dentro del partido carlista, pero la mayoría lo apoyó con entusiasmo, especialmente en Cataluña, donde obtuvo seis actas de diputados y algunas de senadores, alcanzando Solidaridad tan resonante triunfo que ganó para sí todos los distritos de Cataluña, con alguna rarísima excepción.

Por aquella época se celebró el magno mitin carlista de Zumárraga, la mayor concentración política hasta entonces vista en España, a la que acudieron unas 25.000 personas, los 14 diputados y los seis senadores del partido, la más nutrida minoría que logró reunir la causa después de la guerra. Don Jaime,

tan amigo siempre de la aventura, estuvo en Zumárraga; pero habiendo sido descubierto por algunos distinguidos asistentes cuando se dirigía a presenciar el acto en un mal coche que alquiló en Ormaistegui, hasta donde llegó en tren, creyó oportuno regresar a Francia, para evitar complicaciones, pues era tal el entusiasmo de la inmensa muchedumbre allí congregada, que de haber reconocido ésta a su Príncipe no sabemos lo que hubiera ocurrido. El autor dirigía entonces *El Correo de Guipúzcoa* y tomó parte activísima en la preparación de aquel grandioso acto y sufrió tres procesos a causa del mismo, de los cuales salió absuelto por el Jurado, que no apreció los horrendos delitos de lesa majestad que descubrió el ojo de lince del fiscal.

En Cataluña también se celebraron, al poco tiempo, grandes mítines, llamados allí *aplechs*, siendo el más sonado el de la plaza de toros de Las Arenas, acto en el cual los *requetés* tuvieron que hacer uso de las pistolas para ahuyentar a los *jóvenes bárbaros* (así se denominaban ellos mismos) de Lerroux, que trataron de interrumpir el acto, dando una prueba más de su cerrilismo e intransigencia, a pesar de ser defensores de la libertad. ¡Así le ha ido a la libertad en España!

Las polémicas sobre *el mal menor* ocuparon largo espacio en la prensa carlista. La revista *Razón y Fe*, dirigida por los Padres Jesuitas, de una parte, y el diario *El Universo*, católico *reconocementero*, como se decía entonces entre los carlistas, de otra, dirigido por don Rufino Blanco, pero inspirado por don Alejandro Pidal, defendieron la doctrina del mal menor, con vistas a convencer a los católicos españoles que debían reconocer a la Reina Regente y a su hijo Alfonso XIII, alrededor de cuyo trono querían agrupar a todos los católicos antidinásticos. Se invocaba la autoridad del Papa, se citaban sus encíclicas..., pero todas sus teorías, todas sus llamadas encontraron oposición y réplica en los periódicos carlistas y aun en los integritas. Se distinguió entre todos, por el talento, el tacto y la habilidad con que propugnó la tesis carlista, el gran periodista, el portentoso periodista, a quien aún no se ha hecho justicia, por ser carlista (España no ha hecho justicia a ninguna de las grandes figuras del carlismo auténtico), don Benigno Bolaños (*Eneas*), que fué en la prensa lo que Mella en

la oratoria, pero con una cualidad sobresaliente que el mundo no suele apreciar: una excesiva modestia y humildad, unidas a una gran timidez y cortedad de genio, virtudes que suelen ir acompañadas, aunque parezca paradójico, de una digna y noble altivez.

Los artículos de Bolaños son un monumento de doctrina y buen decir, a los que ni el mismo partido carlista ha rendido el tributo que se merecen.

Seríamos injustos si pasáramos por alto el nombre de otro insigne periodista del partido, don Luis M. de Llauder, director de *El Correo Catalán* y de *La Hormiga de Oro*, único diario que permaneció fiel a su Rey cuando la escisión nocedalina, y fundador de *El Correo Español*, órgano central del partido, enfrente de *El Siglo Futuro*, que se hizo nocedalino. Como Llauder tuvo que regresar a Barcelona, fué nombrado para reemplazarle don Juan Vázquez de Mella, quien ostentó el cargo más bien nominalmente, pues su actividad principal se consagró a la oratoria y al Parlamento. Al poco tiempo fué sustituido por *Eneas*.

De Mella se cuentan anécdotas extraordinarias; entre otras, que habiendo sido invitado a pronunciar un discurso en la Asociación de la Prensa, por cuya tribuna desfilaban en aquel entonces personalidades muy destacadas, se expresó en términos tan elocuentes y arrebatadores que se dice que Pablo Iglesias, jefe a la sazón del Partido Socialista, le dijo al terminar: "Si usted se hiciera socialista, toda España se haría socialista."

También se dice que habiéndole escuchado Cánovas su primer discurso en las Cortes, quedó tan prendado de su talento y elocuencia que quiso atraerlo, para lo cual le ofreció una cartera. Al rechazar el joven tribuno el ofrecimiento, dicen que el estadista de la restauración exclamó: "Ya sabía yo que los leones no se cazaban con liga."

Ya estamos en 1909. Al partido le esperaba un golpe terrible. Don Carlos era para los carlistas el Rey más querido de la dinastía que creara Carlos V. Ni las intrigas, ni las calumnias, ni aun las verdades que de él pudieran decirse aminoraron ni entibieron la cálida adhesión, el fervor ardiente con que los

leales miraban y contemplaban a su Rey, al Rey de cuerpo entero, al real mozo que les acompañó en la última campaña, al que les vió luchar como bravos, al que presidió los desfiles de los gloriosos batallones en cuyas filas militaron y bajo cuyas banderas derrotaron cien veces a enemigos poderosos y mejor dotados que ellos.

Los veteranos veían encarnado en él el recuerdo de sus legendarias hazañas, y los jóvenes, la esperanza de futuras epopeyas. Su prestancia, su incorruptibilidad, su sana y altiva intransigencia, unidas a una simpática comprensión de las circunstancias y necesidades de cada momento histórico, su saber ser Rey, aun en el destierro y en la desgracia, le convertían en figura de romance, en personaje mitológico dentro del partido. Llegó el verano de 1908 y Don Carlos se trasladó desde su palacio de Loredán, en Venecia, al Gran Hotel de Varese, situado en el lago de su nombre, y allí, en una habitación de aquel magnífico hotel (que hemos tenido el honor de visitar) murió en 18 de julio de 1909. Recuerdo, como si fuera hoy, que me encontraba paseando en la terraza del casino de San Sebastián, alrededor de las once de la noche, cuando se me acercó don Joaquín Argamasilla de la Cerda, actual Marqués de Santa Clara (1) y me dijo: "Don Carlos ha muerto. Me lo acaba de decir el Marqués de Portago." Corrí como una exhalación a la redacción de *El Correo de Guipúzcoa* y de allí a la del *Pueblo Vasco*, que dirigía a la sazón el gran periodista don Juan de la Cruz y en la que escribía un magnífico artículo necrológico el entonces director de *La Correspondencia de España* don Leopoldo Romeo, a pesar de ser liberal. Yo hice otro para *El Correo*, y acompañado del Marqués de las Hormazas me trasladé desde la dirección del diario, a las seis de la mañana, a Astigarraga, al palacio del bondadoso y ejemplar Marqués de Valdespina, a quien despertamos con la terrible noticia de la muerte del Rey, de quien él había sido distinguido ayudante en la última campaña.

La muerte de Carlos VII produjo honda impresión en todas

(1) Fallecido después de publicada la primera edición de esta obra, así como don Juan de la Cruz.

partes. El último Rey carlista reinante tuvo muy buena prensa. Todos se rindieron ante su figura y nadie le negó una virtud sobresaliente entre todas las suyas: su exaltado amor a España. No faltó quien creyera que el partido moría con él. Se temió que Don Jaime se mostrara indiferente a la llamada de sus leales. Los que así pensaban desconocían a Don Jaime y al partido.

CAPITULO XXXI

Don Jaime sucede a Don Carlos VII.—Su biografía.—La guerra europea y la escisión mellista.—Don Jaime y la Dictadura.—La República.—Muerte de Don Jaime.

DON Jaime de Borbón nació el 27 de junio de 1870 en la villa de Faraz, sita en la aldea de La Tour de Peilz, ayuntamiento de Vevey (Suiza). Era el segundo vástago de la familia, pues la primogénita fué la Infanta Doña Blanca, actual Archiduquesa de Austria, egregia dama que casó con el Archiduque Leopoldo Salvador, del que enviudó pocos años después de terminada la guerra europea, que fué para toda la casa de Austria causa de gravísimos quebrantos y desgracias, que esta noble dama ha sabido llevar con admirable ejemplaridad.

El nacimiento de un Príncipe fué acogido con inmensa alegría por todos los leales, que vieron asegurada la descendencia, en línea de varón, de su gloriosa y perseguida dinastía. Para el bautizo del nuevo Príncipe de Asturias llevó a Vevey la Cruz de la Victoria, que se imponía a los primogénitos de los reyes de España desde época inmemorial, una Comisión de Asturias presidida por el catedrático don Guillermo Estrada.

Don Jaime hizo sus primeros estudios en los colegios de Vaugirard (París), Beaumont (Inglaterra) y Feldkirche (Austria) y cursó más tarde su carrera militar en la Academia de Wiener-Neustadt, cerca de Viena.

Como encontrara ciertas dificultades para ingresar en el

ejército austríaco, a causa del parentesco del viejo Emperador Francisco José con la Reina Regente de España, Doña Cristina, se enroló en el ejército ruso, donde fué muy bien acogido por todos, desde el Zar hasta el último oficial.

Tomó parte en la guerra de los Boxers en China y después en la rusojaponesa, distinguiéndose en ambas por su valor y campechanería, cualidades que le hicieron popularísimo. Llevado de su carácter aventurero, viajó sin descanso por diferentes continentes y países. Visitó España *de incógnito* en varias ocasiones, acompañado generalmente por don Tirso de Olazábal o por alguno de sus hijos. Estas visitas le brindaron lances y escenas pintorescos y divertidos, de los que se ocuparon los diarios de la época con gran detalle. Don Jaime tuvo lo que se llamaba *buena prensa* y hubo momentos en que batió el *record* de la popularidad y del interés periodísticos, como dijo en una preciosa crónica el entonces célebre periodista Mariano de Cavia en *El Imparcial*.

Al morir Carlos VII, como Don Jaime había estado apartado de la marcha política del partido y se le suponía de ideas más avanzadas que las que prevalecían entre sus partidarios y habían corrido rumores de actitudes incompatibles con la sana intransigencia proverbial de la causa, que incluso dieron lugar a una carta de su augusto padre, con alusiones muy comentadas, muchos temieron que no recogiera la herencia gloriosa de la causa católico-monárquica en toda su integridad; pero aquel joven inquieto y andariego, de espíritu abierto, de corazón generoso, defraudó a los suspicaces y dió una magnífica lección a los tibios, que acaso esperaban una debilidad por su parte para romper filas y pasarse decorosamente al campo alfonsino, publicando un breve documento en el que recogió la bandera que tremolaron sus antepasados, con el programa íntegro de Dios, Patria, Fueros y Rey, sin añadir ni quitar una coma.

El partido desde aquel momento contaba con un abanderado y respiró tranquilo.

No hemos de ocultar, sin embargo, que algunos de los personajes del mismo nunca sintieron por Don Jaime el menor afecto y simpatía. Militaron a sus órdenes por inercia unos, por conveniencia política otros; éste para asegurar un acta, aquél

por no perder una jefatura. ¿Quién que haya militado en las filas carlistas y haya ocupado en ellas puestos destacados no conoce todo esto?

Don Jaime se quejaba, entre amargo e irónico, de que varios de los que usufructuaban los cargos de honor del partido no se dignaran siquiera visitarle cuando pasaban algunos días en París. Personajes hay que se jactaban de no haber ido a verle nunca en su vida, a pesar de haber coincidido con él en la misma población...

La masa ignoraba todo esto y creía que tales personajes eran los hombres de confianza de Don Jaime. ¡Pobre masa!

El nuevo Rey carlista confirmó en su puesto al jefe Delegado don Bartolomé Feliú y el partido siguió desarrollando su actividad en igual forma que hasta entonces, aunque se observara cierta frialdad en varios de sus elementos más destacados, quienes miraban con recelo y suspicacia al nuevo Caudillo, al que suponían contaminado de las ideas, hábitos y costumbres del mundo europeo y excesivamente abierto a las costumbres modernas, e incompatible con la tradición española tal cual ellos la concebían, acaso con marcado espíritu intransigente.

Nada de particular ocurrió hasta que sobrevino la guerra europea, y durante ella es bien sabido que el partido carlista en masa, guiado por el verbo portentoso de Mella y por las campañas de sus diarios, especialmente de *El Correo Español*, se declaró abiertamente germanófilo (1).

Entre Don Jaime y su partido hubo escasa comunicación, a causa de residir éste en Frohsdorf (Austria) durante la guerra, salvo algunas salidas que hizo a Alemania y Suiza mientras duró aquélla. El partido nunca dudó de que Don Jaime viera con buenos ojos la posición que adoptó en el grave conflicto europeo, ni tuvo la menor indicación ni la más tenue sospecha de que al obrar así contravenía órdenes, ni siquiera insinuaciones, ni aun sentimientos de su Caudillo; pero al terminar la contienda con la rendición de las armas germano-austríacas, las que fueron vencidas sin ser derrotadas, se pu-

(1) (Nota de la segunda edición.) No ocurre lo mismo en la actual contienda.

blicó una carta de Don Jaime, cuya inspiración y redacción todos atribuyeron a don Francisco Melgar, que fué largo tiempo secretario suyo (como antes lo había sido de su augusto padre) y decidido partidario de Francia, donde residía desde hacía varios lustros, carta que cayó como una bomba, produciendo verdadero estrago y estupefacción en las filas carlistas.

La carta decía así:

"A mis leales: La guerra, la más sangrienta que hayan presenciado los siglos, me ha incomunicado con vosotros y puede decirse aislado del mundo entero.

"Retenido en Austria tres largos años sin haber obtenido respuesta en todo ese tiempo a las repetidas cartas escritas por mí a los encargados de dirigir la opinión de nuestra comunión; privado de la lectura de periódicos españoles, he tenido que vivir dolorido y silencioso en los momentos en que más necesidad y mayores deseos sentía de comunicarme con vosotros.

"El nombre que llevo, mi cualidad de jefe de la casa de Borbón, cuya historia milenaria está estrechamente entretendida con la gloriosa historia de la Francia tradicional y monárquica; mi gratitud a la Rusia Imperial, cuyo uniforme me honro en conservar; mis estrechos lazos de parentesco con la familia reinante en Austria, y, más aún que todas estas razones, mi entrañable cariño a España y mi ardiente deseo de verla alejada del conflicto mundial, me imponían la más estrecha neutralidad y esa es la actitud que yo ordené; desgraciadamente no fui obedecido.

"Una parte de nuestra prensa, equivocadamente y contra mi voluntad, emprendió una desdichada campaña en favor de uno de los bandos beligerantes.

"Para arrastrar en ese sentido a nuestras nobles y honradas masas—y esto es lo que más hondamente me duele—se les ha pintado con colores embusteros mis sentimientos, haciéndoles creer contra toda verdad mis simpatías prusianas; fingiendo intimidades con el Kaiser, a quien jamás he visto y de quien sólo he recibido desatenciones y agravios, falsificando noticias y hasta documentos tan odiosos como ridículos.

"Contra esta campaña de mentiras y falsedades, de la que ahora me voy enterando, protesto con todas mis fuerzas.

"Espero que me rindan cuentas los que tienen el deber de hacerlo, para depurar responsabilidades; y mientras llegue ese día, me limito, por hoy, a enviar a todos mis cariñosos saludos y a pedirles que correspondan a la ilimitada confianza que en ellos deposito.

"Estamos atravesando momentos angustiosos que serán decisivos para los destinos del mundo y, por consiguiente, para los de España. Esta necesita de todos sus hijos y especialmente de los que, como vosotros, han sido educados en la escuela del sacrificio y han conservado el culto del honor.

"En cuanto reúna datos suficientes procederé a la completa reorganización de nuestras fuerzas, pensando apoyarme principalmente en nuestras brillantes juventudes y en nuestros gloriosos veteranos.

"Considero de feliz augurio el primer documento que he recibido en París, al salir de mi claustración. He recibido un mensaje de la Juventud Jaimista de Madrid ofreciéndome su incondicional adhesión y rogándome que la utilice.

"De todo corazón le agradezco y de todo corazón le devuelvo su saludo, haciéndole extensivo a todas las juventudes jaimistas del resto de España.

"Con vuestra fidelidad cuento, como vosotros podéis contar con mi firme resolución de consagrar todas mis fuerzas, todos mis sentimientos, todas mis energías, a la regeneración de mi amadísima Patria.

"París, 30 de enero de 1919.—JAIME."

Al tener conocimiento don Cesáreo Sanz y Escartín, Presidente de la Junta Suprema del Partido, de la existencia del documento transcrito, dándose cuenta del perjuicio enorme que su lectura iba a carrear a la causa, envió un telegrama a Don Jaime rogándole aplazase su publicación, invocando para ello la lealtad de su larga vida; y cuando esperaba la respuesta de su Caudillo, se encontró dolorosamente sorprendido con la publicación del documento, lo que se hizo por mandato de don Gustavo Sánchez Márquez, gerente a la sazón de *El Correo Español*.

La Junta Suprema designó a una comisión para que fuera a entrevistarse con Don Jaime en París, pero Melgar puso el veto a algunos de los nombrados y consiguió demorar la entrega

de pasaportes a los nuevamente designados y dió, en cambio, muchas facilidades a Sánchez Márquez para su viaje.

Todo esto es extraño y oscuro. Además lo raro es que Don Jaime escribiera a Sanz confirmándole en su puesto y le encargara que fuera una comisión a verle en París, para luego autorizar se publicase el documento, que haría inútil toda entrevista y gestión ulterior.

La Junta Suprema contestó al documento de Don Jaime con otro en el que rebatía sus principales afirmaciones. Aseguraba que durante la guerra había recibido de su Rey telegramas y cartas de felicitación por sus campañas relacionadas con la gran guerra, de todo lo cual publicaría fotografías, si fuera preciso, para vindicar su conducta y su honra, aunque ello le causara gran dolor. Hacía otras afirmaciones, de las que se deducía que jamás, mientras duró la contienda europea, tuvo la Junta la menor sospecha de que al obrar en favor de la neutralidad y de los imperios centrales y frente a los aliados, que querían llevar a España a la guerra, hubiérase apartado ni un ápice de las normas, sentimientos e ideas de su augusto Caudillo.

El documento del Rey dió lugar a muchos comentarios y no pocas censuras entre sus partidarios, de los cuales apenas uno dejó de ser entusiasta germanófilo durante la guerra. Sólo recuerdo haber oído decir al veterano y bravo General carlista Nájera y a tres o cuatro incondicionales suyos, en aquella testulia íntima y recogida de un céntrico café madrileño, donde se rendía culto a la lealtad y fidelidad más acrisoladas, que ellos serían lo que fuera Don Jaime, y que si éste se declaraba aliadófilo, ellos serían aliadófilos, incluso violentando sus conciencias...

Mella fué el apóstol de la neutralidad y el adalid magnífico de la causa de los imperios centrales. Mella invocaba en sus propagandas el testamento de Carlos VII, el recuerdo de la gran Isabel, el despojo de Gibraltar... Y al leer la filípica de Don Jaime, la dura repulsa de su Caudillo, sus ataques, que él creía injustos y arbitrarios, se rebeló contra él y publicó un largo manifiesto, excesivamente largo, el que debilitó su posición y proporcionó armas a sus contrincantes, pues aunque el inmenso y portentoso tribuno, cuyas dotes ora-

torias no han tenido igual en España, tenía extraordinario talento y copiosa cultura, carecía de espíritu práctico y de sentido táctico y organizador. Su respuesta fué un estallido más bien que una defensa calculada.

En dicho manifiesto habló de demasiadas cosas que no venían a cuento y eran inoportunas, y en lugar de concretarse a rebatir el manifiesto de Don Jaime en el terreno internacional y político y a vindicar su conducta durante la guerra, con la que el partido en masa se hallaba identificado, y aun muchas gentes de fuera del partido, que veían en Mella el guardián de la neutralidad hispana, tan necesaria y conveniente al país, habló de la falta de religiosidad de Don Jaime, de su carencia de fe y de otras muchas cosas que, de ser ciertas, le eran conocidas de antaño, a pesar de lo cual lo ensalzó y glorificó en sus discursos, cometiendo un pecado de hipocresía; y de ser falsas, le colocaban en un terreno peligrosísimo ante sus adversarios.

El partido quedó anonadado, sin saber qué actitud tomar. Dejado a su libre espontaneidad, el 95 por 100 se hubiera ido con Mella, más que por su adhesión a éste porque le pareció mal que Don Jaime, que nada dijo durante la guerra, ni aun cuando pasó a Suiza, país neutral, arremetiera contra los imperios centrales cuando éstos habían sido vencidos y deshechos por sus enemigos. Esta actitud aparecía como poco gallarda en quien tan gallardo, caballero y noble se mostró siempre. De ahí que el partido culpara de la carta de Don Jaime a su secretario, a quien se atribuyó una influencia casi omnipotente sobre él.

Nos es doloroso escribir en estos términos, pero nos debemos a la verdad histórica, y, fieles a ella, relataremos los hechos tal cual se produjeron.

Durante varios días los órganos principales de provincias, como *El Pensamiento Navarro*, *El Correo Catalán*, etc., nada dijeron. No sabían qué actitud tomar. En cambio, *El Diario de Valencia*, *El Correo del Norte* y otros de provincias siguieron a Mella.

El Correo Español, órgano central del partido, después de incidentes y luchas lamentables (en los que intervinieron Juzgados y autoridades gubernativas) entre los que poseían la

mayoría de las acciones, apoyados por la Junta Suprema del partido y el gerente del periódico, don Gustavo Sánchez Márquez, que recababa la propiedad absoluta del diario para Don Jaime, pasó a depender de Sánchez Márquez y fué el más ardiente defensor de la actitud adoptada por el Caudillo. Su antiguo director don Miguel Fernández (*Peñaflor*) se adhirió a Mella y fundó *El Pensamiento Español* para defender arduosamente la causa del gran orador. Para dirigir *El Correo Español* fué designado un periodista hasta entonces desconocido en las filas carlistas, Melchor Ferrer, joven catalán que había luchado como voluntario en favor de Francia en la gran guerra. Más tarde le sucedió en el puesto el culto periodista don Arsenio de Izaga, quien, andando el tiempo, iba a dirigir el *Cruzado Español*, órgano de la fracción más intransigente del partido, que las autoridades del mismo había de declarar rebelde.

Ambos diarios, el de Don Jaime y el de Mella, desaparecieron pronto, quedando jaimistas y mellistas sin órgano periodístico alguno en la capital de la monarquía.

Conocemos muchos detalles de este lamentable y doloroso conflicto del partido (durante el cual nos limitamos a ver con pena cómo unos y otros, acaso sin intención, contribuían a destruirlo) merced a nuestra estrecha amistad con algunos de los principales protagonistas que en el mismo intervinieron y a nuestro conocimiento de Don Jaime, aquel príncipe noble, patriota y caballeroso, de quien tuvimos la honra de ser huésped durante dos meses, en su castillo de Frohsdorf, unos años antes de la gran guerra.

Durante dos o tres semanas, Navarra se mantuvo indecisa, y Navarra era el núcleo, el baluarte, el guía del partido. De lo que Navarra hiciera dependía todo. Los carlistas de Pamplona, de Estella, de Tafalla, de Tudela, vieron con disgusto la carta de Don Jaime. Intimamente se sentían en discrepancia con él, pero muchos de ellos, por disciplina, callaban. Algunos entre los más destacados se adhirieron a Mella y fundaron un círculo, en Pamplona, pero *El Pensamiento Navarro* un buen día salió a la palestra en defensa de su Rey y arrastró consigo a todo el clero carlista, que en su mayoría vacilaba, y desde aquel momento el 75 por 100 de los carlistas navarros se mantuvie-

ron fieles a su caudillo. Algo parecido ocurrió en Cataluña.

En cambio, en Guipúzcoa, Vizcaya, Valencia y el resto de España, la mayoría se fué con Mella. De las personalidades del partido, las más fueron mellistas, y algunas de las que no le siguieron, a pesar de hallarse en completa compenetración con él y en oposición con Don Jaime, obraron así por puro cálculo, pues vieron que la masa de sus feudos permanecía fiel al Rey y se fueron tras ella, porque la masa eran votos en las elecciones...

Con la escisión mellista la causa perdió gran parte de su fuerza y vivió una vida lánguida y decaída.

Mella, el inmenso tribuno, ya no era carlista; tampoco lo era desde hacía mucho tiempo Pradera, quien en su juventud gozó de merecido prestigio en las filas leales. Apartáronse también de Don Jaime el senador navarro don Cesáreo Sanz Escartín, uno de los más sólidos valores de la Comunión; el Duque de Solferino, Lezama Leguizamón, Ampuero, el Marqués de Valdespina, Simó; en una palabra, casi todo lo que se llamaba personalidades.

Todos ellos, salvo alguna rarísima excepción, reingresaron en las filas leales, juntamente con los integristas, cuando advino la funesta segunda república y recayó el derecho al trono en Don Alfonso Carlos, borrando con esta sumisión hasta el menor recuerdo de las escisiones nocedalina y mellista, que tantos estragos habían causado en las filas carlistas.

La república tuvo la virtud de unir a todas las ramas de la causa católico-monárquica en un solo tronco, sólido y vigoroso, con total y leal compenetración, que había de dar sus frutos en las nuevas y cruentas luchas que el destino, que para los católicos es Dios, tenía reservado a España.

Un abrazo efusivo, cordial y generoso unió a todos los católicos antiliberales españoles, entre quienes ya no habría diferencias ni matices, pues todos eran hijos de la misma familia y comulgaban en las mismas ideas fundamentales y abrigan los mismos sentimientos religioso-patrióticos.

Si un día la desgracia los separó, y la malquerencia los enemistó, y el error los envenenó, ahora quedaban limpios de culpa, purificados por la confesión y por el retorno al hogar paterno.

Don Francisco Melgar hijo, que también fué secretario de Don Jaime, en su obra *Don Jaime*, publicada por Espasa Calpe (tratando de justificar la actitud de Don Jaime, según se cree inspirada por su padre, al publicar la carta que hemos copiado anteriormente) da cuenta de una reunión celebrada en Frohsdorf durante la gran guerra y dice textualmente: "A aquella reunión, que había de tener una gran importancia para la ilustre familia, allí representada por su jefe, asistían, además de Don Jaime, su secretario Samaniego, mi padre y el Marqués de Villadarias, gentilhombre del Infante Don Alfonso; la Duquesa Viuda de Parma; sus hijos, los Príncipes Sixto y Javier; el Infante Don Alfonso, hermano de Don Carlos, sucesor de Don Jaime y hoy jefe de la familia, y su mujer, la Infanta Doña María de Braganza.

"El Infante Don Alfonso y Doña María de las Nieves, que vivían desde tantos años en Austria, donde vinieron a instalarse inmediatamente después de la guerra carlista, no ocultaron su inclinación para los imperios centrales.

"En cambio, Don Jaime, la Duquesa de Parma y sus dos hijos se mantuvieron resueltamente francófilos; el Príncipe Sixto no disimuló su resolución de alistarse en uno de los ejércitos aliados, a ser posible el francés; lo que no tardó en hacer, entrando en el Ejército belga."

Y más adelante, para remachar el clavo, agrega lo siguiente: "Su permanencia obligada en Austria y la necesidad de defender sus propiedades contra posibles ataques revolucionarios no basta para justificar la pretendida germanofilia que le atribuyeron gratuitamente algunos de sus partidarios."

Podemos afirmar, y nadie podrá desmentirnos sin faltar a la verdad, que la versión del distinguido periodista Melgar no se ajusta escrupulosamente a la verdad.

En primer lugar, a la reunión de Frohsdorf no asistió el secretario de Don Jaime, don Antero Samaniego, por hallarse en aquella época, y desde hacía tiempo, en España. Además, la permanencia de Don Jaime en Austria no era *obligada*, como prueba el hecho de que, según relata el mismo Melgar, pasó una temporada en Suiza, país perfectamente neutral, desde el cual pudo haber hablado con perfecta libertad a sus leales. Además, es absurdo el suponer que tenía que permanecer en

Frohsdorf para defender sus propiedades contra posibles ataques revolucionarios, pues no se concibe que en plena guerra el Emperador de Austria permitiese levantar cabeza a los revolucionarios y menos atacar a las propiedades de Don Jaime, primo carnal de su esposa la Emperatriz Zita.

En la misma obra, y hablando siempre de la escisión de Mella, se dice: "La germanofilia o la francofilia de Don Jaime... no tuvo nada que ver con aquel triste asunto (escisión de Mella), y Don Jaime, que no solía hacerse ilusiones acerca del carácter de los hombres, solía atribuir la escisión a las impacencias de algunos cabecillas cansados de esperar, que tuvieron la habilidad de cegar la vanidad de un hombre, orgulloso como pocos, llevándole a un acto de deslealtad en pugna con su carácter y su limpia historia."

Sería difícil descubrir entre los pacíficos mellistas a esos *cabecillas*, que tememos hayan existido sólo en la imaginación del autor.

Tras la escisión mellista fué nombrado por Don Jaime su Jefe Delegado en España el notable Abogado de Zaragoza, Decano de aquel Colegio y persona de grandes simpatías y prestigio en todo Aragón, don Pascual Comin, quien ostentó la jefatura durante poco tiempo.

A Comin sucedió el elocuente orador y también notable jurisconsulto don Luis Hernando de Larramendi, tan conocido y apreciado en las filas carlistas por su constancia, fidelidad e inteligencia en defensa de la tradición hispánica.

A Larramendi sucedió el Marqués de Villores, ilustre prócer valenciano, quien ostentó la jefatura delegada durante largos años con dignidad y fidelidad por todos reconocidas.

Nada de extraordinario acaeció en el partido desde la escisión mellista hasta el advenimiento de la dictadura de Primo de Rivera, en 1923.

Durante ésta el jaimismo, como entonces se llamaba el partido, para diferenciarlo del tradicionalismo (nombre que adoptaron los disidentes mellistas, como otros disidentes, pues es habitual en todos ellos decir que se quedan con las esencias de la tradición, antes que con las personas, cada vez que se alejan de la causa), permaneció apartado de ella y disconforme con ella, con gran sorpresa y molestia de otros elementos de-

rechistas que no concebían tal conducta, que nos consta era inspirada por Don Jaime. Incluso algunos jaimistas de acción estuvieron vigilados y hasta en prisión o destierro durante aquel período, que trajo bienestar material y paz a España, dones apreciadísimos que más tarde echarían de menos muchos compatriotas que no se sintieron atraídos por el régimen dictatorial primorriverista.

Por sumarse a las huestes de Primo de Rivera y aceptar el cargo de Presidente de la Diputación de Vizcaya y acatar las instituciones alfonsinas, fué expulsado del partido por Don Jaime el ex senador y ex diputado don Esteban Bilbao, siendo jefe del señorío el Conde de Arana.

Al triunfar la república, tras las elecciones del 12 de abril de 1931, e instalarse en la Corte el primer Gobierno provisional de la segunda República en 14 de abril del mismo año, muchos aceptaron el cambio de régimen con alegría, bullicio y algazara; otros, con benévola curiosidad; no demasiados, con hostilidad, aunque ahora la mayoría intente hacer ver lo contrario. En actitud expectante la recibió Don Jaime, según nos consta por testimonios irrecusables, y ello era natural. Don Jaime consideraba como usurpadora a la rama reinante y no se sentía ligado por ningún vínculo, ni político, ni moral, ni afectivo, a la monarquía caída. Por otra parte, la república se anunciaba como un régimen tolerante, generoso, comprensivo, civilizado... Era explicable que él y otros muchos como él la admitieran como un ensayo, cuyos resultados no se podían juzgar *a priori*...

Si la república hubiera procedido con un mínimo de seriedad, de discreción y de autoridad, no hubiera sucumbido, envuelta en sangre y lodo.

Después, cuando las cosas fueron mal, cuando se vió actuar a los *jabalíes*—entre los que había más sinvergüenzas que *jabalíes*—, cuando se desataron las turbas feroces y salvajes, hambrientas de incendios, saqueos y robos, y se desconfió de la autoridad republicana; cuando se supo que un Ministro de la República hizo aquella frase estúpida y trasnochada de que “valía más la vida de un republicano (se refería a los incendiarios y ladrones que encarnaban en sí todas las lacras del crimen, sin una sola virtud cívica) que todas las iglesias de

España" (1), cuando se produjo el colapso de la agricultura y de la industria, y se turbó la paz social, muchos, incluso de los que votaron por la república, quisieron aparecer como ajenos a ella y como enemigos de ella.

Hoy, si se oye a las gentes, en España apenas había un solo republicano el 14 de abril de 1931... *A posteriori*, todo se justifica; pero la verdad es tal cual la exponemos en estas líneas, dictadas por la sinceridad.

Don Jaime se asustó al ver el rumbo que tomaba la república; temió que el comunismo se adueñara de España y se aprestó a recoger bajo su bandera a las fuerzas desengañadas y arrepentidas... Acaso no le interesó jamás tanto la política española ni el porvenir de su glorioso partido como en 1931.

Entonces, Don Jaime, sintiéndose depositario de las tradiciones de España, se aprestó a intervenir activamente en la política de su pueblo.

Por otra parte, muchos españoles que le miraban, unos con curiosidad, otros con indiferencia, otros con hostilidad, dirigieron la vista hacia el jefe de la Casa de Borbón, que se presentaba ante ellos como una esperanza. Libre de los errores cometidos por la monarquía liberal y contemporalizadora, que acababa de caer sin honra ni gloria, con pleno derecho histórico y jurídico a ceñir la corona de San Fernando, esclavo del honor y heredero legítimo de los reyes carlistas que por no claudicar vivieron en el destierro, hombre de espíritu amplio y de corazón generoso, Don Jaime aparecía ante muchos españoles como el hombre providencial que salvaría a España de los peligros y catástrofes que la amenazaban.

Cuando se vió claro que la segunda república no iba a ser la que anunciaban en sus propagandas Alcalá Zamora y Miguel Maura, extrema derecha de los partidos republicanos, ni siquiera la que preconizaba el grupo llamado "Al Servicio de la República", de Ortega y Gasset, Marañón y Pérez de Ayala (hombres de mayor peso específico los dos primeros que el tercero), ni aun la de los partidarios de Lerroux, cuyo grupo estaba mandado por *ex jóvenes bárbaros* que despuntaron en *la semana roja* de Barcelona de 1909, muchos de ellos convertidos ahora

(1) Frase tomada de un revolucionario francés del 1789.

en bien acomodados burgueses, de epidermis no excesivamente delicada; cuando se vió que la segunda república sería dirigida e inspirada por los elementos más sectarios e irresponsables de España, con peligro inminente para la religión, la propiedad y la familia, se unieron a los jaimistas no sólo los integristas y mellistas, sino también otros elementos derechistas del país que veían en Don Jaime la única fuerza real que pudiera enfrentarse con la sectaria y chabacana república española.

Esta unión de fuerzas no se hizo de manera oficial y por medio de un acto público, sino callada y paulatinamente por efecto de las circunstancias, y así los círculos, las juntas y los periódicos mellistas e integristas se fueron poco a poco colocando al lado de Don Jaime, confirmándose más y más esta unión cuando a su muerte prematura e inesperada le sucedió su tío Don Alfonso, hermano de su augusto padre Carlos VII.

En mayo de 1931 Don Jaime pensó que era necesario crear un gran diario en Madrid que fuese el portavoz de todas las fuerzas que ponían en él sus esperanzas, y para ello comisionó al que estas líneas escribe en una carta que decía así:

"Mi querido Oyarzun:

"Acabo de escribir al Marqués de Villores y a don Lorenzo Sáenz para decirles que, de acuerdo con este último, que ostenta la Jefatura Regional de Castilla la Nueva, te designaba a ti para llevar personalmente las gestiones encaminadas a la reaparición de un órgano oficial de la Causa, reaparición que es hoy día de todo punto indispensable y que hemos de llevar a cabo en un plazo de tiempo rapidísimo.

"No dudando que te mostrarás digno de la confianza que en ti deposito, pido a Dios que te guarde muchos años.

"Tu affmo., JAIME."

Además, dirigió órdenes a todos los jefes regionales de España para que prestaran toda la ayuda pecuniaria posible para la organización de esta magna empresa. Desgraciadamente fueron pocos los que atendieron las órdenes del Caudillo. Los que habían sido jaimistas puros ofrecieron su entusiasta concurso; los demás guardaron silencio absoluto. Hubo alguien que se sintió herido por no haber sido él el comisionado por Don Jaime para la realización de tan difícil plan, y dimitió.

Es muy corriente predicar la disciplina cuando se ocupa un puesto de mando y romper con ella cuando se pierde.

Como el proyecto era arduo y difícil y se veía la imposibilidad de arbitrar recursos a causa de la pobreza del partido, al que aún no se habían sumado todos los elementos mellistas, integristas y neutrales que más tarde le iban a apoyar, el autor se vió obligado a renunciar al gran honor que se le había conferido y cesó en las gestiones iniciadas, pues era absurdo el querer fundar un diario en Madrid de la categoría necesaria con unos pocos miles de duros, como algunos pretendían.

Tras esto llegaron las elecciones para Cortes Constituyentes, y el partido carlista, sintiéndose débil para luchar solo, ni aun en las provincias más adictas, como Navarra, se unió con todos los elementos de derechas, desde los integristas hasta los nacionalistas vascos y presentó candidaturas de coalición que triunfaron plenamente en Navarra, Guipúzcoa y Alava (1).

Los diputados carlistas de las Constituyentes fueron pocos en número, hasta el extremo de que no pudieron formar minoría (es sabido que se exigía un minimum de siete miembros) y se agruparon bajo la denominación de *minoría vasconavarra*, en la que figuraban carlistas, nacionalistas y otros elementos derechistas neutros. Fué nombrado jefe de dicha minoría don Joaquín Beunza.

A la vez que este grupo, existía el de los agrarios, en el que empezaron a sonar los nombres de Martínez de Velasco, Gil Robles, etc. Pero tanto uno como otro grupo fueron insignificantes en número y no pudieron realizar labor alguna de consideración.

Las Cortes Constituyentes, aparte de adoptar una orientación de sectarismo marcadamente cerril, dieron un trato despreciativo a todos los diputados de derechas, entre los que por otra parte no surgieron hombres dotados de la energía y el valor necesarios para contestar a los insultos y vejaciones que recibían, con acentos de valentía y protesta que, si bien difi-

(1) El autor no fué entonces Diputado (a pesar de habersele ofrecido un puesto seguro) por razones de índole personal que sería prematuro relatar.

ciles, hubieran sido altamente meritorios y patrióticos. Las de-rechas daban la impresión de hallarse amedrentadas.

Don Jaime continuaba en París, y muy cerca, en Fontainebleau, residía Don Alfonso XIII. Visto que Don Jaime permanecía soltero y sin sucesión, alguien inició gestiones para aproximar a los dos Borbones, al de la rama legítima y al de la rama usurpadora. El 22 de septiembre de 1931 Don Alfonso XIII visitó por primera vez a su primo Don Jaime en su modesta residencia de la Avenue Hoche, visita que devolvió Don Jaime en Fontainebleau el 25 del citado mes.

Se habló mucho por entonces de una aproximación entre las dos ramas. Incluso se rumoreó que se había firmado un pacto por el cual Don Alfonso XIII aceptaba a Don Jaime como jefe de la Casa de Borbón y heredero del trono, a base de nombrar éste como sucesor suyo al Infante Don Juan.

Pero existiera o no este pacto, del que tanto se habló, jamás se hizo público ni fué reconocido como válido por el sucesor de Don Jaime. En nuestra opinión no hubo más que tentativas y exploraciones en el sentido indicado, sin que se llegara a concretar nada por escrito y menos oficialmente.

El 2 de octubre de 1931 Don Jaime salió de paseo en coche de caballos por los alrededores de París y se sintió repentinamente indispuerto; tan gravemente, que falleció a los pocos momentos.

La noticia de su muerte produjo gran consternación entre sus leales, de los que muchos se trasladaron a París, embargados por el dolor y la emoción, para rendir a su llorado Rey el postrer tributo de lealtad.

A dar el pésame acudieron a la casa mortuoria destacados personajes residentes en París y sus alrededores, siendo de los primeros en acudir Don Alfonso XIII y Doña Victoria, quienes fueron recibidos por la Infanta Doña Beatriz, hermana de Don Jaime.

Su entierro, y sobre todo su funeral, celebrados en París, fueron impresionantes, no por el número ni por la masa, pero sí por la emoción y por el dolor, por el fervor patriótico de que dieron pruebas cuantos leales acudieron desde diferentes puntos de España a la capital de Francia.

Con Don Jaime moría un Príncipe amante del pueblo, ena-

morado de los humildes y de los trabajadores, un hombre impregnado del verdadero espíritu católico social, amigo de borrar las enormes diferencias que separaban a las clases de la sociedad, elevando la condición de los humildes y gravando las riquezas desmesuradas de los poderosos...

Don Jaime era un enamorado del regionalismo y de los Fueros, dentro de la unidad española. Sabía que el separatismo sólo surgió en España como una reacción contra los abusos y la mala administración del régimen centralista impuesto por las Cortes de Cádiz y la monarquía liberal.

Don Jaime, católico y creyente, seguía las huellas de su augusto padre, y en la cuestión religiosa no iba más allá de lo que el Sumo Pontífice determinara en cada momento, dispuesto siempre, dentro de la ortodoxia, más bien a la tolerancia que a la intransigencia.

Fué un gran dolor que cuando tantas esperanzas despertaba, desapareciera de la tierra este noble Príncipe, cuya muerte llenó de pesadumbre a tantos y tantos buenos españoles.

CAPITULO XXXII

*Don Alfonso Carlos.—Reingreso en el partido de mellistas e integristas.—
El 10 de agosto.—Elecciones de 1933.—Preparativos para la lucha ar-
mada.—Organización de requetés.—Elecciones de 1936.—El Bloque Na-
cional.—Don Alfonso Carlos nombra Regente a Don Javier de Parma.
Sucesión.—Julio de 1936.—Muerte de Don Alfonso Carlos.*

AL morir Don Jaime de Borbón, en París, sólo quedaba un descendiente directo, varón, de la dinastía carlista que se inició con Don Carlos V. Este era el Infante Don Alfonso de Borbón, hermano de Carlos VII.

Ciertamente, ni Don Alfonso ni Doña María de las Nieves esperaron nunca ser pretendientes a la corona de España, ni lo desearon. Consagrados a otras actividades y contando con un sobrino, hijo del último Rey carlista que reinó en las provincias leales de España, Don Carlos VII, vivían desentendidos de cuantos problemas afectaban a la heroica Comunión Tradicionalista, aunque no perdieron el interés que les inspiraba el glorioso partido. La muerte repentina e inesperada de Don Jaime planteó ante ellos el dilema siguiente: o abandonar completamente la gloriosa y pesada herencia que por ley de sucesión sobre ellos recaía, o recoger la bandera carlista, legendaria y romántica, y tremolarla, cumpliendo una vez más con su deber; y como la noción del cumplimiento del deber era el rasgo más característico de la psicología de Don Alfonso, al ser éste requerido por personalidades de la Comunión no vaciló en recoger dicha pesada herencia y en proclamarse pretendiente a la corona de España.

Desde París se trasladó rápidamente a su residencia de Austria el secretario de Don Jaime, Gómez de Pujadas, para

darle cuenta de la situación, y a pesar de sus ochenta años cumplidos y de las difícilísimas circunstancias en que se hallaban la Comunión católico-monárquica y España, Don Alfonso no vaciló en recoger la herencia gloriosísima del carlismo.

Al quedar proclamado Rey de los carlistas adoptó el nombre de Alfonso Carlos, en memoria de su augusto hermano. Confirmó en su cargo de Delegado Nacional al Marqués de Villores.

Nada de particular ocurrió en el partido durante los primeros meses del advenimiento de Don Alfonso Carlos a la jefatura del mismo.

El reingreso de integristas y mellistas en el mismo se hizo más extenso y acelerado con Don Alfonso Carlos, a quien consideraban como mucho más afín a ellos que Don Jaime. En efecto, Don Alfonso Carlos era más derechista, como diríamos en el *argot* político, que su difunto sobrino, y acaso en doctrina, sentimientos e inclinaciones se hallaba más próximo al integrismo que al carlismo auténtico. De ahí la preponderancia de elementos procedentes del integrismo en el partido carlista, que por orden del nuevo y octogenario caudillo se iba a llamar *Tradicionalista Carlista* (1).

Con el refuerzo de las ramas mellista e integrista, la fuerza política del partido aumentó considerablemente, pues, además de los grupos citados, ingresaron en las organizaciones y círculos carlistas muchos elementos procedentes de la zona neutral y del grupo alfonsino.

En el movimiento del 10 de agosto el carlismo no tomó la menor parte, aunque ahora, cuando el espíritu de aquel movimiento ha triunfado, no faltan carlistas nuevos que pretenden haber actuado heroicamente en aquella ocasión. Es muy corriente adoptar estas posturas *a posteriori* para darse importancia y explotar méritos imaginarios.

Los errores, las tropelías y las barbaridades cometidas por la República produjeron una fuerte reacción derechista en España, la que adquirió marcado impulso a partir del fracasado

(1) Después de publicada la primera edición de esta obra hemos tenido ocasión de leer multitud de cartas manuscritas por Don Alfonso Carlos que confirman en un todo esta apreciación.

movimiento llevado a cabo por el heroico Sanjurjo, fenómeno éste que es muy corriente en la historia y del cual el ejemplo más saliente y reciente es el de la fracasada revolución irlandesa del día de Pascua de Resurrección de 1917 en Dublín, que fué aplastada y vencida y muertos sus jefes principales, dándose la sensación de que quedaba ahogada para siempre la rebelión, para verla surgir de nuevo, fuerte y triunfadora, a los dos o tres años.

El Gobierno de Azaña se tambaleaba, por culpa de sus propios errores exclusivamente. La reacción iba siendo fortísima... Llegaron las elecciones de 1933 y el partido Tradicionalista-carlista, unido a las demás fuerzas de derechas, en una amplia conjunción, obtuvo unas 24 actas de diputados. Los monárquicos de la rama alfonsina obtuvieron otras tantas, y más de un centenar los amigos de Gil Robles, amén de los de Martínez de Velasco, etc.

Las derechas unidas disponían de más de 250 diputados. Se concibieron grandes esperanzas... pero faltó la osadía necesaria, en Gil Robles especialmente, que era el ídolo de la masa antirrepublicana...

En el Parlamento apenas se hacía labor proporcionada a la fuerza con que se contaba...

La C. E. D. A. ponía empeño solamente en celebrar pactos con Lerroux y en preparar el camino para su entrada en el Ministerio como colaboradora de aquel político, que no contaba ni con prestigio ni con limpia ejecutoria. Lerroux era un semiarrepentido, que a la vejez volvía la vista hacia la moderación y la tolerancia, pero después de haber perdido entre las izquierdas españolas, que le idolatraban en su juventud, hasta la última sombra de prestigio. Se apoyaba en las derechas cuando sintió que le fallaba el apoyo de las izquierdas, que le repudiaban.

El mayor error de Gil Robles (hijo, por cierto, de un antiguo catedrático integrista que volvió al carlismo a los pocos años de la escisión nocedalina y fué elegido diputado a Cortes por Pamplona) fué, en nuestra opinión, el ligar la suerte de su poderosa agrupación política a la de un hombre y un partido que se hallaban ya en la decrepitud, a pesar de que aparentemente gozaban de gran fuerza. Una cosa es la fuerza

incipiente y ascendente y otra la que camina al ocaso en rápido descenso. El político debe saber distinguir entre ambas, sobre todo cuando el político tiene las aspiraciones y ambiciones que tenía Gil Robles.

Lerroux era como un viejo y grande árbol hueco en su tronco por el agusanamiento, que no podía dar a un partido joven y puro, surgido precisamente de la protesta contra los errores y sectarismos de la República, como la C. E. D. A., otra cosa que atrofia y laxitud, en lugar de impulso y brío.

Hay que reconocer y hasta alabar la actitud de Lerroux, opuesta a los sectarismos y anacronismos de los republicanos que apoyaban a Azaña, que parecían brotes trasnochados de épocas pretéritas; pero hay que lamentar el incomprensible error cometido por los dirigentes de la C. E. D. A. al unirse, casi en nupcias amorosas, con el ex emperador del Paralelo, inspirador y director de la *semana roja*, campeón del partido que quería llevar a España a la guerra durante la conflagración europea, traficante poco escrupuloso, inveterado masón...

¿Quién podía negar a don Alejandro unas dotes sobresalientes de talento, de elocuencia y, sobre todo, de simpatía, acrecentada esta última al verle apartado de sus errores y métodos juveniles? Pero, ello no obstante, políticamente era una fuerza fracasada, y los partidos jóvenes no pueden ligar su suerte a los caducos, sin grave peligro de ser arrastrados por ellos a la tumba.

La unión de la C. E. D. A. y Lerroux hizo creer a muchos que don Alejandro, el incendiario de conventos e iglesias en su juventud, iba a ser poco menos que el restaurador del catolicismo en España.

Si la C. E. D. A., con su inmensa popularidad, hubiera defendido un programa propio y audaz y hubiera solicitado el poder íntegro y absoluto para ella, su fuerza hubiese adquirido un ímpetu irresistible.

Para una labor nacional, cristiana, limpia, serena, que destruyera y anulara todas las disposiciones absurdas y sectarias de la República y encauzara las energías nacionales por vías de engrandecimiento, dentro de la tradición, Gil Robles hubiera contado con el apoyo de todos los partidos de derechas.

Pero al ver que los de la C. E. D. A. y el partido agrario

sólo aspiraban a formar parte del Gobierno republicano como segundones, que lo que más les preocupaba eran las combinaciones de entre bastidores, pero de horizonte muy corto y limitado, que se contentaban con unos cuantos gobernadores y unos pocos ministros y se limitaban a ir *tirando*, siempre dentro del régimen y de la Constitución, el partido Tradicionalista y el de Renovación se percataron de que por la vía legal y dentro de las instituciones republicanas nada podían obtener y se lanzaron por los caminos de la conspiración y de la acción directa.

Para esta acción era preciso un nuevo jefe, y entonces fué sustituido el Conde de Rodezno, que había sucedido al difunto Marqués de Villores, por don Manuel Fal-Conde, joven abogado andaluz, procedente del campo integrista, quien se destacó como jefe regional tradicionalista de Sevilla.

Fal-Conde comenzó en seguida a organizar en España los requetés, que ya había organizado en Sevilla. La juventud carlista se alistó con entusiasmo en las nuevas milicias, que se encuadraban en medio de persecuciones y peligros. Se enviaron a Italia más de 200 jóvenes que se prepararon allí para la lucha armada, y se hizo todo esto con tal sigilo que ni las mismas autoridades carlistas se percataron de ello.

Las elecciones de febrero de 1936 marcaron un alto en los preparativos de la conspiración y de la acción directa. Se creyó que las derechas alcanzarían mayoría absoluta, aplastante, y se dió paso en la prensa y en el mitin a un tal ambiente de optimismo que quienes exponíamos dudas y temores éramos considerados no sólo como pesimistas, sino como derrotistas. Los ilusos llaman siempre derrotistas a quienes discurren con frialdad y serenidad, y en España, desgraciadamente, hay demasiados ilusos en el mundo de la política.

La sorpresa del 16 de febrero de 1936 fué algo inenarrable. Recordamos ciertas escenas de aquella noche fatídica que es mejor permanezcan en el olvido (1). Al darse cuenta las derechas del triunfo de Azaña, tan sólo dos partidos supieron mantener una actitud heroica y espartana: éstos fueron el Partido Car-

(1) Como candidato por Madrid, acudió el autor aquella noche al despacho de Gil Robles.

lista y la Falange; en menor grado, Renovación. En cambio, cedistas y agrarios perdieron la serenidad y se dejaron dominar por el miedo. Los miles de jóvenes que vociferaban a las puertas del domicilio social de la C. E. D. A., en Madrid, cuando creían el triunfo seguro, dejaron desierto aquel local tras la derrota. Sólo los jóvenes requetés y falangistas permanecieron firmes en sus puestos y en sus respectivos locales.

La actividad política de Tradicionalistas y Renovación, que habían formado un organismo electoral central denominado T. Y. R. E., cesó totalmente tras la derrota electoral. Quedaron en suspenso propagandas y mítines. Sólo se hablaba de levantamientos y conspiraciones. Se señalaban fechas, se citaban unidades militares que iban a pronunciarse, se efectuaban concentraciones de jóvenes exaltados... Mientras tanto, las provocaciones y crímenes de los rojos adquirían caracteres alarmantes.

Ya en 1935 se hicieron gestiones para reunir en un bloque compacto a todas las fuerzas monárquicas de España. Quien llevaba la dirección de los trabajos y aparecía como inspirador y director de las fuerzas agrupadas era don José Calvo Sotelo. Se denominaría la nueva agrupación Bloque Nacional, y seguramente el proyectado bloque, guiado por el talento extraordinario de su promotor, se inclinaría marcadamente hacia una solución monárquica alfonsina o juanista.

Se celebraron reuniones entre los dirigentes carlistas para decidir sobre si el partido entraría a formar parte del Bloque Nacional o no. La totalidad de los diputados tradicionalistas, salvo acaso alguna rarísima excepción, se inclinaron por la afirmativa, pero no ocurrió lo mismo con las personalidades del partido que no formaban parte de la minoría, entre las cuales había quienes se oponían rotundamente a la fusión propuesta, distinguiéndose por su oposición los señores Hernando de Larramendi, Senante, Esteban Bilbao y otros, según informes dignos de crédito (1). No todos se oponían con igual energía.

(1) Estos tres señores formaban parte del Consejo Nacional de la Comución, con don Manuel Fal-Conde, que era su Presidente; don Lorenzo Allier (q. e. p. d.) y el señor Lamamié de Clairac.

En febrero de 1936 convocó el Delegado nacional don Manuel Fal-Conde a una reunión en Barcelona de delegados de las cuatro provincias y municipios catalanes, para plantearles el problema de la fusión del Tradicionalismo con Renovación dentro del Bloque Nacional. Acudieron de 80 a 100 delegados y tuvo el autor de esta obra ocasión de estar presente en el local, de incógnito, para estudiar de cerca las palpitaciones del carlismo catalán.

Cataluña mostró poco entusiasmo por el Bloque. Al igual que Navarra y Vascongadas, allí la fusión, tras la que veían la absorción del partido por otro de menos fuerza, encontró poco ambiente; pero al exponer Fal-Conde, en términos no muy calurosos, su conveniencia, la mayoría asintió fríamente.

Se decía, y con visos de veracidad, que Don Alfonso Carlos y el Consejo Nacional eran opuestos al Bloque, y que únicamente los diputados del partido, de los que muchos representaban provincias donde apenas había carlistas, eran favorables al mismo.

Por unas u otras razones, y especialmente por el desastre sufrido en la campaña electoral de febrero de 1936, el proyecto no tuvo realización, al menos oficial y protocolaria.

Dentro del partido carlista-tradicionalista existía un problema cuya solución, ardua y difícil, pesaba grandemente sobre todos los ánimos y especialmente sobre el del bondadoso y escrupuloso Don Alfonso Carlos, quien al sufrir una enfermedad de cuidado en enero de 1936, hallándose en Guethary (Francia), vió acrecentados sus escrúpulos y preocupaciones ante los peligros que se ocasionarían al partido si él moría sin sucesión. No se atrevía a determinar por sí solo quién debería de sucederle. Tampoco le parecía conveniente convocar a una asamblea para estudiar y resolver sobre el grave y urgente problema. Así las cosas, recibió en Guethary la visita de don Luis Hernando de Larramendi, quien, de acuerdo con otras personalidades del partido, redactó un documento que sometió a la aprobación de Don Alfonso Carlos y por el cual éste nombraba Regente al Príncipe Don Javier de Parma, con lo que se evitaban de momento las graves complicaciones de orden interno que hubiera acarreado a la causa católico-monárquica la muerte de su Caudillo sin adoptar alguna providencia que

diera solución, aunque fuera provisional, al problema sucesorio.

Nos consta que esta solución aligeró muchísimo la pesadumbre que dominaba al ilustre anciano, quien después de la firma del documento, todo el cual lo escribió de su puño y letra, quedó aliviado, tranquilo y satisfecho.

He aquí el escrito a que aludimos:

"Don Alfonso Carlos Fernando José Juan Pío de Borbón y Austria de Este, por la gracia de Dios legítimo sucesor en los Reinos, Condados, Señoríos y demás títulos de las Españas, Caudillo de la Comunión tradicionalista, secular sustentadora de la legitimidad, a mi Jefe Delegado en España, Consejo, Delegados especiales, autoridades regionales, provinciales y locales, diputados y concejales, veteranos, "Margaritas", requetés y juventudes, asociaciones tradicionalistas y todos los leales, tanto los que ahora son como a los que en lo sucesivo fueren y a cuantas personas en algún modo debe y puede hacer referencia lo que a continuación dispongo, Sabed:

"Que la fidelidad constante de mi ánimo, asistida de activa y perseverante voluntad en el cumplimiento del deber de dar legítima y conveniente solución a la continuidad dinástica de la Causa, hoy vinculada en Mi persona, no ha sido bastante hasta el día para conseguir la determinación del Príncipe de Asturias en quien concurran, tanto por imperio del derecho como por su segura y deliberada adscripción y pública aceptación, todos los requisitos indispensables de principio y de política garantía.

"Tan grave dificultad, ajena a mi más vehemente deseo y continuado y diligente esfuerzo, no es sino prueba providencial a través de la cual Dios Nuestro Señor prepara días de grandeza española, así como el reinado venturoso y sin par de los Católicos Reyes Don Fernando y Doña Isabel, Mis mayores, siguió a otra época de turbadoras oscuridades públicas.

"Mas el deber mío no quedaría, por cuanto de mi propia acción depende, completamente cumplido si, absorbido en el propósito de conseguir la solución perfecta ante las dificultades con que ésta tropieza por circunstancias de diferente naturaleza que concurren en cada uno de los que el solo pero insuficiente título de la sangre llama a Mi sucesión, dejase de prever la posible terminación de Mi vida antes de conseguirlo y

no proveyese en momento oportuno a eventualidad tan grave, dejando desamparada y huérfana de monárquica autoridad indiscutible, siquiera sea provisoria, a la Santa Causa de España.

"La Historia y las antiguas Leyes me aconsejan, sin cesar por ello en la continua y apremiante atención de dar solución más definitiva por Mi mismo y durante Mi vida, a prevenir las disposiciones siguientes:

"Primera. Si al fin de mis días no quedase Sucesor legítimamente designado para continuar la sustentación de cuantos derechos y deberes corresponden a Mi Dinastía, conforme a las antiguas Leyes tradicionales y al espíritu y carácter de la Comunión Tradicionalista, instituyo con carácter de Regente a Mi muy querido sobrino S. A. R. Don Javier de Borbón Parma, en el que tengo plena confianza por representar enteramente nuestros principios, por su piedad cristiana, sus sentimientos de honor y a quien esta regencia no privaría de su derecho eventual a la Corona.

"Segunda. El Regente reiterará en público manifiesto el solemne juramento que Me tiene prestado de "Regir en el interregno los destinos de Nuestra Santa Causa y proveer sin más tardanza que la necesaria, la sucesión Legítima que ha sustentado durante un siglo la Comunión Tradicionalista".

"Tercera. Tanto el Regente en sus cometidos, como las circunstancias y aceptación de Mi Sucesor, deberán ajustarse, reputándolos intangibles, a los fundamentos de la Legitimidad española, a saber: 1.º La Religión Católica Apostólica Romana, con la unidad y consecuencias jurídicas con que fué servida y amada tradicionalmente en nuestros reinos. 2.º La constitución natural y orgánica de los Estados y cuerpos de la sociedad tradicional. 3.º La federación histórica de las distintas regiones y sus fueros y libertades, integrantes de la unidad patria española. 4.º La auténtica Monarquía Tradicional, legítima de origen y de ejercicio. 5.º Los principios y espíritu y, en cuanto sea prácticamente posible, el mismo estado de derecho y legislativo anterior al mal llamado derecho nuevo.

"Cuarta. Ordeno a todos la unidad más desinteresada y patriótica en la gloriosa e insobornable Comunión Católico-Monárquico-Legitimista, por difíciles que sean las circunstancias futuras, para mejor vencerlas y alcanzar la salud de la

Patria por el único camino cierto, que es el triunfo de la Causa inmortal, a la que tan insignes sacrificios ha ofrecido nuestra Comunión en una centuria, y a la que Mi Dinastía ha servido y a la que yo sirvo con tanta lealtad como requiere mi conciencia para merecer bien de España y de Dios Nuestro Señor, ante cuyo Trono espero rendir cumplido descargo de Mis graves deberes.

"Dado en el destierro, a veintitrés de enero de mil novecientos treinta y seis.—ALFONSO CARLOS."

El nombramiento de Regente sólo era una solución transitoria. El magno problema de la sucesión de la dinastía carlista quedaba en pie, y en pie iba a permanecer durante bastantes años, sin que nadie se atreviera a acometer la empresa de darle solución definitiva.

Un partido eminentemente monárquico se encontraba sin pretendiente a ceñir la corona, y esta situación anómala y extraordinaria iba a gravitar enormemente sobre las actividades y decisiones de dicho partido.

De haber contado los carlistas con un pretendiente indiscutido entre ellos y con sucesión masculina y capaz de asegurar la normal continuidad de la institución monárquica, dado el descrédito en que cayó la monarquía alfonsina al advenimiento de la república y habida cuenta del exiguo número de partidarios que dejó en España Don Alfonso XIII al salir para el destierro, es seguro que el Rey carlista hubiera agrupado bajo su bandera, no sólo a todos los monárquicos españoles, sino a gran parte de la masa neutral.

Pocos pondrán en duda que si en julio de 1936 hubiera contado el partido carlista con un pretendiente que asegurase la sucesión a la corona por línea directa, en lugar de tener a la cabeza de sus destinos a un venerable y virtuoso anciano sin sucesión, ni duda hubiera habido acerca de la futura forma de gobierno en el campo nacional; pero el carlismo no tenía Príncipe capaz e indiscutido que recogiese la bandera sagrada que tremolaron en los campos de batalla Carlos V, Carlos VI y Carlos VII, al morir Don Alfonso Carlos, y por ello se mantiene en pie el agudo y difícil problema que se plantea en esta pregunta: ¿A quién corresponde la sucesión en la dinastía carlista?

Si la Ley Sálica se hallaba en vigor en España en 1833, al fallecer Fernando VII, como parece evidente a quienes han abordado el estudio de este tema desde un punto de vista puramente jurídico y libres de prejuicios políticos y partidistas o de intereses bastardos, es evidente que ni Doña Isabel II, ni Don Alfonso XII, ni Don Alfonso XIII tuvieron derecho a ocupar el Trono. Fueron, sencillamente, unos usurpadores; y el que usurpa un derecho no puede cederlo legalmente a sus causahabientes, salvo en caso de prescripción que convalide la usurpación, previa expiración del plazo y demás condiciones que marca la ley. En el caso presente no existió tal prescripción, sino que, por el contrario, la parte que se consideró despojada del derecho luchó por reivindicarlo con las armas en la mano y en largas y cruentas guerras.

Se dirá que al faltar todos los herederos legítimos, por extinción de su rama, en línea de varón, la herencia tendría que revertir al tronco sano de donde arrancó, y en este caso nos remontamos a Fernando VII, según unos, y a Carlos IV, según otros, que descartan a Fernando por haber sido quien vulneró la Ley Sálica sin las formalidades legales o quien intentó vulnerarla. Y al llegar aquí surgen los candidatos... para todos los gustos.

Hay quien sostiene, como don Luis Hernando de Larramendi, que el pretendiente legítimo e ideal sería Don Duarte, descendiente de la Princesa Joaquina, hija de Carlos IV y esposa de Don Juan VI de Portugal.

Hay quien dice que el derechohabiente sería un descendiente de Francisco de Paula, hermano menor de Don Fernando VII y de Don Carlos V, el Infante que fué masón en su juventud, que más tarde, como muchos, se hizo beato y pío, casado con Doña Carlota, la fatídica Infanta rubia que se hizo célebre por la bofetada que pegó a Calomarde, la que desencadenó la primera guerra civil del siglo XIX, tan funesta para España.

Hay quien sostiene que al terminar la rama legítima en Don Alfonso Carlos, el Trono pertenecería en pleno derecho hereditario a Don Alfonso XIII y sus descendientes.

Los carlistas auténticos, los que han luchado en las guerras civiles, y sus fieles descendientes, afirman que jamás pue-

de recaer el derecho al Trono en quienes descienden de usurpadores, y menos cuando éstos han gobernado al dictado de políticos y gobiernos revolucionarios y liberales que han representado en España, no sólo la usurpación, sino también doctrinas y teorías religioso-políticas que han sido la antítesis de la tradición nacional en todos los órdenes. Para éstos, el derecho al Trono recae incuestionable, al faltar descendiente varón, en la hembra más cercana al último varón reinante, y en el caso presente en la Archiduquesa Doña Blanca de Borbón, viuda del Archiduque de Austria Leopoldo Salvador y primogénita de Carlos VII, y en sus herederos varones, todo ello de acuerdo con la Ley Semisálica, que fué la promulgada por el primer Borbón español, Felipe V, que copiamos al principio de esta obra. Entre sus herederos varones, el único con descendencia hasta el actual momento es el segundo de sus hijos, el Archiduque Antón, casado con la Princesa Ileana, hermana del Rey Carol de Rumania.

Esta doctrina ha sido defendida con gran ahinco por los carlistas de *El Cruzado Español*, denominados disidentes por los carlistas-tradicionalistas oficiales. No hemos de ocultar que ellos tenían sus ojos fijos en el menor de los hijos de Doña Blanca, que se ha incapacitado recientemente, a causa del matrimonio contraído (1), para ostentar derecho alguno al trono

(1) Es realmente sorprendente y desconcertante que sean algunos de los carlistas *cruzadistas* (no está con ellos el que fué Director, primero de *El Correo Español* y después de *El Cruzado Español*, señor Izaga, periodista de gran prestigio y autoridad en el partido) quienes sigan apoyando al cuarto hijo de Doña Blanca, con exclusión, *ab irato*, de los tres mayores, después de su matrimonio con persona que, no siendo de sangre real ni siquiera *azul*, tiene marcada ascendencia hebraica, según testimonios irrefutables, siendo así que esos mismos elementos han movido gran campaña contra Don Juan por medio de la prensa periódica y recientemente por el cauce de las hojas clandestinas, por suponerle ascendencia judía por parte de madre. Y conste que no acostumbramos a hacer afirmaciones sin estar dispuestos a probarlas de manera inconcusa.

Esta conducta, o mejor dicho, esta actitud, que raya en la aberración política, ha sido muy comentada, y según personas de gran autoridad y prudencia puede calificarse de misteriosa y hasta de sospechosa. Hay quien asegura que no cabe sospecha donde los móviles son tan patentes.

español, aun en el caso de que hubiera sido él el llamado, lo que se hacía difícil por tratarse del menor de los cuatro hijos varones de la citada Infanta.

No faltan entre los carlistas quienes vuelven la mirada hacia la Casa de Austria y creen que un hijo de la Emperatriz Zita, modelo de virtudes cristianas, sería el candidato ideal bajo los aspectos personal y político.

Esta solución encontró apoyo efímero en un grupo de carlistas catalanes que no olvidan que en la guerra de sucesión Cataluña y toda la *coronilla de Aragón* se alistaron unánimemente en el bando del Archiduque Carlos y contra Felipe de Borbón, y no han faltado partidarios de la misma en otras regiones, incluso en Navarra.

También hay quienes opinan que el Regente Don Javier de Parma debe de ser el heredero del Trono, por su parentesco con Don Carlos VII y por sus ejemplares virtudes.

Quien lea todo esto reconocerá que, desgraciadamente, hay demasiados candidatos posibles, lo que encierra tremendos inconvenientes para una solución feliz del problema.

Si el sentimiento monárquico se hallase tan arraigado en los pueblos de Europa como hace cien años, o aun como en la época de la revolución de septiembre de 1868, cuando Prim y Sagasta buscaban un Rey para sustituir a Isabel II, o en 1871, cuando fueron a ofrecer la corona a Amadeo, sería fácil colocar en el Trono a quien no estuviera llamado a ocuparlo por vínculos hereditarios; pero no creemos que estén los tiempos para elegir reyes como se elegían en épocas pasadas.

Los partidarios de la rama isabelina, o sea de la que arranca de Isabel II, propugnan el derecho incuestionable del Infante Don Juan, tercer hijo de Don Alfonso XIII, dejando a éste de lado—actitud no muy jurídica ni legal que digamos—, basados en que Don Alfonso es un monarca liberal y, en cambio, su hijo Don Juan es partidario de un estado tradicional y católico, afirmación ésta que no hemos visto comprobada en ningún documento oficial (1).

(1) Conocemos el sinnúmero de cartas escritas y repartidas, más o menos en secreto, después de la muerte de Alfonso XIII, en torno a la candidatura de Don Juan, algunas de ellas por personalidades reputadas

En los últimos tiempos ha tomado cuerpo dentro del partido carlista una teoría según la cual para ser Rey de España se precisan dos legitimidades: la de origen y la de ejercicio; o sea, que no basta que uno descienda de quien pudo transmitirle la herencia, sino que se necesita que por su ideología y por su conducta se haga digno de dicha herencia.

Pongamos un ejemplo: supongamos que los derechos a la corona de Francia hubieran recaído, tras el asesinato de Luis XVI, en la rama de Orleáns, en *Felipe Igualdad*. Este no hubiera podido ser Rey legítimo de Francia, según la teoría que comentamos, por haberse adherido a los principios de la revolución francesa que llevaron a la guillotina a Luis XVI, incluso con el voto regicida de su primo Orleáns, a quien faltaría a todas luces la legitimidad de ejercicio. Ahora bien; esta teoría, ¿tiene tal fuerza que pueda invalidar los derechos hereditarios de un descendiente la conducta depravada o errónea de un ascendiente cuando aquél ha sido leal y ortodoxo? He aquí un grave problema jurídico.

El autor se limita en este trabajo a exponer el estado en que se encuentra el pleito de la sucesión al Trono de España. Es tan intrincado que nadie se atreve a abordarlo de frente y a la luz del día, salvo algún irresponsable. Sin embargo, parece claro, taxativo y terminante el deber en que se encuentran el Regente nombrado por Don Alfonso Carlos y las jerarquías del partido, especialmente su Delegado Nacional, de designar heredero de acuerdo con el documento antes copiado, creando la Regencia, pues no cabe concebir la existencia de un partido monárquico-tradicionalista sin un Rey proclamado, de acuerdo con la tradición, la legitimidad y el derecho.

En julio de 1936 estalló un movimiento liberador con fuerza de volcán. Todas las energías de la España católica, de la

como carlistas que, en el transcurso de su larga actuación política, han combatido con la palabra y la pluma a la dinastía usurpadora y liberal, según ellos mismos. En el momento en que se escribe esta nota la situación dinástica sigue más confusa, si cabe, que nunca y la desorientación en el partido carlista es máxima.

España antimarxista y nacional iban a encontrarse en un terrible trance: o luchaban contra la revolución roja o serían aplastadas por ella.

No se trataba de restaurar la monarquía o de mantener la república; el problema era más hondo y trascendental: se iban a enfrentar el soviétismo y la civilización occidental, el marxismo y el catolicismo.

Entre los dirigentes carlistas se estudió y se discutió mucho el cómo y en qué condiciones participarían en el alzamiento que se preparaba. Don Alfonso Carlos, desde Viena, mandó a los suyos que relegasen a segundo término todas las cuestiones de partido y que se sumasen con todo entusiasmo al alzamiento, porque lo primero era salvar a la religión de los peligros que sobre ella se cernían y a España del marxismo salvaje y destructor. Nos consta, por habérselo dicho el Augusto Señor en Viena. Y los carlistas, que en el transcurso del siglo XIX habían luchado solos y contra todos, por su bandera íntegra, en tres guerras civiles, iban a combatir ahora en unión de otros elementos por una causa que no iba a ser la suya peculiar y exclusiva, sino la causa de España, tal cual entonces la entendían.

El 18 y el 19 de julio de 1936 los requetés dieron un ejemplo sublime de heroísmo en todas partes, pero especialmente en Navarra, alistándose a millares en improvisadas unidades que a las pocas horas iban a enfrentarse con la muerte en los campos de batalla. Pocas veces se habrá visto en la historia del mundo ejemplo de tan altas virtudes religioso-cívicas como las de aquellos jóvenes requetés que desde Pamplona irradiaron la corriente espiritual de las virtudes que atesoraban: fe, amor a la Patria, valor a toda prueba, desprecio de la vida en aras del ideal, como las de aquellas enardecidas muchedumbres armadas que se encaminaron presurosas hacia Irún, hacia Logroño, hacia Soria, hacia Zaragoza, hacia Somosierra, inflamando con su entusiasmo, como si fuera tea incendiaria de valores espirituales, a los pueblos que encontraban en su marcha victoriosa.

Voluntarios de la primera hora, voluntarios que no temían a la muerte, porque su fe religiosa les hacía prever el cielo y

la gloria tras ella, nadie los superó en decisión y valor (1).

Cada requeté que salía de su casa era un voluntario para el frente, para las primeras líneas del frente, porque en su desbordante entusiasmo no les cabía ni el pensamiento siquiera de otra labor que no fuera la de hacer cara al enemigo en la línea de fuego.

No es nuestra misión en este momento hablar del alzamiento, ni de sus héroes, ni de sus caudillos, ni de sus finalidades.

Nos propusimos escribir un resumen histórica del carlismo y no podíamos omitir una alusión al 18 de julio de 1936, pero bien entendido que nuestra historia termina en esta fecha.

Sólo a guisa de noticia final dedicaremos unas líneas a la muerte del último Rey carlista, que acaeció en 29 de septiembre de 1936.

A los ochenta y seis años siempre se espera la muerte, pero nadie la esperaba en las tristes circunstancias en que acaeció la de Don Alfonso Carlos.

Es sabido que la augusta pareja de Don Alfonso Carlos y Doña María de las Nieves de Braganza quedó despojada de gran parte de sus bienes por la revolución austríaca y que las tierras y castillos que les quedaron apenas les proporcionaban renta alguna. Vivían muy modestamente en Austria, y si en los meses más crudos del invierno podían trasladarse a climas suaves y apacibles del Mediodía de Francia y de España (viajaban de riguroso incógnito, y en uno de estos viajes tuvo el autor la suerte de descubrirlos en San Sebastián y ser recibido por ellos, quienes le proporcionaron estos datos), lo hicieron merced a la munificencia de un prócer navarro, recientemente fallecido, que fué ayudante de Don Carlos en campaña y que conservó hacia ellos esa lealtad acrisolada que caracteriza a quienes nacieron en el heroico antiguo reino de Navarra: el Marqués de Vesolla.

Don Alfonso Carlos, desde que fué proclamado Rey por los carlistas, solía pasar los inviernos cerca de la frontera franco-española lindante con Navarra y Guipúzcoa (también de rigu-

(1) Si algunos titulados *requetés* no dieron pruebas de tan excelsas virtudes, éstos no eran del frente, ni dignos de ser *requetés*. Este glorioso nombre obliga a mucho.

roso incógnito, bajo el nombre de Fernández, cosechero y terrateniente de Colombia) para estar más en contacto con sus partidarios.

Como carecía de fortuna, los primates del partido le proporcionaron subsidios; pero, ¡cosa rara!, sólo mientras se encontraba en las proximidades de la frontera. Cuando por junio o julio regresaba a Viena, cesaban aquellos subsidios, y la augusta pareja se veía forzada a vivir casi en la pobreza. No disponían ni de coche para moverse dentro de Viena. Jamás hemos podido comprender que los dirigentes del partido dejasen en tal desamparo a sus Reyes y obrasen con tan mezquina tacañería respecto a ellos. Estamos seguros de que si la masa carlista, la más admirable de todas, hubiera conocido la verdad de la situación, se hubiese aprestado a entregar a los augustos señores, por suscripción popular, la suma mensual necesaria para que hubieran vivido en forma apropiada a su rango.

Don Alfonso Carlos vivía en una modesta casa de Theresianum Gasse 9, distrito IV de Viena, y siguiendo el impulso de sus aficiones y costumbres salió de su casa el 29 de septiembre de 1936, acompañado de su augusta esposa (a quien Dios conserve muchos años de vida) (1), camino del parque de Belvedere, distante unos 250 metros; pero para entrar en dicho parque tenían que cruzar una calle de bastante tráfico—la Avenida del Príncipe Eugenio—, y al ir a cruzarla la augusta pareja bajaba una furgoneta de la Policía vienesa a bastante velocidad. En medio de la calle vacilaron los esposos, y Don Alfonso siguió adelante y Doña María de las Nieves se volvió atrás, siendo aquél atropellado por la furgoneta, que le enganchó y le arrastró por la pendiente. Trasladado a su domicilio, vivió unas pocas horas.

Si Don Alfonso hubiera dispuesto de un automóvil para sus visitas, sus paseos, etc., no tendría el partido que lamentar la trágica muerte de su difunto Rey.

Se dirá que Don Alfonso Carlos era muy amigo de caminar a solas con su esposa por las calles de Viena, cuando po-

(1) Fallecida también después de publicada la primera edición de esta obra.

día hacerse acompañar de su secretario, el señor Gómez de Pujadas, o de su leal servidor Eliseo; pero hay ciertas personas a las que el protocolo no les permite muchas veces realizar sus caprichos. Las autoridades responsables de la dirección de un partido monárquico deben de oponerse siempre a los caprichos peligrosos del pretendiente o del Rey, cuando de ellos pueden derivarse consecuencias fatales para la causa que defienden.

Al entierro del augusto señor fué una comisión del partido, presidida por el señor Fal-Conde y de la que tuvimos la honra de formar parte. Se verificó el acto en el castillo de Puchheim y todos los concurrentes sintieron la emoción de aquella ceremonia sencilla e impresionante que precedió al depósito del cadáver del Rey en el panteón del castillo.

Doña María de las Nieves de Braganza, que idolatraba a su esposo, con esa entereza y energía espiritual propia de su estirpe, sobrellevó con admirable resignación el trágico golpe.

Sobre el viaje de la delegación carlista que fué al entierro de Don Alfonso Carlos se ha escrito una versión pimpante y animada, más novelesca que verídica, en tono y ambiente no del todo apropiados a las tristes circunstancias que motivaron dicho viaje (1).

(1) La obra a que aludimos se titula "Boinas Rojas en Austria". Escrita con ligereza imperdonable por un joven santanderino, en ella se omite casi todo lo que pudiera considerarse como historia del viaje y, en cambio, se recogen hechos imaginarios, como el del atentado contra Fal-Conde en la estación de La Negresse, etc., etc., que tienen por único fin el hacer interesante la figura de la supuesta víctima, rodearla de aquellas circunstancias y atributos que mejor cuadran al que se quiere convertir en Caudillo o Führer o Duce, poniendo en práctica aquella teoría, a la sazón muy en boga, según la cual los jefes o caudillos se hacen y no nacen. Se hacen a fuerza de propaganda hábil y muy concentrada, con la que se tiende a destacar, envuelta en resplandores de genio y aureolada de atributos homéricos, la figura del héroe que se va a levantar sobre el pavés.

La osadía del autor llega al extremo de describir semblanzas morales de personas con las que no ha cruzado la palabra más que durante dos o tres minutos en su vida. Con la particularidad de que la única semblanza favorable es la de su caudillo.

CAPITULO XXXIII

Administración carlista.—Instituciones de índole eclesiástica, cultural, sanitaria, fiscal, etc.—Las Diputaciones Vasco-navarras.—El carlismo y los Fueros.—Regionalismo, nacionalismo, separatismo y carlismo.

EN las obras históricas consagradas al carlismo se encuentran pocos datos referentes al estudio de su labor administrativa. Todo lo absorbe la guerra, las batallas, los caudillos, que indudablemente es lo principal y más sobresaliente en la historia que relatamos, aparte de ser lo que más interesa y atrae al lector. De ahí que existan muchas obras dedicadas a describir batallas o biografías de los personajes principales. En cambio, son pocas las consagradas a enjuiciar la labor administrativa y organizadora de las corporaciones de índole civil que actuaban paralelamente a las de índole castrense, realizando una admirable labor que acaso nunca ha sido debidamente apreciada.

Si bien es verdad que la administración carlista fué muy rudimentaria durante la última guerra civil en los sectores de Cataluña y Centro, y nula en la Mancha y otras zonas de menor importancia, en las que los partidarios de Don Carlos jamás pudieron afianzarse en determinado territorio, condición esta indispensable para crear una administración pública, no es menos cierto que en el Norte el carlismo dió vida a una organización bastante amplia y casi perfecta.

En el orden eclesiástico actuó con suprema autoridad del territorio controlado por Don Carlos el Doctor Caixal, Obispo de Seo de Urgel, así como en la primera guerra civil osten-

taba dicho cargo el famoso Abarca, Obispo de León. Tanto uno como otro concentraban en sí todos los poderes eclesiásticos. En la primera guerra civil actuó el Obispo Abarca, a la vez, como Legado pontificio y, *de facto*, como Nuncio de Su Santidad.

En el orden cultural, en la última guerra civil se restableció por Real orden del 12 de febrero de 1874 la Universidad de Oñate, y por Real orden del 21 de octubre del mismo año se dispuso que aquella insigne escuela fuera centro y cabeza del distrito universitario de las cuatro provincias vasconavarra, agregando e incorporando a la misma todos los establecimientos de Segunda Enseñanza y Enseñanza profesional, según reza la citada Orden, publicada en *El Cuartel Real*, que era como la *Gaceta* carlista, a la vez que un órgano de combate periodístico.

En 28 de septiembre de 1874 se recibió una comunicación de Roma en la que constaba la declaración hecha por el Santo Padre de hallarse la Universidad de Oñate en el pleno goce de todos sus antiguos derechos y facultades.

Don Carlos presidió la apertura solemne de aquella Real y Pontificia Universidad (que así se denominaba), a la vez que la del Real Tribunal Superior de Justicia, en 16 de diciembre de 1874. Fué Vicerrector de la citada Universidad, aunque de hecho actuó todo el tiempo como Rector, el señor Ordóñez, y en ella obtuvo la borla de Doctor don Matías Barrio y Mier, quien más tarde había de ser preclaro y famoso catedrático de Historia del Derecho Español en la Universidad Central de Madrid, Decano de la Facultad de Derecho y Delegado de Don Carlos en España; hombre sencillo, modesto y austero, pero de saber extraordinario, que vivió y murió querido de todos y en especial de quienes tuvimos el honor de ser sus discípulos y amigos.

Presidente del Real Tribunal Superior de Justicia fué don Salvador Elío y Ezpeleta, y oidores del mismo los señores don Francisco Javier Ramírez, don Pablo de Rotaeché, don Antonio Molero y Moza, don Donato Iguzquiza, don Pantaleón de Sarachu, don Estanislao Sevilla y Villar. Fiscal lo fué don José Climent, y oidor suplente, don Santiago Esquivias.

Otra institución de orden cívico-militar extraordinariamen-

te bien montada y dirigida fué la de asistencia a frentes y hospitales, denominada *La Caridad*, a la que dió extraordinario realce la bondadosa Reina, idolatrada por todos los carlistas, Doña Margarita, que mereció ser llamada *El Angel de la Caridad*. Penetró en España la egregia esposa de Don Carlos, procedente de Pau, donde residió algún tiempo, el 8 de junio de 1874, por Dancharinea, acompañada por los ayudantes de Don Carlos, don José de Orbe y Gaytán de Ayala, primogénito del Marqués de Valdespina; por don José de Suelves, Marqués de Tamarit, y por la Condesa de Flores. Entre vítores y entusiastas aclamaciones de las poblaciones del tránsito, se trasladó a Estella, en cuyas proximidades se halla el magnífico monasterio de Irache, convertido a la sazón en principal hospital carlista. En él se encontraban mil heridos y enfermos, quienes recibieron la visita de su Reina con emoción imposible de describir.

Se celebró en su honor una gran revista militar en las faldas de Montejurra, en la que formaron 20 batallones, 7 escuadrones y varias baterías. Mandaba las fuerzas el General Dorregaray. Aquel impresionante acto puso al rojo vivo los corazones de los aguerridos voluntarios de Don Carlos, que se creían capaces de conquistar el mundo, y llenó de orgullo a los jóvenes Soberanos que presenciaban el marcial desfile de sus tropas. Acompañaban a los Reyes durante el desfile Dorregaray, Mendiri, el Duque de la Roca, Iparraguirre y otros personajes.

A la fundación y sostenimiento de la institución de *La Caridad* contribuyeron muy eficazmente el sacerdote Barrena, quien después residió en París y obtuvo allí grandes donativos para la fundación del hospital de Barañáin (Pamplona), Monseñor Bourgade y el Conde de Belascoaín, descendiente de aquel don Diego de León, azote de los carlistas en la primera guerra civil, etc., etc.

Además del hospital de Irache, que era el principal, se crearon y dotaron con toda clase de elementos los de Santurce, Lesaca, Puente de la Reina, Lacunza, Aoiz, Berástegui y otros, en todos los cuales eran asistidos los heridos y enfermos de ambos campos con la mayor solicitud y esmero, no por enfermeras laicas, sino por monjas de tocas blancas que derramaban

sobre los pacientes el bálsamo del amor divino, porque era el amor al prójimo por Dios.

También montaron los carlistas a la perfección el servicio de comunicaciones, tanto telegráficas como postales; crearon sellos, que por cierto son muy buscados y apreciados por los filatélicos, y montaron una máquina burocrática poco costosa y perfecta.

Fué nombrado Director de Telégrafos de Guipúzcoa y Navarra don José Araiztegui, y de Vizcaya, don Ramón Ríos; y cuando el servicio adquirió mayor importancia y se centralizó para las cuatro provincias vasconavarras, fué creado el cargo de Director General de Comunicaciones, que ostentó el Conde de Belascoaín.

Pero donde la administración carlista llegó al máximo grado de perfección y esplendor fué en las Diputaciones de guerra, que sustituyeron a las Diputaciones provinciales.

Por lo remoto de la época y por no haber encontrado datos completos sobre las Diputaciones de guerra en la primera guerra civil, nos ceñiremos en esta breve historia a resumir lo relativo a la actuación de estos organismos en la última. En las tres provincias vascongadas y Navarra rivalizaron en actividad, honradez y eficacia. Estos organismos eran los que proporcionaban recursos de todas clases al ejército de Don Carlos, y admira el ver cómo en un territorio tan reducido pudieron hallar elementos para armar, uniformar y mantener con municiones de boca y guerra a más de 35.000 voluntarios en armas durante tres años y medio.

Componían la Diputación carlista de Navarra los señores siguientes: don Cesáreo Sanz y López, don Esteban Pérez Taffalla, don Joaquín de Marichalar, don Narciso Montero de Espinosa, don Dámaso Echevarría, don Juan Cancio Mena y don Serafín Mata y Oneca, actuando el primero de Presidente y el último de Secretario. A pesar del celo, interés y acierto con que actuó este organismo, no faltaron quienes trataron de censurarle por todo cuanto hacía y de indisponerle con el Rey, lo que obligó a la Diputación, que a veces se denominaba Junta de Navarra, a dirigirse a su Soberano en queja, diciéndole: "Esta Corporación tiene la sensible desgracia de que nunca lleguen a oídos de su Soberano, respecto a la misma, más que no-

ticias desagradables y sólo la inexactitud que preside las mismas..." Durante el mando de Mendiri fué destituida la anterior Junta o Diputación y entraron a formar la nueva los señores don Demetrio Iribas, don Nicasio Zabalza, don Gonzalo Fernández de Arcaya, don Mauricio Bobadilla, don Pablo Jaurrieta, don Jerónimo de Ilzarbe y don José Ochoa de Olza. Más tarde figuraron en ella los señores Urrea y Juanmartiñena. Como ocurre siempre, cuando las cosas empezaron a torcerse para la causa carlista surgieron las críticas, las murmuraciones y las censuras, en que se vió envuelta la anterior Junta, a la que se acusó, por personas de moral poco escrupulosa, hasta de malversación de fondos, viéndose obligados aquellos caballeros a justificar la inversión hasta del último céntimo que recaudaron, lo que hicieron plena y satisfactoriamente, para vergüenza de sus detractores.

En Alava no existió una corporación foral de iguales características que las de las demás provincias vasconavarra, sino que tenían allí intervención preponderante los representantes de los ayuntamientos o *hermandades*, de sabor muy tradicional en la fidelísima y lealísima provincia alavesa, que elegían un Diputado general con amplias atribuciones.

Fué Diputado general Varona, y después lo fueron Mendietta y Sautu.

La Diputación carlista de Guipúzcoa la componían personalidades tan salientes como las que siguen: don Esteban de Zurbano, Diputado general; don Miguel Dorronsoro, que era Diputado general adjunto primero y alma y nervio de aquella corporación; don Ladislao de Zabala, Diputado general adjunto segundo; don Ignacio de Lardizábal, Diputado general suplente, y los Diputados generales del partido don Tirso de Olazábal, don Ramón de Zabala, don Ramón Veriztain y don José Joaquín de Egaña.

Don Miguel Dorronsoro fué, sin duda, la persona más destacada en la labor administrativa y provincial de Guipúzcoa, y la que más de lleno se consagró a la misma. De carácter entero y rectilíneo, supo enfrentarse con Generales como Lizarraga y con cabecillas poderosos como Santa Cruz, y hacerles entrar por el camino de la razón y del derecho, si de él pretendían apartarse. Altivo y enérgico ante los poderosos, era llano y sencillo

con los humildes y gozó de un prestigio y una popularidad por nadie igualados en su provincia, que guardó siempre un vivo recuerdo de su admirable labor.

En Vizcaya existía un Corregidor general, que era don Lorenzo de Arrieta Mascárúa (quien fué sustituido más tarde en el cargo por el Conde del Pinar), y una Diputación, compuesta por los señores don Fausto de Urquizu, don Pedro María de Piñera, don Serapio de Pértica, don Juan José de Llona, siendo consultores letrados de la misma don Juan Nicolás de Tollara, don Pantaleón de Sarachu y don Francisco de Ormacheoitia. Secretario del Señorío era don Antonio de Olascoaga, y adjunto don Aristides de Artiñano, el mismo que redactó el convenio de Amorebieta.

Que el partido carlista obró en todo momento con arreglo a fuero se halla probado por multitud de documentos y pruebas de toda índole, y a demostrar esta afirmación consagró el brillante periodista alavés don Eustaquio de Echave-Sustaeta una obra titulada *El partido carlista y los Fueros*, que apareció a principios del siglo xx. En dicha obra figuran multitud de documentos que nos es imposible copiar en el presente resumen histórico, pero citaremos un Real decreto de Don Carlos V, que dice así:

“Queriendo perpetuar en este M. N. y M. L. Señorío de Vizcaya la manifestación de placer que experimento al verme entre sus leales y siempre fieles naturales, especialmente de este memorable sitio, donde mi Augusto Predecesor, el Señor Don Fernando V, de feliz memoria, confirmó a los vizcaínos sus antiguos Fueros y privilegios, y no pudiendo hacerlo de un modo más expresivo ni más conforme a los justos deseos del país que imitando a mi referido predecesor, he venido en confirmar y confirmo los Fueros y privilegios de Vizcaya por este mi Real decreto, que servirá de recuerdo perpetuo al día plausible de su fecha, en el que al frente de las autoridades del Señorío y de sus hijos, armados en defensa de Mis Soberanos derechos, les doy esta expresa y terminante prueba de mi agradecimiento a sus servicios, que la repetiré cuando las circunstancias permitan prestar el juramento recíproco entre Mí y el Señorío, con las formalidades señaladas en los mismos Fueros. Dado en la Antigua So el árbol de Guernica a 7 de septiembre

de mil ochocientos treinta y cuatro.—YO EL REY.—Luis de Villemur.”

Este Decreto dió lugar a una proclama que dirigieron a Vizcaya los señores Marqués de Valdespina, Fernando de Zabala, Francisco Xavier de Batiz, Diputados generales y el Secretario don Miguel de Artiñano.

En 18 de mayo de 1836 publicó Don Carlos V otro Real decreto, en el que se decía: “... Vengo en mandar un armamento general con arreglo a los fueros y costumbres del Reino de Navarra y provincias de Alava, Guipúzcoa y Vizcaya...” Y en virtud del mismo, la Junta o Diputación carlista de Navarra publicó una proclama, a cuyo final daba órdenes, la primera de las cuales decía así: “1.º Todo navarro o habitante en este Reino, desde la edad de 17 años a los 50 inclusive, tomará las armas *en defensa de su Dios, de su Rey y de sus Fueros*, exceptuando a los ordenados *in sacris* y a los impedidos.”

Cuando las potencias del Norte simpatizantes con la causa carlista trataron de estudiar la conveniencia de reconocer los derechos de beligerancia a Don Carlos, hicieron sondeos y formularon preguntas por conducto del Embajador de Prusia en París, concretándolas en estas cuatro: 1.º Si Don Carlos extendería sus pretensiones a otros tronos, además del de España. 2.º Si proyectaba restablecer la Inquisición. 3.º Si proyectaba conservar o restablecer los Fueros. 4.º Si daría una amplia amnistía después del triunfo.

A la pregunta relativa a los Fueros contestó Don Carlos, por conducto diplomático, lo siguiente: “Su Majestad se anticipó a declarar tan luego como pisó el suelo de estas beneméritas provincias, *que era su firme resolución el mantener intactos los fueros y privilegios de la Navarra y de las provincias vascongadas*, y esto mismo lo confirmó en varias ocasiones y especialmente en una de sus primeras detenciones en Vizcaya, So el árbol de Guernica.”

En la última guerra carlista Don Carlos VII obró en todo momento con arreglo a Fuero y juró solemnemente los Fueros de Vizcaya el día 3 de julio de 1875 en Guernica, en un acto de grandiosidad y brillo inusitados, por el cual Don Carlos VII quedó proclamado Señor de Vizcaya, a la par que Rey de las Españas.

A los pocos días, y con igual pompa y solemnidad y no menor emoción y entusiasmo, juró Don Carlos los Fueros de Guipúzcoa en Villafranca. El acto se verificó el 7 de julio del mismo año, ante una concurrencia enorme de la provincia, a cuyo frente se hallaban personas de inmenso prestigio y renombre.

Don Carlos VII no juró en actos solemnes los Fueros de Navarra y Alava, pero los confirmó en diversos documentos y legisló y actuó en todo momento en dichas provincias con arreglo a fuero, y si en alguna ocasión sus generales, o autoridades de otra índole, cometían el menor desafuero, reclamaban contra ellas, con aquella energía y llaneza propias de su estirpe, los diputados carlistas de las provincias forales y del antiguo reino de Navarra.

Como muestra del celo y energía con que defendían las prerrogativas y derechos forales, copiamos a continuación parte de una comunicación que la Diputación carlista de Alava dirigió al Comandante militar de Don Carlos en dicha provincia, don Rafael Alvarez. Decía así: "Que en esta tierra, señor, no se cumple, con menoscabo de nuestros fueros, ninguna orden ni decreto de ninguna autoridad, ni del Rey ni del Papa, más que en materia de dogmas."

Modelo de firmeza, de austeridad y de sana altivez en la defensa de las prerrogativas forales es la siguiente comunicación que el célebre Dorrnsoro dirigió a Benavides, Ministro de la Guerra de Don Carlos: "Y, sin embargo, la Diputación está todavía por conceder la primera ración, a pesar de que les hace más falta y tienen mejor derecho, en mi concepto, que muchos de los dependientes de la Intendencia General, que en la villa de Tolosa tomaron 89 raciones y 16 forraje, según la lista adjunta, cuando, según el espíritu de su creación, bastarían pocos, poquísimos empleados.

"¡Cuántos de esos señores y otros que se pasean por los pueblos de Guipúzcoa estarían mejor con el fusil en la mano! ¡Y cuánto no ganaríamos en ello ahogando esa palabra siniestra de *ojalateros* (1) que nos hizo en la guerra pasada y no sé si

(1) Los que se pasaban la vida sin hacer nada y diciendo *¡ojalá esto!*, *¡ojalá aquello!*

nos hace hoy más daño que el ejército enemigo! En fin, si la Diputación no ve muy pronto que se entra de lleno en el camino de las más radicales economías, está resuelta a negar la ración, y no se diga la paga, a todo el que no sirva en batallón o en puestos absolutamente necesarios."

No han faltado, sin embargo, quienes han acusado a la Comunidad católico-monárquica de poco fuerista, con más perfidia que veracidad, y le han atribuído hasta la pérdida del régimen foral, tal cual venían disfrutándolo las Vascongadas y Navarra hasta que se implantó en España el régimen liberal y constitucional.

Esto hizo el partido nacionalista vasco, fundado por Arana y Goiri, quien adoptó por bandera y lema el de *Jaungoicoa eta Lege Zarra*, que significa en traducción libre *Dios y Fueros*, esperando atraer de este modo a elementos de los partidos carlista e integrista, preponderantes en el país.

El nacionalismo vasco arrebató al carlismo dos de los lemas de su bandera, silenciando los de Patria y Rey unas veces y atacando otras cuanto ambos encierran de sagrado y noble.

El nacionalismo vasco predicó el odio contra otras regiones gloriosas de España, y el desprecio hacia sus habitantes, en lugar de predicar un ideal de amor y de generosidad en el que cupiesen el amor a la patria chica y el de la más grande España, tal cual lo concebía el carlismo fuerista y tal cual palpita en las estrofas del *Gernikako Arbola*, del insigne bardo carlista Iparraguire, himno santo de Vasconia, la que generosamente desea para toda España lo que anhela para sí.

Por ello, el carlismo defendía y defiende el régimen foral para todas las regiones que lo tuvieron, lo que lleva implícita la defensa de una monarquía federal. Esto sonará en los actuales momentos a algo extraño a parte de los lectores, pero es auténticamente histórico. El carlismo fué siempre anticonstitucional y profundamente español, tradicionalmente español, y como la Constitución de Cádiz y otras posteriores, copiadas del extranjero e impregnadas del espíritu revolucionario, eran francamente centralistas, el carlismo fué descentralizador, como lo fueron los Borbones de Francia, sobre todo los que reinaron tras la revolución de 1789 y el imperio napoleónico.

Además, al ser el carlismo español y tradicionalista, toma-

ba por modelo de su monarquía y de sus instituciones políticas, no precisamente las de los siglos de la decadencia española, sino las de su grandeza y esplendor, las que no reputaron como incompatible con una unidad espiritual y moral, formada de adhesión y afecto espontáneos y calurosos, la escrupulosa conservación de los Fueros que les legó la tradición y que ellos conservaron como un tesoro sagrado no en frente de la Patria común, ni menos en frente de sus Reyes, que representaban la unidad de España o de las Españas. Esa unidad algunos la confunden con la uniformidad, cuando son conceptos totalmente distintos ante la historia y el derecho político. En este punto todos los grandes pensadores y escritores carlistas, desde Aparisi y Guijarro hasta Vázquez Mella, desde Nocedal hasta Pradera, se hallan de acuerdo, así como todos los Reyes de la dinastía carlista, entre los que no ha habido ni uno solo que haya flaqueado en la defensa de los Fueros.

A pesar de ser tan inconcuso y probado cuanto antecede, el nacionalismo vasco abrió brecha en la ciudadela carlista, empleando para ello, como arma poderosa, la afirmación de que los carlistas no eran verdaderos fueristas, como antes el integrista la destrozó, manteniendo la afirmación de que el carlismo no era suficientemente católico.

Que el carlismo defendía el régimen foral no sólo para el reino de Navarra y las provincias vascongadas, sino también para Cataluña y Aragón, para Valencia y Mallorca, etc., está demostrado por las mismas proclamas de Don Carlos y de sus generales todos de dichos territorios, especialmente por la que dirigió a catalanes, aragoneses y valencianos en 16 de julio de 1872 desde la frontera, en la que, entre otras cosas, decía: "Yo os devuelvo vuestros fueros porque soy el mantenedor de todas las justicias..."

Su hermano Don Alfonso, Comandante General del Ejército Real de Cataluña, terminaba una de las proclamas que dirigió a su ejército con estos vivas: "Viva la Religión", "Viva Carlos VII", "Viva España", "Vivan los Fueros de Cataluña". Lo mismo decían en las suyas los generales Savalls, Tristany, Marco de Bello, Aznar, Santés, etc., etc.

Pues bien; a pesar de ello, el nacionalismo vasco en Vascongadas y Navarra y el regionalismo de Prat de la Riba y Cam-

bó en Cataluña consiguieron desgajar del carlismo a elementos importantes, presentándose como los únicos custodios y defensores de las libertades regionales y de las doctrinas forales, *a outrance*. Ambos partidos se parecían mucho en los primeros momentos, con la diferencia de que el nacionalismo vasco era más derechista y católico que el regionalismo catalán, hasta el advenimiento de la república, a partir del cual el regionalismo catalán se inclinó más y más a la derecha, desbordado por la Esquerra, que le arrebató el programa de las reivindicaciones autonomistas, adoptando un matiz separatista, mientras que el nacionalismo vasco se fué inclinando más y más a la izquierda, hasta quedar de hecho englobado en el *Frente Popular*. La masa quizá no; pero los dirigentes sí.

Sabemos que esta afirmación la reputan falsa y hasta ofensiva muchos nacionalistas vascos que arguyen con distingos y sutilezas. Nos consta también que no fueron pocos los que en los albores del Movimiento Nacional de julio de 1936 eran partidarios de actuar en inteligencia con los carlistas de acción y no con el Frente Popular; pero fieles a nuestra línea de conducta, inspirada en el culto a la verdad clara y llana, aun a trueque de ser incomprendidos de muchos, basados en razones y hechos comprobados, hemos de afirmar, con dolor, que los jefes y una porción del partido nacionalista vasco se puso del lado de la república roja y sectaria, con lo que causó grave daño al país. Y todo por la promesa de un Estatuto que, nacido en aquellas circunstancias, no había de tener vida posible.

Ante la acometida nacionalista, que se hizo poderosa y violenta después de la guerra europea, merced a los millones de los que se enriquecieron durante aquélla, Sota y otros, el carlismo no observó una actitud táctica, hábil ni inteligente. Cuando los nacionalistas vascos o los regionalistas catalanes escribían en favor de las lenguas regionales, o de los cantos populares, o de los bailes típicos comarcales, los carlistas, que también amaban todo eso, cayeron en el lazo de olvidarlo, *por llevar la contraria* a sus nuevos enemigos políticos, a los que dejaron monopolizar el amor a todo lo típico y regional. Así se da el caso peregrino de que en un pueblo donde los nacionalistas bailaban la *sardana* o el *aurresku*, los carlistas les oponían la jota o el vals, sin otro afán que llevarles la contraria, con lo

que conseguían que muchas gentes se fueran de sus filas, o del campo neutral, a engrosar las mesnadas nacionalistas.

En mi opinión, esta táctica ha sido equivocada y causa de grandes desprendimientos de núcleos que jamás debieron de haber abandonado las tiendas de campaña de la Tradición católica monárquica española.

Tanto en Navarra y Vascongadas, como en Cataluña, gran parte de las fuerzas que militaban en los partidos mencionados derivaron hacia el separatismo absurdo y criminal, el que hizo posible esta guerra civil que asola y destroza a la patria común.

Lo tradicional, lo lógico y lo hábil hubiera sido, por parte de los carlistas, el intensificar sus campañas en favor del fuerismo tradicional, dentro de la unidad hispana, para evitar que el nacionalismo vasco en el país vasconavarro, y el regionalismo de Cambó y Prat de la Riba en Cataluña, les arrebatase las masas carlistas, de las que se nutrieron ambos partidos.

A diferencia de los elementos separatistas, enemigos de la patria, Navarra, la católica, la espartana, la gloriosa y grande Navarra, con la admirable Alava, han dado un alto ejemplo, un sublime ejemplo de patriotismo, al alinearse las primeras en las filas antimarxistas y antirrevolucionarias para salvar a España y a su civilización, en un arranque magnífico de amor a la patria común, no incompatible, sino complementario de un culto amoroso y arraigado a sus instituciones forales y a lo que ellas representan. ¡Lástima que algunos *requetés* hayan profanado esos altos ideales!

Y como los navarros y alaveses sienten y piensan los demás carlistas, incluso los vizcaínos y guipuzcoanos, que, siendo fervientes fueristas, son amantes de España.

EPILOGO

No tenemos la pretensión de haber escrito una obra completa. Sólo hemos intentado hacer un modesto resumen de la Historia del Carlismo, tomado en su conjunto. La limitación del espacio y del tiempo nos ha obligado a sintetizar en ocasiones más de lo que deseáramos.

Hemos procurado servir a la verdad, siguiendo aquella máxima de *amicus Plato, sed magis amica veritas*.

Se muestra en estas páginas al carlismo como una agrupación política nacional de marcado matiz católico, pero católico, apostólico, romano, perfectamente ortodoxo, sin salirse de la ortodoxia ni por carta de más ni por carta de menos.

El catolicismo de la Comunión católico-monárquica no es cesarista ni regalista, como hubieran querido algunos españoles de fines del siglo XVIII y principios del XIX, más amigos de adular a los Reyes que de servir a la Religión; ni es totalitario ni racista, como desearían otros católicos equivocados que ponen sobre todos los ideales el de Nación y Estado.

El ideal monárquico del partido carlista no es el de una monarquía absoluta, ni menos despótica y tiránica, en la cual el capricho del Rey o de su camarilla sea la *suprema lex*; ni el de una Monarquía parlamentaria en la que el Rey reina y no gobierna, convirtiéndose en un Presidente de República coronado, juguete de los partidos turnantes en el Poder, sino que es el de una Monarquía representativa, templada, tal cual la concibiera Santo Tomás de Aquino y tal cual la han defendido los más ilustres pensadores del campo católico; una monarquía que gobierne con la luz y ayuda de unas Cortes o Consejos elegidos por estamentos, por categorías y actividades de la vida nacional y por sufragio orgánico, en el que tengan voto

la virtud, la inteligencia, las armas, el trabajo, los municipios y no la masa ignorante y a veces malvada. Es absurdo e irracional que tenga igual fuerza el voto de un miserable que el de un preclaro y virtuoso ciudadano.

El carlismo ha vuelto los ojos, al planear su armazón de monarquía, a las antiguas y gloriosas de Aragón, Navarra y Castilla, surgidas de las entrañas del suelo patrio, producto de la vieja tierra hispana y no remedo desgraciado de extranjerismos que, lejos de mejorar nuestras instituciones seculares, vinieron a bastardearlas y envilecerlas.

El ideal patriótico surge en el carlismo como una secuela de los dos anteriores. El amor a Dios y el amor a su tierra dan vida a un elevado espíritu de sacrificio y a una comunidad de amores, de sentimientos y de deberes que se perpetúa a través de los siglos y que constituye lo que llamamos patria.

Nadie dudó jamás del acendrado patriotismo del partido carlista, el que siempre antepuso a sus aspiraciones políticas o partidistas, si las tuvo en alguna ocasión, lo que no creemos, el cumplimiento del deber patriótico, incluso ofreciendo sus fuerzas todas a la monarquía que usurpaba el Poder cuando los intereses nacionales se vieron en peligro. Así ocurrió durante la guerra de Cuba, durante el conflicto de las Carolinas, etc.

Pero además de estos tres ideales fundamentales de Religión, Patria y Rey, los carlistas han defendido el de Fueros.

Para ellos los derechos de la familia son sagrados, en cuanto atañe a la educación de los hijos, a los que considera como un tesoro que Dios ha puesto en manos de los padres para que modelen y formen sus conciencias en la virtud y en el deber.

El municipio, formado por agrupaciones de familias, es también para los carlistas una entidad de índole políticoadministrativa que tiene derechos y prerrogativas que no se pueden ignorar y menos atropellar.

Tras esto viene la región; no la provincia. Aquélla es un producto espontáneo de la historia; ésta es una parcela de terreno que han creado muchas veces los leguleyos con carta y compás, sin más norma que su capricho o su conveniencia política, al igual que han hecho con los distritos o partidos judiciales, que fueron creados en muchas ocasiones con fines puramente electorales.

El carlismo va de abajo a arriba en la formación de las organizaciones políticoadministrativas que constituyen el Estado, como entidad superior y coronación del edificio político, así como va de arriba a abajo en la jerarquía. Las familias, los municipios y las regiones son para el carlismo como afluentes del gran río que se llama Estado y no cabe cortar o desviar el curso de los afluentes sin cercenar y esquilmar el gran caudal patrio.

Aquel adagio clásico español de que "más sabe el loco en su casa que el cuerdo en la ajena" forma parte íntima de la mentalidad política carlista; y de ahí su amor a la autonomía municipal y regional.

Hay quienes, en su ignorancia, creen que el amor a los Fueros dió vida al separatismo. Crasísimo error que sólo se concibe en quienes desconocen la Historia de España.

Contra quienes más raramente arremetió el nacionalismo vasco primero, el regionalismo catalán después, y más tarde el separatismo, fué precisamente contra los carlistas, que, siendo fueristas, eran a la vez amantes de España como el que más, sin que un amor amenguase ni desterrase al otro, como puede verse en Navarra, la primera entre las primeras en ofrecer a España el tributo de su sangre derramada a raudales, pero sin flaquear en el amor a sus fueros sacrosantos.

El gran defecto del carlismo ha sido, como agrupación política, su exceso de espiritualismo y de romanticismo. Con generosidad sublime luchó siempre por ideales y jamás aspiró a obtener pagos ni mercedes. A veces contribuyó con su sangre a que otros triunfasen y a que después de triunfar olvidasen lo que al carlismo debía la Patria.

Aquella frase del Divino Maestro "Mi reino no es de este mundo", casi, casi podría aplicarse al partido carlista, del cual se han burlado muchos que nunca sabrán sentir ni apreciar las excelsas virtudes del mismo.

Pero la mentalidad política carlista no es la más apropiada y eficaz para alcanzar el Poder. Por ello, quienes dentro del partido apetecen aquél por encima del ideal, acostumbran a cambiar de rumbo y postura, de acuerdo con las circunstancias. A éstos se les califica de muy hábiles; a veces, de muy inteligentes, cuando en realidad no pasan de ser... muy aprovechados.

AUTOCRITICA Y CRITICA DE LOS CRITICOS

CREO que la modestia no está reñida con el orgullo.

Modestamente, quise dar a mi trabajo el título de COMPENDIO DE HISTORIA DEL CARLISMO, pues no tuve la pretensión de escribir una obra que agotase el tema, y menos que tuviese caracteres de definitiva o de intangible.

La "Editora Nacional" me aconsejó muy decididamente que suprimiese lo de Compendio, y quedó suprimido.

Nunca me creí un Plutarco o un Xenofonte, pero tengo la pretensión de saber más sobre la historia del carlismo que ciertos señores que me han honrado con sus críticas, algunas de ellas no exageradamente generosas. La generosidad es virtud excelsa que la naturaleza no prodiga demasiado. Algunos la confunden con el servilismo y la adulación.

¿Génesis de mi obra? Hela aquí.

Habiendo observado que el español medio, aun el de cultura, carecía hasta de las nociones más elementales sobre el carlismo, escribí mi Compendio de Historia para que ese tipo de lectores supiera algo de lo que ha sido la Comunción católico-monárquica, en su origen y desarrollo, durante sus cien años de existencia. Y tengo la satisfacción de haber comprobado que españoles cultos, y hasta muy ocultos, reconocen que mi Historia les ha enseñado muchas cosas que ellos desconocían.

De donde resulta que mi obra ha servido para realizar la finalidad primordial que me propuse al escribirla.

Ha habido unos pocos españoles que militan o han militado en el carlismo y que al leer mi obra han dicho, acaso con excesiva petulancia: "La obra del señor Oyazun no nos ha enseñado nada nuevo." Y esa media docena de señores a quienes mi Historia no ha enseñado nada nuevo deberían comprender que no se han tirado miles de ejemplares de mi

trabajo histórico para destinarlos a seis o siete señores que ya lo tienen todo sabido. Hay quienes lo saben todo y sus conocimientos no les sirven para nada en la vida, por la que pasan totalmente inadvertidos.

Hay quien cree que habiendo leído media docena de libros sobre el carlismo han agotado el tema. Yo he leído muchas docenas de ellos y, sin embargo, espero y deseo que surja un historiador que perfeccione, mejore y complete mi obra, que es la primera que se ha escrito sobre la historia del carlismo, tomada en su conjunto.

Jamás el primer fruto de un árbol fué tan hermoso como los de cosechas posteriores.

Tengo el orgullo de haber sido el único que ha traducido la biografía escrita hace cien años, en inglés, del carlista más grande que vieron los siglos pasados y esperan ver los venideros: *Zumalacárregui* (se está vendiendo la tercera edición), y el primero que también ha escrito una HISTORIA DEL CARLISMO, obras ambas de asunto carlista, que son las que más tirada y lectores han logrado en los últimos sesenta años.

También diré a estos críticos que yo sólo he militado en un partido, con altos y bajos en el fervor, en la fe y en el entusiasmo, como acontece a casi todos los hombres, pero sin cambiar de casaca.

Mal puedo admitir lecciones de enjuiciamiento del carlismo de cualquiera que se me cruce en el camino, aunque alguna vez se cubriera con la boina roja.

Lejos de mi mente estuvo en todo momento el propósito de subordinar el proceso histórico del carlismo a una tendencia; menos aún el de emplear un criterio personalista, exponiéndome a pecar por carta de más o por carta de menos, por elogios excesivos o por ataques inmoderados. Traté de aplicar la justicia en la medida exacta en cada momento, y si en algún caso aparecen en mi libro censuras al juzgar hechos y personalidades, cuya actuación es del dominio de la historia, nadie podrá negarme que las glorias más puras del carlismo son tratadas con cálido elogio y fervoroso afecto.

Algunos tradicionalistas hubieran preferido que omitiese el relato de las escisiones: la cabrerista, la integrista y la mellista. Es incomprensible que, guiados por un afán puramente partidista y con una visión circunscrita al momento actual, quieran exigir al historiador que silencie hechos importantísimos, aunque desagradables, ocurridos en el proceso histórico de la Comunión católico-monárquica. Hubiera sido tarea fácil el escribir una historia a gusto de todos, elogiando a todo el mundo, y, además de fácil, muy agradable para el autor. A veces el elogio y la adulación traen recompensas, y hay quien se mueve con la esperanza de obtenerlas. Nadie podrá achacarme tal inclinación. *Suum cuique*.

Al tratar del integrismo (y éste es el punto neurálgico de mi obra para algunos críticos que hubieran preferido un silencio absoluto sobre

el tema, en cuyo caso el autor no haría historia, sino política) me he expresado con ecuanimidad. Si alguien cree que me he excedido en mi crítica, le recomiendo lea textos de Vázquez de Mella, Pradera, Bolaños, etc., y verá que he sido más parco en mis censuras que los citados personajes al enjuiciar la escisión integrista. He de afirmar, por otra parte, que no siento la menor animadversión hacia cuantos retornaron al campo carlista; al contrario. Reputo altamente encomiástica la conducta política de quienes rectifican errores que hirieron de muerte al glorioso partido y se han cobijado después bajo su bandera, sin mácula, para darle nuevo brío y pujanza.

Medité mucho sobre la distribución de la materia en capítulos y, sobre todo, en lo relativo a la primera guerra civil. Era difícil seguir el hilo de los acontecimientos sometién dose a un criterio puramente cronológico, porque la guerra se desarrollaba en tres frentes principales y uno secundario.

No procedía empezar y terminar la guerra en el Norte sin intercalar parte de los sucesos de Cataluña y Centro, a cuyos territorios destacó el Norte fuerzas expedicionarias, caudillos, etc., amén de la Expedición Real que se desarrolló en los tres frentes.

He tenido la satisfacción de que carlistas muy versados en asuntos de historia de la Causa han encontrado que no podía mejorarse el plan de distribución, dado lo intrincado del problema.

A quienes lo encuentran imperfecto, les agradeceré expongan uno mejor.

No basta decir: "esto está mal", "esto se puede mejorar", "esto no vale nada". Es preciso hacer labor positiva y no puramente destructora.

Siempre saldrá ganando la Historia y la Causa, y quien lo haga contará con mi fervoroso parabién.

Un punto hay en mi Historia que jamás pude aclarar totalmente, por más que escudriñé, leí y releí muchas obras para dilucidarlo; es el relativo al primero y segundo alzamientos de Aragón en la última guerra civil. Las obras publicadas dan una impresión de desconcierto y de desorientación al relatar aquellos acontecimientos. Conste que en éste, como en los demás puntos oscuros de la historia del glorioso partido, he trabajado con paciencia benedictina y con tensa atención para encontrar luz, claridad y verdad.

Sólo esto me ha interesado en mi Historia, aun a trueque de desagradar a algunos, convencido de que el deber del historiador le obliga a elevarse sobre el "marais" donde se debaten políticos y trepadores. Acaso fuera mejor decir políticos trepadores.

Aunque he consagrado muchas horas de agotadora vigilia a la tarea de acumular datos y observaciones, y he procurado, con gran escrúpulo, contrastar los hechos históricos (lo que no quiere decir que alguna vez

se me pase algún gazapillo—*aliquando dormitat Homerus*—), a veces me ha faltado el sosiego y la paz necesarios para cincelar la frase y redondear el período.

La cacofonía es defecto clásico en mí.

Si mi estilo es a veces descuidado, no es gris y anodino, defectos que he considerado siempre como los más deplorables en el escritor. Esos hombres grises en el vestir, en el vivir y en el escribir, que se creen impecables, me han producido siempre un sentimiento de repulsión.

Entre las omisiones que lamento, la principal es el haber pasado por alto que, tras la escisión mellista, fueron delegados de Don Jaime en España don Pascual Comín, ilustre jurisconsulto aragonés, hace muchos años fallecido, y don Luis Hernando de Larramendi, escritor y orador elocuentísimo de la Comunión y muy querido amigo mío.

Otro día continuaré y terminaré con la "Crítica de los críticos".

(Publicado en *El Correo Catalán* del 5 de marzo de 1940.)

* * *

La primera parte de este trabajo la conoce ya el lector. Veamos lo que dicen los principales críticos.

He de destacar de entre ellos a Melchor Fernández Almagro, brillante periodista y culto historiador, quien en "A B C" publicó el primer trabajo de crítica de mi obra, enjuiciándola desde un punto de vista generoso, sereno, objetivo y, sobre todo, libre de prejuicios.

Fernández Almagro elogia el conjunto de mi trabajo y dice, entre otras cosas: "Libro éste muy veraz y equilibrado, de amplia información, excelente desarrollo narrativo y claro juicio."

Como defecto, tras de encontrarle muchos méritos, destaca el del estilo, "harto negligente en ocasiones".

La generosidad y afecto con que ka tratado Fernández Almagro mi primer trabajo histórico han dejado en mí profundo recuerdo de gratitud.

Eladio Esparza, en *El Diario de Navarra*, ha juzgado mi libro con la noble y atormentadora preocupación de quien amando una causa o una persona desearía que no se vislumbrase ni el menor defecto en ellas. Por eso dice que al leer mi HISTORIA DEL CARLISMO uno piensa si hubiera sido mejor no haberla escrito. No le agrada la parte de mi obra dedicada al integrismo.

Lo del integrismo ha sido contestado en mí "Autocrítica". Eladio Esparza, citando a un querido amigo muerto en trágico accidente, dice que dicho partido era como una especie de vigilante o tutor del carlismo,

cuya misión principal era el evitar que éste se torciese o extraviase en su marcha. La observación será muy benévola para el integrista, pero no muy justa. ¿Recuerda mi inquieto amigo Eladio Esparza el epitafio que puso *El Siglo Futuro* sobre la tumba del glorioso *Correo Español*? Y conste que esto no es muy viejo, ni fué escrito en el periodo álgido y apasionado de la lucha.

Eladio Esparza gusta de morar en esferas etéreas, pero el historiador debe relatar lo que ocurre en la tierra, donde, ¡oh desgracia!, se libra en todos los instantes de la vida la gran batalla entre el bien y el mal, en la que aun los combatientes del ejército del bien a veces desfallecen y caen en el pecado. Si el justo cae siete veces al día, según la Escritura, ¡cómo no hemos de encontrar defectos y máculas en los protagonistas y autores de un movimiento religiosopolítico, de índole guerrera, que ha producido tres guerras civiles, luchas parlamentarias, por su índole no demasiado nobles ni limpias..., etc.! Pero tengo el orgullo de afirmar que de mi obra surge el carlismo como algo magnífico y que en ella resplandecen y brillan héroes puros y personajes admirables al lado de la masa, de la que florecieron los voluntarios carlistas, lo más noble, heroico y fiel que ha producido el mundo en el siglo XIX.

No me he dedicado a ensalzar a quienes, aun siendo personajes del movimiento y habiendo ocupado puestos de importancia, serán desconocidos de la historia en cuanto traspongan el umbral de la muerte.

Yo me he imaginado el carlismo como un río impetuoso de agua limpia y pura sobre el que han navegado muchas gentes, y he creído más noble que cantar al navegante, extasiarme en la contemplación de la corriente que fluye y fluirá eternamente a través de las tierras de España.

En *La Vanguardia* apareció una nota breve, pero muy halagüeña, para mí. Entresacamos de ella el siguiente párrafo: "Creemos que toda persona que desee formarse una idea rápida de lo que ha sido el carlismo, no sólo como factor militar, sino en su actuación política, periodística, etcétera, subsiguiente a las guerras civiles, debe tener este libro, y lo mismo quien, periodista, escritor o simplemente lector de libros y periódicos, desee buscar rápidamente en un momento dado un dato cualquiera sobre las guerras carlistas."

En otro lugar dice el mismo escritor: "Todo ello expuesto con claridad y sumo orden, en el que se armonizan muy bien los criterios cronológicos y de distribución de materias."

El Correo Catalán, que es en la actualidad el diario de origen tradicionalista de mayor tirada en España, publicó una crítica, de la que entresacamos estos párrafos: "Es indudable que se hacía sentir la falta de una historia de conjunto, honesta y no sospechosamente escrita..."

"...Esta necesidad viene servida por la gran obra de Oyarzun, que es un prodigio de síntesis y de rectitud legitimista..." "Escribe Oyarzun en un

limpio estilo llano que facilita la lectura de esa estupenda y veracísima novela.”

En *El Pensamiento Navarro* apareció, al ser puesto el libro a la venta, una breve crítica de Tapia—leal entre los leales de Pamplona—llena de simpatía y de afecto para el autor, plenamente correspondida y apreciada.

La Voz de España publicó un trabajo anónimo bastante extenso, muy atildadamente escrito, en el que aparece un espíritu excesivamente microscópico. Ya lo dice el autor en estas palabras: “Si nos hemos detenido tanto en la crítica, casi con lentitud de quien operase con microscopio, es por las cualidades que en el señor Oyarzun concurren. Al que vale hay que exigirle mucho.”

Veo que a mí todos me exigen mucho, pero en premio no me dan nada. Eso me ocurre hasta con los críticos literarios. Es el sino de cada uno.

Se lee en *La Voz de España*: “El libro da la impresión de que ha sido escrito atropelladamente.” “Hombre de múltiples trabajos y actividades, el señor Oyarzun se echó sobre sus hombros esta empresa.”

No es exacto que yo ejerza múltiples trabajos y actividades a la vez, ni los he ejercido jamás. En cada época de mi vida me he dedicado a una sola actividad (creo que con marcado y por todos reconocido éxito), entregando a ella todo mi ser, acaso con excesivo ardor y entusiasmo. Mientras estuve en el periodismo, fui sólo periodista; mientras estuve en la carrera consular o diplomática, fui sólo cónsul o diplomático; mientras estuve en los negocios (excedente voluntario en el escalafón), fui simple hombre de negocios; y si ahora he simultaneado mi puesto en el Ministerio con la preparación de este libro, ello es corriente y común a muchos cientos de escritores e historiadores, que no han creído que el ocupar un puesto en el escalafón de una carrera sea obstáculo para preparar un libro. A no ser que conmigo se haga una excepción, por lo del sino.

Lo que más le ha disgustado, seguramente, al autor es lo de las consideraciones de tipo personal, sobre todo las de la época contemporánea, pues supongo que no le preocupará gran cosa lo que yo diga de Segarra o de Maroto; y respecto a ellas he de decir, en defensa propia, que apenas hay una consideración de tipo personal; agréguese que ni con microscopio se encuentra una que no se refiera a hechos históricos, y que como tales son del dominio de la historia.

Minucias, miserias y discrepancias infantiles no existen en mi libro, dicho sea con permiso del crítico microscópico. Acaso sí en su crítica.

De las pocas observaciones equivocadas que merecen ser tomadas en serio en el trabajo aludido, entresacamos éstas: una, que la primera guerra civil se hubiera planteado lo mismo con pleito dinástico que sin

él; agrega que hubo motivos filosóficos para que estallase dicha guerra. Este es el concepto integrista, apostólico y "mestizo" (no se alarme mi crítico, pues el término es clásico en la historia del carlismo) de la historia de la gran Comunión católico-monárquica.

Difícilmente podría probar mi crítico la veracidad de sus afirmaciones desde un punto de vista científico. Confunde acaso su deseo con la realidad de la historia y enfoca los hechos históricos a la luz del momento actual, con una visión hecha de conveniencia política, de subordinación de la realidad pasada al interés de la hora y del día en que vivimos. Esto será muy hábil en política, pero inadmisibles en historia. Yo traté de centrar el carlismo (como se dice en el lenguaje moderno, en mi opinión no muy bello), y ellos quieren descentrarlo y desviarlo de su ruta histórica y tradicional.

Dice más adelante: "No puede tampoco aceptarse la interpretación que de la palabra y concepto Cristo-Rey ofrece. Casi da a entender que el viejo lema fué poco menos que presentado así: Dios, Patria, Cristo-Rey, cosa por nadie dicha jamás."

Ni por mí tampoco, porque no solamente no he dicho tal cosa, sino porque me hallo muy lejos de pensarla. Lo que digo está clarísimo, aun para los que no emplean el microscopio. Basta con un minimum de buena voluntad para entenderme.

Habla luego de la liturgia, de la soberanía social de Jesucristo y de la fiesta creada y aprobada por el Papa, de Cristo-Rey, todo lo cual me es perfectamente conocido. La fiesta litúrgica de Cristo-Rey se celebra en todo el orbe católico, en monarquías y repúblicas, en dictaduras y democracias, pero nada tiene que ver dicha fiesta, puramente religiosa, con la exposición que yo hago en mi libro sobre el lema político de Cristo-Rey que la sustituyó en algunos sectores al clásico y tradicional de "Dios, Patria, Fueros, Rey", o de "Dios, Patria y Rey".

Alegar las palabras de Carlos VII para sostener su punto de vista, es algo de tal calibre que... "mejor es no meneallo".

La cita que hace mi crítico de la *Novísima Recopilación* de 1805 prueba tanto que prueba demasiado, y los clásicos de la lógica dicen que lo que prueba demasiado no prueba nada. Si de dicha cita apareciese tan claro el derecho sucesorio carlista, no se habrían escrito tantos y tantos libros contradictorios sobre el tema. Para nosotros no ofrece duda alguna el derecho legítimo de Carlos V, pero de ahí a querer demostrar que si yo hubiese mencionado la existencia de ese texto de la *Novísima Recopilación* de 1805 el problema quedaría totalmente esclarecido, hay un abismo.

Y puesto a encontrar defectos, le parece mal que yo no dé más importancia a Merino (quien la tuvo muy grande en la guerra de la Independencia y no muy brillante y acertada en la primera guerra civil), y dice que paso inadvertido el levantamiento de Castilla la Vieja, afirma-

ción ésta totalmente infundada, pues al historiar las dos guerras civiles del Norte elogio como se merecen a los bravos castellanos.

Entre los pequeños lunares que ha encontrado en mi obra, cita unos cuantos que no llegan ni a lunares, pues sus afirmaciones, para rectificarme, son totalmente inexactas en la mayoría de los casos, y cuando no inexactas, ridículas. Acaso es cierto que Cabrera no se enteró de la firma del Convenio de Vergara el día mismo del combate de Carboneras, sino dos días después (¿no ha caído en la cuenta mi crítico de que pudo enterarse de que el Convenio de Vergara estaba ya aprobado días antes de la firma?), y que la expedición de Sanz a Asturias, a la que yo dedico doce o quince líneas en mi libro, se hizo en septiembre de 1836 y no en diciembre del mismo año (al crítico no se le ha pasado por la mente que incluso podría tratarse de una errata de imprenta, de las que hay muchas en mi obra), y así sucesivamente. Como se ve, estos detalles tienen una importancia enorme para quien me atribuye consideraciones nimias, inoportunas, etc.

Yo no dije nunca que Zaratiegui estuviera ante Madrid el día del triunfo de Villar de los Navarros, como me atribuye el crítico, a quien le parece raro que a mí me extrañe que el primer grito de guerra se diera en Talavera de la Reina, distante de las zonas en que el carlismo contaba con más fuerza, pues, según él, dicha ciudad se halla vecina de la Mancha. Claro está que en avión se puede ir ahora en pocos minutos, pero dista del centro de la Mancha más de 150 kilómetros, y en aquella época estas distancias eran consideradas como respetables, aparte de que los centros poderosos del alzamiento carlista fueron otros.

Acaso el único gazapillo cierto que ha encontrado en mi libro es el de los amoríos de Carlos VI y Miss Horsey, que yo sitúo unos años después de la fecha en que tuvieron lugar.

En *El Pensamiento Navarro* apareció, tres o cuatro días después de la crítica de *La Voz de España*, otra que es un mal plagio de la primera. Es el mismo disco, un poco más desafinado.

El amable crítico de *El Pensamiento Navarro* destaca como mérito de mi libro "el noble deseo de recopilar"; agrega que "es de alabar su buen deseo, su esfuerzo".

Es lástima que yo no pueda elogiar ni siquiera el buen deseo ni el esfuerzo de mi crítico pamplonés, Lopezarra.

Puesto a buscar defectos, no sé si con microscopio o con catalejo, estampa esta frase de una espiritualidad seductora: "Es muy grande el carlismo, son muchos cien años de resistencia activa, de sacrificios mil, con potencialidad para sostener tres guerras civiles plétóricas de victorias, para que todo ello pueda compendiarse en un volumen. Además, la casi totalidad del libro está dedicada a las luchas armadas y hay muy poco para los días de paz, fuera de lo dedicado a las escisiones, que el

escritor puede tratar con la honradez de su criterio, pero que el comentarista no puede acompañarle totalmente, una vez que las escisiones desaparecieron para volver a constituir entre todos la familia tradicional."

¡Y luego dicen que mi estilo es incorrecto y vulgar!

Pero, y eso de decir que el carlismo es muy grande para compendiar su historia en un volumen, ¿qué calificativo merece?

¿Es que no hay muchos compendios de Historia de España, desde la época prehistórica hasta nuestros días, e incluso de historia universal, publicados en un volumen? Entonces, ¿por qué no ha de poder escribirse un compendio de historia del carlismo de seiscientas páginas?

Decir que consagro una parte excesiva a las guerras y escisiones, y muy parva a los días de paz, es inexacto e injusto. Dedico 425 páginas a las guerras y 175 a la lucha legal o pacífica, y no llegan a 12 las que tratan de las escisiones integrista y mellista. Cualquier lector libre de prejuicios convendrá conmigo en que la proporción es justa, a no ser que se pretenda ahora relegar a segundo término las hazañas guerreras, de sabor épico, de nuestros bravos antepasados y destacar los discursos parlamentarios de diputados grises o la prosa incolora de periodistas que quieren parangonarse con Zumalacárregui o Cabrera...

En síntesis. A los integristas y afines, mi obra no les agrada. Es un motivo de orgullo para mí. Quien dice la verdad es lógico que se sienta orgulloso.

(Publicado en *El Correo Catalán* del 14 de marzo de 1940.)

INDICE

Páginas

- CAPITULO I.**—Antecedentes.—Guerra de sucesión entre Austrias y Borbones.—Pleito dinástico.—Expulsión de Don carlos. Empieza la guerra de los Siete Años 5
- CAPITULO II.**—Alzamiento en Navarra, Rioja, Burgos y Vascongadas.—Don Santos Ladrón.—Zumalacárregui.—Batalla de Nazar y Asarta.—Toma de Orbaiceta.—Sorpresa de Zubiri.—Correspondencia con Quesada.—Su derrota en Alsasua.—Su destitución 18
- CAPITULO III.**—Mando de Rodil.—Llegada de Don Carlos a Navarra.—Encuentro de Artaza.—Sorpresa de las Peñas de San Fausto.—Mando de Mina.—Revés de Echarri-Aranaz.—Aniquilamiento de la columna O'Doyle.—Villafranca de Navarra.—Batalla de Asarta y Mendaza.—El puente de Arquijas, Celan-dieta.—Mina es derrotado en Ulzama 33
- CAPITULO IV.**—Mando de Valdés.—Combate de las Amezcoas. Tratado de lord Elliot.—Desastre de Zazpi-Iturrieta.—Conquista de Villafranca de Oria.—Derrota de Espartero en Descarga. Conquista de Vergara, Tolosa, Eibar, etc.—Sitio de Bilbao.—Muerte del héroe 48
- CAPITULO V.**—González Moreno sustituye a Zumalacárregui.—Batalla de Mendigorriá.—Eguía reemplaza a Moreno.—Batallas de Arlabán contra Córdoba.—Muerte de Sagastibelza.—Mando de Villarreal.—Muerte de Iturralde 68
- CAPITULO VI.**—Segundo y tercer sitio de Bilbao.—Espartero rompe el cerco.—El Infante Don Sebastián.—Batalla de Oriamendi.—Expedición real 81

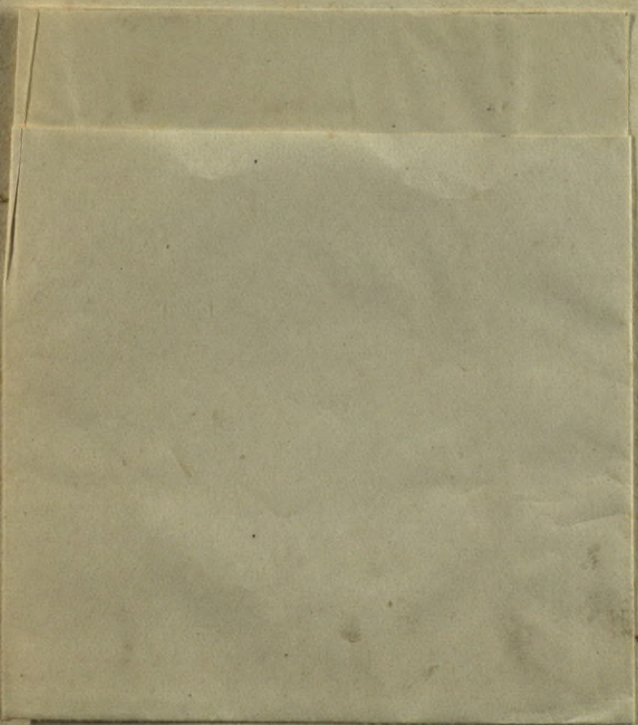
CAPITULO VII.—Otras expediciones.—La de Miguel Gómez.—La de Zaratiegui.—La de Guergué.—La del Conde de Negri.—Las de don Basilio.—Las de Sanz, Andéchaga, etc.	98
CAPITULO VIII.—Manifiesto de Arciniega.—Guergué, al frente del Ejército carlista.—Le sucede Maroto.—Fusilamientos de Estella.—Maroto prepara su traición.—Abrazo de Vergara.—Don Carlos pasa a Francia	117
CAPITULO IX.—Intervención extranjera.—La Cuádruple Alianza. Participación de las Legiones extranjeras en la lucha.—Derrotas de la Legión inglesa.—Intervención de Inglaterra y Francia en negociaciones secretas para la paz.—Muñagorri e Inglaterra.—Intrigas de Avineta	138
CAPITULO X.—Morella.—Fusilamiento del Barón de Hervés.—Idem de Marcoval, Covarsi, etc.—Carnicer.—Cabrera.—Desastre de Mayals.—Alcanar.—Ferrer.—Molina de Aragón.—Fusilamiento de la madre de Cabrera.—Represalias	152
CAPITULO XI.—Cabrera, Brigadier.—Organización de su territorio.—Quílez triunfa en Bañón.—El Serrador.—Desastre de Rincón de Soto.—Uldecona.—Forcadell.—Victorias de Buñol y Pla del Pou.—Entrada de Cabañero en Zaragoza.—Sitio de Morella por Oráa.—Muerte de Pardiñas.—Convenio con Van Halem. Abrazo de Vergara.—Espantero marcha contra Cabrera.—Enfermedades de éste.—Pérdida de Morella.—Cabrera pasa a Cataluña	163
CAPITULO XII.—LA GUERRA EN CATALUÑA.—Antecedentes.—Alzamiento de varios jefes.—Fusilamiento de Romagosa.—Expedición de Guergué al Principado.—Su desastroso final	187
CAPITULO XIII.—Pérdida del Santuario de Hort.—Triunfos de Torres.—Su fusilamiento en Jaca.—Maroto, Comandante General.—Su fracaso y retirada.—Le sustituye Royo.—A éste, Urbiztondo.—Su destitución.—Segarra	196
CAPITULO XIV.—Mando del Conde de España.—Su asesinato.—Le sustituye Segarra.—Traición de éste.—Llegada de Cabrera a Berga.—Su entrada en Francia	208

CAPITULO XV.—GUERRA DE LOS “MATINERS”.—Montemolín.—Negociaciones para el casamiento con Isabel II.—Muerte de Tristany.—Otros jefes.—Muerte de Alzáa en Guipúzcoa.—Fracasa el alzamiento en Navarra y Vascongadas.—Cabrerá, en campaña.—Marsal, preso.—Fin de la guerra	219
CAPITULO XVI.—Carlos VI, Conde de Montemolín, y el General Ortega desembarcan en San Carlos de la Rápita.—Su captura. Fusilamiento de Ortega.—Renuncia de Montemolín	230
CAPITULO XVII.—Montemolín y miss Horsay.—Extraña muerte de Carlos VI, de su esposa y del Infante Don Fernando.—Lamentable actitud de Don Juan.—Caída y destierro de Isabel II. Educación de Carlos VII.—Carta a su padre.—Su boda.—Negociaciones con Prim y Sagasta.—Abdica, Don Juan.—Las dos tendencias.—Propaganda carlista.—Carta-Manifiesto	239
CAPITULO XVIII.—VEVEY	260
CAPITULO XIX.—PRENSA CARLISTA	270
CAPITULO XX.—Preparativos para el alzamiento.—Partidarios de la lucha legal y de la armada.—Se ordena el alzamiento.—Don Carlos penetra en España por Vera del Bidasoa.—Desastre de Oroquieta.—Heroísmo y tesón de los carlistas catalanes.	282
CAPITULO XXI.—Disolución de la Junta Militar Vasco-navarra. El cura de Santa Cruz.—Dorregaray es nombrado Comandante General de Vascongadas y Navarra.—Batallas de Monreal, Eraul y Udabe.—Segunda entrada de Don Carlos.—Conquista de Estella.—Santa Bárbara de Mañeru.—Montejurra.—Volabieta.—Sublevación de Santa Cruz.—Moriones y Loma consiguen abastecer Tolosa.—Conquista de Portugaleta.—Sitio de Bilbao.—Marcha frustrada sobre Santander	297
CAPITULO XXII.—Batallas de Somorrostro.—Derrota de Moriones.—Le sustituye Serrano.—Muerte de Olló y “Radica”.—Andéchaga muere en las Muñecas.—Se levanta el sitio de Bilbao. Batalla de Abárzuza.—Muerte de Concha.—Reconquista de Laguardia.—Fracaso ante Irún.—Triunfo de Urnieta	322

- CAPITULO XXIII.**—Consideraciones.—La guerra de Cataluña.—Triunfo de Oristá.—Derrota y muerte de Cabrinety en Alpens. Toma de Igualada.—Freixá.—Don Alfonso ataca Berga sin éxito.—Marcha de Tristany sobre Valls.—Triunfo de Prades.—Disensiones.—Entrada en Vich.—Triunfo de Savalls sobre Nouvillas.—Nuevas victorias 339
- CAPITULO XXIV.**—Nuevo mando de Don Alfonso.—Reorganiza las fuerzas del Principado.—Pasa al Centro.—Pérdida de Olot. Novelesca conquista de Seo de Urgel.—Nuevo ataque contra Puigcerdá.—Savalls entra en Vich y se apodera de Bañolas. Castellón de Ampurias.—Nueva combinación de mandos.—Luchas alrededor de Olot.—Entrevistas sospechosas de Savalls y Martínez Campos.—Postrer ataque a Puigcerdá 350
- CAPITULO XXV.**—La guerra en el Centro.—Principios duros y difíciles.—Cucala, Polo, Vallés, Ferrer, Segarra, Santés.—Sus famosas expediciones.—Toma de Cuenca.—Prisión de Santés. Expedición y muerte de Lozano 359
- CAPITULO XXVI.**—Alzamiento de Aragón.—El Cojo de Cariñena. "Marco de Bello", Madrazo, Villalaín.—Llegada del Infante Don Alfonso.—Conquista de Vinaroz y Amposta.—Ataques frustrados contra Teruel.—Destitución de Marco.—Conquista de Cuenca.—Segundo ataque a Teruel 371
- CAPITULO XXVII.**—Mando de Velasco en el Centro.—Le sustituye Lizárraga.—A éste, Dorregaray.—Batalla de Alcora.—Muerte de Villalaín.—Abandono del Centro.—Sitio de Cantavieja.—Defensa y capitulación de Seo de Urgel 382
- CAPITULO XXVIII.**—Restauración de la monarquía alfonsina.—Retirada del Carrascal.—Batalla de Lácar.—Pérula sustituye a Mendiri.—Derrota de Zumelzu 395
- CAPITULO XXIX.**—Encuentros sin importancia.—Canje de Viana. La Trinidad de Lumbier.—Pérdida de Alzuza y Oricain.—Regresa Dorregaray al Norte.—Quesada y Martínez Campos en campaña.—Mando de Caserta.—Alava y Vizcaya, invadidas. Mendizorrotz.—Invasión del Baztán.—Elgueta.—Pérdida de Montejurra y Estella.—Peña-Plata.—Fin de la guerra 411

	<u>Páginas</u>
CAPITULO XXX.—Reorganización del partido tras la derrota.— Jefatura de don Cándido Nocedal.—Al morir éste se forma un Directorio.—Escisión integrista.—Jefatura de Cerralbo.—Cons- piración de 1898.—La lucha legal.—Muerte de Don Carlos....	430
CAPITULO XXXI.—Don Jaime sucede a Don Carlos VII.—Su biografía.—La guerra europea y la escisión mellista.—Don Jai- me y la Dictadura.—La República.—Muerte de Don Jaime....	443
CAPITULO XXXII.—Don Alfonso Carlos.—Reingreso en el parti- do de mellistas e integristas.—El 10 de agosto.—Elecciones de 1933.—Preparativos para la lucha armada.—Organización de requetés.—Elecciones de 1936.—El Bloque Nacional.—Don Alfonso Carlos nombra Regente a Don Javier de Parma.—Su- cesión.—Julio de 1936.—Muerte de Don Alfonso Carlos	460
CAPITULO XXXIII.—Administración carlista.—Instituciones de indole eclesiástica, cultural, sanitaria, fiscal, etc.—Las Diputa- ciones Vasco-navarras.—El carlismo y los Fueros.—Regiona- lismo, nacionalismo, separatismo y carlismo	478
EPÍLOGO	491
AUTOCRÍTICA Y CRÍTICA DE LOS CRÍTICOS	495

ACABÓSE DE IMPRIMIR ESTA "HIS-
TORIA DEL CARLISMO" EN LA
IMPRESA "DIANA" EL
DÍA 24 DE DICIEMBRE
DE 1944.



25 PESETAS



EDITORIA
NACIONAL